

EDUARDO TERMINO EN LA CÁRCEL

Por **Cora Pendieton**

MUY ufano Eduardo Trubey llevó al automóvil su última maleta.

Ese era el día. Su corazón saltaba de alegría. ¡Pero si hubiese sabido que en lugar de gozar de abundante libertad del campamento, esa noche terminaría en la cárcel ... Mas él lo ignoraba, y también tendrás que esperar para descubrir qué fue lo que ocurrió.

Desde hacía años Eduardo soñaba con ir a un campamento. Cuando cumplió nueve años su madre le dijo que era muy joven para ir solo tan lejos. A los diez, atacó la fiebre reumática y tampoco pudo hacerlo.

Ahora tenía once años y se sentí muy bien. ¿Qué importaba lo pasado? Hoy era hoy! ¡Y ahora iría al campamento!

En su cabeza danzaban visiones de natación, paseos en canoa, caminatas, el izamiento de la bandera, trabajos manuales y comidas apetitosas. Se preguntaba quiénes serían sus compañeros de carpa quién sería su consejero y cuáles serían las historias que oiría y lo cantos que aprendería en torno a la fogata.

Mientras el automóvil avanzaba dando tumbos por el camino rural hacia la estación de ómnibus su madre le decía:

-Recuerda que los conductores de ómnibus son tus amigos. Si necesitas ayuda no vaciles en pedírsela a ellos. A los maleteros debes darles una propina. Aquí están los nombres de los lugares donde debes cambiar de ómnibus y los números de los autobuses que debes tomar. Cuando llegues a Chillicothe, te encontrará el pastor Whippet y te llevará hasta el campamento que queda como a unos siete kilómetros de allí.

A pesar de toda la emoción que sentía, Eduardo estaba un poco nervioso. Era la primera vez que viajaría solo, y tenía que recorrer unos 300 kilómetros y cambiar dos veces de ómnibus. Pero, al fin y al cabo, ya era casi un hombre. Enderezó los hombros y se sentó derecho. Once años es realmente una buena edad. Y el sentirse un poco asustado añadía una cierta emoción al viaje.

Antes de mucho la madre lo estaba poniendo con su equipaje en el ómnibus que iba a Rock Creek, Estado de Ohio. Lo presentó al conductor y lo besó para despedirlo.

-Sé bueno, sé cuidadoso y no te olvides de escribir -dijo ella, exactamente como dicen todas las madres cuando sus hijos salen del hogar.

Cuando el ómnibus partió de la estación, él se sintió un poco solitario, y saludó por última vez a su madre desde la ventanilla. Pero el conductor del ómnibus fue tan amigable con él que pronto lo hizo sentir cómodo.

Estando habituado como estaba a los olores del campo, la mezcla de olores que percibió en el ómnibus no le atraía mayormente. Pero la cambiante escena que veía desde la ventanilla lo fascinaba.

Transcurrieron dos horas y llegó el momento de cambiar de ómnibus. El amigable conductor le ayudó a encontrar el que ahora debía tomar. Eduardo se sentó en un asiento delantero junto a la ventanilla. Ese autobús era un viejo vehículo destartalado y olía mucho peor que el primero. La madre le había dicho que los conductores de ómnibus eran sus amigos, pero por la



forma como este conductor actuó no podría haberse dicho eso de él. Aparentemente era un viejo de mal genio. Tomó el billete de Eduardo y se lo marcó sin sonreír ni saludarlo.

El destartalado autobús se sacudió recorriendo el camino durante otras dos horas, despidiendo un asfixiante olor a gasolina a medio quemar. Llegó a la parada con media hora de retraso.

Eduardo miró por la ventanilla del ómnibus. ¡Oh, no! ¡El ómnibus que debía tomar estaba saliendo en ese instante! ¿Qué podría hacer? Desesperado llamó a un maletero que estaba a pocos pasos del ómnibus.

-¡Señor! Mi ómnibus se está yendo... No quiero perderlo...

El inteligente maletero inmediatamente se dio cuenta de la situación, y le silbó al conductor del ómnibus que partía, haciéndole señas para que esperara.

Tomando parte del equipaje de Eduardo, el hombre corrió hacia el vehículo que estaba esperando.

El pánico de Eduardo comenzó a decrecer. Subió al ómnibus, pero de pronto recordó lo que su madre le había dicho acerca de dar propina a los maleteros.

Dejó su maleta en el piso del ómnibus y comenzó a buscar frenéticamente en su bolsillo algunas monedas.

El maletero le dio una amplia sonrisa y lo despidió diciéndole:

"No importa, maestro. Que te vaya bien y olvídale".

Eduardo le devolvió una sonrisa de agradecimiento y entregó el boleto al conductor del ómnibus.

El resto del viaje en ese ómnibus pasó sin novedades.

Pero a medida que Eduardo se acercaba al lugar de su destino comenzó de nuevo a preocuparse. ¿Y qué pasaría si el pastor Whippet no estuviera esperándolo cuando llegara allí? Además, él nunca lo había visto. ¿Cómo lo reconocería? ¿Y si ...? Varios y SI comenzaron a pasar por su mente. Le corrían escalofríos por la columna vertebral.

"¡Chillícothe! ¡La próxima parada!" anunció el conductor.

Entonces el ómnibus se detuvo y Eduardo bajó. Y allí quedó con sus maletas esperanzado de encontrar a alguien, y mirando a su alrededor, pero nadie pareció mostrar el más mínimo interés en él.

Media hora más tarde todavía estaba esperando y nadie llegaba por él. Se iba poniendo cada vez más nervioso.

Se acercó tímidamente al encargado de la estación de ómnibus.

-Señor, yo debo ir a Tar Hollow Camp. Yo esperaba que alguien me encontrara aquí, pero no está. ¿Qué debo hacer?

El encargado de la estación se frotó la barbilla.

-Espera un momento hasta que arregle algo que debo atender y luego veremos lo que hacemos.

Eduardo quedó parado primero en un pie, y luego en el otro.

El hombre se dirigió al teléfono y llamó al campamento, pero nadie respondió.

Eduardo tenía hambre, y allí hacia frío. Se arrinconó en un banco.

Después de otra media hora el encargado de la estación trató de nuevo de llamar por teléfono. ¡No obtuvo ninguna respuesta!

Eran casi las nueve, hora de cerrar la estación para la noche.

-Bueno, hijo, ¿qué haremos contigo? -preguntó el hombre tratando nuevamente de comunicarse por teléfono con el campamento.

Eduardo no tenía ninguna solución que ofrecerle.

De pronto la cara del hombre se iluminó.

-¡Yo sé lo que haremos! Llamaremos a la policía.

Eduardo abrió tremendos ojos. Antes de mucho entró en la estación de ómnibus un corpulento policía.

-¿De modo que éste es el muchacho que necesita un lugar para pasar la noche? ¿Tienes miedo de pasar toda la noche conmigo;

La voz del policía era grave y placentera.

-No ... señor -tartamudeó Eduardo.

Entonces el policía tomó alegremente las dos maletas de Eduardo y dijo:

-Muy bien, entonces vamos.

El policía vestía su uniforme de botones dorados y llevaba un revólver a la cintura. Eduardo nunca antes había caminado junto a un policía. ¡Eso era algo digno de escribirlo a la casa!

Cuando llegaron al departamento de policía el agente le preguntó:

-¿Cenaste?

-No, señor -respondió Eduardo, que tenía tanta hambre que hubiera podido comerse hasta el cinturón de cuero del policía.

Dirigiéndose a la nevera, entre los dos encontraron un poco de leche, queso, pan, fruta y hasta algunas galletitas.

Eduardo no tardó en sentirse mucho mejor.

Después que Eduardo le hizo honor a la comida, el policía lo llevó a su cuarto. No era una verdadera celda; tampoco se asemejaba al cuarto de un hotel elegante. Había en él una tarima, un lavamanos y un cuarto de baño. Eso era todo.

El cuarto quedaba frente a unas celdas que tenían puertas de barras de hierro, dentro de las cuales había presos. Era una cárcel de condado que tenía dos o tres hileras de celdas.

-Quiero explicarte algo -dijo el policía-. A veces, durante la noche traemos aquí a personas que están ebrias, y no queremos que te molesten. De modo que tendré que encerrarte en tu cuarto.

Eduardo se sentó en su litera y decidió escribir una carta a la casa contando sus aventuras. Con corazón agradecido se arrodilló y oró antes de acostarse.

Quizás trajeron algunas personas ebrias durante la noche, pero si lo hicieron, aquéllas no perturbaron el

sueño de Eduardo. Cuando se despertó era de mañana, y comenzó a mirar a su alrededor tratando de imaginarse dónde estaba y por qué había llegado allí.

Entonces se acordó de lo que había ocurrido. Salió de la cama y se vistió. Leyó su devoción matutina, y oró. Hasta ese momento nadie había aparecido para abrir la puerta. Trepándose como pudo a la armazón de la cama, espió por la claraboya.

Después de un rato apareció el policía, y Eduardo recibió el desayuno.

-Señor, ¿puedo ver a los presos? -preguntó cortésmente Eduardo.

-No veo por qué no puedas hacerlo -replicó su nuevo amigo, de modo que juntos recorrieron la cárcel.

El policía le habló a Eduardo acerca de algunos de los presos y le contó por qué estaban allí. Uno de ellos había robado un automóvil. Eduardo hasta pudo hablar con algunos de los presos.

Uno de los hombres le dijo muy serio:

-Joven, ¡anda derecho! No hagas ninguna fechoría y nunca te encontrarás en las condiciones en que yo estoy.

Sí señor, lo haré -prometió Eduardo.

¡Pero aún le esperaban más emociones! El policía en persona llevó a Eduardo al campamento en un automóvil de policía.

Como podrás imaginarte, el carro de policía y el oficial uniformado crearon una verdadera conmoción en el campamento.

Todo el mundo lo rodeó para escuchar sus aventuras. Y mientras las contaba y las recontaba, a alguien se le ocurrió llamarlo el "presidiario". El apodo se le pegó y ese nombre le quedó por el resto del campamento. Naturalmente, él se gozó con las bromas y la atención especial que recibió, y en esas circunstancias consideró que ese título era un tanto honorable.

Allí se enteró por qué nadie contestó el teléfono cuando el encargado de la estación de ómnibus trató de comunicarse con los del campamento. Todo el mundo había ido al lago para celebrar la hora de la fogata. ¿Y por qué el pastor Whippet no lo había ido a esperar en la estación? Había habido un mal entendido acerca de la hora.

Pero, ¡qué divertido! ¡Tú nunca sabes con qué te encontrarás cuando vas a un campamento de verano!

EL ABRIGO ROSADO

Por *Roselyn Edwards*

UN DIA, Margarita vio que la madre traía del altillo una caja.

-¿Qué hay en esa caja? -preguntó Margarita.

-Ropas -respondió la mamá-. Son ropas que guardamos en la primavera. Ahora queremos ver qué es lo que todavía podemos usar para saber qué debemos comprar para el invierno.

-¿Puedo ayudarte?

-Sí -dijo la mamá-. La verdad es que tendrás que

probarte un montón de cosas. Has crecido tan rápido que tú serás la que necesitarás cosas nuevas.

En la caja había ropas de las cuales Margarita se había olvidado. Sus suéteres y faldas, sus pantalones de abrigo y medias de lana. En eso la mamá sacó de la caja el abrigo rosado de Margarita. Casi lo había olvidado durante el verano, pero de todas las cosas que alguna vez Margarita había usado, lo que más le había gustado era ese abrigo rosado. Era abrigado y calentito, y tenía un forro bien peludito. Aun cuando no lo necesitaba, a Margarita le gustaba usarlo porque era tan suavecito. El papá y la mamá a menudo se reían porque Margarita quería usar el abrigo aun dentro de la casa.

A veces lo usaba tanto que se ensuciaba y se ponía muy deslucido. Y cuando la mamá lo lavaba, la niña lo extrañaba mucho. Y ahora recordó cuánto lo había extrañado cuando, al llegar la primavera, la mamá lo guardó en el altillo. Todos esos recuerdos acudían a su memoria cuando vio que la mamá lo sacaba de la caja, limpio y esponjoso.

- ¡Mi abrigo rosado! -exclamó-. ¡Mi querido abrigo rosado!

-Me parece que este abrigo será una de las cosas que no podrás volver a usar -le advirtió la mamá-.

Cuando terminó el invierno pasado ya te quedaba tan chico, que casi no podías usarlo.

Margarita se lo puso, pero la mamá tenía razón. El abrigo era demasiado pequeño para ella. Las mangas le llegaban a la mitad del antebrazo. Le quedaba demasiado chico.

-Tendremos que comprarte un abrigo nuevo -dijo la mamá.

-Yo no quiero uno nuevo -respondió Margarita-. Yo quiero mi abrigo rosado.

Y salió del cuarto llevando su abrigo en los brazos. Era como si se hubiera encontrado con un viejo amigo.

-Tal vez mi muñeca grande puede usar el abrigo -pensó Margarita. Se lo probó, pero no le quedaba bien. Era tan grande para la muñeca como era chico para ella. Sólo le servía ahora para llevarlo de un lado a otro.

Un día, la señora Aguilar llegó para ver a la mamá. Venía con ella su hijita Dora. Dora era casi dos años menor que Margarita, pero gozaban mucho jugando juntas. En seguida comenzaron a jugar con las muñecas.

Margarita oyó que su mamá le decía a la Sra. Aguilar:

-Margarita ha crecido tanto que prácticamente tendré que comprarle toda la ropa para el invierno.

-Yo tendría que hacer lo mismo para Dora -añadió la Sra. Aguilar-, pero ahora no podemos. Me parece que tendrá que arreglarse con lo que tiene.

-¿Le gustaría llevar lo que le ha quedado chico a Margarita? -preguntó la mamá-. Alguien podría usar esas ropas, y me parece que Dora tiene ahora el tamaño que Margarita tenía el año pasado.

Y la mamá le pasó la caja a la Sra. Aguilar con todas las ropas que le quedaban chicas a Margarita, excepto el abrigo rosado. La Sra. Aguilar y Dora se sintieron muy felices de recibir las ropas. Y la verdad es que la niña comenzó en seguida a probarse algunas. Finalmente se pusieron de pie para irse. La madre les alcanzó los abrigos que habían colgado, y Margarita vio que la chaqueta de Dora le quedaba muy chica. Entonces se le ocurrió algo. Su abrigo rosado le quedaría bien a Dora.

Pero ella no quería darlo. Si no podía usarlo, lo guardaría para jugar. Pero cuando notó cuán cortas le



quedaban las mangas de la chaqueta a Dora, se quedó pensando.

La Sra. Aguilar ya tenía la mano en el picaporte. En un momento se irían, y el abrigo rosado estaría a salvo. Pero Margarita no se sentía feliz. Le pareció que era egoísta.

Finalmente la Sra. Aguilar y Dora salieron, y la mamá estaba en la puerta conversando todavía con su amiga. De pronto Margarita hizo una decisión.

-¡Espere un minuto! ¡no se vaya! -le dijo Margarita a la Sra. Aguilar-. Quiero traer algo para Dora.

Corrió entonces a su cuarto y volvió con el abrigo rosado.

-Este ya me queda chico -le dijo a la Sra. Aguilar-. Yo sé que le quedará bien a Dora.

Dora lo tomó. Al apretar el abrigo suave contra su pecho, sonrió muy feliz.

La mamá apretó la mano de Margarita mientras entraban en la casa.

-Estoy orgullosa de ti -dijo la mamá.

Y Margarita, por su parte, se sentía muy feliz de haber hecho la decisión de desprenderse de su abrigo rosado.

EL AEROPLANO NO PUDO VOLAR

Durante la gran guerra, un enorme buque ancló en el puerto de la hermosa isla de Guam. En ese buque había un marinero joven de la marina de los Estados Unidos. Enrique era adventista y generalmente se consideraba muy feliz. Pero ahora estaba muy, muy lejos de su hogar y se sentía un poco solitario. El sábado por la mañana, Enrique y algunos de sus amigos salieron a pasear. Querían ver si había adventistas en la isla. Se detuvieron en la casa de una mujer nativa, llamada Sra. de Lao, y le preguntaron acerca de los adventistas.

La Sra. de Lao nunca había oído hablar de los adventistas. “¿Qué creen ellos?” preguntó.

Enrique sacó su Biblia y empezó a enseñarle acerca de lo que creían los adventistas. Ella se interesó y lo invitó a visitarlos otra vez.

Enrique lo hizo, y pronto aprendió a amar a esa gente. Ellos ya eran cristianos, pero deseaban saber todo lo que debían para ser mejores cristianos.

La Sra. de Lao tenía un hijo que estaba enfermo. Enrique era enfermero y se hizo cargo del niño hasta que mejoró. Enrique notó también que otros miembros de la familia no estaban bien de salud. Así que los llevó al hospital para que los atendieran.

Muy pronto otros jóvenes adventistas llegaron a la isla. Ellos también deseaban hacer obra misionera. Así que empezaron a dar estudios bíblicos. Los sábados, los soldados y los marineros dirigían reuniones en una sala grande del hospital. Muchos nativos asistían para escuchar y aprender acerca de Dios.

Algunos de los nativos querían guardar el sábado y ser bautizados, pero no había ningún ministro. Enrique escribió pidiendo que enviaran uno. Pero la guerra continuaba y era muy difícil para los ministros llegar a esa isla.

Después de un tiempo, Enrique supo algo que lo entristeció: debía abandonar la isla. No se quería ir antes de que la gente interesada se bautizase. Oró a Dios para que enviara algún ministro que los bautizara antes que él saliera.

En ese tiempo, dos pastores que trabajaban para el gobierno de los Estados Unidos tuvieron que hacer un viaje al Japón. Viajaban en un enorme aeroplano. Ese aeroplano tuvo que detenerse en la isla de Guam para abastecerse. Los ministros habían oído acerca de la obra que los marineros y los soldados estaban haciendo. Y tenían la esperanza de visitarlos.

Se oyó el ruido del gran aeroplano y pronto apareció a la vista de los habitantes de Guam. Los pastores estaban muy contentos porque iban a ver a Enrique y a sus amigos.

Mientras el aeroplano estaba dando vueltas para aterrizar, el hombre que dirigía el viaje entró en la cabina y dijo: “Vamos a parar aquí solamente dos horas y seguiremos el viaje”.

¡Solamente dos horas! ¡Qué chasqueados estaban los ministros! Sabían que Enrique también se sentiría chasqueado. La gente no podría ser bautizada ese día y tendrían que esperar tal vez por mucho tiempo. Pero poco después de aterrizar se anunció a los pasajeros que el aeroplano no podría volar por causa del mal tiempo. ¡Qué contentos estuvieron los ministros al oír esto! Se apresuraron a visitar a Enrique y sus amigos. En poco tiempo hicieron planes para bautizar a la gente.

El día siguiente era sábado. ¡Qué día feliz pasaron todos! Por la tarde los pastores, los marineros, los soldados y los nativos se dirigieron a la hermosa playa. Uno tras otro, todos los interesados entraron en las aguas cristalinas para ser bautizados.

¡Qué feliz estaba Enrique al ver a los esposos Lao y sus seis hijos entrar en el agua y ser bautizados! Estaba seguro de que Dios había estado dirigiendo todas las cosas.

EL AGUA MILAGROSA

Por Alba M. Tabuenca (Esposa del presidente de la Misión Uruguaya)

-¿Cuándo lloverá?

-¡Si no llueve, perderemos toda nuestra cosecha!

Día tras día las personas responsables de la granja y los administradores del Colegio Adventista de Chile miraban al cielo, esperando lluvia. Pero ésta no llegaba.

Las plantaciones de remolacha azucarera estaban todavía verdes en el colegio, pero la sequía que azotaba toda esa región amenazaba destruir también la cosecha del colegio.

Todos los años la cosecha de remolacha azucarera del colegio recibía el primer premio de la región tanto por el tamaño de ellas como por la calidad de las mismas. El dinero que se recibía por la venta de esa cosecha se empleaba para ayudar a muchos jóvenes a estudiar y prepararse para ser misioneros.

Pero ese año la nieve había escaseado en el invierno, y el sol de primavera ya la había derretido y el agua había comenzado a correr por los canales de riego más temprano que de costumbre. En el mes de noviembre (a fines de primavera en la América del Sur), y sin hielo en las montañas, la cosecha de remolacha estaba en peligro.

Un sábado, jóvenes y adultos ayunaron, y oraron: "¡Oh, Señor, envía nos lluvia!" y durante todo el día continuaron orando para que el Señor supliera su necesidad.

Esa noche, antes de retirarse a dormir, todos oraron nuevamente por última vez para que Dios enviara la lluvia que tanto necesitaban. Esa noche, mientras dormían, el Señor obró algo maravilloso en su favor.

El domingo de mañana cuando se levantaron todos miraron inmediatamente por la ventana. ¡Estaban asombrados! "¡Hay nieve en las montañas! El volcán está cubierto de nieve", exclamaron.

Maravillados, se arrodillaron y agradecieron al Señor por el milagro. Como la estación de la nieve había pasado, ya nadie la esperaba. Sólo se habían atrevido a orar por lluvia, pero el Señor les envió algo mejor. Envió una nevada tardía en el momento oportuno, precisamente cuando la remolacha azucarera necesitaba la humedad para la última etapa de su desarrollo.

El sol de ese día, y de los días que siguieron, derritió la preciosa nieve poco a poco, y el agua comenzó a fluir por los canales de riego. ¡La remolacha azucarera se salvó! Los vecinos se asombraron por esa nevada inesperada. Pero todos los alumnos y las familias del colegio sabían que esa nevada había sido enviada por Jesús para el Colegio Adventista de Chile.

EL AMIGO DE PEPE

Por *Sheila Hollander*

PEPE estaba desayunándose un domingo de mañana cuando oyó que tocaba el timbre. Sabía que era su amigo David, porque todas las mañanas lo visitaba más o menos a la misma hora.

Los dos niños eran vecinos. Todas las mañanas jugaban juntos y de tarde iban al jardín de infantes de la Sra. Guerrero.

-Vamos a casa -dijo David-. jugaremos con mis regalos.

-Bueno -replicó Pepe-. Ayer recibiste lindos regalos de cumpleaños.

Cuando llegaron a la casa de David, subieron al cuarto de éste y David sacó varias cajas del ropero. En una había un juego de vaqueros, indios, caballos, tiendas y cabañas. Otra tenía pinceles y pinturas de colores vivos. Una tercera caja tenía un rompecabezas y otra tenía cubos para hacer construcciones.

Pepe construyó un rascacielos y luego una tienda.

Mientras él construía, David pintó varios cuadros. Pintó un hombre de nieve con la bufanda y la escoba. Luego pintó algunos gatos y una gallina. El último cuadro mostraba dos muchachos parados frente a una casa.

Cuando Pepe estaba guardando los bloques de construir, vio otra caja en el ropero.

-¿Qué hay en esa caja? -preguntó-. ¿Es otro regalo?

-Ese es mi nuevo quitanieves. Mi abuelo me lo mandó. Trabaja con batería, y arrastra lo que encuentra por delante. Hace lo que tú quieras con solo apretar botones -dijo y sacó el quitanieves de la caja.

-¿Puedo jugar con él? ¿Puedo, por favor? -rogó Pepe.

David guardó silencio por un momento.

-No -dijo finalmente-. Si juegas mucho con él, las pilas se gastan, y no tengo más.

-Por favor, no lo usaré mucho. Jugaré con él sólo un poquito.

-Bueno... Tal vez puedes jugar con él un poquito -dijo por fin y se lo pasó a Pepe.

-Gracias. Eres un verdadero amigo.

Pepe apretó un botón, y el brillante quitanieves rojo atravesó el cuarto. Corrió alrededor de la mesa, y debajo de las sillas. Hizo entrar un lápiz en el ropero. Pasó por encima de una de las zapatillas azules de David, y luego... se detuvo. Pepe volvió a apretar el botón, pero el quitanieves no se movió.

-¡Lo rompiste! ¡Gastaste la batería! Ahora no puedo usar mi nuevo quitanieves -gritó David y comenzó a llorar.

-Yo no rompí tu quitanieves. Se paró solo. ¡Yo no le hice nada! -Y las lágrimas comenzaron a correr también por las mejillas de Pepe.

-De cualquier manera, ahora me voy a casa -dijo, poniéndose la chaqueta y luego salió de la casa de David, cruzó el patio y se fue a su casa.

Pepe se enjugó las lágrimas y procuró comer su almuerzo. Sabía que pronto sería la hora de ir a la escuela.

Todos los días, después del almuerzo, David lo llamaba. Y todos los días iban juntos a la escuela. Pero hoy era diferente, y no creía que David iría a buscarlo.

Le había resultado tan divertido jugar con el quitanieves, que sin querer había gastado la batería. Había entristecido a su amigo, y ahora él también se sentía triste. ¿Qué podría hacer para mostrarle a David que lo sentía? De pronto se le ocurrió una idea.

En el momento en que estaba saliendo de su cuarto con una bolsita en la mano, sonó el timbre. Era la hora en que generalmente David lo buscaba. ¿Sería David? ¿Ya no estaría enojado con él?

Pepe corrió a la puerta. Allí estaba David, como siempre.

-Es hora de ir -dijo.

-¡Espera! Esto es para ti -dijo Pepe y le pasó la bolsita a David.

Cuando David la abrió, vio que adentro había dos pilas.

-Son de mi linterna -dijo Pepe-. Están casi nuevas, y te servirán para hacer marchar tu quitanieves.



David se puso las pilas en el bolsillo, y los dos muchachos salieron juntos de la casa.

--Es lindo tener un amigo que vive en la casa de al lado -dijo Pepe-. Y también es lindo ir a la escuela con un amigo.

EL AMIGO POR SIEMPRE DE JHANSI

Escrito por De Dorman

Traducido por Rhoda Rodriguez

Todos derechos reservados

No es siempre fácil cuando tienes que subir cuesta arriba, especialmente cuando lo tienes que hacer con mucho peso sobre tu espalda, pero esto describe el modo de vida de una pequeña de 9 años, Jhansi, quien vive en la India. La única fuente de agua era un pozo que se localizaba en la cima de una colina en las afueras de su aldea en India. A Jhansi no le importaba tener que ir por el agua cada mañana, pero no había nadie que se quedara con su pequeño hermano mientras ella iba por el agua, ya que su madre había muerto recientemente, y ella no lo podía dejar solo, porque solo tenía 2 años de edad.

“Ven, Shawn Peter.” Le dijo una mañana. “Te voy a llevar conmigo a traer el agua esta mañana.” Ella sabía que no iba a ser fácil cargar los recipientes de plástico y a su pequeño hermano todo el camino hacia arriba de la colina y de regreso, pero Jhansi estaba aprendiendo a ser una hermana paciente y amorosa. Ella pensó que caminar despacio al lado de Shawn Peter sería más rápido que teniendo que cargarlo en su espalda, así que después de amarrarle una cuerda alrededor de su cintura holgadamente, para que no se apartase de su lado, agarro la cuerda fuertemente con una mano y los recipientes de plástico con la otra y comenzaron su camino. Los pequeños pasos que su hermano daba hicieron que el viaje al pozo de agua terriblemente lento, pero Jhansi, junto con la gente de su tribu, los Dalit, estaba acostumbrada al sufrimiento. En la India, cuando alguien nace, son asignados una “casta” o se les dice que son, dependiendo en que familia, o cual tribu hayan nacido. Cuando alguien nace Dalit, como Shawn Peter y Jhansi, se les dice que son de menos valor que un perro y que nada bueno va a resultar de su vida. A los Dalit se les conoce como “los intocables”. Esta humillación los deja a ellos y muchos otros nacidos en castas semejantes, con un sentimiento de desesperanza. A los ojos de Dios esto no es verdad en lo absoluto. No hay ninguna persona, que tenga a Dios como su Padre, quien esté sin esperanza. Salmos 38:15 “Porque en ti, OH JEHOVA, he esperado; Tú responderás, Jehová Dios mío.”

Cuando el pequeño Shawn Peter tropezó por estar tan cansado, Jhansi lo puso sobre su espalda y le dijo que la agarrara del cuello. Como ella no tenía a Dios como Su padre, Jhansi se sentía sin esperanza. Sus padres estaban muertos y Shawn Peter necesitaba de muchos cuidados. Era muy joven para tener tales responsabilidades de un adulto. El peso de su hermano hizo que su cansado cuerpo se desplomara. “Es tiempo de tomar un descanso.” Decidió, así que encontraron un árbol y se refugiaron del caliente sol. Mientras descansaban, ella veía como los demás rápidamente subían y bajaban la colina, pareciera, como si nada les preocupase en este mundo. No tenían un pequeño hermano que cuidar, y por esta razón, eran más rápidos que Jhansi al traer su agua. “No parece justo que algunos tengan tan pesada carga que subir a la colina mientras que otros no tienen ninguna.” Pensó Jhansi. “Si tan solamente alguien que no tiene una carga pesada se para y me ayuda, yo sería bendecida.” Continuaba observando mientras que varias personas utilizaban carretillas para poner sus recipientes de con agua y esto hacía que el viaje pareciera divertido. “Yo sería bendecida si, un día, pudiera tener un carrito con llantas. Shawn Peter podría pasear conmigo hasta la colina. A él le gustaría eso.” Pensaba Jhansi.

Jhansi recordó las ocasiones cuando algunas personas de su aldea trataron de convencerla para que se fuera a vivir al orfanato junto con su hermano. “Al menos ahí,” le decían, “podrían comer una comida al día y tendrían un refugio.” Jhansi sabía que en algunos lugares donde cuidaban de niños huérfanos no eran buenos lugares para vivir, especialmente si eras un Dalit y porque Jhansi amaba tanto a Shawn Peter, estaba determinada a que ella iba a cuidar de él. Claro que podría usar alguna ayuda, sin embargo, no sabía a quién pedírsela.

Antes de que comenzaran a subir hacia la colina, Jhansi recordó que había escuchado a alguien decirle a su mamá antes de que muriera, “Jesús ama y se preocupa por toda la gente, incluyendo a los Dalit. El te quiere ayudar y ser por Siempre tu Amigo; Uno que estará contigo incluso después de la muerte.” Esas palabras quedaron en el corazón de Jhansi. Ya estaban listos para terminar su caminata hacia el pozo

mientras ella ayudaba a su pequeño hermano a subir en su espalda, Jhansi pensó, “Me gustaría un Amigo como ese.”

Cuando se acercaron al pozo, Jhansi comenzó a preocuparse. Vio un rostro que no le era familiar. “Tal vez no nos va a tratar bien porque somos Dalit” pensó Jhansi. “Vamos a esperar hasta que se vaya antes de tomar nuestra agua.” Le dijo a su cansado hermano. Pero antes de que pudieran encontrar un lugar para descansar, el hombre se les acercó. Estaba vestido con ropa de la India, y su piel era morena pero no era como el de alguna gente de su aldea. Tenía una mirada amable y palabras suaves. Jhansi tenía temor de mirar hacia arriba y hablar con él hombre, así que estuvo callada, con su cabeza agachada. Shawn Peter tenía tanta sed y estaba tan cansado que comenzó a hacer lo único que sabía para pedir ayuda, comenzó a llorar. El hombre con la mirada amable se acercó y preguntó si podría darle al pequeño niño un poco de agua. Tal amabilidad hacia los Dalit era inusual, pero Jhansi rápidamente asintió con la cabeza que “sí”. El hombre levantó a Shawn Peter de su espalda y les dio a los dos un poco de agua fresca para tomar. “Un hombre como este no nos hará daño.” Pensó Jhansi antes de hablar. “Usted es nuevo en esta aldea.” Comentó valientemente.

“Sí, mi nombre es Vijay y soy nuevo en esta aldea pero he estado en otras aldeas cercanas.” Les respondió mientras les daba más agua. Le habían dicho que había muchos niños huérfanos en las aldeas y pensó, que tal vez, estaba platicando con dos de ellos.

“¿Por qué ha venido a nuestra aldea?” Jhansi se preguntaba.

He venido, junto con otros, a contarle a tu gente sobre Cristo Jesús. Vamos a pasar una película que habla sobre su gran amor esta noche, justo cuando oscurezca. “¿Les gustaría a ti y a tu hermano ir a verla?” Les preguntó Vijay. “Nos vamos a juntar en el centro comunitario.”

“Ah, he escuchado que este hombre Cristo Jesús es un hombre amable.” Dijo Jhansi con alegría en su voz.

“He escuchado que incluso él sería amigo de los Dalit. ¿Es verdad?”

“Es verdad.” Contestó con una sonrisa y ojos alegres. “Vengan a ver la película esta noche y les ayudare a entender.”

“Me gustaría entender. Estaremos ahí. Decidió Jhansi.

Vijay ayudo a Jhansi a llenar sus recipientes con agua fresca y los llevó hasta su pequeña choza. Antes de irse, les dijo, “voy a buscarte a ti y Shawn Peter esta noche.”

“La ayuda de este hombre ha hecho que mi corazón se alegre.” Le dijo Jhansi a Shawn Peter. “Debemos comer nuestro arroz y descansar un poco. Esta noche iremos al centro y veremos la película.” Mientras su hermano dormía, el corazón de Jhansi estaba demasiado emocionado para poder descansar. El que pasaran una película en su aldea no era algo que ocurriera seguido y ella sabía que mucha gente iría a verla. “Debemos de llegar lo suficientemente temprano para alcanzar un lugar cerca.” Concluyó mientras trataba de descansar en su tapete.

Llegaron antes de la puesta del sol y encontraron un pequeño espacio en el piso al frente donde podrían tener una clara vista de la película. Justo cuando estuvo lo suficientemente oscuro, un silencio lleno el área mientras el amable hombre pasó al frente y comenzó la película. Jhansi estaba tan contenta de escuchar que la película estaba en su idioma.

Mientras todos observaban, la audiencia vio a la humanidad como Dios la ve... pecaminosa, en necesidad de un Salvador. Esta película mostraba a Jesús viniendo a la tierra como un bebé, creciendo y haciendo muchos milagros para ayudar a la gente. “Este es un buen hombre.” Decidió Jhansi. Ella continuo viendo como Jesús cargaba su cruz a la alta colina, Gólgota. Estaba tan pesada que él tropezó. Ella recordó su viaje hacia el pozo más temprano ese mismo día. Cuando Jhansi vio que los soldados llamaron a alguien para que lo ayudaran, ella pensó, “Esa cruz debió de haber estado muy pesada. Qué bueno que alguien ayudo a Jesús a cargar su cruz.” Jhansi vio a su pequeño hermano y estaba dormido a su lado.

Fue difícil para la mayoría de la gente el observar cuando Jesús fue clavado a la tosca cruz y más se dieron la vuelta cuando los soldados levantaron la cruz y la dejaron caer en su lugar con su cuerpo clavado en las vigas. Tristeza lleno el aire cuando la audiencia lo escuchó clamar a su Padre y después, cuando dio su vida y fue sepultado en una tumba prestada, sus corazones se dolieron por él. A la primera señal de su resurrección, algunos aplaudieron mientras que otros sonrieron. Mirando como él ascendió hacia el Cielo para estar con su Padre, escucharon una promesa de su palabra, “Y si me fuere y os preparare un lugar, vendré otra vez.” Juan 14:3

No paso mucho tiempo cuando la película termino. Vijay pasó al frente para hacer saber a la gente que Jesús paso por todo este dolor y vergüenza para que un día ellos pudieran estar con él en el cielo. Vijay fue muy claro al explicarles que esta era una opción que ellos tenían que tomar por ellos mismos, pero les aseguro que Jesús murió por los pecados de todo el mundo. El ama a todas las naciones, todas las lenguas y tribus. "Eso incluye a los Dalits." Jhansi susurró. Vijay continuó diciendo que Jesús les ayudara también en esta vida. Estas noticias trajeron esperanza a muchos corazones.

Se hizo la invitación. Cualquiera que quisiera este regalo gratis de la salvación podría silenciosamente pedírselo a Jesús, desde sus lugares. Muchos vieron su pecaminosidad y se arrepintieron, pidiéndole a Jesús que perdonara sus pecados y que viniera a vivir en sus corazones y vidas. Jhansi fue una de los que oraron. Después de orar, sintió como se le quitaba la carga de sus hombros. "Es como hoy, cuando Vijay cargo el agua por mí. La pesada carga se ha marchado de mi corazón." Antes de marcharse, cada persona que quisiera, podía tomar un libro pequeño de las escrituras. El amable hombre les aseguro que esto les ayudaría a conocer mejor a su nuevo Amigo.

Jhansi aun no podía leer muy bien, pero se llevo una copia y eventualmente, pudo leerlo. Jhansi es una Cristiana en crecimiento y su Amigo por siempre, Jesús, la está ayudando a enseñar a su pequeño hermano, Shawn Peter, sobre el Único que quiere ser su Amigo por Siempre, también y porque Su gran amor por ella, el Amigo por siempre de Jhansi ha llevado a algunos Cristianos a su aldea para que ayuden a cuidar de ella y su hermano, haciendo que todo sea un poco más sencillo.

Invitación a la salvación:

La salvación es gratis para todos.

Efesios 2:8 y 9 "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe."

Romanos 3:23 "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios."

Romanos 6:23 "Porque la paga el pecado es muerte, más la dadiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro."

Juan 3:16 "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Romanos 10:9,10,12,13 "Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. (10) Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. (12) Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan. (13) Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo."

Invitación a Ayudar:

Hay muchos países en el mundo donde la gente tiene pocas esperanzas para su futuro. ¿No levantarás tus ojos para ver la necesidad? Cuando ayudamos a cristianos que sufren, es como si estuviéramos ayudando a Jesús. Pídele al Señor que te muestre como ayudar. No podemos hacer todo, pero podemos hacer algo.

1 Juan 3:17 "Pero el que tiene bienes en este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿Cómo mora el amor de Dios en él?"

Lucas 12:48 "Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará."

Lucas 23:26 "Y llevándole, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús."

Mateo 25:40 "Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mi lo hicisteis."

EL ÁNGEL DE LA ABUELITA

Por *Marsha Cameron*

CON la melodía de un himno de Navidad de Handel titulado "¡Al mundo paz!" sonando en mis oídos, me senté en el borde de la cama y me puse los zapatos. "Ahora mi cabello. Si no me apresuro papá se va a..

-Aprovechemos el tiempo -dijo el papá hablando hacia el cuarto donde estaba Marsha, con cierto tono de impaciente en la voz.

-Me estoy apurando todo lo que puedo. Todavía es temprano -respondí-. No llegaremos tarde.

Y seguí batallando con un mechón de cabello indomable.

-¿Necesitas ayuda? -preguntó mamá, entrando en el cuarto.

-No; pero ¿por qué tenemos que salir tan temprano? Siempre somos casi los primeros en llegar. ¿le hará daño a alguien si hoy salimos diez minutos más tarde?... Todavía llegaremos temprano.

-No te impacientes ni te enojas con papá. El quiere solamente asegurarse de que todo saldrá bien en la escuela sabática. Hoy tiene un programa especial de Navidad.

-Sí, lo sé, y lo siento -respondí-. Y tratando de calmarme, miré por la

ventana al paisaje iluminado por la luz del sol. Es Navidad, pensé pero parece época de primavera. No necesito usar mi abrigo. Tomé entonces la cartera, y la Biblia, y me dirigí a la puerta.

-¿Lista? ¡vamos! -dijo el papá.

-¡Ah, hermana, qué elegante! ¡Aunque te haya llevado la mitad de la mañana para vestirme!

Para evadir el objeto que le voló a la cabeza, mi hermano Carlos se escondió detrás de la puerta y luego corrió hacia el automóvil.

- ¡Los hermanos son imposibles! ¿No pueden hacer otra cosa que molestar?

Ocupé entonces mi lugar en el automóvil, exasperada, planeando desquitarme.

-¡Cómo está el tránsito esta mañana! -exclamó papá al ver que avanzábamos lentamente en la carretera-. ¡Me parece que todos los automóviles del lugar están en la carretera!

-Tranquilízate, querido. Llegaremos a la iglesia bien a tiempo -dijo mamá.

-¿Dijo abuelita que traería algunas de sus poinsetias para poner en la plataforma hoy? -pregunté.

-Sí -respondió mamá-. Tiene dos arbustos que están llenos de flores. Darán mucho realce al programa. ¡Y ella las trae con tanto placer!

-No sé lo que la iglesia haría sin abuelita -comentó el papá-. El culto en la iglesia no sería lo mismo sin sus flores cada semana. ¡Ella es una verdadera joya!

-Me encargaré de ellas como de costumbre -dije, sintiéndome un tanto culpable, y preguntándome si quizás mi contribución semanal de arreglar las flores sería necesaria esta vez. Quizás abuelita ya habría llegado a la iglesia y arreglado las flores ella misma.

Tan pronto como el automóvil entró en la plaza de estacionamiento y se detuvo el motor, salí de él y me adelanté a los demás, determinada a

rectificar mi demora. Pero noté algo extraño. Al acercarme a la puerta de entrada de la iglesia oí un murmullo de excitación. Cuando ascendí los escalones y entré en el vestíbulo, el murmullo se cambió en un cuchicheo, y finalmente en un doloroso silencio.

Para entonces mi familia me había alcanzado, y estando allí juntos, notamos que todos los ojos se volvieron hacia nosotros. Un terrible temor se apoderó de nosotros. ¡Algo había ocurrido!

Los que estaban allí desaparecieron. Desde donde estábamos pudimos ver claramente por la puerta abierta, los escalones que conducían al subsuelo.

La sangre se me heló y a mi alrededor, todo comenzó a dar vueltas.

Al pie de los escalones yacía abuelita, encogida, en el suelo, y abuelito, con su amado rostro pálido y



delgado, estaba inclinado a su lado.

No pude moverme. Me sentí entumecida por el temor, un temor que no me abandonó durante dos meses desgarradores.

Perdí la noción del tiempo. Los gritos de dolor que dejaba escapar mi abuelita, las palabras tranquilizadoras aunque vacías de gente bien intencionada, la consoladora oración del pastor, el espectáculo de la ambulancia que llegó a la iglesia, y la acción rápida y segura del médico, todo me pareció una película proyectada sobre una pantalla de televisión.

"¡No puede ser cierto! Tengo una pesadilla," pensé. ¡Pero, era cierto!

"Señor. ayúdala -rogué-. ¿Por qué tuvo que suceder esto? Ayúdala. ¡Te ruego que la ayudes!"

Todo lo que pude hacer fue pronunciar esa oración vez tras vez. El temor se había apoderado de mí de tal manera, que oraba automáticamente, sin darme cuenta de lo que decía.

Entonces oí que mamá me hablaba.

-Querida, ¿acompañarías a abuelito al hospital para ayudarle a internar a abuelita?

La voz de mamá era tranquila y firme, y ayudó a que me calmara.

-Tengo que ayudar a papá con la escuela sabática, pero en seguida estaremos allí. Si no sientes deseos de ir, está bien. Pero me parece que podrías ser de ayuda para abuelito.

Asentí con la cabeza y me encaminé a la puerta. Afuera me encontré con abuelito, y salimos hacia el hospital, que quedaba a dos cuadras.

Antes de que la ambulancia se alejara de la acerca, oí que el médico le decía a abuelita: "No se preocupe, Sra. Stevens. Con tantas personas que están orando por Ud., se mejorará. Dentro de muy poco tiempo estará bien y andando. Después de contestar todas las preguntas y llenar todos los formularios, traté por fin de poner en orden todas las piezas del cuadro que se había hecho añicos esa mañana.

En mi imaginación pude ver a abuelita cuando llegaba a la iglesia con un ramo de poinsetias.

Indudablemente me buscó para que le ayudara, y como no me vio por allí, decidió arreglarlas ella misma.

En camino a la cocina de la iglesia, las flores oscurecieron su visión, perdió pie en la escalera del subsuelo, y cayó, quebrándose la cadera. ¡Oh, por qué no habré estado allí!

-Probaremos con tracción durante un par de días y veremos qué ocurre -dijo el médico y colgó de nuevo la ficha de abuelita a los pies de la cama.

- ¿Tracción, doctor? -preguntó Carlos-. ¿Qué quiere Ud. decir?

-Bueno, simplemente significa acomodar un miembro en una cierta posición y mantenerlo tirante con pesas y correas. Eso ayudará a los huesos rotos a soldarse bien, y el miembro no quedará deformado.

-¿Cree Uh. que eso resultará? -preguntó ansiosamente mamá.

El médico no contestó en seguida, y cuando lo hizo pareció no estar muy seguro -

-Esperemos que así sea. Operaremos si es necesario, pero me gustaría recurrir a la operación como último recurso.

Esa noche no pude dormir. Quedé despierta, cavilando. ¿Era responsable del accidente? ¿Podría haberlo evitado? ¿Por qué permití que mi vanidad me hiciera demorar? ¿Por qué no habré estado lista a tiempo? Yo tendría que haber ido a la cocina de la iglesia, y no abuelita.

Di vueltas y vueltas en la cama. De pronto sentí un toque suave en el hombro. Mamá estaba inclinada sobre mí, y antes de que me diera cuenta de lo que ocurría estaba en sus brazos, exteriorizando entre sollozos mis temores y mi sentimiento de culpabilidad.

Nadie puede consolar como una madre, y ella no me falló esa vez.

-¿Recuerdas ese texto que abuelita cita tan a menudo? -Me preguntó-. ¿El que se encuentra en Salmo 34: 7

"El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende"? Abuelita siempre ha creído esa promesa. Sé que para nosotros ha sido fácil escucharla y dejar que las palabras nos entraran por un oído y salieran por el otro; pero pienso que ahora debiéramos comenzar a tomarlas literalmente y reclamar su promesa como nuestra. Quizás ese texto sea el que necesitamos para encontrar consuelo y serenidad.

Las dos guardamos silencio, por un momento.

-Dios tiene un propósito en cada cosa que ocurre -me aseguró mamá-. Quizás nunca conozcamos el propósito que él tiene en relación con este accidente. pero siempre debiéramos creer que nos ama y que hará lo mejor para los que lo aman.

Antes de mucho el médico se dio cuenta de que la tracción no ayudaba .i abuelita. La posición incómoda en que tenía la pierna, le producía a abuelita terribles dolores con cada movimiento que hacía. Y a los dos días los médicos llegaron a la conclusión de que tendrían que operarla.

Las horas que abuelita pasó en la sala de operación fueron muy difíciles para todos nosotros. De pronto, sonó el teléfono. Mamá levantó el receptor con manos temblorosas. Era abuelito. "Todo está bien. Salió de la operación tan bien que los médicos apenas pudieron creerlo. ¡Gracias a Dios!" Más tarde, cuando hablamos con el médico, él explicó:

-Parte del hueso se había fracturado en centenares de pedacitos. Pero creo que podrá caminar de nuevo. Naturalmente, no será en seguida. pero algún día...

A medida que los días se tornaban en semanas y abuelita seguía mejorando, todos esperábamos que de un momento a otro el médico la diera de alta. Por fin un día dijo que pronto saldría. ¡Cuán felices nos sentimos entonces!

-¡Abuelita, irás a casa! -dije abrazándola. Mis temores comenzaron a desvanecerse, y un maravilloso sentimiento de paz alivio inundó mi corazón adolorido.

Pero no... no todavía.

-¿Cómo está Ud. esta hermosa mañana, Sra. Stevens? -preguntó la enfermera a abuelita dos días más tarde-. Se la ve un poquito cansada. ¿No durmió bien?

-Sí, dormí bien. Pero creo que la pierna sana está doliendo porque siente simpatía por la enferma.

¿Puede darse algo así? -sonrió débilmente la abuelita.

-He oído hablar de esa clase de dolores, pero no sé si realmente ocurren. Veamos.

Cuando la enfermera sacó las vendas, todos recibimos un shock al ver que la pierna de abuelita se había hinchado hasta alcanzar dos veces su tamaño normal.

Fingiendo no preocuparse la enfermera dijo:

-No creo que haya nada de que alarmarse, pero llamaré al médico y él podrá echarle una mirada.

-¡No puede haber nada malo, siendo que vas a casa dentro de dos días! -se adelantó Carlos.

En cuanto a mí, quedé muda. El corazón se me subió a la garganta, y no pude pronunciar palabra.

-No se preocupen ahora -dijo abuelita-. Si hay alguna otra cosa que está mal. tendremos que aceptarla como la voluntad de Dios. El me ha cuidado hasta ahora, y ahora no me abandonará.

El médico llegó, y su opinión fue de que dentro de las venas de abuelita se había formado un coágulo de sangre que estaba bloqueando el paso de la corriente sanguínea.

Nuevamente el temor se apoderó de mí. Y otra vez mi mente se llenó de pensamientos atormentadores de culpabilidad. ¡Si tan sólo me hubiera apresurado!

Si el coágulo se soltaba, y eso podía ocurrir en cualquier momento, sería arrastrado por la corriente sanguínea hacia el corazón. Y si se detenía allí,

-y era muy probable que eso ocurriera al llegar a los angostos conductos del corazón- abuelita moriría. , . sin más... ¡en unos dos segundos!

Los médicos trabajaron febrilmente, tratando de disolver el coágulo en la sangre, así como un terrón de azúcar se disuelve en el agua. Emplearon todas las medicinas en que pudieron pensar, recomendadas para disolver coágulos de sangre, pero ninguna de ellas surtió efecto.

Todo parecía perdido. Día a día veíamos como abuelita empeoraba -

¿Orar? ¡Oh, cómo oramos! Pero aun las drogas nuevas no surtieron ningún efecto. "Oh Dios -rogué-, dame la oportunidad de hacer algo especial por abuelita.., y por ti. ¡No permitas que muera por mi culpa!"

Una noche, ya tarde, después de lo que había sido un día largo y difícil, dejamos el hospital para ir a casa. Parecía que ya no había ninguna esperanza. Aunque queríamos creer que nuestras oraciones eran oídas, el temor parecía dominarnos.

Al día siguiente, de mañana muy temprano, mamá y papá, mi hermano y yo recorrimos el viejo camino familiar que conducía al hospital, ascendimos por el lento ascensor, y recorrimos luego el corredor interminable. Con mano temblorosa papá abrió la puerta.

-¡Buenos días! -saludó el médico-. ¡Quiero que sepan que esta señora ha confundido a la profesión médica! Ha mejorado tanto durante la noche que no tengo ninguna explicación médica para su caso. Parece un milagro.

Entonces, tranquilamente, la voz de abuelita rompió el silencio.

-Y fue un milagro, doctor.

Con sólo mirarla nos convencimos de que era verdad lo que decía.

Aunque todavía se sentía muy débil, su voz había recuperado su cadencia, y sus mejillas su tinte habitual.

-Creo con todo mi corazón que anoche Dios envió un ángel para sanarme. ¿Recuerda su promesa? "El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende". Eso es lo que él hizo por mí anoche. El coágulo se disolvió, y la hinchazón se ha ido, estoy curada.

La profunda convicción que había en su voz y en nuestros corazones no dejó ningún lugar a duda. No importa lo que otros pensarán, sabíamos que "el ángel de Jehová" había salvado a abuelita.

Y yo resolví firmemente que siempre estaría temprano para la escuela sabática por el resto de mi vida.

EL ÁNGEL EN LA MINA

Por **AMOS HASH** como se lo contó **FRANGES SHAFER**

EN 1897 mi hermano y yo compramos un pedazo de tierra en la zona minera del estado de Misuri, Estados Unidos. Queríamos dedicarnos a explotar minas de plomo y zinc.

Se había cavado un pozo de 33 metros en la piedra. Y por debajo de la superficie del suelo, a unos 17 metros de profundidad, se había cavado una galería de acceso al pozo. Fue a esa galería donde bajé por la soga nueva, ese día inolvidable.

Me colgué de la soga que pendía dentro del pozo, dejando que mis manos se deslizaran hasta que dieran con el nudo a cuya altura estaba la galería a la cual quería ir. A medida que bajaba y el peso de mi cuerpo estiraba la soga nueva, ésta empezó a desenroscarse lentamente.

Las sogas nuevas están muy retorcidas antes de estirarse. Ese día no pensé en ese hecho, pero el peso de mi cuerpo estaba actuando como un buen atesador.

A medida que bajaba, la soga se desenrollaba y en mi viaje hacia el nudo me hacía girar. Me sostuve con todas mis fuerzas esperando que terminara ese girar vertiginoso, pero a medida que la soga se atesaba, giraba con más velocidad, y pronto giraba a una velocidad vertiginosa llevándome consigo. Había bajado ya unos 17 metros, y a otros tantos más abajo estaba el fondo del pozo, de roca sólida.

Cada vez giraba yo con mayor velocidad. Mis manos apretaban con más fuerza la soga y empezaban a transpirar. La cabeza daba vueltas y no podía ver nada. Ese nudo era lo único que me separaba del fondo rocoso. No podía ver la abertura de la galería, y era incapaz de salvarme.

Perdí el aliento. Me sentí mareado. Mis músculos no daban más. Entonces se me resbalaron las manos. Oh, Dios -exclamé-, ¡sálvame!

Una mano se extendió y me tomo firmemente por el hombro conduciéndome a la abertura de la galería. Cuando mis pies se asentaron sobre la roca firme, mis manos flácidas soltaron la soga que seguía girando. Una voz bondadosa me dijo:

-Te sientes mal, ¿verdad? -y una mano me condujo junto a la pared, donde me senté sobre el piso duro. Levanté los ojos para mirar a mi libertador. Era alguien a quien nunca había visto antes. Era un joven, vestido con pantalones oscuros y una camisa blanca, limpia. Luego bajé la cabeza, porque estaba todavía muy débil y mareado, y entonces volví a levantar los ojos para agradecer a este nuevo amigo. ¡Se había ido! Había dos maneras de llegar a ese lugar. Una era la forma como yo había venido, y yo sabía que él no había venido por ese camino. La otra era a través de una angosta galería de otra mina que quedaba a unos 220 metros de distancia. Era un túnel muy angosto y sucio. No podría haber pasado por allí ninguna camisa blanca sin que se manchara.

Un estremecimiento me corrió por el cuerpo cuando me di cuenta de que Dios había respondido a mi pedido de ayuda enviando un ángel para libramme.

Nadie me convencerá jamás de lo contrario. Esto ocurrió hace 65 años. Esta experiencia me ha proporcionado fortaleza y fe durante todos estos años de mi vida.

Nunca dejes de acudir a Dios. El te oirá como me oyó a mí.



EL ÁNGEL GUARDIÁN DE EVELYN

Por **FANNIE A. SMITH**

EVELYN, juntamente con su mamá, su papá y algunos otros amigos habían planeado salir a acampar. Era en la estación más linda del año, la primavera. Especialmente Evelyn se sentía muy ansiosa por salir. De hecho fue la primera en sentarse en el carro para esperar.



-Evelyn, ¿vendrías adentro, por favor? Es la hora de hacer el culto; papá está casi listo para salir -la llamó la mamá desde el porche de adelante.

-¡Oh! -suspiró Evelyn-. Quiero que salgamos de una vez, mamá. ¿Tenemos que quedarnos otro rato más para hacer el culto esta mañana?

-Sí, querida, por supuesto que de hemos hacerlo. ¿No crees que deberíamos leer nuestra lección de la escuela sabática y algunos textos de las Sagradas Escrituras y pedir a Dios que nuestros ángeles guardianes nos acompañen y nos protejan? En la carretera hay muchos peligros -replicó la madre.

-Bueno, me imagino -admitió lentamente Evelyn-. Tal vez yo no debería siempre apurarme tanto. Debemos tener tiempo todos los días para hacer el culto. En seguida voy.

Y diciendo así Evelyn se apresuró a salir del automóvil y a entrar en la casa.

-¡Es un día tan lindo! Si salimos temprano, podemos parar al lado del arroyo para tomar nuestra merienda -dijo Evelyn.

-Me parece que esa idea es buena -replicó la madre.

Después de estudiar la lección y el versículo de memoria correspondiente a los niños, Evelyn preguntó:

-Como texto especial de hoy, ¿no podemos leer ese que habla de los ángeles que acampan alrededor nuestro? ¿Dónde se encuentra, mamá?

-Se encuentra en Salmo 34: 7.

Evelyn buscó el pasaje y leyó:

-'El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende', y la madre leyó el pasaje que seguía a éste.

Pronto todos habían subido al carro y estaban en marcha. A lo largo del camino habían comenzado a florecer algunas de las flores de primavera. Cuando llegaron al desierto, Evelyn vio algunas flores nuevas que todavía no tenía en su colección. El papá le permitió arrancar una de cada clase para su colección. Ella no las había visto nunca antes.

A medida que andaban, Evelyn se repetía mentalmente los versículos que habían leído para el culto. ¡Qué hermosos eran! "El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved qué bueno es Jehová; dichoso el hombre que confía en él".

Los repitió varias veces hasta que los pudo recordar. Los versículos eran muy confortantes y ella deseaba creerlos y confiar en el Señor. Se sentía feliz de que podían tener ángeles guardianes que los acompañaban ese día.

De repente la velocidad del automóvil comenzó a disminuir. Entonces miró por la ventanilla para ver por qué el papá frenaba. Oyó entonces un silbido y vio que se acercaba un tren de carga. Iba subiendo el

repecho hacia las montañas.

Cuando ya el tren había pasado y sólo faltaba el último coche, el papá puso en marcha el motor y se preparó para cruzar las vías. Ninguno de los que iban en el carro notó que habla doble vía. Vieron que el guardafrenos les hacía señas desde el último vagón y que la gente que estaba al otro lado de la vía también les hacía señas frenéticamente, pero ellos no advirtieron ningún peligro. El auto llegó hasta la primera vía, y de repente se detuvo con un sacudón. Unos pocos segundos más tarde una locomotora de maniobras pasó zumbando frente a ellos.

La mamá, el papá, y Evelyn se quedaron helados, demasiado sorprendidos y aterrorizados para decir una palabra. Luego el padre condujo el carro a través de las vías, y se detuvo a un lado del camino. Durante unos momentos, nadie pronunció una sola palabra. Luego Evelyn dijo:

-Bueno, papito, nuestros ángeles guardianes estaban de veras con nosotros hoy.

-Sí -añadió la mamá-; apenas escapamos. Si el carro no se hubiera detenido, esa máquina nos habría matado.

Después de ofrecer una oración de gratitud por el cuidado que el Señor había manifestado por ellos, la familia continuó su viaje.

Evelyn repitió esos pasajes vez tras vez para su papá y su mamá. Prometió también que nunca estaría demasiado apurada para hacer el culto y pedir a Dios que enviara a sus ángeles guardianes para acompañarlos y protegerlos del peligro.

EL ANTÍLOPE SOLITARIO

Por *Enrique Graham*

CIERTO día en que estaba cruzando un hermoso y extenso valle del Estado de Idaho, Estados Unidos, me detuve para preguntar a un hombre que andaba a caballo, cómo podía llegar al camino principal. Después de explicarme qué dirección debía tomar para llegar a la carretera pavimentada, el hombre dijo: -Si Ud. quiere ver algo interesante, mire allá -y señaló hacia la derecha-. Allá está Freddy -añadió.

-¿Freddy? -pregunté.

-Sí -se rió él-. Freddy es un hermoso antílope que pace con mi ganado.

Y allá estaba, pastando en la pradera con unas cincuenta vacas.

-Freddy tiene una verdadera historia -continuó el hombre-. ¿Dispone de un poco de tiempo para oírla?

Como le aseguré que lo tenía, continuó:

-Hace años abundaban en esta región los antílopes. Ahora han desaparecido y por muchos kilómetros a la redonda no se encuentra ninguno, y evidentemente, el único que queda, es Freddy. Parece que todos los demás se fueron en busca de mejores pastos.

-¿Hace mucho que Freddy pasta con su ganado? -quise saber.

-A lo menos hace tres años -respondió el hombre-. Cada mañana a eso de las ocho sale del cañón que está más allá, y se reúne con la vacada, con la cual queda la mayor parte del día. Se abreva en el arroyo con las vacas, y parece disfrutar de su compañía. Pienso que se siente muy solo.

-Eso es fácil de entender -concordé con él-. Siendo que no hay otros animales de su especie por ahí, ha trabado amistad con los que pudo encontrar.

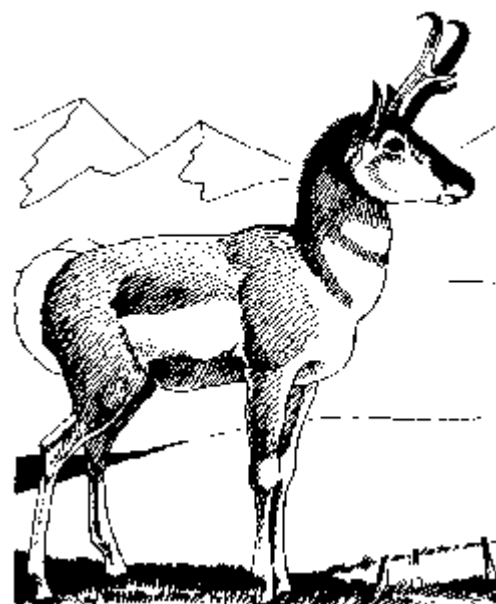
-Generalmente a la tardecita, Freddy abandona el hato y vuelve al cañón -explicó el hombre-. Pero a la mañana siguiente regresa de nuevo con los animales. Todos los días es la misma rutina.

-¿Es siempre amigable con Ud.? -quise saber.

-Ahora sí -explicó el hombre-. Al principio, cuando me aproximaba, siempre huía. Pero, como ocurre con la mayoría de los animales del campo, a medida que se iba familiarizando más con mi presencia, fue perdiendo su timidez. Se ha dado cuenta de que soy su amigo y de que no le haré daño. A veces hasta me sigue un poco. Es un ejemplar magnífico, ¿no es cierto?

-¡Verdaderamente que tiene un porte noble! -declaré, contemplándolo-. Entre los animales silvestres siempre consideré que el antílope es uno de los más hermosos e imponentes.

-Nuestros inviernos aquí en estas altitudes son muy crudos -observó el hombre. Antes de que las grandes nevadas cubran el suelo y soplen los vientos fríos, yo llevo los animales a un lugar más protegido para que pasen el invierno. Al principio creí que quizás a Freddy le gustaría acompañar al rebaño al resguardo y pasar con él el invierno, y me habría sentido muy feliz de que así lo hubiera hecho. Pero me di cuenta de que él no estaba dispuesto a soportar el encierro que eso significaría.



Naturalmente valora su libertad.

Cuando el rebaño no sale más a pastar al valle, Freddy aparece regularmente en las inmediaciones de los cuarteles de invierno, y mira con nostalgia a sus compañeras, que no volverán al campo hasta la próxima primavera.

-El invierno pasado fue extraordinariamente frío y desapacible -continuó el hombre-. La capa de nieve alcanzó un promedio de dos metros de profundidad. La nieve cubría todos los arbustos. Yo sabía que Freddy estaba pasando hambre. Cada día se acercaba a la puerta del frente de la casa. Yo me compadezco de todos los animales, sean silvestres o domésticos. De manera que siempre cuidé de que no le faltara de comer. Como había guardado mucho heno, tenía también para Freddy. En el invierno no quiero que le falte de comer, de modo que siempre mantengo afuera una buena provisión de alimento. Cuando llega la primavera, el primer día en que el ganado vuelve a la pradera parece constituir una especie de fiesta para Freddy -continuó el hombre-. Corre a encontrarse con los animales, y salta de un lado a otro, como si celebrara la reunión. Y estoy seguro de que cuando llega la época de la separación, se pone realmente triste.

-Creo que el aprecio entre él y mis animales es mutuo -declaró el desconocido-. Porque he visto a los animales salir a su encuentro para saludarlo, cuando aparece en la mañana. Me alegro de que se lleven bien. Me produce una gran satisfacción el verlos pastar juntos, pacíficamente.

EL ÁRBOL DE NAVIDAD DE CATALINA

Por *Kay Heistand*

CATALINA se dirigía lentamente al altillo. Estaba deprimida; por primera vez en su vida no sentía ninguna alegría en una tarea que en lo pasado siempre la había llenado de vehemente expectación. Vaciló por un momento en el descansillo de la escalera, y se quedó mirando hacia afuera. Esa tarde de diciembre la nieve caía con viento y el tiempo era muy apropiado para la estación. Era época de Navidad, una celebración que tanto le gustaba a Catalina.

-¿Qué pasa Caty?

Catalina echó a andar mirando a su alrededor, Su padre, que había salido de su habitación, del segundo piso, se quedó mirándola muy serio, como si la estuviera estudiando.

-Oh, nada, papá, -sonrió Catalina y se encogió de hombros-. Fue sólo un sentimiento que tuve. Y poniendo su mano en el brazo de su padre, juntos subieron el último tramo de la escalera.

-Ya es tiempo de sacar el árbol de Navidad -observó el padre.

Catalina asintió con una inclinación de la cabeza. Abrió la puerta del altillo y encendió la luz.

-Una cosa es cierta: mamá es tan ordenada que no hay ninguna dificultad en encontrar las cosas en cualquier parte -dijo riendo el padre mientras señalaba una caja de cartón alta y chata-. ¡Allí está, el viejo amigo!

Catalina suspiró y señaló otra caja de cartón cuidadosamente rotulada -

-Y allí están las decoraciones -y en cada una de sus palabras se advertía desaliento.

El padre se sentó en un viejo baúl.

-Siéntate, querida -le pidió bondadosamente-. Hablemos un poco. Catalina se adelantó y tomó la caja.

-Esto. - . Esto es -exclamó.

-¿Nuestro árbol de Navidad? -preguntó asombrado el padre-. Pero sí, lo hemos tenido desde que tenías un año.

-¡Ese es el asunto! ¡Un viejo amigo, de verdad! Papá, tal vez no debiera quejarme, pero... pero... bueno, échale una mirada. ¡Mira cuán descolorido y feo está!

Catalina abrió la caja y sacó el arbolito artificial de Navidad. Tenía como un metro de alto y las ramas estaban dobladas a lo largo del tronco. Cuando Catalina lo abrió, sus ramas ofrecieron un espectáculo bastante lastimero.

-Ah... -quedó pensando el Sr. Silvestre-. Parece un poco cansado y gastado.

-Y marchito y viejo.

Catalina - tenía razón. El pobre arbolito estaba desteñido y las hojas de sus ramas habían visto días mejores.

-Se ve mejor cuando está decorado -trató de animarla su padre.

-Sí, pero es tan chico que siempre tenemos que colocarlo sobre una mesa o sobre el escritorio. Papá, yo daría cualquier cosa si por lo menos una vez pudiéramos tener un árbol de verdad, uno que huelga a pino y a especias, y sea bastante grande como para poder dejarlo en el suelo, y ¡que llegue hasta el techo! -y los ojos de Catalina brillaban suplicantes. Dejó caer el árbol artificial y se sentó a los pies de su padre.

El Sr. Silvestre no habló pero sus ojos revelaban simpatía y comprensión.

-Papá, mamá ya está hablando de que me estoy poniendo muy grande para un árbol. ¿Crees tú que soy tonta porque quiero tener por lo menos una vez, un verdadero árbol de Navidad?



- ¡No, yo no creo que seas tonta, Catalina! -dijo el Sr. Silvestre y se puso de pie ayudando a su hija a hacer lo mismo-. Sabes, querida, muchas veces en lo pasado cuando estábamos tan escasos de dinero, nos vimos en la obligación de usar este arbolito. Pero creo que ha cumplido con su misión, y me parece que esta noche es muy buena para ir a comprar un árbol verdadero, ¡un árbol de Navidad que huelga a pino y a especias!

Catalina rebotaba de alegría.

Unos minutos más tarde, ella y su padre desafiaron el viento y la nieve que caía para ir a la tienda donde vendían árboles.

- ¡Catalina!

La voz clara y alta que la llamaba le hizo levantar la vista. Su mejor amiga, Rut Bresler estaba en la puerta de la tienda de su padre, saludándola.

- ¡Cómo estás, Rut! ¡Ven con nosotros! -la invitó Catalina.

El Sr. Silvestre sonrió y añadió:

-Sí, ven con nosotros, Rut.

-¿Adónde van? -preguntó Rut.

- ¡A comprar un árbol de Navidad, uno de verdad, un árbol vivo! -respondió Catalina.

Rut miró como asustada.

-Le preguntaré. - le preguntaré a papá. - - si puedo ir -y comenzó a entrar en la tienda de donde volvió para decir:- Nosotros no tenemos árbol de Navidad. Nunca hemos tenido uno. Y luego desapareció en el negocio.

-¿No tienen un árbol de Navidad? -repitió Catalina como un eco mirando a su padre muy sorprendida.

El padre sacudió la cabeza.

-Como tú sabes, querida, ellos son judíos, y los judíos no celebran la Navidad. Hablaremos de eso más tarde -y guardó silencio. Rut apareció apresuradamente en la puerta tratando de ponerse un gorro rojo en la cabeza.

El lugar donde vendían los árboles quedaba a sólo una cuadra. Tanto el papá como las dos niñas se llenaron de admiración cuando llegaron allí. Mientras contemplaban los árboles un sentimiento de éxtasis se posesionó de Catalina. Los pinos y los cedros estaban allí en hileras, con las ramas cubiertas de nieve. Su inconfundible fragancia inundó a Catalina quien se sintió casi desmayar de felicidad. Danzaba y abrazaba a su amiga.

-¡Oh, Rut!, ¿no es maravilloso?

Pero cuando observó la expresión del rostro de Rut, su entusiasmo decayó un poco.

La nieve resplandecía sobre el cabello renegrido y brillante de Rut y orlaba sus largas pestañas. Sus mejillas eran casi tan rojas como el gorro que llevaba, y Caty pensó cuán hermosa era su amiga. Pero en sus grandes ojos negros se advertía un profundo anhelo.

Antes de que Rut pudiera contestar la entusiasta pregunta de Catalina, el Sr. Silvestre habló rápidamente.

-Chicas, yo tengo una idea fantástica. Rut, me parece que debieras venir a casa con nosotros esta noche y ayudarnos a adornar el árbol. ¿Te gustaría hacerlo?

En los labios de Rut se dibujó una sonrisa.

-¿Cree Ud. que estará bien?

-¡Por supuesto que sí! -respondió muy entusiasta el Sr. Silvestre-. Yo mismo iré a hablar del asunto con tus padres. Catalina quiere compartir su Navidad con sus mejores amigas, ¿no es así, querida?

-Oh, sí, tú debes venir, Rut. El rostro de Rut se iluminó.

-¡Encantada! ¡Me alegro tanto de que viniste a vivir aquí, Catalina!

No les llevó mucho tiempo a los tres elegir el árbol más bonito de la playa. El Sr. Silvestre pagó por él y se lo cargó al hombre y los tres felices compradores se dirigieron a su casa. Se detuvieron brevemente en la casa de Rut y obtuvieron el permiso necesario y

pronto los tres estaban acomodando el árbol en la espaciosa sala de los Silvestre -

La Sra. Silvestre abandonó por un momento la cocina para admirarlo y hasta la abuela bajó del segundo piso para hacer algunas sugerencias.

Catalina estaba convencida de que nunca antes había visto un árbol de Navidad tan hermoso, y parte de su placer provenía de observar la alegría que se pintaba en el rostro de Rut, quien le alcanzaba cuidadosamente las decoraciones de Navidad. Algunas de esas decoraciones eran antiguas y delicadas

y habían pertenecido a la familia de los Silvestre desde hacía muchos años. En sus exquisitos colores reflejaban la felicidad y la alegría propias de esa época del año.

Cuando el árbol quedó terminado, todos retrocedieron para admirarlo y cuando por fin el Sr Silvestre encendió las luces, dejaron escapar una expresión de admiración. Se veía muy bonito.

-Rut, querida, o quiero que vengas en Nochebuena para cenar con nosotros ¿aceptarás nuestra invitación?

-preguntó la Sra. Silvestre- El Sr. Silvestre hará algunos de sus famosos pasteles.

Una sombra apagó el rostro de Rut.

-Yo. -. yo no creo que podré venir, Sra. Silvestre. Sabe, nosotros comemos diferente que Uds. -y tartamudeó un poco al tratar de explicar lo que quería decir.

-No te aflijas por eso, Rut -se apresuró a decir el Sr, Silvestre-. En mis pasteles yo no uso grasa de cerdo.

-Ni tampoco yo la uso en mi cocina, Rut, de manera que podrás comer con nosotros sin violar ninguna de tus creencias religiosas -le explicó bondadosamente la Sra. Silvestre.

- ¡Oh, Uds. entienden! -exclamó Rut-. Yo... yo ya tengo un regalo para Catalina, y estaré encantada de venir si mis padres dicen que puedo hacerlo.

Cuando Rut se hubo ido, Catalina permaneció admirando el hermoso árbol de Navidad.

-¿Qué pasa, Catalina? -preguntó el

-Realmente yo nunca antes pensé en el hecho de que los judíos no festejan Navidad -respondió lentamente Catalina-. Pero es que nunca antes conocí a ningún judío. Es porque ellos no creen que Jesús fue el Hijo de Dios, ¿no es así, papá?

El padre asintió con la cabeza.

-Sí, pero creo que muchos judíos modernos intercambian regalos en esta época del año. Catalina, debes recordar que las cosas más importantes relacionadas con la Navidad son la buena voluntad y la bondad. Esos son sentimientos universales que todos pueden entender, no importa cuál sea su religión. Tu amiga es una niña devota y cariñosa, y estoy contento de que ella sea tu amiga.

-Yo puedo aprender mucho de Rut, papá. Es una muy buena compañera.

El padre estuvo de acuerdo.

-Y estoy seguro, Catalina cuando pienso en cuán feliz se sintió ella ayudándonos esta noche a preparar nuestra Navidad, que ella también aprenderá mucho de ti. No te olvides, querida, que en este mundo a menudo la intolerancia es fruto de la ignorancia. Si nos relacionáramos con hombres, mujeres y niños cuya raza, religión y color de la piel difieren de los nuestros, aprenderíamos a amarlos y a entenderlos. Los ojos de Catalina estaban llenos de la belleza de su primer árbol de Navidad verdadero, y su corazón rebosaba con un nuevo conocimiento del espíritu de Navidad que acababa de comprender.

EL ÁRBOL DE PICNIC

Por **Bernardine Beatie**

-A Mediodía nos encontraremos junto al árbol de picnic -dijo Lorenzo a sus amigos cuando sonó la campana.

-¡El árbol de picnic! -

respondieron los amigos de Lorenzo haciendo eco.

Lorenzo sonrió al recordar todas las veces que él y sus amigos se habían reunido bajo las ramas extendidas del gran roble. La verdad es que ése era un lugar favorito de todos los niños que asistían a la escuelita que servía a la zona rural, no muy densamente poblada, donde Lorenzo vivía.



La madre de Lorenzo le había dicho que cuando ella era niña ocurría lo mismo. Ya en ese tiempo el árbol había sido un lugar de reunión y ella y sus amigas solían jugar a su sombra acogedora.

Todos se admiraban de que ese árbol hubiera crecido tan grande en esa planicie seca donde lo único que crecía eran mezquites y robles achaparrados.

El árbol de picnic había sido un hito o señal desde hacía tanto tiempo, que todos lo consideraban parte de la propiedad de la escuela, aunque en realidad estaba del otro lado del cerco, en un potrero de la hacienda Walter.

El Sr. Walter hacía mucho que se había mudado a otro lugar, pero el portón que daba acceso al árbol de picnic nunca se había cerrado con candado.

A mediodía Lorenzo y sus amigos cruzaron apresuradamente el patio de la escuela. Al acercarse al portón, se miraron con ojos incrédulos. Un hombre alto -un extraño- acababa de colocar una cadena en torno al poste del portón y estaba cerrando la puerta con un candado... la puerta que conducía al árbol de picnic.

-Hola, muchachos -dijo el desconocido-. Me llamo José Rankin. Acabo de comprar el establecimiento Walter. No me gusta cerrar esta puerta con candado, pero traeré ovejas a este campo de pastoreo. Y temo que alguien deje la puerta abierta.

-Seremos muy cuidadosos, Sr. Rankin -se adelantó Lorenzo-. Yo... no sé cómo nos arreglaremos sin el árbol de picnic.

El Sr. Rankin miró pensativo a Lorenzo.

-Lo siento, hijo. No tendrán más remedio que encontrar otro lugar para jugar.

Y dándose vuelta, se fue.

Los muchachos quedaron pasmados. Pronto se les unieron otros grupos de muchachos y chicas. Al principio no podían creer que la puerta estuviera cerrada con llave y que se les prohibiera reunirse junto al árbol de picnic. Entonces algunos de los muchachos comenzaron a protestar.

- ¿Y qué nos impide que pasemos por arriba del alambrado? -preguntó Teodoro.

-Esa no es la solución -comentó la Srta. Simón, la maestra de Lorenzo, que acababa de llegar del patio de juegos de la escuela-. Al fin y al cabo el Sr. Rankin está en su derecho de cerrar con candado el portón. Después de las clases iré a verlo para conversar con él. El es nuevo aquí y no se da cuenta cuánto significa para todos nosotros el árbol de picnic.

A la mañana siguiente la Srta. Simón informó que el Sr. Rankin había sido amable pero firme en su

negativa de reabrir el portón.

A mediodía Lorenzo y sus amigos se acercaron al portón y quedaron mirando el rebaño de ovejas acostado a la sombra del árbol de picnic. Volvieron luego a la escuela para almorzar, pero por alguna razón los sandwiches no tenían el mismo gusto que de costumbre.

Después de las clases los alumnos se apiñaron en el ómnibus amarillo para volver a sus hogares. De pronto Lorenzo miró por la ventanilla de atrás.

-¡Oigan! -exclamó-. ¡Las ovejas del Sr. Rankin están afuera! Van hacia el cañón. Mejor que hagamos algo, o de lo contrario se extraviarán y nunca más las encontrará.

Teodoro le avisó a la Srta. Simón que manejaba el ómnibus de la escuela. La Srta. Simón guió el ómnibus hacia un lado del camino y lo detuvo. Lorenzo, Teodoro y varios de sus amigos saltaron del ómnibus.

-Pasaré por la casa del Sr. Rankin -anunció la Srta. Simón-. Si Uds. muchachos se apresuran, y toman un sendero cortando campo podrán atajar las ovejas antes de que entren en el cañón.

-Procuraremos hacerlo -dijo Lorenzo.

-No sé por qué tenemos que hacer ningún favor al Sr. Rankin -murmuró uno de los muchachos.

Lorenzo sonrió.

-Yo sé cómo te sientes. Pero no podemos culpar a las ovejas. ¡Tratemos de atajarlas!

Por un momento Lorenzo pensó que sus amigos rehusarían hacerlo. Pero de pronto se rieron.

-Tienes razón, Lorenzo -exclamó Teodoro.

Las ovejas habían avanzado bastante por el camino. Afortunadamente el campo estaba alambrado a ambos lados del camino, hasta llegar al cañón, de manera que los animales no podían desviarse.

-Tratemos de alcanzar la curva del camino donde éste va hasta el cañón -exclamó Lorenzo-. Ese es el lugar donde podremos hacer retroceder las ovejas, si es que llegamos a tiempo.

Los muchachos corrían con todas sus fuerzas atravesando el potrero. Lorenzo iba a la cabeza. De pronto avistó la curva del camino. Jadeante gateó entonces debajo del alambrado.

-¡Llegamos a tiempo! -gritó a sus amigos-. Las ovejas están dando vuelta por la curva.

Los muchachos lograron atajar las ovejas y conducir las de vuelta hacia la escuela. No habían andado mucho cuando a corta distancia apareció la camioneta del Sr. Rankin que iba dando tumbos hacia ellos.

-¡Muy bien, muchachos! -dijo el Sr. Rankin saltando de la camioneta para ayudar a conducir las ovejas.

-Cuando cruzamos el campo de pastoreo -explicó Teodoro-, vi el lugar donde estaba roto el alambrado. No está muy lejos de la escuela. ¡Pero nosotros no lo hicimos! -se apresuró a decir.

-Yo sé que no lo hicieron, hijo -afirmó el Sr. Rankin-. Debiera haber pasado más tiempo revisando los alambrados que los portones. Si Uds. me ayudan, arreglaremos el alambrado roto. Lo correremos para atrás para que no haya ninguna puerta ni alambrado entre la escuela y el árbol de picnic -declaró el Sr. Rankin, y haciéndole una guiñada a Lorenzo añadió-: ¿Piensan que podrán ayudarme?

Lorenzo sonrió. Por los vivos con que fueron recibidas las palabras del Sr. Rankin, no cabía la menor duda de que obtendría toda la ayuda que necesitara para arreglar el alambrado.

EL ARMIÑO

Avancemos unos pasos en nuestro recorrido por el imaginario “zoológico” de estas páginas.

Detengámonos ahora frente a un armiño, ese animalito cuyo ambiente natural son las selvas de Asia y Europa, y que protege con singular celo su blanco pelaje.

Es increíble como el armiño se cuida así mismo para no mancharse. Especialmente en invierno, cuando su piel se torna blanquísima, y de esta característica del armiño, los cazadores obtienen cruel ventaja.

Cubren con barro la entrada de la cueva del pequeño animal. Y cuando este llega a su vivienda, en lugar de limpiar la puerta obstruida por el barro, por no manchar su piel prefiere ponerse a luchar contra los perros de caza, ante los cuales siempre sale perdiendo. De esta manera, por mantenerse limpio, el armiño pierde la vida.

Pequeño animalito de la selva, ¡cuán grande lección enseñas! Que la pureza vale más que la vida. Si los cazadores, los curtidores y los coleccionistas que viven de tu piel aprendieran esta lección, cuanta pureza podrían desarrollar en su vida. Y si las damas que usan tu codiciada piel recordaran esta misma lección, cuan beneficiadas podrían ser. El ejemplo del armiño muda condena a la impureza y la inmoralidad, cuyo amargo resultado significa la ruina de incontables seres humanos.

Al comienzo de su Sermón del Monte Jesucristo declara: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” Mientras la impureza, en cualquiera de sus formas, abre la huella del dolor y la culpa tras el placer fugaz que produce, la limpieza del alma proporciona genuina alegría.

Ciertamente es bienaventurada o feliz la persona que conserva la pureza de su corazón, y que a la vez repudia toda forma de bajeza humana. Por otro lado, es imposible que un hombre o una mujer pueda ser feliz mientras manche su conciencia con una conducta libertina o carente de integridad. Y pensar que abunda la gente que se empeña en demostrar lo contrario, es decir, que “la buena vida” es resultado de la conducta transgresora y licenciosa. Pero así les va a los tales y a quienes ellos contagian: se consumen en su propia descomposición interior.

¿Por qué manchar el corazón cuando, apartado del mal, puede garantizar paz alegría? Salomón aconseja: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón: porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23), Y ese corazón, que no es otra cosa que la mente, el pensamiento, el espíritu, solo puede conservarse puro y libre de maldad cuando Dios lo dirige y controla. Por naturaleza, la mente, elevarse puro y libre de maldad cuando Dios lo tiende a alojar malos pensamientos e inclinaciones carnales. Pero el poder transformador del Altísimo puede encauzar la actividad cerebral por la senda segura de la limpieza espiritual.

La próxima vez que pensemos en el armiño, ¿no renovaremos nuestro deseo de vivir con blancura interior? Tal comportamiento asegura la bendición divina y la alegría de la vida.

Tomado del libro "Había una vez un zoológico" de Enrique Chajj

EL ASALTANTE

Era un jueves de tarde, del mes de octubre de 1894. Cuatro hombres a caballo llegaron al banco del pueblecito de José, estado de Oregón, que era entonces centro de una próspera región dedicada a la ganadería, donde una población bastante dispersa llevaba una vida llena de aventuras. Los jinetes se apearon y ataron sus caballos a los postes destinados a ese uso. Los cuatro iban armados. El cabecilla, llamado Fitzhugh, era un hombre muy inteligente de unos 35 años de edad. Era de carácter frío y calculador, aunque de modales suaves, y ejercía un poderoso ascendiente sobre sus acompañantes. El segundo se llamaba Brown, Y como Fitzhugh, era un jugador y criminal empedernido, que había recorrido mucho mundo. Los otros dos eran más jóvenes. Uno de ellos, David Tucker, de 23 años, Y el otro era aún más joven. Guiados por Fitzhugh penetraron en el banco. Tucker y el más joven quedaron de guardia cerca de la puerta mientras los otros se acercaban al mostrador.

-¡Arriba las manos! -ordenó Fitzhugh al cajero- Entréguenos todo el dinero.

El cajero empujó el cajón a través del mostrador, Fitzhugh se apoderó del contenido -unos 2.000 dólares-y lo echó en una bolsa. En ese momento alguien disparó un tiro, y de las cantinas y los almacenes del pueblo salieron inmediatamente muchos hombres armados. Las balas empezaron a silbar por las calles. Un hombre se presentó a la puerta del banco e hizo fuego contra los asaltantes. Brown soltó la bolsa del dinero y cayó muerto.

-Entonces me olvidé de todo -explicó David Tucker más tarde-y corrí hacia Brown para prestarle auxilio. Haciendo fuego contra los que intentaban cerrarnos el paso, Fitzhugh me dijo con voz fría e implacable, al par que se inclinaba para apoderarse del dinero:

-No le prestes atención. Está muerto. ¡Usa tu revólver y salgamos de aquí!

El escapó a través de una lluvia de balas. En cuanto a mí, al apartarme de Brown me hallé frente a frente con hombres a quienes había conocido toda la vida y que disparaban contra mí con ánimo de matarme. Levanté mi revólver e hice dos disparos al azar. Entonces, una bala hizo blanco en mi mano, arrancándome el dedo que apretaba el gatillo. Corrí hacia afuera. Una descarga de municiones me hirió en el costado y otra en las piernas. Tambaleante, llegué a mi caballo. Un hombre que me había reconocido me golpeó con la culata de su carabina en la frente y gritó ciego de ira:

-¡David Tucker, voy a hacerte volar los sesos!

-Bueno, hágalo de una vez -le contesté.

Pero él no hizo fuego, pues en ese momento caí desvanecido y fui capturado. Mi amigo, el jovencito, estaba ya preso. Fitzhugh escapó sano y salvo, pero nosotros dos tuvimos que enfrentarnos a la justicia. Sentía que todos me odiaban y yo odiaba a todos. Me reconocía criminal y enemigo de la sociedad. Muchas veces pienso en cuán cerca de la muerte estuve y estoy convencido de que únicamente la bondad de Dios me salvó para que llevase más tarde una vida mejor.

Tucker y su amigo fueron encarcelados en la pequeña ciudad vecina de Enterprise. Al ser juzgado, el primero supo que alguien lo acusaba, además, de un robo de ganado, del cual era inocente. Pero, ¿qué podía valer su palabra? Fue condenado a siete años de cárcel por el asalto al banco y a un año por el robo de animales.

Poco tiempo antes de morir -cuenta el Sr. Tucker-, el hombre que juró falsamente que yo le había robado animales me escribió a la cárcel para pedirme perdón. Lo perdoné, porque para aquel entonces yo había decidido enmendarme, y uno no puede regenerarse si guarda rencor contra otros.

La historia de la regeneración de David Tucker es maravillosa. Se dejó inducir a participar en el asalto con la loca idea de que tomaría luego su parte del botín y se iría a Chicago a estudiar. Estaba comprometido con una buena joven y pensó que si antes de casarse podía educarse, cuando volviese sería alguien en la comunidad. Como él mismo lo hace notar hoy, no se podría hallar más fantástica combinación de buenos ideales y mal raciocinio. Pero si el mundo lo despreció cuando cayó y lo castigó duramente, hubo dos personas que le hicieron comprender que lo seguían amando: eran su madre y su novia. Antes que lo llevaran a la penitenciaría del estado, su novia lo visitó. En su última entrevista, a través de los barrotes, la joven le dijo con voz llena de ternura y simpatía:

-David, dices que todos están contra ti. Pero yo no. Cometiste un error muy grave, pero aún creo en ti. Puedes rehabilitarte, porque en el fondo eres bueno. No importa cuántos años sean, te esperaré.

-No -dijo él-, no tengo derecho a pedirte eso. Yo te quiero, pero no soy digno de que me esperes. Eres joven y encontrarás a otro...

-¡No!

-Sí, Delia. Será mucho mejor.

-¡No, David! Te reformarás, yo te esperaré. Seguiré pensando en ti, pues sé que no eres tan malo como creen los demás.

Aquellos años de cárcel fueron largos y amargos. La primera noche que pasó David en la penitenciaría pudo oír a algunos presos que sollozaban en sus celdas. Al día siguiente, un hombre fue azotado por haber violado alguna reglamento.

"He visto allí a algunos perder la razón acongojándose por los largos años de encarcelamiento que les esperaban. Luego los azotaban porque no podían dominarse. A mí me pusieron en la fundición, donde trabajábamos entre el calor y la suciedad fabricando estufas que un contratista vendía luego al público - cuenta el Sr. Tucker. "

La influencia que Fitzhugh había ejercido sobre mí me clasificaba entre los elementos criminales de la sociedad, así que elegía siempre la compañía de los peores presos. "Nunca había examinado mi caso bien a fondo. Pero un día, mientras estaba en el patio donde nos sacaban a hacer ejercicios, me puse a meditar. Unos minutos antes un hombre se había vuelto loco pensando en sus años perdidos. Algunos murmuraban, otros oraban, otros maldecían. Miré a todos esos náufragos de la vida, y se me ocurrió que yo no era sino un miserable.

-David, insensato rematado -me dije-, piensa en esas dos mujeres que sufren por ti. Fíjate en Delia, sacrificando su reputación por quererte cuando todos te desprecian. Te estima más de lo que tú mismo te estimas. Y ahí está tu madre orando por ti. ¿Qué haces tú por ayudar a tu novia y a tu madre? ¡Nada! ¿Quién te trajo aquí? Tú mismo. ¿Que no supiste portarte mejor? ¿Que eras joven? Son cuentos. Cualquier muchacho conoce la diferencia entre lo bueno y lo malo. Tú la conocías.

Cuando hube razonado de esta manera, empecé a sentirme más animado. Podía ver a mi novia y a mi madre orando por mí, y me dije:

-David, no vas a chasquear a las dos únicas personas que te aman. Ahora mismo empiezas una vida nueva. Todo sucedió en un minuto. Aun la cárcel me pareció diferente. Yo mismo era diferente. Al día siguiente corté mis relaciones con los criminales empedernidos con quienes me relacionaba antes y empecé a hacerme de nuevos amigos. Aun en la cárcel uno puede elegir sus compañeros. El primero de los hombres mejores de quienes me hice amigo había sido maestro de escuela y era una buena persona. De él aprendí mucho. Antes me deleitaba en leer las crónicas policiales de los diarios para notar qué factores incidían en el fracaso o en el éxito de un acto delictuoso. Renuncié a esa clase de lecturas y dediqué mis momentos libres a cosas útiles. Leía cuanto se relacionase con la agricultura y la ganadería, cosas de las que ya sabía algo. Al poco tiempo, el alcaide me mandó llamar. No sabía por qué, pero pronto vi que todo marchaba bien.

-David -me dijo-, ¿qué te ha pasado?

-¿Por qué, señor? -le pregunté.

-Algo te ha cambiado. Eres diferente. Pareces realmente feliz. ¿Qué te pasa?

Le conté acerca de mi reflexión en el patio.

-Muy bien. Te creo, David. De ahora en adelante te irá mejor. Yo te ayudaré. Ven acá mañana temprano.

A la mañana siguiente me llevó a la sastrería y me hizo dar un buen traje y un sombrero. ¡Un sombrero!

Hacía cuatro años que no llevaba ninguno. Abandoné el uniforme rayado.

El alcaide me dejó encargado de la granja y del ganado. Uno o dos días más tarde me ordenó enganchar el carro para ir al pueblo a buscar la correspondencia. ¡Cuán feliz me sentía! Desde entonces fui dos veces por día al correo, sin que nadie me vigilara. Nunca sentí tentación de huir.

Los cuatro años restantes de mi condena transcurrieron dos veces más ligero que los primeros, y el primero de septiembre de 1902 quedé en libertad. El alcaide me llamó temprano y me hizo desayunar en su casa.

-David -me dijo-, estás en paz contigo mismo. Este es el primer paso de la regeneración; pero tropezarás con circunstancias desagradables. Mantente firme y triunfarás.

Como despedida, un guardián me prestó cinco dólares; ya tenía veinte que me había prestado mi hermano. Tomé el vapor hasta Portland, estado de Oregón, y de allí fui por tren y diligencia a Lewiston, en Idaho. No podía obtener trabajo. Supongo que parecía sospechoso. Mi capital bajó hasta dos dólares, y finalmente el dueño de un servicio de diligencias me ofreció un puesto. Pero mientras hablaba con él, pasaron tres hombres a quienes conocí en el pueblo de José. Ellos me reconocieron; y a la mañana siguiente, cuando me presente a trabajar, el patrón me dijo que no me necesitaba más. Ya había empezado el invierno en esa región septentrional. Yo no tenía sobretodo. Eché a andar a campo traviesa, sin saber adónde iba. Anduve todo un día y toda una noche. Al día siguiente, a las doce, había recorrido ochenta o noventa kilómetros y llegué a una bifurcación del camino. Recuerdo la fecha: el 7 de octubre. Aunque había empezado el invierno, el sol calentaba y me senté bajo un árbol. Me puse a estudiar los dos caminos. Por uno podía ir a Enterprise, donde estuve encarcelado, y a José, donde estaban mis amados; por el otro, adonde nadie me conociera".

Y allí, el hombre regenerado elevó una sincera plegaria a Dios, como un hijo hablaría a su padre. "¡Oh, Dios! -dije- Tú sabes que tengo miedo de volver allí. Tú sabes que quiero ser bueno; pero la gente me odia. Yo quiero ser amado y respetado. Ayúdame a decidir dónde debo ir".

Cobró por fin bastante valor para aceptar la invitación que momentos más tarde le hiciera el conductor de un carro que iba a José. Pero antes de llegar al pueblo se bajó del carro y se dirigió a la estancia de un francés llamado Pedro Beaudoin, pues recordaba que en la cárcel de Enterprise había prometido ayudarlo. Pedro estudió su cara largo rato y finalmente dijo:

-Creo que has cambiado, David. Pero lo único que te puedo ofrecer es un puesto de cuidador de ovejas y pagarte sólo...

-No se preocupe por el sueldo -le contestó David.

Quedó cinco años con él. Durante el primero no salió de la estancia. Pedro le pagó lo suficiente para que pudiese devolver los 375 dólares que su hermano le prestó mientras se hallaba en la cárcel y para comprarse un traje. Tuvo que ir al pueblo para comprar el traje. Muy pocos de aquellos a quienes vio contestaron su saludo. Volvió a la estancia y allí quedó durante meses sin salir. Los otros peones iban a fiestas y otras reuniones, pero nadie invitaba jamás al ex convicto.

Sin embargo, durante todo ese tiempo su novia estaba dispuesta a casarse con él. "Pero yo quería esperar hasta tener un nombre que darle", declara Tucker. El segundo año, Beaudoin lo hizo capataz de diez "puestos" y le pagó 1.500 dólares, pues era muy entendido en cuestiones ganaderas. El tercer año lo mandó a una ciudad cercana con once mil ovejas que debía entregar a un comprador, que le pagó 38.000 dólares por ellas. Fue a depositar el dinero al banco, donde lo atendió un hombre que fue socio del banco asaltado años antes en José. El hombre lo reconoció y le preguntó qué deseaba hacer con ese dinero.

-Depositarlo a nombre de Pedro Beaudoin. Hágame el recibo, por favor.

Cuando el banquero contó la cantidad, abrió los ojos desmesuradamente, pero entregó el recibo con una sonrisa. Sin duda, debió contar el incidente a otros, pues David Tucker empezó a ser tratado de una manera diferente por los habitantes del valle. Sin embargo, siguió trabajando en la estancia e invirtiendo sus ahorros en ovejas. Al cabo de cinco años poseía dos mil ovejas y un crédito en la región. Entonces decidió casarse. El hombre que se extravió y volvió al buen camino y la novia que lo esperó trece años se unieron en matrimonio y tuvieron tres hijos.

Además de ser vicepresidente del banco que una vez asaltó, Tucker fue después director de irrigación de un distrito de 3.600 hectáreas, miembro de la junta escolar y trabajó intensamente por la cultura del pueblo.

"El Ascuá Sagrada"

Era una familia muy pobre, como tantas que vivían en esa región. La vivienda también era como tantas otras: paredes de troncos de árboles y techo de paja. Tenían una chacrita que apenas producía lo suficiente para subsistir. .., y cinco hijos, única riqueza de muchos pobres. Las criaturas eran pequeñas aún, pero ayudaban a sus padres, según sus fuerzas, a cultivar el terrenito. Recogían los productos que se podían vender, los colocaban en cestos, y los varoncitos mayores se dirigían a pie con el padre hasta la población más cercana para venderlos allí o en los caminos. La venta era siempre muy exigua porque las otras familias hacían lo mismo. De todas maneras, lo que traían de vuelta constituía su alimento. .. Esa era la rutina diaria.

Todos en la región eran analfabetos, igual que ellos, y como no conocían algo mejor, vivían resignados e indiferentes, en ese su mundito, con una filosofía fatalista de la existencia: "Nacemos pobres, vivimos pobres y así morimos. ¡Qué se puede hacer! ¡Es el destino!"

Un día el padre enfermó y, como continuara enfermo y en vez de mejorar se fuera agravando, lo llevaron al hospital. Allí estuvo muchas semanas, quizá meses. La vida de la madre se tornó ahora más difícil: además de atender a sus hijitos, tenía que trabajar doblemente en la chacrita y visitar al enfermo tan a menudo como le fuera posible. En sus visitas llevaba consigo, por turno, a dos de las criaturas para que vieran al padre. A Felipe, el mayor, le parecía notar a su papá más pálido cada vez que lo visitaba.

Por fin en el hospital le dijeron a la madre que "sería mejor que lo llevara a su casa". Así lo hizo. Ahora sí, aunque Felipe era pequeño, se dio cuenta de que su papá estaba muy mal. Y veía a su madre más triste y preocupada. Al poco tiempo el enfermo falleció.

El sepelio se realizó como lo hacen los pobres de la región. Un vecino que se ocupa en ese "oficio", fabrica un rústico ataúd. No hay ceremonia de ninguna clase. Conducen el féretro a pie, sobre unas andas preparadas en el momento con palos del bosque. Con el estoicismo propio de la filosofía fatalista que los caracteriza, se reúnen para formar la procesión que acompaña a la persona extinta hasta su última morada.

Cuando regresaron del entierro y se acercaron a una distancia en que ya se divisaba la choza de la viuda, el espectáculo de un nuevo y trágico desastre apareció a la vista: la pobre vivienda estaba envuelta en llamas. Todos corrieron con el intento de evitar que el siniestro completara su obra destructora; pero todo lo que pudo rescatar el más veloz de los vecinos fue una frazada, un poco chamuscada pero, por un milagro, intacta.

Cuando llegaron, exhaustos de correr, la desesperada viuda y sus hijitos, sólo quedaban algunos troncos que aún crepitaban y las rojizas ascuas que arrojaban chispitas divertidas y burlonas...

Quedaron allí, como paralizados, contemplando con muda fascinación ese montón de ruinas humeantes. Era tal la desolación y angustia de la madre, que permaneció largo rato anonadada, con los ojos sin lágrimas y la mente vacía... Por fin la volvieron a la realidad los sollozos de las criaturas y la solicitud de los vecinos que habían empezado a distribuirse las responsabilidades, dispuestos a prestarles el auxilio de emergencia que el caso requería... Ellos también eran muy pobres, pero, por el momento, no dejarían a la familia abandonada, sin casa, sin ropa y sin alimento.

La Providencia tampoco los dejaría abandonados. Una familia de buena posición que vivía en la población, cuyos miembros se habían encariñado con Felipe, el pequeño y vivaracho vendedor, y apreciaban la honestidad del padre, al tener noticia de la doble tragedia, decidieron socorrerlos.

Trasladaron a la familia más cerca de la villa, a un pequeño terreno que los benefactores poseían en las afueras. Influyeron en otras personas bondadosas, y entre todos levantaron una humilde vivienda y les proveyeron las cosas indispensables para establecerse. Podían cultivar el terreno para su propio y entero beneficio.

Felipe siguió vendiendo sus mercancías en las calles y de casa en casa, y fue haciéndose de amigos entre los chicos del "gremio" y también entre su "clientela". Comenzaba a perfilarse como buen vendedor.

En el hogar, la lucha por el diario vivir era ardua y penosa y parecía poco prometedora. Su madre trabajaba en exceso; y él, más de lo que podía esperarse de un niño de su edad.

Al mismo tiempo, en su interior estaba ocurriendo algo misterioso y raro para un chico nacido y criado en el ambiente en que había vivido hasta entonces. Sin duda el mismo Felipe era inconsciente de ese

fenómeno que se hacía presente de un modo cada vez más imperioso y urgente. Algo dentro del niño se sublevaba ante la ignorancia y la miseria que en su mundo consideraban su suerte, su destino.

Y un día, cuando tenía 8 años, recibió la gran noticia: en los suburbios de la población, no muy distante de su casa, habían abierto una escuela particular. Se lo comunicó su mejor amigo del "gremio", cuya familia, aunque en la esfera de la pobreza, estaba en mucho mejor condición que la suya. El amigo seguía hablando entusiasmado:

-¿y sabes? Mis padres están de acuerdo en que yo asista; así que ya me inscribí. ¡Si vieras qué buenos son el director y la maestra! ¿Por qué no te inscribes? A los pobres no nos cobran nada.

Felipe no se hizo rogar. En la tarde de ese mismo día fue y se inscribió. Tenía razón su amigo. ¡Qué bondadosos y amables fueron con él! Hasta los libros y cuadernos recibiría gratuitamente.

Esa tardecita llegó a su casa eufórico y le comunicó a su madre la gran noticia. No cabía en sí de gozo y estaba muy locuaz; pero de pronto dejó de hablar al ver la expresión entristecida y desconsolada de su madre. Por lo visto, ella no participaba de su alegría...

-Lo siento, hijo, pero es imposible. Mucho me alegraría que pudieras ir a la escuela a instruirte y no ser como nosotros. Pero ves cómo trabajo desde la madrugada hasta tarde en la noche, y con todo lo que me ayudas, apenas podemos vivir. Te necesito para el trabajo. Entiéndelo.

Felipe lo entendió. En el primer momento no había pensado en ello. Pero su madre tenía razón. Apenas lograban subsistir. Sí, era verdad; pero esa noche, acostado en su colchoncito de pasto, lloró amargamente un buen rato. Después se sintió mejor, y empezó a planear su futuro: primero trabajaría mucho, mucho, hasta que la familia estuviera en mejor condición. Y después..., cuando hubiera cumplido su deber hacia -su madre y hermanitos, ¡estudiaría!

Cuando hizo sus planes esa noche, con el corazón infantil dolorido por la postergación justa pero penosa de sus ideales, no se imaginó cuánto le sería necesario trabajar y esperar hasta el momento cuando pudiera decir "¡Ahora estudiaré!"

Ardua fue la lucha y agobiadoras las jornadas de trabajo a fin de superar la pobreza en que vivían. A medida que pasaban los años, más seriamente sentía la responsabilidad de aliviar a su madre y hacerle ver días mejores. En cierto modo, se constituyó en jefe de la familia. Delegó en sus hermanos la tarea de cultivar la chacra y se ocupó cada vez más como vendedor de diversos artículos, trabajo que le proporcionaba mayores ganancias. Con ayuda de sus hermanos construyó una casa modesta pero decente, que no constaba de una sola pieza como antes, sino de las indispensables para vivir dignamente.

Mientras tanto su amigo de la infancia seguía cursando grado por grado la escuela primaria. A veces Felipe comparaba su suerte con la de su compañero, no con envidia ni amargura, porque sabía que estaba cumpliendo sus deberes de buen hijo, pero sí con pena y a veces también con un poco de desaliento. Se preguntaba: "¿Llegará alguna vez la oportunidad soñada? Y si llega, ¿no será demasiado tarde?" Pero su desánimo era pasajero. Sentía de nuevo arder en su interior la llama del entusiasmo y se repetía con renovado valor y determinación: "Sí, lo haré!"

Felipe no conocía la incomparable definición que el ilustre Ingeniero nos da del ideal y que nuestros lectores habrán leído más de una vez, y tal vez algunos hayan memorizado: "Cuando pones la proa de tu vida hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal: es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala: si la dejas apagar, si ella muere en ti, quedas inerte".

Nunca había leído el hermoso párrafo, porque ni sabía leer, pero llevaba dentro de sí "el resorte misterioso de un Ideal", llevaba en sí "el ascua sagrada" capaz de templarlo para los grandes esfuerzos y sacrificios. Seguía siendo "rebelde a la mediocridad", y sentía siempre ardiente el afán de perfección.

¿Quién encendió en su alma infantil el ascua sagrada? No trataremos de filosofar; sólo relataremos los hechos. Felipe tenía 17 años. Su amigo, que hacía tiempo había terminado el curso primario, le habló de un colegio distante donde ofrecían enseñanza en los niveles primario y secundario y, además, mantenían elevadas normas y principios morales y espirituales.

-Yo estoy haciendo planes de ir -terminó diciendo su -amigo.

-¿y cómo vas a sufragar tus gastos de estudio? Me dijiste que es un colegio de internos, ¿verdad? Costará mucho, me imagino.

-Voy a reunir la suma necesaria vendiendo libros. Una editorial ofrece un plan especial para favorecer a los jóvenes que desean estudiar. Si venden por cierta suma estipulada y trabajan semanalmente el número de horas establecido, la editorial añade una bonificación y tiene un acuerdo con ciertos colegios, de modo que tales instituciones hacen un descuento en el precio de la enseñanza. A eso le llaman ofrecer una beca. Ya me aceptaron como agente y me dieron una presentación escrita del libro que voy a vender. Además, ofrecen un curso especial de una semana sobre el arte de vender. Un vendedor experto instruye a los aspirantes y les hace practicar entre ellos.

Felipe lo escuchaba entusiasmado. ¡Por fin veía una puerta abierta!

-¡Esa es mi oportunidad! ¿Es difícil aprender esa presentación que mencionaste?

-No me parece difícil. Y tú eres un vendedor extraordinario, pero... -El amigo guardó silencio, cavilando, y empezó a rascarse la cabeza, su gesto característico cuando estaba preocupado. Al fin terminó el pensamiento. -Pero, Felipe, no sé cómo vas a vender libros si no sabes leer.

Ahora le tocó a Felipe guardar silencio, pensativo. Pero éste no duró mucho: los obstáculos obraban en él como resortes que lo impulsaban a la acción:

-Préstame por unos días el papel ése con la presentación. ¿Puedes?

-Con mucho gusto. Ya la sé de memoria. Y si puedes aprenderla y te aceptan en el cursillo, puede que te acepten también como agente vendedor. De mi parte, puedes estar seguro que no diré a nadie que no sabes leer.

-Gracias, eso justamente era lo que te iba a pedir. Y dentro de algunos días, ¿podrías dedicarme unos momentos para escuchar mi presentación y decirme cómo la hago?

-¡Claro que sí! Las últimas tres noches de esta semana. Y si vas bien, hablaré a la editorial para que te incluyan en la lista de aspirantes.

Felipe se separó de su amigo con la tenaz resolución de no permitir que esta oportunidad se le escapara.

Tenía un compañero de ventas de quien era buen amigo. Varias veces al día le pedía que le leyera párrafos de la presentación, por partes, y como poseía una memoria prodigiosa, los iba memorizando. Cuando visitó a su amigo, a fines de la semana, éste quedó asombrado: la "presentación" de Felipe era perfecta.

Resumiendo diremos que, en la fecha establecida, el joven pertenecía al grupo que estudiaba y hacía práctica sobre el arte de vender. Más aún: como era despierto, y tenía el don innato del vendedor, se destacó en seguida en las prácticas, y fue aceptado como agente de la editorial. Los dos amigos lograron que los enviaran a trabajar juntos.

Periódicamente debían llenar ciertos formularios en que informaban las horas de trabajo y las ventas realizadas. Su compañero lo auxiliaba en esta tarea.

Durante sus años de vendedor, el joven había aprendido los números y las operaciones fundamentales de aritmética, por la práctica y una especie de intuición. También sabía firmar.

Ahora, aunque cada día al regresar a la pieza donde se hospedaban estaban agotados después de largas horas de recorrer las calles y llamar de casa en casa, cuando no les tocaba visitar a las familias que vivían lejos de las poblaciones, Felipe dedicaba algunos momentos por la noche a progresar en su aprendizaje de la lectura y la escritura. Pero al poco rato las letras y las sílabas se iban esfumando en una nebulosa. . . El joven se quedaba dormido.

Por fin, después de unos meses fructíferos, los jóvenes se dirigieron al colegio. Ya el director y demás miembros del personal docente conocían a Felipe de nombre como el campeón de los vendedores que formarían el cuerpo estudiantil. Los dos amigos fueron a inscribirse. Era ésta una institución sui generis que abría sus puertas a los jóvenes sin previa oportunidad de instruirse o que habían adquirido cierto grado de preparación como autodidactos. Por eso no eran exigentes en cuanto a la presentación de certificados de estudios anteriores.

Como era natural, el amigo de Felipe se inscribió en el primer año de secundaria. El secretario, conociendo el éxito de Felipe como vendedor y viendo la desenvoltura de su trato y su personalidad simpática y seria a la vez, le preguntó sencillamente:

-Y Ud. se inscribe en el mismo curso de su compañero, supongo.

No sabiendo cómo salir del paso, el joven recurrió a su sonrisa amigable y contagiosa:

-No, profesor; aunque le gané por un poquito en las ventas, él me gana en conocimientos porque ha estudiado más que yo.

-Bueno, vamos a probarlo en el curso anterior.

¡El curso anterior era el último grado de la escuela primaria!

¡Y allí lo inscribieron, a él que no había cursado siquiera el primero!

Ya tenía 18 años. Sus condiscípulos fueron amables con él desde el primer día. Era el mayor, pero varios tenían 16y 15 años, y no se sintió incómodo entre sus compañeros.

Pero ahora empezó la lucha contra la ignorancia. Fue una guerra sin cuartel, tenaz y a veces abrumadora. Se sentaba en el primer asiento y, como el borriquito de la fábula de Esopo, escuchaba con las orejas tiesas, con todas sus facultades agudizadas por la atención, cada explicación del maestro, cada pregunta que formulaba, cada respuesta de los alumnos. Para gran ventaja suya, las primeras semanas el maestro las dedicó a repasar nociones anteriores. Le sirvieron de mucho para ir llenando un poquito los grandes vacíos de su mente. No tenía mayor dificultad con las matemáticas. Parecía que los números también eran un don natural. . . Pero había historia, geografía, ciencias naturales, idioma nacional. .. Necesitaba leer páginas y páginas para ponerse al día; y aunque sus progresos en la lectura y en la escritura eran notables, todavía no alcanzaba la velocidad de un segundo grado... Felizmente al maestro no se le ocurrió en esas semanas dar dictado, y en cuanto a la lectura en voz alta, pedía que pasara a leer un voluntario, sin duda hasta que los nuevos vencieran su timidez.

Sus momentos más angustiosos los vivía cuando el maestro escribía nombres, frases o bosquejos en el pizarrón para ilustrar o fijar los conocimientos. Felipe miraba ese pizarrón con tal fijeza como si quisiera hipnotizarlo y obligarlo a trasladar esas palabras y frases de su negra superficie hasta su mente ansiosa. Luego preguntaba, una vez a uno, otra vez a otro de sus condiscípulos, qué había escrito el maestro. Poco a poco fue cundiendo entre sus compañeros la convicción de que Felipe era muy miope o tal vez casi ciego. Pero como lo querían de veras, se propusieron no mortificarlo y ayudarlo sin decir nada a nadie. ¡Era tan simpático y sabía pedirles un favor con tanta sencillez y amabilidad! ¿Cómo lo iban a perjudicar?

No vayan a creer los lectores que nuestro personaje estaba explotando con su don de gentes y su agradable personalidad... Sólo Dios y él sabían las horas interminables que dedicaba tesoneramente al estudio para ponerse al día... Para él no había cancha de deportes ni noches dedicadas a las recreaciones, ni a los actos culturales por buenos y provechosos que fueran.

Pero además de sus compañeros, había otra persona que observaba prudentemente a Felipe y que se convenció de que el joven tenía algún problema con la vista. Así que un día el maestro lo invitó amablemente a su oficina, y con esa bondad y simpatía que ya el joven conocía y estimaba, le pidió que le confiara su problema, en la seguridad de que no sería defraudado y que se haría todo lo posible para remediar su mal. Al fin, vino la pregunta sorprendente para él:

-Ud. casi no ve ¿no es cierto, Felipe? Tiene problemas con su vista ¿verdad?

Felipe había estado viviendo bajo una tensión agobiadora, y el dique se rompió. .. Decidió confesarle a su noble maestro cuál era en realidad su problema:

-No, profesor; mi vista, gracias a Dios es perfecta. Lo que pasa es que yo era analfabeto hasta hace poco tiempo en que empecé el aprendizaje de la lectura. Ya leo, pero muy despacio. Cuando Ud. escribe esas frases y bosquejos en el pizarrón, yo estoy apenas en la tercera o cuarta palabra cuando Ud. borra todo. Ahora la tremenda sorpresa fue para el maestro. En cuanto al joven, le causó tanto alivio la confesión, que terminaron riendo los dos. Desde entonces el maestro fue su mejor aliado. Cuando era necesario le entregaba los bosquejos y frases que resumían las lecciones.

Con su empeño y perseverancia, y con la colaboración de su excelente maestro y buenos condiscípulos, Felipe realizó ese año progresos extraordinarios y casi increíbles.

La batalla de ese año contra la ignorancia fue la más ruda, pero su victoria empezaba a vislumbrarse. No obstante, se daba cuenta de que no podría nunca dormirse sobre algunos laureles conquistados: el blanco que se propusiera se divisaba allá lejos. . . y había un largo y áspero sendero que recorrer.

Durante los meses de vacaciones seguía trabajando como vendedor de la misma editorial. A menudo volvía al colegio con dos becas y aún más. Y bien las necesitaba para poder dedicarse de lleno al estudio. Así logró terminar los cursos del nivel secundario. Y luego asistió a un colegio de enseñanza superior para seguir la carrera que había escogido.

A los 28 años, cursó su último año de estudios. No fue fácil. Significó una disciplina severa y un programa riguroso que cumplió durante años: levantarse de madrugada para estudiar cuando los demás dormían

plácidamente; suprimir una comida engañando el estómago con una fruta o unos bizcochos, para estudiar mientras los demás disfrutaban de la sociabilidad del comedor.

¿No lamentará Felipe, al mirar atrás, haber escogido la cuesta empinada y escabrosa en vez de una vida más fácil y descansada?

Sencillamente no pudo, porque llevaba dentro de sí "el resorte misterioso de un Ideal", el "ascua sagrada" que lo templó para los más heroicos esfuerzos y sacrificios... decidido a seguir escalando la empinada cuesta hasta llegar a la meta soñada.

Y hoy se siente feliz y satisfecho, al ver el logro de sus aspiraciones.

EL ASESINO TRANSFORMADO

Harry Orchard se pasaba la mano por la cabeza mientras caminaba de un lugar a otro en su celda, mientras esperaba que se ejecutase su sentencia de muerte. Por primera vez en muchos años su conciencia atribulada escuchaba nítidamente la voz de Dios, que le susurraba suavemente: "Ven a mí, Harry. Si me aceptas, todos tus pecados horribles serán perdonados y podrás llegar a ser puro como un hijo de Dios". Antes, sin embargo, de que aquellos pensamientos pudieran influir sobre la conducta del reo, el enemigo de su alma comenzó a hacer por su parte estos comentarios: "Has cometido un pecado imperdonable, Harry. No hay perdón para ti. ¿Cómo podrá Dios perdonar una vida tan mala como la tuya, asesino?" , Nuestro prisionero no sabía lo que era dormir en paz. Sentía la necesidad de tomar una decisión importantísima. ¿Debía él confesar sus crímenes a las autoridades y al mundo o no? Lo respaldaba una poderosa organización que él pensaba podría sacarlo todavía de la cárcel si solamente insistía en que era inocente. Además, al confesar inculparía a muchos de sus antiguos compañeros de crimen. Pero ¿qué haría él con su alma? Esa era la pregunta que constantemente, día y noche, le martillaba en la mente.

Cierta vez un pastor llegó a visitarlo en la cárcel. El criminal sintió un impulso de abrirle el corazón y contarle acerca de todos sus pecados. El mismo pastor vino varias otras veces, pero Harry no se atrevía a hablarle abiertamente de sus pecados. Por fin, después de haber librado una tremenda batalla consigo mismo, decidió contarle todo. Se había dado cuenta de que debía hacer eso o perderse eternamente. Su historia es casi increíble. Harry nació cerca del lago Ontario en el año 1866. Su madre era una cristiana muy fiel, que amaba a Dios sobre todas las cosas y trataba de enseñar la religión tal como la entendía, a sus ocho hijos. Ella con sus hijos asistía regularmente a la iglesia y tenía cultos de familia. El padre de Harry era un obrero manual, muy trabajador; pero que administraba mal el dinero y era por naturaleza muy dominador. El verano cuando Harry trabajó por primera vez tuvo que entregar íntegramente a su padre todo lo que había ganado. Eso le ofendió tanto que, de no ser por su madre, se hubiera ido de la casa. Su padre continuó tratándolo en forma injusta hasta que Harry no pudo aguantarlo más y un día abandonó la casa y se dirigió al estado de Michigan.

Consiguió trabajo en una compañía maderera y pronto se casó con una delicada señorita escocesa. El futuro les parecía brillante, especialmente porque su esposa era experta en la fabricación de queso. Iniciaron una quesería que prosperó bastante. Su hogar fue muy feliz durante algún tiempo; pero Harry no hizo su parte para mantener su hogar. Su esposa era creyente, pero Harry no se preocupaba por las cosas de Dios. Se quedaba hasta muy tarde en la noche, se emborrachaba, jugaba y, por lo tanto, se endeudaba mucho. Mentía constantemente a su esposa y se vio implicado en negocios turbios de política, por lo cual se hizo de muchos enemigos. Su crédito quedó totalmente arruinado, puesto que di-lapidaba su dinero en borracheras y juegos de azar. Además, robaba en el peso y en la medida al vender queso y leche.

En esa época vino al pueblo de Harry un tío suyo que era pastor, para dirigir algunas reuniones de reavivamiento. Harry sintió el deseo de entregarse a Dios; pero no se rindió por completo. Coincidió esto con la reunión del tribunal que juzgó su caso, y Harry mintió a todo el mundo para poder salvarse. De esta manera se hundía cada vez más en el pecado, y vivía siempre plagado de deudas. Incendió al fin su fábrica de queso para cobrar el seguro, Y luego se fue al oeste, del país, después de haber abandonado a su esposa y a su hijita.

Desde entonces se entregó por completo a una vida de ilegalidad. Se fue al oeste del Canadá y allí manejó por un tiempo un hotel. Después se puso a repartir leche. Más tarde tuvo su propio negocio de compra y venta de carbón y lana en la zona minera del estado de Idaho. Seguía, desde luego, bebiendo, jugando y maldiciendo. Gastaba su dinero en diversiones dudosas.

Acabó trabajando como minero en Idaho, junto con personas de tendencia criminal. Allí formaron un sindicato muy extremista. Tanto él como sus compañeros tenían muy poco respeto por la vida, y cualquier persona que los contradijera, corría el riesgo de ser eliminada.

Cierta vez los mineros resolvieron dinamitar un molino que entonces valía un cuarto de millón de dólares.' Harry con otro compañero se ofrecieron para ir de noche y poner la dinamita. Se produjo la explosión, el molino quedó completamente destruido, Y murieron en él por lo 'menos dos hombres. El gobernador Steunenberg inmediatamente solicitó al presidente de su país que enviara tropas federales para reducir a los mineros. Varios de ellos fueron arrestados, pero Harry logró escaparse a otro estado.

Fue trasladándose de un estado a otro, realizando trabajos humildes, pero siempre jugando y bebiendo. En el estado de Colorado consiguió trabajo en unas minas de oro, en las cuales se hizo especialista. A veces robaba hasta 20 kg de oro.

No pasó mucho tiempo hasta que la federación ilegal de mineros se enteró de la reputación que Harry tenía como criminal atrevido. Dicha organización le ofreció entonces una buena suma de dinero para dinamitar una mina que empleaba a operarios que no eran miembros de su sindicato. Efectuó, por supuesto, el encargo, y en el accidente murieron dos personas y quedaron muchas malheridas.

Poco después hizo volar un depósito, en el cual murieron catorce personas y quedaron varias otras inválidas.

Desde entonces, su trabajo consistió en tratar de matar a varias personas del gobierno que habían querido subordinar a los mineros. Mató por lo menos a un detective en una de las calles de Denver, en Colorado, y trató de asesinar al gobernador de Colorado, pero sin éxito. Cierta vez colocó una bomba en una cartera de señora y la dejó caer envuelta en un periódico por donde habría de pasar el jefe de la Corte Suprema. Este juez tuvo suerte de no pasar por allí como había proyectado, pero otro hombre inocente tropezó con aquel bulto y su cuerpo fue hecho pedazos.

El blanco principal de Orchard era el gobernador Steunenberg del estado de Idaho. Los mineros todavía estaban muy ofendidos con él por haber llamado a las tropas federales para apaciguarlos y prender a algunos de sus dirigentes. Harry alquiló una pieza en un hotel que estaba cerca de la casa del gobernador con el solo objeto de observarlo. Mientras tanto usó un nombre supuesto y dijo ser un hacendado que había venido a comprar ovejas. En la Nochebuena de 1905 encañonó al gobernador, pero su arma de fuego no disparó. El 30 de diciembre del mismo año Harry se encontraba en un bar jugando a las cartas cuando vio pasar al ex gobernador. Inmediatamente tomó una bomba que había preparado y la colocó en el portón de entrada del automóvil de su víctima, y la cubrió con nieve. Unos pocos minutos más tarde el ex gobernador regresó a su casa, abrió el portón y así hizo estallar la bomba. Steunenberg quedó mortalmente herido y falleció a la hora. Dos minutos después del estallido, Harry Orchard se encontraba en calma bebiendo en el mismo bar. Pronto nadie hablaba de otra cosa que del asesinato del ex gobernador. Mientras tanto, la policía andaba buscando a los sospechosos. Se colocó guardia en todas las salidas del pueblo para impedir que nadie se escapara. Inmediatamente las autoridades sospecharon de Orchard, que era extraño en la ciudad. Fueron a examinar su pieza, donde, en el apuro, Orchard había dejado parte del material con que había construido la bomba. Sus días de crímenes habían terminado. Harry Orchard estaba ahora en manos de la justicia, que lo había sentenciado a la pena capital.

En la cárcel lo encontramos al comienzo de nuestra historia, esperando que se ejecutara su terrible sentencia. A un pastor que lo visitó, le contó finalmente toda su historia, pues había resuelto hacer las paces con Dios. ¿Le sería posible? ¿Por qué no se le ocurrió eso antes? ¿Podría el Señor perdonar a un criminal tan desalmado como él? Sobre sí llevaba la sangre de una hueste de personas inocentes. Pero Dios tiene suficiente poder como para transformar el corazón aun de un criminal empedernido como Harry Orchard.

La Sra. Steunenberg, la viuda del ex gobernador asesinado, era adventista del séptimo día. Como persona verdaderamente cristiana, perdonó a Harry y empezó a enviarle publicaciones adventistas mediante su propio hijo Julián. El poder de Dios induce siempre a perdonar.

¡Cuán impresionado quedó Harry por la acción bondadosa de aquella mujer perdonadora! Un pastor adventista comenzó a visitar a Harry y ganó su buena voluntad. A medida que las maravillosas enseñanzas de la Biblia comenzaban a penetrar su inteligencia, las fue aceptando, y un buen día en una especie de piscina que había en la cárcel, Harry fue bautizado como miembro de la Iglesia Adventista. Gracias a su buena conducta desde entonces en adelante, su sentencia de muerte fue conmutada por prisión perpetua. Allí, en la penitenciaría del estado de Idaho, Orchard alcanzó la edad de 88 años, y hasta el fin compartió su fe con los demás presos. Los rasgos duros del rostro de aquel criminal empedernido se habían suavizado para expresar calma y paz, cristianas. De nuevo, gracias a su conducta ejemplar, se le permitió vivir en una casita, que quedaba al fondo de la penitenciaría, donde Harry comenzó a criar las mejores gallinas y pavos del país.

El testimonio de Orchard era el siguiente: "Tan pronto como fui verdaderamente a Cristo, comencé a disfrutar de la realidad del poder transformador de Dios, este poder irresistible que atrae a los hombres al Salvador.

Harry Orchard era "el hombre que Dios hizo de nuevo".

CONCLUSION

El tipo de poder que obra en el corazón humano impío, que transformó la vida oscura, fea y destructiva de Harry Orchard para ser útil, es el poder más grande del universo. Si permitimos que Dios dirija nuestra vida, él podrá convertirnos en una fuente de poder para realizar una obra maravillosa de transformación en el mundo.

Espero que Dios pueda usarte de esa manera.

EL ASIENTO VACÍO

Olimpia era una niña indígena que vivía en un país de la América Central. Cuando tenía doce años entregó su corazón a Jesús y fue bautizada.

La ley de su país exigía que todos los niños asistieran a la escuela seis días por semana. Así que Olimpia debía asistir a la escuela los sábados también. Pero ella no quería asistir a la escuela en el día de Dios, porque era un día santo. La niña estaba afligida. “¿Qué puedo hacer? —pensaba ella—. Como la maestra parece simpatizar conmigo, voy a pedirle que me permita faltar los sábados”. Muy silenciosamente Olimpia se dirigió hacia la maestra para hacerle su pedido.

En la gran aula todos interrumpieron sus trabajos y observaron a Olimpia. Se preguntaban qué estaría diciendo su condiscípula, porque la maestra parecía disgustada.

Los alumnos no tuvieron que esperar mucho tiempo. La maestra dijo en voz alta: “Eso de guardar el sábado es una estupidez. Nosotros tenemos clase seis días por semana, y Ud. señorita Olimpia, debe venir a la escuela como todos los demás”.

Esta era una prueba grande para una niña tan pequeña. ¿Iría a la escuela o guardaría el sábado? Ella oró acerca de esto.

Cuando la maestra pasó lista el sábado siguiente, Olimpia no estaba presente. Había ido a la iglesia. La maestra se sorprendió al ver que su alumna no había obedecido, porque siempre había sido muy obediente.

El lunes de mañana Olimpia estaba en su sitio en la escuela. El aula estaba muy silenciosa. Casi nadie se movía y nadie decía una palabra. Todos miraban a la maestra y se preguntaban qué sucedería ahora. La maestra dijo: “Olimpia, puedes pasar al frente”. La valiente niña hizo lo que la maestra le decía, pero su corazón latía fuertemente. Por un momento la maestra la miró sin decir una palabra. Entonces le preguntó: “Olimpia, ¿por qué no estuviste en la escuela el sábado?”

Olimpia contestó: “Porque era el día de descanso y yo debía guardarlo”.

La maestra volvió a preguntar: “Pero, ¿por qué debes guardar el sábado?”

Todos los niños escuchaban atentamente.

Olimpia contestó: “Porque Jesús guardó el séptimo día como día santo y pronto vendrá para buscar a todos los que le obedecen”.

La maestra parecía no saber qué decir, pero al fin dijo: “No debes faltar otro sábado, porque si lo haces serás castigada, Olimpia”.

La niña regresó a su asiento y pensó, y pensó. Ella no podía ir a la escuela los sábados. Cerró los ojos y oró: “Querido Jesús, ayúdame a guardar tu santo día, amén”.

El siguiente sábado el asiento de Olimpia estaba vacío. Pero cuando llegó el lunes de mañana, Olimpia estaba como de costumbre en la escuela. La maestra la llamó nuevamente, y le dijo: “Te quedarás parada en frente de la clase desde las ocho hasta las diez”.

¡Dos largas horas! ¡Cómo le dolían las piernas a Olimpia! Los niños se reían y burlaban de ella, pero Olimpia no lloró. Recordaba cuánto había sufrido Jesús por ella. ¡Sin duda estaría dispuesta a sufrir por él!

Pasaron las semanas. Cada sábado Olimpia iba a la escuela sabática y cada lunes de mañana permanecía parada dos horas delante de la clase.

La maestra notó que Olimpia era bondadosa y cumplidora. Aun cuando la niña era castigada nunca decía una palabra descortés.

Una mañana la maestra dijo amablemente: “Olimpia, no necesitas pasar adelante para ser castigada.

Desde hoy en adelante puedes faltar a la escuela los días sábados. Eres una niña fiel y todos te amamos”.

¡Qué feliz se sentía Olimpia de haber sido fiel en guardar el santo sábado de Dios!

¿EL ATAJO?

Por *Irma Adams*

MUCHACHOS, es hora del culto de despedir el sábado -dijo el Sr. Cortés, tomando la Biblia y EL AMIGO DE LOS NIÑOS. Daniel leyó la lección de la escuela sabática de EL AMIGO y luego el Sr. Cortés leyó de la Biblia. La familia se arrodilló y cada uno oró para terminar otro hermoso día sábado.

Al levantarse de la oración permanecieron por unos instantes observando el cuadro hermoso y siempre cambiante que Dios mostraba en el cielo del Oeste.

-Mamá, tengo hambre -se oyó la voz de Guillermo, el muchacho de doce años. Eso recordó a la Sra. Cortés que debía preparar algo para comer.

-¿Les gustaría comer palomitas de maíz y manzana? -preguntó la mamá, encendiendo la luz de la cocina.

Magnifico -dijeron en coro los muchachos.

-Papá, ya que hemos leído la historia de EL AMIGO, ¿nos contarías una historia mientras esperamos las rosetas de maíz? -preguntó Guillermo.

-Cuéntanos algunas de las aventuras que tuviste cuando eras muchacho -dijo Daniel.

-Bueno -respondió el Sr. Cortés-, creo que han escuchado todas esas historias muchas veces, de manera que les contaré acerca de algo muy notable que nos ocurrió a todos nosotros cuando Uds. dos eran muy chicos.

Para entonces la Sra. Cortés ya tenía la cena lista, y Daniel pidió la bendición mientras todas las cabezas se inclinaron reverentemente.

-Eso ocurrió hace casi doce años -comenzó el Sr. Cortés- Habíamos ido a un colegio para que yo pudiera tomar las clases de verano.

-Papá, ¿por qué los maestros tienen que ir tanto a la escuela? -interrumpió Guillermo.

-Porque tienen que mantenerse al día con las nuevas ideas en cuanto a la educación -respondió el padre.

-Guillermo, por favor no interrumpas -pidió Daniel-. Yo quiero saber qué pasó.

-La escuela de verano había terminado -continuó el Sr. Cortés-, y había llegado el momento de volver a casa.

"Mamá sugirió que sería preferible continuar el viaje de mañana temprano para evitar el calor fuerte del valle que teníamos que atravesar.

"Guillermo tenía sólo dos meses y todavía seguía con el hábito de despertarnos de mañana muy temprano para pedir de comer. Fiel a su costumbre, a eso de las dos y media de la madrugada oímos el llanto familiar que significaba:

'Mamá, tengo hambre'. Después de que el bebé recibió alimento y se lo cambió de ropa, mamá lo puso de nuevo en el cesto, que le servía de cuna.



"Yo tomé a Daniel y lo coloqué en el asiento trasero del automóvil; luego tomé el cesto donde dormía el bebé y lo coloqué en el piso del coche. Nuestros dos dormiloncitos estaban bien acomodados y dormían placenteramente. Terminamos rápidamente de cargar el automóvil, y salimos rumbo a casa.

"Viajamos a través del paisaje negro como la tinta que ofrecía la campiña dormida. Pronto llegamos a la carretera principal acompañados por las brillantes luces de muchos camiones.

A eso de las cuatro de la mañana, al acercarnos a una población, decidimos dejar la carretera principal y tomar un atajo que nos ahorraría un buen número de kilómetros, y también algunos litros de gasolina. Nuestro viejo automóvil era un tragón. Salimos pues de la carretera y nos dirigimos al atajo. Conocíamos la zona bastante bien y habíamos usado ese camino en ocasiones anteriores. Después de abandonar el tránsito nocturno y las luces enceguedoras de los vehículos que venían de frente, los campos de cultivo impartían una sensación de tranquilidad en medio de la oscuridad.

"Habíamos recorrido un buen número de kilómetros cuando de pronto vimos las luces lejanas de un automóvil que se acercaba a nosotros en dirección opuesta. En ese momento no sospechamos que ese puntito de luz significaría un problema para nosotros. Lenta pero seguramente la lucecita fue aumentando hasta que finalmente estuvo a unos 50 metros de distancia. Entonces advertimos que no se trataba de sólo un automóvil sino de dos, y que éstos no se movían. ¡El camino angosto por donde íbamos estaba bloqueado!

"-¿Qué pasará? -susurró mamá-. ¿Habrá habido un accidente? Quizá el camino esté en arreglo, o ... bueno, no, esto parece algo raro.

"A mi me pareció un atraco, de modo que pedí a mamá que revisara todas las puertas para cercionarse de que estaban cerradas, y le avisé que saldríamos de allí inmediatamente.

"Viré el carro tan rápido como pude, en un semicírculo muy cerrado. Pero el camino no me ayudó. Como resultado nos salimos del pavimento y fuimos a dar a la tierra arada y seca del campo, donde el carro se atascó. Yo hundí el pie en el acelerador, pero sin resultado. Las ruedas traseras patinaron y arrojaron una nube de polvo.

"Entonces mamá oró: '¡Oh, Dios, ayúdanos, te necesitamos, ayúdanos!'

"En ese momento el carro dio un tremendo envión hacia adelante. Era como si la fuerza de un ángel nos hubiera empujado, y estoy seguro de que eso mismo fue lo que ocurrió.

"El automóvil había vuelto al pavimento, y corrimos hacia la carretera principal tanto como pudimos. Mamá echó una mirada por la ventanilla de atrás, e informó que nuestros problemas no habían terminado, porque los dos automóviles nos seguían a toda velocidad, y nos estaban alcanzando. Sin pérdida de tiempo me propuse que, si podía lograrlo, no los dejaría pasar, y para ello me coloqué en el centro del camino. Nuestro automóvil era más viejo que los de ellos e iba muy cargado, pero yo apreté el acelerador y oré silenciosa- mente. Hemos de haber ido a unos 120 kilómetros por hora cuando mamá gritó: '¡De tu lado, Roberto, uno de los coches está tratando de pasar de tu lado!'

"Mientras el veloz carro sport trató de pasarme, me ladeé hacia él y él se apartó y al hacerlo fue a dar en la tierra arada del costado del camino. Cuando yo estaba procurando llevar de nuevo el carro al centro de la carretera, mamá gritó:

'¡De mi lado, Roberto! El otro carro nos está pasando de mi lado!'

"Bueno, estoy seguro de que los ángeles estaban de *nuestro lado* esa noche porque también pude sacar al otro carro del camino y mandarlo a la tierra arada.

"Lo que nos admiró fue ver que esos carros que iban a toda velocidad, no volcaron cuando se atascaron en la tierra. En cuestión de segundos los perdimos de vista, pues quedaron atrás, envueltos en una

enorme nube de polvo, y eso fue lo último que supimos de ellos.

"Los frenos rechinaron cuando detuve el carro al llegar a la carretera principal. Después de unos instantes estábamos andando por ella rumbo a casa.

"Quisimos informar a la policía lo que había ocurrido, de modo que durante todo el camino tratamos de descubrir algún automóvil de la patrulla caminera, pero no encontramos ninguno.

"Unas tres semanas más tarde, mientras echábamos una mirada al diario *La Tribuna*, noté en una de las últimas páginas una pequeña noticia que despertó mi interés. Decía que dos asaltantes armados habían sido arrestados en el boulevard Washington, y que eran los que habían estado operando en el área de la ciudad de Yuba, durante los últimos meses. ¡De más está decir que nos alegramos cuando nos enteramos de esas buenas nuevas!"

-Oh; papá, eso estuvo grande! Gracias por contarnos esa historia -exclamó Guillermo.

-¡Y pensar que yo dormí durante todo el tiempo! - se lamentó Daniel.

El Aventurero

Parecía haber nacido con sed de aventuras en todo el cuerpo. ¡Qué inquieto y movedido era! Cuando llegó a la edad escolar, era el cabecilla e inventor de las travesuras de mayor calibre. Si había alguna refriega, se sabía por anticipado que él estaba mezclado en ella... si es que no la había provocado. ¡Qué pendenciero! ¿Qué día no llegaba con la ropa en jirones o con un ojo en compota, pero invicto, según su versión?

Pero todo eso no satisfacía su ansia de aventuras. Estas eran aventurillas comunes, insignificantes... Danielito aspiraba a realizar grandes proezas y ser el héroe de hazañas escalofriantes.

A veces, cuando quería "descansar" de esa continua actividad, agotadora para su madre, el chico se sentaba a tomar el sol, cuando hacía frío, o a la sombra de un árbol, en verano. Infaliblemente su hermoso gato gris se acomodaba sobre las piernas de Danielito, y su perro de policía se echaba a su lado. El niño los acariciaba distraído, porque su mente no estaba allí: su imaginación ya lo había transportado a regiones lejanas y salvajes donde le tocaba luchar con las fieras de las selvas o recorrer ríos de impetuosas corrientes, desafiando los mayores peligros, perseguido por decenas de cocodrilos a los cuales siempre lograba burlar.

Pero más que todo, y como el más acariciado de sus sueños, lo atraía el mar. ¡Ser marino, un avezado marino como esos viejos lobos de mar con quienes conversaba a menudo en sus escapadas al puerto! ¡Eso sí que era vivir!

Aunque parezca contradictorio, Danielito era al mismo tiempo un niño metódico y estudioso. Hasta sus travesuras las planificaba y llevaba a cabo con método. Y aunque a sus maestras les causó más de un quebradero de cabeza, sentían cierta predilección por él porque era un alumno cumplidor y brillante. Cuando terminó sus estudios de la escuela primaria, su hermano mayor, ya hombre y bien relacionado, convencido de la vocación del chico, decidió inscribirlo en la Marina; pero los padres no consintieron: era el Benjamín de la familia, había nacido muchos años después de los otros hijos, y los padres estaban demasiado apegados a él.

En vez de permitirle entrar en la Marina, ¡lo enviaron a un colegio de internos, lejos de la ciudad! Por lo visto, los planes de sus progenitores no coincidían con los suyos...

¡Aquello le pareció una cárcel! Y para satisfacer en parte su espíritu aventurero, a menudo lograba "escaparse" temporariamente con algún compañero para realizar pequeñas excursiones. Hubo ocasiones en que las "escapadas" se prolongaban por semanas. Entonces las excursiones tenían más visos de aventura, para mortificación de sus padres. Pero como esas aventuras, por una razón u otra, siempre terminaban en fracaso, el jovencito se reintegraba al cuerpo estudiantil y continuaba estudiando.

Poco a poco se fue interesando en actividades y disciplinas que nada tenían que ver con sus sueños infantiles. Y cuando cumplió los 20 años, hubo un gran vuelco en su vida que definió para siempre su ideal: dedicar sus talentos y energías al servicio de la humanidad, especialmente en regiones o países habitados por seres menos privilegiados; allí donde imperaba la ignorancia, la superstición y la desidia y, como fruto de ello, la miseria y las enfermedades. Eligió como compañera a una joven que compartía sus ideales. Y juntos partieron a lugares poco codiciados, donde tanto el clima como las demás condiciones de vida requerían toda clase de sacrificios y una gran dosis de adaptabilidad.

Entonces, las aventuras que ahora no buscaba, le salían al encuentro más de una vez, inesperadamente: peligros y peripecias de toda índole en los ríos, en la selva, en las montañas.

En cierta ocasión emprendió un largo viaje en compañía de un colaborador para visitar una población circundada por montañas. Querían celebrar reuniones culturales en ese pueblo y establecer una escuela para los niños.

Como permanecerían allí más de una semana, sus acémilas iban cargadas de grandes alforjas que contenían frazadas, ropa gruesa y otras pertenencias necesarias. El viaje se prolongó más de lo calculado debido a la mala condición de los caminos, de modo que la noche los sorprendió en plena montaña, en un lugar extremadamente peligroso: el sendero medía sólo 80 centímetros de ancho. De un lado, la montaña, empinada como un muro; del otro, el abismo, hondo y resbaladizo. Descargaron las alforjas y siguieron a pie, detrás de las mulas palpando con una mano la pared rocosa. A veces, para mayor seguridad, avanzaban sobre las rodillas, con una plegaria en el corazón.

Abajo, los habitantes del valle, ansiosos por la tardanza, enviaron algunos hombres con faroles. Estos montañeses, diestros y conocedores de cada trecho del sendero, cargaron con las alforjas, condujeron las cabalgaduras, y el resto del descenso resultó más fácil.

Durante los días que permanecieron en el valle, visitaron a las familias, celebraron reuniones por la noche para enseñarles cómo vivir de una manera más saludable y provechosa, y tuvieron la satisfacción de establecer la escuela que se habían propuesto. Fue una aventura digna de ser contada cuando Daniel regresó al hogar, pero llena de zozobra al vivirla.

Con bastante regularidad y frecuencia surcaban el lago Titicaca -situado entre Bolivia y el Perú-, con su jefe y amigo, en una pequeña lancha destinada a esa obra de amor. Se detenían en las poblaciones costeras donde tenían escuelas establecidas. En algunas de esas aldeas indígenas habían habilitado también un incipiente dispensario, donde una pareja de enfermeros atendía a los enfermos de la región. En esos viajes a veces los acompañaba la familia de uno de ellos.

En la ocasión a la que nos vamos a referir viajaban también la esposa y la hijita de Daniel, además de algunos nativos que aprovechaban esas oportunidades para hacer sus diligencias y pequeños negocios. La provechosa y placentera gira duró una semana. Al llegar a cada población y al partir de ella, los alumnos de la escuela, vestidos con sus ropas pintorescas y multicolores, formados como soldados en el "puerto" y dirigidos por su maestro, saludaban o despedían a los viajeros con cantos y una banda compuesta mayormente de instrumentos regionales, muchos de fabricación casera.

Llegó el día del regreso. Almorzaron temprano porque había unas cinco horas de navegación desde ese pueblo costero hasta Puno, donde vivían; y deseaban llegar temprano.

El día era hermoso. En el cielo, de un límpido azul, viajaban sin prisa algunas nubecillas blancas y vaporosas, y ante la vista se extendía la dilatada superficie cristalina y tranquila del lago.

Pero después de unas dos horas de viaje, el cielo y el lago cambiaron de aspecto. Comenzó a soplar el viento, primero suave, luego cada vez más impetuoso que, allá arriba, reunía y multiplicaba las nubes. Estas al principio acudían desbandadas, pero gradualmente se iban amontonando con creciente velocidad. Y en el lago el viento agitaba las aguas y formaba olas que aumentaban, momento tras momento, en tamaño y desenfreno. Al principio las nubes ofrecían un espectáculo de suma belleza, tornasoladas por los rayos del sol en distintos matices, desde el purpurino al violáceo.

Pero rápidamente se convirtieron en densos nubarrones plomizos, de aspecto amenazante. Pronto el cielo estuvo completamente arrebozado en un manto gris oscuro.

Daniel estaba junto a su jefe, que era también el capitán de la embarcación. Mirando al cielo y al lago, le hizo este comentario:

-Me parece que esto se está poniendo feo.

-Opino lo mismo -respondió lacónicamente su amigo.

Como hacía relativamente poco tiempo que trabajaban en esa región, no conocían aún cómo se presentaban los fenómenos de la naturaleza. Pero cuando el joven vio la expresión seria y ansiosa en el rostro de los nativos, temió que su opinión no estuviera equivocada. Dirigiéndose a uno de los más avezados a las condiciones del altiplano, le preguntó:

-Y... Felipe, ¿qué piensas? ¿Tendremos tormenta?

-Sí, señor, y bien pronto, y brava.

Efectivamente, la tormenta llegaba con furia y estrépito. Empezó a retumbar el trueno, brillaron los relámpagos fulgurantes, el lago se encrespó y empezaron a levantarse olas rugientes y espumantes. El cielo cambió su manto gris por un negro sudario de nubarrones estruendosos. Y empezó a llover. Era una lluvia helada y ruidosa porque el viento huracanado silbaba entre sus gotas.

La pequeña lancha parecía una cáscara de nuez, juguete de las aguas y del viento embravecido. Uno a uno los viajeros empezaron a marearse; primero el capitán, luego los nativos. Sólo Daniel y su esposa se libraron de este mal. El, sin duda porque cuando su amigo se sintió descompuesto, tomó la rueda del timón y concentró toda su atención y sus energías en la difícilísima tarea de salvar la embarcación y los que la ocupaban; y ella porque se hizo cargo de la hijita, la llevó a la cabina, la acostó y arropó bien, y dividió su atención entre la criatura y el esposo que luchaba afuera contra la tempestad.

Todos se habían cubierto con gruesos impermeables; pero no les servía de mucho, porque el agua, impelida por el viento, se colaba por todas partes y los empapaba. Los pobres nativos, tapados con una

lona impermeable, estaban tendidos en el puente de popa y se sentían miserablemente enfermos y asustados. El capitán, acostado en el puente de proa, cerca del piloto que lo reemplazaba, con esfuerzos sobrehumanos trataba de sobreponerse a su condición y alentar a su amigo en esa lucha a muerte contra las furias desencadenadas de la naturaleza. Ahora también la criatura empezaba a sentir los síntomas del mareo.

-Mamita, siento algo feo en el estómago.

-Ya pasará, hijita; quédate muy quieta y te voy a contar un cuento.

Era media tarde, pero las tinieblas eran más densas que las de una noche oscura. Las luces de dos potentes focos que tenía la lancha apenas alumbraban con claridad difusa unos pocos metros adelante. No sabían dónde estaban. Sólo una especie de instinto de marinero guiaba a Daniel, razonando que si siempre mantenía la proa a través de las olas iría en buena dirección, porque sabía de dónde había empezado a soplar el viento.

La lancha se encaramaba cada vez que una ola hinchaba su lomo cubierto de espuma, y luego la proa parecía hundirse en un siniestro abismo. Pero el piloto se mantenía alerta y maniobraba con firmeza. Con frecuencia su esposa se acercaba a él y permanecía a su lado un rato para alentarlo con su compañía. Luego volvía junto a su hijita. En cierto momento, la niña le preguntó:

-Mamita, ¿quién está manejando?

-Papito, querida.

-Ah, entonces no hay que tener miedo. Vamos a llegar bien.

¡Bendita fe infantil en la omnipotencia del padre! Con razón Jesucristo dijo a sus discípulos: "Si no os volviereis como un niño, no entraréis en el reino de los cielos". La verdad es que si confiáramos en el amor, la sabiduría y el poder de Dios como un niño confía en la infalible y total capacidad de sus padres, tendríamos más paz interior y mayor fortaleza de ánimo frente a las vicisitudes de la vida.

Hubo momentos en que el naufragio parecía inminente. De haber ocurrido éste, la muerte hubiera sido inevitable para todos, aun para los mejores nadadores, porque las aguas del lago Titicaca son heladas y, a los pocos momentos, el más robusto y vigoroso muere congelado.

Como a las ocho de la noche, vieron a lo lejos unas tenues lucecitas que fueron aumentando en brillo a medida que se acercaban. ¡Era Puno!

Mientras tanto, la tormenta había disminuido su furor: el viento era menos impetuoso y el lago se iba aquietando. La lancha marchaba a mayor velocidad y los enfermos de mareo empezaban a revivir. .. A las nueve arribaron al puerto, la mayor parte de ellos mojados hasta los huesos; Daniel, molido de cansancio y tensión nerviosa; pero todos contentos y agradecidos a Dios por haberse librado de una muerte que por momentos pareció segura.

En aquellas horas de angustia, Daniel supo lo que significaban las aventuras de un marino. .. Varias veces en lo futuro le tocó participar en la lucha contra las tempestades que los sorprendían en el lago; pero en ninguna de las otras sufrió momentos tan angustiosos, tal vez porque en esta ocasión peligraba también su familia.

Pero aún faltaban las soñadas aventuras en los ríos tropicales y la lucha sensacional con los cocodrilos. . .

Y una vez tuvo que realizar una larga gira por los ríos afluentes del Ucayali. Acompañaba a un misionero adventista que había dedicado su vida a trabajar en bien de esas tribus selváticas. Colaborando con ese hombre en su obra de amor, mucho fue lo que vio y aprendió. ¡Cuánta superstición, cuánta miseria, cuántas enfermedades! ... ¡y cuán degradado aparecía el ser humano en su estado de salvajismo! Al mismo tiempo, ¡cuán notable la transformación que se operaba en la mente, el espíritu, el cuerpo y los hábitos de los que conocían y aceptaban el amor de Dios y su gracia redentora!

Un día decidieron salir muy de madrugada para aprovechar bien la jornada. Tenían que recorrer en canoa un brazo de cuatro kilómetros de largo por doce metros de ancho, que desembocaba en una hermosa laguna en cuyas márgenes vivía un grupo de familias que querían visitar. Iniciaron su viaje a las tres de la mañana, en una canoa larga y angosta que los remeros manejan con un solo remo, uno de los hombres en la proa y el otro en la popa. Era todavía oscuro. A Daniel le llamaron la atención dos hechos: uno, que el remero de proa continuamente daba un golpe vigoroso con el remo en el agua; y el otro, que en la costa, de ambos lados, había centenares de lucecita... ¿Serían luciérnagas? ¡Qué cantidad! ¿Y por qué el remero golpeaba constantemente el agua?

Al fin, la curiosidad pudo más, y le preguntó al misionero cómo había tantas luciérnagas en ese riachuelo. Su compañero, en vez de contestarle, hizo brotar de su garganta un sonido extraño, un sonido onomatopéyico al que respondieron inmediatamente docenas de voces iguales ... Al mismo tiempo sintió que algunos cuerpos se lanzaban al agua; y el remero de proa redobló sus golpes vigorosos con el remo . . . Ya aclaraba. Daniel vio en la orilla centenares de troncos de forma rara, alineados perpendicularmente hacia el agua. . . Sintió que un escalofrío le recorría la médula. ¡Los troncos eran caimanes, las lucecitas eran sus ojos parpadeantes, y las voces que respondieron al sonido emitido por su amigo, eran sus voces! Hasta el día de hoy, Daniel afirma que había centenares. Ya no necesitaba recordar ningún relato de Salgari, de los que leyera en su niñez... Tenía suficiente con esta experiencia. En cuanto a los cocodrilos, prefería verlos en el jardín zoológico...

La persona que se dedica a una obra de amor en bien de los pueblos que viven en forma primitiva, se encuentra a menudo con toda clase de aventuras: peligros de toda suerte, privaciones, accidentes, cansancio, sí, mucho cansancio después de largas jornadas de servicio agotador. Al mismo tiempo, satisfacciones de carácter espiritual que no se cambiarían por ningún bien material.

Daniel ya está en el ocaso de su vida de servicio. Si pudiera hacer retroceder el tiempo y elegir de nuevo su destino. . . escogería el mismo sendero que decidió recorrer cuando tenía 20 años.

¡Vivió las mejores aventuras!

EL BOLETÍN ALTERADO

Por **Bonnie A. Hevener**

SI ALGUIEN le hubiera preguntado a Carlos qué materias le gustaban menos en la escuela, hubiera respondido inmediatamente: "Aritmética y geografía".

Y si le hubieran preguntado por qué, habría respondido: "No me gusta trabajar con números. Odio las divisiones largas y los decimales. Si por mí fuera, nunca volvería a mirar el libro de aritmética. Sólo estudio cuando tengo una prueba escrita".

"Y geografía no me gusta mucho más -hubiera añadido Carlos-. Nunca puedo recordar a qué países pertenecen las capitales que estudiamos". Esos eran exactamente los sentimientos de Carlos. Nunca le dedicaba mucho tiempo a la aritmética ni a la geografía. Su madre, y Beatriz, su hermana mayor, a menudo le preguntaban cómo le iba en esas materias, y ofrecían ayudarlo. Pero él siempre respondía: "No necesito ayuda. Me va bien".

"Espero que te vaya bien", suspiraba Bety, esperando que el próximo boletín de calificaciones mostrara algún progreso en esas dos materias.

Pasaron las semanas y llegó el día del ajuste de cuentas. Se repartieron los boletines de calificaciones. Carlos recibió ansiosamente el suyo. "Oh, -rnisitó casi audiblemente-, un 8 en Biblia no está mal.

También tengo un 8 en lenguaje y en lectura. El año pasado, en cuarto grado, no me fue tan bien. 7 no está mal para ortografía. De todas maneras nunca fui muy fuerte en ortografía".

Pero lo que vio en las dos líneas siguientes lo dejó estupefacto. Nunca antes había recibido un 5 en las notas trimestrales. Y allí no había un solo 5 sino dos. ¡Oh! ¿Qué diría la madre cuando los viera? ¿Qué haría el padre?

Sé que estudié nada más que como para pasar, razonó Carlos, pero creí que a lo menos sacaría un 7 en esas dos. Y aquí estoy con dos 5. Con esas notas no puedo llevar el boletín a casa. ¡No puedo! Si lo hago, nunca dejarán de reprochármelo. ¿Qué puedo hacer? Se preguntaba afligido moviéndose inquieto en su asiento mientras sus dedos retorcían un mechón de su cabello.

Entonces se le ocurrió una idea tan clara y con tanta fuerza, que se asombró de no haberla tenido antes. Sonrió al pensar que por suerte la maestra había escrito los números con un lápiz a bolilla. El 5 podía cambiarse un poquito, lo suficiente para que pareciera un 8. "Papá y mamá no notarán la diferencia y yo no recibiré la reprimenda que me darían si llevara a casa el boletín como está" -se dijo, y tomando su lápiz a bolilla cambió los 5 en 8.

En eso Bety entró en el aula para tocar el piano para la banda de flauta que era el orgullo de la escuela. -¿Recibiste tu boletín de calificaciones? -le preguntó sonriente.

-Sí -respondió Carlos-. ¡Y tengo buenas notas!

Pero a Bety no le pareció que su hermano se sentía tan feliz como lo hubiera estado alguien que se enorgullecía de sus calificaciones. Tuvo el presentimiento de que algo no andaba bien. No obstante, no dijo nada, y se dirigió al piano.

De regreso de la escuela, le pidió a su hermano que le permitiera ver el boletín.

-Seguro -le dijo Carlos y se lo pasó.

Bety lo miró con mucho interés.

-Carlos, ¿y estos 8... los que tienes en aritmética y geografía?

-Sí, ¿qué pasa con ellos? -preguntó Carlos sintiéndose un tanto incómodo.

-No se parecen a los otros 8 -dijo Bety-. Parece como que hubieran querido ser 5 y alguien los hubiera cambiado en 8.



Carlos se sonrojó.

-Es porque. . . -tartamudeó-, la Sra. Herrera cometió un error. Me puso 5 en esas dos materias cuando tendría que haberme puesto 8 de manera que para corregir su error enmendó los números y los cambió en 8.

- ¡Ah! -exclamó Bety y le devolvió el boletín. Pero no estaba muy convencida de que Carlos le estuviera diciendo la verdad.

Esa noche en la casa, Carlos, muy ufano les mostró sus notas a sus padres.

-Estoy orgulloso de ti, Carlos. Esta vez no sacaste ninguna nota por debajo de 7 -comentó satisfecho el padre-. ¡Eh! ¡Espera un momento! Estas dos notas aquí ¿son 5 u 8? Las dos se parecen mucho. ¿Qué ocurrió?

Sintiéndose culpable Carlos enrojeció. Las orejas le quemaban.

-¿Sabes papá que la Sra. Herrera tuvo la gripe hace poco?

El padre asintió con la cabeza. Sabía que la Sra. Herrera había estado enferma durante varios días.

Carlos continuó

-Lo que pasó es que hizo mi boletín cuando se enfermó. No se sentía bien, y por equivocación escribió dos 5. Y en lugar de hacer todo el boletín de nuevo, enmendó los 5 y los cambió en 8 como debieran haber sido.

-¡Ah! Ahora entiendo. Porque me parecía raro.

Y el padre se dedicó de nuevo a leer el periódico que tenía en la mano.

Bety le habló a la madre en privado.

-Yo no quiero acusar a Carlos, pero creo que él enmendó su boletín de calificaciones. Yo sé que no estudió aritmética ni geografía como para sacarse un 8. Y no creo tampoco que la Sra. Herrera hubiera hecho eso de cambiar un 5 en un 8 para enmendar un error. Ella escribe mucho mejor que eso. ¡A mí use parece que es obra de Carlos!

-Espero que no haya hecho algo que no debiera -dijo la madre.

Al día siguiente por la mañana, Bety se deslizó silenciosamente en el aula de la Sra. Herrera y dijo:

-Buenos días, Sra. Herrera. Me gustaría preguntarle algo.

La Sra. Herrera levantó la vista del trabajo que estaba haciendo. Sus alegres ojos azules miraron directamente los ojos castaños de Bety.

-Sí, ¿y en qué puedo ayudarte? -le preguntó bondadosamente.

Bety aclaró la garganta y se preguntó cómo comenzar. Sintió que estaba actuando como una espía de su hermano, y que eso era algo horrible.

-Bueno.. -murmuró recobrando su compostura y hablando con más aplomo-. ¿Puedo ver el libro donde están registradas las notas de mi herma no?

-Por supuesto que sí. ¿Has venido a hablarme del progreso que está haciendo?

-Sí, en cierto modo. ¡Ah! ¡De modo que Carlos sacó 5 tanto en aritmética como en geografía! ¡Yo no pensaba que había sacado 8 en estas materias!

¿Qué dices? -preguntó la Sra. Herrera incorporándose.

Y allí salió toda la historia de los cambios que Carlos había hecho en su boletín y de la determinación de Bety de descubrir la verdad.

-Me parece, Sra. Herrera -concluyó Bety-, que es mejor para él que se lo descubra en esta forma y no que él siga haciendo cosas peores y que luego tenga que sufrir las consecuencias.

La Sra. Herrera estuvo de acuerdo con ella.

La próxima cosa que Bety tenía que hacer era enfrentar a Carlos con la evidencia para que confesara y admitiera su error.

-Carlos -le preguntó- ¿por qué cambiaste tus notas de 5 a 8? ¿Y por qué mentiste?

-¡Pero yo no lo hice! -afirmó Carlos.

Bety habló con más firmeza.

-Fui a ver a la Sra. Herrera. Vi las notas con mis propios ojos, en su libro de notas. ¡Tú debieras haber tenido dos 5 en tu boletín y tú lo sabes! A Carlos se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Bet -rogó-, te suplico que no se lo digas a mamá ni a papá. ¡Si lo haces las tendré que pagar! Se lo confesaré a la Sra. Herrera y le pediré que me perdone, y le pediré a Dios que me perdone también, pero no se lo puedo decir a mamá y a papá. ¡Imposible!

-Pero debes hacerlo -dijo Bety-. No puedes obtener un perdón pleno cuando haces un error como éste a

menos que hagas una confesión completa y le pidas perdón a cada una de las personas a quienes has engañado. Si no se lo dices a papá y a mamá, me tocará hacerlo a mí. ¡No tienes manera de zafarte de esto!

Carlos regresó a su hogar y confesó su falta. ¡Dejo a tu imaginación lo que ocurrió después! ¡Basta decir que Carlos nunca más engañó!

EL BOMBÓN DE CEREZA

Por *Florencia Renner*

MARCOS levantó la vista de su libro de láminas y echó una mirada al osito grande de color cocoa que tenía a su lado.

-Siéntate bien, Teddy -dijo-. Todavía no es hora de ir a dormir.

-¡Qué lindo está Teddy! -dijo la mamá.

Marcos sonrió. Hacía sólo una semana, al abrir su presente de cumpleaños, había encontrado el osito. Y desde entonces lo mantuvo limpio y bien cuidado, como su mamá le había enseñado.

En eso el gran reloj del vestíbulo dio las ocho.

-Casi llegó la hora para que nuestro muchachito vaya a la cama - dijo el papá, tomando el libro de historias bíblicas.

Marcos escuchó atentamente mientras el papá leía. Siempre le gustaban las historias de la Biblia. Mientras Marcos se ponía el pijama para ir a la cama, de pronto recordó que había visto a su madre poner bombones en el frasco de los caramelos.

-No debo comer bombones a la hora de acostarme -pensó-, pero sólo tomaré uno.

Y tomando consigo al osito, se dirigió a la cocina sin hacer el menor ruido.

La luna que entraba por la ventana iluminaba la cocina, y allí, completamente a la vista, estaba el frasco con los bombones.

-Tú te sientas aquí -susurró Marcos, apoyando el osito contra una caja de cereal.

Luego extendió la mano y tomó uno de los bombones de cereza, bañados de chocolate, y relleno con una sustancia suave, de color rosado.

Unos pocos mordiscos y el bombón desapareció completamente... todo menos una burbuja del relleno rosado que cayó sobre el borde del pijama azul de Marcos.

Marcos recogió su osito y lo abrazó. Luego regresó a su cuarto en puntas de pies.

Sentó al osito en una sillita que tenía aliado de la cama, y las patitas del mismo llegaban justo hasta el suelo.

-Buenas noches, Teddy -susurró Marcos. Luego se subió a la cama, y se acostó, pero no podía dormir. "Ojalá lo hubiera preguntado a mamá antes de tomar el bombón -se dijo-. Quisiera que viniera a darme las buenas noches, y entonces se lo contaría".

Pero la mamá no vino. Finalmente Marcos pensó: "Lo primero que haré mañana será decírselo". Y con ese pensamiento pronto quedó dormido.

De pronto la luna grande se escondió detrás de una nube. Si Marcos hubiera estado despierto habría oído el ruidito que hizo un ratón que cruzó el dormitorio. Su hociquito y sus bigotes se movían mientras olfateaba buscando alimento. ¡Y lo encontró justo en una de las patitas del Teddy!

Y comenzó a roer, y a roer, y a roer, para comerse todo el relleno rosado que había en el extremo de la pata del oso. Y para asegurarse de que lo comía todo, sus dientes afilados se introdujeron en la piel suave de la pata de Teddy. Y cuando comenzó a salir por el agujero el serrín que rellenaba a Teddy, el ratón se retiró a su cueva.

Lo primero que hizo Marcos cuando se despertó fue tomar a Teddy. Al levantarlo notó polvo de serrín, y luego vio el agujero que Teddy tenía en la pata. Saltó de la cama y corrió a la cocina.

-Mamá -exclamó- ¡Mira lo que le pasó a Teddy!

La mamá miró el agujero que Teddy tenía en la pata y luego el pijama de Marcos.

-Parece que lo hizo un ratón. No hubiera creído que un ratón pudiera haberse metido aquí dentro. Pero ¿qué es esa mancha rosada que tienes en el pijama?

Marcos miró su pijama y luego la pata de Teddy.

-Eso era lo primero que quería contarte esta mañana. Anoche tomé un bombón. Lo siento mucho, mamá. La mamá tomó la mano de Marcos en las suyas.

-Lo sé, y estás perdonado, Marcos. Después del desayuno, remendaré la pata de Teddy. No quedará tan



bien como cuando era nuevo, pero te ayudará a recordar que es siempre mejor obedecer las reglas.

EL BOTE FUGITIVO

Por *Daisy Chapman*

LEE CUNNINGHAM, sus padres y hermanos menores, Guillermo y Bruce, estaban en viaje al congreso. Iban por el camino que corría al lado de la costa, y Lee observaba los botecitos de pescadores que se columpiaban sobre las olas del gran océano. A Lee le gustaban los botes. Cuando su padre era pescador, Lee a menudo lo había acompañado en el bote; pero ahora su padre era un colportor y se dedicaba a pescar almas, como Jesús ordenó a sus discípulos que hicieran hace muchos años en las playas del mar de Galilea.



Finalmente el Sr. Cunningham entró en el campamento, que estaba situado en un hermoso bosque. Los árboles eran rectos y altos, y bordeaban la cinta arenosa que formaba la playa.

Antes de que comenzara el congreso, tendrían toda una semana para explorar, nadar y jugar en la playa, porque habían llegado una semana antes para ayudar. Lee también encontró muchas formas de ayudar. Estaba siempre dispuesto a hacer lo que podía. En las mañanas, tanto él como los niños de las otras familias que habían venido, estaban muy ocupados haciendo diversos trabajos, pero en las tardes todos se tomaban un momento para ir a la playa a nadar y jugar.

-Vengan, Guillermo y Bruce -los llamó Lee una tarde, y echó a correr con su traje de baño puesto y una toalla sobre los hombros-. Les juego una carrera hasta la playa.

Guillermo y Bruce lo siguieron con sus piernas cortas tan rápido como pudieron. Lee aminoró la marcha para que sus hermanitos pudieran ganar. Quería esperar a su amigo Jerónimo. Lo vio a la distancia con el traje de baño puesto y lo llamó para que se apresurara.

-Juguemos en el bote de la asociación -gritó Guillermo cuando llegó a la orilla y encontró el bote de remos atado al muelle. Guillermo trepó al bote y le ayudó a Bruce a subir por el costado.

Lee y Jerónimo se acercaron lentamente al bote y subieron.

-Muy bien, Jerónimo y yo seremos el capitán y el primer piloto. Uds. serán la tripulación.

-¡Soltar anclas! -se rió Jerónimo simulando soltar el anda y tocar un silbato.

- ¡Salimos! -gritó Guillermo, que tenía seis años, y Bruce aplaudió.

-¡Un momento! -exclamó Lee-. ¡Salimos! -volvió a exclamar, mientras Jerónimo tropezó y Lee perdía el equilibrio y se tomaba de los lados del bote.

Una ráfaga de viento que iba mar adentro empujó el bote, y lo metió en la corriente. Lee vio cuando el extremo de la cuerda se solió del muelle y cayó al agua. En unos instantes el bote se había alejado de la orilla. Lee se puso de pie con las piernas abiertas para mantener el equilibrio, pero la violencia de la corriente lo hizo caer de nuevo. Bruce comenzó a llorar en tanto que Guillermo y Jerónimo pedían ayuda.

- ¡Socorro! ¡Socorro! -gritaban tan fuerte como podían, ahuecando las manos junto a la boca, mientras el bote se alejaba más y más de la caleta hacia el mar abierto. El viento arrastraba sus voces hacia el mar.

-Nos ahogaremos -gimió Guillermo.

-Deja de hablar de esa manera, Guillermo -lo reprendió Lee-. Mira hacia la orilla. Hay mucha gente que ha venido al muelle. ¡Escuchen! Aunque ellos no nos puedan oír a nosotros, nosotros podemos oírlos a ellos.

-Hagan... girar... el bote -vino una voz de la orilla.

Lee tomó los remos que estaban en el fondo del bote y trató de ponerlos en las chumaceras para hacer girar el bote, pero no le alcanzaron las fuerzas.

-Jerónimo, tú eres un buen nadador. Toma el salvavidas y nada hacia la orilla -le ordenó Lee ayudándole a ponerse el salvavidas y a bajar del bote.

Jerónimo salió rumbo a la orilla mientras el bote pasaba de largo el promontorio y salía al mar abierto. Los demás chicos sollozaban, y Lee hizo todo lo que pudo para mantenerse calmo y consolar a Guillermo y a Bruce.

Varios de los hombres que miraban desde la orilla comenzaron a nadar hacia el bote fugitivo. El padre de Lee se encontró con Jerónimo y le ayudó a llegar a la orilla. Los hombres trataron de alcanzar el bote, pero todos tuvieron que regresar. Los que estaban en la orilla sabían que eran impotentes. Se elevaron fervientes oraciones para recibir ayuda.

-Consigamos otro bote -sugirió alguien.

Rápidamente, dos hombres corrieron a un teléfono cercano y llamaron a un agricultor que vivía a pocos kilómetros, y que tenía una lanchita a motor. Aquel prometió que la traería inmediatamente.

A los que estaban en la orilla, el tiempo que demoró el hombre en llegar con la lancha y un ayudante les pareció horas. Estos salieron inmediatamente al mar para hallar el bote de la asociación y a los niños.

Cuando los hombres de la lanchita alcanzaron a ver el bote a remos, vieron solamente a Lee y a Guillermo, Bruce estaba acostado en el fondo del bote, como Lee le había ordenado que lo hiciera. Bruce tenía el cuerpo cubierto con la toalla de Lee, y estaba tiritando.

- ¡Hola! -llamaron los hombres.

-¡Estamos aquí! ¡Vengan a buscarnos! -contestaron Lee y Guillermo. El pequeño Bruce estaba demasiado asustado como para hablar o ponerse de pie.

La lanchita se acercó, y los tres muchachos que estaban tiritando, fueron pasados a ella y abrigados con frazadas. Se ató el bote a la lanchita en un esfuerzo por arrastrarlo hasta la orilla, pero la corriente era demasiado fuerte para el motorcito de la lancha, de manera que se soltó la cuerda para que el bote se perdiera en el mar.

Cuando la lanchita llegó a la orilla con los tres muchachitos sanos y salvos, se oyeron exclamaciones y vítores.

-Fuiste un marinero valiente, muchacho -dijo uno de los que había ido para rescatarlos cuando ayudó a Lee a bajar del bote-. La tarea de impedir que estos muchachitos cayeran presa del pánico, no fue fácil.

-Bueno, no hice mucho -respondió Lee-. Yo mismo me sentía bastante asustado, pero sabía que Dios podía protegernos de todo peligro.

Y volviéndose hacia sus padres, dijo:

-Estoy seguro de que esta tarde los ángeles guardianes estaban en su puesto.

EL CABALLITO DE MAR

Por **MARGARITA SQUIRES**

El caballito de mar vive en las aguas tibias del océano.

Este animalito marino posee una cabeza altiva como la del caballo, con aletitas a cada lado, que semejan las crines. Nada lentamente con la cabeza bien erguida. Su cuerpo es cilíndrico, recubierto por una armadura ósea formada por discos que se unen entre sí y que lo semejan a un caballero armado. Su cola es larga y delgada, y se enrolla como la del mono; la emplea para asirse de las plantas marinas mientras las come. También se alimenta de pequeños animalitos marinos. El caballito de mar tiene en la espalda, por encima del nacimiento de la cola, una aletita de colores vivos, que mueve con tanta rapidez que casi no se la ve. Esa aleta es la que le permite moverse hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás en una posición erecta.



Hay unas cincuenta diferentes clases de caballitos de mar, conocidos también con el nombre de hipocampos. Los de mayor tamaño alcanzan hasta un pie de altura, en tanto que los menores sólo tienen una pulgada. Los más comunes tienen entre cuatro y siete pulgadas. Son de color gris oscuro o marrón.

El caballito de mar posee dos de las características del camaleón. A la menor señal de peligro, puede cambiar de color para confundirse con las cosas que lo rodean, y también puede mirar en dos direcciones diferentes al mismo tiempo. Posee, además, una bolsa o marsupia donde lleva a sus hijuelos.

Cuando tengas oportunidad de visitar un acuario, no dejes de observarlos.

EL CABALLO VIEJO

¿QUE le pasa, abuelito Sánchez? -preguntó Ricardo Barrera al anciano lechero a quien todos en el barrio llamaban cariñosamente "el abuelito Sánchez".

-¿Por qué me preguntas eso, Ricardo? ¿Se me nota triste?

-¡Claro que sí! -y bueno..., tendré que cuidarme más para que no se den cuenta todos...

-Pero, ¿por qué está triste? ¡Cuéntemel ¿No me ha dicho acaso que soy su amigo?

-Sí, Ricardo. Eres mi amigo. Ven, acércate, que te voy a contar lo que me pasa. Resulta que el patrón para quien yo trabajaba repartiendo leche, me ha jubilado, y...

-¿Y eso le causa tristeza? ¡Debería estar contento que no tiene que trabajar más! Puede leer todo el día, levantarse tarde por las mañanas, ya no tiene que trabajar y puede hacer lo que quiere.

-Es que tú no me has dejado terminar, Ricardo. Con tus diez años tienes demasiado empuje y entusiasmo, y no pude contarte la verdadera razón de mi pesar. Sucede que el patrón al notificarme de la jubilación, no dijo nada de Toby, el caballo que tan fielmente me acompañó durante tantos años de servicio en el vecindario. Le pregunté qué haría con él, y me dijo que lo iba a vender a una fábrica de cola para carpinteros. Por eso estoy tan triste, pues no es justo pagar así los largos años de fiel servicio y duro trabajo del noble caballo. Es cierto que es viejo ya, pero creo que se merece algo mejor que ir a la fábrica de cola.

-¿Para qué lo usarán en la fábrica de cola?

-Allí compran caballos viejos y los matan. Luego los hierven y sacan productos para fabricar la cola que usan los carpinteros. No sé bien cómo lo hacen pero sí sé que Toby no debe ir a parar al colero de algún carpintero.

-¡Claro que no! ¿Qué podemos hacer abuelito Sánchez? ¡Tenemos que salvar a Toby! ¡Tan simpático que es, y pensar que lo van a hervir!

-Sí, Ricardo, pero no hay nada que podamos hacer. El patrón está decidido.

Ricardo se despidió de su amigo el viejo lechero, y se fue a su casa, muy perturbado por la triste noticia que había recibido. Su mamá notó que estaba preocupado y lo interrogó; pero Ricardo no dijo nada hasta la hora de la comida, cuando preguntó al papá:

-Papá, ¿dónde queda la fábrica de cola?

-Hay una en el pueblo vecino, hijo. Pero, ¿por qué haces esa pregunta?

-Es que el abuelito Sánchez me dijo esta tarde que el patrón lo ha jubilado, y piensa vender a Toby a la fábrica de cola. Allí lo van a hervir, y hacer cola con él. ¿No hay nada que podamos hacer?

-Que yo sepa, no. Piensa tú algo y veremos. Me parece que es una paga muy injusta para el pobre caballo.

-¿No podríamos comprar nosotros a Toby? Yo pongo todo lo que tengo en la alcancía.

Es una buena idea, pero ¿dónde lo guardaremos? Tú bien sabes que en nuestro departamento no hay lugar para un caballo.

-Sí..., es cierto..., pero...

-Hoy leí en el diario algo sobre una chacra destinada a caballos viejos, que la municipalidad ha comprado en el campo -dijo la mamá que había permanecido en silencio mientras padre e hijo discutían el caso de Toby-. Voy a buscar el periódico a ver si encuentro la noticia esa... Aquí está.

Ricardo y el padre leyeron la nota y, muy contentos por el descubrimiento, hicieron planes para la compra de Toby.

-¡Yo pongo todos mis ahorros! -anunció Ricardo.

-¿y si no te alcanza? -preguntó la mamá.

-Eso no es problema -dijo el papá-, yo me encargo de que tenga suficiente para la compra. Ricardo, después de la cena, corrió a la casa del abuelito Sánchez y agitando el diario ante los ojos del anciano, le decía:

-¡Lo salvamos! ¡Lo salvamos! ¡Qué suertel

-Pero, pero..., No entiendo, Ricardo.

-¡Lea, lea abuelito!

El abuelito leyó muy atentamente, pero no entendía lo que quería decir Ricardo.

-Esa chacra está muy bien, pero primero hay que comprar a Toby, y yo no tengo dinero. Mañana iré al patrón a ver si me deja pagarlo por mensualidades...

-No, abuelito, ¡yo se lo voy a comprar! Papá me dijo, que si no me alcanza el dinero, él nos va a dar lo que falte. ¡Ahora Toby podrá ir a esa chacra! Lágrimas de agradecimiento corrieron por las mejillas del anciano mientras abrazaba a Ricardo y le decía:

-Jamás podré agradecerte lo suficiente. La muerte de Toby en la fábrica de cola me hubiera causado muchísimo dolor. Eres un gran amigo mío, y de Toby. Mañana iremos a ver al patrón y se lo compraremos. Cuando Toby esté en la chacra, lo iremos a visitar de vez en cuando.

¿Qué te parece?

-Muy buena idea, abuelito Sánchez. Hasta mañana, me voy ahora.

-Hasta mañana, Ricardo, y muchas gracias.

EL CAMPO DE SANDÍAS

“Solamente al Señor tu Dios debes seguir y rendir culto. Cumple sus mandamientos y obedécelo; sírvele y permanece fiel a él”.

-Estaría bueno comerse una sandía en este momento -masculló el padre de Juan, secándose el sudor de la frente.

Era una calurosa noche de verano y, aunque el sol ya se había puesto, la temperatura no bajaba de los 25°C.

-Ven, hijo -llamó, dirigiéndose al muchacho-. Vamos a buscar una sandía.

Juan caminó al lado de su papá, tratando de mantener su paso. Pronto llegaron a un campo de sandías cercano.

-Siéntate aquí, Juan. Voy a buscar una sandía.

El papá se trepó a la cerca, y caminó hacia las sandías que había sobre el suelo. Sacó su cuchillo, mirando hacia todas partes para asegurarse que nadie lo viera. Miró hacia atrás y luego hacia la derecha y hacia la izquierda... No había nadie. Justo cuando estaba por cortar la sandía, su hijo le gritó:

-¡Papá, te olvidaste de mirar en un sentido!

Paralizado, el papá de Juan miró a su alrededor una vez más, esperando que lo sorprendieran con “las, manos en la masa”, pero no había nadie.

-¿De qué estás hablando? -preguntó, frustrado y aliviado al mismo tiempo-. No hay nadie aquí.

-Pero papá -señaló Juan-, te olvidaste de mirar hacia arriba.

En ese momento se dio cuenta de qué estaba hablando su hijo.

-Tienes razón, hijo -dijo, saltando el cerco nuevamente-. Dios nos ve, y no está bien robar una sandía. Vayámonos a casa.

Por Helen Lee Robinson

EL CANTO ANUNCIADOR

Por *Bernadine Beatie*

ESE año el invierno se había adelantado en la tierra de los Navajos. Te interesará saber que los Navajos pertenecen a una tribu de indios americanos de la familia atapasca. Estos indios, procedentes del Canadá, penetraron en territorio de los indios puebla, entre los años ochocientos y novecientos de nuestra era. Actualmente están establecidos en "reservas" situadas en los límites de los estados de Arizona, Utah y Nuevo México. Los navajos constituyen el grupo indígena norteamericano más numeroso y próspero, y mantienen celosamente sus costumbres.

Durante la noche habían caído algunas pulgadas de nieve. Todavía era oscuro cuando el padre de Venado Corredor le dio un suave codazo para despertarlo.

-Levántate, hijo -susurró Caballo Solitario.

Todavía quedaba el rescoldo de un fueguito en el centro del hogar (choza de barro del indio Navajo), y a Venado Corredor le hubiera gustado acurrucarse debajo de las pieles de oveja que le servían de mantas para echar otro sueño; pero no quería desagradar a su padre. Ese día su familia iría al puesto de intercambio de productos; y, por primera vez en su vida, Venado Corredor tenía sus propias cosas para negociar: piñones que había recogido durante el otoño y un pequeño saco o bolsa lleno de lana.

Venado Corredor no esperó a que volvieran a llamarlo.

Poniéndose de pie de un salto, echó a un lado la piel de oveja que quedó cruzada frente a la puerta, única entrada de la choza, que daba a la salida del sol. Afuera, Venado Corredor inspiró profundamente el aire fresco de la mañana; luego corrió hacia una colina baja. Allí se quitó las ropas y saltó a un banco de nieve. Rodó en la nieve hasta que sintió en la piel un hormigueo, y se le fue la modorra. "¡Ay! ¡Ay!", repetía Venado Corredor, castañeteándole los dientes mientras se vestía. Luego regresó a la casa. Su padre se sentiría complacido al saber que él se había dado esa mañana su baño de nieve sin que se le hubiera pedido hacerlo; los baños de nieve le ayudarían a ser vigoroso y lo capacitarían para soportar privaciones.

A Venado Corredor le brillaron los ojos cuando pensó en la barrita de plata, y tal vez en la piedrecita de turquesa, que podría obtener a trueque de sus mercancías. Entonces estaría en condiciones de labrar sus propias joyas y venderlas. Seguramente que en ese caso su padre no se opondría a que él inventara nuevos diseños, especialmente si usaba su propio material.

Allá en la choza la madre de Venado Corredor estaba preparando un magro desayuno. Levantando la vista, sonrió a su hijo.

-Cuando regresemos hoy, tendremos mucho alimento -dijo señalando la fina alfombra que había tejido, la cual estaba primorosamente doblada.

Venado Corredor sonrió. Aun su hermanita, Pájaro Blanco, parecía darse cuenta de que ése era un día importante para él. Allí en su cunita gorgoreaba alegremente y movía sus puñitos en el aire.

De pronto, fuera de la choza se oyó el canto anunciador de un visitante. Venado Corredor notó la rápida mirada que sus padres se cruzaron y se dio cuenta de que ellos lamentaron que ese visitante demoraría la partida de la familia. Venado Corredor reconoció la voz de su amigo Águila Buena.

Aunque el rostro de su padre se mantuvo calmo cuando levantó el cuero de oveja que había frente a la entrada de la choza, Venado Corredor comprendió que su progenitor no se sentía complacido con la visita de Águila Buena. El padre siempre se mostraba bastante impaciente con la familia del muchacho Águila Buena cuyo padre a veces desaparecía por meses, dejándolos a él y a su madre a merced de las circunstancias.



No obstante, en el hogar de Venado Corredor todos los visitantes debían ser agasajados y bienvenidos. Caballo Solitario murmuró un saludo cuando Águila Buena entró suavemente en la choza, observando la costumbre de los navajos de pasar del lado izquierdo del fuego.

Al notar el rostro enjuto de Águila Buena y la expresión de hambre en sus ojos, Venado Corredor se sintió muy apenado. Cuando se sentaron a desayunar, Águila Buena dio sólo un pequeño mordisco a su porción de pan, y, cuando pensó que nadie lo veía, deslizó el resto en un pequeño zurrón o bolsita que llevaba consigo. Quería llevárselo a su madre.

Eso lo vio únicamente Venado Corredor. "¡Ay! ¡Ay!", susurró. A veces él no se detenía a pensar en cuán afortunado era. Nunca jamás volverla a envidiar a su amigo Águila Buena. En cambio, trataría de ser un hijo más agradecido y no se irritaría cuando sus padres insistieran en que él aprendiera las antiguas costumbres de su pueblo.

Águila Buena se fue tan pronto como la cortesía se lo permitió.

-Pobre muchacho -murmuró la madre de Venado Corredor-, con tanta hambre y tanto frío.

Y al decir eso, sus ojos descansaron amorosamente sobre Venado Corredor.

-El debiera haber juntado piñones como lo hizo nuestro hijo -fue la respuesta cortante de Caballo Solitario.

-El quiso hacerlo. Quiso ir al bosque para recoger piñones, pero su madre estaba enferma -explicó inmediatamente Venado Corredor.

-¡Ah!, tú siempre lo defiendes. Si su madre cuidara sus ovejas en lugar de sentarse todo el día al sol, tendrían alimento en su hogar -replicó vivamente Caballo Solitario.

Durante todo el largo viaje que hicieron hasta el puesto de intercambio, Venado Corredor trató de borrar de su memoria la expresión de hambre que había advertido en el rostro de su amigo. Y aunque la bebida roja de la botella que el traficante del puesto le dio, endulzó y refrescó su lengua, sus pensamientos no pudieron apartarse de esa expresión de hambre que había visto en los ojos de Águila Buena.

Finalmente el orgullo que le inspiró su madre cuando se acercó al puesto para negociar su mercancía, le hizo olvidar por un momento a su amigo. Cuán hermosa la veía, ataviada con su falda plegada que le llegaba hasta los pies calzados con mocasines, y con su sobreblusa de terciopelo de color brillante, ajustada a la cintura con un delicado cinturón, toda una joya de orfebrería, de plata y turquesa. Su andar suave y garboso no perturbaba a Pájaro Blanco, que dormía plácidamente en la cuna transportable que la madre llevaba a la espalda.

Ahora le tocaba el turno a Venado Corredor. Enderezó los hombros, caminó sin vacilar hacia el mostrador y miró en los ojos al traficante. Señalando su saco lleno de lana y su cesta de piñones, escogió una barrita de plata. El traficante asintió con la cabeza. Luego añadió a la plata una pieza de turquesa. Cuando Venado Corredor notó eso le dio un vuelco el corazón. Por cierto que estaba obteniendo un buen precio por sus mercancías. Cerró los ojos y procuró imaginar los hermosos prendedores que haría con ese material; pero cuando echó una mirada a lo que tenía sobre el mostrador, le pareció que en la barra de plata fulguraba suavemente la imagen del rostro triste de su amigo Águila Buena. Venado Corredor pestañeó; luego, sacudiendo la cabeza tristemente, empujó hacia atrás la barra de plata y la turquesa.

-Lo siento -dijo-. El año que viene, cuando venda mi lana, compraré plata y turquesa. Ahora debo comprar alimento para mi amigo y su madre. Ellos tienen hambre.

Venado Corredor escuchó la suave respiración de su padre que estaba de pie a su lado. Mientras el traficante apilaba las provisiones sobre el mostrador, frente a él, temía levantar la vista. ¡Ay! Su padre pensaría que él era tan débil y tonto como una niña. Ahora, aun cuando él tuviera su propio metal, su plata para trabajar, probablemente Caballo Solitario se mofaría de sus nuevos diseños. Venado Corredor suspiró. Sintió que algo se movía junto a él, y levantando la vista, vio los ojos dulces y suaves de su madre que lo miraban. Se alegró porque ella no estaba enojada con él y porque lo acompañó desde el puesto de intercambio hasta el carruaje.

Allí, los dos esperaron en silencio a que llegara Caballo Solitario. Venado Corredor trató de imaginar el placer que se dibujaría en el rostro de Águila Buena cuando oyera junto a su hogar el canto anunciador del visitante y viera el regalo de alimentos que le llevaba. Pero por alguna razón su mente no pudo retener esa imagen; sus pensamientos fueron arrastrados de vuelta a su padre.

En eso la puerta del puesto de intercambio se abrió, cerrándose luego con estrépito. A Venado Corredor se le secó la garganta. Se quedó observando a su padre que se acercaba a la carreta. El rostro de

Caballo Solitario tenía una expresión apacible y calma, y parecía más alto que de costumbre. En lugar de subir a la carreta, se detuvo y miró a su hijo. Extendiendo luego la mano, le pasó algo. Venado Corredor casi no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Tenía ahora en sus manos una barra de plata y un pedazo de piedra turquesa... mucho más grandes que los que él habría podido obtener a trueque de sus mercancías.

-Para ti, Venado Corredor -dijo Caballo Solitario-. Tú eres un verdadero hijo de nuestro pueblo... Un hijo mejor que yo, porque yo he permitido que en mi corazón se albergaran pensamientos despiadados. Desde hoy tus amigos serán siempre bienvenidos en nuestro hogar. Un padre debe vivir a la altura de la bondad que existe en el corazón de su hijo. Mañana te ayudaré a realizar tus nuevos diseños.

Y mirándole con sus chispeantes ojos negros, añadió:

-Tal vez hasta llegarán a gustarme.

-Gracias, papá -respondió gravemente Venado Corredor. Pero aunque trató de hacerlo, no pudo ocultar una sonrisa de felicidad.

EL CANTO DE LAS HORMIGAS

Escrito e Ilustrado por De Dorman

Traducido por Rhoda Rodriguez

Proverbios 6:6 " Ve a la hormiga, oh perezoso, Mira sus caminos, y sé sabio."

Mateo 9:37,38 "Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies."

¿Alguien de ustedes sabe porque el Señor nos dice que aprendamos de las hormigas? ¿Cómo es posible que grandes seres humanos aprendan algo de unas creaturas tan pequeñas? (Leer Proverbios 6:6-8 y permita un tiempo para contestar)

Sí, las hormigas hacen su trabajo sin necesidad de que nadie las este supervisando para asegurarse de que el trabajo se haga. En Proverbios 6:6 vemos que la recompensa de las hormigas es abundancia de comida. Solo por unos momentos, veamos más de cerca a una colonia de atareadas hormiguitas y aprendamos de ellas.

Aquí se encuentran trabajando en su pequeño pueblo llamado Villagradable. Todos parecen disfrutar haciendo su parte para que la colonia se encuentre en tranquilidad.

Miren, ahí se encuentra Arturo ayudando a su vecino con algunas reparaciones en su casa y más allá está la señorita Lucy quien está pasando la tarde con su abuela, quien ya no puede moverse con la misma facilidad que antes lo hacía. Si escuchas cuidadosamente, puedes escuchar un ejército de hormigas cantando a lo lejos mientras transportan comida del campo a su bodega. Esta comida será su alimento durante los fríos meses de invierno por venir.

"Hut, dos, tres, cuatro.

¿Para qué estamos trabajando?

Trabajar un centímetro es fácil.

Trabajar un metro es difícil.

Hut, dos, tres, cuatro.

¿Para qué estamos trabajando?

Trabajar un centímetro es fácil.

Trabajar un metro es difícil."

Este pequeño canto ha sido enseñado a cada hormiga en Villagradable. ¿Alguien sabe que significa? (Permita tiempo para responder.) Es correcto todas ellas saben que es más fácil hacer un buen trabajo rápido, cuando es una tarea pequeña, y no permitir que se convierta en una tarea grande y pesada. Por eso es que Arturo recoge sus herramientas cuando termina de ayudar a su vecino y nunca verás que la señorita Lucy deje un desorden porque ella sabe que es mejor poner las cosas en su lugar inmediatamente.

Sólo imagínate que pasaría si las hormiguitas decidieran no recoger comida ó si esperaran demasiado para hacerlo, las lluvias de otoño podrían arruinar el grano ó los hambrientos pájaros podrían darse un festín hasta que ya no quedara nada que juntar.

Esto significaría que Villagradable no tendría nada para comer durante los meses del frío invierno. Por eso es que trabajan diligentemente, el tiempo de descansar pronto llegara.

Escuchemos de nuevo mientras pasan,

"Uno, dos, tres, cuatro,

¿Para qué estamos trabajando?

Trabajar un centímetro es fácil.

Trabajar un metro es difícil!"

¿Ustedes ven lo que yo estoy viendo en el zacate alto? Oh, no,ese es Chester,lo está haciendo de nuevo; ¡escondiéndose mientras que los otros hacen su trabajo! Veamos que está planeando esta vez. Tal vez podamos ver y aprender algo de él también.

¡Ahí van de nuevo... de aquí para allá,de aquí para allá. ¿Acaso, nunca descansan? "Sólo pensando en ese Hut, dos, tres, cuatro! me da dolor de cabeza! Mejor descanso aquí unos minutos."

En ese momento el sombrero de Chester salió volando y fue descubierto por Milton, una de las hormigas que iba pasando.

"Hey, Chester, ¿porqué no nos estas ayudando con el trabajo?

Sin duda alguna necesitamos una mano, se está poniendo muy caliente. Si te pusieras a ayudarnos seguro terminábamos más pronto."

Chester, quien se encontraba un poco molesto por haber sido descubierto, contestó, "seguro, seguro, tan pronto como termine de descansar un momento estaré con ustedes. El sabía en su corazón que no tenía intenciones de ayudar. Pareciera que donde hubiera trabajo por hacer, Chester no se encontraba cerca. "Ok, Chester! No lo olvides, Oh, y recuerda, ¡va a ver una gran Fiesta de Cosecha cuando terminemos y todos los que hayan hecho su trabajo durante el verano están invitados a asistir!" Respondió una cansada pero determinada hormiguita.

"¡No puedo esperar a asistir!" La floja hormiguita respondió, pensando en que aunque no hubiera ayudado con el trabajo, iría a la fiesta.

"¡Ah, esto sí es vida! Pensaba mientras se volvía a enterrar entre la tibia arena. "Todo ese "Trabajar un centímetro es fácil" ¡el platicar hace que me canse! ¡Ellos se van a desgastar y no van a tener energía para la fiesta!"

¿Me preguntó qué clase de juegos tendrán este año? Chester relajaba cada músculo de su cuerpo mientras que soñaba con la Fiesta de Cosecha.

El verano se convirtió en otoño y las hormigas seguían ocupadas. Todas, con excepción de Chester. Este usó una excusa tras otra para no ayudar: le dolía la cabeza, hacía mucho calor, estaba muy cansado... una tras otra las excusas.

Finalmente, Arturo terminó de arreglar la última teja suelta en la casa de su vecino y el ejército de hormiguitas cargaba el último grano de maíz a la bodega. Las hormiguitas finalmente podían relajarse y cosechar las recompensas de sus trabajos ¡Sus mentes estaban en la próxima celebración!

"¡El clima es perfecto para nuestra fiesta!" dijo la señorita Lucy mientras ella y la abuela disfrutaban de una limonada en la fresca brisa de la tarde. "¡Las mujeres de la villa están trabajando duro en las preparaciones de la Celebración y sólo faltan unos días!" La señorita Lucy y la abuela platicaban sobre que se pondrían y quienes serían los que asistirían a la fiesta.

¿Abuela, como sabemos quienes van a asistir a la fiesta? Se preguntaba la curiosa hormiguita.

"Bueno, Lucy, una hormiguita en nuestro pueblo tiene un trabajo muy especial. Su nombre es Milton y él se va a encargar de que todas las hormigas hagan su trabajo. Cuando las vea trabajando, sus nombres se van a escribir en el libro de invitados. Si no están trabajando cuando el vaya a checarlos, van a ser advertidos y se les va a dar otra oportunidad. Si siguen de flojos no se les va a permitir asistir a la celebración. Suena cruel, pero ¡jamás una hormiga en Villagradable ha faltado a una fiesta!

Tristemente, pero eso estaba a punto de cambiar ¿Quién crees que iba a ser la primer hormiguita en faltar a la Fiesta de la Cosecha en el pequeño pueblo? Sí, es correcto ¡Es Chester! y está a punto de saberlo.

Los anuncios estaban por todo el pueblo anunciando el evento especial. Comenzaría a las 6:00 en punto y todos estaban sacando sus mejores ropas y asegurándose de tener suficiente espacio en sus estómagos para el gran festín que se acercaba. Los pequeños tomaron una siesta para tener suficiente energía para toda la diversión y juegos que tendrían más tarde en esa noche (Y ni siquiera se quejaron.)

Finalmente dieron las 6:00 y los invitados comenzaron a hacer una fila en el salón de Banquetes. Milton le dijo al encargado que revisara en el libro y se asegurara de que el nombre de cada persona estaba anotado antes de dejarlos entrar.

Todo iba muy bien hasta que llegó el turno de entrar de Chester. No se podía encontrar su nombre por ningún lado en el libro. Finalmente, el encargado llamó a Milton. Este le explicó que Chester insistía en que él había hecho su mejor esfuerzo pero no era su culpa si se cansaba tan fácilmente y su cabeza le dolía tanto. En su corazón, sin embargo, Chester sabía la verdad. Había sido una hormiga floja y estaba a punto de recibir su recompensa por su falta de trabajo. Se alejó del hermoso salón de Banquetes con su cabeza agachada, tan arrepentido de no haber hecho su "trabajo un centímetro"; aunque tratara de hacerlo ahora no podría terminar a tiempo para la fiesta de la Cosecha. ¡En verdad, trabajar un metro es difícil! Chester prometió que esto no volvería a suceder y se fue a casa inmediatamente y comenzó a hacer lo que debió de haber hecho desde el principio ¡su parte del trabajo!

¿Tú crees que Chester volvió a perderse de otra fiesta de la Cosecha? Yo creo que aprendió su lección muy bien, y tal vez, solo tal vez, por eso sea que no vemos ninguna hormiga floja el día de hoy. ¡Todos han aprendido de su error!

No importa que tanto hagas por ti mismo para tratar llegar al cielo. (Efesios 2:8,9) Se nos dice, sin embargo, que una vez que hemos recibido al Señor debemos de seguirle a través del bautismo, asistiendo a la Iglesia, ofrendando, obedeciendo a nuestros padres (Efesios 6:1) y muchas otras cosas, el Señor nos promete que nuestro trabajo será recompensado. (II Crónicas 15:7)

¿Has aceptado el castigo de Cristo en la cruz como pago por tus pecados? Romanos 3:23 nos dice que todos hemos pecado y Romanos 6:23 nos dice que el castigo por nuestros pecados es la muerte. Pero hay esperanza. Romanos 5:8 nos dice como Dios mostró su amor por nosotros. (Leer el versículo)

Tal vez tú tengas este mismo problema con el que Chester se encontraba, ser flojo. Espero que tú también, hayas aprendido una valiosa lección del canto de las hormigas. El ser flojos solo nos trae vergüenza. Va a llegar un día cuando Jesús regrese y la Biblia nos dice en Apocalipsis 22:12 (Leer) que El traerá su recompensa con El. Entonces celebraremos con el Rey de Reyes y Señor de Señores. ¿Estás listo para ese banquete?

Mateo 9:37,38 (Leer) nos habla de la necesidad de obreros en la siembra. ¿Puede Jesús contar contigo para ayudar en la cosecha? ¡La recompensa es fuera de este mundo!

Isaías 6:8 pregunta. ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" Podrías decir con todo tu corazón, Heme aquí, envíame a mí"!

Invitación a la Salvación/ Servicio de Entrega

EL CARRITO QUE GANO AMIGOS

Por Isabel Phillips

LO PRIMERO que Guillermo oyó ese viernes de mañana fue el gorjeo de los pájaros madrugadores. Parecía que cada uno quería sobresalir. Guillermo se quedó muy quieto con los ojos cerrados, pero en realidad estaba despierto.

El aire fresco y vigorizante de la mañana entraba por la ventana.

Guillermo dio una vuelta en la cama y se arropó bien con las frazadas.

Estiró sus piernas largas y luego las arrolló formando con su cuerpo una bola. Se sintió cómodo y adormecido, pero no por mucho tiempo.

De pronto se sentó en la cama derecho como un palo. Ni siquiera tuvo que refregarse los ojos para terminar de despertarse. "¡Hoy es viernes! -dijo en voz alta-. ¡Hoy es mi cumpleaños!" Y no necesitó más para

bajarse de la cama, echarse agua en la cara y llegar el primero a la mesa del desayuno.

Y tenía una buena razón para no demorarse. Ese día recibiría un carrito nuevo. En los cumpleaños anteriores nunca se había enterado de lo que recibiría. Pero esta vez lo sabía. Sus padres se lo habían prometido desde hacía mucho tiempo, y hoy era el día.

La madre estaba terminando de preparar el desayuno cuando el muchachito entró corriendo en la cocina.

-¿Estás aquí, mamá? ¿Está mi carrito aquí? -preguntó sin tomar aliento.

-Buenos días, y feliz cumpleaños -dijo ella. Y luego con un movimiento de cabeza señaló hacia su silla en la mesa.

¡Allí estaba! ¡Escondido debajo de la mesa al lado de la silla! ¡Un carrito nuevo y brillante!

Guillermo no necesitó hacerse rogar para terminar el desayuno. Cuando el resto de la familia había llegado a la mitad, él ya estaba listo y había salido a la acera con su carrito.

La primera persona a quien vio fue a Roberto Blanco.

-Ese carrito es hermoso -Roberto-. ¿Puedo arrástralo hasta la esquina?

-¡Oh, no! -objetó rápidamente Guillermo-. Este carrito es nuevo y por un buen tiempo nadie jugar con él sino yo.

De modo que Guillermo llevó el carrito hasta el final de la calle vuelta. En el camino de regreso encontró con Jerónimo.

-Oye, Jerónimo. Mira mi regalo de cumpleaños de líneas aerodinámicas.

-¡Heee! -comentó Jerónimo reteniendo el aliento y abriendo tamaños ojos-. ¡Qué elegante nunca tuve uno con barandilla como ése.

Y Jerónimo, tomándose del carrito, comenzó a subir.

-Llévame a dar una vuelta -dijo.

Guillermo levantó la mano.

-¡Un momento! ¡No hagas eso! Tus zapatos pueden raspar la pintura. Quiero mantenerlo nuevo y brillante.

Jerónimo retrocedió.

-Muy bien -dijo. Su voz un poco extraña-. Iré a casa de Tomás para jugar con él -y desapareció a toda prisa por la esquina.

Guillermo se quedó solo. Se sintió chasqueado. Había creído que todos los muchachos lo rodearían para admirar su carrito. "Al fin y al cabo esto no es muy divertido -pensó-. Tengo un carrito nuevo pero nadie quiere jugar conmigo

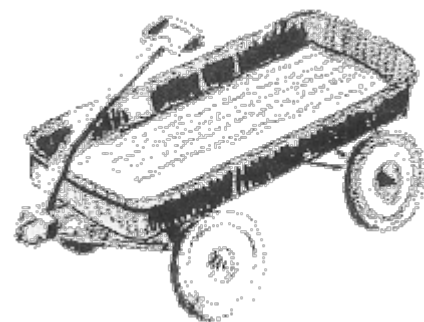
Antes de mucho oyó una bulla y grandes exclamaciones procedentes del patio de Tomás. Guillermo sintió curiosidad por lo que pasaba. Llevando su carrito se dirigió en esa dirección.

En el patio de Tomás debe haber habido como una docena de muchachos. Estaban jugando a la pelota.

"Ese fue un buen tiro", gritó alguien

En eso Tomás notó a Jerónimo que estaba allí parado y le dijo:

-Ven, te necesitamos como jugador de base.



-No puedo -respondió Jerónimo-. Me olvidé de traer el guante.

-No importa. Puedes usar el mío -dijo Tomás arrojándole el suyo.

Todos estaban divirtiéndose en grande. En ese momento Roberto se unió al juego.

-Hola, muchachos. Traje mi nuevo bate. Juguemos con el mío por un rato.

Guillermo había estado observando la escena sentado en su carrito. No tenía nadie con quien jugar ni siquiera con quien hablar. Se levantó y regresó a la casa. Pasó un buen rato puliendo, las tapas o tapacubos de su carrito.

"Es lindo recibir como regalo de cumpleaños un carrito nuevo -pensó Guillermo-, pero no es divertido estar solo".

Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no oyó que alguien se acercaba por la vereda.

-¡Hola, Guillermo! Vengo de la tienda de hacer los mandados para mamá.

Era Miguel. Llevaba en sus brazos una gran bolsa de provisiones.

Guillermo se levantó tan rápido que se tropezó con sus propios pies.

-Tus compras parecen muy pesadas -dijo-. Ponlas en el carrito y yo las llevaré hasta tu casa.

Miguel vaciló por un momento.

-No creo que deba hacerlo. La caja de la leche puede gotear un poco y manchar tu nuevo carrito.

-No importa. Para eso es un carrito -declaró Guillermo.

Miguel colocó su bolsa sobre el carrito.

-Y cuando terminemos de llevar estas cosas, si tú quieres nos turnaremos llevándonos el uno al otro -sugirió Guillermo.

-¡Qué buena idea! -estuvo de acuerdo Miguel.

Y los dos muchachos comenzaron a silbar mientras llevaban el carrito nuevo calle abajo.

EL CASCABEL PELIGROSO

Ven, Leo. Vamos -gritó Erin, mientras su hermano Sean y ella corrían hasta la puerta.

Leo, su caniche de cuatro años, los siguió a corta distancia, moviendo la cola y corriendo de uno a otro.

Los dos chicos y su perro corrieron a través del campo hacia el bosque, y luego siguieron el sendero que los llevaba al Río Guadalupe.

Pronto hicieron más lenta la marcha, para dedicarse a explorar, dando vueltas y buscando cualquier cosa interesante que les llamara la atención.

Cuando Sean se dirigió hacia los pastizales, notó un movimiento repentino cerca de él. Casi al mismo tiempo oyó el sonido de un cascabel, y se encontró frente a frente con una serpiente de cascabel de más de 1,60 metros, lista para atacar.

-¡Víbora! -gritó.

Su hermana comenzó a correr hacia su casa lo más rápido que podía. Sean comenzó a correr también, pero la víbora iba detrás de él.

El perro comenzó a ladrar y ladrar, y luego se arrojó frente a la serpiente, dando al niño suficiente tiempo como para llegar a un lugar seguro. Al caniche no le fue tan bien, sin embargo: la serpiente lo mordió seis veces en la cabeza, antes de deslizarse hacia el bosque.

Gimoteando, Leo comenzó a arrastrarse hacia la casa.

-Leo, ¿estás bien?

Con cuidado, Sean tomó al perro que le había salvado la vida. Por momentos, parecía que no sobreviviría, pero de alguna manera el perro se recuperó notablemente. La familia nunca olvidó el acto heroico de su mascota. ¡Leo estuvo dispuesto a dar su vida, para salvar la de Sean!

Eso es lo que Jesús hizo por ti y por mí. Él dio su vida en la cruz, para que nosotros podamos vivir. “Él murió por nosotros para que, en la vida o en la muerte, vivamos junto con él”..

Narrado por: Keii Johnson

EL CHORLITO QUE FUE A LA ESCUELA

Por **Laurie Gailant**

LA CORTADORA de césped del Sr. Urbina se puso en acción cuando aquél comenzó a cortar el césped de la escuela de la iglesia. Todo tenía que estar listo para el primer día de la Escuela Bíblica de Vacaciones. Poco se imaginaba el Sr. Urbina que alguien muy especial vendría ese año a la escuela.

Cuando se acercó con la cortadora al borde de uno de los caminitos, oyó el aleteo de un pájaro que estaba un poco más allá. Cuando pasó por ese lugar por segunda vez, el pájaro cruzó volando el patio. Esta vez el Sr. Urbina, miró con más atención, y notó que se trataba de un chorlito. A él le gustaban los pájaros y había estudiado bastante acerca de ellos.

"¡Ah! -pensó-, molesté a un chorlito. Detendré el motor y lo observaré". El Sr. Urbina trató de descubrir dónde tenía el nido, pero el ave lo había disimulado tan inteligentemente que le resultó imposible encontrarlo.

El chorlito observaba cuidadosamente al Sr. Urbina. No tenía la menor intención de revelar el lugar donde estaba el nido con los preciosos huevos. Se alejó del nido con el ala caída como si la tuviera rota. El Sr. Urbina sabía que lo que preocupaba al chorlito era que le descubrieran el nido. Sabía que esas aves simulan estar heridas para alejar a cualquier intruso de su nido. El chorlito realizó toda clase de piruetas con el propósito de desanimar al hombre.

El Sr. Urbina puso en marcha de nuevo el motor y continuó cortando el césped, pero seguía observando al chorlito con el rabillo del ojo. Finalmente, cuando el chorlito pensó que el hombre se había ido, se dirigió apresuradamente hacia una depresión que había en la grava del camino. Allí había puesto cuatro huevos jaspeados que se confundían con los colores de la grava. Se echó en el nido y los acomodó bajo sus alas para mantenerlos calientes.

Comenzó la Escuela Bíblica de Vacaciones y los niños del vecindario acudieron a la misma. Llegaron a la escuela niñas ataviadas con lindos vestidos almidonados y con el cabello bien peinado, y muchachitos de caras sonrientes y camisas de colores brillantes.

Pero al llegar a la entrada se detuvieron, porque allí estaban el Sr. Urbina y los maestros para recibirlos. -Este año ha venido a la escuela alguien muy especial -dijo la Sra. Zabala-. Guarden silencio y verán quién es.

Los niños la siguieron muy quietecitos preguntándose quién sería. Cuando la procesión se acercó al nido, el chorlito voló y reveló así su lugar secreto. Gritaba desesperadamente.

- ¿No es un chorlito, Sra. Zabala? -preguntó uno de los niños.

-Sí, y está muy afligido pensando que podemos romper sus huevecitos -respondió la Sra. Zabala.

Pero no los tocaremos -dijo Carolina-. Será mucho más lindo observar cuando nazcan los pichoncitos. Para entonces muchos otros niños se habían unido al grupo y estaban contemplando el nido del chorlito. Por cierto que se trataba de una visita muy especial.

-Es muy difícil ver el nido. Noten cómo los huevos se confunden con los alrededores. Noten también cómo en uno de los extremos los huevos son muy puntiagudos. Esto evita que el viento los haga rodar fuera del nido. Tenemos que marcar el lugar o alguien podría accidentalmente pisar sobre el nido -dijo la Sra. Zabala-. ¿Quisieran Uds. muchachos ver si encuentran algunos palos largos? Yo sé dónde hay mecate grueso en la escuela. Tenemos que apresurarnos antes de que los huevos se enfríen. Mientras permanezcamos aquí, el chorlito no regresará al nido.

Los muchachos salieron a buscar los palos largos los cuales encontraron al otro lado de la cerca. A medida que el Sr. Urbina clavaba los palos en el suelo, la Sra. Zabala fue pasando el mecate de uno al otro hasta formar una cerca para que los niños supieran dónde estaba el nido.

-¡Aquí está! -dijo en voz alta la Sra. Zabala, como para que el chorlito la oyera-. Esta cerca te mantendrá separado del resto del patio. Y tendremos mucho cuidado de no molestarte mientras empollas tus huevos. Nos alegramos mucho de que hayas venido a la Escuela Bíblica de Vacaciones, señor chorlito. Ese primer día las clases empezaron un poquito tarde porque se prestó atención especial al huésped



especial que había llegado a la escuela. Los niños se preocuparon mucho por el chorlito y mantuvieron buena distancia del nido para no molestarlo. Lo observaron desde lejos hasta que el pájaro se convenció de que ellos no tenían la intención de dañarlo ni tampoco a sus huevos.

Cierta mañana durante la segunda semana de la Escuela Bíblica de Vacaciones, los niños notaron que el chorlo no estaba en el nido. Se acercaron un poco más y encontraron las cáscaras de los huevos.

-¡Sra. Zabala! ¡Sra. Zabala! Se ha ido. No esperó a que terminara la Escuela Bíblica de Vacaciones. Hasta los pichones se han ido. Espero que no les haya pasado nada -exclamó Priscila.

La Sra. Zabala se acercó a la depresión que estaba dentro del círculo formado por los palos. Sí, madre y pichones se habían ido. La Sra. Zabala reunió a los niños en derredor suyo.

-Los chorlos no son como los gorriones o los horneros. No construyen sus nidos en los árboles. Los pichones de chorlito no tienen que esperar, cuando nacen, para que sus padres los alimenten, sino que casi inmediatamente después de nacer, abandonan el nido para buscar su propio alimento. Quizás por esa razón los chorlos construyen su nido en el suelo.

-Me alegro tanto de que el chorlito vino a la Escuela Bíblica de Vacaciones aunque sea por unos días - dijo Juanita.

-Y Dios los bendecirá a Uds. por haber sido tan bondadosos con sus criaturas haladas. El chorlito llegó a confiar en Uds. porque se dio cuenta de que no lo molestarían. Muchos pájaros y animales, como también personas, llegarán a ser sus amigos cuando Uds. les den pruebas de que no los dañarán. Siempre vale la pena ser bondadosos.

Entonces la Sra. Zabala les recordó que era la hora de volver a la clase y todos corrieron hacia el aula.

EL CHUPETE DE BESSIE

Por *Ana Calawell*

-MAMA, mira la ternerita. Parece que está enferma. ¿Qué podemos hacer? - preguntó Felicia muy afligida.

-¡Pobrecita! De veras que está enferma -suspiró la mamá.

La ternerita se había caído al suelo. No podía sostener la cabeza, y tenía los ojos medio cerrados.

-¡No podemos dejarla morir! -se apresuró a decir Carlos-, ¿Por qué no vas a la casa de la abuela Ruddick y le pides que venga para ver si puede darle algo?

La abuela Ruddick era una viejecita que vivía no muy lejos. Todos la llamaban abuela. Ella sabía mucho de animales y de cómo cuidarlos cuando estaban enfermos. De manera que Carlos y su hermana Felicia fueron corriendo a la casita de la abuela y llamaron a la puerta.

-Abuela Ruddick -dijo Carlos casi sin aliento cuando ella acudió a abrir la puerta-. ¿Vendrá Ud. con nosotros para ver si puede ayudarnos con nuestra ternerita enferma?

-Claro que sí -respondió la abuela Ruddick, y poniéndose un suéter acompañó a los niños.

La viejecita se arrodilló al lado de la ternera enferma y la examinó cuidadosamente.

-¿Tienen avena arrollada? -le preguntó a la madre.

-Sí, tenemos -respondió ella.

-Cocinen un poco de avena y dénsela a comer a la ternerita. Veremos si eso la ayuda -dijo la abuela, incorporándose.

La madre y los niños fueron a la cocina, y éstos observaron mientras aquélla preparaba la avena.

Cuando estuvo lista la revolvió con leche, y se formó una mezcla espesa y tibia que la madre puso en una vasija, y la llevó donde estaba la ternerita.

Esta no la quiso comer.

-Felicia, anda a casa y trae uno de los biberones que tenemos allí -pidió la mamá.

Pusieron entonces la mezcla en el biberón, y la abuela Ruddick procuró que la ternerita chupara; pero estaba demasiado débil para hacerlo.

-Denme el recipiente -pidió la abuela-, y tomando la palangana donde la mamá tenía el resto de la avena y la leche, la abuela volcó en ella lo que estaba en la botella y puso con la mano un poco de la mezcla en la boca de la ternerita. Esta la tragó. Y así, poco a poco, le hizo tomar todo lo que estaba en el recipiente.

-Denle de comer así dos o tres días -dijo la abuela Ruddick mientras se lavaba las manos-. Verán que sanará.

-¿Cuán a menudo tenemos que darle de comer? -preguntó Carlos.

-¡Oh!, tres veces por día -respondió la abuela Ruddick-. Volveré mañana. Estoy segura de que la ternerita se sanará -afirmó al parecer muy segura.

-Ahora tenemos que darle un nombre -sugirió Felicia cuando la abuela Ruddick se hubo ido.

Lea, la hermanita menor, acababa de levantarse de la siesta y fue a ver la ternerita.

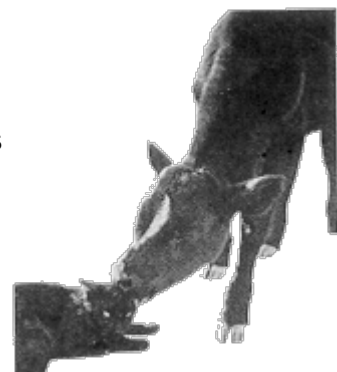
-Me gustaría que la llamemos Bessie -dijo ella.

-¿Por qué Bessie? -preguntó la mamá.

-Porque me gusta ese nombre -respondió Lea.

-Felicia y Carlos estuvieron también de acuerdo con el nombre que había sugerido Lea.

A los pocos días Bessie ya estaba mucho mejor. Además de la avena con leche que seguía recibiendo, comenzó a comer hierba. Cuando llegaba la hora de comer, balaba descomedidamente. Ya no había dificultad para que tomara el biberón. Por el contrario, ahora no quería soltarlo, y una vez que terminaba de comer, cuando los niños se lo retiraban, ella los perseguía para que la dejaran seguir chupándolo. Cierta día, Tom, el gato de la casa, estaba durmiendo sobre el banco que había frente a la puerta de atrás, en el momento en que Bessie acababa de terminar de tomar la leche. La ternera se acercó al gato, le olfateó la cabeza, y comenzó a lamerle la oreja. Y antes de mucho estaba chupando la oreja del gato.



"¡Miau!" se quejó Tom cuando se despertó y descubrió que tenía la oreja dentro de la boca de la ternera. Trató de escaparse, pero pronto se dio cuenta de que la ternera no iba a hacerle daño de modo que no se movió de su lugar hasta que la ternera se cansó.

Después de ese incidente, Bessie continuó durante varias semanas chupando de vez en cuando la oreja del gato.

-Me parece que Tom es bastante amable al permitirle a Bessie que le chupe la oreja.

-Es que Tom es todo un caballero -explicó Felicia.

-A mí me parece que Tom es el chupete de Bessie -añadió Lea.

Y todos se rieron por su ocurrencia.

EL COCODRILO QUE PERDIO SU CENA (Don. 6:22)

Un día, uno de nuestros misioneros iba en una carreta tirada por bueyes, con un ayudante nativo, por un camino polvoriento del África. Cuando llegaron a un riachuelo, el misionero decidió buscar un pozo agradable y tranquilo para bañarse. Cuando lo encontró, se sentó y comenzó a desatar los cordones de sus zapatos. Repentinamente oyó una voz como la de un hombre que le decía: "No te bañes aquí, es peligroso". Espantado, saltó y miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Miró el pozo, pero no podía ver el peligro.

Estaba seguro que en ese pozo tan pequeño no habían cocodrilos, así que precavidamente miró en derredor entre los pequeños arbustos que habían cerca del pozo, pero no vio nada. Volvió al pozo y se sentó para quitarse los zapatos. Nuevamente se oyó la voz, pero en esta ocasión el misionero solamente dio vuelta la cabeza para mirar a su alrededor y pensó que sin duda se estaba imaginando cosas, por lo tanto continuó quitándose los zapatos. De repente pasó una cosa extraña. Sus manos perdieron la fuerza y empezaron a temblar tan fuertemente que no las podía controlar. ¡No podía lograr desatar los cordones de sus zapatos! Sus manos estaban sin fuerza.

Poniéndose de pie rápidamente exclamó: "Aquí hay algo peligroso y yo no lo quería creer. Dios ha hecho este milagro". Así decidió no bañarse en ese pozo y caminó, un poco más lejos, hasta donde encontró un manantial cristalino y fuera de peligro. Cuando regresaba de su viaje, pensando todavía en el aviso de peligro que recibió, decidió investigar. Buscando entre los arbustos no pudo encontrar nada peligroso, hasta que dio la vuelta y se colocó en un lugar donde podía observar claramente el pozo. Acostado e inmóvil estaba el cocodrilo más grande que jamás había visto en África, exactamente en el pozo donde él se iba a bañar. ¡Ahora sabía cuál era el peligro del que Dios le había salvado! Le tiró una piedra y lo vio desaparecer bajo la superficie del agua, esperando sigilosamente a su víctima.

¿Creen ustedes que el misionero esperó hasta el día de gracias o hasta el ser vicio de oración para agradecer a su Padre celestial por vigilarlo y cuidarlo? Siempre, desde ese día, cuando piensa en el cocodrilo que perdió su cena, él repite silenciosamente y con reverencia, para sí "El ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen, y los defiende" (Sal. 34: 7).

El Collar de Perlas

Cuando yo era estudiante en un colegio de internas, solía venir cada semana una de las profesoras a ofrecernos una plática sobre algún tema especialmente apropiado para señoritas. Nos alegraban estas visitas porque siempre tenían algo interesante y diferente para nosotras. Una de esas profesoras nos contó el siguiente relato, y antes de comenzar lo dijo: "Ojalá le sea de provecho siquiera a una de mis oyentes". No sé si le sirvió de ayuda a otra de las jovencitas; pero sé que por lo menos para una fue providencial, porque precisamente en esos días se hallaba en una encrucijada y le resultaba difícil decidir cuál camino seguir. Así que hoy, al reproducirlo, digo como aquella profesora: "¡Ojalá le sirva de ayuda aunque sea a uno de mis jóvenes lectores!" Y ahí va el relato.

Cuando Lucía subió a la plataforma de su pequeña iglesia para cantar un himno, vio que en la concurrencia había una señora desconocida. Como siempre, cantó con todo fervor, y su voz preciosa resonó en todos los ámbitos de la iglesia. Mientras cantaba, no pudo menos que notar que aquella desconocida escuchaba con excepcional atención.

Terminado el culto sagrado, al salir los feligreses, una amiga de su familia se acercó y le dijo que una dama quería saludarla. Después de los saludos y frases de rigor, la señora le manifestó sin rodeos: "Hija, tienes una voz maravillosa que sólo necesita ser educada para que llegues a ser una cantante famosa. Yo me ocupo en educar las voces, es decir, las voces privilegiadas. Habla con tus padres y dame la respuesta. Estaré aquí tres días. Si aceptas, haré en seguida todos los arreglos pertinentes en la ciudad de X donde vivo.

Lucía llegó muy pensativa y excitada a su casa. Le contó el incidente a su madre y le extrañó ver que, a medida que avanzaba en el relato, la expresión del rostro materno se tornaba cada vez más angustiada. . .
-Oh, mamita, ¿no crees que sería maravilloso perfeccionar mi voz y cantar delante auditorios numerosos y selectos?

La madre le contestó con mucha prudencia, pesando cada palabra que pronunciaba:

-Querida, siempre creí que eras plenamente feliz en esta pequeña ciudad donde naciste y te educaste; donde tienes tus parientes y amistades; donde todos te quieren; donde ejerces con éxito tu profesión docente; donde un muchacho excelente y de buen porvenir quiere casarse contigo; y donde eres una bendición en la iglesia usando el don que Dios te concedió. Además... conozco a esa dama y el fin de varias personas jóvenes que fueron dirigidas por ella. Ninguna terminó como había soñado.

-Mamá, claro que he sido feliz, pero, ¿qué hay de malo en que se me ofrezcan más amplios horizontes? Claro, por un tiempo, se entiende. Además, no soy una descocada, y no veo por qué voy a terminar mal.

-Tú y yo amamos a Dios. Creo que sería bueno tomar tiempo para reflexionar y orar al respecto.

-Naturalmente. Tengo tres días de plazo para decidir.

Al día siguiente Lucía estuvo desusadamente silenciosa y esquiva. En la cena no apartó los ojos del plato, pero la madre notó que comió muy poco. También estuvo silenciosa mientras ayudaba a su madre en la limpieza de la cocina. Como de costumbre, la abuelita se retiró a su cuarto en seguida de cenar. Se había sentado en la mecedora junto a la lámpara de pie, y tejía. De pronto vio que la puerta se abría lentamente y entraba Lucía casi en puntillas. "¡Bueno, gracias a Dios!", se dijo la abuelita. Con esa sabiduría que prestan los años, el dolor y la experiencia, siguió tejiendo como si esa visita fuera lo más natural del mundo. Lucía acercó un almohadón a los pies de la anciana, se sentó en él y recostó la cabeza en las queridas rodillas temblorosas. Por un buen rato ninguna habló. La abuela dejó de tejer y con una mano acarició suavemente la sedosa cabellera de la nieta. Por fin la joven rompió el silencio:

-¿Te acuerdas, abuelita, que cuando era pequeña venía a sentarme aquí y no quería acostarme si antes no me contabas un cuento o un episodio de tu vida? Pues, abuelita, hoy quiero que me cuentes un cuento. La anciana siguió acariciando la sedosa cabellera y, después de un prolongado silencio, exhaló un hondo suspiro y dijo:

-Bien, querida, creo que entre todos los episodios de mi vida y de la familia, nunca te conté la historia de tu tía Matilde... Hoy te la voy a contar.

Por un momento Lucía dejó de respirar mientras el corazón le latía con violencia. ¡La historia de la tía Matilde siempre había sido un misterio! En la sala estaba su retrato de gran tamaño. Era una figura

resplandeciente, joven, radiante de belleza, vestida de gala, el escote orlado de gasas y en el hermoso cuello un collar de perlas.

Lucía se había detenido muchas veces a contemplar extasiada ese retrato; y desde hacía un tiempo, desde que dejara de ser niña para convertirse en una esbelta joven, cuando se miraba en el espejo le parecía que ella se parecía a su tía Matilde. Un día, con cierta timidez, le preguntó a su madre: "Mamá, ¿me parezco un poquito a la tía Matilde?" Y la madre, suspirando, contestó: "Sí, hijita, te pareces, no un poquito, sino muchísimo; y además has heredado su voz"

"Mamita, ¿por qué nunca has querido contarme nada de la tía Matilde y me has prohibido hablar de ella con la abuelita?" -le había preguntado.

"Porque es una historia triste y le causarías dolor a la abuelita si se lo preguntaras" -le había dicho su mamá.

Era evidente que hablar de la tía Matilde era tabú. ¡Y ahora la abuelita, voluntaria y espontáneamente le contaría la misteriosa historia!

Tu tía Matilde era la hermana mayor de tu madre. Era hermosa, encantadora y amable... como tú, querida; y tenía la voz de un ángel... como tú. Era querida por toda nuestra juventud y la predilecta de las personas mayores. Y cuando cantaba en la iglesia, a todos nos parecía estar por un momento en el cielo.

Una noche, cuando había un recital especial en la iglesia, una de las familias invitó a un matrimonio que escuchó con intenso interés los números en que Matilde era la solista. Y hacían comentarios en voz baja entre ellos. Cuando terminó el recital, el matrimonio expresó su deseo de saludarla. No sólo la saludaron: conversaron largamente con ella, y más de una vez.

Una de las últimas conversaciones, quizá la última, se desarrolló en la sala de este nuestro hogar. Yo hice algo feo, algo que no se debe hacer, pero andaba tan preocupada que pegué el oído a la puerta y escuché; porque durante todos esos días Matilde no era la niña de antes y me daba cuenta de que algo grave pasaba, y yo no podía arrancarle ninguna confidencia... ¡ella que siempre había sido tan espontánea y afectuosa!

No pude oír todo, pero en cierto momento la dama, en su afán de persuadirla, levantó la voz y la oí decir: "Pero, criatura, ¿te vas a resignar a vegetar en este pueblecito desconocido, cuando pudieras llegar a destacarte como cantante de primera magnitud? Créeme, mi esposo y yo sabemos descubrir las voces que triunfan; y tu voz es de éstas. Yo me ocuparé de adiestrarla; mi esposo será el empresario y en poco tiempo tendrás grandes y selectos auditorios subyugados por tu voz. Y triunfarás en ciudades importantes de distintos países, y llegarás a ser célebre. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Además podrás vestirme como tu bella figura merece. Y escucha: para tu primer gran recital te regalaré un collar de perlas. ¡Qué bien lucirá en tu hermoso cuello!"

Y Matilde se nos fue, a pesar de nuestros ruegos y lágrimas. . .

La dama tenía razón -continuó la abuela-; Matilde triunfó en poco tiempo, y viajó, y cantó ante numerosos auditorios, y la crítica la elogió. En un cajón de mi cómoda tengo recortes de los periódicos, con su fotografía y elogiosos comentarios. Al principio escribía con frecuencia, eufórica y deslumbrada. De repente las cartas empezaron a ser cada vez más lacónicas y espaciadas. Tampoco nos enviaba recortes de los periódicos. Por fin, repentinamente llegó un telegrama con la noticia que mi intuición de madre hacía tiempo sospechaba: "Llegaré a casa tal día. Voy muy enferma".

La joven demacrada, pálida y escuálida que recibimos en la estación no era ni la sombra de la Matilde que habíamos despedido con dolor pocos años antes.

Cuando la estreché entre mis brazos me dijo con desesperante estoicismo: "Vengo a morir en casa. No llores, madre; yo escogí este camino".

Su organismo estaba enteramente minado por la tuberculosis. Cuando los médicos creyeron que ya no tenían nada más que hacer, le aconsejaron "regresar a casa, alimentarse bien y descansar mucho". Le prodigamos todos los cuidados posibles y la rodeamos de cariño y solicitud. Pero había regresado demasiado tarde... Un día, cuando se dio cuenta de que su fin se acercaba, me llamó y me dijo con voz débil: "Madrecita, en el cajón de la mesita de luz hay una llave con un cordón dorado... ¿La hallaste? Bueno, abre ese cofre de nácar que está sobre la cómoda. .. Bien, allí hay un collar de perlas. Tráemelo, por favor". Con el corazón dolorido fui cumpliendo cada uno de sus pedidos. Tomó el collar con sus manos temblorosas y enflaquecidas. Lo miró largamente con un rictus amargo en los labios descoloridos. Luego,

gruesas lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas. Al fin me dijo con voz apenas audible: "Madre, esto es lo único que me queda de todos mis sueños de gloria, placeres y riqueza. En cierto sentido podría decir que vendí mi paz y mi alma por un collar de perlas"

Tu madre y yo oramos mucho por ella, y oramos también junto a su lecho de dolor. La iglesia entera oró por ella. Sólo Dios sabe si antes de morir hizo la paz con él.

Hacia rato que la falda de la abuelita se había humedecido con el llanto silencioso de Lucía. También ella sintió que unas lágrimas ardientes caían sobre sus cabellos.

Reinó un rato de silencio consolador. Luego Lucía se levantó, besó tiernamente el rostro surcado de arrugas y dijo en voz baja: "Gracias, abuelita; no te imaginas todo el bien que me has hecho con tu sacrificio de contarme esta historia dolorosa". Salió, cerrando suavemente la puerta. Entonces la anciana sonrió entre sus lágrimas, murmurando: "Gracias, Señor, porque me diste fuerza para hacerlo".

Lucía fue en busca de su madre, la abrazó estrechamente y le dijo: "Buenas noticias, mamá; ya todo está resuelto para bien. En este hogar tan feliz y tan querido, la historia de tía Matilde no se repetirá. Mañana le daré la respuesta a la Sra. X".

La madre sólo pudo decir: "Gracias, Dios mío", mientras la besaba repetidas veces. Antes de acostarse, Lucía se arrodilló junto a su cama y agradeció a Dios por todas las preciosas bendiciones que estuvo a punto de perder: un hogar dichoso donde era el centro del entrañable amor de dos mujeres dechado de virtud y genuina fe en Dios; un grupo de jóvenes de ambos sexos, de principios sanos y vida feliz, que la querían con sinceridad y sin intereses mezquinos; su pequeña ciudad natal donde habían transcurrido los años felices de la infancia y donde todas las personas adultas la habían visto crecer, y eran sus "tíos" y "tías" y "abuelitos"; el colegio donde cursó sus estudios elementales, secundarios y superiores; la pequeña iglesia adonde concurrió desde que tenía uso de memoria para rendir culto a Dios, y donde tantas veces alabó al Eterno con el don maravilloso de su voz... ¡y con cuánto fervor los mayores decían conmovidos: "¡Amén! ¡Amén! ", cuando ella terminaba de cantar! Sí, fue una oración más larga que de costumbre, porque recordó tantos motivos para dar gracias a Dios... y cuando deslizó el cuerpo entre las sábanas se dio cuenta de que se iba a quedar dormida en seguida. . . y una dulce paz inundó su corazón.

EL CONVENIO

Por **JUANITA TYSON-FLYN**

CARLOS y Daniel, los mellizos López, de nueve años, se sentaron junto a la mesa de estudio que tenían en su cuarto, con los libros de historia abiertos. Y allí se quedaron por casi quince minutos sin leer una sola frase. Estaban ceñudos y preocupados. Por fin Daniel cerró violentamente el libro que tenía abierto y comenzó a tamborilear con el lápiz.

-No se me ocurre nada que podamos hacer para ganar dinero.

-Sí -concordó su hermano-. Y si no tenemos dinero, es en balde.

El Sr. López pasó en ese momento y se detuvo junto a la puerta del cuarto de sus hijos.

-Muchachos, parecen dos derrotados. ¿Qué problema tienen?

-Es el equipo de béisbol de la escuela -explicó Daniel mientras él y Carlos se daban vuelta para mirar a su padre.

-En el equipo de nuestra escuela Daniel va a ser el pitcher [jugador que lanza la pelota] y yo el catcher [jugador que recibe la pelota]. El necesita un guante y yo un mitón -dijo lentamente Carlos frunciendo el entrecejo.

-¡Y eso cuesta dinero! -añadió Daniel.

-Hemos estado tratando de descubrir alguna forma de ganar dinero para comprarlos. Hemos pensado mucho pero no se nos ocurre nada.

Carlos parecía sentirse muy desdichado.

-Además -continuó Daniel-, para cuando ganemos el dinero ya habrá llegado el verano.

-Me parece que si tanto desean esas cosas debieran poder hacer algo para conseguirlas. Hay un refrán que dice:

"Querer es poder" -afirmó el padre.

-Pensamos en un reparto de diarios y llamamos por teléfono. Pero el único periódico que necesita un muchacho, reparte diarios todos los días. En época de invierno el sol se pone tan temprano el viernes que no podremos repartir los diarios antes del sábado de modo que eso lo descartamos. En esta época del año no hay mucho trabajo en los jardines.

Carlos parecía sentirse muy desanimado.

-Bueno -sonrió el Sr. López-, la Navidad no está muy lejos. Voy a hacer un trato con Uds. Si estudian fuerte y traen una buena tarjeta de calificaciones antes de la Navidad, quizás mamá y yo podamos ayudarles a resolver ese problema.

-¡Qué bueno! -exclamaron los muchachos-. Metámonos en los libros.

Y allí los dejó el padre enfrascados en sus libros de historia. Y desde esa noche hasta el último examen de Navidad, los muchachos pasaron casi todas las veladas en su cuarto, estudiando mucho.

El día en que entregaron las tarjetas de calificaciones en la escuela, los muchachos llegaron corriendo a la casa, agitándolas y gritando como indios.

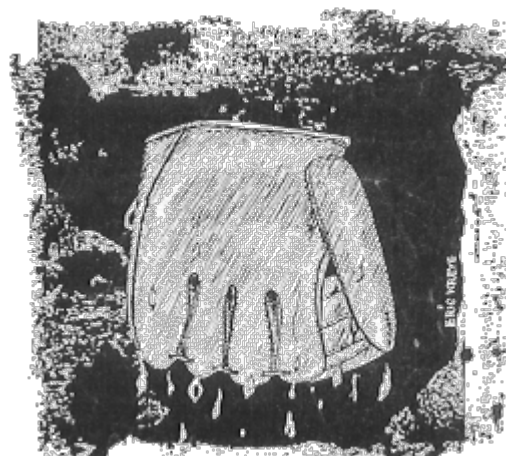
-Muy bien, muchachos. Nos sentimos realmente orgullosos de Uds. -dijo el padre mientras él y su esposa miraban el buen informe que sus hijos les habían llevado.

Esa noche Carlos y Daniel se sentaron al borde de sus camas haciendo como que ya tenían el guante y el mitón. Acariciaban el fino cuero graneado que ya poseían en su imaginación. Carlos hizo como que se ponía el mitón y Daniel como que atajaba la pelota.

- ¡Mira cuando los muchachos de la escuela vean este guante y este mitón! Casi no puedo esperar hasta que llegue Navidad.

-Yo tampoco -añadió Carlos.

Desde entonces cada vez que los padres volvían con algún paquete, ellos trataban de descubrir si



contenía sus codiciados tesoros.

-Espero que papá no se haya olvidado de esta última parte del trato -murmuró Daniel una noche. Los padres habían anunciado que ya habían terminado con sus compras de Navidad, y ninguno de los dos muchachos había visto ningún paquete que le hiciera acordar en lo más mínimo a un mitón o guante.

-No, no se va a olvidar -dijo con toda confianza Carlos-. Le pediré a papá que esta noche me lleve a la ciudad. Tengo que conseguir un regalo para abuelita. ¿Quieres venir con nosotros?

El papá tenía que asistir esa noche a la junta directiva de la iglesia, pero la mamá prometió llevar a Carlos a la ciudad y dejar de paso al papá en la iglesia.

-Creo que me quedaré en casa y trabajaré en mi modelo de submarino -respondió Daniel-. de todas maneras ya gasté todo el dinero.

De modo que Daniel se quedó trabajando en su modelo en la casa. De vez en cuando cuando le echaba una mirada al arbolito de Navidad y a los paquetes envueltos en papeles de colores brillantes que había al lado.

"¿Será que nos habrán conseguido el mitón y el guante?" musitó. Juego sintiendo sed se dirigió a la cocina.

"Para Navidad hay que usar las copas rojas" pensó, y acercando una silla se trepó al mesón de la cocina. Parándose encima cuidadosamente estiró la mano para sacar una copa del estante más alto. Allí, detrás de las copas había dos cajas con sendas inscripciones; MITON y GUANTE. El corazón le dio un vuelco. "¡Oh!" exclamó. Corrió las copas y sacó cuidadosamente una de las cajas del estante. Quitó la cinta que la sellaba y levantó la tapa. Allí estaba... ¡el guante!

En ese momento sonó el teléfono. Se sobresaltó y casi perdió el equilibrio. Se bajó del mesón y colocó el guante al borde de la pileta.

Cuando volvió, notó que el guante no estaba donde lo había dejado. Se acercó apresuradamente y allí lo vio.

No sobre el mesón sino dentro de la pileta. ¡Y en la pileta había repasadores en agua de cloro!

Daniel gimió y levantó el guante cautelosamente del agua. Estaba como enlodado. El sabía muy bien el efecto que el agua tenía sobre el cuero fino. Y el agua de cloro sería mucho peor.

Trató de secarlo con una toalla. Las lágrimas estaban a punto de saltársele. Se sintió angustiado. En eso oyó que el automóvil se detenía en el camino de entrada. Carlos irrumpió en la cocina. Al ver a su hermano con el guante manchado se quedó con la boca abierta. En eso entraron sus padres quienes se detuvieron detrás de Carlos. Por unos instantes nadie dijo una sola palabra. Entonces Daniel no aguantó más. Las lágrimas le rodaron por las mejillas y cayeron sobre el guante.

-Lo siento -fue lo único que atinó a decir.

-Bueno, hijo -dijo finalmente el padre-, nosotros cumplimos el trato que hicimos. Es tu guante. Espero que puedas usarlo.

Daniel se dio cuenta de que el guante no se vería como nuevo para el juego de pelota, pero esa experiencia le enseñó una lección que no olvidaría jamás.

EL CORTAPLUMAS PERDIDO

JORGE tenía un cortaplumas nuevo. Tenía un cabo muy lindo, de nácar, y tres hojas filosas y brillantes. Era exactamente lo que el muchacho había deseado desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba cuándo había visto por primera vez un cortaplumas como éste y deseado que alguna vez pudiese tener uno así.



Pero, naturalmente, era entonces demasiado pequeño para tener un cortaplumas. Así que todo lo que podía hacer era mirar con mucho anhelo los cortaplumas expuestos en los escaparates de las ferreterías.

-Algún día tendré un cortaplumas exactamente como éstos -se decía.

Ahora su sueño se había realizado. Su tío Daniel le había dado este bonito cortaplumas para su cumpleaños, y ya le había hallado muchos usos. A veces había que cortar un cordón, o hacer un agujero en un cartón, cortar una rosa para mamá, o reparar el silbato del tren de madera con que jugaba su hermanito. Eran muchas las cosas que podía hacer con ese cortaplumas a medida que pasaban los días.

Jorge lo había encontrado dentro de un paquete, al lado de su plato, cuando fue a desayunar esa mañana. Tan pronto como hubo desayunado, empezó a probar las hojas del cortaplumas. Mientras estaba arreglando el tren para Robertito, Eduardo, su mejor amigo, vino a jugar con él.

-Mira mi cortaplumas nuevo -exclamó Jorge tan pronto como Eduardo entró.

Este último tomó el cortaplumas, le dio vueltas, mirándolo de un lado y del otro.

-Es muy lindo -dijo el muchacho-. me gustaría tener uno igual. Pero déjame ayudarte a arreglar eso -y diciendo esto, puso el cortaplumas sobre el brazo de un sillón.

Juntos procuraron acomodar una chaveta de madera en uno de los vagones del tren.

-Parece demasiado grande -dijo Jorge-, mejor será que la achique un poco -y extendió la mano para tomar el cortaplumas.

Pero éste no estaba más en su lugar. Miró a Eduardo y le preguntó:

-¿Dónde está mi cortaplumas? Eduardo lo miró sorprendido y le dijo:

-Estaba aquí. Lo puse sobre el brazo del sillón. Estoy seguro que lo puse allí.

-Si lo hubieses puesto, estaría todavía -contestó Jorge-. Yo no lo toqué, y no ha entrado nadie.

-Pero yo lo puse allí -insistió Eduardo, señalando hacia el brazo del sillón.

-Entonces, ¿dónde está? -preguntó Jorge.

-Yo no sé -fue la respuesta-. Yo no lo toqué después que lo puse sobre el sillón.

-Pero debes haberlo tocado -arguyó Jorge-. No había otra persona aquí y el cortaplumas ha desaparecido.

-Yo no tomé tu viejo cortaplumas -dijo Eduardo, ya molesto-. Y será mejor que no me acuses.

Jorge también empezaba a irritarse, y dijo:

-Esa clase de bromas no son lindas. Dame mi cortaplumas en seguida.

-Yo no lo tengo, te digo -repitió Eduardo.

Jorge corrió a la otra pieza y dijo excitado:

-Mamá, Eduardo tomó mi cortaplumas y no me lo quiere dar. Se lo quiere guardar.

La mamá miró sonriendo al muchacho airado y contestó:

-Debe haber algún error. Eduardo no es de los que se apoderan de lo que no les pertenece.

-Pero lo tomó -insistió Jorge-. Me lo robó. Lo ha hecho desaparecer.

-Espera un minuto -dijo la madre con severidad-. ¿Lo viste tomarlo?

-Yo se lo di -contestó Jorge-. Luego seguí trabajando con el tren; cuando necesité nuevamente el cortaplumas, él dijo que lo había puesto sobre el brazo del sillón grande. Pero no lo había puesto, porque no está allí. No hay otra persona en la pieza. El no dice la verdad. Se apoderó de mi cortaplumas.

-¿Te apoderarías tú de algo que perteneciera a Eduardo? -preguntó la mamá.

-Por supuesto que no -contestó Jorge airado-. Yo soy honrado. No robo.

-Eduardo también es honrado -dijo la mamá-. Nunca he sabido que se haya apoderado de algo que no le pertenece. Y estoy segura de que le duele mucho lo que has dicho. Vamos a ver si podemos descubrir lo que sucedió con tu cortaplumas.

-¡Hola! Eduardo -dijo amablemente la Sra. Bustamante-. ¿Dónde pusiste el cortaplumas?

-Aquí mismo -dijo el muchacho señalando el brazo del sillón-. Yo no me lo guardé. Le digo la verdad.

-Yo sé que no lo guardaste -dijo la mamá de Jorge, e hizo girar el sillón y sacó el cojín.

-No está allí -dijo Eduardo-. Yo ya he mirado.

La Sra. Bustamante continuó mirando, dió vuelta al sillón poniéndolo de costado, y al hacerlo, los niños oyeron que algo golpeaba en el interior del sillón. La Sra. Bustamante puso la mano entre los resortes, luego la sacó, y en ella estaba el cortaplumas.

Jorge se quedó asombrado y exclamo:

-¡Entonces Eduardo no lo tenía! ¿Pero cómo llegó allí? Ya Sé -dijo después de pensar un momento-. Yo me senté sobre el brazo del sillón un momento y debo haberlo hecho caer de tal manera que se fue allá abajo.

Y volviéndose hacia Eduardo le dijo:

-Lamento mucho haberte acusado de haberlo robado. Te pido perdón.

-Estás perdonado -contestó Eduardo-. Yo me entristecí porque pensabas que yo lo había guardado, pero estamos en paz.

-Sin embargo, podría haber sido de otra manera -dijo Jorge-. Supongamos que no lo hubiésemos encontrado por mucho tiempo y yo hubiese seguido pensando que tú eras un ladrón. La próxima vez que pierda algo, tendré mucho cuidado de no acusar a nadie.

-Esa es una buena decisión -dijo la mamá-. Espero que siempre te acordarás de ella.

Jorge la miró sonriendo y poniendo los brazos alrededor de Eduardo prometió:

-La recordaré. Casi perdí a mi mejor amigo por haber sacado una conclusión antes de conocer los hechos.

EL CUMPLEAÑOS DE MÁXIMA

Era el 8 de noviembre, cumpleaños de Máxima. Cumplía 10 años, y su madre le había prometido hacer una fiesta en su honor. Cuando la niña se despertó por la mañana, le dolía la cabeza y parecía que había contraído un resfriado. La mamá decidió que era mejor que se quedase en casa en vez de ir a la escuela. Hacia las doce, empezó a quejarse de dolor de garganta, y la madre le tomó la temperatura. Estaba en 101° F., o sea, un poco más de 39° C., así que la señora llamó al médico. Este vino enseguida, y después de haber examinado a la enfermita, ordenó que se acostase.

- Pero mamá – dijo Máxima, - no estoy tan enferma como para quedarme en cama.

- El médico cree que sí, querida – dijo la señora, - y debes ir a la cama.

¡Pobre Máxima! Pronto iba a llegar la hora de la fiesta, y ella tenía que estar en cama, enferma.

¡Qué cumpleaños! Máxima procuraba que su madre no viese las lágrimas que no podía retener.

Vino un hombre a colocar un letrero rojo en el portón. Decía: "Hay un caso de escarlatina en esta casa. No entre." De manera que nadie se atrevía a entrar en la casa, y la mamá no podía salir, ni siquiera para ir al almacén o tienda de comestibles. Pero esto no era lo peor. El padre de Máxima era repartidor de una gran panadería de la ciudad, y tenía que utilizar un gran camión rojo para su trabajo. Debía levantarse a las cuatro de la mañana e irse a la panadería. Allí cargaba el camión con pan, bollos, biscochos, tortas, masas y pasteles. Luego se iba lejos al campo y repartía la mercadería a centenares de personas, de manera que no regresaba a casa hasta muy tarde de noche. La mañana del 8 de noviembre había salido como de costumbre mucho antes que Máxima se despertara, y no sabía que su hijita estaba enferma en cama.

Regresó muy cansado por la noche. Había sido un día frío y húmedo, y estaba muy deseoso de entrar en su casa, cenar e irse a la cama. Ya era oscuro cuando llegó, de manera que no vio el letrero rojo a la entrada del callejón que daba a su patio. Cuando la mamá oyó que el camión se detenía, fue al vestíbulo y le dijo que Máxima estaba con escarlatina; y la casa había sido declarada en cuarentena, de manera que él no podía entrar en ella. ¡Pobre papito! ¡No podía entrar en su casa abrigada, ni acostarse en su cómoda cama! Decidió vivir en el garaje hasta que terminase la cuarentena. Había una estufa allí, pero no había cama. Lo primero que hizo fue encender el fuego. En una pieza desocupada del piso superior, había un colchón; la mamá abrió la ventana y lo puso con la ropa de cama sobre el techo del vestíbulo. El papá encontró una escalera que usó para bajar las cosas y se las llevó al galpón. No era una tarea muy agradable eso de armar una cama en el garaje, pero el papá solía decir: "Cuando es necesario, se puede aguantar casi cualquier cosa." Puso el colchón sobre algunos cajones vacíos y se arregló la cama lo mejor posible; pero no cabe duda de que era algo dura.

La mamá le alcanzó la cena y la comió solo en el garaje. Este programa duró como veinte días.

Máxima llegó a presentar un aspecto tan rojo como el letrero puesto en el portón, pero al fin fue mejorando y se le permitió sentarse en la cama con sus muñecas. Jugaba a que ellas también tenían la escarlatina, y la cama de la niña era un hospital para ellas. La mamá venía a hacerle compañía y le leía historias de EL AMIGO DE LOS NIÑOS que una amiga le había mandado.

Se sentían agradecidas que Máxima no había sido afectada en forma más grave, porque muchos niños sufren complicaciones cuando contraen esa enfermedad. El papá también agradecía a Dios por esto, y cada noche, al regresar a casa iba al vestíbulo para saber cómo seguía la niña y recibir su cena, se sentía agradecido al tener algo caliente que comer, y un garaje donde refugiarse. Se acordaba de los pobres que, a causa de la guerra, habían sido desalojados de sus cómodas casas y no tenían comida ni albergue.

Por fin llegó el día cuando se suprimió la cuarentena. El papá estaba haciendo su reparto de pan como de costumbre, pero sabía que el departamento de higiene había mandado hombres para desinfectar la casa. Se iba a sacar el letrero rojo, y podría cenar con su hijita y la mamá y dormir en su propia cama nuevamente.

Fue realmente una cena de acción de gracias. Será difícil que la olvide ninguno de los tres. Nunca les había parecido que había tantas cosas por las cuales estar agradecidos a Dios. El papá dijo que la casa era más agradable que antes y había aprendido a apreciarla más que nunca. La mamá dijo que nunca había estado tan contenta en su vida, y expresó que debía dar gracias a Dio por estar sana, cosa que nunca había pensado antes. La mamá le dijo que debía a las amiguitas de Máxima de que festejarían el cumpleaños en otra oportunidad.

EL DIA DEL AJUSTE DE CUENTAS

Por **ELSA LEWIS RAWSON**

-CORINA, apaga la televisión por favor y ve a tu cuarto a estudiar.
-Pero, mamá, éste es mi programa favorito. ¡No lo voy a perder!
-Me parece que todos los programas son tus favoritos - comentó el padre levantando su vista del periódico que estaba leyendo, para unirse a la conversación-. Esta es semana de exámenes, de manera que sugiero que durante toda esta semana no se mire televisión ni se escuche radio. Desde el comienzo del año escolar has estado muy floja, Corina, satisfecha con sacar notas bajas. Esta es tu última oportunidad para cambiar la situación. Pero, papá -rogó Corina-, estoy cansada de estudiar. Ojalá pudiera dejar de ir a la escuela.



«¡Dejar de ir a la escuela! -repitió el padre levantando las cejas-. Si apenas has empezado! ¡Todavía tienes muchos años por delante!

-Ahora, sé una niña buena. Deja de hacer aspavientos y estudia tus lecciones - dijo la madre levantándose de su asiento y abandonando la habitación aprisa, con la esperanza de prevenir cualquier discusión ulterior.

Corina apagó la televisión y subió a su cuarto, pero no para estudiar. En cambio, tomando el teléfono llamó a su amiga Patsy. A Corina le gustaba Patsy porque ésta siempre le dejaba copiar sus deberes. Para cuando las chicas dejaron de conversar, era hora de ir a dormir.

A la mañana siguiente, antes de salir para la escuela, Corina escribió cuidadosamente algunas fechas importantes en sus uñas largas y pulidas y colocó hojitas de papel en lugares importantes de su libro de historia.

- ¿Estás lista para el examen? -le preguntó Patsy cuando se encontró con Corina a la puerta de la escuela.

-Completamente -dijo riendo Corina.

Había gran excitación en el ambiente mientras los muchachos y las niñas se arremolinaban en el gran vestíbulo. Algunos se comían las uñas nerviosamente; otros hojeaban libros, haciendo consultas de último momento.

Una campanilla fuerte anunció el comienzo del primer período de clases. Corina tomó del brazo a Patsy y las dos entraron en el aula. Corina se dirigió a su asiento y dejó los libros sobre el pupitre.

-¡Atención, clase! -y la Srta. Arroyo inspeccionó a cada alumno con una mirada perspicaz y penetrante-. Tengan la bondad de traer sus libros a mi escritorio. Pueden llevárselos cuando termine el examen.

A Corina el corazón le dio un vuelco. Miró nerviosamente a través del pasillo, donde estaba Patsy, pero ésta mantenía los ojos fijos en la maestra.

Corina casi se aterrorizó. Había planeado usar su libro para ayudarse durante el examen. Sabía que éste sería difícil. Sólo cuando recordó las fechas que tenía en las uñas, el corazón se le tranquilizó.

Patsy, en cambio, había estudiado mucho, y confiaba en su memoria para rendir el examen. No tenía necesidad de copiar. A Patsy le gustaba Corina y valoraba su amistad, pero se sentía culpable cada vez que le permitía copiar sus deberes. Sabía que eso no era justo y que tampoco la estaba ayudando a Corina. Había resuelto que tan pronto como terminaran las clases rompería su amistad con ella. Un toque corto de campana dio la señal para comenzar la prueba. Los alumnos se inclinaron ansiosos sobre sus papeles. En la media hora siguiente el silencio sólo se interrumpía por el rasgueo de las plumas al escribir sobre el papel.

Dos veces la Srta. Arroyo la sorprendió a Corina tratando desesperadamente de llamar la atención de Patsy.

-¿Terminaste el examen? -le preguntó la segunda vez acercándose al pupitre de Corina.

-Todavía no, Srta. Arroyo -tartamudeó Corina apretando los puños.

-¿Qué tienes en las manos?

-Nada -respondió Corina, pero se le enrojecieron hasta las raíces de los cabellos.

-¡Déjame ver tus manos! -le pidió la Srta. Arroyo y, por el tono de su voz Corina se dio cuenta de que la maestra no estaba jugando. Corina las levantó lentamente. Las fechas habían desaparecido de las uñas, pero quedaban las manchas de tinta.

Corina no se atrevió a levantar la cabeza. Sintió la mirada de toda la clase. La Srta. Arroyo tomó el papel de sobre el pupitre y lo hizo añicos. Corina se quedó mirándola, asombrada.

-Estás despedida del aula.

Las lágrimas que trató de retener le quemaban los ojos. Había sido humillada delante de toda la clase. Nunca más podría mirar a sus condiscípulos en la cara. Rápidamente se deslizó de su asiento y salió corriendo del aula.

Vagó por los terrenos de la escuela sin saber qué hacer, porque no se atrevía a volver a la casa y encarar a sus padres. Sabía que la noticia no demoraría mucho en divulgarse entre los vecinos. Sus padres se sentirían humillados y chasqueados. Había perdido la confianza de su excelente maestra, y el respeto de Patsv. su más querida amiga. "Si tan sólo hubiera escuchado a papá y a mamá y hubiera pasado más tiempo estudiando las lecciones en lugar de mirar televisión y perder tiempo en el teléfono no me encontraría en este lío. Oh, Jesús -sollozó-, si me ayudas a salir de este problema, prometo que nunca más copiaré. ¡Te ruego, Jesús, ayúdame!"

"Vé a casa y dile a tus padres todo. Ellos van a entenderte y ayudarte" pareció decirle una voz en su interior.

"¡Iré!" murmuró y se enjugó las lágrimas de los ojos.

Cuando abrió la puerta de atrás de su casa, su madre la estaba esperando con los brazos extendidos. Corina se echó en ellos. Y allí quedaron las dos sollozando en silencio, Corina de remordimiento y humillación, y la madre de pena y chasco.

No hubo necesidad de dar explicaciones. La Srta. Arroyo había telefoneado a la Sra. Norton y le había contado todo.

-Oh, mamá, sollozó Corina-, me siento tan avergonzada. ¡Si tan sólo te hubiera escuchado a ti y a papá esto nunca habría ocurrido!

La Sra. Norton enjugó las lágrimas de los ojos de Corina.

-Mejor que no se repita jamás -dijo en tono firme-. Eres una niña inteligente, y si hubieras dejado de perder tanto tiempo en cosas inútiles y te hubieras aplicado a estudiar, no hubieras tenido necesidad de copiar.

-Supongo que tendré que repetir el grado .-suspiró Corina.

-Ese sería un castigo justo -le dijo la madre-. Es lo que mereces. Pero la Srta. Arroyo es muy bondadosa. Me dijo que te dará una segunda oportunidad. Si estudias fuerte durante la vacación, te dará otro examen, y si lo pasas, recomendará que te promuevan al grado inmediato superior.

-¿Eso es lo que ella dijo, mamá? Entonces Dios oyó mi oración. ¡Oh, cuán agradecida estoy de que Jesús, y los maestros y las madres no nos desechen cuando nos portamos mal!

EL DIA FELIZ DE MERCEDES

Por *Lilith Rushing*

MERCEDES iba caminando por el sendero que conducía a la casa de la Sra. Conte. Mientras caminaba apretaba con fuerza la mano de la mamá. Todo le parecía muy extraño. Hubiera querido que en ese momento la mamá la hubiera llevado de regreso a la casa.

Pero la mamá le apretó la mano y le dijo:

-Mercedes querida, tú tienes cuatro años. Hoy tienes que portarte como una niña valiente y hacer que éste sea un día feliz. Te quedarás con la Sra. Conte durante unos días mientras yo voy para ayudar a la abuelita. Tú sabes que ella ha estado muy enferma. Cada día, cuando papá vuelva del trabajo, vendrá a buscarte.

Mercedes se mordió el labio y trató de retener las lágrimas.

-Sí, mamá, trataré... trataré. - de que hoy sea un día feliz.

-Si hoy eres valiente, mañana también será un día feliz -le aseguró la mamá.

La mamá llamó a la puerta. Mercedes se enjugó una lágrima que tenía en la mejilla y trató de sonreír a la Sra. Conte cuando ésta acudió a abrir la puerta.

-¡Oh, aquí está la niña que se quedará conmigo mientras la mamá se va! Pasen.

Entraron en la casa, y la mamá puso en un rincón la caja que había traído con los juguetes de Mercedes. Entonces, mientras la mamá y la Sra. Conte conversaban, Mercedes miró a su alrededor. La sobrecogió un sentimiento de soledad, y no pudo contener las lágrimas. Luego la madre se fue y Mercedes lloró un poco.

-Siéntate en el sillón-hamaca, querida -le dijo bondadosamente la Sra. Conte-. Te traeré la muñeca. Si tienes la muñeca en los brazos, no te sentirás sola.

Y la Sra. Conte le trajo a su muñeca Betty de la caja de juguetes, y se la puso en los brazos.

-Ahora tengo que trabajar en la cocina, Mercedes -dijo la Sra. Conte-. ¿Te gustaría hacer una casita en el rincón para jugar?

La Sra. Conte fue a la cocina y Mercedes se sintió tan sola que se estremeció. Estaba pensando en la mamá que se iba en el ómnibus. Pasaría mucho tiempo antes de que el papá regresara del trabajo y la buscara. De repente Mercedes se echó a llorar.

La Sra. Conte regresó al cuarto.

-Oh, me pareció que oí llorar a una niñita. ¿Era tu muñeca? -le preguntó sonriendo.

Mercedes luchó por contener las lágrimas.

-Creo que sí -dijo tratando de sonreír.

-¿Por qué no vienes a la cocina conmigo? Voy a hacer dos tortas, y necesitaré ayuda.

Mercedes siguió a la Sra. Conte a la cocina. Trajo los huevos de la refrigeradora para que la Sra. Conte pudiera hacer las tortas. También tamizó parte de la harina. Era divertido. Después del almuerzo, la Sra. Conte llevó a Mercedes al dormitorio para que hiciera la siesta. Mercedes se quitó el vestido y la Sra. Conte le ayudó a ponerse un salto de cama. Se quitó los zapatos y las medias y se acostó. La Sra. Conte la besó en la frente, corrió las cortinas y abandonó el cuarto.

Entonces se sintió de nuevo sobrecogida por la soledad que sentía al estar separada de su mamá y ese cuarto le pareció muy extraño y frío. Todo le parecía raro y desconocido. De pronto volvió la cabeza y vio un cuadro en la pared. Parecía como que el personaje que había en el cuadro la hubiera estado mirando y que le hubiera dicho que la amaba y que no necesitaba sentirse sola. Mercedes cerró los ojos y se durmió. Cuando se despertó, no pasó mucho tiempo hasta que llegó el papá a buscarla. La Sra. Conte había alistado una de las tortas que horneó para que el papá la llevara a la casa.

-¿Fue hoy un día feliz para ti, Mercedes? -le preguntó el papá en el camino de regreso a la casa-. ¿Ya te hiciste amiga de la Sra. Conte?

-Oh, sí, papá. Fue un día feliz después que vi el cuadro de Jesús. Al principio me sentía muy sola y triste. Pero luego sentí que éramos todos amigos: Jesús, la Sra. Conte y yo.



EL DIA OCUPADO DE MAMÁ

Por *Donna Pape*

AMELIA estaba convaleciendo del sarampión. Esa noche, cuando la mamá fue a arroparla a la hora de acostarla, le dijo:

-Si mañana hace calor, podrás salir afuera a jugar.

Amelia casi no podía dormirse. "Ojalá mañana sea un día lindo", pensó una y otra vez.

Se despertó temprano, abrió el postigo de la ventana y miró afuera. El cielo estaba azul. Una nube blanca y esponjosa lo recorría perezosamente.

-¡Oh! Qué hermoso día de sol -exclamó, dando brincos por el cuarto-. Es un día muy lindo para ir a jugar afuera.

Luego se quedó mirando a su hermanita Susana. Susana tenía cuatro años mientras que ella ya tenía siete.

Generalmente Susana era la primera en despertarse de mañana. Pero esa mañana dormía profundamente. Sin hacer mucho ruido, Amelia se vistió y salió de la habitación.

-¡Buenos días! -saludó Amelia a la mamá que estaba ocupada en la cocina preparando el desayuno.

-Parece que hoy podrás salir a jugar afuera, ¿no es cierto? -le sonrió la mamá.

Amelia asintió con la cabeza mientras bebía el jugo de naranja.

En ese instante apareció en la cocina Susana, medio dormida y llorosa.

Eso no era normal para Susana, que generalmente tenía una sonrisa para todo el mundo.

La madre se acercó a ella y le puso la mano en la frente.

-Tienes un poco de fiebre, Susana. Hoy tendrás que quedarte dentro de la casa.

-Yo quiero ir afuera -lloró aún más fuerte Susana-. Quiero ir afuera a jugar con Amelia -añadió, y las lágrimas le corrieron por las mejillas y cayeron en su jugo de naranja.

-Lo siento, Susana -la consoló la mamá-. Tal vez tengas también sarampión. Y no te haría bien salir afuera. Tendrás que quedarte adentro. Termina ahora tu desayuno.

Amelia desayunó rápidamente porque casi no podía esperar para salir a jugar afuera.

Después del desayuno la mamá le dijo a Susana que se recostara en el sofá de la sala.

Amelia y la mamá se encargaron de lavar los platos. A cada ratito Susana llamaba para pedir algo.

-Susana está de muy mal genio hoy -dijo la mamá-. Estoy segura de que le está dando el sarampión. Tan pronto como terminemos de limpiar la cocina iré para leerle un poco, porque se sentirá muy sola cuando salgas a jugar.

Por fin los platos quedaron terminados. Mientras Amelia se estaba poniendo la chaqueta para ir afuera, sonó el teléfono. La madre contestó.

Cuando colgó el receptor dijo:

-Era papá. Va a traer invitados para la cena esta noche. Hoy estaré muy ocupada. Tendré que limpiar la sala y la cocina y después quiero preparar una cena muy especial.

En ese instante Susana volvió a llamar desde la sala. Esta vez quería un vaso de agua.

-¡Susana está tan molesta hoy! Yo no sé cómo lograré terminar todo -suspiró la mamá.

Amelia miró afuera. El sol que brillaba en el cielo parecía decirle:

"Ven afuera a jugar. Ven afuera a jugar". Pero de pronto Amelia anunció:

-Me parece que hoy no saldré a jugar afuera. Creo que quedaré dentro de la casa y jugaré con Susana. Puedo ayudarte a cuidarla. Así tú puedes terminar el trabajo.

Acercándola con su brazo, la madre la abrazó y la besó.

-Eso será una verdadera ayuda para mí -le aseguró la mamá.

Susana volvió a llamar. Amelia respondió:

-Aquí voy, Susana.

Luego se quitó la chaqueta y fue a ayudar a su hermana.



EL DÍA QUE RICARDO PERDIÓ SU ALMUERZO

-¡Ricardo!

El papá gritó otra vez, pero no hubo respuesta.

- ¿Dónde se metió este muchacho? -preguntó el papá.

- Es una lástima -dijo la mamá, bastante molesta-; el almuerzo se va a enfriar.

- Bueno, nos iremos sin él si no regresa enseguida -dijo el papá.

Ricardo estaba siempre olvidando algo. En la mañana había olvidado dónde había dejado sus zapatos la noche anterior. Después le costaba acordarse dónde había dejado su gorro. Dejaba en casa libros que debía llevar a la escuela, y dejaba en la escuela libros que debía traer a casa. Pero su mayor problema era llevar la cuenta del tiempo. Aunque le habían regalado un hermoso reloj para su último cumpleaños, todavía se olvidaba de mirarlo cuando era más necesario que lo hiciera.

En este momento estaba caminando bastante lejos, por la orilla del mar, interesado sólo en su red para camarones. No había otra cosa que le interesara. Se le había dicho que regresara sin falta a la una menos cuarto, para que la familia pudiera regresar en el auto a tiempo para el almuerzo.

Pero Ricardo estaba tan feliz y contento que se olvidó completamente de su promesa de regresar. Estaba fuera de vista del resto del grupo, y nadie sabía dónde se había ido. El papá, la mamá, su hermana, sus hermanos, todos lo llamaron a gritos, pero en vano. No se veían rastros de Ricardo ningún lado.

- ¿Pero dónde puede estar? -preguntó la mamá, preocupada - . ¿Crees que le puede haber pasado algo

- No, no creo - dijo el papá -. Una vez más es su viejo problema. Se ha entusiasmado con algo y olvidó su promesa. Yo me voy a casa.

- ¿Qué? ¿Y lo vamos a dejar? - preguntó la mamá.

- Pobre Ricardo -dijo la hermana.

-Se lo merece -dijo el hermano.

- Yo quiero mi almuerzo -rogó el hermanito más chico.

-Suban al auto -dijo el papá.

-Oh -dijo la mamá- No quisiera irme y dejarlo aquí.

- Yo tampoco quiero eso -dijo el papá -, pero tendrá que aprender alguna vez que debe cumplir sus promesas.

- ¿No quieres que miremos una vez más? -rogó la hermana- Tan sólo tomará un momento.

- Está bien -replicó el papá -. Miraré una vez más. Dejando a los demás en el auto, el papá buscó otra vez y llamó a Ricardo con todas sus fuerzas. Pero no aparecía. Cuando el papá regresó al auto, había una mirada de mucha determinación en su rostro. No diría una palabra más sobre el tema. Apretó el acelerador y se dirigió a casa a almorzar.

El almuerzo estaba muy bueno, pero por alguna razón nadie pareció disfrutarlo demasiado. De vez en cuando alguien decía: "Me gustaría que Ricardo estuviera aquí con nosotros", o "¿no es cierto que esto le gustaría a Ricardo?", y el hermanito menor repetía: "Deberíamos guardar algo para Ricardo, ¿no es cierto?" Habían pasado dos horas cuando regresaron a la playa. Cuando el auto se acercaba al lugar de estacionamiento, el hermano menor comenzó a gritar:

-¡Ya lo vi! ¡Ya lo vi!

Allí estaba Ricardo. Había regresado cuando se le ocurrió, y se había encontrado con que todos se habían ido. Nunca antes en toda su vida se había sentido tan abandonado. ¡Y todos se habían ido a almorzar! ¡Almuerzo! El sólo pensarlo lo hacía sentir desesperadamente hambriento. Empezó a imaginarse las cosas ricas que todos estarían comiendo, y se sentía más y más hambriento. Luego, al ver que nadie iba a regresar hasta después de almorzar, se había tirado en la arena junto a un bote, y había tratado de olvidar sus problemas.

Ricardo todavía estaba mirando el cielo cuando lo sobresaltaron las apresuradas pisadas de sus hermanos que corrían hacia él.

- ¡De modo que aquí estabas! -dijo la hermana -. Bueno, me alegro de que no te haya pasado nada.

- Tuvimos un almuerzo riquísimo -dijo el hermano- Te perdiste algo bueno, te lo aseguro, por llegar tarde.

Ricardo trató de parecer como que no le importaba demasiado, y que no tenía el más mínimo apetito.

Y entonces apareció el papá en la escena.

- Lamentamos dejarte, Ricardo -dijo-, pero tendrás que aprender algún día que cumplir a tiempo con las promesas es un asunto importante.

-Creo que sí -dijo Ricardo.

- Es muy importante -repitió el papá.

En ese momento, el hermanito menor se acercó a Ricardo y le susurró al oído:

- Te he traído algo de mi almuerzo. Lo tengo envuelto en un pañuelo en el bolsillo de mi pantalón.

-¡Oh, qué bueno! ¡Gracias! -exclamó Ricardo-. No olvidaré esto, hermanito.

Y la pura verdad es que tampoco olvidó la lección aprendida ese día.

EL DOCTOR DEL SÁBADO

Rama, un joven de la India, vivía solito en su choza, porque sufría de esa espantosa enfermedad que se llama lepra.

Rama había estudiado en las escuelas paganas. La gente de su aldea estaba orgullosa de él, porque sabía leer y escribir. Admiraban a este joven hindú y lo consideraban un hombre santo.

Pero Rama no era feliz. ¡Si pudiera sanarse de la lepra! Entonces sí que se sentiría realmente feliz. Fue de un médico a otro. Pero cada uno le decía: “No puedo hacer nada por Ud. No tengo medicina que pueda curarlo”. ¡Pobre Rama! La lepra iba empeorando más y más, y parecía no haber esperanza para él.

Un día llegó un bondadoso misionero a la aldea donde vivía Rama. El misionero llevaba medicinas y alimento para la gente. No había llovido durante muchas semanas, y las huertas y jardines se habían secado. Algunos del pueblo tenían aún un poquito de comida, pero otros no tenían nada. Muchos estaban débiles y enfermos por causa del hambre.

Al ver pasar al misionero, un vecino fue a Rama y le dijo: “¿Por qué no vas a ver al hombre blanco? Él ha curado a muchas personas. Tal vez pueda ayudarte”.

El joven preguntó: “¿Cree Ud. realmente que puede curarme de la lepra?”

“Tal vez”, contestó el vecino.

A los pocos minutos Rama estaba hablando con el hombre blanco, “el doctor”, como lo llamaban a veces.

“¿Puede usted leer?” preguntó el misionero.

“Sí, puedo”, contestó el joven. Entonces el misionero le regaló un ejemplar de una Biblia pequeña.

Rama empezó a leer. Nunca había visto un libro semejante. Allí había relatos y más relatos acerca de Jesús, de cómo enseñaba al pueblo y sanaba a los enfermos. ¿Quién era este hombre? ¿Podría sanarlo a él?

¡Rama tenía que preguntárselo al misionero!

Y un día leyó en el libro de Mateo que Jesús sanaba a los leprosos. El joven se dijo: “¡Los leprosos! ¡Jesús sanaba a los leprosos! ¡Entonces él puede sanarme a mí también!” Se puso de pie de un salto, corrió fuera de su choza y se dirigió apresuradamente adonde estaba el misionero para contarle lo que había leído.

El misionero escuchó. Luego le relato más acerca de las obras maravillosas de Jesús. ¡Con cuánto gozo escuchaba Rama!

Un día, el misionero le dijo que Jesús guardaba el sábado. Rama nunca había oído acerca del sábado. «Este gran hombre guardaba el sábado y curaba a los enfermos, aun a los leprosos», se dijo el joven. Y desde entonces Rama llamó a Jesús “el Doctor del sábado”.

“¿No me sanará a mí también el Doctor del sábado?” preguntó el joven hindú.

“Vamos a pedírselo”, contestó el misionero. Se arrodillaron juntos y pidieron que Jesús sanara a Rama como había sanado a los leprosos mucho tiempo antes.

Siguieron orando día tras día. Pasó un mes y la lepra no había desaparecido. Pasaron dos, tres, cuatro meses, y Rama seguía aún con su terrible enfermedad. ¿Nunca sanaría? Pasaron cinco meses y Rama todavía estaba leproso.

Pero él no se desanimó. Estaba seguro de que el Doctor del sábado lo curaría. El misionero y él siguieron orando.

Durante el sexto mes sucedió algo maravilloso. Mientras estaban los dos orando, Dios sanó a Rama de su lepra. ¡Sus oraciones habían sido contestadas! Se arrodillaron de nuevo y agradecieron al “Doctor del sábado” por haber sanado a Rama.

EL EJEMPLO DE LA ABEJA

¿Ha tenido usted la oportunidad de estudiar o de observar la vida de las abejas? Es admirable como viven y trabajan. Su instinto las lleva a trabajar casi sin cesar, con una perseverancia, una diligencia y una productividad que asombra al más indiferente.

La vida de la abeja es corta: no pasa los cincuenta días. Y durante ese tiempo alcanza a producir unos 25 gramos de miel. Para llenar el recipiente de un litro de miel en un día, ¿podemos imaginar cuantas abejas se requieren? Se afirma que para producir apenas medio litro de miel, las abejas hacen 2.700.000 viajes de flor en flor, y recorren 8.000.000 de kilómetros.

Frente a estos datos, cuan llamativo resulta encontrar junto a la noble abeja la presencia del zángano, el insecto macho que no produce miel, que no se gasta trabajando, y que es un símbolo del hombre holgazán que vive del trabajo ajeno. ¡Qué contraste entre la abeja y el zángano! Y este mismo tipo de contraste, ¿no se advierte también entre los seres humanos?

Mientras abundan las personas laboriosas, que atienden con responsabilidad su trabajo diario, están los otros, los que se creen "listos", los tristes vividores, que sistemáticamente rehuyen todo trabajo que demande algún esfuerzo. Los primeros luchan y traspiran, en tanto que los segundos pasan la vida esquivando toda responsabilidad. Así está dividida la sociedad: unos empujando el carro, y otros siendo llevados por él.

Pero como sucede en el mundo de las abejas, quienes se mueven constructivamente destilan la miel de sus buenas acciones, y con ellas endulzan la vida ajena y labran el bienestar propio. Son como las abejas: se mueven con empeño y laboriosidad. ¿Y qué diremos de los otros? Si, podrán llevar una vida mas liviana, aparentemente más placentera, pero en el fondo sintiéndose inútiles y fracasados.

Cuanto más progreso y felicidad tendría la gente, si no existieran los flojos y los holgazanes, y si los que son realmente activos se ocuparan en hacer solo lo bueno. El rey Salomón declara que "dulce es el sueño del trabajador". Pero no solo descansa mejor por la noche, sino que además durante el día disfruta de un espíritu tranquilo y satisfecho. Y al que tiene alma de zángano, el mismo autor bíblico le dice: "Ve a la hormiga, OH perezoso, mira sus caminos, y se sabio" (Proverbios6:6)

Dios bendice a quienes son diligentes en el cumplimiento de su deber, y a quienes no colocan injustamente sus responsabilidades sobre otros. Dentro de nuestra respectiva esfera de acción, todos tenemos una determinada función que cumplir, a la cual no podemos renunciar sin crear malestar en los demás. El padre, la madre, el hijo, el estudiante, el obrero, el empleado, el profesional, el empresario, todos gozamos y realizamos con eficiencia nuestros trabajos cotidianos.

Dios, el trabajador por excelencia, nos asigna cada día una cuota de actividades y tareas que es nuestro privilegio realizar con alegría. Además, el mismo nos da las fuerzas y el estímulo para vivir de esta manera. ¡Muchas gracias por tu noble ejemplo, abejita laboriosa!

Tomado del libro "Había una vez un zoológico" de Enrique Chaij

EL ELEFANTE INMOVIBLE

Por *Lawrence Maxwell*

ESTA historia notable proviene de los días cuando los ingleses gobernaban la India. Apareció por primera vez en el periódico Times de Londres.

El incidente ocurrió durante una guerra civil en la India. El ejército de una de las provincias centrales estaba luchando contra el ejército de otra provincia. El Peshwa (funcionario principal de una de esas provincias) había entregado la bandera a su hombre de más confianza de entre los que conducían elefantes, y ordenó que la mantuviera siempre en alto. El conductor del elefante, o mahout como se lo llamaba, afirmó la bandera sobre su elefante de modo que todos pudieran verla.



Al principio la batalla favoreció al Peshwa. Pero luego su ejército se vio en dificultades. El mahout ordenó a su elefante que se detuviera... y poco después el mahout fue muerto.

Las cosas se volvieron realmente adversas para el ejército del Peshwa. Muchos de sus soldados llegaron a la conclusión de que ya no había ninguna esperanza y que lo mejor que podían hacer era escapar mientras estuvieran con vida.

De pronto, por un momento el humo se aclaró en el campo de batalla. Los temerosos soldados vieron que su bandera todavía seguía en alto, flameando airosa sobre el campo de batalla, sostenida por el elefante que no había retrocedido un palmo. Su amo le había dado la orden de que permaneciera donde estaba y que mantuviera en alto la bandera; y hasta que su amo cambiara la orden, él permanecería donde estaba y haría flamear la bandera.

Si la bandera estaba aún flameando, había alguna posibilidad de vencer. Los hombres se reanimaron y redoblaron sus esfuerzos. La batalla arreció en dirección opuesta y los hombres dejaron atrás al elefante, que permanecía en pie, como una montaña entre los cuerpos muertos de sus enemigos. Seguro de que su caso estaba perdido, el ejército enemigo se desorganizó y huyó.

Los soldados victoriosos se reunieron en torno a su elefante y lo colmaron de elogios. Luego, siendo que había llegado el momento de regresar, uno de los otros mahouts montó el elefante y le ordenó seguir al resto de los demás elefantes, que estaban abandonando el campo de batalla. Pero el elefante que tenía la bandera no se movió.

Otros de los mahouts probaron hacerlo andar, pero sin resultado. Pasaron tres días. El elefante aún permanecía en el mismo lugar. Entonces alguien recordó que el mahout tenía un hijo, un muchachito a quien el mahout ocasionalmente le había encargado que cuidara al elefante. Aunque el muchacho vivía como a 150 kilómetros de distancia, lo mandaron a buscar.

Cuando llegó, el elefante reconoció la voz del hijo de su amo. Con sus jaeces o arreos de batalla sonando contra sus enormes flancos y siguió al muchachito, que lo condujo al hogar.

De vez en cuando nos encontramos en medio de un grupo de jóvenes que están siendo arrasados por diversas clases de pecado. La próxima vez que eso te ocurra, recuerda al elefante inmóvil. Si te quedas donde estás y mantienes flameando la bandera del Rey de reyes, algunos de tus amigos verán tu ejemplo y se animarán de nuevo. Resistirán al diablo hasta que ganen la victoria.

¡Qué clase de muchachos o niñas seríamos si resolviéramos que nunca, bajo ninguna circunstancia, recibiremos órdenes de nadie sino de nuestro Dios, o de Jesucristo, su Hijo!

EL ELEFANTE Y LA GATITA

Se cuenta una conmovedora historia sobre la amistad entre Bolívar, el gran elefante del zoológico, y una gatita extraviada. La gata, perseguida por un perro, corrió desesperada, saltó el muro, trepó por la pata del elefante y buscó refugio en su enorme lomo.

Percibiendo inmediatamente la situación, el gran animal asió al perro con su trompa y lo lanzó por encima del cerco de alambre, y luego volvió su atención a la gatita. Extendiendo su admirable trompa, la retiró de donde estaba y la colocó en el piso, frente a él. La criaturita comenzó a maullar y producir sonidos con la nariz, como suelen hacer los gatos cuando están asustados, pero Bolívar no le prestó la menor atención a eso; luego de mirarla un momento, la volvió a colocar sobre su lomo.

Desde entonces, la gata y Bolívar se hicieron grandes amigos. Antes de encontrarse con la gatita, el elefante era malhumorado y peleador, pero luego comenzó a sentir nueva alegría en la vida.

Bolívar mostraba gran interés en los juegos de la gata, y con frecuencia la acariciaba con su trompa, levantando a su compañera y colocándola en su lomo, para que se divirtiera mordiendo y arañando sus grandes orejas.

Cuando la gata quería bajar, se ponía bien cerca de la orilla del lomo y maullaba, y entonces la formidable trompa, parecida a un dedo gigante, la tomaba y la colocaba en el suelo. Un día, la gata sufrió un accidente, y después de permanecer varias horas en el lomo de Bolívar, murió. El elefante extrañó mucho su silencio; entonces, preocupado, la tomó con la trompa. Viendo que permanecía quieta, la colocaba nuevamente sobre el lomo, retirándola a cada momento de allí para ver si había revivido.

Después de algún tiempo, el cuidador retiró con cuidado la gatita muerta. Y Bolívar, al descubrir que había desaparecido, casi enloqueció. Consiguieron otra gata, pero fue en vano porque Bolívar no quiso aceptarla. Finalmente, se volvió tan malhumorado y agresivo que tuvieron que atarlo con una cadena.

El enojo de Moisés

Entre sacos de papas, cebollas, cajas de tomates, paltas, zapallos italianos, y frutas diversas, se había ocultado Moisés amurrado con su padre, dueño de una chacarería, por no haberle permitido comer una gran palta, que la imaginaba sabrosa. No podía entender Moisés, que habiendo tantas cajas con paltas, la que él deseaba comer, se la hubiera negado. Aún la tenía en la mano, pesaba sus buenos gramos, quizás unos trescientos o cuatrocientos; el color verde intenso, sin ninguna mancha, la cascara suave, algo porosa, que invitaba a sus dedos a apretarla con delicadeza, le hablaban a gritos que debía comerla. Eligió el lado a morder, y cuando sus dientes estaban por desgarrar la piel de la palta, oyó la voz de papá que lo llamaba, presuroso acudió aún con el fruto en sus manos. Sobre la mesa del comedor habían varias tostadas cubiertas a más no poder con palta preparada, su papá tomó una y se la dio a probar, Moisés la encontró deliciosa, tanto, que olvidó la que había estado a punto de comer. Su padre le explicó que prohibirle comer esa palta le habría causado un gran malestar estomacal porque no estaba madura.

Dice la Biblia, expresó Destellito rascándose la nariz, en Colosenses 3:20, “Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor”. El Señor Jesús no le ha dado la autoridad a los hijos para decidir que se debe obedecer, o no. Moisés estuvo a punto de determinar no obedecer a su papá, poniendo en riesgo su salud. La Biblia enseña que se debe obedecer a los padres, quiere decir al papá y a la mamá, en todo. Si ustedes hijos, dijo Destellito poniendo cara de consejero, tienen en su corazón agrandar a nuestro Dios, deben comenzar por obedecer a sus padres, concluyó.-

Autor: Oscar Olivares Dondero

EL EXAMEN DE SANTIAGO

Por C. L. PADDOCK

SANTIAGO estaba haciendo la carrera de ingeniero en una gran universidad, y casi había llegado el día del examen final.

Ese examen lo preocupaba mucho; de hecho, parecía preocuparlo más que a muchos de sus compañeros. Hablando con un amigo, le dijo que había estudiado afanosamente para estar listo cuando llegara la prueba.

Su amigo se rió.

-¿Tú no sabías, Santiago, que podías comprar una copia de las preguntas del examen por sólo \$5.00, las mismas preguntas que saldrán en el examen?

- ¡Pero, no puede ser! -exclamó Santiago.

-Te lo aseguro. La mayoría de los alumnos ya compraron la suya. Ya no tienen que afligirse más. Si la consigues no tienes más que estudiar las respuestas a esas preguntas y estás listo, Santiago. ¿Te gustaría conseguir un juego?

-¿Cómo las consiguieron y de quién? -preguntó Santiago.

-Yo te puedo conseguir un juego. Es un secreto y no queremos que se divulgue. Los profesores escribieron la prueba a máquina, y usaron papel carbónico para hacer una copia extra. Luego tiraron el papel carbónico al cesto. Cuando el conserje sacó el papel carbónico del cesto y descubrió que en él podía leer toda la prueba, se le ocurrió una idea. De modo que sacó a mimeógrafo una gran cantidad de copias y ahora se está haciendo su agosto vendiéndolas a los alumnos.

Eso lo dejó estupefacto a Santiago, y también lo tentó. Pero después de librarse una batalla en su corazón, triunfó lo que era recto. Decidió que, o pasaría el examen honestamente o fracasaría. Pero no sería deshonesto. Le dijo a la señora donde se alojaba que quería estar solo durante dos o tres días para estudiar para el examen. Le explicó que se iría y que no dejaría dirección. Regresaría la mañana del examen.

Encontró un lugar tranquilo y allí pasó dos días repasando el material que abarcaría en el examen. Era una verdadera lucha, porque sabía que mientras él estudiaba, muchos de sus compañeros estarían holgando despreocupadamente. Pero se alegraba de hacerlo, porque quería ser honrado.

La mañana del examen Santiago se presentó para rendir la prueba, con la satisfacción de hacerlo con una conciencia limpia. Estaba preparado. Algunos de sus compañeros lo miraron con un dejo de superioridad y hubo quienes le dijeron:

-Eres un tonto, Santiago. ¿Por qué te empeñas por ser tan particular y trabajar tanto cuando puedes evitarlo? ¿Por qué te gastas los sesos sin necesidad? ¡Eres un tonto, Santiago!

Un minuto antes de la hora de comenzar el examen, entró un profesor con papeles en la mano. Parecía estar excepcionalmente serio. Esperó a que se hiciera silencio y entonces dijo:

-Alumnos, hemos hecho un descubrimiento bastante alarmante. Alguien se ha metido donde no le correspondía y ha sacado copias de los exámenes, vendiéndolas por una pequeña suma de dinero a quienes las quisieran. Esa noticia nos tomó de sorpresa, de manera que fue preciso que varios



profesores se pasaron la noche preparando nuevas pruebas. Ahora están listas, y en cuanto las reciban, pueden comenzar a escribir.

Hubo quienes palidecieron, otros se ruborizaron y otros manifestaron sentirse muy chasqueados. Se distribuyeron los papeles del examen. Algunos alumnos intentaron escribir. Otros se levantaron y salieron; sabían que no valía la pena probar, porque no se habían preparado.

Santiago experimentó en ese momento una sensación de verdadero gozo, un sentimiento de triunfo, una desbordante felicidad, porque había sido lo bastante hombre como para ser honrado. Rindió el examen y lo aprobó con una nota sobresaliente.

· Entonces resolvió que de ahí en adelante, siempre sería justo y honrado.

EL EXTRAÑO PUFINO

Por **RICARDO BARNES**

EL PUFINO es un ave que a primera vista recuerda al pingüino. Tiene un cuerpo corto, fuerte y redondeado, de unos 40 cm de largo. El pufino también se para bien enhiesto como el pingüino. Ambos pájaros tienen una capa negra con una inflada camisa blanca.

Al mirarlo con atención, el pufino recuerda a veces a un loro. Durante la época de apareamiento el pufino tiene el pico más largo que en otras épocas, y decorado con rayas de color azul, amarillo y carmesí. Parece como si hubiera comido fresas, naranjas y uvas azules.

Durante cinco meses del año los pufinos viven en las islas y las playas rocosas de las costas del Pacífico y el Atlántico. Desde principios de marzo hasta fines de julio, se los puede ver en diversas islas. Durante los siete meses restantes se internan en el océano. Durante esos meses el pico del pufino no tiene colores brillantes. Pierde la vaina exterior del pico, de modo que le queda más chico.

En un día cálido, generalmente a principios de marzo, los pufinos aparecen en alguna isla o alguna zona rocosa de la costa. Y siguen llegando hora tras hora, y día tras día, formando grandes colonias. Durante varios

días después de su llegada, los pufinos juegan como niños, haciéndose los payasos y deslizándose por las rocas para zambullirse en el océano.

De repente deciden que ha llegado el momento de anidar. Centenares de pufinos hormiguean en la playa y en los alrededores tratando de localizar las cuevas que usaron para anidar el año anterior, o simplemente de encontrar un lugar adecuado para construir nuevos nidos.

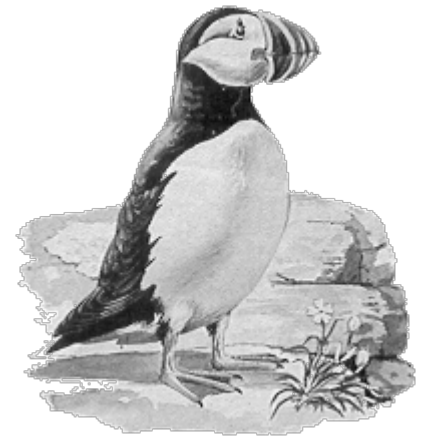
Durante los siete meses en que los pufinos están ausentes de la playa, los conejos viven en sus cuevas, pero llegada cierta época, éstos abandonan sus hogares temporarios. Esto ocurre a principios de marzo. Los que no lo hacen pagan las consecuencias, porque pronto se encuentran con pufinos que entran en las cuevas y los desalojan a picotazos.

Todos los años los pufinos hacen una limpieza general de sus casas. Rasquetean con el pico el cielo raso, las paredes el piso; luego, con sus grandes patas amarillas sacan afuera la basura.

Después que el pufino considera que su casa ha quedado inmaculadamente limpia, comienza a construir el nuevo nido. Y en esa tarea colaboran el macho y la hembra. Entre los dos acarrear ramitas, hojas, plumas y algas marinas. Luego la hembra pone un huevo grande, de color blanco, teñido de púrpura. Los dos se turnan para calentarlo y darlo vuelta. Siempre hay uno de los dos que está cuidando el huevo, excepto durante una parte especial del día, en la tarde, cuando todos los pufinos de la colonia se juntan para celebrar una reunión general durante la cual pelean, charlan y se pasean de un lado a otro, arrastrando las patas, como si anduvieran en chancletas. A cierta hora, repentinamente, todos regresan a los nidos.

Esa extraña rutina se repite durante un período de cuarenta días. Para entonces nacen los pichones. y los orgullosos padres salen a pescar todos los días, y vuelven trayendo en el pico una cantidad de pescaditos para sus hijuelos, los cuales permanecen dentro de la cueva. Como están cubiertos por un suave plumón, color castaño, están abrigados y seguros en el nido. Los padres que no están pescando, participan en las reuniones diarias de la colonia. Los pufinos son padres muy raros. Se pasan cuarenta días empollando el huevo; luego, seis semanas trayéndole al pichón todos los peces que puede comer. Cuando el pichón tiene más o menos seis semanas, y está bien gordo, los padres desaparecen repentinamente.

El pichón se queda a menudo en el nido y vive de sus reservas durante una semana. Para entonces ya está emplumado y listo para lanzarse al agua. Una noche cualquiera sale anadeando hasta llegar al borde del farallón y se deja caer en el agua, reuniéndose con sus padres en el mar abierto.



EL FLAUTÍN DE ISDRA

No había en toda la India un muchacho más feliz que Isdra cuando el misionero, Sr. Reyes, le regaló un flautín.

El Sr. Reyes tocaba la flauta, y cuando arrancaba dulces notas al instrumento, Isdra escuchaba y soñaba con muchas cosas bellas que anhelaba conocer. Pero las notas más agudas del flautín le causaban el efecto de una música marcial.

-¿Por qué te gusta más el flautín que la flauta, Isdra? -preguntó el Sr. Reyes.

-Me hace valiente -dijo Isdra, enderezando los hombros-. Me gustaría hacer algo grande. Fue así como el Sr. Reyes le regaló el flautín y le enseñó a tocarlo.

Isdra era un huerfanito que vivía con la familia del misionero. Siempre desempeñaba fielmente sus tareas y escuchaba con atención las enseñanzas que le daban, porque era un buen cristiano:

Hacía como un año que tenía su flautín. Todo minuto que le dejaban libre sus tareas, ensayaba con su instrumento. Le gustaban en especial las notas más altas y agudas, y aprendió a tocar algunos de los cantos nativos más extraños; tanto que ni siquiera el Sr. Reyes los conocía.

A veces tocaba notas tan altas y agudas que la Sra. Reyes se echaba a reír y decía:

-Isdra, me vas a destrozar los oídos.

O si no:

-Vas a despertar a la nena, Isdra-. Y si había algo que Isdra quería más que a su flautín, era a esa chiquilla de ojos azules y rizos dorados. Solía quedarse cariñosamente al lado de su cuna y dejarle oír las notas más dulces de su flautín; pero lo hacía solamente cuando sabía que la nena estaba despierta.

Pero a Isdra, como a todos los muchachos, le gustaba divertirse. Los esposos Reyes habían traído consigo a la aldea donde estaban trabajando un gato y un perro, y pronto descubrió Isdra que a ninguno de estos dos animales le gustaba la música del flautín. Cuando empezaba a tocar, la gata se estiraba perezosamente y se iba. Y el perro Rajá, levantaba la voz en un aullido agudo. Si Isdra se ponía a tocar uno de los aires hindúes chillones y llorosos, el perro salía corriendo de la casa y no se detenía hasta llegar al arrozal.

-¿Por qué huye Rajá? -preguntaba Isdra.

-Yo no sé -contestaba el Sr. Reyes-, pero a muchos perros no les agrada la música. Hay quienes piensan que su oído es tan agudo y sensible que ciertas vibraciones musicales les hacen daño.

-Yo no quiero hacer daño a Rajá -dijo Isdra-. No voy a tocar más las notas altas cuando él esté cerca.

Un día hubo mucha agitación en la aldea. Se había difundido el alarmante rumor de que un tigre cebado, es decir acostumbrado a comer seres humanos, había aparecido en el vecindario, y todos los habitantes estaban aterrorizados. Cuando Isdra oyó contar cómo la fiera tenía aterrorizada a una docena de aldeas y había matado a mucha gente, al punto que se había clausurado el camino durante semanas porque todos tenían miedo de viajar, pensó que, aunque hacía poco habían matado una fiera por el estilo debía haber otras de la misma clase.

El Sr. Reyes no creyó que el rumor fuera verídico. Puso en duda que un tigre se alejara tanto de la selva. Con todo, había que ser muy cuidadoso. Lamentó por lo tanto que él y su esposa fuesen llamados precisamente entonces a visitar a una enferma.

-Cuando vayas a buscar las vacas, Isdra -dijo el Sr. Reyes-, toma el camino más largo, el que hace un rodeo, y mantente apartado de los arrozales. Y, Marah -añadió dirigiéndose a la niñera-, deja la nena en casa hoy y no tengas miedo. Pero Marah estaba pálida de susto. También Isdra sentía temor, aunque quería ser valiente.

-Busca las vacas temprano, Isdra -dijo bondadosamente el Sr. Reyes-, y acuérdate que, en caso de peligro, Dios cuidará de nosotros y nos mostrará lo que debemos hacer.

Por la tarde, un poco más temprano que de costumbre, Isdra se fue a buscar las vacas. Siguiendo las indicaciones de su amo, tomó el camino más largo para ir al potrero. Todo estaba apacible y muy lindo. Isdra se había llevado a Rajá para tener compañía. También llevaba su flautín, que nunca lo abandonaba. Cuando iba a buscar las vacas, era para él el momento más apropiado para tocar las notas agudas que le agradaban, y por este motivo no era frecuente que llevase al perro. Pero ese día sólo tocaba música suave. Encontraba cierto consuelo en estar acompañado.

Aun cuando no hubiese tigres, siempre había enemigos que convenía vigilar, a saber, las serpientes. Por todas partes había cobras mortíferas, listas para clavar sus colmillos ponzoñosos. Pero Isdra no tenía mucho miedo de las serpientes. Estaba acostumbrado a ellas y tenía muy buenos ojos.

Rajá le ayudó a reunir las vacas y encaminarlas hacia la casa. Isdra fue perdiendo su nerviosidad. Rajá no había manifestado agitación una sola vez, como habría sucedido si hubiese habido algo amenazante. Y el perro tenía olfato tan agudo como los ojos del muchacho.

El muchacho se alegró cuando alcanzó a ver la casa. Ahora esperaba que todo fuera bien. Y seguramente que antes que llegara la noche los esposos Reyes estarían en casa.

Al acercarse pudo ver que la puerta de la casa estaba abierta. La cuna de la nena estaba cerca de la puerta de entrada, donde Merah la habría puesto probablemente para que le llegase algo de la brisa que estaba agitando las palmeras. Al dar un paso más, Isdra vio a la niñera postrada en el suelo entre la cuna y la galería. Debía estar haciendo la siesta. Pero esto era muy extraño cuando debía cuidar a la chiquita.

De repente Rajá dejó oír un gruñido sordo y se agazapó a los pies de Isdra. El pelo se le había erizado y todo su cuerpo temblaba. ¿Qué pasaba?

Isdra, sintiendo que el corazón le latía con mucha rapidez, miró en derredor suyo y lo que vio lo llenó de terror. Del arrozal cercano salía un enorme tigre, el temible tigre cebado; y se dirigía directamente hacia la casa. Entonces comprendió el muchacho lo que había sucedido.

Marah se había desmayado de miedo. ¿Qué podía hacer él?

"Dios te mostrará lo que debes hacer" fueron las palabras del Sr. Reyes que parecieron repercutir en sus oídos. No había tiempo para arrodillarse y orar. Debía colocarse entre esa nena de ojos azules y la fiera espantosa.

¿Cómo podía Dios mostrarle lo que debía hacer? ¿Cómo podía hablarle?

Tenía en su mano el flautín, y se le vino al pensamiento: "Me hará valiente".

Rajá se había acurrucado a sus pies. El tigre seguía arrastrándose hacia adelante, listo para dar el salto, agitando nerviosamente la cola y echando fuego por sus grandes ojos.

"Rajá tiene miedo del flautín" fueron las palabras que le cruzaron por la mente como provenientes de una fuente invisible. Y pensó: "¡El tigre también!" Y en ese instante arrancó del flautín una nota alta y aguda.

El tigre se quedó inmóvil, aunque siempre agazapado.

Tomando valor, e inspirando profundamente, Isdra tocó otra nota, aún más alta que la primera. La enorme fiera retrocedió un paso.

-¡Tiene miedo como Rajá! ¡Tiene miedo! -pensó con regocijo Isdra-. ¡Tiene miedo de mi flautín!

Luego, perdiendo todo temor, tocó el aire nativo más desenfrenado que conocía. Las notas iban saliendo cada vez con mayor rapidez hasta que parecían agudos chillidos. Parecía como si gritaran todos juntos los demonios.

Y luego sucedió algo extraño. La cola del tigre quedó inmóvil. En vez de conservar su postura agazapada, como para dar el salto, la fiera pareció llenarse de cobardía. Y mientras el flautín seguía tocando valientemente, el animal dio media vuelta como avergonzado, y se metió de nuevo en el arrozal. La nena se había salvado e Isdra había hecho ese "algo grande" con que había soñado durante tanto tiempo.

EL FOLLETO QUE AYUDO AL PREDICADOR

Por *Kenneth Wilson*

TOMAS caminó decididamente por el sendero que conducía a la casa de la Sra. Frazer. Con una alegre expresión de confianza, llamó a la puerta. La Sra. Frazer, que estaba mirando a través del visillo, por la ventana del frente, se preguntó cuando lo vio entrar qué misión traería a ese desconocido hasta su casa. Cuando el jovencito llamó, ella abrió la puerta.

-¡Buenas tardes! -la saludó Tomás con una sonrisa amable-. Estoy vendiendo estos buenos libros a mis vecinos -explicó, levantando cuatro libros encuadernados en rústica, en colores, y añadió:

-Estos libros contienen un mensaje maravilloso y el juego cuesta sólo un peso. (Esto ocurrió hace años, en el tiempo cuando una vez por año, los muchachos y las chicas, y también las personas mayores, vendían libros para la Semana Grande.)

-Pero yo ya tengo muchos libros para leer -objetó la Sra. Frazer-. No necesito más.

-Bueno, entonces -insistió el joven vendedor-, permítame que le ofrezca este folleto.

-¡Oh, también tengo muchos folletos!

-Pero éste es diferente. Tenga la bondad, señora, recíbalo.

-Le diré lo que haré. Únicamente para complacerlo, recibiré el folleto y además lo leeré para ver por qué piensa que es tan importante -dijo, y lo recibió.

Tomás le agradeció cortésmente y luego se fue. No tenía la menor idea de la maravillosa cadena de acontecimientos que esa visita iniciaría.

La Sra. Frazer sabía que su esposo, que era ministro de una iglesia popular, no aprobaría su decisión de leer un folleto publicado por otra denominación, pero algo la había inducido a aceptarlo, y lo que es más, había prometido leerlo, sin realmente entender por qué lo había hecho. Y como lo había prometido, ahora debía cumplirlo.

De modo que se sentó, y leyó de principio a fin el folleto que acababa de recibir, de la serie La Verdad Presente. El mensaje que ese folleto presentaba, conmovió su corazón. No se discutía en él ninguna doctrina religiosa, sino que se hacía un ferviente llamado a una vida moral sana y sencilla, y lo que allí decía estaba basado en la Biblia. La Sra. Frazer no sabía que el folleto era editado por los adventistas. Cuando el Sr. Frazer regresó a la casa, la señora le contó que había encontrado un material muy bueno para sus sermones.

-¿Qué quieres decir con eso de que has encontrado un material muy bueno para mis sermones?

-Mira, está en este folleto que hoy me dio un muchacho -dijo la Sra. Frazer y le mostró el folleto a su esposo-. Nunca te he oído a ti ni a ninguno de nuestros ministros predicar sobre este tema, y es algo que la gente necesita oír.

-Tú no debieras leer folletos que se reparten por ahí -la reprochó su esposo, el ministro-. Dámelo.

El Sr. Frazer tomó el folleto, lo leyó, y le gustó. El próximo domingo, cuando predicó a su congregación, basó su sermón en el contenido de ese folleto. Y eso no fue todo. Escribió luego a los editores y les pidió que, si tenían, le mandaran más material como ése. Llegaron mis folletos de la serie La Verdad Presente, y él los leyó, y también los usó para sus sermones. Naturalmente, para cerciorarse de que todo lo que el folleto decía estaba bien, siempre lo verificaba muy cuidadosamente con su Biblia. Pero algunos de sus feligreses no tardaron en darse cuenta de las nuevas y extrañas ideas que se estaban presentando desde el púlpito de su propia iglesia, y antes de mucho se lo llamó ante un concilio donde se lo acusó de predicar "adventismo".

Mientras tanto la Sra. Frazer estaba leyendo cuidadosamente algunas publicaciones que desde hacía mucho tiempo tenían en la casa, pero a las cuales nunca les habían prestado mayor atención. La biblioteca de su esposo estaba llena de libros, y su escritorio tenía pilas de folletos y revistas publicados



por su propia denominación, y la Sra. Frazer comenzó ahora a estudiarlos y a compararlos con las Escrituras y como resultado, empezó a descubrir que algunas de las doctrinas que se presentaban en esas publicaciones no estaban de acuerdo con la Biblia. Y algunas, hasta se oponían a las Sagradas Escrituras. El Sr. Frazer ignoraba que su esposa estaba llevando a cabo esa investigación. Cierta día la Sra. Frazer le hizo una pregunta a su esposo concerniente a una de las doctrinas de su iglesia.

-No estoy seguro acerca de eso -le contestó él.

¿Quieres decir que tú no sabes lo que nuestra iglesia enseña al respecto? -le reprochó su esposa-. Yo me avergonzaría de admitir que habiendo sido ministro durante veinte años, no sé lo que hay en nuestros propios libros.

El resultado de esa conversación fue que el ministro, que era sincero, siguió el ejemplo de su esposa y comenzó a comparar las doctrinas de su iglesia con la Biblia. Y al igual que su esposa él también descubrió inconsistencias y contradicciones. Pero sintió que era su deber predicar los hechos así como los encontraba en la Biblia. Por esa razón se lo llamó ante el concilio para dar cuenta de su proceder. Pero como él estaba seguro de su posición, no tenía la menor intención de retroceder. No queriendo perder a un buen obrero, sus superiores lo dejaron al frente de la iglesia, pero con la recomendación de que ajustara su predicación a las normas denominacionales.

Con el transcurso de las semanas, y a medida que continuaban estudiando, los Frazer se convencieron aún más de que la iglesia a la cual pertenecían no seguía la Biblia. Resolvieron pues pedir que se los borrara de la lista de miembros. Vivieron entonces un largo período de incertidumbre. Domingo tras domingo, el ministro y su esposa, que ahora no pertenecían a ninguna iglesia, asistían a diferentes iglesias, esperando constantemente encontrar una que siguiera fielmente la Palabra de Dios.

Una noche el Sr. Frazer notó que en un terreno baldío se había levantado una gran carpa. Deteniéndose frente a la misma leyó los carteles en los cuales se anunciaba el comienzo de una serie de reuniones religiosas. Tomó también un volante que un joven le ofreció. Luego se dirigió a su casa, determinado a asistir a las reuniones desde el mismo comienzo.

-Tú no irás a esa carpa de reavivamiento de esos fanáticos, ¿no es cierto? -quiso saber la Sra. Frazer-. ¿Qué denominación la patrocina?

-Yo no sé -dijo el Sr. Frazer-, pero iré. Si ellos tienen la verdad, yo la quiero. Si ellos no siguen la Biblia, lo sabré, y no tendré nada más que ver con ellos.

Y así fue como noche tras noche, con la Biblia en la mano, el Sr. y la Sra. Frazer se sentaban en las primeras hileras de asientos de la carpa. Y día tras día estudiaban cuidadosamente y con oración las verdades que escuchaban. Y siempre encontraban que la Biblia apoyaba lo que el predicador presentaba.

Y como ocurre siempre en las reuniones de evangelización de los adventistas del séptimo día, ocurrió también en esa oportunidad, y a su debido tiempo, surgió la verdad del sábado. Al principio el Sr. Frazer se enfureció al pensar que había sido engañado durante tanto tiempo por el que ahora había venido a descubrir que era un "predicador adventista". Pero cuando la Biblia continuó verificando los temas que se presentaban, su furia se tornó en confusión.

-Escúchame, Juan Frazer -le dijo una noche su esposa-. No tengo la menor intención de que ese predicador me haga una "adventista". ¡Para mí se acabó!

-Alicia, querida -respondió con toda calma el Sr. Frazer-, yo sé que todo esto es muy desconcertante. Pero recuerda, nosotros dejamos una iglesia porque creíamos que no seguía la Biblia. Durante meses hemos estado buscando una iglesia cuyas enseñanzas se funden en las Escrituras. Hasta este momento no hemos encontrado un solo punto en el cual este predicador "adventista" haya estado en desacuerdo con la Biblia. Venga lo que viniere, me he propuesto seguirlo mientras él se mantenga de parte de la Palabra de Dios.

Después de quedar pensando un momento, en silencio, su esposa le dijo:

-Tienes razón, Juan. Te acompañaré.

De una decisión como ésta, sólo podía esperarse un resultado. Los Frazer fueron bautizados y llegaron a ser miembros de la iglesia remanente de Dios.

Algunos años después les tocó asistir a un servicio de graduación de una de nuestras grandes escuelas secundarias. Allí, para su sorpresa, la Sra. Frazer reconoció al muchacho que le había llevado el folleto de la serie La Verdad Presente. Después del servicio de graduación, ella fue a saludarlo, pero el joven no

la recordaba, y casi se había olvidado del incidente. Pero experimentó una gran alegría cuando se enteró de las cosas buenas que habían ocurrido como resultado del folleto que él le entregara a esa señora, cuando él tenía doce años.

EL GATITO SIN OJOS

Una noche pasó algo interesante en casa de Ana. Cuando despertó por la mañana, encontró cinco gatitos en el cajón donde siempre dormía la gata. Habían nacido durante la noche, y Ana saltaba de alegría al verlos.

Entre los cinco gatitos, había uno blanco; ¡blanco como la nieve!

-Este será mío -dijo Ana, y lo tomó en brazos y le hizo cariños.

Entonces Ana se dio cuenta de que algo raro le pasaba al gatito.

-¡Mamita! -dijo con los ojos llenos de lágrimas-, ¡este gatito no tiene ojos! ¡No puede ver! ¿Cómo va a jugar conmigo si está ciego? Y cuando sea grande, no podrá cazar ratones. ¡Pobrecito!

La mamá consoló a su hijita.

-Espérate, mi linda Ana -dijo-. El gatito es muy chico todavía. En unos días va a abrir los ojos.

Ana esperaba. Todos los días examinaba a su gatito para ver si había abierto los ojos. Pasó más de una semana, y entonces un día, al llegar al cajón, gritó:

-¡Mamá! ¡Mamááááá! ¡Mi gatito está mirando! ¡Ya puede abrir los ojos!

Y de puro gozo, Ana besó a su gatito blanco.

JESÚS SANA A UN CIEGO

Había un ciego que se sentaba junto al camino a pedir limosnas.

Lindas mariposas volaban cerca de él, pero no las veía. No tenía idea de que a su lado crecían hermosas flores, de diferentes colores. Jamás había visto las hojas de los árboles y las piedras junto al camino.

Pero el ciego tenía buen oído y sabía hablar. Cuando oía que venía gente, gritaba y pedía limosnas. Un día pensó que era un grupo de muchachos de alguna escuela que pasaba por su lado.

¡Tanto alboroto! ¿Qué pasa? se preguntó.

Alguien le dijo que era Jesús de Nazaret que venía por el camino. Lo acompañaban sus discípulos y mucha gente. El ciego, que había oído hablar acerca de Jesús, se puso nervioso. Su corazón palpitaba muy fuerte, y con todas sus fuerzas empezó a gritar: "¡Jesús! ¡Jesús!"

Cuando le dijeron que se callara, gritó más fuerte todavía: "¡J E S Ú S!"

El gran Maestro se detuvo. ¿Qué quería el hombre que gritaba? Le dijeron que era un ciego. Entonces Jesús dijo que lo trajeran adonde Él estaba. Y fue así que el ciego pudo conversar con Jesús.

"Veo que tienes fe -le dijo Jesús-. ¡Recibe la vista!"

Del mismo modo que el gatito de Ana abrió los ojos, lo hizo el ciego. ¡Y vio! Primero vio a Jesús y después a toda la gente. Flores, piedras, y hojas... ¡todo lo pudo ver!

Estaba tan contento que no pudo quedarse quieto. Saltando y gritando dio gracias a Jesús. -Adaptado LEE ESTA HISTORIA EN MARCOS 10:46-52.

EL GATO PERDIDO

Mehmet Tunc miró por todas partes, mientras sacudía la cabeza. Su familia se había dispersado y todos estaban buscando al gato.

-Minosch, ¿dónde estás? Aquí, michi, michi, michi.

La familia Tunc acababa de viajar desde la isla de Sylt, en el norte de Alemania, donde trabajaba Mehmet Tunc. Habían decidido tomarse unas cortas vacaciones en Turquía, su tierra natal. Su gato, Minosch, había viajado con ellos. Todo iba bien hasta que alguien dejó salir al gato. Minosch desapareció inmediatamente, en aquel mundo de gente que se movía en la frontera turca.

La familia Tunc lo buscó todo lo que pudo, pero sabían que debían seguir su viaje. Sintiéndose abatidos, continuaron su viaje dentro de Turquía, donde pasaron un par de semanas visitando a sus familiares y amigos. El tiempo pasó rápidamente, y pronto tuvieron que volver a Alemania. La casa se sentía un poco vacía sin su mascota.

Unos dos meses después de que se perdiera Minosch, la familia oyó un débil rasguño en la puerta. Parecía un animal. Cuando abrieron la puerta, ¡allí estaba Minosch!, cansado y débil, pero feliz de estar en casa. El gato había viajado una gran distancia, 2.400 kilómetros. ¡Tantas eran sus ganas de estar en casa!

¿Cuántas ganas tienes tú de ir a casa? ¿Estás dispuesto a hacer un largo viaje, para reunirte con la familia de Dios? Recuerda, este mundo es nuestro hogar lejos del hogar. Dios ha prometido que un día él nos llevará a vivir para siempre con él. “Pero, según su promesa, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia”.

Por Helen Lee Robinson

EL GLOBO ROTO

Alberto tomó algunos guijarros y comenzó a tirárselos a unos estorninos que se habían posado en la línea telefónica. Tenía cuidado de no quebrar los vidrios de las ventanas de la Sra. Méndez, pero tenía mala puntería, y los pájaros seguían en el alambre.

Estaba decidido a dar en el blanco. Finalmente arrojó una piedra más grande que todas sus fuerzas, pero no dio en el blanco de los pájaros sino en la ventana. La Sra. Méndez salió corriendo de la casa.

-¡Alberto, mira lo que has hecho!- dijo enojada.

-Lo siento - se disculpó Alberto- Le pagaré el vidrio ¿Cuánto me costará?

-Por lo menos 40 dólares.

-Pero tengo solamente 8 dólares- dijo el niño.

-Bueno en ese caso no tendrás que pagar nada. Yo misma repondré el vidrio- dijo la Sra. Méndez- te perdonaré esta vez.

-¡Muchas gracias!- contestó Alberto sonriendo.

Alberto regresó a su casa y descubrió que su hermanita Rut estaba jugando con su globo grande. Justo cuando entraba, el globo se reventó.

-¡Mira lo que has hecho!- gritó enojado- Tendrás que pagar 25 centavos que cuestan. Rut comenzó a lloriquear y dijo que solo tenía 10 centavos.

-Entonces dame los 10 centavos - gruñó Alberto- Pero todavía me debes 15 centavos.

Rut fue a su recámara a buscar los 10 centavos y regresó reclamando a gritos. La Sra. Méndez estaba en el patio recogiendo los vidrios de la ventana roía.

-¿Qué sucede Rut?- preguntó la Sra.

-Rompí el globo de Alberto y él se quedó con mis 10 centavos.

La Sra. Méndez se enojó mucho. Fue a casa de Alberto y le dijo:

-Joven, he cambiado de idea acerca de los 40 dólares que costará reparar la ventana. Ahora tendrás que pagar por el daño. No puedo creer que después de estar yo dispuesta a perdonarte los 40 dólares, no quisiste perdonar los 25 centavos a Rut. No mereces ser perdonado. Dios ha manifestado misericordia con nosotros. Después de habernos perdonado por todas las cosas malas que hemos hecho, ¿no deberíamos estar dispuestos a tener misericordia con quienes hacen cosas malas contra nosotros?

EL GRUPO RAYOS DE SOL

¿Qué vas a hacer esta tarde? -me preguntó mi amigo a la salida de la iglesia.

Me encogí de hombros.

-No lo sé... Quizá dormir una siesta o algo así.

-¿Por qué no vienes con nosotros al hospital?

-¿Al hospital? ¿Para qué?

-Lo llamamos Grupo Rayos de Sol -me dijo-. Vamos por los pasillos y cantamos para los pacientes. Parece gustarles. Estás invitada.

Estuve de acuerdo en ir, y así fue como terminé yendo al hospital ese sábado de tarde. No estaba segura de cómo resultaría esa experiencia. Nunca me había sentido cómoda en un hospital, y cantar no era mi punto fuerte.

Entramos, y nos paramos a lo largo de un pasillo. Las puertas de las habitaciones de los pacientes estaban abiertas. Nuestro líder había traído una guitarra, y comenzó a tocar unos acordes. Pronto, estábamos cantando un canto tras otro. Las enfermeras nos sonreían, y a veces sacaban a los pacientes al pasillo en sillas de ruedas, para que nos vieran.

Después de cantar varias canciones, nos separamos y entramos en las habitaciones, para orar con los pacientes. Ellos estaban felices de vernos.

-Vuelvan pronto -nos pedían.

Y yo decidí ir con el Grupo Rayos de Sol todas las veces que pudiera.

Quizá te gustaría intentarlo algún día. Forma un grupo en tu iglesia; o quizá quieras hacerlo con tu familia. Visita un hogar geriátrico o un hospital. Esparce los rayos del Sol de justicia. Como dijo Jesús: "Necesité ropa, y me vistieron; estuve enfermo, y me atendieron; estuve en la cárcel, y me visitaron".

Por Helen Lee Robinson

EL GUARDAVÍAS Y SU HIJO

Jacobo Teemann era guardavías del ferrocarril del este de Tennessee y tenía la responsabilidad de vigilar especialmente el gran puente de Hiawassee, que distaba unos cien pasos de su hogar. La casita misma estaba situada en un desfiladero por donde pasaba dicho ferrocarril, constituido por una línea doble que corría por entre su domicilio y una colina. Hacía una semana que llovía, y a causa de la excesiva humedad la tierra se había vuelto movediza.

-Hoy ocurrió un nuevo desmoronamiento de tierra un poco abajo de Sweertwater -dijo Jacobo a su hijo Roberto, un muchacho de trece años que estaba junto al fogón y se hallaba ocupado en tallar una raqueta. Jacobo era viudo, y su Robertito tenía que atender los quehaceres domésticos, que realizaba, sin embargo, de un modo tan poco satisfactorio que su padre muchas veces sentía la necesidad de contar con un ama de casa.

-Esas colinas rojas de Tennessee no tienen igual cuando comienzan a derrumbarse -dijo Roberto, y mostrando la raqueta preguntó:

-¿No te parece que está bien, papá?

-Pienso que sí -respondió lacónicamente el padre mientras se dirigía a la puerta para observar el tiempo. La perspectiva de esa noche no era muy animadora. El firmamento estaba envuelto en una densa oscuridad a través de la cual caía una lluvia fina. Del lado del puente venía un rumor sordo como si el viento y las aguas del río se hubiesen trabado en lucha. El río ya había traspasado las márgenes, anegando todo el bajo en la extensión de un kilómetro y medio.

Pensativo, Jacobo cerró la puerta y se sentó junto al fogón. En seguida se oyó un ruido extraño y crujiente que provenía de la colina de enfrente.

-¿Qué será eso? Voy a ver que... -estaba diciendo Jacobo, pero no pudo terminar la frase.

El ruido sordo terminó en un estampido violento. Algo golpeó de frente contra la casa y la aplastó como a una cáscara de huevo. La luz se apagó. Jacobo hizo un esfuerzo por levantarse, pero fue empujado hacia abajo de la mesa, donde quedó preso entre los fragmentos que crujían. Cuando cesaron los golpes y el estrépito, sintió, además de otras contusiones, un dolor punzante en la pierna derecha. La oscuridad era completa y la lluvia le hería la cara.

-¿Dónde estás, papá? ¿Estás herido? -preguntó la voz temerosa y afligida de Robertito.

-Pienso que tengo una pierna fracturada. Tal vez esté solamente dislocada. Ya el mes pasado le advertí al jefe de tráfico que esta colina tarde o temprano se iba a desmoronar -gimió Jacobo.

-¿Eres tú el que estás aquí, papá? -dijo el muchacho que se hallaba ahora junto a él.

-Me imaginé que estabas herido, porque te oí gemir.

-Sí, soy yo, hijo mío; si puedes remover un poco este montón tal vez pueda zafarme de aquí. La vía debe estar obstruida en una gran extensión. Fue un alud de tierra, y uno importante.

-Bien, papá, trataré primero de librarte, y después veremos, -dijo el muchacho empleando todas sus fuerzas para remover el montón de tierra y escombros.

-Pues bien, hijo mío, ya es bastante; pienso que ahora con un poco de esfuerzo podré zafarme, pero no debe tardar el tren expreso N° 4, que parte de Laudon a las 23:15. Consulté el reloj poco antes del derrumbamiento, y eran justamente las 22:30.

-¿No podemos hacer señales? -preguntó Roberto.

-Temo que no. Estoy casi seguro de que las linternas estarán rotas, y además, ¿cómo sería posible hallarlas debajo de este montón de escombros? ¿Sabes dónde están los fósforos? No tengo ninguno conmigo. No se podían encontrar los fósforos ni las linternas. Todo estaba probablemente enterrado. Era de admirar que Jacobo Teemann y su hijo no estuviesen enterrados también.

-¡Ah, Dios mío! ¿Por qué teníamos que ser reducidos a una condición tan deplorable? -exclamó Jacobo.

Con la ayuda de su hijo, Jacobo había conseguido salir de debajo de la mesa, pero no podía andar.

-Estoy completamente molido. Tendrás que ir tú mismo hasta allá, Roberto -dijo él.

-Hasta... ¿hasta dónde papá?

-Hasta Laudon. Alguien tiene que ir allá para comunicar lo que ha ocurrido. ¿No acabo de decir que el expreso está por llegar? No podemos permitir que se estrelle contra esta montaña de tierra mientras uno de nosotros pueda arrastrarse.

-Pero, ¿quién podrá cruzar sin linterna el gran puente de durmientes, papá?

-Tienes que tantear el camino, Roberto -dijo el padre, que había resuelto mandar al niño a Laudon, aunque con gran riesgo de su vida. "¡Oh Dios, perdóname que mande al niño!", se decía angustiado el padre.

-Es difícil, Roberto, pero no hay nadie que pueda hacer parar el tren, pues somos los únicos que estamos de este lado del puente en un kilómetro y medio a la redonda.

Roberto vaciló un instante. ¿Era justo que dejase a su padre, herido y solo, para tratar de salvar a otros? Pero Jacobo puso rápido fin a esas vacilaciones.

-No hay tiempo que perder si quieres llegar a Laudon a tiempo. Son muchas las vidas que están en juego.

-Ya voy, papá.

Roberto tomó la mano de su padre, la apretó y se retiró después conteniendo un sollozo que traspasó el corazón de Jacobo.

-Dios mío, perdóname si hago mal, pero en las condiciones en que me encuentro, sería imposible para mí llegar a tiempo -suspiró Jacobo.

Cuando Roberto trepó por encima del montículo de tierra que obstruía la vía, se convenció de que el padre tenía razón. Era necesario llegar a Laudon costara lo que costase. Si el tren se estrellaba contra esa montaña de tierra, muchos perderían la vida. La oscuridad era tan densa que Roberto sólo se podía mantener en la vía andando a tientas. Palpando los rieles, Roberto fue avanzando poco a poco hasta que una ráfaga de viento, de abajo, le hizo comprender que estaba sobre el puente. Era necesario pasarlo a gatas, y al mismo tiempo con rapidez, porque al cabo de pocos minutos llegaría el tren.

¿Llegaría a Laudon antes que el expreso? Esa preocupación lo afligía todavía más que el miedo que le infundía su difícil empresa. Troncos de madera arrastrados por la corriente chocaban de vez en cuando contra los pilares del puente, haciendo estremecer toda la estructura. Como el río se había desbordado, venían troncos de árboles y otros objetos de todas las direcciones procurando pasar justamente allí donde el puente les obstruía el paso.

¿Qué sucedería si alguna balsa deshecha viniese a dar contra los pilares y destruyera el puente? Roberto no tenía tiempo para pensar en la posibilidad de semejante peligro, pues concentraba su atención en avanzar lo más rápidamente posible para alcanzar el tren.

Finalmente había traspuesto el puente principal, y le faltaba atravesar un trecho de construcción de madera del otro lado del mismo, por debajo del cual las aguas bramaban, despedazándose en la oscura profundidad. Las fuerzas de Roberto comenzaron a disminuir.

Si no lograba cruzar esa extensa construcción de madera, no sólo no podría dar el aviso de alarma, sino que él mismo sería aplastado por el tren.

De repente sintió un choque inusitadamente violento, como de un objeto de gran peso que hubiese dado contra los durmientes.

Toda la construcción crujió detrás de él, pero no tenía tiempo para pensar en la posible causa de ese estruendo, y mucho menos para tratar de averiguarla. Ese incidente más bien lo indujo a empeñar sus últimas fuerzas. Debía llegar a tiempo a la estación, de lo contrario estaría todo perdido.

Entre tanto, el padre de Roberto permaneció durante algún tiempo acostado, pensando en lo que había sucedido.

Después se irguió con dificultad y observó a través de la oscuridad en dirección de las aguas que rugían, hasta que los ojos le comenzaron a arder. Era como tratar de ver a través de una muralla de piedra. La densa oscuridad lo hizo estremecer cuando pensó en los terribles obstáculos que debían oponerse a Roberto en el camino. Pensó en lo joven que era, en los horrores de aquella noche terriblemente lúgubre, y en todo lo que podía sucederle a su hijo y frustrar su tentativa.

Esta ansiedad de espíritu en que se encontraba Jacobo se volvió finalmente insoportable. Luego se empezó a recriminar por haber obligado al niño a realizar algo tan peligroso. Por fin, el deseo de ver seguro a su hijo tal vez llegó a exceder al cuidado por la salvación de otros.

Dominado por estos sentimientos de angustia, Jacobo trató de arrastrarse hasta la vía, donde comenzó a vagar, sin rumbo, palpando entre los rieles, lo que, a pesar del dolor que sentía en la pierna, contribuía de alguna manera a calmar la tempestad que se había desencadenado en su espíritu. Según calculaba, hacía bastante tiempo que Roberto había partido. ¿Habría llegado allá con seguridad?

Mientras Jacobo se iba arrastrando hacia adelante, con este pensamiento torturante, vio de repente una gran luz que surgía de la curva que quedaba más acá de Laudon y que avanzaba hacia donde él se encontraba.

-¡Dios mío, el expreso! Es el tren, -exclamó con gran angustia, olvidándose, con el espanto, de todos sus dolores...

¿Dónde estaría el niño? Quizás Roberto no había llegado a tiempo a la estación. ¿Qué habría sido de él? Y, ¿cuál sería la suerte del tren que se aproximaba? Con este cruel pensamiento el pobre Jacobo se fue arrastrando hacia adelante, palpando un durmiente tras otro hasta que, de repente, su mano palpó... el vacío.

Le costó mucho mantener el equilibrio.

Con gran precaución repitió la operación, y un escalofrío recorrió su espalda. Evidentemente una parte del puente había sido arrastrada por el torrente.

-Serán los objetos flotantes los que causaron esto. Y ahí viene el tren. ¿Cuál habrá sido la suerte del niño? - dijo Jacobo, temblando de frío.

Como un desesperado, el padre, tendido sobre los durmientes húmedos, y torturado por el dolor, levantaba las manos trémulas exclamando: "¡Hijo mío! ¡Mi hijo Roberto!" Fue todo lo que pudo decir, mientras el corazón amenazaba con partirse. El tren, con sus grandes ojos de fuego, se venía acercando, y allí estaba él sobre los rieles sin poder hacer nada. Toda tentativa de lanzar un grito de alarma fue inútil. Mientras el ruido de la locomotora y el rumor de las aguas en la profundidad le penetraban hasta el alma, pareció ver delante de sus ojos centenares de luces danzando en torno de él y burlándose de su angustia; de repente, un vértigo lo hizo caer en un silencio profundo.

-¡Papá! ¡Papá! ¿No hay quién pueda hacerlo volver a la vida? ¿Cómo habrá caído él aquí abajo? -

Tranquilízate, niño, él pronto volverá en sí. Puedo percibir los latidos de su corazón. Cuando Jacobo Teemann abrió los ojos, su primera pregunta fue: "¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Roberto?" Pero Roberto ya se había arrojado a los brazos de su padre y no encontraba palabras para expresar su alegría por haberlo reencontrado. Entonces el guardavías preguntó acerca del tren.

-Llegué justamente a tiempo a la estación de Laudon, papá. Al hablarles entonces del derrumbe de tierra y de tu condición, estos hombres me pusieron en la locomotora y vinieron hasta aquí a fin de conocer la situación. Yo les dije que una parte del puente debía haberse caído detrás de mí, porque tal fue la sensación que me produjo el estremecimiento causado por el choque que oí cuando cruzó el puente. Así pues, tomamos el bote del jefe de la estación y llegamos justamente aquí donde te encontramos tendido sobre los durmientes. ¿No sucedió todo maravillosamente, papá? -le dijo Roberto.

Los empleados del ferrocarril pusieron a Jacobo y a su pequeño salvador en la locomotora, y cinco minutos después estaban en la estación de Laudon, rodeados de una gran multitud de pasajeros curiosos y agradecidos. No se necesita añadir que no faltaron en esa ocasión las atenciones de parte de los agradecidos pasajeros, y que durante ese imprevisto tiempo de espera, Robertito fue festejado como el héroe del día.

El deber cumplido, como toda victoria, es tanto más glorioso cuanto más ha costado.

EL HERMANITO PERDIDO

Por *Elena Welch*

-¡MAMA, no te aflijas! -exclamó Amelia-. ¡No sigas tratándome como a un bebé! Yo puedo cuidar de Carlitos. Ya soy grande.

-Sé que eres grande, querida -dijo la madre, y en Su voz se advertía preocupación-. Es que no quiero que pase nada.

-No pasará nada.

La madre sonó ante la actitud decidida de su hija.

-Está bien, querida -dijo y la besó-. Sólo ten cuidado de vigilar a tu hermanito continuamente para que no vaya donde no debe.

-Muy bien.

-Si llegara a pasar algo, puedes llamarme a la casa de la Sra. Bertón.

-Está bien -respondió Amelia un poco impaciente.

Al llegar a la puerta, la madre se detuvo nuevamente.

-Si tan sólo hubiera podido conseguir la niñera -murmuró; pero advirtiendo la expresión en la cara de su hija, le tiró un beso con la mano y cerró la puerta.

¡Cuándo comenzaría la mamá a confiar en ella! "¡Tú crees que soy una niñita de dos años!" murmuró Amelia. "¡Yo puedo cuidar de Carlitos!" Luego se arrodilló al lado de su hermanito, que estaba sentado en la alfombra de la sala jugando con unos cubos. Carlitos trató de añadir otro cubo a la pila, pero ésta se cayó y los cubos se esparcieron por el suelo. Carlitos hizo pucheros.

-No seas llorón -le dijo sonriente Amelia y comenzó a construir la pila de nuevo. Y así siguieron jugando.

Unos minutos más tarde fueron interrumpidos por una llamada a la puerta.

-¿Quién es? -preguntó Amelia.

-Soy yo, Nancy.

Amelia corrió a la puerta para hacer pasar a su mejor amiga.

-¡Tendrías que ver la nueva casa de muñecas que papá me trajo! ¡Ven a mi casa! -dijo Nancy tirándola de la manga a Amelia.

-¡Una casa de muñecas nueva! ¿Con todo? Voy... -Pero repentinamente Amelia recordó algo-. ¡No puedo! Tengo que cuidar a Carlitos.

Y añadió con un aire de importancia:

-Mamá no está y yo estoy encargada de mi hermanito.

-¿No puedes venir aunque sea por un minuto?

Amelia se moría de ganas de ver la casa de muñecas, pero sacudió la cabeza.



-No puedo.

-¿Por qué no llevas también a Carlitos? Estaremos en el patio de atrás y allí lo puedes vigilar.

A Amelia se le iluminó el rostro.

-¡Esa es una gran idea! Espera un minuto que nos pondremos los abrigos.

Unos minutos más tarde los tres niños se habían instalado en el patio de Nancy. Carlitos se entretenía mirando una mariposa que volaba de flor en flor, mientras las dos niñas estaban admirando la nueva casa de muñecas. Cuando Carlitos comenzó a correr detrás de la mariposa, Amelia levantó la vista:

-Carlitos, quédate aquí, en el patio -fue la orden firme que le dio. El se dejó caer sobre el césped.

De vez en cuando Amelia recordaba echar una mirada para ver dónde estaba su hermano. Se sentía orgullosa de que estuviera cuidándolo tan bien. Pero después de un rato se interesó tanto en la casita que se olvidó de Carlitos.

Cuando recordó de mirarlo de nuevo, no estaba donde esperaba que estuviera. Le pasó un escalofrío por el cuerpo, y el corazón le comenzó a latir con violencia. De un salto se puso de pie.

-¡Carlitos! ¡Carlitos! -comenzó a llamar. Salió del patio y fue a mirar a la calle. Carlitos había desaparecido.

-¡Carlitos! -volvió a llamar. ¿Dónde podría estar? ¿Qué le habría pasado?

-Quizás se fue a tu casa -sugirió Nancy.

Amelia corrió a su casa. ¡Tenía que encontrarlo!

-¡Ojalá, ojalá que esté allí! Carlitos no estaba en la casa. Descendió de nuevo por los escalones del frente. ¿Qué haría? ¿Y si le había ocurrido algo? ¡Tal vez se había lastimado o lo habían robado! Se estremeció.

-¿Qué le diré a mamá? Amelia buscó por todos los lugares en que pudo pensar. ¿Dónde se habría ido? Dio vuelta a la manzana corriendo, y con cada paso que daba aumentaba en ella el temor que la embargaba. ¡Tenía que encontrarlo!

Cuando Amelia regresó a la casa estaba casi llorando.

-¡Si tan sólo no hubiera ido a la casa de al lado para jugar con Nancy!

Pero era muy tarde para decir lo que debiera haber hecho.

-Mamá nunca más me tendrá confianza, y si le pasa algo a Carlitos, será todo por mi culpa.

Amelia se sentía mal. ¡Si a lo menos hubiera vigilado a Carlitos!

La Sra. García, que vivía en frente, venía hacia la casa de Amelia. Amelia levantó la vista. ¿Quién era ese muchachito que la acompañaba? ¡Era Carlitos! Amelia casi se puso a reír a carcajadas cuando salió corriendo a su encuentro.

-¡Carlitos! ¡Carlitos! Era todo lo que podía decir mientras lo apretaba. Carlitos se escurrió de sus brazos.

La Sra. García sonrió.

-Lo vi persiguiendo una mariposa por la calle -explicó-. Yo sé que la mamá no lo deja cruzar solo la calle de modo que fui corriendo y lo recogí. Luego lo llevé adentro para darle un poco de limonada.

-Gracias -dijo Amelia y sintió que le ardía la cara bajo la mirada de la Sra. García-. Yo tendría que haber estado cuidándolo.

Un poco más tarde, cuando la mamá regresó a la casa, Amelia no sabía cómo explicarle lo que había ocurrido. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía que tendría que contárselo a su madre. De modo que entre sollozos lo hizo tan rápido como pudo. La madre la rodeó con sus brazos.

-Mi pobre niña -murmuro-. ¡Qué terrible debe haber sido eso para ti!

Al oír la cariñosa voz de su madre, Amelia lloró aún más fuerte.

-Lo siento. Ahora nunca más confiarás en mi.

-¡Claro que confiaré, querida! Esto te ha enseñado una buena lección. Cuando tienes un trabajo que hacer, especialmente uno que es tan importante como cuidar de tu hermano, debes hacerlo lo mejor que puedas y no irte a hacer alguna otra cosa.

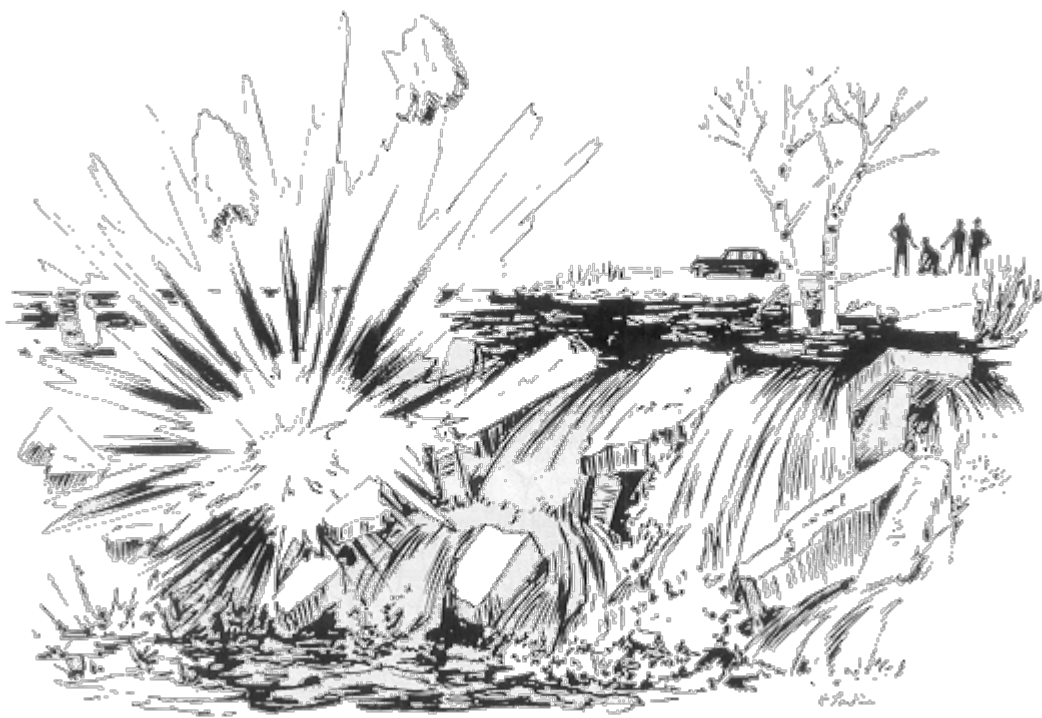
-¡No lo haré más! ¡Nunca más! Te lo prometo.

Amelia se refugió en los brazos de su madre y se propuso que cuando le diera otra oportunidad, cuidaría de Carlitos tan bien que la mamá se sentiría orgullosa de ella. Haría cualquier trabajo que se le encargara tan rápidamente y tan bien como pudiera. ¡Por cierto que había aprendido la lección!

EL HIELO VOLADOR

Por **Joyce Cassano**

ERA primavera cuando Felisa fue a visitar a su prima Genoveva y a sus tíos. Las primas no se habían visto durante todo el invierno, de modo que esa primera mañana tenían muchísimas cosas de las cuales hablar. A mediodía las niñas comenzaron a buscar alguna otra cosa para hacer. Genoveva se dirigió al ventanal de la sala, y Felisa la siguió. Allí las chicas se quedaron contemplando las lagunitas cenagosas que formaba la nieve sucia. Una bandada de pájaros se había acurrucado en los hilos de teléfono después de volver de su migración.



-¡Qué lindo es saber que después de un invierno largo y riguroso llegó la primavera, y va a seguir el verano! -comentó Felisa.

Genoveva suspiró:

-Sí, pero el viento que sopla es muy frío para que podamos ir afuera a jugar, y además, todo está muy barroso. ¿Qué quieres hacer tú, Felisa?

-No sé -respondió Felisa apretando la frente contra el ventanal-. ¿No es el auto del tío el que acaba de llegar?

-Oh sí, papá llegó -gritó Genoveva-. Llegó más temprano. Tal vez nos saque a dar un paseo.

El papá apenas había llegado a los escalones cuando Genoveva abrió la puerta de par en par.

-¿Nos llevarías a Felisa y a mí a dar un paseo en el auto, papá? No hemos podido salir afuera, porque está muy barroso.

-Creo que sí -dijo el padre, abrazando a ambas niñas-. Busquen sus abrigos mientras le digo a mamá dónde vamos.

Pronto el padre y las dos niñas se alejaban de la casa en el auto. Al llegar a la encrucijada, el padre tomó por el camino del río.

--¡Qué lindo! -exclamó Genoveva-. Papá nos lleva por el camino que bordea el río -le dijo a Felisa-.

¿Ves?, allí está el río, y mira todo el hielo que está apilado en la ribera.

El agua del río corría y salpicaba los grandes pedazos de hielo que llevaba la corriente hacia la ciudad, pero a menudo esos grandes trozos de hielo eran arrojados a la orilla. Cuando el río se angostaba, el hielo quedaba atascado. El agua no podía correr tan rápido, y retrocedía, desbordando por las orillas y el camino, y llegaba el subsuelo de algunas de las casas de los alrededores.

El padre tuvo que detener el carro. El camino estaba cerrado y los hombres estaban trabajando para lograr que el hielo se rompiera, de modo que el río pudiera fluir y no inundara la población.

-Aquí viene un gran camión -hizo notar Felisa cuando el camión se detuvo junto al automóvil. De él bajaron tres hombres. Uno de ellos llevaba una caja que al costado tenía escrito: "Explosivos".

-Vamos a dinamitar el hielo atascado -le dijo uno de los hombres al padre de Genoveva-. Por favor, aleje su auto. Correremos la barrera.

Otro de los hombres le dijo al papá:

-Ud. puede darnos una mano.

-Felisa y yo estaremos bien. Tú puedes ir, papá -dijo Genoveva al ver que su padre vacilaba.

-Prométanme que quedarán en el carro. No anden por ahí vagando.

-Te lo prometemos -le dijeron las niñas.

Cuando el carro quedó estacionado a buena distancia, el padre volvió al río.

Genoveva y Felisa vieron otros carros que llegaban hasta la barrera y luego daban vuelta y volvían al pueblo. Era divertido ver la expresión en la cara de la gente cuando veía la barrera y el hielo atascado en el río; pero después de un rato ya no llegaron más carros. El reloj del tablero seguía con su tic-tac. Las niñas se envolvieron las piernas con el abrigo y se acomodaron para esperar al papá. Las dos pensaron que volvería pronto.

Genoveva bostezó y miró a su prima. Esta tenía los ojos casi cerrados. Comenzó a cabecear, y Genoveva se dio cuenta que Felisa se había dormido. Genoveva se inclinó hacia atrás y apoyó la cabeza contra la ventanilla, y antes de mucho ella también se durmió.

De pronto se oyó una tremenda explosión. Enormes pedazos de hielo saltaron en el aire. Uno de los pedazos salió volando hacia el camino y cayó sobre el techo del carro donde Genoveva y Felisa estaban durmiendo. Las niñas se despertaron dando un grito. El pesado pedazo de hielo agujereó el techo del carro y cayó sobre el asiento entre las dos.

El papá y los hombres que trabajaban en el río se apresuraron para llegar al carro.

- ¡Chicas! ¡Chicas! ¿Están bien? -preguntó el papá, que apenas podía hablar.

El carro había quedado muy dañado. Dos niñas muy atemorizadas y sorprendidas se restregaron los ojos y miraron los pedazos de hielo que había en el asiento y en el piso del carro.

-Uds. han tenido suerte de salir con vida -dijo uno de los hombres, levantando a Genoveva y luego a Felisa para sacarlas del carro.

Genoveva y Felisa y el padre se miraron. El padre levantó a las niñas en sus brazos.

-Esto no fue sólo suerte -dijo agradecido.

-No -concordaron ellas.

-Jesús debe haber enviado a su ángel para salvarnos del hielo volador -dijo suavemente Genoveva.

-Sí, queridas, estoy seguro de que él lo hizo -respondió el papá.

EL HOMBRE PALOMA

El Desierto de Arabia cubre una extensión de 1,6 millones de kilómetros cuadrados. Una gran porción de él se encuentra en Arabia Saudita, pero también se extiende hacia países vecinos. Viajar por el desierto puede ser una tarea difícil, y la gente a veces se confunde y pierde el camino.

Hace una cantidad de años, un hombre trabajaba como guía en el Desierto de Arabia. Tenía buena reputación de nunca perderse. La gente lo llamaba “el hombre paloma”, porque siempre llevaba consigo una compañera especial: una paloma mensajera con una cuerda atada a su pata. El ave era el secreto de su éxito. Cada vez que el guía estaba en dudas respecto del camino a seguir, arrojaba al aire la paloma mensajera. El ave tiraba del hombre, mientras trataba de volar hacia su hogar. El dueño, simplemente, seguía su dirección.

En tiempos del Antiguo Testamento, Dios dio a los israelitas un guía muy confiable. Los saco de Egipto y, mientras viajaban a través del desierto, envió una columna de nube durante el día y un pilar de fuego a la noche, para dirigirlos por donde debían ir y cuando debían hacerlo. Durante los cuarenta años que pasaron en el desierto, ni una sola vez se perdieron.

Ese mismo Dios quiere guiarte por el camino correcto. En lugar de una columna de nube o un pilar de fuego, ha provisto otros medios. Por ejemplo, nos ha dado la Biblia, el Espíritu Santo, nuestros padres y los maestros. Pero, no te obliga a hacer nada; tu puedes elegir. Pero sigue la conducción de Dios, y nunca te perderás.

“El Señor te guiará siempre; te saciará en tierras resacas, y fortalecerá tus huesos. Serás como jardín bien regado, como manantial cuyas aguas no se agotan”.

Por Helen Lee Robinson

EL HOMBRE QUE NO PODÍA MOVERSE

Algún tiempo atrás oí hablar de un hombre que sufría de una enfermedad muy rara. Al principio le afectó las piernas haciéndolas rígidas y no las podía mover. Más tarde, sus brazos se pusieron rígidos, y más tarde sus manos y sus dedos por igual. Y como resultado, todo su cuerpo se sentía como un pedazo de hierro estirado sobre la cama. Y aunque parezca raro, su cabeza no estaba afectada en nada; pues él podía pensar y hablar.

Ahora, tal parece difícil de creerlo, pero éste hombre, afligido como se sentía, aún llevaba a cabo operaciones de negocios como agente de seguros; hablando con sus clientes mediante el teléfono, el cual había sido conectado a su cama.

El siempre evitó estar desanimado. Sobre su cama él preservaba dos notas. Una de ellas decía así: "Nunca te preocupes", y el otro decía: "Derribado, pero no vencido".

Un día él dictaba una carta para un amigo, donde le decía: "No estoy desanimado. Aunque desde que perdí el uso completo de mis manos, se me ha hecho más difícil llevar a cabo mis negocios; pero nos encontramos continuamente diseñando métodos para vencer estos defectos. Nos encontramos obligados por la necesidad de continuar batallando, pero la enfermera es una maravillosa ayudante".

Él concluyó su carta con estas palabras: "Su servidor con júbilo" ¡Qué ejemplo para todos nosotros! Si este hombre se siente tan gozoso a pesar de su terrible problema, ¿qué excusas tenemos nosotros para estar tan descontentos?

¿Conoces tú a alguien que se aqueja porque su desayuno no es como él esperaba; a causa de que sufra un dolor de cabeza; o porque el tiempo esté lluvioso y no pueda ir afuera a jugar? Puede que tú conozcas a alguien así. Y si es así, espero que tú le cuentes acerca del hombre, que teniendo su cuerpo tan rígido como un pedazo de hierro, conservaba un espíritu jubiloso. "Y aunque derribado, pero no vencido".

EL HONESTO ABE

Cuando era joven, Abraham Lincoln trabajaba en un almacén. Era honesto y justo en todo lo que hacía, y sus clientes pronto se dieron cuenta de que podían confiar en él. Los siguientes incidentes te ayudarán a entender por qué pronto llegó a tener el apodo de “El honesto Abe”.

Una tardecita, el señor Lincoln estaba por cerrar su tienda, para irse a su casa, cuando se dio cuenta de que había cometido un error: había cobrado seis centavos y cuarto de más a un cliente.

En lugar de esperar hasta el día siguiente o hasta la próxima vez que viera a su cliente, el señor Lincoln salió inmediatamente y caminó casi cinco kilómetros para devolver el dinero.

En otra ocasión, un cliente entró en su almacén justo antes de la hora de cerrar.

-¿Podría darme media libra de té, por favor? -pidió.

Lincoln pesó el té para su cliente y luego se fue a su casa. A la mañana siguiente, cuando llegó a su almacén, se dio cuenta de que había puesto la pesa de cuarto de libra en lugar de la pesa de media libra en la balanza. Entonces cerró su tienda, y fue a llevarle el té que faltaba al cliente.

Hay muchas historias como estas acerca de Abraham Lincoln, quien más tarde llegó a ser el decimosexto presidente de los Estados Unidos. Aunque no era un hombre adinerado, percibió la verdad del siguiente proverbio: “Más vale tener poco con justicia que ganar mucho con injusticia”.

¿No sería lindo tener la reputación de ser tan honesto como Abraham Lincoln? Puedes lograrlo. Y puedes comenzar hoy en tu casa, en la escuela, en el patio de juegos, dondequiera que estés. Recuerda: “Las pesas y las balanzas justas son del Señor; todas las medidas son hechura suya”.

Por Helen Lee Robinson

ELIGIENDO EL EQUIPO

Cuando cursaba sexto año de la primaria, jugábamos al softbol en la clase de Educación Física una vez por semana. No recuerdo si eran los miércoles o los jueves, pero tenía terror a ese día. Parecía que no podía pegarle a la pelota; y, si lograba hacerlo, no la podía disparar muy lejos. Pero, la peor parte de jugar al softbol era cuando se elegían los equipos.

Después de que el profesor decidía quiénes serían los capitanes, estos se paraban en el frente y comenzaban a llamar por nombre. “Joaquín”, decía uno de ellos, y Joaquín iba hasta donde estaba el equipo número 1. “Yo quiero a Leroy”, y Leroy se unía al equipo 2. “Janella”, para el equipo 1. Y así continuaba la elección, hasta que el grupo de los que todavía no habíamos sido elegidos se iba haciendo cada vez más pequeño, y finalmente quedábamos otra persona y yo. “Elígeme a mí, elígeme a mí”, pensaba para mis adentros. A veces me elegían, y otras veces yo era la última en ser elegida para unirme a un equipo. ¡Parecía que nadie me quería!

Yo sabía que no era nada personal en contra de mí; solo que no era buena jugando al softbol. Por supuesto, cuando mi curso elegía equipos para alguna otra cosa como, por ejemplo, concursos de ortografía o para una prueba de ciencias, yo era la primera elegida. Y se sentía muy bien ser elegida, el saber que me querían.

Por eso me gusta lo que Jesús dice en el libro de Juan: “No me escogieron ustedes a mí, sino que yo los escogí a ustedes y los comisioné para que vayan y den fruto, un fruto que perdure. Así el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre”.

¡Qué bueno es eso! Dios nos dice que él nos eligió a nosotros: él nos quiere; somos suyos.

Por Helen Lee Robinson

EL INCORREGIBLE CORRECAMINOS

Por **ENOLA CHAMBERLIN**

CUANDO Dios creó la cachila o correcaminos al parecer quiso darnos algo que nos hiciera reír. Porque esta ave del desierto reúne en su naturaleza cosas tan dispares como no se ven en ninguna otra criatura. Tan pronto puede hacerte reír, como casi hacerte llorar porque, aunque es un payaso, a veces está muy melancólica.

Esas con tradiciones puedes advertirlas en cuanto la ves. Tiene alas grandes, pero no vuela, a lo menos no lo hace muy a menudo. La cola larga, el cuello largo, el pico largo y las patas largas hacen que parezca muy grande. Pero realmente no pesa casi nada. Nunca está quieta, con el copete negro levantado, parece más bien un juguete que un ave real. Pero en cuanto se pone en movimiento, todo cambia. Estira el pico negro hacia delante, y la cola oscura hacia atrás, y sale corriendo dándole a las patas un movimiento de pistón como el que hace una máquina a vapor. Parece como una flecha que hubiera sido arrojada por un poderoso arco.



Si ha salido en persecución de una langosta o una mariposa, generalmente la agarra, porque corre muy velozmente, ayudándose con las alas. A veces sale corriendo tras un pedazo de papel que es arrastrado por el viento. Cuando lo toma con el pico y descubre que no es alimento, lo tira o, encogiéndose, como quien se encogiera de hombros, deja que el viento se lo lleve.

A veces corre sin parar dos o más kilómetros.

Fue esa práctica suya, de correr a o largo de las cadenas de agrimensor, o a la par de un jinete, o de alguien que viajaba en carruaje, lo que le valió a esa ave el nombre de correcaminos. También se la conoce por gallo del Chaparral. Se le dio probablemente ese nombre porque se la encuentra entre los matorrales bajos llamados chaparrales.

Pero no se queda todo el tiempo en el chaparral. Le gusta salir a caminar y si el suelo está blando, va dejando sus huellas. ¡Y qué huellas! No se sabe en qué dirección van. Porque tiene los dedos de los pies alineados de tal forma que las marcas que deja con los dos dedos delanteros son exactamente iguales a la que deja con los dedos de atrás. A menos que haya ido corriendo, haciendo así un poco más de presión con los dedos delanteros, no se puede saber si el ave iba o venía. Como ves, hasta cuando corre te desconcierta.

El correcaminos puede ser bastante pesado cuando se le ocurre molestar a un perro o a un gato con el único propósito de divertirse, pero cuando ataca a una culebra de cascabel es cuando realmente se ensaña y se transforma en un vehículo de destrucción. La forma de saltar sobre la serpiente, y apuñalarla con su pico bayoneta, alejándose luego como una flecha, es una maravilla de movimiento rápido, calculado con absoluta precisión. Y no cesa en sus ataques hasta que no vence a la serpiente. Entonces, la toma con su pico fuerte y la golpea contra las piedras hasta matarla. Este odio por las serpientes se origina indudablemente en el hecho de que a éstas les gustan los huevos, y especialmente buscan los del correcaminos, porque esta ave construye su nido muy bajo, entre el matorral.

Las huellas que deja, el aspecto que tiene, la forma extraña en que actúa, te inducirá a pensar que, indudablemente, su voz debe ser también algo especial. Y eso no te chasqueará. Aunque en realidad el canto de esta ave no proviene precisamente de su garganta, sino que es producido por el movimiento de sus vigorosas mandíbulas, es algo realmente extraordinario. La primera vez que lo oyeras te costaría dar crédito a tus oídos.

Dirías que no hay ave capaz de emitir un sonido tan extraño y escalofriante. Algunas personas lo

llaman un arrullo explosivo. Y no cabe la menor duda de que es explosivo, pero lo que escapa a toda explicación es que un ruido tan bronco, áspero, rechinante y raspante pueda llamarse un arrullo. Cuando se lo oye de mañana, justamente al despertarse, parece la continuación de una horrible pesadilla nocturna. Lo único bueno es que no le ocurre *arrullar* muy a menudo.

Con todo lo que se ha dicho podrías pensar que el correccaminos no es un ave muy popular entre la gente. Ese no es el caso. Los habitantes del desierto que lo conocen están muy encariñados con él. En cierto modo parecería burlarse de las personas, pero, por otro lado, se muestra tolerante con ellas. Pareciera decirles que se identifica con ellas, sólo que él vive una vida más libre. Y yo que lo he conocido durante muchos años, melancólico, cruel, simpático, emocionante, le agradezco a Dios por haberlo creado y le ruego que nunca permita que llegue a extinguirse de la tierra.

EL JUGO DERRAMADO

Por **Jon Hult**

A KEITH le gustaba mirar las láminas de los libros de su hermano Sidney, especialmente las láminas de animales de su libro de ciencias. Pero un día en que estaba tomando jugo de uva y mirando el libro al mismo tiempo, sin querer derramó un poco de jugo sobre una de las páginas.

Precisamente la noche anterior Sidney le había advertido:

-Oye, Keith, no quiero que andes con mis libros.

-Pero, ¿por qué no puedo mirarlos? -le había preguntado Keith.

-Porque yo los cuido y procuro mantenerlos limpios. Pero tú eres siempre descuidado con los tuyos. Pero de cualquier manera Keith había tomado el libro de ciencias de Sidney, que tanto le gustaba, y lo estaba hojeando cuando le ocurrió el accidente con el jugo. Trató de limpiarlo, pero fue en vano. Además de quedar la mancha, el líquido arrugó el papel. La página habla quedado arruinada.

Keith cerró el libro. Tenía la esperanza de que su hermano no necesitara usarlo por un buen tiempo, y en esa forma no vería la página sucia. Tal vez el papel se estiraría y después de un tiempo casi no se notaría. Tenía también la esperanza de que la mancha desapareciera.

Esa tarde Sidney tuvo otras cosas que hacer de modo que cuando llegó a la casa, no abrió sus libros de la escuela. Keith se sintió tranquilo. Decidió que si alguna vez Sidney le preguntaba acerca de las manchas, le diría que él ni siquiera había abierto el libro. Tal vez le echaría entonces la culpa a su hermanita Janice.

Al día siguiente por la noche, mientras Keith trataba de colorear una nueva lámina que tenía, vio que Sidney esparcía los libros sobre la mesa del comedor. Luego notó que tomó su libro de ciencias y lo abrió.

-¿Quién derramó algo sobre este libro? -preguntó disgustado Sidney cuando hojeó el libro y llegó a la página manchada.

Keith se preparó para contestar:

"Yo no", pero en eso miró a su hermanita Janice que estaba sentada en su mecedora verde, con el gran perro de felpa en la falda, y pensó: "¿Cómo podría permitir que ella llevara la culpa?" De modo que dijo valientemente:

-Yo lo hice.

Sidney saltó de la silla con la idea de hacerse justicia, pero Keith salió corriendo, y se escapó. Sidney estaba furioso.

Esa noche cuando fue a acostarse, se asomó al cuarto de Keith. Allí estaba su hermano, profundamente dormido. De modo que Sidney se dirigió a su cuarto. Sobre la cama encontró una nota escrita por su hermano, que decía: "Siento que arruiné tu libro. Aquí tienes este dinero que había ahorrado para comprarme una cámara. Espero que te alcance para comprarte un libro nuevo".

Al día siguiente Sidney, que por lo general era muy bullanguero de mañana, salió de su cuarto muy silenciosamente. Luego se dirigió a la mesa que estaba lista con el desayuno, y se sentó.

-Encontré el dinero y la nota -le dijo a su hermano-. No quiero el dinero, pero sí quiero que me prometas algo, y es que, de aquí en adelante, no tocarás mis libros hasta que aprendas a cuidarlos mejor.

-Te lo prometo -replicó Keith-.

Y si tú no recibes el dinero, lo llevaré a la escuela sabática, porque siento que no me pertenece.

Y Keith cumplió su promesa.



EL LADRÓN TONTO Y CODICIOSO

Por **ERNESTO LLOYD**

EL MISIONERO L. B. Halliwell y su esposa pasaron muchos años como misioneros en el gran río Amazonas, de América del Sur. El pastor Halliwell tenía muchas historias interesantes relacionadas con su trabajo. He aquí una que a él le gustaba contar.

"El decimotercer sábado de cierto trimestre el superávit de la ofrenda se dedicaba a terminar el hospital de Belén, Brasil. De modo que todas las iglesias de Brasil se esforzaron en una forma especial para obtener una gran ofrenda para el hospital.

"Una de las iglesias que distaba unos doce kilómetros de la sede de la misión reunió una ofrenda excepcionalmente buena. El tesorero de la iglesia se levantó temprano el domingo de mañana, ató el caballo al sulky, y se preparó para llevar el dinero de la ofrenda y el diezmo a la oficina de la misión.

"Era una hermosa mañana -continúa el pastor Halliwell-. El tesorero se vistió con la mejor ropa que tenía. Se sentía muy feliz, porque iba a entregar una buena ofrenda para el fondo del hospital.

"Mientras cruzaba por un lugar bastante solitario, notó que había alguien esperando en el camino. Pensó que quizás se trataría de uno de sus amigos que quería ir con él al pueblo pero al acercarse notó que el hombre le era completamente desconocido.

"El hombre le gritó:

"- ¿Quién es Ud.?

"El tesorero le replicó:

"- Soy el tesorero de una iglesita de allá, y estoy llevando nuestra buena ofrenda a la oficina de la misión.

"El extraño replicó:

"- ¿Ud. dice que tiene una ofrenda grande? ¿Cuánto tiene?

"El tesorero contestó:

"- En total tengo unos doscientos cincuenta pesos.

"El desconocido era un ladrón y un asaltante. Sacó el revólver y dijo:

"- Le voy a ahorrar un viaje a la ciudad. Vamos a jugar a que yo soy el tesorero de la misión.

"El tesorero de la iglesia estaba muy afligido. ¡Le había dicho al asaltante demasiado! Sacó el dinero del Señor y se lo entregó al hombre.

"Entonces el asaltante miró las ropas que llevaba el tesorero.

"- Ud. está bien vestido. Mis ropas están viejas y andrajosas. Ahora vamos a cambiar de ropas.

"Y así lo hicieron. El asaltante se puso el saco y los pantalones del tesorero y huyó por el camino tan rápido como pudo.



"El tesorero de la iglesia estaba realmente afligido. Miró esas ropas viejas, sucias y saturadas de tabaco. ¡Qué repugnantes eran! Pero tenía que ponérselas.

"No sabía qué hacer. ¿Iría al pueblo o volvería a su casa? No tenía dinero. Decidió orar.

Subió luego a su carruaje y al hacerlo sintió algo que le abultaba en el bolsillo. Metió la mano... ¡Y allí estaba el dinero! ¡El asaltante se había olvidado de llevarlo! Luego palpó el otro bolsillo, y allí encontró otro rollo de billetes que alcanzaba a más de trescientos pesos, que el asaltante tenía, indudablemente, como fruto de otros hurtos.

"El tesorero de la iglesia se dirigió al pueblo tan rápidamente como pudo. Cuando llegó, entró por la puerta de atrás de un negocio de ropas. Se compró algunas ropas nuevas, y luego fue a la oficina de la misión. Le entregó al tesorero de la misión el diezmo y la ofrenda para el hospital, y luego le preguntó qué debía hacer con el resto de los trescientos pesos.

"El tesorero de la misión le respondió:

"-Debe dar el diezmo de ello y una ofrenda liberal al Señor. ¡Lo que sobra se lo puede guardar!

"Pagó el diezmo, dio cien pesos para el fondo del hospital y se volvió a la casa por otro camino con un traje nuevo y unos cuarenta pesos en el bolsillo.

"Pensamos que es terrible robar, y sin embargo el que un asaltante robe el dinero de Dios no es peor que el que los miembros de la iglesia se guarden los diezmos y las ofrendas que pertenecen a Dios".

Creo que el pastor Halliwell tenía razón en lo que dijo, ¿no crees tú?

El asaltante fue completamente derrotado y el Señor hizo que todo resultara para el avance de su obra.

EL LENTO PEREZOSO

Por *Jacqueline Rowland*

¿HAS oído hablar alguna vez del perezoso de tres dedos? Este animal extraño se cuelga con sus brazos largos de la rama de un árbol de la selva. Vive en las selvas de la América del Sur.

El perezoso vive una vida como quien dice al revés, colgado de su árbol favorito. No tiene que ir muy lejos para buscar su alimento. Sencillamente come las hojas de los árboles de la familia cecropia (imbaula, ambuba o candelabro de brazos) en los cuales le gusta colgarse.

En la selva donde vive el perezoso, llueve la mayor parte del tiempo, aun con sol. Eso no molesta en lo más mínimo al animal. ¿Crees que desciende del tronco para refugiarse en un lugar seco? De ninguna manera. Se queda colgado y deja que la lluvia le caiga encima. Después de un tiempo le crece en el pelo una especie de alga que le da un color ligeramente verdoso de modo que parece parte del árbol. Esa piel mohosa lo protege de tal manera que sus enemigos rara vez lo molestan.



Es cierto que el perezoso puede caminar y nadar como los demás mamíferos, pero la mayor parte del tiempo elige la forma más fácil, que es colgarse cabeza abajo. No es difícil ver por qué el perezoso tiene fama de ser holgazán, lento, y casi tonto. Los demás animales casi no se dan cuenta de su presencia amenos que lo oigan gritar: "¡Ei! ¡Ei!" que es su llamada de auxilio.

A mí no me gustaría ser un perezoso, ¿y a ti? ¿No crees que la vida es más interesante para un animal como el castor? La palabra "perezoso" describe a alguien que es holgazán o que se mueve muy lentamente y que nunca termina de hacer las cosas. En Hebreos 6: 12 dice: "No os hagáis perezosos".

EL LEÓN ENCADENADO

Mientras Samuel y su mamá bajaban del ascensor y se dirigían por el corredor hacia la calle, el niño preguntó:

- ¿Cuándo dijo el dentista que debemos volver?

El consultorio del dentista estaba en el cuarto piso, pero Samuel no le había gustado tanto como otras veces el descenso en el ascensor. Estaba muy preocupado acerca de la próxima visita que tendría que hacer al consultorio.

- El Dr. Laínez dijo que podríamos venir el lunes próximo. – contestó la mamá. - ¿Te estás afligiendo acerca de un dientecito que se te tiene que extraer? Ya sacaste varios tu mismo, ¿no te acuerdas?

- Sí, pero esta muela no está floja siquiera. ¿Por qué no la deja tranquila hasta que se afloje? Sólo me ha dolido algunas veces.

- La cosa es Samuel – dijo la mamá, - que no es un diente de leche. Ya es una muela permanente, y lamento mucho que la hayamos descuidado tanto tiempo. Es realmente culpa mía si no me fijé que tenía una cavidad y que era necesario emplomarla. Ahora el dentista dice que hay que sacarla.

Llegaron a la calle, y Samuel seguía pensando en el lunes siguiente. Volvió a hablar para preguntar:

- ¿No es como si le sacaran a uno un hueso del cuerpo?

- No digas tonterías – dijo la madre. Déjate de imaginarte cosas terribles. Nuestros dientes están como enganchados en el maxilar, y el dentista sabe cómo desengancharlos. A ver si me haces acordar que te cuente una historia esta noche antes de acostarte, una historia acerca de unos leones.

Esa noche, tan pronto como el niño estuvo listo para acostarse, su mamá vino a la pieza para asegurarse de que no se había olvidado de cepillarse los dientes, y él le dijo:

- ¿Me vas a contar ahora la historia de los leones?

- Muy bien – contestó la mamá. – Creo que no te causarán pesadillas. Leí esa historia hace mucho tiempo en un libro muy antiguo llamado El viaje del Peregrino. El Peregrino hacía un viaje hacia la santa ciudad, y el libro relata todos los peligros y dificultades que encontró en el camino.

En una parte que siempre he recordado, el Peregrino vio dos leones feroces que rugían al lado del camino por el cual debía pasar. No tenía más remedio que seguir adelante, aunque temblaba de miedo. Rogó a Dios que lo protegiese, y caminó hacia los leones. ¡Qué amenazadores le parecían!

"¿Y qué te parece? Cuando se acercó a los leones, vio que estaban encadenados y no podían acercársele."

- ¡Qué suerte! – exclamó Samuel. – Me imagino que el Peregrino estaba contento.

La mamá siguió hablando:

- Muchas veces he pensado en esta historia cuando me hallaba preocupada por alguna cosa, o sentía temores. Cuando llegaba frente a lo que temía, las cosas no eran tan graves como me habían parecido. Los leones estaban encadenados.

El lunes siguiente por la tarde, Samuel no estaba muy animado cuando subía con su madre por el ascensor para llegar al cuarto piso donde estaba el consultorio del Dr. Laínez.

Este era muy amigable y mientras Samuel se instalaba en el gran sillón, le dirigió alguna broma acerca de los niños que comen tanto que se les desgastan las muelas.

- Vamos a mirar ese diente que no quieres más – dijo el doctor mientras tanteaba en la boca del muchacho con instrumentos resplandeciente.

Samuel temblaba de miedo, el pensar en lo que el dentista iba a hacer. Era algo que no le agradaba nada. ¡Cuánto deseaba entonces haber cuidado mejor sus dientes, cepillándolos después de cada comida!

Mientras Samuel estaba así lamentándose y pensando, el Dr. Laínez iba preparando todo lo que necesitaba para sacar la muela. Uno de sus instrumentos resbaló y le causó a Samuel un poco de dolor en la encía, pero el dentista dijo: "¡Ay!" he hizo un visaje antes que Samuel pudiese dejar oír una queja.

Luego el doctor se dirigió a la mamá y empezó a preguntarle a qué escuela asistía el pequeño paciente y qué juegos le gustaban más. Samuel iba a explicarle todo eso cuando el dentista regresó para examinar otra vez la muela. Alzó otro instrumento níquelado, y Samuel deseó que éste no le hiciese doler.

Lo siguiente que sintió Samuel fue un tirón fuerte en la cabeza, y el Dr. Laínez sostenía en alto una cosita blanca.

La mamá sonreía y decía:

- ¡Ya está! No te dolió mucho, ¿no es cierto?

Cuando Samuel hubo terminado de escupir sangre, y pudo hablar dijo:

- Mamá, me parece que el león estaba encadenado.

- ¿Qué es eso de un león encadenado? – preguntó el doctor, y la mamá le contó la historia.

Cuando estaban listos para salir, el dentista dijo:

- Adiós Samuel. Acuérdate de que en este consultorio siempre tenemos encadenados a los leones, así que no tengas miedo de volver.

EL LIBRO PROHIBIDO (Salmo 27)

En la pequeña villa austríaca de Rauberg, hace más o menos quinientos años, no había una sola familia que tuviera dinero suficiente para comprar libros de ninguna naturaleza, incluyendo la Biblia. El único que poseía una era el pastor Henschel, quien se sentía muy privilegiado de poder compartir su preciosa posesión con otros. Esta Biblia había sido un regalo de un noble erudito italiano, quien había enseñado al pastor, durante su niñez, a leer de sus páginas palabras prudentes, de consuelo e inspiración, las que llenaron su corazón de amor a Dios y a sus semejantes.

Muy a menudo se le escuchaba decir: "Mi querido amigo, con mucho gusto puedo prestarle este buen Libro, solamente le ruego que lo trate con cuidado para que nos dure mucho más tiempo". Nunca este Libro fue devuelto sucio o lleno de polvo. Manos cariñosas lo hojearon cuidadosamente, pues toda la gente de la villa conocía su gran valor.

Pero llegó el día fatal, cuando el rey proclamó un edicto a todo el pueblo de Rauberg, prohibiendo la lectura y posesión de la Biblia. Así el pastor Henschel tuvo que esconder su Biblia en un lugar secreto - debajo del piso de su mesa de estudio- y solamente era sacada de este lugar al amparo de las sombras nocturnales.

Una noche el pastor cerró las pesadas cortinas de su salita, reforzó la pesada puerta de roble con una cadena, sacó la Biblia de su lugar secreto y la puso sobre la mesa.

Todo permanecía en silencio mientras él quitó los pesados broches del Libro, lo abrió, lo hojeó y entonces acomodándose los anteojos, leyó: "Jehová es mi luz y mi salvación: ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida: ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se..."

Repentinamente se oyó un fuerte golpe en la puerta. El pastor Henschel puso sus dos manos sobre la Biblia como queriéndola proteger y dirigióse a la puerta.

-Abre la puerta, esposa mía, -dijo-, no vale la pena resistir; sólo los soldados del rey llaman en esa forma. Cuando la esposa quitó la cadena y abrió la puerta, penetró en el cuarto una compañía de hombres vistiendo los brillantes uniformes del rey.

-¡Así que Ud" pastor Henschel, está leyendo el Libro prohibido! Entréguenos ese Libro, evítese problemas y tal vez salve la cabeza.

-¡No, no les entregaré esta Biblia! Dígansele a su rey. y si quieren, llévenme prisionero, pero ¡no les daré este libro!

-¿Así que usted no le teme al rey? ¡Esto es muy peligroso, pastor!

-¡No! ¡no le temo al rey! Y les diré por qué. Escuchen, estas son las palabras que escribió el rey David.

Reinó gran silencio en el cuarto; los soldados permanecían inmóviles, mientras una mirada de incertidumbre se reflejaba en sus ojos. [Seguramente este pastor no se atreverá a retar al rey! ¿Qué poder había en ese Libro que hacía que los hombres' lo escondieran y lo apreciaran?

El capitán se puso rojo y dijo encolerizado:

-¿Por qué tengo que escucharle? ¡Estoy aquí para obedecer al rey!

-Pero hay uno mayor que su rey y, cuando haya terminado, pueden llevarme a donde deseen.

El capitán estaba pensativo y con el ceño fruncido. Hacía dos semanas que había dejado la corte del rey y había aprendido muchas cosas. Este libro, llamado la Biblia, parecía tener un extraño poder sobre los que lo leían. En dos semanas había encontrado solamente tres copias y cuando sus hombres se habían apoderado de ellas para quemarlas, la gente que las poseía había quedado sumida en la más profunda tristeza. ¿Qué clase de libro era éste? Había encontrado mucha más resistencia de la que esperaba, pues aquellos que poseían este Libro prohibido lo habían defendido tan desesperadamente que tuvo que mandarlos a la prisión. Este pastor no peleaba, pero tenía cierta arma para resistirse. ¿Qué era esto?

-Bien, ¡lea, pero que sea rápidamente!

El pastor Henschel se sujetó los anteojos más firmemente sobre la nariz y principió:

"Jehová es mi luz y mi salvación: ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida: ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se allegaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron. Aunque se asiente campo contra mí, no temerá mi corazón..."

Cuando terminó, el capitán exclamó:

-¡Déjeme ver esas palabras! ¿Están allí o las ha inventado?

-No, no las he inventado. Dígame, capitán, ¿ha leído usted la Biblia alguna vez?

-No, los hombres del rey no tenemos tiempo para perder.

-Entonces siéntese aquí y lea un poco.

Enrique Yoder, el capitán de la compañía, empezó a leer y se interesó tanto en su lectura que se olvidó del rey, de su edicto y de los ocho soldados, quienes cansados de estar de pie, se apoyaban en un pie y luego en el otro, mientras empuñaban fuertemente sus espadas desvainadas. Los dedos se les entumecieron y multitud de invisibles agujas los punzaban.

Así el capitán leyó una buena porción del Libro prohibido mientras sus hombres se consumían de curiosidad por saber qué era lo que su capitán había encontrado allí.

Por último cerró el Libro y se puso de pie. -¿No se separará de este Libro?

-No, ¡no señor!

-Bien, no sé cómo responderé ante el rey sobre esto, pero iguarde su Libro, y que le sirva de bendición!

El capitán estaba pálido y su voz había perdido su firmeza mientras daba a sus hombres la orden de marcha.

Cuando el estrépito de los soldados' se perdía en la distancia, el pastor Henschel tocó el Libro reverentemente y dijo:

-Dios cuidará que ningún daño sobrevenga al capitán y a sus hombres, porque sin duda otra semilla ha sido sembrada. Pronto vendrá el día cuando la Biblia no será más un Libro prohibido, sino el Libro más amado y más leído en toda la redondez de la tierra.

y ese día ha llegado.

EL LIMPIAPARABRISAS

Eran cerca de las once de la noche. Hacía algunos minutos había dejado a mi novia en su casa. El alto me tocó en el semáforo de Plásticos Róbelo. Una persona caminó hacia el vehículo e inmediatamente puse el seguro. Era un joven con el rostro sucio que blandía en su mano derecha un trapo pretendiendo limpiar el parabrisas... Dije que no sin mucho entusiasmo. El insistió y mi paciencia se agotó, sentí que la sangre se me subía a la cabeza y baje el vidrio de mi ventana y encaré al joven casi gritándole: ¡Ya te dije que no!. La primera apariencia que me dio fue hule pega, sin embargo al fijarme detenidamente en su rostro observé que estaba sucio, pálido y con una expresión de tristeza. Con ese trapo tan sucio dije más bien me vas a ensuciar el vidrio.

Él bajo su cabeza y guardó silencio. La actitud humilde del joven me impactó.

Me sentí incomodo y para tratar de suavizar la situación le dije:

-Porque no te compras una palita limpia vidrios y así das un buen servicio.

-Es que no tengo dinero respondió con voz suave que parecía un murmullo.

-Bueno pues ahorra y cómprate uno le respondí.

Levantó los ojos y me dijo:

-Está bien señor.

El incidente, quizás por ser algo tan frecuente en nuestra capital, se me olvido. Pasó el tiempo y una noche, en el mismo semáforo un joven con el cabello al viento y con una sonrisa contagiosa se me acercó alegremente y me preguntó: Ahora si señor me deja limpiarle el vidrio.

El joven lucía radiante, como si un rayo de felicidad iluminara su vida. Quedé unos instantes impávido, hasta que logré reconocerlo. Era el mismo joven de aquel incidente.

Ahora estaba limpio y blandía en su mano derecha una palita de esa con que limpian vidrios.

Mire Don, agregó el joven, le hice caso, ahorré y me compré mi limpiador, ahora me va muy bien. Una carcajada brotó desde mi corazón, era la exhumación de culpa por mi altanería de algunos meses atrás. Por su puesto respondí y el joven de forma eficiente limpió el parabrisas. Le pagué por sus servicios y el agradeció gentilmente.

En la noche repasé los acontecimientos. Ese joven no tenía recursos ni esperanzas. Pero la necesidad y la voluntad de salir adelante bastaron para asirse de una posibilidad: cambiar su trapo sucio por un instrumento más eficaz y así mejorar sus ingresos. Se esforzó y lo logró.

Cuántas veces, me pregunté, muchos de nosotros con más recursos y más estudio, nos hundimos en el desánimo y caemos en el abandono y negligencia.

Ese joven sencillo, pobre y quizás analfabeto me mostró, con su ejemplo, la luz que muchas veces necesitamos para ver en medio de la oscuridad del desánimo y la desesperación para volver a intentarlo de nuevo, para innovar la fe en nosotros mismos y levantarnos con el éxito, con la victoria.

A veces perdemos la capacidad de ver más allá de lo que está delante de nuestros ojos. Una persona puede ser desposeída, pero con una gran capacidad para mejorar. Sólo necesitan no alguien quien les grite, si no una mano amiga que los oriente. Hoy podemos orientar a alguien.

EL LLAMADO DE LAS CAMPANAS

Por **Bárbara Hand**

Adaptado del libro Alice Princess, por Alice Princess Siwandhla.

ALICIA protestaba, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

-¡No quiero bañarme! -gritaba-. Ninguno de los otros niños de la aldea se baña. ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

Tillie, que era unos años mayor que Alicia, miró severamente a su hermanita. Parecía estar furiosa.

-No te olvides de papá -dijo Tillie-. ¡No te olvides que solíamos vivir en una linda casa, y que usábamos zapatos e íbamos a la iglesia y a la escuela, y leíamos libros! Entonces estabas limpia, y papá hubiera querido que ahora también lo estés.

Cuando Tillie hablaba así, Alicia sabía que debía obedecer. De modo que corrió al lago cercano y se refregó bien hasta quedar limpia.

Después del baño, Alicia se sentó sobre el piso de tierra de su choza donde vivían ella, Tillie y su hermanito. Miró a su alrededor a la pieza vacía, la única que tenía la choza. Observó los ventanucos que apenas permitían entrar la luz. No había en esa habitación muebles cómodos; sólo las sucias esteras de paja que usaban como mantas.

Entonces se acordó de las cosas lindas que ella y Tillie habían tenido. Habían vivido en una gran ciudad de Sudáfrica, llamada Johannesburgo. Su hermosa mamá las amaba y había preparado un lindo hogar para ellas. Su bondadoso papá les traía regalos y golosinas cuando volvía de trabajar en el hospital. Pero la mamá se enfermó y murió, y el papá llevó a vivir a los niños a esa aldea pagana. Luego el papá también murió. Su tía Nyamukaiongo vivía en la aldea, pero ella no creía en Jesús. Tampoco creían en Jesús los demás habitantes de la aldea de su papá.

-¡Nunca volveremos a ver Johannesburgo! -dijo Alicia-. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca más volveremos a tener camas, mesas, sillas, libros ni una estufa como la que mamá tenía! ¡Nunca más tendremos pan, leche ni queso! ¡Nuestra tía no ha visto jamás una manzana, un durazno ni un racimo de uvas!

-No debes hablar así -dijo Tillie-. Papá nos dijo que Dios nos recordaría. El no nos abandonará para siempre, sino que nos guiará a un lugar mejor.

Alicia se sintió consolada. A ella le gustaba que Tillie hablara acerca de cómo Dios las ayudaría. Le gustaba especialmente cuando Tillie contaba cómo solían ir a la iglesia con la mamá: usaban lindos delantales rosados, zapatos negros y brillantes, y escuchaban historias acerca de Jesús y de ser buenos. Pero a veces cuando Alicia se juntaba con los otros niños de la aldea, se olvidaba de las cosas que Tillie le contaba. En ocasiones las niñas se burlaban de ella porque no hacía las cosas que hacían los demás niños.

-Te ves horrible -le dijeron un día-. Tienes la piel lisa como la de una serpiente, ¡y a nadie le gusta una serpiente!

Luego le mostraron las decoraciones que tenían en sus vientres. Se las hacían cortándose la piel y frotándose esos cortes con carbón negro; cuando los cortes se sanaban, quedaban las cicatrices bien abultadas.

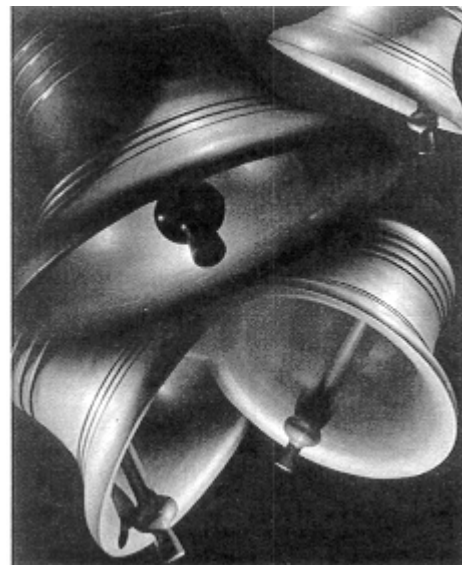
-¿No duele eso? -preguntaba Alicia.

-¡Claro que duele! -le dijeron sus amigas-. Pero hay que hacerlo. Tillie no quiere que tú seas hermosa. Alicia cedió a sus insinuaciones. Cuando Tillie descubrió lo que había hecho, la regañó y la castigó.

-Lo que has hecho es algo terrible. Jesús no quiere que lo hagas. ¡Si papá estuviera aquí te castigaría más fuerte!

Alicia aprendió que sería mejor que nunca más hiciera cosas como ésa.

Tillie le enseñaba a Alicia a amar las cosas hermosas que Dios había hecho. Recogía de la selva flores



de un color púrpura intenso y se las ponía en su cabello. Y también le ponía algunas en el cabello a Alicia, y le hablaba de los sombreros con flores que las señoras usaban en Johannesburgo.

-Eran grandes y de lindos colores y eran hermosos -le dijo-. Tenían una seda llamada "cinta" de colores vivos. Cuando mamá iba a la iglesia con papá y con nosotros, usaba un sombrero. Se la veía preciosa.

-¡Oh, cómo quisiera que tuviéramos hermosos sombreros y vestidos de lindos colores! -dijo Alicia-.

¿Nunca saldremos de esta aldea sucia?

-Sí, hermana. Alguna vez lo haremos -dijo Tillie-. Dios contestará nuestras oraciones. El nos recordará.

Alicia y Tillie trabajaban mucho. A la mañana cuando se levantaban, lo primero que hacían era enrollar sus esteras. Luego la tía Nyamukalongo les buscaba trabajo. A veces Alicia se escondía en la espesura de la selva para no tener que trabajar. Pero Tillie siempre la encontraba, y Alicia tenía que sachar, o escardar la tierra de la huerta con la azada, y tenía que juntar leña para hacer fuego para cocinar y para calentarse. Con Tillie que la vigilaba, Alicia no podía portarse muy mal. Tillie la amaba y quería que fuera buena.

Tillie se mantenía siempre alerta para buscar alguna forma de hacer la vida más feliz. Nunca dejó de creer que Dios las ayudaría. Pero como pasaban los días y no llegaba ayuda, Alicia comenzó a temer que nunca saldrían de ese lugar.

Entonces un día su abuela, que vivía en una aldea distante, le dijo a la tía Nyamukalongo que enviara a Alicia y a Tillie a su aldea. El viaje a pie les llevó varias horas. En el camino vieron grandes mandriles y monos que chillaban y se hamacaban en las ramas descarnadas de los árboles. Y sabían que en la espesura del matorral, a los lados del sendero, bien podía estar tomando la siesta un leopardo manchado, o escurrirse por el suelo una serpiente. Estaban acaloradas y cansadas, y cuando finalmente llegaron a la aldea, se alegraron de poder descansar.

El día después de su llegada, mientras Alicia estaba ocupada escardando la tierra de la huerta, oyó campanas que tocaban. En ese momento Tillie corría hacia ella.

-¡Hermana! -gritó Tillie-. ¡Escucha! ¡Escucha! ¿Oyes las campanas que nos llaman? Estamos cerca de una iglesia. ¡Hoy debe ser sábado! -y mientras hablaba, saltaba de entusiasmo.

Las niñas corrieron a donde estaba la abuela, y le preguntaron si podían ir a la iglesia.

-No -dijo la abuela-. Si van, la gente de allí querrá que Uds. también asistan a la escuela. Las niñas no deben ir a la escuela.

Pero Alicia y Tillie le rogaron que las dejara ir, y la abuela finalmente accedió. ¡Cuán felices se sintieron!

Se vistieron lo mejor que pudieron con pedazos de tela, porque no tenían vestidos. Luego salieron en dirección al lugar donde sonaban las campanas. Después de caminar mucho, llegaron finalmente a la iglesita de la misión. Al entrar, escucharon las historias y los cantos que habían solido oír en Johannesburgo. También repitieron el Padrenuestro. Al terminar la reunión, las niñas se sintieron agradecidas cuando una bondadosa misionera las invitó a regresar el próximo sábado.

La misión tenía una escuela. Esa semana Tillie le preguntó a la abuela si ella y Alicia podían ir a la escuela. Nuevamente la abuela se negó a darles permiso, pero esta vez estaba realmente enojada. Las amenazó con los puños, sacudió la cabeza, saltó airada y gritó. Pero Tillie se había propuesto ir a la escuela con su hermana.

Las niñas continuaron rogando a la abuela que las dejara ir, y el director habló con el jefe de la aldea, y le llevó a la abuela algunos regalos. Finalmente ella dijo que podían ir. Las niñas apenas podían creer las buenas noticias. ¡Después de los meses que habían pasado en aldeas paganas, finalmente podían regresar a una escuela cristiana, limpia y aprender más acerca de las cosas que tanto amaban!

Esa primera tarde fue maravillosa. Trajeron agua y prepararon la cena, y una dama bondadosa les leyó historias acerca de Jesús. Luego se acostaron y se cubrieron con mantas abrigadas para dormir. Tillie susurró:

-¿Ves, hermana? Dios no se olvidó. Yo sabía que nos recordaría si éramos pacientes y esperábamos en él.

-Sí -dijo Alicia-. Ahora podemos ir a la escuela y usar vestidos limpios y las misioneras cuidarán de nosotras. Cuando seamos grandes, aprenderemos más acerca de Jesús y de cómo hacer su obra.

EL MAESTRO TERRIBLE

Por LAWRENCE MAXWELL

YO TUVE un maestro que era terrible.

¡Después de haber dicho eso, no voy a decir su nombre!

Pero era terrible lo que hacía con los que copiaban.

Recuerdo una prueba escrita que nos dio en química. Asistíamos al primer año del colegio superior. Estábamos en plena segunda guerra mundial. Para muchos alumnos, una calificación baja podía significar la incorporación inmediata al ejército.



Como de costumbre, cuando el profesor repartió las pruebas escritas, hizo una declaración acerca de la costumbre de copiarse. Era breve. “Si descubro a alguien que está copiando, le rompo el papel”.

Me preguntaba por qué lo diría. Porque, ningún alumno adventista del séptimo día copiaría. Quizás se le cruzara el pensamiento por la mente. Pero nunca llegaría al punto de copiar. ¡Eso sería *engañar!*

De manera que todos recibimos nuestras pruebas, y, mientras luchábamos para contestar las preguntas reinó un gran silencio en el aula. No era una prueba fácil, y aun los alumnos más rápidos tuvieron que usar todo el tiempo de que disponían para terminarla.

Realmente no sé cómo ocurrió. Quizás me encontraba muy concentrado en mi trabajo. Pero de repente me di cuenta de que el maestro había recorrido todo el pasillo hasta el fondo del aula, había tomado la prueba de un alumno, y en ese momento la estaba haciendo añicos. El alumno había copiado.

—En esta asignatura tendrá un cero —dijo el maestro.

Yo me enojé con él. Me pareció que era demasiado severo con el alumno, y que debía perdonarlo.

Pero desde entonces he pensado mucho en eso. ¿Debiera un maestro perdonar a un alumno que copia? El perdonarlo, ¿le enseñaría lo que ha dejado de aprender por perezoso? Naturalmente que no. La única forma en que podrá aprender, será comenzar de nuevo, y estudiar.

El otro día oí hablar de Trevor. Por supuesto, éste no es su verdadero nombre. Desde la escuela primaria Trevor sacó notas sobresalientes. Durante todo el tiempo en que cursó la escuela secundaria, su nombre se mantuvo en la lista de honor. Y así continuó durante los años de estudios preparatorios.

Quería llegar a ser médico. Cuando estaba por terminar el colegio, fue entrevistado por un hombre de la Universidad de Loma Linda, quien quedó muy bien impresionado con el joven. Es que todas sus notas eran muy buenas.

Lo que los maestros no sabían era que Trevor siempre había copiado. Había estudiado muy poco. Pensaba que era más divertido inventar nuevas formas de copiar, que estudiar.

Tenía la idea de que cuando entrara en la escuela de medicina podría seguir copiando para obtener buenas notas. Para sorpresa suya no resultó así. Descubrió que tenía que *saber* todas las cosas que sus maestros habían estado procurando enseñarle en la escuela primaria, en la secundaria y en la superior. A las pocas semanas sus calificaciones eran tan bajas que se le dijo que tendría que abandonar la facultad. Sus esperanzas por tanto tiempo acariciadas de llegar a ser un doctor tuvieron que ser abandonadas.

Supongo que para esta fecha ya habrá encontrado algún otro trabajo. Pero no es el que él quería. De

vez en cuando algún amigo lo presenta a un extraño.

—Trevor, me gustaría presentarte a mi amigo, el Dr. fulano de tal.

Y Trevor vacila. Eso es lo que a él le hubiera gustado que lo llamaran... “Dr. *Trevor*”.

Ve médicos y cirujanos que viven en casas grandes y hermosas, y piensa: “Esa es la clase de casa que me gustaría tener”.

Y lo que es peor, ve mujeres y hombres y niños que están aquejados por diversas enfermedades. . - y él no puede hacer nada para aliviarlos. Podría haberlo hecho. Era la gran ambición de su vida. Pero ahora se da cuenta de que esa pobre gente enferma debe sufrir y morir sin que él pueda ayudarla... porque copió.

Cuanto más lo pienso tanto más me doy cuenta de que aquel terrible maestro no era al fin y al cabo tan terrible. He llegado a pensar que los maestros que adoptan una actitud firme y severa hacia el vicio de copiar y hacia los que copian, son, después de todo, los más bondadosos.

Nunca seas tan necio como para copiar. El único a quien engañas es a ti mismo.

EL MAL GENIO DE ALBERTO

Por *Lawrence Maxwell*

ALBERTO estaba sentado en una silla en su dormitorio, pero no por su voluntad, sino porque su madre lo había enviado allí hacía diez minutos. El sabía por qué. Había vuelto a enojarse con su hermano. Le había pegado y lo había tirado al suelo. Todo eso ocurrió en un instante, y Alberto sentía tristeza por lo que había hecho aun antes de que su madre lo mandara a su cuarto.

El ya no estaba enojado con su hermano. Estaba enojado consigo mismo, enojado, disgustado y fastidiado. "¿Por qué me enojo? -murmuró-. Sé que no debiera tratar así a Juan, y no quiero hacerlo. Pero antes de darme cuenta, estoy enojado".

Luego se hundió en la silla, aparentemente muy abatido, como lo estaba.

"¡Cómo quisiera que mamá subiera! Tal vez ella cree que me gusta enojarme, y quiero asegurarle que no es así, pero que no puedo evitarlo".

La mamá permitió que Alberto quedara allí sentado durante más de media hora, para que tuviera la oportunidad de pensar. De pronto Alberto oyó que su madre subía por la escalera. Oyó que llamaba suavemente a la puerta, y luego entró.

Tomando otra silla que había en la habitación, la acercó a la de Alberto y se sentó junto a él. Alberto se quedó mirándola, sin decirle una palabra.

-Alberto, tú debes aprender a controlar tu genio -le dijo bondadosamente su madre.

-Lo sé -respondió Alberto-. Y siento que me enojé; realmente lo siento. Honestamente, mamá, yo no quiero vivir enojado -añadió -Alberto, moviéndose nerviosamente en su asiento.

-¿Le has pedido alguna vez a Dios que te cambie? -preguntó ella suavemente.

-Claro que sí, muchas veces -aseguró Alberto-. Pero eso no me ayuda nada.

-¿Has oído hablar alguna vez del hombre paralítico que fue llevado a Jesús en una camilla?

-Te refieres al hombre que bajaron por una abertura del techo?

-Sí -respondió la madre, me refiero a ése mismo. Ese hombre estaba enfermo físicamente, y tenía pecados en su corazón, y sabía que únicamente Jesús podía sanarlo. De manera que sus amigos lo colocaron en una camilla y lo llevaron a la casa donde Jesús estaba predicando. ¿Cómo hicieron ellos? ¿Entraron simplemente en la casa y le pidieron a Jesús que sanara a su amigo?

-No, porque el lugar estaba lleno de gente.

Así es. Ahora, Alberto, ¿podía ese hombre haber dicho: "Procuré ver a Jesús. pero había tanta gente que no me fue posible hacerlo. No puedo evitar de estar enfermo"?

-Eso no fue lo que él dijo, mamá. En cambio dijo: "Pasemos por el techo".

-El fue realmente diligente, ¿no es así, Alberto? Estaba decidido a lograr que Jesús le perdonara los pecados y lo sanara de su enfermedad, y si eso requería que sus amigos tuvieran que llegar al punto de tener que hacer un agujero en el techo -lo cual significaría que más tarde tendría que pagar al dueño de la casa por daños y perjuicios- él procuraría que se hiciera ese agujero, y pagaría el gasto.

-Así es como tendrá que ser con ese mal genio, Alberto -y la madre hablaba ahora con un tono muy solemne-. Jesús es el único que puede ayudarte. Pero él no promete darte la victoria si oras sólo de vez en cuando. Ese hombre enfermo recorrió probablemente un largo camino para encontrar a Jesús, pero si se hubiera detenido frente a la puerta, nunca habría sido sanado. El no se dio por vencido. Tú tampoco debes darte por vencido. Cuando Jesús vea que tienes tantos deseos de vencer tu mal genio como aquel hombre tenía de curarse de la parálisis él te ayudará.

Cuando la madre dejó de hablar, reinó un profundo silencio en la habitación.

-Alberto -sugirió ella-, ¿por qué no nos arrodillamos ahora mismo y oramos?

Alberto se levantó de su asiento y los dos se arrodillaron.

Y les aseguro a Uds., con la autoridad de la Palabra de Dios, que si cualquiera de Uds. tiene hábitos malos que quiere abandonar y recuerda al hombre paralítico, y está tan decidido como estaba él a que



Jesús lo ayude, Jesús lo bendecirá como lo bendijo a él y le concederá una victoria completa duradera.

EL MAYOR DE LA FAMILIA

Por **ELENA WELCH**

-MAMA, ¿me vas a leer una historia? -preguntó Federico, un niño de cuatro años.

La mamá, que estaba bañando a Gracielita, levantó la vista para mirarlo.

-En este momento, no -respondió-. Pero en cuanto tu hermanita esté lista para la siesta, te voy a leer una historia.

Federico frunció el entrecejo y empezó a hacer pucheros. Él quería escuchar una historia en ese mismo instante.

-¡Muy bien! -dijo casi gritando, y salió a sentarse en la hamaca.

Su hermano Benito de dos años, estaba jugando en su corralito, disfrutando del sol. Levantando los bloques de madera conque estaba jugando, llamó a Federico, pero éste lo ignoró.

El no tenía ganas de jugar con Benito. Estaba también cansado de mirar a Graciela. Quería sentarse en la falda de la mamá para que ella le leyera y le contara historias como solía hacerlo antes de que él tuviera un hermano y una hermana menores.

"No es lindo ser el mayor", pensó Federico.

Y allí estaba sentado en la hamaca lamentando su suerte. Tan enfrascado se hallaba en sus pensamientos, que no vio cuando la tía Elena, que vivía en la casa de al lado, se acercó a él.

La tía Elena ya lo había visto otras veces así, pero hizo como que se sorprendía.

-¿Qué pasa Federico? -exclamó-. ¡Pensé que esta mañana estarías jugando y divirtiéndote mucho!

En lugar de mirarla, Federico sacudió la cabeza de un lado a otro.

-Hoy no quiero jugar tía Elena -respondió.

-Me parece que los chicos se cansan de jugar todo el tiempo -dijo ella.

- ¡Yo no estoy cansado de jugar! -declaró Federico, malhumorado-. ¡Sólo estoy cansado de ser el mayor de la familia!

Contra lo que Federico pensaba, la tía Elena no pareció sorprenderse en lo más mínimo. Levantándolo de la hamaca, se sentó en ella, y luego lo sentó a él en su falda.

-¿Por qué no me cuentas qué es lo que te pasa? -lo animó ella.

-Bueno... -comenzó Federico-, mamá ya no me lee más historias.

-¿Nunca? -le preguntó la tía Elena.

-A veces sí -tuvo que admitir Federico-. Me dijo que me iba a leer una historia tan pronto como la hermanita estuviera lista para la siesta.

-Me parece que es un buen momento para disfrutar de una historia; ¿no te parece? -inquirió la tía Elena.

Federico asintió lentamente. Reconoció que sería un momento muy oportuno.



-Pero mamá nunca tiene tiempo para jugar conmigo -se quejó-. Siempre está ocupada cuidando de Graciela y de Benito. ¡Ojalá yo fuera menor que ellos! Entonces mamá pasaría más tiempo conmigo.

De pronto la tía Elena comenzó a sonreír. Siempre sonreía cuando estaba por decirle algo a Federico.

-Federico, - ¿sabías tú que yo también soy la mayor en la familia? -le preguntó.

-No -respondió Federico-, yo no sabía.

-Durante un tiempo, cuando era una niña, yo también me sentía infeliz como tú te sientes ahora - continuó la tía Elena-. Yo también pensaba que mamá no tenía tiempo para mí. Luego aprendí a ayudarla, y descubrí que es muy divertido- ser el mayor de la familia.

Federico arrugó la frente tratando de pensar qué era lo que quería decir la tía Elena.

-¿Cómo aprendiste a ayudar? -le preguntó Federico.

-Cuando mamá estaba cuidando de mi hermanito, yo le alcanzaba las cosas que ella necesitaba -explicó la tía Elena-. Y a veces acunaba a mi hermanito para que se durmiera.

De pronto Federico volvió a sentirse feliz.

-¡Yo puedo hacer eso! -exclamó.

-Por supuesto que puedes hacerlo -le aseguró la tía Elena a Federico, dándole un abrazo bien apretado y ayudándolo a pararse en el suelo-. ¿Por qué no entras ahora mismo y le ayudas a mamá a alistar a Graciela para la siesta, de modo que luego tú puedas escuchar tu historia?

-¡Voy a hacerlo! -declaró Federico, y se apresuró a entrar a la casa.

La mamá se alegró cuando Federico le dijo que él podía hamacar a Graciela.

-Eso será una gran ayuda -le aseguró ella.

Antes de mucho Graciela se había dormido. Federico se apresuró para alcanzarle a Benito la pelota grande que quería. Luego juntó los bloques de Benito y los guardó.

Pronto la mamá tomó el libro de historias y Federico se acurrucó en su falda. La mamá sonrió antes de comenzar a leer.

-Hoy vamos a tener mucho tiempo para historias -le dijo a Federico-. Pero no lo hubiéramos tenido si mi hijito mayor no me hubiera ayudado a cuidar de Benito y de Graciela.

Federico también sonrió. Pensó que la tía Elena tenía razón. ¡Era muy divertido ser el mayor de la familia.

EL MAYOR TESORO

Por *Enid Sparks*

HACE muchos años, en un país donde vivía un niño llamado Pierre, el rey decretó que no se le permitiría a nadie tener la Biblia. Para poner en vigencia esa ley, se enviaron funcionarios del gobierno y sacerdotes que iban por las aldeas para registrar las casas de la gente y confiscar todas las Biblias que se encontraban. Una vez juntadas, se las levaba a la plaza pública, donde eran quemadas en una gran fogata.

Había muchos que amaban su Biblia y no estaban dispuestos a que se la quemaran. Entre ellos estaban Pierre y su familia. "La Biblia es nuestro mayor tesoro", solía decir Pierre. Aunque eran pobres y tenían que trabajar muy duro para cultivar las verduras en el suelo pedregoso de su granja, Pierre y su hermana Andrea se consideraban acaudalados porque poseían una Biblia.

Un día Pierre oyó las noticias de que se estaban destruyendo las Biblias. Esa noche, cuando la familia se reunió para el culto vespertino apenas podían contener las lágrimas. Cuando el padre abrió el Sagrado Libro para leer, Pierre exclamó:

-¿Cómo haremos para que las autoridades no quemen nuestra Biblia?

Por un momento el padre guardó silencio. Tomó la Biblia de la mesa en torno a la cual la familia se había sentado y la acercó a su corazón.

-Yo no sé, Pierre. Yo no sé -suspiró.

Andrea oyó la conversación que mantuvieron su hermano y su padre. Sus oscuros ojos se agrandaron por la sorpresa.

-¿No podemos esconder la Biblia? ¿No sería bueno uno de nuestros colchones de paja para ocultarla? Sus padres sacudieron la cabeza.

-No, Andrea -dijo la madre-. Los funcionarios del gobierno están abriendo los colchones y las almohadas de paja en la otra aldea. Algunos llegan hasta hacer huecos en las paredes de las casas si sospechan que en ellas hay algún escondite.

Pierre tragó saliva.

-Entonces, ¿qué haremos? -dijo con voz temblorosa.

-Oraremos -respondió el padre con voz suave-. Dios nos aconseja en su Santa Palabra que debemos escudriñar las Escrituras. Sin la Biblia no podemos hacerlo. Estoy convencido de que Dios quiere que tengamos su Santa Palabra; así pues, pidámosle esta noche que nos muestre la forma de conservarla. La madre y los niños estuvieron de acuerdo con ese plan. Todos se arrodillaron y el padre comenzó a orar. Cuando terminaron las oraciones Pierre se sentía más feliz.

Tenía la impresión de que Jesús les ayudaría a encontrar una forma de guardar su mayor tesoro. Y pensando en eso se durmió.

Al día siguiente, después de desayuno, el padre no fue a trabajar al campo como acostumbraba hacerlo. En cambio fue a un cuarto que estaba en la parte posterior de la casa, donde solía hacer algunos trabajos de carpintería. Pierre le acompañó mientras la mamá y Andrea lavaban la loza del desayuno y limpiaban la casa, y observó que el papá tomó una tabla y de ella cortó un redondel.

-¿Alguna persona de la aldea pidió un banco? -preguntó Pierre.



El padre sonrió.

-No. Se ha pedido un banco pero nadie de la aldea lo ha hecho.

En ese momento Andrea llamó Pierre.

-Ven, hermano, estarnos listos para ir al campo.

Pierre salió, pero quedó pensando en las palabras que el padre había dicho. Durante todo el día él Andrea y la madre trabajaron en el campo arrancando las malas hierbas que crecían con las plantas buenas. Antes de la puesta del sol se dirigieron a la casa.

El padre estaba a la puerta para darles la bienvenida. Rodeó con sus brazos a la madre y a los niños y los condujo adentro.

Una sorpresa -dijo y señaló e rincón más alejado del cuarto donde estaba el nuevo banco.

Pierre miró el banco que había insumido todo el día de su padre

-¡Es lindo! ¿Es nuestro?

-¡Claro que es nuestro! -replicó el padre, haciéndole una guiñada a Pierre.

Pierre notó que el padre se sentía tan feliz con ese banco, que el también se sintió contento. Pero en realidad no le pareció que necesitaban un nuevo banco en la casa

Cuando llegó la hora del culto, el padre parecía estar más excitado que nunca. Le pidió a la madre que colgara una colcha en la ventana que daba al frente de la casa. Entonces él cruzó la habitación con el nuevo banco en su mano. Pero en lugar de colocarlo en el suelo para sentarse, lo dio vuelta y lo colocó sobre sus rodillas.

-Papá, ¿qué vas a hacer? -preguntó Pierre.

Antes de contestar, el padre sonrió.

-Voy a leer de la Biblia -dijo y empujó suavemente una de las tablas que estaban en la parte interior del banco. Cuando esta se deslizó, en la parte hueca del taburete quedó al descubierto la Biblia. Mientras todos observaban, el padre paró de nuevo el taburete sobre sus patas, pero la Biblia estaba bien asegurada de modo que ni se movió.

-¡Qué inteligente! -exclamó maravillada la madre-. ¿Cómo se te ocurrió pensar en eso, papá?

-Nunca se me hubiera ocurrido algo así si Dios no hubiera contestado nuestras oraciones de anoche -replicó el padre-. El nos reveló la forma de conservar el Santo Libro.

Al día siguiente, en el momento en que la familia regresaba del campo, llegaron los soldados. Arrancaron las frazadas de las camas, abrieron los colchones de paja. Sacaron de las alacenas todos los platos y las ollas. Probaron todas las tablas del piso para descubrir si había alguna tabla floja. Hasta sacudieron el taburete. Luego uno de los funcionarios se sentó sobre el banquillo mientras dirigía a los otros en la pesquisa.

Finalmente los funcionarios dijeron:

-Aquí no hay ninguna Biblia.

Y luego se fueron.

La familia sabía ahora que su Biblia estaba a salvo. Trabajaron arduamente para limpiar la casa antes de celebrar el culto vespertino. Entonces cada uno de los miembros de la familia agradeció a Dios por haberles ayudado a salvar su mayor tesoro.

No mucho tiempo después, el padre llegó a la casa con algunas noticias maravillosas. Antes de mucho la familia tendría la oportunidad de viajar a América.

La madre no pudo retener las lágrimas de gozo.

La familia de Pierre se estableció en Pensilvania. Durante muchos años los miembros de esa familia mostraban a sus amigos la Biblia que habían salvado ocultándola en un taburete.

EL MEJOR LUGAR

Por MARIA BRANCH

LAURA URBINA y su madre lavaron los platos en silencio. Cuando terminaron, y la piletta quedó limpia, la Sra. Urbina dijo:

-¿Qué te pasa, Laura? Quizás pueda ayudarte.

A Laura le costó sonreír.

-Tú no puedes; cada año pasa lo mismo. Las chicas en la escuela hablan de sus vacaciones y de todos los lugares interesantes a donde han ido, y yo no hago más que escuchar.

El rostro de su madre se entristeció.

-Lo siento Laura. Ojalá ganara bastante dinero para hacer todas las cosas que tú quieres.

Laura la abrazó.

-¡No es eso realmente, mamá! Yo lo quiero para ti también; así no tendrías que pasar la única semana libre que tienes en esta misma casita.

-Me parece que a mí me gusta nuestra casa porque papá la compró para nosotros. Desde que él tuvo el accidente me gusta aún más. Pero, claro que sería lindo si pudiéramos salir a lo menos por unos días - dijo hundiéndose en una silla y echando la cabeza hacia atrás.

Laura echó una mirada a la habitación.

-Hasta estoy cansada de ver las mismas cortinas. Si Dorotea Martín vuelve a jactarse de que su tía rica la llevará a Europa, creo que no podré aguantarlo. ¡Todo el mundo en la escuela ha oído hablar de su tía, y estamos hartos de eso!

Su madre tomó una Biblia de la mesa que tenía al lado.

-Leamos un poquito; luego nos acostaremos. Mañana te sentirás diferente.

-Yo no estoy... -comenzó a decir "celosa", pero lo pensó mejor. No importa cómo lo llamara, pero a veces se sentía como encarcelada en ¡la misma casa de siempre! Le hubiera gustado salir a cualquier parte, con tal de salir.

A la mañana siguiente en verdad que se sentía mejor. Pero en cuanto llegó a la escuela, se le recordó de nuevo que alguien había tenido vacaciones maravillosas fuera de la casa.

-¿Sabes? -le dijo Dorotea al saludarla-. Tía Clorinda está en la ciudad, e iré a verla esta tarde.

Laura se sonrió para sus adentros.

-Si es una tía tan querida, ¿cómo es que no está parando con Uds.? -le preguntó.

Dorotea se quitó el cabello que le venía a los ojos.

-Oh, ella está acostumbrada a departamentos tan elegantes que no sabría cómo actuar en una casa.



Laura pensó que eso era el colmo. ¡Imagínense, viviendo siempre en departamentos y viajando por todas partes!

-Ven conmigo a ver a mi tía Clorinda -le dijo Dorotea cuando terminaron las clases.

-Tendré que hablarle por teléfono a mamá. Yo no sé si a tu tía le gustará que vaya contigo cuando vas a visitarla.

-¡Oh, estará encantada! A ella le gustan las visitas.

Laura pensó un rato.

-Yo llamaré por teléfono a mamá y tú tendrás que llamar a tu tía y preguntarle si está bien que me lleves.

Después de hacer las dos llamadas telefónicas y de arreglar todo, las dos chicas salieron caminando hacia el hotel más grande, que estaba en el centro. La alfombra del vestíbulo de entrada era roja, y los picaportes de las puertas y todos los otros adornos de metal, eran de un color oro brillante. Había una especie de elegancia silenciosa que Laura nunca antes había visto.

Se dirigieron a los ascensores, y un hombre vestido con un traje del mismo color rojo, con hombreras doradas y una raya a los lados del pantalón, completaban el efecto.

Cuando el ascensor se detuvo, salieron y caminaron por un vestíbulo largo. El sonido de las pisadas de las niñas se apagaba en las alfombras gruesas y el vestíbulo parecía interminable.

Finalmente Dorotea se detuvo delante de una puerta.

-Este es el departamento -susurró, y luego llamó.

La puerta se abrió casi inmediatamente y un par de brazos delgados parecieron apoderarse de Dorotea.

- ¡Tú, mi querida! ¡Qué amable eres de venir a visitar a tu tía!

Laura la siguió hasta la habitación. Dorotea se escabulló de los brazos de su tía.

-Quiero presentarte a mi amiga -dijo dirigiéndose a Laura.

Laura procuró no mirar descaradamente. La tía Clorinda se parecía a algo que había visto en una película de fantasía. Tenía bastante edad, pero se había compuesto la cara con varias capas de cosméticos de color. Tenía la boca bordeada por labios arrugados, con arruguitas verticales sobre las cuales se había deslizado un brillante lápiz labial. Mechones de cabello azulado le enmarcaban el rostro y se enredaban en los aretes enormes que le colgaban de los lóbulos de las orejas.

La mujer le tendió la mano y Laura le tendió la suya. Entonces sintió el frío metal de los anillos, y oyó el retintín de muchos brazaletes que le adornaban la muñeca.

-Me alegro mucho de que hayas venido con mi querida sobrina. ¿No van a sentarse? He pedido torta y helado.

Laura se sentó en una silla grande.

-Gracias.

Su propia voz le sonó como si hubiera salido de debajo de la silla grande en que estaba sentada.

Dorotea se sentó en otra silla, y su tía se encaramó en una tercera de asiento recto, cruzó las piernas, se tironó la pollera corta, y comenzó a hablar como un papagayo. Al rato un mozo trajo un carrito y les

sirvió helado y torta.

La tía de Dorotea comenzó a hablar del viaje que estaban planeando.

-Iremos a París, a Roma, a Venecia. ¡Oh, nos divertiremos mucho! ¿No es cierto, querida?

Dorotea asintió con la cabeza y siguió comiendo la torta. Cuando las dos terminaron, Laura dijo:

-Creo que es tiempo de irnos a casa. Gracias.

-¡Oh, pero no van a irse ya! ¡Si apenas llegaron!

La tía Clorinda revolteó alrededor de la habitación, como si hubiera tratado de encontrar alguna nueva atracción para retenerlas.

-¿Podemos ver tus vestidos? -preguntó Dorotea.

Su tía casi se puso a saltar.

-¡Por supuesto! -respondió, conduciéndolas al dormitorio. ¡Qué habitación hermosa! Tenía una alfombra blanca, que llegaba hasta las paredes, de las cuales pendían cuadros que no decían nada. Una cubrecama de color púrpura llegaba hasta la alfombra blanca. La mesa de tocador estaba cargada de cosméticos.

La tía Clorinda abrió la puerta del clóset. Un tumulto de colores llenaba el estrecho lugar. Vestidos, trajes y sacos de diferentes materiales colgaban de la barra, y cada rincón estaba atestado de muchos zapatos y sombreros. Y allí olía como si alguien hubiera derramado una botella de perfume.

Dorotea pasó la mano rozando los vestidos, como si los hubiera estado acariciando.

-¡Oh, son tan bonitos!

La tía Clorinda tomó rápidamente la mano de Dorotea, le pasó la suya por la palma y le sonrió.

-No queremos tocarlos si tenemos las manos pegajosas de helado, ¿no es cierto?

Dorotea apretó las manos contra su falda.

-No tía Clorinda, yo no tenía las manos pegajosas.

Antes de que Laura se diera cuenta de lo que ocurría, ella y Dorotea fueron conducidas a un cuarto de baño blanco y estéril, y se les lavó las manos como a nenitas de dos años. Laura echó una mirada a su imagen en el espejo de cuerpo entero para ver si no se había encogido. La verdad era que se *sentía* más pequeña.

Finalmente se hallaron fuera de la puerta, en el enorme vestíbulo, y llegaron al ascensor. Allí fueron como quien dice arrojadas a la calle por la puerta giratoria. Caminaron en silencio y Laura se esforzó por decir algo bueno respecto de la tía Clorinda.

-¿No es cierto que es fabulosa? -dijo Dorotea después de haber caminado toda una cuadra.

Laura hizo una profunda inspiración.

-¡Sí! ¡Oh, sí!

A pesar del esfuerzo que hizo por poner entusiasmo en lo que decía, sus palabras sonaron como una débil alabanza.

-Me alegro de que puedas viajar con ella a Europa -le dijo sonriente Laura al despedirse de su compañera.

Y realmente lo pensaba.

Laura casi corrió el resto del camino a la casa. Su mamá estaba preparando la cena. Laura se detuvo por un momento y miró detenidamente la cocinita, y a su madre, que estaba junto a la pileta.

-¡Mamá, no tienes ni una idea de cuán hermosa y linda me parece tu cara limpia! -exclamó Laura.

Su madre se rió.

-Parece que estás de otro humor. Tengo algunas noticias que te ayudarán a mantenerte así. El supervisor donde trabajo nos prestará este verano por unos días la cabina que tiene en la playa.

Laura saltó por la habitación.

-¡Eso es grande! Pero, sinceramente, mamá, yo pienso que este lugar, aquí donde estoy parada, ¡es el mejor lugar del mundo!

EL MEJOR PREMIO DE ROLANDO

Por *Enid Sparks*

-¡GANE! ¡Gané! -gritó Rolando sin poder evitarlo, sacando un cheque del sobre largo que había recibido. Era una beca de estudios. Armando, su compañero de cuarto, estaba tan ocupado revisando su propia correspondencia, que ni siquiera levantó la vista, cuando le dijo:

-¿Y qué otra cosa podías esperar después de habértela pasado tragando libros?

Rolando levantó el puño y lo amenazó riendo:

-¡Si yo creyera que lo dices en serio!

Levantando entonces la vista, Armando reflejó en sus ojos negros el orgullo que sentía por el éxito alcanzado por su amigo.

-Con toda seguridad que te espera un futuro brillante -dijo-. ¿Qué harás después de que termines tus estudios superiores? ¿Una carrera en agricultura? ¿O te irás a la Marina?

Rolando se encogió de hombros.

-Es muy pronto para decirlo ahora. Cualquiera de las dos me gusta, con tal que pueda dedicarle lo mejor que tengo.

-Y lo mejor que tienes siempre te produce premios.

Y eso era verdad. Rolando había ganado premios mientras cursaba la escuela primaria y también la secundaria. Y esperaba seguir ganándolos durante toda su vida.

-Me gusta trabajar duro -aseguró Rolando-. Y me gustan los premios que ese trabajo me produce.

-¡Ah!

La respuesta de Armando reveló tal distracción, que indujo a Rolando a mirar detenidamente lo que su amigo estaba leyendo.

-¿Es algo interesante?

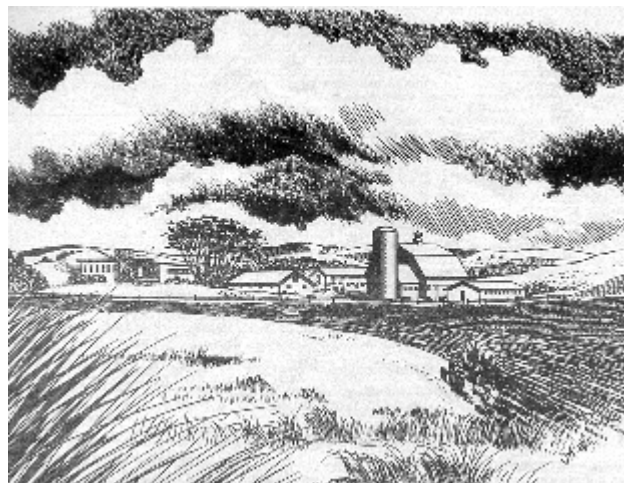
Armando hizo una mueca.

-Una invitación y algunas entradas para unas conferencias religiosas. Parece algo bueno, pero la semana que viene estaré ocupado

-y al decirlo, arrojó las entradas para que llegaran al otro lado de la mesa donde estaba su compañero-. Tal vez a ti te interesen.

Rolando estaba a punto de sacudir la cabeza negativamente, cuando de pronto vio el nombre del remitente en el sobre que Armando le había tirado: Clarence Dayl. En diversas ocasiones había oído hablar de ese evangelista. De modo que, mostrando verdadero interés, aceptó las entradas. Pero ¿le permitirían sus estudios distraer tiempo para asistir a esas conferencias?

Varias veces durante el día Rolando pensó en las entradas, y esa noche se lo mencionó a su amiga



Alicia.

-¡Oh, debieras ir! -le instó ella. Yo asistí a una de las conferencias del evangelista Dayl el año pasado. Fue maravilloso. No he vuelto a tener la oportunidad de escucharlo otra vez.

-¿Es ésa una insinuación de que alguien te invite a ir? -preguntó Rolando en son de broma.

Alicia se ruborizó, pero contestó honestamente:

-Me gustaría ir.

-Arreglado entonces -anunció Rolando.

No obstante, en los días subsiguientes, Rolando lamentó la promesa que le había hecho a Alicia. El club juvenil al cual pertenecía fijó una importante reunión del comité para la misma noche en que se realizaría la conferencia. Además el director de la escuela le pidió a Rolando que escribiera una disertación sobre "agricultura antigua" para presentarla en un concurso oficial.

Por fin un día Rolando tomó el teléfono con el fin de llamar a Alicia y deshacer el compromiso que había hecho con ella, pero una misteriosa compulsión lo obligó a colgarlo.

Finalmente llegó el viernes de noche, y Rolando oyó asombrado el mensaje que presentó el evangelista Dayl sobre la segunda venida de Cristo.

-¿Será posible una cosa semejante? -le comentó Rolando a Alicia más tarde mientras tomaban un refresco.

-¿Regresará realmente Cristo a la tierra otra vez? -preguntó de nuevo Rolando.

Alicia asintió con un movimiento de cabeza y le aseguró:

-Pronto. Yo tengo una tía que me ha hablado de esto varias veces.

Pensativo Rolando hizo girar en su mano el vaso de refresco que estaba bebiendo.

-Nunca he tenido mucho tiempo para pensar en religión. Cuando era muy chico mi abuela me enseñó a orar, pero ya he pasado esa etapa. Tal vez debiera asistir al resto de las conferencias. A Alicia le brillaron los ojos.

-¡ Oh, sí, hazlo! Estoy segura de que no lo lamentarás.

Rolando se fue interesando cada vez más en las reuniones, pero no pudo evitar sentirse molesto cuando vio que su nota había bajado en la clase de lenguaje. "Esta noche no iré a la conferencia -se prometió a sí mismo-. Dedicaré ese tiempo a estudiar".

Pero cuando llegó la hora de comenzar la conferencia, Rolando no pudo dejar de ir. Esa noche el evangelista habló del sábado, y Rolando bebió cada palabra que él dijo. Anotó todos los textos de la Biblia que el orador usó, y cuando regresó a su cuarto los leyó en su Biblia.

Casi no podía dar crédito a lo que leía. ¡Todo lo que el evangelista había dicho acerca de que el sábado es el día de reposo era cierto!

La noche siguiente Rolando solicitó uno de los cursos bíblicos adventistas, y el evangelista comenzó a visitarlo regularmente. Rolando no tardó en darse cuenta de que la vida a la cual Cristo quería conducirlo era muy diferente de la existencia despreocupada que él había estado llevando, en la cual sólo buscaba el placer y la exaltación propia.

Rolando reflexionó en los muchos cambios que tendrían que llevarse a cabo en su vida. ¿Podría lograrlo?

Indeciso, fue posponiendo su decisión hasta que un día el evangelista Dayl lo puso frente a la importante pregunta:

-¿Te pondrás ahora del lado de Cristo?

A Rolando le pareció que su mente estaba en blanco.

-No puedo decidirlo ahora-susurró.

El evangelista Dayl le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

-Necesitas orar. La oración siempre nos guía por el camino que debemos seguir. Recuerda, Cristo es el mejor premio que jamás podamos ganar.

Cuando Rolando estuvo solo, la intensidad de su lucha aumentó. Las palabras de Mateo 16: 26 siguieron sonando en sus oídos:

"Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?"

Rolando no quería perder su alma. Pero le parecía que había ido demasiado lejos por los caminos del mundo para poder ahora dar vuelta y caminar en dirección opuesta.

"Hablaré con Alicia", pensó, y se dirigió a la casa de su amiga.

Alicia escuchó con los ojos humedecidos por las lágrimas las palabras de Rolando cuando éste le abrió su corazón. Cuando él terminó, ella le preguntó bondadosamente:

-¿Has hecho lo que el Sr. Dayl sugirió? ¿Has orado?

Rolando sacudió la cabeza.

-No he podido hacerlo.

-¿Pero no dijiste que tu abuela te enseñó a hacerlo?

-Sí, pero de eso hace mucho tiempo.

Alicia sonrió.

-¿No es Jesús el mismo ayer, hoy y para siempre? Si pudiste orar a él hace años, puedes hacerlo también ahora.

Rolando miró a Alicia sorprendido.

-¡pareces estar tan segura!

A Alicia le brillaron los ojos.

-Yo también he estudiado el curso bíblico. Y ayer entregué mi corazón a Cristo.

Esa era la respuesta que Rolando necesitaba. Entonces se arrodilló y Alicia se arrodilló junto a él. Después de que hubieron orado, Rolando sintió que la duda se disipaba de su corazón.

-Jesús es ahora también mi Salvador -susurró al levantarse de sus rodillas-. Es todo lo que necesito.

Era bueno que el Señor fuera todo lo que Rolando necesitaba, porque la mayoría de sus antiguos amigos empezaron a alejarse de él. Su profesor de agricultura lo trató con desdén cuando se enteró de que Rolando planeaba asistir a un colegio cristiano en lugar de aprovechar la beca que le ofrecía para seguir agronomía.

-¡Tu futuro está arruinado, hijo, absolutamente arruinado! -le dijo su padre-. No hay ningún provecho en seguir esa religión absurda.

Rolando pensó instantáneamente en las palabras del pastor Dayl y humilde y gozosamente respondió a su padre.

-Papá, estoy sirviendo al Señor Jesús. El es mi recompensa, por que sé que es el mejor premio que podré recibir jamás.

Aun cuando el sentirse rechazado por sus padres entristeció muchísimo a Rolando, continuo orando por ellos. Encontró consuelo en la seguridad de que estaba agradando a Dios.

Actualmente Rolando es maestro de Biblia en un colegio adventista. Y les dice a los alumnos, que por experiencia propia encontró que existe un terrible vacío en la gloria que proporcionan los honores y los premios que el mundo ofrece. Tales cosas son solamente bellezas superficiales comparadas con la inapreciable recompensa que Dios da a sus hijos fieles y verdaderos.

EL MEJOR REGALO

Por *Leona Minchin*

ESTEBAN salió con su monopatín anaranjado, dio una carrera alrededor de la esquina y entró por el camino de acceso a la casa. Pasó zumbando junto a su hermana Gertrudis y se detuvo.

-¿Te das cuenta, Esteban, que falta sólo una semana para Navidad? -dijo ella mirando a su hermano-. Vayamos esta mañana a comprar nuestros regalos.

Esteban y Gertrudis vivían a unos trescientos metros de la tienda donde muchas veces habían ido para hacerle algún mandado a su mamá.

Sus abuelos les habían enviado diez pesos de regalo a cada uno para que en la Navidad los gastaran como mejor les pareciera. Gertrudis guardó su dinero en su bolsito rojo mientras que Esteban tomó su billete nuevecito y lo puso en su billetera,

-Ojalá que las Navidades fueran más frecuentes -dijo Gertrudis, sonriendo a su hermano mientras se abotonaba su chaqueta de lana.

-Tenemos bastante suerte -respondió Esteban, abrigándose las manos con sus mitones-. Yo sé exactamente lo que quiero comprar.

Las vidrieras estaban llenas de regalos, y los niños se quedaron mirándolos durante un buen rato. La gente caminaba apresuradamente de un lado a otro con sus brazos llenos de paquetes. Todos parecían estar muy contentos.

-Allí está el camión que quiero -anunció Esteban y sus ojos le brillaban mientras caminaba apresuradamente hacia el departamento de juguetes.

A Gertrudis ni siquiera le llamaron la atención los juguetes. Ella eligió un hermoso par de guantes de color castaño, que eran en parte de lana y en parte de cuero.

"Estos son precisamente los que mamá necesita para mantener sus manos calientes cuando conduce el auto", se dijo Gertrudis. Y colocó los guantes en su canasta de compras.

"Ahora tengo que encontrar algo para mi hermanito Timoteo. A él le va a gustar uno de esos animalitos de felpa". Y pensando en eso, Gertrudis se dirigió a una mesa llena de diferentes clases de animalitos. La mayoría de ellos estaban dentro de una bolsa de plástico. "¡Qué precioso osito! ¡A Timy le encantará!" Tomó entonces un osito amarillo que estaba fuera de la bolsa de plástico, y se lo acercó a la cara para sentir su suavidad.

Cuando Gertrudis pensó en el rostro de Timoteo, le invadió un sentimiento de ternura... y pudo anticipar ese rostro iluminado de felicidad cuando recibiera el osito.

Sacando la lista de su carterita roja marcó o tildó el nombre de la madre y el de Timoteo. "Ya tengo el regalo para papá, de modo que sólo me falta el de Esteban". Entonces se detuvo a contar el dinero. "Todavía me quedan cuatro pesos y sesenta y cinco centavos". (Eso era cuando el dinero tenía más valor.)

Gertrudis sabía lo que a Esteban le gustaba. Fue al mostrador donde estaban los cortaplumas. "Este es el que dijo que le gustaba a él",. Cuando la vendedora le pasó el cortaplumas de color castaño, ella le sonrió. Todavía le quedaba suficiente dinero para comprar una caja de lápices de colores para ella. Esteban todavía estaba en la sección de los juguetes. Ella le echó una mirada. Notó que tenía en la mano una bolsa grande con un bate de béisbol que asomaba por arriba. En ese momento él vino a donde ella estaba.



-Esteban, yo ya terminé todo -dijo levantando la bolsa con los paquetes-. Qué divertido ha sido, ¿no es cierto?

Esteban apoyó su bolsa sobre el mostrador.

-Yo conseguí lo que quería. Vayamos a casa. Estoy cansado.

Los chicos salieron de la tienda y se encaminaron hacia la casa.

-Apenas puedo esperar a que llegue Navidad. Esta noche envolveré los regalos y los colocaré debajo del arbolito -comentó Gertrudis mientras corría y saltaba a lo largo de la acera.

Esteban frunció el ceño. Llevaba su bolsa de juguetes como si le pesara demasiado. Cuando ambos llegaron a la casa, él se encaminó directamente a su cuarto del segundo piso.

-¿Sabes, mamá? -anunció Gertrudis colocando su bolsa sobre la mesa de la cocina-, me divertí mucho comprando regalos. ¿Puedo envolverlos ahora?

Por fin llegó la Nochebuena, y Gertrudis no cabía en sí de entusiasmo. Apenas podía esperar el momento en que se repartirían los paquetes.

-Navidad es la época más feliz del año -dijo mientras apretaba entre sus brazos a su hermanito Timoteo, que sonreía y con sus manecitas regordetas daba palmadas como si hubiera entendido lo que Gertrudis quería decir.

Finalmente se habían repartido todos los regalos. Gertrudis echó una mirada para ubicar a Esteban. Este estaba sentado en un rincón, solo, rodeado por sus regalos. A Gertrudis le pareció que su hermano no se sentía bien. Ella se había sentido tan feliz con sus propios regalos que no había notado que su hermano estaba allí, solo, arrinconado.

-¿Te gustan tus regalos, Esteban? Yo recibí muchas cosas lindas -dijo acercándose a su hermano.

-No, a mí no me gustan mis regalos.

Y al decirlo, Esteban dio un puntapié a su nuevo camión haciéndolo rodar hasta el otro extremo de la habitación y tiró su guante de béisbol debajo de la silla. A mí no me gusta Navidad.

-Esteban, ¿estás enfermo? ¿Por qué no te gustan tus regalos de Navidad? -le preguntó Gertrudis asombrada.

-¡Estoy disgustado! Estoy disgustado conmigo mismo. Yo no le di nada a nadie, sino que gasté todo el dinero para mí.

Y de nuevo dio un puntapié a una caja que se deslizó sobre el piso.

-Esta Navidad ha sido muy fea, pero el año que viene será diferente. No seré tan egoísta -explicó.

En eso el padre de Esteban se acercó a él.

-Das la impresión de que la Navidad no ha sido una ocasión muy feliz para ti, hijo.

Esteban no levantó la vista, pero se corrió un poco más en su rincón.

-Supongo que las personas egoístas no se divierten mucho -dijo.

-Tal vez tu mejor regalo de Navidad es la lección que has aprendido de que, "más bienaventurado es dar que recibir" -y el papá colocó una mano comprensiva sobre el hombro de Esteban y le sonrió de hombre a hombre.

EL MEJOR REMEDIO

Muy enojado por la ofensa, Martín se encaminaba al bosque, resuelto a que Juan le pagase por el atrevimiento. Llevaba un martillo, dos estacas y un trozo de alambre. ¿Adónde iba? ¿Qué se proponía hacer?

Sigámoslo para ver. Se dirige resuelto al centro del bosque. Escoge un lugar apropiado precisamente antes de una curva del sendero y, mirando que nadie lo vea, clava una estaca a la derecha y la otra a la izquierda del caminito.

Luego ata un extremo del alambre a unos diez o quince centímetros del suelo en una estaca, lo estira a la otra y ata el otro extremo a la segunda estaca, más o menos a la misma altura. El alambre queda bien tirante y, amarrado como está, no se aflojará con facilidad.

¿Qué ocurrencia la de tender una trampa así? Ese alambre escondido en la curva es capaz de hacer caer a cualquiera que pase y no lo vea. ¿Por qué hace eso Martín? ¿Es acaso un malvado?

Pero continuemos observando lo que sucede. Se oyen pasos, y antes de que Martín se pueda esconder aparece el tío Matías, un anciano que desde hace mucho vive en el pueblo donde todos lo conocen por ese nombre. Es un gran amigo de la juventud y conoce a todos los chicos del barrio. Se sorprendió cuando vio a Martín tratando de esconderse, y lo llamó.

-¡Hola, Martín! ¿Qué haces aquí? -¡Hola..., tío Matías!.. , --contestó Martín sin mucha animación. -¿Qué estás haciendo aquí hijo? ¿Te pasa algo? ¿Qué has hecho?

- Martín no respondió. No podía mirar al tío Matías en los ojos. El anciano lo toma de la mano y juntos caminan hacia la trampa de Martín. Cuando llegan a ella, el tío Matías la ve y dice:

-¡Quién habrá sido el malvado! ¿Sabes quién ha hecho esto, Martín?

Martín queda callado, baja la cabeza y se turba.

-Ya comprendo, ya comprendo -dice el anciano- Pero, ¿por qué lo has hecho, Martín? -Es, que... Juan... me robó una lanchita y se fue... al lago, y... se le perdió..., y no me puede conseguir otra para devolvérmela - contesta Martín entre sollozos.

¡Ah! Ya comprendo, ya comprendo. Ahora tú le quieres dar una lección, haciéndolo caer y que se dé un golpe.

-Sí, eso era lo que quería, tío Matías.

-¿No te parece que es una venganza muy ruin? ¿No te parece, Martín, que es peligroso hacer estas trampas? ¿No ves acaso que en ellas caen inocentes y culpables? Debes hacer algo que le duela solamente a él. Pero, que sea algo que le sirva como lección para la vida. Algo que le afecte tanto, que no lo olvide muy pronto.

-¿Qué?

-¿Realmente quieres saberlo? Mira que es muy difícil aplicar ese castigo.

-¡Sí, sí! ¡Dígame, no importa cuán difícil sea!

-Bueno, escucha. Lo primero que haces es quitar ese alambre de allí. Luego invitas a Juan a tu casa una tarde, y cuando llegue le pides a tu mamá un poco de limonada para los dos y lo convidas. Luego de refrescarse, lo invitas a pasar al tallercito de tu papá, pero antes le pides permiso a él, y entonces allí le ofreces que le enseñarás a hacer lanchitas a cambio de su ayuda. Antes que haya pasado la tarde, tendrán dos lanchitas hechas, mejores que la que se te perdió, y le habrás aplicado un castigo que no olvidará nunca. Tal vez no te parezca que es así, pero muchas veces el que le paguen a uno bien por mal duele más que otra clase de castigo en que se paga mal por mal. Y siempre es una satisfacción haber podido ganar otro amigo. ¿Lo vas a probar?

-Sí, tío Matías y sé que Ud. tiene razón, porque mi maestra dijo lo mismo hace unos días.

Y ahora que nosotros hemos oído el diálogo de tío y sobrino nos vamos para que no sepan que hemos estado espiándolos.

EL MILAGRO DE HIROSIMA

Asako Furunaka nació el 12 de agosto de 1921. Su padre era un empresario exitoso en Japón. Asako, una joven tenaz e inteligente, asistió a la escuela nocturna después de graduarse como maestra. A los treinta y dos años llegó a ser reportera de un periódico, algo muy raro para su época. Contrajo matrimonio con un profesor universitario y, aunque no tenían hijos, disfrutaba de una vida dichosa. Un día, sin embargo, cuando Asako tenía más de cincuenta años, su esposo le confesó que tenía una amante y le pidió el divorcio. Ella se vio inundada por la desesperación y el rencor, por la tristeza y el odio hacia su ex marido. Sentía que ya nunca podría creer en nada y poco después cayó en una profunda depresión. Cuando su vida pasaba por el peor momento, alguien la invitó a la iglesia, y comenzó a asistir con regularidad. Aprendió sobre el perdón y halló esperanza en la Biblia. La paz retornó a su corazón. Sin embargo, no tomó la decisión del bautismo.

Relatos increíbles

Debido a su capacidad y preparación, se la invitó a ser maestra de Escuela Sabática de niños. Aceptó de buena gana la tarea, y comenzó a enseñar las lecciones del folleto. Cierta vez, se trataba de los tres amigos de Daniel que fueron protegidos a pesar de ser arrojados en el horno de fuego. Después de compartir esta historia, uno de los niños exclamó: «¡Yo no creo eso!». Pero entonces, una de las niñas dijo: «Yo sí lo creo, porque mi abuela siempre me cuenta que ningún miembro de la iglesia adventista de Hiroshima murió cuando cayó la bomba atómica en la ciudad». Al oír esto, Asako se dio cuenta de que si bien había enseñado la lección, en realidad ella tampoco creía ese relato, como tampoco creía en lo que había dicho la niña. Al mismo tiempo pensó: «¿No soy acaso reportera? Yo podría descubrir si lo que dijo esta niña es verdad o no. ¡Tengo que averiguarlo!» Así es que comenzó a visitar a todos los miembros de iglesia que habían estado en Hiroshima el día del bombardeo.

Un día fatídico

Cuando la primera bomba atómica de la historia cayó sobre Hiroshima en la mañana del 6 de agosto de 1945, destruyó instantáneamente todo lo que estaba en un radio de dos kilómetros, y la temperatura a nivel del suelo alcanzó los inimaginables seis mil grados centígrados. Todos los que vivían en un radio de cuatro kilómetros murieron calcinados. Se generó un viento tremendo de 4,4 kilómetros por segundo, que hizo que aun los edificios de cemento se desplomaran y que trozos de vidrio volaran hasta dieciséis kilómetros

de distancia. La radiación de la bomba fue increíblemente elevada. Los que estuvieron expuestos a ella perdieron todas las funciones corporales y sus células sufrieron apoptosis, un tipo de suicidio celular. Entre la explosión misma, los incendios que produjo y las quemaduras por radiación, doscientas mil personas perdieron la vida.

Ningún adventista fue afectado

En medio de esta destrucción, ¿puede haber sido posible que ningún miembro de iglesia, aun el que vivía a menos de un kilómetro de dónde cayó la bomba, perdiera la vida o terminara herido? Con grandes dudas, Asako comenzó a visitar a cada persona de la iglesia que había estado en la ciudad ese día. Lo que descubrió fue que en medio de las inmensas posibilidades de morir que habían existido, ninguno de los miembros de iglesia perdió la vida o fue herido. La abuela había transmitido un relato verdadero que la niñita repetía con total confianza. Y eso le dio pie a creer que los tres amigos de Daniel también se habían salvado. Durante su investigación, Asako escuchó el testimonio de la Sra. Hiroko Kainou quien, sorprendida por el terrible y repentino viento, cayó de rodillas y oró. Aunque todos los vidrios de su casa explotaron, ella salió sin un solo rasguño. Los otros veinte adventistas de Hiroshima se salvaron y salieron ilesos. Aunque seis ya han fallecido muy ancianos, los esposos Morita, los Yoshimura, los Sumi, los Matsutani y otros, aún están activos. La hermana Iwa Kuwamoto, quien aún realiza evangelismo por teléfono y por carta a los ochenta y tres años, se encontraba a menos de un kilómetro del sitio donde cayó la bomba. Cuando salió arrastrándose por entre los escombros de los edificios destruidos, fue testigo de la gran nube

en forma de hongo que oscureció al sol y cubrió la tierra de tinieblas. Trató con desesperación de ayudar a su esposo, que era incrédulo, para sacarlo de la destrucción radiactiva. Pero los incendios comenzaron a cercarlos. Tomó entonces la mano de su esposo y exclamó: «El fuego pronto nos alcanzará. No puedo hacer nada; muramos juntos. Dios lo sabe todo. Por favor, acepta a Jesús. ¡No puedo salvarte!». Pero su esposo dijo: «Yo moriré aquí, pero tú tienes que escapar porque tenemos hijos. Tienes que salir de aquí y buscarlos. ¡Hazlo por los niños!». Una vez más ella dijo: «No, no hay forma de escapar de este fuego. Moriré contigo». Pero su esposo no la escuchó, sino que le dijo: «¡No! Por mucho tiempo me rebelé contra mi madre y contra ti, y no creía en Dios. Pero ahora creo en la salvación de Dios, y en que nos podremos ver nuevamente. Por favor, ve y encuentra a los niños. ¡Ve ya mismo!». Entonces, con lágrimas abrasadoras y el corazón quebrantado, dejó a su esposo y, arrojándose agua, escapó de las llamas y finalmente logró reunirse con sus hijos. Tomiko Kihara era médica y en ese entonces tenía su propia clínica. Había estado de turno la noche anterior y llegó a su casa a las dos de la madrugada, por lo que estaba durmiendo cuando cayó la bomba. Aunque se encontraba a menos de un kilómetro del epicentro, no le pasó nada, y salió ilesa. Sacudida profundamente por la explosión, corrió afuera para ver qué pasaba, pero lo único que vio fue la tierra quemada y ennegrecida. Al darse cuenta de la seriedad de la situación, corrió hacia un hospital en el extremo de la ciudad y, durante una semana –sin descansar ni dormir– trabajó ayudando a las víctimas, dado que pocos médicos habían sobrevivido en la ciudad. En las semanas y meses que siguieron a la tragedia, continuó usando todo lo que tenía para ayudar a las víctimas, y pudo testificar ante muchos de ellos.

Una creyente verdadera

Como resultado de estos testimonios, Asako Furunaka aceptó plenamente a Dios y fue bautizada. Recibió entonces el llamado de compartir con otros la fidelidad del Salvador y, a los cincuenta y ocho años, ingresó al programa de teología del Colegio Saniku Gakuin de Japón. Después de graduarse llegó a ser pastora de la iglesia adventista de Kashiwa y más tarde trabajó como instructora bíblica en la iglesia adventista de Kisarazu. Aun después de jubilarse, ha seguido evangelizando a todo el que entra en contacto con ella. Y ahora, con casi noventa y muy buena salud, dice: «No tengo familia en esta tierra que me sostenga, pero sé que Dios me ama, y por eso me siento dichosa».

Fuente: Adventist World

EL MONO RECUPERADO

— ¡Eh, señor! —Gritó Tommy Burton—. ¡Usted perdió su mono!

Después de correr una larga distancia, Tommy, casi sin aliento, llegó al circo con el monito que había encontrado a la orilla de la carretera.

—Yo no lo perdí —respondió el empleado del circo—. Lo que pasa es que como casi se estaba muriendo, decidí tirarlo fuera.

Tommy casi no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Arrojar fuera a un pobre mono sólo porque se estaba casi muriendo!

Indignado, Tommy preguntó:

—¿Usted no podía haberlo cuidado?

—Este monito no está bien, y va a morir antes de que llegue la noche. No vale la pena cuidarlo.

Una mezcla de rabia y piedad inundó los ojos de Tommy.

— Bien, un día usted se va a arrepentir de haber tratado así a este animalito.

Tommy dio la espalda y caminó de regreso a su casa, con el monito en sus brazos. La tierra caliente de la carretera le hacía doler sus pies descalzos; por eso, al llegar a un lago, se sintió feliz por poder sentarse en el barranco y sumergir sus pies en el agua. Y también dio de beber al mono.

— Bien, monito —dijo Tommy—, aquel empleado del circo puede juzgarse un sabiondo, pero voy a mostrarle que está equivocado. Yo no sé tratar enfermos. ¡Pero mi madre sí lo sabe muy bien!

Después de mojar la cabeza del monito con agua fresca y acomodarlo cuidadosamente en su blusa, Tommy corrió hacia su casa.

Cuando el muchacho llegó, cansado y hambriento, el mono todavía estaba vivo, y con señales de mejoría.

Cuando la madre de Tommy vio al enfermo, dijo:

— Creo que todo lo que necesita es una buena alimentación, paz y tranquilidad. Me parece que está cansado de todo el ruido y movimiento del circo. Voy a prepararle una papilla de harina; tú prepárale una cama de paja limpia y coloca agua cerca para que pueda beber. Entonces debemos dejarlo absolutamente solo.

Vamos a hacer por él todo lo que podamos; el resto dejaremos que lo haga la naturaleza.

Para Tommy no fue fácil dejar solo a su nuevo amigo y no poder acariciarlo. Pero en cuanto amaneció, el muchacho se levantó y corrió hacia el cobertizo para ver cómo estaba el monito.

Vacilante, abrió la puerta temiendo lo que podría encontrar. No te imaginas la sorpresa que tuvo al espiar.

Vio a su compañero sentado en una viga del techo.

La alegría de Tommy fue tan grande que se puso a aplaudir, y con eso el mono se retiró rezongando hacia la otra extremidad de la viga. Con pesar, Tommy pensó: "¡Qué cosa, lo primero que se me ocurre hacer es amedrentarlo; pienso que no merezco tener un mono!"

Pero luego se hicieron amigos otra vez, y Tommy fue corriendo a dar las buenas nuevas a la madre.

El monito todavía no estaba restablecido, por eso Tommy y su madre tuvieron que tratarlo con mucho cuidado durante una semana más. Entonces sí, se sanó, y Tommy se sentía muy orgulloso por tener un monito que lo acompañaba a todas partes, como un perrito. Peter, como ahora lo llamaba Tommy, era tan inteligente que parecía entender todo lo que Tommy le decía.

Un día Tommy, muy feliz, le dijo a la madre:

—Casi no puedo creer que tengo un mono de verdad, que nunca huirá de mí. ¿Recuerdas cómo soñaba con un monito?

¡Pero nunca, nunca imaginé que un día tendría el mío propio!

La mamá se puso seria, y dijo:

— ¿Ya pensaste, Tommy, en lo que va a suceder cuando el circo regrese?

Los ojos de Tommy se agrandaron.

—Mamá, ¿Quieres decir que Peter me va a dejar para volver al circo?

— No es eso, hijo. Pero sabes que el hombre no te dio el mono.

¡Pero él lo tiró fuera! —exclamó Tommy indignado—. Supongo que tengo derecho a quedarme con Peter, porque le salvé la vida.

— Piensa bien, Tommy, piensa bien.

Tommy pensó mucho, y finalmente decidió que llevaría al mono de vuelta a su dueño.

Pero podría haber una solución para aquel problema. Y con eso en mente, Tommy comenzó a economizar las moneditas y hacer todo tipo de trabajitos para ganar más. Tal vez podría comprar a Peter, si consiguiera el dinero suficiente.

Tommy nunca había sentido pasar un año tan rápido, y al aproximarse la semana del circo se ponía cada vez más temeroso.

No podía soportar la idea de separarse de su amigo.

¡Especialmente porque ya le había enseñado tantas travesuras!

Con los ojos llenos de lágrimas y Peter sentado en su hombro, Tommy caminó hacia el lugar donde se había instalado el circo.

Por el camino iba conversando con él:

—Cuando el dueño del circo vea cuan listo eres, seguro que va a querer quedarse contigo.

Peter no entendió bien el motivo de las lágrimas, pero tarareaba excitadamente durante aquel extraño viaje hacia la villa.

Cuando el dueño del circo oyó el relato de Tommy, dijo:

—Sí, jovencito, me enteré de que uno de mis empleados tiró fuera el monito, y entonces lo despedí. No permitimos que tales cosas sucedan cuando podemos evitarlas. ¿Entonces, es éste el monito enfermo?

Muy bien, creo que eres un muchacho muy inteligente, pues lo cuidaste y conseguiste que sanara. ¿Y ahora qué vas a hacer con él?

—Es suyo, señor —dijo Tommy con voz trémula—

Pero...pero él es muy listo, y... y usted tendrá que ser muy bondadoso con él.

Con un enorme nudo en la garganta, Tommy parecía incapaz de decir las palabras que había practicado tanto tiempo.

—¿Hace algunas travesuras?

—¡Oh, es un mono extraordinario! —exclamó el hombre del circo, después que Peter mostró sus hazañas

— ¿Cuánto quieres por él?

Tommy, con un suspiro, repitió:

— ¿Cuánto quiero por él?

Luego de una angustiada pausa, las palabras de Tommy salieron, una tras otra, excitadamente:

— ¡Oh, señor!, si... si piensa que es mío, déjeme quedarme con él... ¡Eso es todo lo que quiero! Peter es mi compañero, ¿cómo podría venderlo?... No quiero ningún dinero... ¡Quiero solamente a Peter!

Terminando sus palabras, muy emocionado, Tommy ocultó el rostro en el pelo del mono.

Extendiendo el brazo sobre los hombros del muchacho, el dueño del circo lo consoló diciendo:

—Tienes razón, muchacho. No hay en el mundo dinero capaz de comprar un buen compañero. Quédate con él. Tráelo para ver a su madre y los programas del circo todos los días, si así lo quieres. No pagarás la entrada. ¡Tú y Peter son mis invitados durante toda la semana!

EL MUCHACHITO CAMARERO

El Señor necesitaba un misionero que fuera a Bonaire. Para ello escogió a Pedro, un muchachito español. Al principio, este muchacho era solamente el camarero de un barco que comerciaba entre las islas situadas frente a la costa venezolana.

Un día, este camarerito halló un gran libro negro en uno de los camarotes del barco. Era algo nuevo y raro para Pedro. Miró el libro por unos momentos. Luego lo abrió y empezó a leer.

Cada vez que el dueño salía del camarote, Pedro se escabullía y empezaba a leer el libro. A medida que lo hacía, le gustaba más y más, pero tenía mucho cuidado de que nadie lo viera leyéndolo.

Finalmente decidió llevarse el libro. Cuando nadie lo veía, se lo llevó a su camarote. Allí leyó y leyó el libro, que era la Biblia. Para sorpresa suya, Pedro aprendió en la Biblia que no era correcto robar ni mentir.

Entonces se dio cuenta de que no había hecho bien en llevarse la Biblia, y la devolvió.

Se consiguió otra y siguió leyendo. La Biblia le enseñó que debía entregar su corazón al Señor y guardar el sábado que Dios había santificado.

Después de un tiempo, Pedro se encontró con algunos adventistas. Se sintió muy feliz al saber que ellos también creían en la Biblia, así que el muchacho la estudió más con sus nuevos amigos. Poco después quiso ser bautizado. Confesó sus pecados e hizo todo lo que estuvo a su alcance para remediar sus errores pasados. Entonces fue bautizado.

Después de eso, fue de una a otra isla vendiendo los libros que hablaban de Jesús. Se interesó especialmente en la gente que vivía en la pequeña isla de Bonaire.

Pedro dijo a los misioneros: "Me gustaría vivir en la isla de Bonaire y enseñar a la gente acerca de la verdad".

Estos le contestaron: "No tenemos dinero suficiente para enviarte, Pedro".

El jovencito pensó que tendría que abandonar la idea. Sin embargo, un día, hablando con un comerciante chino, le dijo cuánto deseaba ir a Bonaire.

El comerciante le dijo inmediatamente: "Te ayudaré si realmente quiere ir. Puedes trabajar para mi compañía y vender mercaderías en la isla".

¡Qué feliz se sentía Pedro! Ahora podría enseñar a la gente de Bonaire acerca de Jesús.

Desde el mismo comienzo el joven tuvo mucho éxito en la venta de sus mercaderías. Pero lo que más lo alegraba era su éxito en enseñar al pueblo acerca del gran Dios del cielo. Durante semanas, Pedro siguió trabajando y enseñando a la gente acerca de Jesús. Pudo ver cómo el Señor bendecía su obra en Bonaire.

Un día, el presidente de la misión, recibió de Pedro una carta muy importante. Le decía: "Por favor, venga a Bonaire enseguida. Hay personas aquí que están ansiosas de ser bautizadas".

Esta era una noticia muy buena para el director. En cuanto pudo, fue a la isla. ¡Allí encontró a dieciocho personas guardando el sábado! Después de darles algunos estudios bíblicos más, el presidente de la misión los bautizó. Ya habían construido una pequeña iglesia en la cual tenían sus reuniones.

Pedro siguió trabajando y el Señor siguió bendiciendo su obra misionera. Veinte personas más oyeron la maravillosa historia del amor de Jesús y le entregaron sus corazones.

EL MUCHACHO QUE ERA SIEMPRE EL MEJOR

Alberto tenía una extraña idea en su mente: estaba seguro de que cualquier cosa que hacía o decía era siempre lo mejor.

Siendo un niño todavía pequeño le decía a su mamá - ¿No crees que tengo dientes más filosos que los demás chicos?

Otra vez dijo:

- Mamá, puedo comer más rápido que cualquier otro chico en el mundo, ¿no es cierto?

Cuando creció un poco más, dijo un día:

- ¡Qué rápido que ando en mi bicicleta! Más rápido que ningún otro, ¿no es cierto, Mamá?

Y siempre estaba seguro de que podría hacer mejor casas con sus ladrillos de juguete que cualquier otro muchacho del barrio.

No lo vas a creer, pero una vez dijo que estaba seguro de que su perro tenía mucha mejor estampa que todos los perros del mundo, lo que hizo que todos se rieran de él.

Naturalmente, todo esto parecía muy divertido, pero a la mamá de Alberto no le gustaba mucho: Nadie desea estar cerca de alguien que se alaba a sí mismo todo el tiempo, y cuanto antes aprendan los chicos -y las chicas- esta lección, mejor será para ellos. Por lo menos, eso era lo que pensaba la madre de Alberto, y trataba de encontrar la forma de hacer que su muchachito lo entendiera también.

Un día le dijo que estaba pensando hacer una fiesta sólo para él, y que invitaría a dos o tres muchachos que él no conocía.

Alberto estaba contentísimo, y esperaba el día de la fiesta con verdadera impaciencia.

- Mamá - dijo un día -, estoy seguro de que mi fiesta será la mejor que alguien haya tenido alguna vez.

-Creo que sí -dijo la mamá con un guiño.

Por fin llegó el gran día, y exactamente a tiempo llegaron a casa tres de los muchachos más agradables que Alberto hubiera visto alguna vez. Eran tan atentos y amigables que deseó que pudieran quedarse siempre a jugar con él.

La mamá había preparado muchos juegos y carrera: que todos participaran y lo hacían con gran bullicio que resonaban por toda la casa y el jardín.

Después de un rato la mamá comenzó a notar extraño en la mirada de Alberto, como si no estuviese todo conforme con algo. Pero por el momento no dijo nada. Los organizó para una carrera por el jardín, hasta el manzano ida y vuelta. Salieron corriendo tan rápido como podían, pero aunque Alberto corrió todo lo que pudo, tuvo que conformarse con llegar el último.

Lo mismo ocurrió cuando llegó el momento de correr en su pequeña bicicleta, mientras la mamá tomaba el tiempo con su reloj. A veces Alberto llegaba segundo o tercero pero nunca podía ser el primero.

Cuando fue la hora de entrar a la casa, se pusieron a jugar con los ladrillos de plástico de Alberto, y Mario, uno de los visitantes, hizo un castillo tan hermoso que hasta Alberto tuvo que reconocer que era mejor que el suyo.

Cuando llegó la hora de comer, Alberto, que había quedado atrás en todos los juegos, quería ganar a sus amigos en alguna cosa, aunque fuera comiendo más rápido que ellos. Comenzó a comer tan rápidamente que la mamá tuvo que decirle que tuviera cuidado o podía atragantarse.

Por fin llegó la hora cuando los visitantes debían irse. Cuando se fue el último, la mamá le preguntó a Alberto si había disfrutado de la fiesta.

-Oh, sí, bastante -dijo, mirando por la ventana.

- No te sentías realmente feliz, ¿verdad? -dijo la mamá.

- ¿Cómo lo sabes? -preguntó Alberto sorprendido.

- Lo podía ver en tu rostro -dijo la mamá -; y creo que sé por qué.

- No pasaba nada, realmente, Mamá -dijo lentamente Alberto, tratando con mucho esfuerzo de parecer inocente.

- Yo creo que sí -dijo la mamá -. No te gustó que tus amigos ganaran las carreras e hicieran otras cosas mejor que tú.

Alberto quedó en silencio, y la mamá comprendió que había tocado un punto sensible.

- Fíjate, querido. La única vez que fuiste más rápido que los demás fue cuando devoraste la comida, y te aseguro que eso no fue muy delicado que digamos.

Alberto se sonrojó. Se sentía bastante incómodo. La mamá quedó en silencio también.

- Tienes que entenderlo, querido -dijo luego-. Nadie puede ser el mejor en todo. Yo no puedo. Tú tampoco puedes. No sería lo mejor para nosotros. Y si esperamos ser siempre primeros y mejores, nunca estaremos realmente felices, porque siempre veremos a alguien que va delante de nosotros. Por supuesto, podemos ser los mejores en algunas cosas, pero debemos estar siempre dispuestos a aceptar que otros pueden ser mejores en otras cosas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-Mmmm -dijo Alberto.

La mamá no pudo darse cuenta si era sí o no, pero aparentemente Alberto aprendió la lección, porque después de eso ella ya no le escuchó hablar demasiado de ser el mejor.

EL MUCHACHO QUE PERDIÓ EL BILLETE

- Sergio -llamó el papá-, que estaba ocupado martillando en su pequeño taller-, ven aquí, por favor.

-Sí, Papá -murmuró una voz soñolienta desde el interior de la casa.

- Ven. Quiero que me ayudes un poco.

- No tengo ganas de salir -dijo la voz.

- Mejor será que vengas pronto, hijo. No estoy dispuesto a quedarme esperándote.

Sergio pensó que era hora de moverse, y comenzó a salir del comedor.

- ¿Qué quieres que haga? -preguntó.

- ¿Qué quiero que hagas? -dijo el papá -. Bueno, hay montañas de cosas para hacer. Estoy por construir un nuevo gallinero en el fondo del jardín, y quiero que me ayudes a acarrear la madera.

-¡Uf! -rezongó Sergio-, yo iba a jugar...

-Este será un lindo juego-respondió el papá -. Ven, vamos, comienza a trabajar. Aquí está la madera, y tú sabes dónde tienes que llevarla.

- ¿Dónde, tengo que llevarla? -preguntó Sergio, tratando de pensar en cualquier excusa con tal de retrasar el trabajo lo más posible.

- Allá, hasta el fondo del jardín.

- ¿Qué maderas quieres que lleve?

- Esta madera -dijo el papá, algo más nervioso.

- Pero no puedo llevar todo eso.

- Claro que puedes. Apúrate, vamos. Estaré de vuelta con las herramientas antes que tú termines.

Sergio se movió lentamente hacia la pila de madera.

- Uf, Papá - rezongó -, es demasiado pesada.

- ¡Demasiado pesada! ¿Para un muchacho grande como?

-No la puedo levantar -dijo Sergio.

- ¿Por qué no?

- Demasiado pesada.

Sergio levantó una tabla y la dejó resbalar de sus manos hasta que cayó con estrépito.

- No hay caso -dijo-, no puedo hacerlo.

- Ahora, mira un poco -dijo el papá, pensando en una idea brillante -, ¿cuánto demorarías en llevar esa madera hasta el fondo del jardín si te diera un billete de éstos?

Y al decirlo dejó entrever un billete nuevecito en el bolsillo de su pantalón.

- ¿Uno de éstos? -preguntó Sergio, olvidando de pronto todo lo que estaba diciendo-. ¿En serio me darás dinero por hacer el trabajo?

- No, yo no prometí eso -replicó el papá; sólo me preguntaba cuánto demorarías en llevar esto hasta el fondo del jardín si yo te diera un billete.

- Mmmm... no sé -vaciló Sergio, muy interesado pero no muy seguro de adónde quería llegar el papá.

- ¿Te gustaría recibir un billete por hacer el trabajo? -preguntó el papá alegremente.

-¡Sí, claro que sí! - asintió Sergio.

- Bueno -dijo el papá -, antes de hacer el trato, déjame ver cuán rápidamente podrías llevar todo si yo te diera el dinero.

- Muy bien -dijo Sergio, tomando la tabla que estaba más arriba y corriendo por el jardín con la mayor rapidez que le permitían sus piernas. En menos de dos minutos estaba de vuelta en la pila.

- ¿Fui suficientemente rápido? -preguntó.

-Sí, eso estuvo muy bien -dijo el papá -. De manera que no eran tan pesadas, después de todo. Ahora puedes ir a casa.

- ¡A casa! -exclamó Sergio-; ¿para qué? Hay que llevar toda esa madera hasta el fondo del jardín.

-Sí, ya sé -dijo el papá- Es cierto. Yo la llevaré.

-Pero yo quiero llevarla -dijo Sergio- Quiero ganar, me el dinero que dijiste que me ibas a dar.

- Estoy seguro de que es así -dijo el papá -, pero es demasiado tarde para pensar en ello.

- ¿Demasiado tarde? - exclamó Sergio -. ¿Por qué?, si hay suficiente tiempo antes de que oscurezca.

-Oh, no lo decía por eso -dijo el papá algo triste -. Quiero decir que si lo hubieras hecho por mí desde el principio, sin todas esas quejas y rezongos, gustosamente te hubiera dado el billete que te mostré, y aún más, por ayudarme. Pero si mi hijo no va a trabajar por mí sólo por amor, ciertamente no tengo interés en que lo haga por dinero. Prefiero hacerlo yo mismo.

Hubo un silencio incómodo, y Sergio volvió a la casa muy pensativo.

Temprano a la mañana siguiente, mientras el papá se estaba afeitando en el baño, un ruido en el patio de atrás hizo que mirara por la ventana. En el fondo del jardín vio una extraña pila de leña cortada para la estufa. A mitad de camino por el sendero venía Sergio, con su rostro radiante al pensar en la gran sorpresa con la que iba a sorprender a su papá.

El papá entendió en un instante. Inmediatamente estaba bajando las escaleras, con un lado de su cara cubierto aún de espuma de jabón. Un instante más y estaba otra vez en el baño, completando su interrumpida afeitada. Pero había tenido el tiempo necesario para poner algo debajo de la taza de Sergio en la mesa del desayuno.

Era el billete que había sido perdido y recuperado.

EL MURIÓ POR NOSOTROS

En un cementerio de Búfalo, en el estado de Nueva York, se eleva sobre una tumba una magnífica cruz de mármol. En frente de esa tumba estaba sentado en un banco un anciano de cabellos blancos. Con las manos puestas sobre las rodillas tenía fijos sus ojos en la cruz, mientras que por su cara se deslizaban abundantes lágrimas. En más de una ocasión se lo podía ver allí, a veces acompañado por otras personas, también conmovidas. Cuando se le preguntaba acerca de su actitud, señalaba la lápida de mármol que descansaba sobre un pedestal, sobre la cual podía leerse en grandes letras: "Al timonel Juan Maynard. Los agradecidos pasajeros del 'Schwalbe'. El murió por nosotros". Si la gente insistía en los pormenores, relataba con labios trémulos y ojos humedecidos la siguiente impresionante historia:

Juan Maynard era timonel de un vapor que se dirigía de Detroit a Búfalo, y nosotros éramos pasajeros. Transcurría una hermosa tarde de verano, y la cubierta hormigueaba de gente, cuando una espiral de humo comenzó a brotar dentro del vapor.

-Simpson -gritó el comandante-, baja a ver qué sucede allí.

Simpson descendió y volvió arriba muy pálido.

-Señor comandante -exclamó-, el navío está incendiado. E inmediatamente se oyó surgir de todos lados el grito angustioso: "¡Fuego a bordo! ¡Fuego a bordo!"

Toda la tripulación acudió rápidamente a combatir el incendio con poderosos chorros de agua, pero todo fue inútil. Había en el cargamento gran cantidad de resina y alquitrán que frustraba todos los esfuerzos.

Los pasajeros corrieron hacia el capitán y le preguntaron:

-¿Qué distancia nos separa de Búfalo?

-Dos kilómetros.

-¿Cuánto tiempo se necesita para recorrer esa distancia?

-Tres cuartos de hora si conservamos la marcha.

-¿Hay algún peligro?

-¿Peligro? Miren cómo sube el humo. ¡Refúgiense en la proa si no quieren perecer!

Todos se precipitaron hacia adelante, pasajeros, marineros, hombres, mujeres y niños. Juan Maynard permaneció en el timón. El fuego irrumpía despidiendo llamas y negras columnas de humo. El comandante, usando un megáfono, gritó:

-¡Juan Maynard!

-¡A la orden, señor comandante!

-¿Estas en el timón?

-¡Sí, señor!

-¿Cuál es el rumbo?

-Sud sudeste.

-Dirige la proa al sudeste.

La costa se acercaba y otra vez gritó el comandante:

-¡Juan Maynard!

La respuesta de dejó oír muy débilmente:

-¡A la orden, señor comandante!

-¿Puedes aguantar cinco minutos más?

-¡Aguantaré con la ayuda de Dios!

El cabello del viejo timonel estaba chamuscado hasta el cráneo, el cuerpo quemado y la mano derecha carbonizada. Firme, sin embargo, como una roca en medio de las aguas, Juan Maynard se aferró con la izquierda al timón y enclavó la proa en la tierra. Todos estábamos a salvo, menos el timonel, quien cayendo en la playa expiró: murió por nosotros. Rodeamos el cuerpo profundamente enternecidos y con los ojos llenos de lágrimas. Aquí está sepultado. Marineros y pasajeros y casi toda la ciudad acompañaron su féretro; y cuando el cuerpo bajó al sepulcro se oyeron fuertes sollozos y voces de tristeza. Le erigimos este monumento, que no resistirá la acción del tiempo, pero su memoria ha de continuar en nuestros corazones; nunca lo olvidaremos, porque él murió por nosotros.

¡Apreciado lector! dirige tus ojos hacia el Gólgota y veras allí tres cruces, y en una de ellas verás al Varón de dolores del cual testificó el profeta:

"Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados (Isaías 53: 4,5)". Su memoria ha de continuar en nuestros corazones, y nunca lo olvidaremos, porque él murió por nosotros.

EL NIDO

Por IVY DOHERTY

A VECES en las vacaciones no sé qué hacer. Entonces recorro a mamá.

—¿Qué puedo hacer ahora, mamá? —le pregunto.

Un día en que le hice esta pregunta ella me respondió:

—Hay una cosa que sé que realmente te va a gustar hacer. Anda al cajón donde guardo los trapos y tráeme un pedazo de sábana vieja.

Yo estaba intrigado. ¿Cómo iba a divertirse un muchacho con un pedazo de sábana? Cuando le traje el pedazo de sábana, mamá me mostró cómo cortarlo en tiritas. Ahora estaba más curioso que antes, pero cuando le pregunté qué íbamos a hacer con las tiritas de trapo, mamá sólo se sonrió.

—Espera, y vas a ver, Pepe —me dijo. Cuando habíamos cortado 22 tiritas, mamá dijo:

—Ahora vamos a buscar un pedazo de alambre tejido, de ése finito, vamos a colgarlo de la cuerda de tender la ropa, y vamos a pasar estas tiritas por los agujeritos del alambre tejido.

Ella dejó que yo hiciera casi todo el trabajo. Yo seguía muy intrigado, pero mamá sólo sonreía.

—Ahora daremos un paseo y recogeremos algunas flores silvestres, y luego volveremos para ver qué ha ocurrido con las tiritas de trapo —dijo mamá.

Cuando volvimos con las manos llenas de flores, encontramos que muchos de los trapitos habían desaparecido del alambre tejido.

Mamá me acercó a un arbusto de lila, y me dijo que no hiciera ruido. Pronto llegó un pájaro de un color pardo grisáceo con el pecho amarillo, se paró en un árbol cercano y miró en todas direcciones para ver si no había ningún enemigo en los alrededores. Luego descendió, tomó con el pico una de las tiritas del alambre, y se fue con el trapito flotando en el aire.

Yo estaba muy entusiasmado.

—¡Estamos ayudando a construir un nido! —exclamé.

Mamá parecía estar muy divertida.

—Qué inteligente fue para encontrar tan pronto su material de construcción, ¿no es cierto? Vamos a sentarnos aquí sobre la hierba para observarlo.

El pájaro volvió muchas veces. Cada vez se paraba sobre la rama y miraba bien a su alrededor, luego descendía y se llevaba un trapito. Pronto se los había llevado todos.

Entonces mamá y yo cortamos pedacitos de lana de tejer, suave, de color azul, verde y amarillo. También cortamos tiritas de terciopelo rojo. El pajarito llevó los pedacitos de lana de colores, pero protestó y protestó por el terciopelo rojo, y aunque usó toda la lana, no quiso usar un solo pedacito de terciopelo rojo.

Descubrimos que el pájaro estaba construyendo el nido en la parte superior de un poste de teléfono a poca distancia de nuestra casa. Cuando llevaba el trapito o la lana, lo dejaba caer en el nido y luego se



metía adentro y se revolvía hasta que lograba acomodar el material como quería para formar el nido.

Aunque no podíamos ver dentro del nido, supimos cuándo nacieron los pichoncitos, porque cuando pasábamos cerca del poste de teléfono, oíamos la bulla que hacían.

Era el nido de un tirano. Me pareció que la forma en que el pájaro encontró el material para construir su nido en tan corto tiempo, revelaba que era inteligente.

El verano pasado, nuestros amigos volvieron otra vez. Allí estaba, la hembra, parada en el cerco de atrás, al lado de la cocina, piando en una forma muy autoritaria. Fui al cajón de los trapos limpios y le preparé unas cuantas tiritas. Me observó mientras las pasaba por el alambre tejido, y pronto comenzó a trabajar. Esta vez decidió hacer el nido en la copa de un roble que había cerca de la casa.

Tal vez quería estar más cerca de nosotros porque habíamos sido bondadosos con ella. Era una madre ruidosa, como también lo eran los pichoncitos. El machito también parloteaba bastante.

—¿Te gustaría ayudar a un pájaro a construir su nido? A las golondrinas les gusta encontrar plumas para forrar sus nidos; a las oropéndolas se las puede ayudar con hebritas de lana y trapitos; a los tordos les gustan las raicillas limpias. Por lo menos puedes comenzar con esas cosas. La paja, el papel, y aun las tortitas de barro son diferentes materiales que las aves usan para construir sus nidos. Ayudar a un pájaro a construir el nido es una de las cosas más lindas que un muchacho o una niña pueden hacer.

EL NIDO DEL COCODRILO

Por *María Branch*

FENA KIKOLO vivía en una aldea situada en una isla del Pacífico del Sur. La casa donde Fena vivía con su madre, su padre y un hermano menor llamado Biki, estaba hecha de palma de sagú. A Fena le tocaba quedar cerca de la casa durante todo el día mientras sus padres salían a trabajar en la huerta y en las plantaciones de cocoteros.



Una mañana Fena le preguntó a su mamá:

-¿Qué puedo hacer hoy?

El sol aún no había salido, y Fena se daba cuenta de que ese día se le haría muy largo hasta que sus padres regresaran a la tarde.

-Barre el patio alrededor de la casa-le indicó la mamá.

-Eso sólo me lleva un ratito. ¿Qué puedo hacer después?

La madre levantó la cesta que había tejido con las hojas de cocotero. Cuando volviera de la huerta, la traería cargada de boniatos o batatas y taro (una raíz parecida a la yuca o mandioca).

-Entonces puedes limpiar el horno de tierra y, por supuesto, debes vigilar siempre a Biki.

Biki todavía no podía hablar, de modo que a Fena, Biki no le servía de mucha compañía. Pero podía caminar, y Fena tenía que correr todo el día para cuidar al muchachito. A éste le gustaba gatear debajo de la casa, la cual estaba construida sobre parantes altos, y a veces se escapaba hasta llegar al borde de la selva. A Fena le hubiera gustado hacer algo diferente que sólo cuidar a su hermanito y realizar las pequeñas tareas domésticas de todos los días.

-Me gustaría hacer otras cosas -le dijo a la mamá.

-Cuando seas grande como yo podrás hacer otras cosas.

-Esperar hasta ser grande lleva mucho tiempo -respondió Fena.

Su madre se rió.

-Cuando seas grande querrás ser chica para no tener que trabajar en la huerta -le dijo la madre mirándola seriamente-. Fena, todo nuestro trabajo es importante.

Pero Fena no estaba contenta. Una mañana dijo:

-¿Puedo llevar hoy a Biki a jugar al río?

-Sí, pero recuerda que debes mantenerlo a tu lado continuamente. El es todavía muy pequeño y le gusta escaparse.

Fena estuvo de acuerdo. En cuanto los padres se fueron a trabajar, le dio el desayuno a Biki. Este comió su budín de taro que ella le sirvió en el extremo de una hoja de banano y cuando acabó su desayuno, salieron rumbo al río.

-Súbete a mis hombros -le dijo ella-. Así iremos más rápido.

Biki se subió a los hombros de su hermana y le puso las piernas alrededor de la cintura. Caminaron bordeando la huerta y el bosquecillo de bananos. Hacia calor y el tener que cargar al hombro a Biki, empeoraba la situación de Fena. Ella suspiró aliviada al oír el murmullo del agua del río. Poniendo a Biki sobre la arena le dijo:

-Quédate aquí. Voy a traer una hoja de banano para sentarnos, y entonces será más fresco.

Biki sonrió y con un movimiento de cabeza le hizo entender que lo haría. Fena regresó corriendo hasta un banano y arrancó una hoja ancha. Juntó luego un manojo de hojas parecidas a helechos. "Haré guirnaldas para ponernos en el cabello".

Cuando regresó al lugar, Biki había desaparecido.

-¡Biki! -llamó, pero su hermanito no respondió.

Fena corrió a lo largo de la ribera del río, llamando y mirando: ¿Qué le diría su madre? ¿Y cómo podría haberse ido tan lejos el muchachito? Ella se había ausentado por sólo unos minutos.

"Debo ir a la plantación a traer a papá", pensó. "No, mamá está más cerca". Fena no sabía si debía ir a la plantación para buscar al papá o a la huerta para buscar a la mamá. Ambos estaban demasiado lejos. "Tengo que encontrarlo yo", dijo en voz alta.

Corrió a lo largo de la ribera del río, se agachó para ver debajo de cada enredadera que cubría la ribera y miró debajo de cada arbusto y alrededor de los troncos caídos. En el preciso instante en que estaba por regresar para ir a la huerta, oyó un susurro. Se apresuró a acercarse a la barranca que quedaba junto al río. Allí vio algo que la dejó sin aliento. Un nido de huevos de cocodrilo estaba en parte expuesto al sol. Uno de los huevos se había abierto y había nacido el cocodrilito que se revolvía en el nido y embestía con su hocico los otros huevos.

Fena se cubrió la boca con la mano. "El cocodrilo se ha comido a Biki -susurró-; debo ir y decírselo a mamá".

Volvió apresuradamente al lugar donde había puesto la hoja de banano en el suelo. Si tan sólo Biki hubiera estado sentado allí. Fena se pasó la mano por los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Corrió tan rápido como pudo al lugar donde sabía que estaría su madre. Al llegar al borde de la huerta, vio a Biki parado debajo de un árbol de papaya.

Tenía la cabeza echada hacia atrás tanto como podía, mirando anhelante la fruta madura.

Fena corrió y lo apretó en sus brazos. El le echó los brazos a la nuca, y ella sintió el impulso de sacudirlo. Entonces él levantó su brazo regordete y señaló las frutas.

-Oh, tú siempre tienes hambre. Te podría dar una zurra. ¿Por qué no obedeciste lo que te dije?

Los oscuros ojos de Biki le sonrieron. Fena recordó el cocodrilo. Poniendo al pequeñito en el suelo, le colocó la mano sobre su cabello ensortijado.

-¡Quédate aquí!

Y subiéndose rápidamente al árbol de papaya cortó dos de las frutas. Se sentó en el suelo junto a su hermanito y ambos las comieron.

Cuando terminaron, ella dijo. -Sabes, Biki, tenemos mucha suerte.

Luego arrancó unas hojas anchas de un arbusto.

-Tenemos una madre y un padre que trabajan mucho y un Dios que nos cuida a todos nosotros.

Entonces quitó con las hojas el jugo pegajoso que Biki tenía en las manos y en la cara y luego lo ayudó a ponerse de pie.

-Ahora debemos ir a casa.

-Yo también tengo un trabajo importante. Nunca olvidaré que a mi me toca cuidarte a ti y cuidar de la casa-agregó.

Levantando entonces a Biki se lo puso en los hombros. Este le puso las piernas alrededor de la cintura y luego pasaron por el bosquecillo de bananos, junto a la huerta y la plantación, y llegaron a la casa.

EL NIÑO DEL GORRO

La puerta se cerró con un fuerte golpe. Ana había discutido con su mamá y salió muy enojada de casa. Estaba decidida a huir.

Mientras caminaba, pateaba piedrecitas y se decía así misma. “Esto no puede continuar. Todos quieren decidir por mí y mangonearme. ¡Ana, haz esto! ¿Aún no se dieron cuenta de que no soy más un bebé?”. Ana no percibió que alguien se aproximaba. Se llevó un gran susto cuando oyó: – ¿Me puedes ayudar? Al darse vuelta, Ana vio a un niño con un gorro en la cabeza. El debería de tener la misma edad que ella. Estaba vestido con ropas sucias y rotas; sus uñas estaban inmundas; sus ojos eran muy tristes.

-¿Estás triste? – le preguntó Ana al niño.

-Soy así – contestó él – Y tú pareces molesta.

-Sí, estoy mal con los de mi casa.

-Sé lo que quieres decir – dijo el niño. Tu padrastro te golpeó, ¿verdad?

Ana se admiró:

-No, yo no tengo padrastro.

El niño continuó:

-Entonces, tu madre te dijo que volvieras a la calle, para conseguir dinero. O alguien te ofendió. ¿Acerté?

-Ni una cosa ni la otra – contestó Ana – En mi casa, nadie dice malas palabras.

-¡¿No?! – Se admiró el niño – Entonces ¿cómo te molestaron?

Ana decidió contar sus problemas.

-Ahora que el abuelo murió, mi abuela vino a vivir con nosotros. Tuve que compartir mi cuarto con ella. ¿Sabes lo que es tener una abuela todo el tiempo preguntándote qué quieres, si quieres oír un relato, merendar, conversar o...?

-No lo sé – dijo el niño -. Nunca tuve una abuela ni un cuarto.

Ana estaba tan entusiasmada en su desahogo, que ni siquiera oyó bien lo que el niño le dijo y continuó hablando:

-Mi padre siempre me está diciendo que tengo que estudiar; mi madre diciéndome que ordene mis ropas en el armario; mi hermano toca mis juguetes. Hasta la empleada se mete en mi vida, queriendo que coma la comida que ella hace. ¡Ya estoy cansada de eso! Tengo ganas de huir de casa y de mi familia.

De repente, Ana dejó de hablar porque se dio cuenta de que el niño lloraba mucho, y se preocupó.

-¿Por qué estás llorando? ¿Te sientes mal?

El niño sollozó y contestó:

-Yo quisiera tener tu vida y una familia igual a la tuya...a la que yo le importara. A nadie le importo. Vivo por las calles, porque no tengo casa ni familia. Como lo que encuentro en los basureros. Sólo tengo las ropas que ves. Nunca fui a la escuela. Siempre quise tener una muñeca.

-¿Una muñeca? Pero si eres un niño, ¿por qué...?

Antes de que Ana completara su pregunta el “niño” se sacó el gorro de la cabeza.

-¡Eres una niña! – dijo Ana – ¿Por qué dejas que las personas piensen que eres un niño?

-Porque ya vi cosas muy feas que les sucedieron a niñas mayores; no quiero que ocurra lo mismo conmigo. Es verdad que los niños me golpean, principalmente a la hora de conseguir comida; pero las niñas tienen que hacer cosas mucho peores. Bueno,... creo que ya te hablé demasiado. ¿Tienes o no unas monedas para mí?

Ana no podía hablar. Estaba conmovida. Solamente negó con la cabeza.

-Entonces, me voy.

La niña puso el gorro en su cabeza y ya se iba, cuando....

-Espera – llamó Ana – ¿Tienes amigos?

-Nadie es amigo de nadie aquí.

-Quiero ser tu amiga – Insistió Ana.

-Siempre estoy aquí. Nos vemos otro día.

La niña bajó la calle corriendo y desapareció en la primera esquina.

Ana miró a los costados. No estaba lejos de casa. Decidió volver.

Cuando llegó, entró por la puerta de atrás, pidió disculpas a la mamá y le contó acerca del encuentro con la niña mendiga.

La señora Celeste dijo que, si Ana deseaba, podrían darle algunas ropas y juguetes a la niña. Podrían traerla para comer con Ana. Con el tiempo, quizás, hasta encontrarían una familia para ella.

Por supuesto que Ana deseaba eso. Esperaba poder reencontrar al “niño” del gorro, que ella sabía que era una niña, y contarle las novedades

EL NIÑO POBRE Y SU PRECIOSO LIBRO

El niño estaba al lado de la cama de su mamá y le escuchó decir: -Carlitas, el doctor ha estado aquí y me dijo que pronto voy a morir. No tengo nada que darte, sino esta Biblia. Quiero que me prometas que la leerás cada día y que confiarás con todo tu corazón en el precioso Salvador que murió •en la cruz por nosotros. Te volveré a ver en el cielo cuando él venga para llevar a los suyos al hogar celestial. Después que yo muera, no habrá nadie que te cuide aquí en este lugar. Así, toma tu Biblia contigo y vete a la montaña, donde vive tu tío Guillermo y pídele que te deje vivir con él.

Después de haber enterrado a su mamá, el niño salió en camino hacia la montaña. Hacía mucho calor y se detuvo para descansar. Abrió su Biblia' y la estaba leyendo cuando un hombre, en un automóvil muy elegante, que venía por la pradera, viendo a Carlitas le dijo:

-¿Qué libro estás leyendo?

-La Biblia, señor.

-¿Cuánto quieres por ella?

-No la vendo, señor.

-Te doy cuatrocientos pesos.

-No, señor, no deseo venderla.

-Te doy ochocientos pesos.

Carlitas miró sus pies descalzos y pensó qué bien le vendrían unos zapatitos nuevos, pero contestó:

-No, señor, no quiero venderla.

El rico caballero siguió ofreciéndole más, hasta que llegó a mil pesos. Esto era mucho más dinero del que Carlitas había tenido en su vida. Pero recordó a su madre, y llorando amargamente, dijo:

-¡No le daré esta Biblia ni aunque me dé cien mil pesos!

-Esto tocó el corazón del caballero, y preguntó:

-'Por qué amas tanto esta vieja Biblia? -Entonces Carlitas

le contó toda la historia y, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, agregó:

-Antes de morir mi madre, el jueves pasado, le prometí que nunca me separaría de esta Biblia; y no lo haré ni por cien mil pesos.

-¿Hada dónde vas, querido niño?

-A la casa de mi tío Guillermo, -contestó Carlitas.

-Vaya pasar por su casa, sube y te llevaré.

Así lo hizo. Encontraron que el tío Guillerro tenía media docena de hijos y que no tenía mucho interés en uno más.

Así que el rico caballero se llevó a Carlitas a su casa, y le dio una buena educación. Creció y fue un buen cristiano.

Carlitas recordó a su madre y las enseñanzas de Dios que ella le dio. Apreció el Libro de Dios, que en verdad era el tesoro más grande que su madre le pudo ofrecer. Carlitas honró a Dios, y Dios honró al niño y le dio un buen amigo, como ustedes vieron, cuando más lo necesitaba. Recuerden, mis queridos niños, que la Biblia contiene bendiciones tanto para ustedes como niños, como para las personas mayores.

EL NIÑO QUE QUERÍA VOLAR

Por *Vicente Duarte R*

TODOS hemos oído hablar de los viajes espaciales, ¿verdad? Hasta hemos visto por la televisión los lanzamientos de naves para explorar el espacio. También es algo muy familiar escuchar por la radio los informes de una misión espacial.

¿Y qué diremos de los aviones? Todos los días los vemos volar en distintas direcciones. No es raro que, entre nuestros variados juguetes, se encuentren aviones con los cuales jugamos a ser aviadores y nos figuramos que volamos sobre ciudades y continentes para conocer el mundo.



Pues bien, el niño de nuestra historia, que quería volar, era muy singular entre los demás de su ciudad natal, pues en su época muy pocos habían visto volar a un ser humano. Sólo había oído a su padre leer en un periódico las noticias sobre los experimentos hechos por varias personas en distintos países con el fin de poder volar.

Ese niño de quien ya comenzamos a hablar se llamaba Camilo Daza. Nació en Pamplona, República de Colombia, en el año 1898, cuando ni aún se pensaba en ver aviones que volaran sobre este pintoresco y montañoso país sudamericano. Comenzó sus estudios en la escuela primaria de su ciudad natal, enclavada en la cordillera delos Andes.

Siempre que salía de la escuela les hablaba a sus amiguitos de los planes que tenía, cuando fuera grande, de pilotear esas máquinas voladoras tan comentadas por los periódicos de su país. Se imaginaba volando sobre las montañas que circundan a Pamplona, viendo sus verdes campiñas aledañas, sus sembrados de trigo, su propia casa y la catedral colonial- de cuya arquitectura se enorgullecían todos los habitantes de dicha ciudad. Pero, ¿cuándo sería todo esto? Algún día cuando fuera.

Su ciudad natal, con un clima frío durante todo el año debido a su altura, ofrecía por lo menos una buena perspectiva para sus planes pues en esta ciudad colonial, tachonada de iglesias y conventos, abundaban también los colegios dirigidos por monjes, quienes poseían extensas bibliotecas en las cuales la mente intrépida del niño podría hallar si acaso una historia que lo animara.

Un día, al salir de sus clases, se quedó hablando con un monje a quien le pidió que le prestara un libro sobre esos ensayos hechos para volar. El monje quedó sorprendido por el pedido de su pequeño amigo; a nadie se le había ocurrido leer historias tan raras. Además sólo se había visto a los niños jugando a montar a caballo. Ni aún se conocían los automóviles; solamente los antiguos trenes de vapor. Y ahora este niño jugaba a manejar un aparato volador. Entre los muchos libros del convento no había ninguno especializado en tales temas. Sin embargo Camilo recibió la promesa de que quizá más tarde se le podría complacer en lo que pedía.

Un día de tantos, el monje halló un libro con biografías de grandes hombres de la época del Renacimiento italiano. De pronto... Allí estaba la historia precisa; la biografía de Leonardo de Vinci, que narraba datos muy curiosos relacionados con sus experimentos hechos hacía cuatro siglos para tratar de volar, imitando el vuelo de las aves.

Esa misma tarde llegó a casa de Camilo un mensajero del convento para decirle que su amigo el monje, le tenía una sorpresa.

Eso tiene que ser sobre las máquinas para volar, pensó inmediatamente y pidiendo a sus padres el permiso para salir, se abrochó su sobretodo y se dirigió al lugar donde le aguardaba la sorpresa.

Una vez en el convento, cruzó por el largo corredor que conducía a la biblioteca. Allí estaba el monje esperándolo de pie con un libro grande sobre el escritorio. Después de un caluroso saludo, Camilo recibió exactamente lo que deseaba.

-En ese libro hay algo que te va a gustar-dijo el monje, y señaló el voluminoso libro de las biografías-. ¿Sabes de qué trata? -preguntó el monje.

-Dígame- -exclamó Camilo.

-De las máquinas voladoras.

Exactamente eso era.

Ávidamente el niño leyó las páginas que narraban con elegante gramática los experimentos de Vinci. Desde luego, había muchas cosas que no podía entender, pero estaba muy feliz. Así pasó toda la tarde leyendo aquella historia.

Cuando salió para dirigirse a su casa su padre le aguardaba en la antesala del convento, muy serio, quizá por su demora. Ya había caído la tarde y en las angostas calles se encendían las luces.

Por fin su hijo había quedado satisfecho, pensó el padre al despedirse de aquel amable monje que había complacido las inquietudes de su hijo.

Esa noche Camilo no dijo nada, pero al día siguiente tenía otras preguntas que quería hacerle al monje. ¿Dónde fabricaban esas máquinas? ¿Había alguien que le enseñara a manejarlas? ¿Cuánto podría costar ese aprendizaje?

El monje quedó más sorprendido aún. ¿De dónde sacaba ese niño semejantes ideas? Lo único que el monje sabía, por la prensa de Bogotá, era que en los Estados Unidos de América, los hermanos Wright, habían construido en 1903 una máquina muy rudimentaria para volar, y que, años atrás en Europa, Clemente Ader lo había logrado en una máquina voladora de vapor.

Esta vez, su amigo monje sabía que no podría satisfacer más la curiosidad de su amigo, y colocando la mano sobre su hombro le dijo:

-Muchacho, que Dios te ayude; algún día lograrás lo que quieres.

· Ya contaba Camilo con doce años de edad. Realmente era muy chico para aprender a manejar un avión; no obstante fue a esa edad cuando dio rienda suelta a sus ansias de volar. Si se podía volar, pensó, él también lo intentaría, y así lo hizo lanzándose desde varios metros de altura, en su casa paterna, sustentado por unas alas construidas según su propia intuición. Fue entonces cuando sufrió una aparatosa caída, la primera como 'aviador'.

Pronto se recuperó de las heridas de su primer accidente y con gran coraje comenzó a salvar los inconvenientes que se le presentaban. En su mente sólo había una meta: sería piloto a pesar de todo.

Abandonó la escuela y consiguió un trabajo que le permitió ahorrar una buena suma de dinero. Llegó por fin el día cuando viajó a los Estados Unidos de América, para estudiar aviación. Como fruto de su tesonero esfuerzo y no pocas privaciones, logró graduarse de piloto a la edad de veinte años. Había realizado su sueño. Era un aviador.

Viajó luego a España, donde compró un rústico biplano, El Cuadrón, que, tras muchas peripecias, llevó a su tierra natal. Corría el año de 1919. En su pueblo natal sólo se comentaba una noticia: Camilo regresaba... y llegaría volando. Miles de personas, entre las que figuraban sus padres, se habían congregado en un campo despejado fuera de la ciudad, el cual serviría como pista de aterrizaje. Todos aguardaban impacientes. Era la primera vez que se vería algo semejante. De pronto se oyó a lo lejos el

ruido ensordecedor del motor. Todos los ojos se volvieron hacia el cielo azul del paisaje andino y allá, a la distancia, comenzó a verse un puntito en el cielo. Era el extraño aparato que todos deseaban conocer. Camilo volvía victorioso a su patria y a su ciudad natal.

No podía ser otro; sí, realmente él era. - El aparato voló primero sobre la ciudad. Allí desde el aire se veía la hermosa catedral, más allá su casa natal donde años antes había - caído al tratar de volar. Ah, sí, allá abajo estaba también el convento donde había leído la historia de de Vinci. Entonces el avión descendió suavemente sobre el campo de aterrizaje; se posó sobre el piso, rodó unos cuantos metros y finalmente se detuvo. El motor dejó de sonar, y de su rústica cabina descendió un joven alto, robusto y sonriente. Camilo había vuelto. Era piloto. ¿Qué más haría?

Las sonrisas, las lágrimas, y las miradas de asombro se conjugaron aquélla mañana. Todos deseaban saludar a Camilo; todos querían verlo y oírle contar sus aventuras. Pero el rostro siempre sereno de Camilo reflejaba lo que en su mente había; tenía planes tan extensos como el mismo horizonte; sus ojos parecían mirar hacia el futuro cuando los aires de Colombia serían surcados por aviones que unirían diversos puntos del país.

DÍAS más tarde se dirigió a Cúcuta, ciudad capital de su departamento, donde fundó al poco tiempo la Sociedad Norte-Santandereana de Aviación, efectuando vuelos locales de turismo.

Tantos fueron los esfuerzos de Camilo, que en ese mismo año se oficializó la aviación comercial en Colombia, utilizando hidroaviones Junkers W 34. Colombia era ahora la primera república de América y la segunda del mundo que tenía aviación comercial.

Las ideas de Camilo habían triunfado y eran la solución del transporte en un país tan montañoso como Colombia.

Pero allí no había terminado todo. El Ejército Nacional y la naciente Fuerza Aérea Colombiana necesitaban orientación y para eso estaba ahora Camilo. En 1922 comenzó sus actividades aéreas militares, y entonces obtuvo el grado de subteniente piloto. En 1929 fue enviado a especializarse en España, donde sufrió el más grave de los 32 accidentes de toda su vida de aviador. Aprendió a conducir el autogiro, híbrido de avión y helicóptero, inventado y construido por Juan de la Cierva.

En 1940, siendo mayor de la Fuerza Aérea Colombiana, funda en compañía de otro pionero de la aviación, David Méndez, una escuela de aviación civil donde enseña a pilotear a varios alumnos, entre los cuales se contaban algunas damas. Simultáneamente construye en el garaje de su propia residencia un modelo de planeador en el que logra registrar una nueva altura sobre Bogotá.

A los 58 años de edad el coronel Daza decide seguir estudiando e ingresa a la Escuela de Helicópteros de la Fuerza Aérea Colombiana, y en 1956 se gradúa con honores en este tipo de aeronave.

Su nombre se había extendido a lo largo y ancho de Colombia. El aeropuerto internacional de la ciudad de Cúcuta adoptó el nombre de Camilo Daza en honor al más famoso de los aviadores colombianos.

Durante la ceremonia que se llevó a cabo en esa oportunidad, el coronel Daza dijo: "Sólo deseo que Dios me conceda seguir volando y que me de el cielo para también volar allá".

Posteriormente, en diciembre de 1961, siendo el invitado de honor del comandante de la escuadrilla aérea acrobática norteamericana The Thunderbirds, el coronel Daza se sentó en la cabina de un reactor F 100. Durante el vuelo se efectúa el rompimiento de la barrera del sonido, y al final del mismo recibe el distintivo de piloto supersónico, a los 63 años de edad.

En 1973 Camilo Daza fue ascendido por el gobierno de Colombia al grado de Brigadier General de Aviación con categoría honoraria. Era el supremo reconocimiento de su patria al anciano piloto que tanto había hecho por la aviación colombiana.

La figura noble y valerosa de Camilo Daza había traspuesto los umbrales de la fama. Su existencia estaba colmada de gratos recuerdos; a la vez que su actuación se convertía en ejemplo de valor y decisión para todos, como también para sus propios hijos, cuatro de los cuales, y dos nietos, son pilotos.

El día 18 de marzo de 1975 se extinguió, en medio del afecto de todos sus amigos, la vida de aquel noble piloto que, desde que era niño, quería volar.

Los datos tomados para este relato, son fiel copia del "Álbum de Historia de la Aviación colombiana".

EL NUEVO COMPAÑERO DE JUEGOS

Por **GARNET MANRING**

ROLANDO y Enrique tenían un carro rojo, nuevecito. Esa mañana jugaron todo el tiempo afuera, con el carro. Primero Enrique llevaba a Rolando, y luego éste a Enrique. A veces los dos apoyaban una rodilla en el carro y con el otro pie lo empujaban a lo largo de la acera. En el patio de adelante había una bajada y uno al otro se llevaban en el carro, empujándolo por el declive. Se estaban divirtiendo en grande. La mañana se les pasó volando y muy pronto llegó la hora de comer.



-Esta tarde van a tener un huésped -les anunció la madre cuando entraron a comer-. Tía Etna va a traer un muchacho vecino suyo para que juegue con Uds.

-¡Qué bueno! Nos vamos a divertir con otro más para jugar con el carro nuevo -dijo Enrique. Y Rolando también se alegró.

Pronto terminaron de almorzar, lavaron los platos y los guardaron. Luego los muchachos salieron para jugar con su carro, pero decidieron volver a la casa para esperar su visita. Al entrar en la cocina vieron que en ese momento llegaba la tía Etna. Notaron que se bajaba del carro y daba la vuelta al otro lado para abrirle la puerta al muchachito que había venido sentado a su lado.

"Ese muchachito no es muy cortés -pensó Rolando-. Papá y mamá siempre nos dicen que a nosotros nos toca abrir las puertas para las damas".

Entonces ocurrió algo raro. El muchachito se deslizó fuera de su asiento, se arrojó al suelo y comenzó a gatear hacia el carro rojo.

-Ven adentro a saludar a Rolando y a Enrique, y a su mamá antes de ir a jugar, Teodoro -le dijo la tía Etna ayudándolo a subir los escalones.

Rolando y Enrique comenzaron a reírse.

-¿Por qué no se pone de pie y camina? -le preguntaron a la madre mientras lo observaban.

-Parece un nenito -dijo Enrique.

-Vengan a ayudarme a preparar limonada -les pidió la mamá-. Tráiganme los vasos.

Mientras los muchachos le ayudaban a preparar la limonada, la mamá les contó brevemente la historia de Teodoro.

-Cuando Teodoro nació, la parte inferior de su cuerpo estaba paralizada. Los médicos le dijeron a la mamá que era un parapléjico. Nunca podría llegar a caminar como Uds. lo hacen, correr o jugar a la pelota, ni hacer ninguna de las cosas que tanto les gusta hacer a los muchachos sanos. Ni siquiera podría llegar a hablar como un niño normal. Pero, no obstante, es un muchachito alegre, y le va a gustar andar en el carro nuevo si Uds. lo llevan.

-Ven, Enrique -dijo Rolando-. Ayudemos a Teodoro a bajar los escalones y a subir al carro y vamos a dar un paseo.

Mientras la mamá y la tía Etna conversaban, escuchaban la risa feliz de los tres muchachos.

Cuando llegó el momento de despedirse, Rolando dijo:

-Ven otra vez, Teodoro. Nos hemos divertido mucho jugando contigo.

-Sí, ven -repitió Enrique.

-Muchachos -dijo la madre rodeándolos con sus brazos-, me alegro porque se portaron tan bien con Teodoro. Y estoy segura de que Jesús también se alegra por eso.

-Estoy contento -dijo Enrique-. Yo pensé que era gracioso ver a un muchacho grande gateando como un bebé, pero cuando supe que era parálítico, quise ayudarlo. Realmente nos divertimos mucho con Teodoro. Es tan fácil hacerlo feliz.

Los niños se sintieron muy agradecidos a Dios porque les había salvado la vida, y cada uno de ellos dedicó su vida al servicio misionero.

EL NUEVO HOGAR DE NAH LU

Nah Lu era una niña china de lindas mejillas rosadas, brillante cabello oscuro, y grandes ojos negros. Los padres de Nah Lu eran muy pobres. Había muchos niños en la familia además de Nah Lu. A veces apenas tenían alimento suficiente para una familia tan numerosa.

Por fin, llegó un día, un día muy triste, cuando los padres de Nah Lu creyeron indispensable vender a su hijita. La mujer que la compró vivía en una vieja choza de ladrillo. Penetraba muy poca luz en su vivienda porque la puerta era pequeña y muy angosta. No tenía ventanas, sino solamente papel sobre un marco de madera. No tenía piso de madera, sino de tierra.

¿Podría ser feliz Nah Lu en un lugar tal? Al principio se sintió muy solitaria. Pero la señora y su hijo Er Lee eran tan bondadosos, que pronto empezó a sentirse bastante feliz con ellos.

Nah Lu no tenía mucho tiempo para jugar como otros niños. Su nueva mamá deseaba ansiosamente que ella aprendiera el trabajo de la casa.

Pronto la niña aprendió a lavar el arroz y a cocinarlo. También sabía hacer viajes hasta el mercado para comprar los alimentos. En los días de lavado, Nah Lu iba al canal y lavaba la ropa de la familia.

Entonces llegó otro día triste. La nueva mamá enfermó y tuvo que quedar en cama la mayor parte del tiempo. De manera que Nah Lu y Er Lee tenían que hacer todo el trabajo.

Un día, una bondadosa misionera llegó a ese hogar. Vio a la madre enferma acostada sobre una dura y sucia cama cerca de una estufa que humeaba todo el tiempo. La señora tuvo compasión de la mujer enferma, e hizo todo lo que pudo por ayudarla.

Día tras día, y semana tras semana, la señora blanca iba a visitar ese hogar. Llevaba leche fresca para la mujer enferma que se estaba poniendo cada vez más débil. Cada vez que iba, oraba para que la pobre mujer sanara.

Aunque la misionera hizo todo lo que pudo, la madre murió. Nah Lu y Er Lee estaban muy tristes. La niña echaba de menos a su nueva mamá, a quien había llegado a amar.

Después de la muerte de la mamá, la misionera fue a visitar a Nah Lu y Er Lee. Le dio pena ver a los dos niños solitarios y tristes. “¿Les gustaría asistir a la escuela?” les preguntó.

“¡Oh, qué hermoso sería eso!” dijeron los niños.

“Entonces, preparen sus cosas y vengan conmigo”, dijo la misionera.

Nah Lu y Er Lee estaban encantados. Pero no tenían ropa buena para llevar. Y sus ropas de cama estaban tan sucias y rotas que no podían ser usadas en la misión.

Fue un día dichoso para los niños cuando fueron a la escuela. Ahora podrían vivir, no en una vieja choza oscura, sino en una casa alegre y saludable.

La bondadosa señora tenía ropas nuevas y sábanas y frazadas preparadas para cada niño. ¡Qué felices se sentían en su nuevo hogar!

ELOISA Y EL CHOTACABRAS

Por *Moeita Burch*

-¡ELOISA! -sonó la voz severa de la mamá, de modo que Eloísa cortó por la mitad el pedazo del pastel antes de llevárselo a la boca. Pero antes de comerlo, levantó la vista y vio que la mamá todavía la estaba mirando. No le quedó otro remedio que poner el pedazo de nuevo en el plato y cortarlo otra vez por la mitad. "Este es bastante chico", pensó.

No era que Eloísa fuera glotona; pero le gustaba servirse bocados grandes. Todo lo que la madre hacía le sabía a gloria. Y cuanto más grande fuera el bocado tanto mejor le sabía.

-Como te he dicho tantas veces, querida, sí tú te sirves bocados pequeños y los masticas bien, verás que el alimento tiene un gusto delicioso -le explicó la mamá.

-Lo he probado, mamá. El alimento sabe muy bien, pero en esa forma uno demora demasiado para comer.

La carita generalmente alegre de Eloísa se puso un poco seria.

En eso sonó el teléfono y la madre fue a atenderlo. Aprovechando la ausencia de la madre, Eloisa se comió el resto del pastel de dos grandes bocados. Nadie pareció estar observándola. El tío Carlos se comió el pastel sin mirar a Eloísa. Esta pidió permiso para retirarse de la mesa y corrió a la hamaca. Tendría tiempo para hamacarse un poco antes de que la madre la llamara para ayudar a lavar los platos.

Cuando regresó la madre, le dijo:

-Terminaste tu pastel muy rápido, Eloísa.

-¿Quién llamó, mamá? -preguntó Eloisa para cambiar de tema.

-Alguien que tenía un número equivocado -contestó la mamá.

Eloisa secó los platos y los guardó cuidadosamente. Había estado pensando en hacerle un vestido nuevo a la muñeca. De modo que buscó entre los retazos que la mamá le había dado hasta que encontró un lindo pedazo de tela de color rosado.

En el momento en que estaba enhebrando la aguja, el tío la llamó desde el patio de atrás. Ella corrió al patio y él le mostró un pájaro que había muerto, quién sabe cómo. Probablemente había chocado contra un alambre. A Eloisa le dio pena verlo.

-¿Qué clase de pájaro es, tío Carlos? -preguntó.

-Es un chotacabras -le respondió él-. Tú los has visto volar alto en el aire al anochecer.

-Oh, si, yo sé. Vuelan y vuelan y nunca se detienen para descansar. Nunca antes había visto uno de cerca.

-Estos pájaros vuelan con el pico abierto y van cazando los insectos que hay en el aire.

-¡Qué manera divertida de comer! -dijo Eloisa-. La mayoría de los pájaros comen semillas o insectos que obtienen del suelo.



-Pero no el chotacabras -explicó el tío Carlos-. Esta ave duerme durante el día, y de noche, cuando hay muchos insectos en el aire, vuela en círculos para obtener su comida.

Eloisa miró de cerca el plumaje oscuro y punteado del ave.

-No es un pájaro bonito, ¿no es cierto? -observó ella-. Quiero decir que no es amarillo como el canario o azul como el pájaro azul ni de colores brillantes como el colibrí. Y tiene una cabeza chata muy fea.

-No, no es un pájaro bonito -estuvo de acuerdo el tío Carlos-, pero es muy interesante.

Y ambos se sentaron en los escalones del porche mientras conversaban acerca del chotacabras.

-Yo nunca vi un nido de chotacabras -dijo Eloísa.

-Claro que no -contestó el tío Carlos.

--¿Y por qué nunca he encontrado uno? He encontrado nidos de muchos otros pájaros. ¿Recuerdas el nido de colibrí que encontré en el arce que está en el patio?

-Tú no has encontrado un nido de chotacabras por una razón muy sencilla -dijo el tío Carlos-. Este pájaro no construye un nido.

-¡Qué perezoso! -comentó Eloisa.

-No, no es perezoso -corrigió el tío Carlos.

-¿Y entonces no pone huevos? -preguntó sorprendida Eloísa.

-Si, pone dos huevos con pintas, en el suelo, en un lugar pedregoso.

-¡Qué lugar para poner huevos! -se extrañó Eloisa-. ¿Por qué no hace un lindo nido bien suave?

-Porque sí los huevos están en el suelo, como son del mismo color de las piedras, no se los ve fácilmente. Los gatos y las ardillas rara vez encuentran un nido de chotacabras porque ellos se ocupan de buscar nidos en los árboles.

-¡Oh! -exclamó Eloísa-. El chotacabras es un pájaro inteligente.

-Hemos estado hablando tanto que casi me olvido de lo que quería mostrarte -dijo el tío Carlos-. ¿Observaste qué pico tan corto tiene este pájaro?

Eloisa asintió con la cabeza.

-Ahora, mira.

Y sosteniendo al chotacabras en sus rodillas el tío Carlos le abrió el pico todo lo que pudo.

-iOoooooooooh! -exclamó Eloísa retrocediendo rápidamente-. ¡Es horrible! ¡Es todo boca!

El tío Carlos se rió.

-No tanto, pero parece así, ¿no es cierto? Me hace acordar a alguien -añadió muy serio.

Eloisa pensó un momento.

-Tío Carlos... yo no abro la boca tan... -y entonces se detuvo. Tal vez su boca parecía como la de ese pájaro cuando ella la abría para poner los grandes bocados que tanto le gustaban.

Eloisa se sintió tan avergonzada que se puso de pie de un salto y entró en la casa.

Y nunca volvió a abrir la boca como solía hacerlo para echarse adentro un gran bocado.

EL OSO AL QUE LE GUSTABAN LAS MERIENDAS

Hace algunos años, un niño encontró un oseño cerca del Lago Winnipeg (Canadá), y lo llevó consigo a su casa. El oseño, bien alimentado, creció como un animal manso.

El muchacho, que había encontrado al osito, iba a la escuela todos los días, llevándolo consigo. Era su compañero. Al principio, sus coleguitas, asustados, no querían ni aproximarse al oso. Pero pronto el animal se transformó en el compañero preferido en sus juegos. Y cómo se deleitaban al compartir con el animal la pequeña merienda que llevaban en sus cestitas.

Sin embargo, después de dos años de civilización, el oso se escabulló entre los matorrales y no volvió más. Lo buscaron y buscaron, en vano. Pasaron varios años, durante los cuales hubo muchos cambios en la escuela. La directora fue cambiada y una nueva generación de alumnos sustituyó a los antiguos.

Un frío día de invierno, mientras la profesora daba su clase, un alumno, al entrar en el aula, dejó la puerta semiabierta. ¡De repente, un enorme oso entró en la sala! La profesora y los alumnos se asustaron tremendamente.

Todo lo que pudieron hacer fue huir lo más rápido posible y esconderse detrás de las mesas y bancos. Pero el oso no perturbó a nadie. Caminó tranquilamente hacia la chimenea y, con una expresión de felicidad, se quedó allí calentándose durante unos quince minutos. Después se dirigió a la pared, donde estaban colgadas las cestitas con las meriendas de los alumnos. Afirmándose en las patas traseras, fue agarrando una tras otra, sirviéndose la comida que había allí. Luego intentó explorar el escritorio de la profesora, pero encontrándolo bien cerrado regresó a la chimenea; quedó allí calentándose por unos minutos, y entonces se retiró tranquilamente por donde había entrado.

Los hermanos mayores de aquellos niños pensaron que aquel oso era su antiguo compañero, que había regresado a la escuela para hacerles una visita.

EL PÁJARO QUE RECORDÓ

Por **Marcos James**

LLOVÍA torrencialmente. Relámpagos enceguecedores tajaban las espesas nubes tormentosas como una espada flamígera. Roberto estaba en el porche de atrás esperando que la tormenta amainara. -Cambia la expresión de tu rostro, hijo -dijo la madre parándose junto a Roberto-. A tus pollitos no les pasará nada.

-¿De veras que así te parece, mamá? Tendría que ir a verlos. Y Roberto se apartó de su madre para mirar de nuevo el cielo oscuro.

-Roberto, aquí está el impermeable largo de papá, pónitelo y anda a ver tus pollos. Yo sé que estás preocupado.

Y al decirlo, la madre le ayudó a ponerse el impermeable.

-Anda- continuó la madre y procura no mojarte demasiado. Tú sabes que te resfrías con mucha facilidad. Cúbrete bien con el impermeable.

-Sí, mamá -prometió Roberto y echó a correr. Cuando llegó al gallinero, Roberto encontró a los pollitos muy tranquilos, piando y comiendo. Aparentemente no se habían dado cuenta de lo que ocurría afuera. Ya que los pollos y la madre estaban bien, Roberto decidió regresar a la casa. Casi había llegado al portón del patio del gallinero cuando oyó un aleteo a sus espaldas. Se dio vuelta y vio un cuervo que luchaba tratando de volar. No podía mover una de las alas. Por lo tanto le era imposible levantar vuelo. Roberto quiso tomarlo pero el cuervo se alejó saltando. Con todo, al fin logró arrinconarlo y lo tomó. Levantándolo cuidadosamente notó que en realidad tenía un ala rota.

"No tengas miedo -dijo Roberto acariciando al cuervo que estaba todo embarrado, y trató de tranquilizarlo hablándole en tono suave-. No te haré daño. Cuidaré de ti". Y tomándolo con ambas manos, regresó a la casa.

-¿Qué traes ahí? -le preguntó la madre, que lo estaba esperando cuando el muchacho entró en el porche-. ¿De dónde sacaste ese cuervo?

-Lo encontré en el patio del gallinero. Está lastimado. Espero ayudarlo a sanar.

-Voy en busca de la jaula grande que usábamos para los canarios -dijo la madre entrando a la casa. A los pocos instantes regresó con la misma. Roberto colocó el cuervo en la jaula y luego fue en busca de agua y comida para alimentarlo.

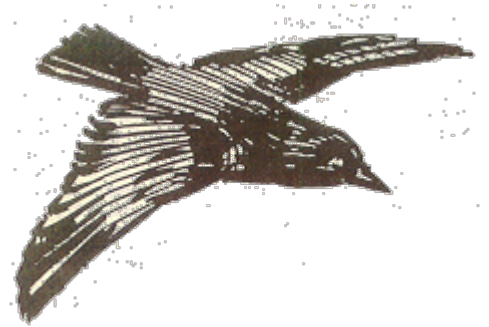
Día tras día Roberto lo cuidó. No pasó mucho tiempo hasta que el cuervo lo aceptó como amigo. Roberto le puso por nombre Negrito. Como una semana más tarde Negrito parecía sentirse mucho mejor. Hasta se subía a la hamaca de la jaula y a veces aun graznaba cuando veía que Roberto se acercaba.

A las dos semanas ya comía de la mano de Roberto. Lo esperaba, y cuando el muchacho entraba en la habitación, el cuervo saltaba a la hamaca de la jaula. Y graznaba con todas sus fuerzas.

Al mes ya tenía el ala sana. Para entonces, cuando Roberto dejaba abierta la puerta de la jaula, el cuervo salía volando de ella, se posaba sobre el hombro del muchacho y comía cualquier cosa que éste le ofrecía. Roberto se dio cuenta de que pronto tendría que devolverle la libertad a su amigo. No sería justo mantenerlo cautivo. Debía dejarlo en libertad para que regresara a vivir en su ambiente natural. Una mañana Roberto permitió que Negrito se le posara sobre el hombro, y luego salió a caminar con él a la luz de un sol brillante hacia la pradera que quedaba detrás del galpón. Negrito miró primero en una dirección y luego en otra, graznó y picoteó cariñosamente la nuca y la oreja de Roberto. Este lo tomó en sus manos, lo sostuvo por un momento, y luego lo arrojó suavemente al aire.

"Adiós, Negrito, viejo amigo. Te extrañaré", dijo Roberto cuando el cuervo agitó sus alas en el aire. Era la primera vez que había tratado de volar cierta distancia desde que se quebrara el ala. Negrito describió un círculo en el aire y luego, dando un fuerte graznido, desapareció en el bosque.

Pasó el invierno y llegó la primavera. Una mañana en que Roberto estaba dando de comer a las gallinas, oyó un graznido procedente de uno de los postes de la cerca. Al mirar, vio allí a un cuervo que lo estaba observando. El ave inclinó la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro, como si estuviera



tratando de asegurarse de que ése era el mismo muchacho que lo había cuidado cuando él estaba lastimado.

Por fin el ave voló y se posó sobre el hombro de Roberto.

"¡Negrito! -exclamó Roberto procurando no asustarlo-. Así que vuelves a visitarme. Me alegro que te acordaste de hacerlo". Tomando entonces un puñado de la comida de las gallinas, lo puso en alto.

Parado sobre el hombro de Roberto el cuervo comió lo que éste le ofreció. Y durante varios días se mantuvo en los alrededores de la casa. Pero de pronto, volvió a desaparecer.

Pero en cuatro primaveras siguientes, Negrito regresó para hacerle una visita a su amigo que lo había curado cuando tanto lo necesitaba. Roberto experimentó una gran satisfacción por esa muestra de gratitud de parte de uno de los animalitos alados del Creador.

EL PAN EN LAS AGUAS

En 1855 un colportor bíblico fue a Tolón, Francia, y vendió ejemplares del Nuevo Testamento a los soldados que se embarcaban para combatir en Crimea. Uno de ellos le preguntó qué libro era. “Es la Palabra de Dios”, fue la respuesta del colportor. El soldado le pidió que se lo vendiera, porque podría usar sus hojas para encender su pipa.

El colportor se sintió apesadumbrado y pensó que sus esfuerzos habían sido inútiles. Un año más tarde trabajaba en Francia central y cierta noche pidió hospedaje en una posada. La familia que atendía estaba muy angustiada por la muerte de un hijo, que había sido herido en Crimea y había llegado al hogar sólo para morir.

—Pero hemos recibido consuelo —dijo la madre—, porque él tenía paz y felicidad...

—¿Cómo pudo ser? —preguntó el colportor.

—Él dijo que había encontrado esa paz y felicidad en un librito que llevaba siempre consigo —contestó la madre.

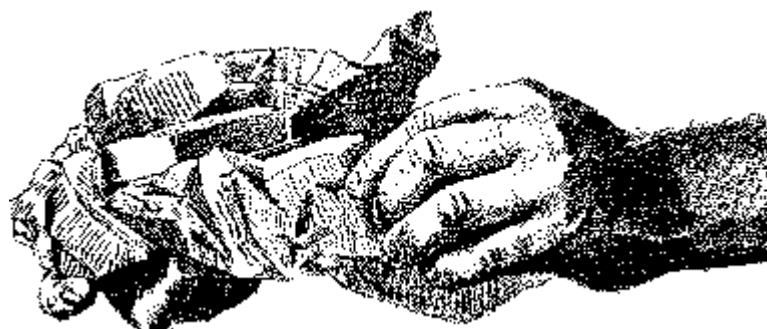
El colportor pidió verlo, y le presentaron un Nuevo Testamento. Las últimas 20 páginas había sido arrancadas, pero en el interior de la tapa había escrito estas palabras: “Recibido en Tolón [1855]; fue despreciado, descuidado y leído. En él encontré la salvación”. El colportor reconoció, por el lugar y la fecha, el Nuevo Testamento vendido a aquel soldado.

¡EL PAPEL DE ENVOLVER ERA UN REGALO!

Por **JEAN ROBERTSON JONES**

HACE unos cincuenta años la población extranjera de Australia era muy escasa, y se encontraba mayormente cerca de la costa, porque muy pocos se aventuraban a ir hacia el interior del país.

Entre los que vivían en la costa estaba Arturo Jones, quien con su hermosa esposa irlandesa Kate, y su hijita Daisy, decidieron probar suerte hacia el interior.



Después de viajar en carreta durante varios días llegaron a un pueblecito donde quedó la familia hasta que él fuera a la propiedad y construyera la cabaña donde vivirían. Fue un día de alegría cuando pudieron volver a reunirse en la flamante cabaña que había construido en una explanada, con vista al río, en medio de la naturaleza. Una vez por semana iban al pueblo en sulky para comprar provisiones. En una de esas oportunidades, mientras Arturo le ayudaba a su esposa a desempaquetar sus compras, le atrajo la atención el pedazo de papel con que estaba envuelto el jabón de lavar. Era una hoja de revista, y la leyó toda.

-Rate, cuando Daisy vaya a dormir, vamos a estudiar esto juntos -le dijo a su esposa.

De modo que esa noche, con la hoja de la revista, *Señales de los Tiempos* y una Biblia que tenían en la casa, trataron de estudiar lo que allí decía.

Tan interesados quedaron, que Arturo escribió a lá dirección que encontró en esa hoja, y unos días más tarde recibieron un paquete de revistas.

Siguieron estudiando y por fin descubrieron la maravillosa verdad del pronto regreso de Jesús.

-Ahora tenemos que prepararnos para encontrarnos con él -dijo Arturo-. Y también tenemos que hacer conocer esta verdad a otros. Vamos a ir a casa de los Mitchell. Yo quiero ver qué es lo que piensa Roberto de todo esto.

Los Mitchell eran sus vecinos más cercanos, quienes vivían como a dos kilómetros de distancia. Esa noche toda la familia se reunió para escuchar lo que Arturo tenía que decirles.

-Pero a mí me gustaría estudiar esto por mí mismo -dijo el Sr. Mitchell-. Déjeme las revistas y venga otra vez para hablarnos de estas cosas. Para entonces llegó al hogar de los Jones su segunda hijita, Iris. Arturo ya habla construido dos habitaciones más al fondo de la cabaña.

Acababan de recibir un nuevo paquete de revistas en el cual encontraron un folleto titulado: "El séptimo día, es el sábado".

Aunque ese asunto les parecía extraño, como se habían propuesto investigar cuidadosamente las verdades bíblicas, continuaron estudiando.

Y siguieron visitando a los Mitchell.

-Si por la Biblia nos convencemos de que hay que guardar el sábado, debemos hacerlo -dijo Arturo.

Una noche le dijo a su esposa:

-Ahora que terminé esos dos cuartos de atrás, escribiré a la oficina para que nos envíen a alguien que nos explique lo que no entendemos. Uno de ellos podemos arreglarlo como pieza de huéspedes, y el otro como lugar de reunión. Voy a comprar más sillas, y estoy seguro de que si viene alguien de Sidney para ayudarnos, los vecinos van a venir a estudiar con nosotros.

De la oficina de Sidney le contestaron que iría el pastor Paap.

Cuando el pastor Paap llegó, encontró que no sólo esas dos familias estaban interesadas, sino también varios de los vecinos a quienes ellos les habían hablado. Y esa noche se reunió un buen grupo y tuvieron un maravilloso estudio bíblico.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, Arturo y el pastor notaron que el portón del frente estaba abierto y había desaparecido el caballo prestado en el cual había venido el pastor Paap.

Lo buscaron durante casi toda la mañana, pero en vano.

-He orado sobre este asunto -dijo el pastor-, y confío en que el caballo volverá.

-Sería algo muy raro que un caballo volviera a un lugar que le es extraño -comentó Arturo.

-Yo tengo la seguridad de que volverá. Esta noche, en la reunión, vamos a orar todos para que eso ocurra -dijo con confianza el pastor.

De modo que esa noche todo el grupo oró para que, si era la voluntad de Dios, ocurriera precisamente aquello.

Unas mañanas más tarde, cuando el pastor miró por la ventana, vio el caballo, parado tranquilamente al lado del portón.

Ese incidente ayudó muchísimo a establecer la fe del grupo de nuevos creyentes.

La mayoría de los que formaban ese grupo de creyentes, estaban ya convencidos de la verdad del sábado.

Al pastor le tocaba ahora enseñarles cómo observarlo.

-Mi esposa siempre hace la limpieza de la casa el jueves, de modo que el viernes le queda libre para cocinar y hacer otros preparativos para el sábado -les dijo a manera de sugestión.

Kate siguió todas las instrucciones al pie de la letra y el viernes de tarde la casa estaba ordenada, reluciente y limpia, y de la cocina salía un delicioso aroma de alimentos preparados. En el cuarto donde se celebraban las reuniones, los asientos estaban ordenados y había una mesa que servía de púlpito para el orador. Arturo se enorgullecía de ese cuarto y él mismo recogió un ramillete de flores silvestres para poner sobre la mesa.

¡Qué alegría experimentó el pastor Paap al reunirse con el grupo de vecinos ese sábado de mañana! Les presentó en forma tan vívida las realidades de la tierra nueva, que todos decidieron hacerse merecedores de un lugar en ella.

El pastor Paap tuvo por fin que continuar su viaje, pero el grupo siguió reuniéndose fielmente todos los sábados de mañana para estudiar la Palabra de Dios y, dirigidos por Arturo, comenzaron a hacer obra misionera entre los aborígenes del lugar, de los cuales varios se convirtieron.

Pero entonces una pesada sombra cayó sobre el hogar de los Jones. Por más que hicieron para salvar la vida de su querida hijita mayor, Daisy, la muerte se la arrebató.

-¿Por qué? -sollozaba quebrantada Kate. ¿Por qué permitió Dios que ocurriera esto precisamente ahora cuando estábamos procurando servirle?

-Querida, yo no sé por qué. Quizás nadie sepa jamás por qué se permite que nos vengan estas cosas. Pero hay un pasaje de las Escrituras que acude sin cesar a mi mente: 'Sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien'. Supongo que tendremos que aprender a confiar en que aun estas cosas duras nos sobrevienen para ayudarnos de alguna manera -le dijo el esposo tratando de consolarla, y continuó:

-¿Recuerdas esa historia que te leí no hace mucho acerca del pastor escocés que procuraba hacer cruzar su rebaño por un arroyo? No lograba hacerlo caminar hasta que por fin tomó un corderito y lo cruzó al otro lado. Entonces la madre cruzó corriendo el arroyo para reunirse con su cordero, ¡y todo el rebaño la siguió! Querida, tal vez el Señor ha llevado a nuestro corderito para invitarnos a seguirle a él más de cerca.

-¿Cómo podríamos haber aceptado esto si no hubiéramos sido cristianos? -reflexionó Kate-. ¡Gracias a Dios que esto no nos ocurrió hace un año!

Pero, aun cuando confiaban en Dios, extrañaban terriblemente a su hijita, de modo que Arturo le propuso a su esposa:

-Vayamos a visitar a tu hermana Nélide por dos semanas. Los muchachos de Roberto pueden cuidar de los animales. Me gustaría hablar de nuestra fe con Nélide y Francisco.

Después de un viaje de tres días en sulky, por fin llegaron a casa de los Wordt, que vivían como a 160 Km..

Al verse las dos hermanas, lloraron de nuevo la partida de la querida Daisy, pero en medio de su pena, Kate le explicó a su hermana cómo la fe en Dios la había sostenido en esos momentos de dolor

-Esta noche queremos hablar contigo y con Francisco acerca de algunas verdades bíblicas maravillosas que hemos llegado a conocer -le dijo Kate a su hermana.

Y esa noche, después de acostar a los niños, los cuatro tuvieron un hermoso estudio bíblico acerca de la segunda venida de Cristo. Este matrimonio mostró mucho interés, y los cuatro siguieron estudiando todas las noches la Palabra de Dios. Cuando la familia Jones se despidió, sus parientes conocían ya las principales doctrinas bíblicas, y muy pronto llegaron a ser fieles adventistas y diligentes ganadores de almas.

Mientras volvían a su hogar, Arturo y Kate no pudieron sino maravillarse del consuelo admirable que el Señor les estaba dando. Y más tarde, cuando alguien pasaba por una prueba muy dura, estaban preparados para mostrarles su comprensión y su amor, por que ellos mismos sabían lo que significaba sufrir.

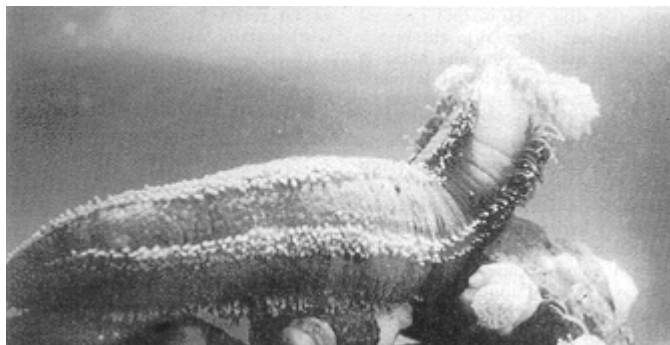
Kate vive aún, rodeada por cinco hijos, muchos nietos y biznietos, y en su corazón todavía arde viva la llama de la esperanza en el pronto regreso de Jesús.

Arturo ya descansa. Y sólo en el reino de los cielos se sabrá a cuántas personas atrajo él a la verdad, directa o indirectamente, por medio de sus labores fieles y diligentes.

EL PEPINO DE MAR

Por **Opie B. Whitney**

EL PEPINO de mar no es una verdura. Es un animal que tiene más o menos la forma de un pepino y generalmente el mismo tamaño, aunque algunos son más grandes. Está recubierto de púas. En la boca tiene algo parecido a bigotes. Estos bigotes o tentáculos rodean uno de los extremos del pepino. Los usa para apoderarse del alimento y retenerlo y también para trasladarse de un escondrijo a otro.



Este animalito vive en el agua: en el fondo arenoso, en el barro, debajo de las rocas y en lagunas formadas por la marea. No le gusta la luz, y trata de mantenerse fuera de la vista escondiéndose en el lodo y cubriendo su cuerpo con algas.

El pepino de mar pertenece a la familia de los erizos y de las estrellas de mar. Tiene otros nombres, uno de los cuales es oruga de mar. Se alimenta de plantitas y animalitos marinos. Los bigotes del pepino de mar, o tentáculos, recuerdan a las algas marinas cuando flotan en el agua. Los otros animalitos se dejan engañar por las apariencias, y se posan sobre el tentáculo que toman por un alga marina. Inmediatamente el tentáculo se transforma en un “dedo” que se enrosca, y se mete al incauto a la boca. Esta se cierra bien apretada y el “dedo” sale sin el animalito, muy parecido a lo que ocurriría si metiéramos el dedo en una mezcla de torta y luego lo lleváramos a la boca para chuparlo.

Lo más extraordinario acerca del pepino de mar es la forma en que se protege de un enemigo. Los órganos de la respiración o agallas tienen la forma de un árbol. Cuando el pepino ve que se acerca un enemigo, arroja por la boca sus agallas. Estas ramas filamentosas se hinchan en el agua marina formando una masa compacta de hebras blancas en la cual el enemigo se enreda. Si pierde las agallas, no importa. Pronto le crecen nuevas.

Los chinos, y otros orientales, a veces usan estos animales como alimento. Los recogen en los arrecifes de coral, los hierven en agua marina y los secan al sol. Luego los ahúman para darle un gusto particular. A veces se los vende hasta por 75 centavos de dólar. Se los encuentra en muchas partes del mundo, inclusive en la costa del Atlántico, pero fuera del Oriente rara vez se los usa como alimento.

Si vas a un restaurante chino y encuentras “sopa de pepino” en el menú, no esperes una sopa vegetal. Estará hecha con pepino de mar.

EL PEQUEÑO REFUGIADO

UN RELATO DE FE

Pepito era un muchachito italiano cuando su patria entró en guerra en el año 1940. Su papá fue llamado al ejército y tuvo que dejar solos a Pepito y su mamá. El niño no comprendía mucho acerca de la guerra y los ejércitos, pero sí sabía que era muy triste quedarse sin el papá.

Todos los días Pepito oraba a Jesús para que cuidara de su papá y que lo trajera de vuelta pronto.

Un día, para alegría de Pepito su papá volvió a casa. Vestía un lindo uniforme y parecía más joven y delgado que antes. Al principio todos estaban muy contentos, pero muy pronto Pepito notó que su mamá tenía lágrimas en los ojos y que, aunque su papá trataba de consolarla, él tampoco podía disimular su preocupación.

Resulta que el papá venía a casa a despedirse de su esposa e hijito. Tenía unos días de licencia antes que su regimiento se embarcase con la expedición al África. Sí, su papá se iba a la guerra y no vendría a casa por mucho, mucho tiempo.

En ese tiempo la guerra estaba siendo muy favorable para Alemania e Italia, y todos esperaban que los soldados expedicionarios al África volvieran al cabo de pocos meses. Así lo esperaban el papá y la mamá de Pepito, y con la promesa de volver pronto se fue el papá, dejando solos a sus amados.

Pepito continuó orando a Jesús para que cuidase de su papá y lo trajese de vuelta pronto. Lejos estaba él de soñar lo que sucedería en el África. Su papá era soldado enfermero, y su deber era atender los heridos en el campo de batalla. El no quería llevar armas ni matar a nadie, de modo que se dedicaba únicamente a atender a los heridos. No necesitaba la protección de un fusil porque creía que Dios lo protegería de todo peligro.

En una de las primeras escaramuzas, el pelotón en que él servía quedó separado del resto de la compañía por un ataque con tanques que sorprendentemente lanzaron los ingleses. Luego vino la infantería, detrás de los tanques, y el papá de Pepito se vio en medio de una recia batalla.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo de pensar en su situación puesto que habían caído muchos heridos que requerían sus cuidados y primeros auxilios.

El teniente a cargo del pelotón ordenó la retirada y los soldados comenzaron a replegarse, abandonando a los heridos y, con ellos, al fiel enfermero que, con una oración en el corazón, se arrastraba de un herido a otro mientras por sobre su cabeza silbaban las balas y estallaban las granadas.

Cuando la infantería inglesa que perseguía a los italianos llegó cerca de donde trabajaba con los heridos el padre de Pepito, todos contuvieron el fuego y ninguno dañó al valiente enfermero. En ese momento él estaba entablillando la pierna rota de un soldado, y los soldados enemigos lo rodearon en silencio y sin molestarlo. Únicamente alzaron las armas que se hallaban tiradas en la arena del desierto. Luego vino un oficial que habló en inglés a dos soldados.

El italiano no entendió lo que dijo el oficial, pero vio que esos dos hombres se sentaban y lo observaban. Los demás continuaron avanzando. Sin duda lo llevarían prisionero.

Pero esos ingleses no tenían apuro, sino que esperaron pacientes mientras el enfermero terminaba con sus curaciones. Entonces, usando un pequeño transmisor de radio, pidieron varias ambulancias para que llevaran los heridos. Cuando llegó la última ambulancia, bajaron de ella dos soldados que hablaban algo de italiano. Estos dijeron al papá de Pepito que ahora él era prisionero de guerra y que lo llevarían bajo custodia a un campamento donde había muchos heridos italianos para que ayudase a los médicos ingleses en su cuidado.

Y así pasó el resto de la guerra este enfermero cristiano. Su esposa e hijito no sabían que estaba prisionero, y de a ratos lo creían muerto, pues el gobierno lo había declarado desaparecido. Pero seguían orando a Jesús que les devolviese el papá. Entonces, un día muy feliz recibieron una carta de él, y aunque no les decía dónde estaba, por lo menos les decía que estaba bien.

Pepito sabía que Jesús contestaba las oraciones de los niños que tienen fe, y él siempre confió en que el Maestro cuidaría de su papá. Pasó el tiempo y los norteamericanos invadieron el norte del África. Luego se propusieron invadir a Italia y expulsar a los alemanes.

Pepito vivía en un pueblo cerca de Nápoles y veía los poderosos aviones que volaban hacia el norte cargados de bombas. También podía oír el ruido de los bombardeos lejanos, pero un día los ruidos se

hicieron más fuertes y venían de más cerca. Provenían del sur y, según decía la gente, se estaba peleando una gran batalla.

Por el pueblo de Pepito pasaban camiones con soldados, y soldados caminando con mulas y caballos, con cañones y otras armas. Eran alemanes que iban al sur para rechazar a los norteamericanos e ingleses. Algunos soldados comenzaron a ocupar casas particulares y a atrincherarse detrás de las puertas y ventanas. Toda la gente del pueblo huía hacia las montañas, y Pepito fue con su mamá. Encontraron una cueva, y allí se refugiaron. Tenían muy poco que comer, y de noche hacía frío, pero en el pueblo estaban peleando los soldados. Varios hombres fueron a ver cómo iba la batalla, y volvieron diciendo que estaban destruyendo muchas casas. Pepito oró a Jesús para que resguardase su casa. Algunos niños lloraban y otros se peleaban, pero Pepito se portaba muy bien, y siempre oraba.

Por fin vinieron mensajeros con la noticia de que ya no se peleaba más en el pueblo y que podrían volver a sus casas. Pepito y su mamá volvieron al pueblo y encontraron muchas casas que habían sido destruidas, pero la de ellos había sufrido poco daño. ¡Jesús había escuchado sus oraciones otra vez!

Algunas familias pobres cuyas casas habían sido destruidas vivieron unas semanas con Pepito y su mamá, y el niño contaba a todos cómo Jesús contestaba sus oraciones.

Pasaron unos meses mientras los norteamericanos e ingleses seguían avanzando hacia el norte, y un día llegó al puerto de Nápoles un barco solitario. De él bajaron muchos hombres, y algunos besaban el suelo al pisarlo de nuevo. Eran prisioneros italianos que los aliados traían a sus casas. De Nápoles un camión llevó unos quince hombres al pueblo de Pepito. Uno de ellos era el fiel enfermero cristiano, cuyo hijito había orado a Jesús que lo cuidase.

Sí, después de varios años de separación, años durante los cuales habían sufrido mucho, la alegre familia se reunió otra vez y juntos trazaron nuevos planes para la vida que tenían por delante.

Pepito comprobó que Jesús contesta las oraciones y recompensa la fe, aun de los niños. Nosotros que no tenemos guerras ni penurias como otros pueblos, deberíamos estar agradecidos por ello; pero por sobre todo deberíamos orar a nuestro Rey y confiarle nuestras vidas para que haga de nosotros niños y niñas obedientes, que tengan fe en sus promesas y que vivan para agradarle.

EL PERICO Y EL GATO

Por **Sidney Allen**

TEODORO vació su alcancía y contó las monedas. Luego sacó otras dos monedas que tenía en el bolsillo. El vecino acababa de pagarle por un mandado que le había hecho. Descubrió que ahora tenía suficiente dinero para comprar lo que durante tanto tiempo había deseado. Recogió el dinero, lo puso en el bolsillo y corrió a la tienda cercana donde vendían animalitos.

Al entrar en la tienda no se detuvo frente al lugar donde se exhibían los perritos, ni los gatitos, ni los peces, ni las tortugas, sino que fue directamente a las jaulas donde estaban las cotorritas o loros. Finalmente escogió un perico que lucía un color verde azulado debajo de las alas y tenía un tinte rojo en el copete.

Colocó su dinero sobre el mostrador y miró sonriendo al dependiente.

-Espero poder enseñar a hablar a mi loro.

-Este loro viene de la isla de Luzón, Filipinas -sonrió a su vez el vendedor-. Lo llaman perico murciélago filipino. Estoy seguro de que te gustará. Como su nombre lo indica, tiene el hábito de dormir colgado cabeza abajo del techo de la jaula. Tiene un grito muy singular, muy suyo.

Y diciendo así, el vendedor colocó el ave en una cajita muy pequeña que tenía unas perforaciones en la tapa y se la pasó a Teodoro.

Teodoro tomó la caja cuidadosamente y salió rumbo a la casa silbando. Esperaba que el perico se sintiera muy feliz en la jaula grande que le había preparado. Al llegar a la casa colocó la cajita dentro de la jaula y levantó la tapa. El perico salió y se subió a la percha que había en la jaula. Y desde allí observó atentamente todo lo que lo rodeaba en el cuarto.

De pronto el perico hizo un ruido extraño y comenzó a volar de una percha a otra. Parecía estar muy excitado. Entonces Teodoro notó que Mao-Tsé-Tung, el gato, estaba acurrucado no lejos de la jaula. Movía la cola con entusiasmo y no apartaba sus ojos verdes del ave.

"¡Mao! No te atrevas a asustar a nuestro nuevo perico. Encárgate de los ratones y deja en paz al loro.

-Es un verdadero perico murciélago filipino -exclamó--. Mañana empezaré a enseñarle a hablar.

Esa noche casi no pudo dormir pensando en que por fin tenía lo que por tanto tiempo había deseado y que ahora era suyo.

Lo primero que hizo Teodoro a la mañana cuando salió de la cama fue correr a la jaula. Le quitó el paño con que la había cubierto y lo dobló. Luego comenzó a hablarle al perico en voz suave. Entonces levantó el gancho que cerraba la puerta de la jaula, y lentamente metió su mano y puso el dedo cerca de la pata del perico.

Este no tardó en pasar a la nueva percha que se le ofrecía. Teodoro estaba tan excitado que apenas podía sacar con cuidado la mano de la jaula para llevarse consigo al loro. '¡Lindo! ¡Lindo!', dijo en voz suave y clara.

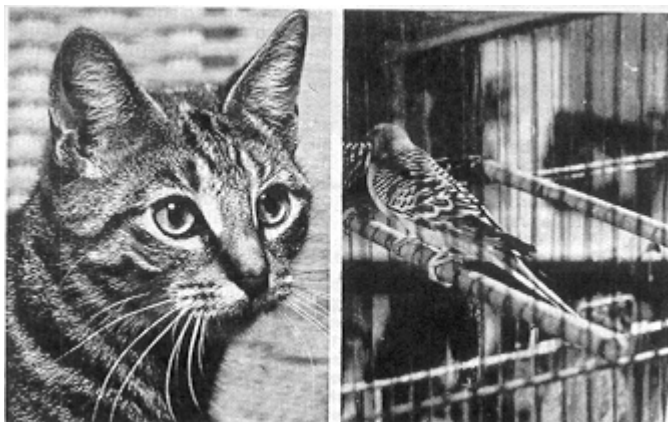
El perico inclinó la cabeza a un lado y luego al otro y se quedó mirando a Teodoro. Este se dio vuelta con el ave todavía parada sobre su dedo en el momento en que la madre entraba en la habitación y Mao, el gato, procuraba meterse también.

-¡Mamá, el gato! -exclamó Teodoro, y la madre, inclinándose, tomó al gato y lo puso suavemente afuera.

-Tienes que tener cuidado de no dejar fuera de la jaula al perico cuando el gato anda por aquí -le advirtió la madre.

-No te aflijas -respondió Teodoro-. Tendré mucho cuidado.

-Y no te olvides de que a un perico hay que alimentarlo diariamente. Y debes mantener limpia la jaula y poner siempre agua fresca en el bebedero -le recordó la mamá.



-Lo recordaré. Le daré de comer, le pondré agua y limpiaré la jaula. Tú no necesitarás hacerlo -prometió Teodoro, paseándose por la habitación con el loro en el dedo.

Durante varios días Teodoro cuidó prolijamente de su perico. Lo mantuvo bien alimentado. La jaula estaba limpia. Y nunca le faltó agua fresca. Pero después de que transcurrieron algunas semanas, el muchacho se volvió descuidado.

Una mañana Teodoro tenía prisa de salir afuera a jugar con sus compañeros.

-Teodoro -lo llamó la madre-, no te olvides de dar de comer a tu perico. Y esa jaula también necesita limpiarse.

-Sí, mamá -estuvo de acuerdo el muchacho-. Volveré en un instante y lo haré.

Pero Teodoro se estaba divirtiendo tanto con sus compañeros ese día, que se olvidó completamente de su perico. Cuando el papá llegó a la noche notó que la jaula estaba sucia y el comedero vacío.

-Hijo, si no cuidas mejor de tu perico, tendrás que dárselo a alguien que lo haga.

-Lo cuidaré mejor -prometió Teodoro-. No quiero perder mi perico.

Y en seguida se puso a limpiar la jaula, a poner agua en el bebedero, y alimento, y así continuó haciéndolo por varios días.

Un día, una familia llegó de visita a la casa. Tiempo atrás habían sido vecinos. Teodoro siempre se alegraba cuando esa familia venía, porque a ella pertenecían dos muchachos más o menos de su edad con los cuales le gustaba jugar.

-Les mostraré mi nuevo perico -anunció muy orgulloso Teodoro.

-Ten cuidado -le recordó la mamá-. Recuerda que a un perico le lleva tiempo darse con extraños, de manera que es mejor que no lo saques de la jaula.

Los muchachos corrieron al cuarto donde estaba la jaula y vieron al ave parada en la percha.

-Es un perico murciélago -les explicó Teodoro a sus amigos-. De noche, para dormir, se cuelga cabeza abajo del techo de la jaula.

-Qué belleza -exclamó uno de los muchachos.

-Me gustaría tenerlo en la mano -sugirió el otro.

-Mejor que no lo hagas -le advirtió Teodoro-. Como dice mamá, a los pericos les cuesta darse con extraños. Haremos así. Yo lo sacaré. Miren.

Teodoro abrió la puertecita e introdujo la mano en la jaula. El perico saltó al dedo que le extendía y emitió un grito muy singular. Teodoro sacó entonces la mano de la jaula con el perico parado sobre el dedo.

Entonces uno de los muchachos trató de acariciarlo. Repentinamente el perico batió sus alas azul verdosas, cruzó la habitación como un relámpago y aterrizó en el suelo.

-¡Oh! -exclamó Teodoro al ver que un borrón blanco y negro saltó de debajo de una silla y se abalanzó sobre el ave-. Ese es Mao. Estaba en el cuarto y... y...

Rápido como un rayo Teodoro se arrodilló y agarró al gato, pero el ave cayó de las garras de Mao, exánime, muerta. Las lágrimas nublaron los ojos de Teodoro. Ahí estaban sus amigos que no podían ayudarlo. Y ahí los encontró la mamá momentos después, cuando apareció con tres vasos de limonada en una bandeja. Rápidamente dejó la bandeja sobre la mesa y se arrodilló junto a Teodoro, quien le pasó el periquito verde.

-Me olvidé de ver si Mao estaba en la habitación... -dijo tratando de ahogar los sollozos.

-Y tú sacaste el perico de la jaula aunque te dije que no lo hicieras -le recordó la mamá-. No hay nada que podamos hacer. Buscaré una cajita y Uds., muchachos, pueden ir a la huerta y cavar una pequeña tumba para el perico.

-¡Oh, mamá! ¿Por qué no obedecí? -dijo muy triste Teodoro, mirando a su madre.

-Ahora es demasiado tarde, hijo; pero estoy segura de que en otra oportunidad lo harás.

EL PERRO COJO

¡ENTRE! me dijo una voz, y entré.

La casa estaba amueblada con gran sencillez, pero había en ella una limpieza admirable. Una mujer de unos treinta años -la esposa del hombre que me había invitado-, en torno de quien se agrupaban tres niños, el mayor de los cuales podía tener nueve años, me acogió con una sonrisa encantadora.

-Una silla y un cubierto para este caballero -dijo el dueño de casa.

A los pocos momentos estaba sentado en medio de aquella buena familia, y el olor de una succulenta sopa aguzaba aún más mi apetito.

Después se sirvió otro plato y un pedazo de queso. Durante el almuerzo charlamos como buenos amigos. El perro había puesto su hocico sobre una de mis rodillas y me miraba con buenos ojos.

-¡Hermoso animal! -dije, acariciándolo-. Pero, ¿por qué cojea? Algún rival más fuerte que él...

-No, señor -interrumpió mi anfitrión- Lo herí yo, y me remuerde la conciencia.

-¿Por qué evocas esos recuerdos? -preguntó su mujer.

-Porque siempre conviene refrescar la memoria con el recuerdo de los hechos más importantes de la vida. El pensamiento de los tres hijos que ve Ud. ahí, debiera haberme hecho comprender que yo estaba en gravísimo error al faltar sin conciencia al cumplimiento de mis deberes. No me consideraba dichoso sino en compañía de mis amigos, de los cuales nunca me separaba. Gastábamos en la taberna todo el dinero que ganábamos. En vano lloraba mi mujer, y mis hijos carecían de todo lo necesario. Yo no me dedicaba para nada a ellos. Salía de casa al amanecer, y regresaba muy tarde en la noche, casi siempre borracho. La miseria y la desolación reinaban en mi hogar, por culpa mía. Mi perro solía mirarme con ojos impregnados de tristeza, como si tratara de censurar mi mala conducta. El pobre animal me seguía, y llegaba hasta las puertas de la taberna, donde pasaba yo la mayor parte del día.

"¡Calla! -me decían mis compañeros- ¡Ahí tienes a tu centinela! "Y yo corría tras del animalito, y lo echaba a puntapiés de allí. "Una tarde cuando mis camaradas y yo íbamos a comer, entró el perro en el comedor sin que nadie lo viera y, dando un brinco, cogió con la boca un pan entero con el cual emprendió precipitadamente la fuga. Me lancé furioso en su persecución, pero el animal corría con más velocidad que yo. Cogí una piedra, y se la arrojé con tal fuerza, que le rompí una pata. El perro dio un alarido de dolor; pero sin soltar la presa y sin menguar la marcha, prosiguió su camino en tres patas. Se dirigió a mi casa, a la que llegué yo diez minutos después. ¡Qué cuadro tan horrible se presentó ante mis ojos! Mis pobres hijos y mi mujer devoraban el pan, mientras el animalito los miraba, lamiéndose la pata lesionada.

"Yo estaba borracho, pero aquel cuadro disipó por completo mi embriaguez. Comprendí en un instante el error de mi mal proceder, y exclamé arrepentido: ¡Juana, Juana mía, perdóname! Besé llorando a mi mujer y a mis hijos, que, como no estaban acostumbrados a mis caricias, me miraban con asombro. También di un beso al perro, el cual, sin rencor alguno, me lamió las manos, estas manos que acababan de herirlo tan injustamente. Desde aquel día volví a la razón y renació en mi casa la felicidad perdida. "Después de mi mujer y de mis hijos, el ser a quien más quiero en el mundo es este inteligente animal que ve Ud. ahí".

Al terminar su sencillo relato, el leñador rodeó con sus brazos el cuello de aquel verdadero amigo y, mientras le daba un beso en la cabeza, vi rodar una lágrima por su mejilla.

Yo estaba profundamente conmovido, y le estreché la mano sin poder hablar, a causa de la emoción que me oprimía la garganta.

Me levanté, y después de haberle dado las gracias por la generosa acogida que me habían dispensado, saqué de mi bolsillo una moneda que dejé sobre la mesa.

EL PERRO FERROZ

Por *Evelyn Wilson*

WALTER salió por la puerta de atrás de la casa nueva a la cual acababan de mudarse. En el patio había una hermosa caja de arena protegida por una gran sombrilla rayada, de color rojo y blanco. Walter se dirigió a la caja de arena, y se metió en ella. "¡Qué lugar para jugar!" pensó. Luego decidió ir a buscar sus juguetes y ponerlos en la caja de arena. En eso oyó un gruñido proveniente del patio de al lado. Walter levantó la vista y vio que había allí un perro de aspecto feroz. Walter salió apresuradamente de la caja de arena y corrió a la casa.

Unos instantes después regresó con su papá.

-¿Ves ese perro grande y feroz? Me asustó -dijo Walter, sin soltar la mano del papá.

-No te preocupes por el perro, hijo -dijo el papá-. Está atado y no puede soltarse.

Pero a Walter le preocupaba el perro. Ni siquiera quería ir a jugar a la caja de arena cuando el perro

estaba en el patio de la casa de al lado. De modo que el papá construyó una cerca alta entre los dos patios. Después de eso Walter jugó sin preocuparse por el perro.

Unos días después, unos obreros estaban dando los últimos toques a la casa nueva que había al otro lado de la casa de Walter, o sea en el lado contrario al que vivía el perro. Los hombres pintaron la casa y colocaron las telas metálicas.

También pusieron una caja de arena en el patio. Entre los dos patios no había ninguna cerca, de modo que Walter podía ir y jugar en la otra caja de arena.

-Walter -llamó la madre-, debes venir a jugar en tu propio patio. La caja de arena que hay en el otro patio es para que juegue algún otro niño. Esa caja pertenece a la casa de aliado.

-Entonces no dejaré que nadie de esa casa venga a jugar a mi caja de arena -anunció Walter.

-¿Por qué? Puede ser que el niño que se mude allí, te guste. No obstante, para ir a jugar allí, tú tienes que esperar a que te inviten.

Walter se quedó pensando en que quizás pasaría mucho tiempo antes de que alguien se mudara a esa casa.

Finalmente llegó una familia que tenía una niña de cabello largo y dorado. Esta lo miró y le sonrió.

Walter no sabía qué decir. Quería ser amigable con ella, pero recordó lo que su madre le había dicho, que debía esperar a que lo invitaran para ir a jugar a esa casa. Luego se le ocurrió: "¿Y si yo la invito a ella?"

Acercándose adonde ella estaba la invitó a ir a jugar con él.

-¡Oh, gracias! Le preguntaré a mamá -dijo la niña, corriendo a la casa.

Walter esperó, y pronto Ana (que así se llamaba la niña) salió y se encaminó a la caja de arena de Walter. Y los dos comenzaron a jugar juntos. Hicieron montañas y valles, y plantaron en la arena ramitas de flores que hacían de árboles.

Los dos niños pasaron muchas horas felices en la caja de arena de Walter y también en la de Ana. A veces oían al perro feroz que gruñía en el otro patio, pero eso no los preocupaba. . .

Un día Walter trajo su camión cargador.

-Walter -le rogó Ana-, déjame ver si puedo cargar el camión.

-se negó Walter y agarró su camión-. Esto no es para niñas.



-No te lo voy a romper -explicó Ana sacudiendo la cabeza.

-No me importa. Esto no es para niñas.

Ana se estiró para tocar el camión, pero Walter le pegó en la mano.

-Tú no puedes jugar con él -le dijo y le volvió a pegar en la mano.

Ana se echó a llorar y se fue corriendo a su casa.

-Yo no voy a dejar que ninguna chica juegue con mi camión -dijo Walter muy enojado, apretándolo contra su pecho.

Durante el resto de ese día Walter jugó solo. No se divirtió mucho. Pasó mucho tiempo sentado en el borde de su caja de arena. En todo el día no vio a Ana. Esa tardecita, mientras recogía sus juguetes de la caja de arena, vio que el vecino, el padre de Ana, medía la medianera. Walter corrió a la casa para buscar a su mamá.

-Qué está haciendo el papá de Ana? -preguntó.

-Me parece que va a levantar una cerca como la que nosotros levantamos entre nosotros y el perro feroz.

-¡Oh, mamá!, ¿acaso soy un muchacho feroz? -preguntó Walter al recordar cuán poco amable había sido con Ana.

-No, tú no eres un muchacho feroz, por lo menos no lo eres todavía. Puedes llegar a ser muchacho feroz, a quien haya que encerrar detrás de una cerca, o puedes ser un buen vecino que comparta sus juguetes con sus amigos. Tú eres quien tiene que decidir cuál de los dos quieres llegar a ser.

-Quiero ser un buen vecino -dijo él.

-En ese caso iremos a la casa de Ana y si quieres puedes pedirle perdón por la forma brusca en que la trataste.

Antes de mucho, Walter y la mamá estaban frente a la puerta de Ana, y la mamá de ésta salió a atenderlos. Walter notó que Ana se escondía detrás de la falda de su mamá, y le pareció que lo miraba con el mismo temor con que él había mirado al perro feroz de los vecinos. Entonces Walter se adelantó, y le tendió la mano.

-Te ruego Ana que me perdones por haber sido tan malo -dijo-. Quiero que vengas a mi casa para mostrarte cómo manejar el camión.

Después de expresar su pesar por lo que había hecho, se sintió mucho mejor. Y sonrió cuando Ana se adelantó y también le tendió la mano.

EL PERRO HACHIKO

Ven, Hachiko. Vamonos -dijo Eisaburo Ueno mientras salía por la puerta.

El perro Aikita blanco ya estaba esperándolo, moviendo la cola y listo para irse. Cada mañana, caminaban juntos hasta la estación Shibuya, donde el señor Ueno tomaba el tren. Por las tardes, cuando volvía de su trabajo, Hachiko estaba esperándolo en la estación, y los dos volvían caminando hasta su hogar.

El señor Ueno era profesor en la Universidad de Tokio, y todos los días iba y volvía de su trabajo en tren. Durante años, Hachiko acompañó a su dueño hasta la estación por las mañanas, y a la tarde, cuando él bajaba del tren, Hachiko estaba esperándolo.

Pero, un día en 1925 sucedió algo terrible. El día comenzó como siempre, con Hachiko acompañando al señor Ueno hasta la estación del tren. Pero, mientras estaba en su trabajo, el profesor tuvo un ataque cardíaco y murió. Esa tarde, el tren entró rugiendo en la estación de Shibuya, donde Hachiko esperaba, como de costumbre. El perro miró a su alrededor, pero su dueño no estaba allí. El perro lloriqueó y volvió a su casa solo.

Al día siguiente, cuando el tren de la tarde llegó, Hachiko estaba nuevamente en la estación. Una vez más, esperó a su dueño, que nunca apareció. Durante los siguientes diez años Hachiko esperó fielmente el tren de la tarde, hasta que un día murió en la estación de Shibuya. Su fidelidad y devoción no pasaron desapercibidas, y hoy, si visitas la estación de Shibuya, verás una estatua de Hachiko.

Hachiko fue leal a su amo. ¡Ojalá nosotros fuéramos igualmente fieles a nuestro Dios, nuestro Creador, nuestro Salvador y nuestro Amigo! Quizá tengas familiares que no creen en Dios y que quieren que hagas cosas que no debieras hacer. Puede ser que otros chicos te molestan cuando oras en público. O tal vez estés demasiado ocupado como para encontrar tiempo para leer tu Biblia y orar regularmente. Sean cuales fueren las circunstancias, ya sean estas grandes o pequeñas, mantente “fiel a Jesús”.

Por Helen Lee Robinson

EL PETISO DE MARCOS

Por **JULIA DENTON**

—Quiero andar en mi petiso, abuelo. Tú dijiste que me ibas a dar a Tordillo si yo limpiaba mi cuarto todos los días. No te has olvidado de esa promesa, ¿no es cierto, abuelito? —preguntó ansiosamente Marcos al terminar su desayuno el primer día que pasaba en la granja.

—No olvidé la promesa, pero Tordillo todavía es muy joven para montarlo, aunque se trate de alguien tan liviano como tú.

—¿Y va a ser mío aunque todavía no lo puedo montar?

Marcos parecía tan chasqueado que el abuelo añadió:

—Sí, es tuyo, y mientras estés visitándonos, tendrás bastante tiempo para llevarlo a la escuela.

—Yo no sabía que un petiso tenía que ir a la escuela, abuelo.

—Bueno, no es una escuela como ésa a la que vas a asistir el año que viene, pero un petiso tiene que aprender algunas lecciones.

—Si tú me enseñas cómo hacerlo, yo quisiera ser su maestro.

—¡Muy bien! —le dijo sonriendo el abuelo, al levantarse de la mesa—. Esta mañana le vamos a dar la primera lección a Tordillo.

—Espera, Marcos —lo llamó la abuela, cuando el muchacho corrió hacia la puerta—. No has hecho tu cama ni te has cepillado los dientes.

—¡Oh, yo puedo hacer eso después! ¡Ven, abuelo! ¡Apresúrate!

El abuelo se quedó callado por un momento. Luego dijo:

—Puedes ir al galpón, pero yo tengo que tender mi cama y cepillarme los dientes.

Marcos abrió la puerta de tejido, pero se detuvo.

—Oh, me olvidé —dijo—. Mejor que yo también limpie mi cuarto. Y si me apuro también podré cepillarme los dientes.

Pronto el muchacho y el abuelo caminaban juntos hacia el potrero.

—Aquí viene Tordillo. Oh, Tordillo ya eres casi un caballito —dijo riendo Marcos.

—Vamos a ver si Tordillo actúa como un caballito —comentó el abuelo poniéndole una soga al cuello dándole la otra punta a Marcos—. Ahora, despacio.

—Ven, Tordillo —le habló suavemente Marcos.

Tordillo se portó bien y dio unos pasos, pero de repente se detuvo y comenzó a comer hierba del camino.



— ¡Abuelo! Tordillo no quiere seguir. Quiere pararse a comer —le dijo Marcos al abuelo que en ese momento se dirigía al galpón.

—Hazlo obedecer. Esa es la lección más importante.

—¡Vamos, Tordillo! —dijo Marcos con voz firme.

El petiso miró a su nuevo amo y luego comenzó a caminar hacia el galpón.

—¡Está aprendiendo a obedecer! —exclamó Marcos.

—Si obedece de vez en cuando no es suficiente —le recordó el abuelo—. No podrá aprender a obedecer en un día,

—¡Mira abuelo! Tordillo tiene tierra en el lomo. ¿Lo baño?

—No, a los caballos hay que cepillarlos todos los días. Comienza con las crines y sácale todo el barro seco con el cepillo.

Marcos comenzó a limpiar su petiso, pero Tordillo empezó a andar hacia la hierba que estaba cerca del portón.

— ¡Shhh, Tordillo!

—Muy bien, Marcos. Tordillo tiene que aprender a portarse como debe cuando se lo está cepillando.

—Ahora es tiempo de que tu petiso aprenda a andar y a detenerse —continuó el abuelo.

—Vamos, Tordillo —dijo el muchacho dando un tironcito a la cuerda.

Tordillo comenzó a andar en dirección a la hierba que lo atraía.

—No le permitas detenerse a comer durante la lección —le advirtió el abuelo.

Marcos tuvo que tirar de la cuerda bastante para impedir que Tordillo se detuviera a comer el pasto, pero finalmente consiguió que pasara de largo.

—¡Shhh! —dijo Marcos. Y el petiso se detuvo.

—¡Está aprendiendo! —exclamó el abuelo.

Después de unas pocas veces más que Marcos lo hizo detenerse y andar, el abuelo pensó que Tordillo tenía suficiente de escuela, por ser su primer día de clase.

—Ahora puedes ir a comer el pasto que has estado deseando —le dijo Marcos.

Cuando fue a abrirle la puerta para que pasara al potrero con los otros caballos, el muchacho le acarició el morro suave.

—Cuando hayas aprendido a obedecer, Tordillo —le dijo—, vamos a divertirnos mucho. No es fácil aprender a obedecer; pero para hacernos grandes, los dos tenemos que aprender a obedecer.

Antes de salir corriendo para reunirse con los demás caballos, Tordillo levantó la cabeza y resopló como si realmente hubiera entendido lo que le decía.

EL PICHONCITO DE MIRLO

Historia por **Arbutis Kreye** Foto por **Bill Penner**

UNA mañana Nancy y Linda entraron corriendo en la casa.

-¡Mamá, ven en seguida! En el patio hay un pichoncito.

La madre las siguió, y encontró sobre la hierba un pichoncito que no podía volar. Cuando la madre lo levantó, éste comenzó a piar fuerte. De pronto vieron que otros dos pájaros volaban alrededor y piaban. Eran los padres que llamaban al pichoncito.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Linda mirando a su mamá-. No podemos dejarlo en el suelo. Lo podría comer un gato o irse a la calle y ser atropellado.

La madre y las dos niñas comenzaron a buscar el nido de donde podría haberse caído, pero ni en los árboles ni en los arbustos vieron ningún nido.

-¿Podemos guardarlo? -preguntó Nancy.

-Sería mejor si la misma madre del pajarito lo cuidara -les dijo la mamá-. Ella sabe qué darle de comer. Pongámoslo en una rama del árbol grande de atrás. Y vamos a ver si la mamá lo alimenta.

La mamá colocó al pichoncito en el árbol, y las tres se fueron adentro para mirar desde la ventana.

Inmediatamente apareció la mamá del pichoncito. las tres observaron para ver si ella lo alimentaría, pero durante toda la tarde no se paró una sola vez en la misma rama donde estaba el pajarito.

Cuando llegó la noche, las niñas estaban preocupadas. ¿Qué ocurriría si el gato de los vecinos lo descubriría? Los padres del pichoncito se habían ido y allí estaba él, solito, parado en la rama.

Cuando el papá vio al pichoncito solo en el árbol, volviéndose a Nancy le dijo:

-¿Por qué no corres a ese campito que está detrás de la casa y traes un poco de hierba seca? Creo que podemos hacer un nido en una caja.

Pronto el pichoncito estaba descansando en su nuevo nido.

-¿No te parece que está hambriento? Tal vez podemos darle pan -sugirió Nancy.

La mamá entibió un poco de leche y remojó unas migas de pan. Linda trajo unas pinzas.

Cuidadosamente el papá le abría el pico, y la mamá tomaba un pedacito de pan con las pinzas y se lo echaba adentro. El pichoncito sacudía la cabeza y arrojaba afuera el pan. Cada vez que la madre trataba de ponerle un poquito de comida en la boca, el pajarito la echaba afuera.

Por fin la mamá cubrió la caja con un paño y la colocó en un lugar abrigado en la cocina para que el pichoncito pasara la noche.

Las niñas le pidieron a Jesús que cuidara al pajarito durante la noche, y a la mañana se acordaron de orar otra vez por él.

En cuanto el sol empezó a calentar, el papá ató la caja al tronco del árbol, con una soga. Luego entraron en la casa para mirar desde la ventana.

-¡Nancy! ¡Linda! ¡Miren! -dijo el papá señalando en dirección al árbol.

La mamá del pichoncito estaba parada en el borde de la caja con algo que le colgaba del pico.

-Jesús ha respondido a nuestras oraciones -dijo el papá-. El cuida de las aves.

Las niñas no se olvidaron de agradecer a Jesús por su cuidado y por haber contestado sus oraciones.



EL PICNIC QUE SE POSTERGO

Por **GUILLERMO I RANKIN**

SOBRE el fuego había una olla hirviendo, con huevos. La mamá estaba untando tajadas de pan para hacer sándwiches. El sol penetraba a través de las cortinas alegres de la cocina, anunciando un día perfecto para realizar un picnic. En eso se abrió la puerta de la cocina, y entró el papá que había salido a hacer una compra de último momento. La mamá lo recibió con una sonrisa de agradecimiento y comenzó a deshojar la lechuga preparándola para los sándwiches.

-Yo no sé si vendrá alguien más con nosotros al picnic esta mañana. Por aquí no aparece nadie -comentó la mamá.

Un muchachito apareció en pijama por el pasillo.

-Mamá, ¿hoy es el día cuando vamos a ir al picnic?

-Creo que sí -llegó la respuesta de la cocina-, pero se está haciendo tarde y el viaje que tenemos que hacer es bastante largo.

El muchachito desapareció rápidamente, entrando en su dormitorio y entonces se oyó que en el dormitorio de enfrente, también había señales de vida.

El papá se sentó para echarle una mirada al periódico del domingo, pero hizo una advertencia en voz alta, para que la oyeran desde los dormitorios.

-En dos minutos terminaré de leer el diario, y el que no esté aquí, tendrá que quedarse sin comer hasta mediodía.

En eso apareció Donaldo, corriendo, con los zapatos en la mano. Se sentó a la mesa y comenzó a ponérselos.

-Mamá -se oyó desde el otro dormitorio-, ¿usaré el vestido rayado o el floreado?

-Usa el rayado, querida. No planché el otro. Está en el ropero.

Siguió un intervalo en el cual Donaldo intentó beber el jugo de naranja, pero la madre le pidió que esperara a su hermana.

De repente, un grito de terror proveniente del dormitorio de la niña atrajo la atención de todos.

-¡Mamá! ¡Mamá!

Se Oyó luego un sonido suave y sordo como el que hace un cuerpo al caer al suelo.

-¡Mamá, no puedo caminar! -añadió la niña, y al oírla sus padres corrieron al dormitorio.

Cuando entraron, vieron que la pequeña Catalina trataba de incorporarse en la alfombrita que había al lado de la cama, donde se había caído. Todavía con el pijama puesto, Catalina yacía en el suelo con las piernas dobladas debajo de su cuerpo procurando ayudarse con los brazos para levantarse, sin poder hacerlo. Sus ojos miraron a su madre con una expresión de súplica, inolvidable, como la mirada de un animalito que hubiera caído en una trampa, al ver alguien que viniera a rescatarlo.

Al instante el papá la levantó en sus brazos fuertes y la colocó al borde de la cama. Sentada allí, con las piernas colgando, Catalina parecía sentirse aturdida y una lágrima le rodaba por la mejilla.

-Todavía. -. todavía puedo moverlas un poco -dijo moviendo un poquito las piernas-. Pero se me aflojaron y parecía que estaban dormidas.

Eso ocurrió un verano cuando se presentaban muchos casos de parálisis infantil, y en la mente de la madre el terrible nombre de esa insidiosa enfermedad seguía resonando mientras sus manos friccionaban suavemente las delgadas piernas de su hijita. La mirada de sobresalto y aflicción que le dirigió a su angustiado esposo reveló que ambos sabían de qué se trataba. La madre luchó por dominarse porque necesitaba mantenerse serena.

-Llamaré al Dr. Bradley -dijo el padre muy serio y desapareció por el vestíbulo.



Al regresar, rodeó con el brazo a Catalina y le dijo serenamente:

-Va a venir pronto.

-Oremos -sugirió la mamá. Oró el papá. y luego oró la mamá, y cuando le tocó el turno a Catalina ella rogó inocentemente: "Querido Señor, no quiero perder el picnic, pero sea hecha tu voluntad".

Cuando abrieron los ojos la mamá le sonrió a Catalina y le acarició la pierna.

-Vamos a postergar el picnic -le prometió.

En eso llegó el médico. Examinó a Catalina, e indicó que la llevaran al hospital. Allí se la puso en cuarentena y se la cuidó mucho.

Durante las 48 horas siguientes la niña fue gradualmente empeorando. En la casa, el papá y la mamá se mantenían cerca del teléfono. Donaldo percibió la gravedad de la condición de su hermana y permaneció sentado, observando ansiosamente a sus padres.

-¿Se va a sanar Catalina? -preguntó.

-Está muy enferma, querido, pero estamos orando por ella -le respondió la mamá, tratando de retener las lágrimas.

-Yo también voy a orar -dijo Donaldo.

Al tercer día la mamá llamó al pastor Reilly y le contó todo lo que había ocurrido.

-¿Quisiera Ud. que yo fuera y ungiera a su hija? -le preguntó él.

Con los ojos llenos de lágrimas la madre respondió:

-Sí -luego añadió-, venga pronto. Se hicieron los arreglos con el doctor y el hospital para que el pastor Reilly y dos ancianos fueran al cuarto donde yacía la niña enferma. Se realizó una corta ceremonia de ungimiento y oración. Después que se fueron el pastor y los ancianos, el papá y la mamá pidieron que se pusiera cerca del cuarto de la niña una cama para que ellos pudieran pasar la noche en el hospital.

Donaldo quedaría en la casa con algunos parientes.

El papá y la mamá no podían dormir. Pasaban las horas, recostados, en silencio, ocupado cada cual con sus propios pensamientos, sin que cruzara entre ellos una sola palabra.

-Su hija parece sentirse más tranquila ahora y está respirando mejor.

Ese fue el informe que les dio la enfermera de la sala de parálisis infantil, pero los padres de Catalina apenas pudieron creerle lo que les decía.

-Gracias -susurró la madre-, pero casi no durmió nada durante el resto de la noche.

Al día siguiente Catalina se habla mejorado tanto que la llevaron a una pieza particular, y se les permitió a los padres que la visitaran. Estaba sonriente.

-¡ Ey! me siento como nueva -exclamó regocijada.

A la tardecita, cuando el médico la examinó, se sintió muy perplejo. Volviéndose a sus padres, les dijo:

-Nunca he visto una mejoría tan asombrosa en esta clase de parálisis infantil. Esta niñita tiene muchísima suerte. La vamos a mantener aquí para observarla, pero si mañana está como ahora, no veo ninguna razón por la cual no pueda volver a su casa.

Catalina estaba alborozada y naturalmente, ambos padres rebosaban de alegría. Lo que había ocurrido era algo milagroso.

Al domingo siguiente amaneció claro y hermoso. El papá estaba mirando el diario de la mañana cuando dos personas se acercaron a él por detrás.

-Hola -dijeron juntos-, ¿y qué pasó con el picnic, el que postergamos?

La madre levantó la vista de la mesa del desayuno que estaba preparando y dijo, sonriendo:

-Es un día precioso, y creo que hoy gozaremos más que nunca de nuestro picnic.

EL POBRE TÍO SILAS

Jamás olvidaré aquella tarde en que mi padre nos miró con pesar a mis hermanos y a mí. Habíamos estado discutiendo con gran animación cómo nos íbamos a vestir en una noche Oscura para aparentar ser espíritus y asustar a un compañero un tanto miedoso.

-¡Será verdaderamente gracioso, muchachos, les aseguro! -dije yo regocijándome ante tal idea.

-Muy gracioso para ti, Enrique, pero, ¿y para él? -preguntó una voz grave y reprensiva; y alzando la vista, vi a mi padre con una penosa expresión en su rostro.

¡Era una idea nueva! Sería divertido para nosotros, sí; pero, ¿qué sería para él, un pobre e inofensivo muchacho, a quien nosotros estábamos proyectando asustar tan cruelmente?

No habíamos pensado en esa fase del asunto. Los chicos, y en verdad los hombres también, estamos inclinados a considerar únicamente un lado de las cosas: el que más nos conviene.

Nuestro padre quedó pensativo por un momento; luego, llamándonos, entró en la sala y se sentó.

-Hijos míos -dijo-, veo que ha llegado el momento de contarles una historia de tiempos pasados, de cuando yo era muchacho, tan lleno de vida y alegría que, como les pasa a Uds. ahora, no se me ocurría que aquello que para mí era diversión pudiera ser justamente lo contrario para alguna otra persona.

Calló por un momento, y una sombra de dolor pasó por su semblante, expresión que le notara muchas veces y que aprendí a relacionar con cierto hombre que vivía en una choza cerca de nuestra casa.

Ese hombre era alto y fuerte, y más o menos de la edad de nuestro padre, pero ¡ay! había perdido para siempre la luz de su vida, la razón. Era manso e inofensivo, y por lo general alegre y juguetón, pero había ocasiones en que caía al suelo lleno de terror, profiriendo gritos salvajes contra los espíritus que -según él-, lo querían atrapar.

Mi padre visitaba a menudo a ese pobre hombre, "el pobre tío Silas", como los chicos lo llamábamos.

Algunas veces yo lo acompañaba. Nunca iba con las manos vacías, sino que le llevaba siempre algún regalo: un libro con figuras, caramelos, masas o algún juguete. Era en esas ocasiones cuando yo notaba aquella dolorosa y triste expresión en el semblante, por lo general alegre, de mi padre, expresión que permanecía, como una nube, mucho tiempo después de volvernos a casa. Yo sabía además que era él, con la ayuda del tío Juan, quien pagaba el alquiler de la casa del pobre hombre, lo vestía y pagaba a una mujer que lo cuidaba.

Y eso me causaba perplejidad, pues sabía perfectamente que "el tío Silas" no tenía parentesco alguno con nuestra familia, y que el dinero que se gastaba en su sostén a duras penas se podía conseguir.

Mi padre prometió muchas veces contarnos la historia cuando llegase el "momento oportuno", y por lo visto ese momento había llegado, pues sus primeras palabras mencionaron al "tío Silas".

-Hijos míos -dijo él-, les contaré ahora la historia del "tío Silas". Cuando la hayan oído comprenderán la razón por la cual considero mi deber contársela a Uds. precisamente en esta ocasión. Daría diez años de mi vida para no tener que contar esta historia. Pero es la cruz que yo mismo me impuse, de modo que debo llevarla pacientemente como castigo.

Cuando yo era muchacho, había entre mis compañeros de escuela un niño muy inteligente, buen alumno, pero de temperamento muy nervioso y tímido. Su madre era una pobre mujer que trabajaba duramente para ganarse la vida, y su mayor ambición era ver que su hijo triunfara.

Todos queríamos a Silas, pues era muy dócil; pero al mismo tiempo nos gustaba abusar de su buen carácter y de su timidez, y estábamos constantemente haciéndolo víctima de nuestras travesuras.

Su madre era irlandesa, una de esas mujeres llenas de supersticiones extrañas. Nada le parecía demasiado descabellado para poder creerlo, y Silas había heredado gran parte de esa tendencia supersticiosa.

Nosotros, los muchachos, pronto descubrimos su debilidad, y nada nos divertía más que, al salir del colegio por la tarde, sentarnos en los escalones del edificio de la escuela, tratando cada uno de superar al otro en inventar cuentos, fantásticos y extraños, de espíritus, ladrones y asesinos. Silas por lo general se quedaba para oírnos, con sus ojos azules casi saltándole de las órbitas, el rostro a veces pálido y otras sonrojado, y de tal manera excitado que por cualquier ruido, el producido al cerrar una puerta o al arrastrar los pies en el suelo, se sobresaltaba.

Cierta tarde nos entretuvimos en nuestro pasatiempo favorito hasta después de la puesta del sol, y las sombras descendían suavemente sobre los campos circundantes.

-¡Oh! ¿Qué haré ahora? -dijo Silas mirando atemorizado alrededor de él- Todavía tengo que ir a la casa del hacendado González y estará oscuro antes que regrese.

-¿A casa del hacendado González? -exclamé yo, guiñando un ojo a los otros- Así que tú tienes que cruzar el puente viejo; dicen que el espíritu de su mujer, que se ahogó allí, visita ese lugar durante la noche; aunque creo que es solamente en el aniversario de su muerte. Y, a propósito, ¿qué fecha es hoy?

-Es diez -me respondieron. "Dejé escapar un corto silbido de sorpresa y miré fijamente a Silas.

-Entonces estoy contento de no tener que pasar por ese lugar esta noche -dije con voz lo suficientemente fuerte como para que él me oyese, como yo quería.

-¿Qué dices? -balbuceó él, quedándose blanco como una sábana- Es...?

-Sí, así es, ya que lo quieres saber. Pero no tengas miedo. Yo no creo absolutamente nada de ese cuento. ¿Quién ha sentido alguna vez hablar de un espíritu con costillas de fuego, y con manchas de fuego en el rostro? ¡Bah! Son invenciones.

Pero el pobre Silas estaba alarmado; lo cual era precisamente lo que me proponía, y su terror me parecía una excelente diversión, o mejor dicho, el principio de una excelente diversión, pues formaba parte de un plan del cual esto era el preludio. Mientras Silas vacilaba, titubeando entre el temor de encontrarse con el espíritu y la seguridad de una paliza si no iba a hacer el mandado, llamé aparte a mi hermano Juan y le comuniqué mi plan, que decidimos guardar en secreto.

Como resultado, Juan se ofreció a acompañar a Silas a hacer el mandado, cosa que el pobre Silas aceptó con todo agradecimiento. Así que emprendieron el camino mientras los demás muchachos se marcharon a sus casas.

Inventé un pretexto cualquiera para volver atrás antes de llegar a casa, y fui a toda carrera a la farmacia, donde compré un poco de fósforo; me fui entonces a casa, conseguí una sábana, y logré escabullirme nuevamente.

Pronto me encontré en el puente, y, escondido detrás de unos arbustos, me puse a dibujar con el fósforo en mi saco negro las costillas de un esqueleto, las que se notaban sorprendentemente -los trazos luminosos brillaban claramente en la oscuridad, pues ya había anochecido por completo.

Me puse entonces parte del fósforo en las manos y en la cara, me até luego la sábana a la cintura, dejando que una parte se arrastrara detrás de mí. Así preparado me coloqué a algunos metros del puente, por donde los muchachos debían pasar a su regreso.

Pronto oí la voz de Silas que decía:

-¡Oh! Juan, ¡tengo miedo! ¡Tengo tanto miedo!

-Tonterías -respondió mi hermano-. ¿Un espíritu? ¡Qué ocurrencia! Me gustaría ver uno.

-¡Oh! no digas eso. ¡Oh! ¡Aaaah!

Un grito como aquél, de tan intenso e indecible terror, quiera el cielo que nunca vuelva a escucharlo en mi vida. Y al proferirlo, Silas cayó como muerto al suelo. Juan, según habíamos convenido, gritó también, y empezó a correr, como si estuviese terriblemente asustado. Silas quedó allí unos instantes, y mi corazón se estremeció. ¿Estaría muerto? ¿Lo habría asesinado? No, hijos míos, no le había hecho ese favor.

Silas volvió a levantarse y, dando gritos y gritos, se precipitó hacia el puente. Viendo entonces el terrible efecto que habíamos producido, pensé que la broma había ido demasiado lejos; y me puse a correr detrás de él, llamándolo y diciéndole que había sido una broma y que no había ningún espíritu.

Pero él no me oía, sino que seguía corriendo y gritando hasta que llegó al puente, y allí, para espanto mío, de un salto pasó la baranda y fue a caer en medio del barro y agua que había abajo.

Juan volvió entonces, me quitó la sábana que tenía atada a la cintura, y ambos corrimos hacia donde estaba Silas. Había más barro que agua, eso lo sabíamos, pero por la fuerza de la caída se había enterrado en el barro hasta que sólo sobresalían los hombros y la cabeza; y para aumentar nuestro terror, notábamos que se iba hundiendo cada vez más.

Algo teníamos que hacer y con urgencia; de lo contrario, lo veríamos enterrarse vivo. Había por allí unas pesadas planchas, las que conseguimos arrastrar hasta donde se hallaba el pobre Silas hundiéndose y gritando siempre: ¡El espíritu! ¡El espíritu! ¡El espíritu!

Aún no entiendo cómo logramos sacarlo de ese pantano con nuestras fuerzas de muchachos, pero fuese como fuese, lo sacamos y lo llevamos a casa, a pesar de habérsenos escapado varias veces gritando: '¡El espíritu!'

Silas estuvo muy enfermo durante muchas semanas, y cuando finalmente su cuerpo recobró la salud, los médicos declararon que nunca más volvería a tener uso de razón; y desde entonces ha sido siempre como Uds. lo conocen hoy.

Mientras su pobre madre vivió, tío Juan y yo le ayudamos a cuidarlo, y desde que ella murió, hace ya muchos años, nos hemos encargado enteramente de la víctima de nuestra cruel 'broma', aunque el pecado fue más mío que de mi hermano, pues fui yo quien ideó la broma. "Hijos míos, aquel momento de irreflexivo 'placer' ha entristecido toda mi vida, arrojando una sombra sobre mis momentos más dichosos". Mi padre terminó así su historia, y se quedó observando nuestro desolados rostros, mientras murmurábamos en tono de infinita compasión:

-¡Pobre tío Silas!

-Bien, hijos míos -dijo él después de algunos momentos-, estoy esperando que me cuenten esa graciosa broma que Uds. querían jugarle a Arturo. Bajamos la cabeza en silencio y él sonrió.

-¡Oh! yo sé que Uds. comprenden por qué les conté mi triste historia hoy. Aprendan la lección que ella encierra. Y ahora, hijos míos, sé que puedo confiar en Uds.; pero para que nunca se olviden, quiero que cada uno ponga su mano sobre este Sagrado Libro, y recordando que nuestro Padre celestial nos oye, prometan todos no permitirse nunca una diversión que pueda ofender o hacer desgraciado a uno de sus semejantes.

EL PREDICADOR PARALÍTICO

Por la Sra. C. A. Williams

Cho Won Chan vive con su madre en una choza con techo de paja, en una aldea coreana.

Cho no es un niño común porque es paralítico, y siempre será un inválido. No puede mover las piernas, y sólo puede levantar las manos desde la altura de la cintura hasta la boca, no más. Se pasa la vida apoyado en la cama, o sentado en una silla reclinable al lado de la casa o en el jardín. Pero hay algo muy definido con respecto a Cho. El ha dedicado su vida completamente al Señor, y es un buen miembro de escuela sabática y un misionero.

Un día Cho llamó a su madre al lado de la cama y le dijo:

-Mamá, yo quiero predicar el Evangelio. Quiero compartir mi fe y hablar a otros acerca de la pronta venida de Cristo.

Su madre lo miró y le dijo:

-Cho, ¿qué puedes hacer en tu condición'? ¿Cómo puedes predicar estando cómo estás? ¿Cómo podrás hacer trabajo misionero si no puedes caminar?

La respuesta de Cho fue:

-Puedo escribir y puedo orar, y voy a darle estos talentos al Señor aun cuando sean pocos.

Su madre y sus vecinos en la aldea no prestaron mucha atención a lo que el niño hacía, pero diariamente Cho escribía cartas a los amigos y los animaba a inscribirse en las lecciones de la Escuela Radiopostal. El sentía una preocupación especial por los pacientes de un gran hospital de la ciudad de Taejón, no muy distante, y por bondad de un amigo recibía los nombres y direcciones de diferentes pacientes de este hospital.

Uno de los pacientes del hospital de Taejón decidió aceptar la invitación e inscribirse en la Escuela Radiopostal. Inició una correspondencia amigable con Cho. Este hombre se graduó del curso bíblico de la Escuela Radiopostal, y a su debido tiempo fue dado de alta en el hospital. Estaba tan ansioso de conocer a su amigo por correspondencia Cho, quien fielmente le había escrito y lo había animado, que en seguida tomó el tren para ir a la aldea de Cho. Después de bajar del tren tuvo que caminar más de tres kilómetros en muletas antes de llegar al hogar de su amigo.

Cuando se aproximaba a la casa, pensó: "Me va a resultar embarazoso encontrarme con mi amigo de esa manera, caminando con muletas". Y se preguntaba si no debía esconderlas antes de entrar en la casa. Pero no podía andar muy bien sin ellas, de manera que siguió adelante y llamó a la puerta de Cho. Salió a recibirlo la madre del niño, quien lo invitó a pasar a la pieza de Cho donde los dos se encontraron por primera vez. ¡Cuán asombrado quedó al ver la condición de su amiguito! No sabía que Cho era paralítico ni que estaba en peor condición que él mismo.

Esta visita le causó una tremenda impresión. Siguió estudiando la Biblia y finalmente fue bautizado en la iglesia. Cuando volvió a su aldea predicó el Evangelio, contando la historia de su amiguito que lo había guiado a esta maravillosa verdad.

Cho continuó su predicación por correspondencia, y el último año y medio ganó a once personas para esta maravillosa verdad.

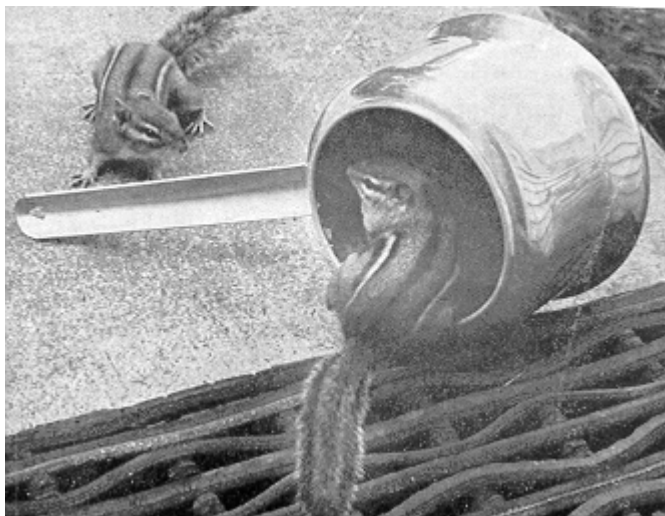
Niños, ¿no consagrarán solamente sus manos como lo hizo Cho, sino también sus pies y todo su cuerpo para proclamar las maravillosas nuevas de la salvación?

EL PREMIO DE SANTIAGO

Por **JUAN HULT**

LA MINÚSCULA ardillita rayada tumbó la tetera y revisó todo a su alrededor como si estuviera tomando nota de lo que allí había.

Santiago la enfocó con su cámara. Quería obtener una buena fotografía, porque tenía interés de entrar en el concurso de fotografía para aficionados, que ofrecía el diario local. Si ganaba, ganaría algo de dinero. Entonces quizás le sería posible conseguir una cámara mejor. En el preciso instante en que Santiago estaba por apretar el obturador una voz detrás de él llamó: "¡Ardillita! ¡ardillita!" La ardillita se asustó y se escapó como una flecha y se escondió en un tronco hueco. Santiago se volvió enojado hacia su hermanita de cuatro años, a quien había dejado sentada a cierta distancia, en un gran tronco al lado del sendero.



— ¡Desobediente! ¡Me has arruinado la foto! —le gritó Santiago enojadísimo—. ¿Por qué no te quedaste en aquel tronco? ¡Ahora me arruinaste todo!

—Lo siento; no lo voy a hacer más —dijo la hermanita, Linda, acercándose a su hermano grande, Santiago.

— ¡Eres una fastidiosa! —volvió a estallar Santiago—. ¡Sal de aquí! —y al decirlo le dio a Linda un fuerte empujón. Linda tropezó y cayó. Durante unos instantes ni se movió. Santiago se apresuró a levantarla.

—¿Te lastimaste? —le preguntó ansiosamente.

—Me raspé la mano —le contestó Linda tratando de contener las lágrimas—. Yo no voy a contar.

—¡Qué nena buena! —le dijo Santiago, sintiéndose aliviado—. Toma, tu puedes tener mi silbato. Y sacándolo del bolsillo se lo pasó a Linda.

Linda cumplió su promesa. Ni una sola vez le mencionó a la mamá o al papá el empujón que Santiago le había dado.

Santiago pensó que no tenía nada que temer. Por su parte había aprendido la lección. Nunca volvería a ser malo con su hermanita.

Aun cuando Santiago se decía todas estas cosas, se sentía culpable. Por fin, al día siguiente, cuando llegó la noche y Linda se fue a dormir, Santiago decidió contarle todo a su mamá y a su papá.

Ellos se sentaron y escucharon toda la historia que Santiago les contó. Cuando terminó, no le dijeron nada por un rato. Santiago sabía que estaban tristes.

Finalmente el padre habló.

---Santiago, hubo una vez un hombre sabio que se llamaba Salomón, quien dijo: "Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte: y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad". Recuerda ese proverbio la próxima vez que sientas el impulso de enojarte.

—Aprende el proverbio, y esta vez no vamos a castigarte —le dijo la madre con voz bondadosa pero firme—. Fuiste un verdadero hombre al confesar que hiciste mal.

Pasaron varios días y Linda le rogó a Santiago que la llevara otra vez al bosque. A ella le encantaba recoger hermosos helechos.

—Esa es una buena idea, Santiago

—le dijo la madre—. Es un día muy bonito.

—También sería una buena idea que llevaras la cámara contigo —le recomendó el padre.

Santiago se sentía feliz. Tanto la madre como el padre confiaban en él.

Santiago y Linda vagaron por el bosque hasta que llegaron a un arroyo que corría sobre unas piedras brillantes. Santiago caminaba a lo largo del arroyo con la cámara en la mano. Un débil golpeteo atrajo su

atención. Caminó en la dirección de donde procedía el ruido. Pronto vio un pájaro carpintero con un copete en la cabeza de color rojo vivo que trabajaba solícitamente en un tronco añoso. El pájaro carpintero sería un lindo motivo para una fotografía. Santiago levantó su cámara.

Detrás de él se oyó un ruido y al instante el pájaro carpintero se voló.

—Santiago se dio vuelta. Allí estaba Linda con una brazada de helechos suaves y delicados. A Santiago le comenzó a subir la presión. Cerró los ojos. Las palabras del proverbio le sonaron en sus oídos.

"Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte".

De pronto el enojo pareció esfumársele. La miró a Linda y le sonrió. La hermanita estaba allí sosteniendo sus helechos.

_Quédate quietita. Linda, y te voy a sacar una fotografía.

Santiago levantó la cámara de nuevo enfocó el objeto y apretó el obturador.

Varias semanas más tarde la fotografía titulada "Linda" ganó el tercer premio en el concurso de fotografía del periódico local. Era la fotografía de un niñita con un gran ramo de helechos.

El premio consistió en ocho dólares. Santiago pagó el diezmo y dio dos dólares a Linda. El resto del dinero lo ahorró para comprarse una cámara nueva.

Santiago nunca olvidó esto: Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte: y el que se enseñorea de su espíritu; que el que toma una ciudad".

EL PREMIO PERDIDO

Por *Moeita Burch*

MARLA tenía la boca tan caída que parecía que los extremos de la misma se iban a juntar por debajo del mentón. Tenía los ojos enrojecidos y tres arrugas grandes en la frente.

—¿Qué pasa, Marla? —preguntó su abuela—.

Parece como que hubieras perdido tu mejor amiga.

—Es peor que eso —farfulló Marla—. Estoy chasqueada, y no puedo aguantar los chascos.

—¿Qué tontería dices —exclamó la abuela—. Todos tienen que recibir chascos en alguna oportunidad, y es mejor que estén dispuestos a recibirlos.

—No puedo evitarlo —persistió Marla—. Soy así. Y de nuevo estalló en lágrimas.

—¿Y qué es lo que te chasqueó? —le preguntó la abuela en un tono más comprensivo—. Estoy curiosa por saberlo.

Marla sofocó sus sollozos.

—Judit y yo íbamos a ir el domingo a la exposición de caballos árabes que se realiza en Beldon, y ahora su padre ha tenido que salir por asuntos de negocios, y no podemos ir. Hemos estado esperando esta exposición desde hace dos meses. ¡Tengo un fastidio!

Y Marla comenzó de nuevo a sollozar.

—¿Y Judit se siente tan fastidiada también? —preguntó la abuela.

—No. Ella sólo dijo: “Oh, bueno”. Nada parece molestarla.

—Es una chica sabia —comentó la abuela—. De manera que todo lo que perdiste fue un corto viaje, y sin embargo lloras.

—No, eso no es todo —dijo Marla—. Mamá no terminó mi vestido nuevo a tiempo para la fiesta de cumpleaños de Ana, y no tengo nada que ponerme.

La abuela se rió con todas las ganas.

—“Nada que ponerme”. Creo que he escuchado decir eso a cada mujer que conozco. Si uno se guiara por lo que dicen, no tienen nada que ponerse.

—Eso no es divertido —Marla insistió—. Tú no sabes lo que es esperar una cosa durante mucho tiempo y que de repente quede en nada —y las lágrimas comenzaron a correr de nuevo.

—Oh, yo no sé —dijo la abuela—. Este rasgo evidentemente viene de familia. Yo solía ser exactamente como tú, pero afortunadamente aprendí a vencer esa debilidad. Mi tonta tendencia a lamentar los chascos, una vez me hizo perder un premio. ¿Quisieras escuchar lo que pasó?

— ¡Por supuesto!

A Marla le pareció que una buena historia podría ayudarla a sentirse mejor.

La abuela pensó durante un momento y luego comenzó la historia.

—En nuestra escuela secundaria se daba un curso de cocina que pensé que sería muy fácil. Pero resultó que no era tan fácil como me lo había imaginado. La profesora era muy exigente. Cada plato tenía que ser una obra de arte, y pronto descubrí que la cocina no era mi fuerte.

Marla la miró sorprendida.

—+Pero cómo has cambiado abuela!



La abuela sonrió.

—La experiencia es una buena maestra, querida. Me las arreglé para pasar con 6 y de vez en cuando con un 8, pero nunca pude presentar un plato que realmente fuera extraordinario.

— ¿Y llorabas porque no podías lograrlo? —preguntó Marla.

—No; no al principio. Las lágrimas vinieron después; pero cuando llegaron, eran como una inundación. Cerca de la mitad del semestre nuestra profesora anunció que realizaríamos una exposición de alimentos en una de las vidrieras del centro. Nos dio permiso para que escogiéramos los platos que queríamos preparar. Inmediatamente planeé hacer una torta de coco. Sería una belleza de cuatro capas, con un baño blanco brillante y coco fresco rallado todo alrededor.

—Se me hace agua a la boca, —interrumpió Marla.

—La visión de esa torta también hizo que se me hiciera agua a la boca, querida. Podía imaginarme esa torta en medio de la vidriera, rodeada por toda clase de tortas, pero ninguna como la mía.

—¿Cómo resultó? —preguntó Marla que ya estaba tan interesada en la torta que casi se había olvidado de su chasco.

La abuela se rió.

—Cuando le dije a la profesora lo que había decidido hacer, me miró incrédula. Sacudió la cabeza y dijo: “Todavía no estás lista para eso, Ester. Creo que tú podrías preparar bien unos bollitos”.

—¡Bollitos! Me quedé mirándola como si no hubiera escuchado bien. ¡Simples bollitos! Nunca consentiría en algo semejante. Quién se imaginaría poner eso en una exposición. Pensé que la profesora estaba bromeando, pero cuando vi que escribió bollitos junto a mi nombre en su libro de registro, me di cuenta de que eso era lo que ella había querido decir. Comencé a discutir con ella, pero ella se volvió para atender otras tareas.

“Entonces, María, como tú, chasqueada me desanimé. Tan pronto como pude quitarme el delantal y la gorra, salí de la cocina y corrí escaleras arriba al cuarto de las gavetas. Y allí me eché a llorar. No podía soportarlo. La hermosa torta de mis sueños no estaría en el centro de la vidriera”.

—¡Qué terrible! —dijo Marla.

—Qué tontería, diría yo más bien —corrigió la abuela—. En lugar de concentrarme para hacer los mejores bollitos de que fuera capaz, rehusé olvidar mi chasco. Me enfurruñé por cuatro días. Cuando mamá me preguntó qué me pasaba, le dije: “Esa profesora de cocina me hace hacer bollitos para la exposición que tendremos en el centro la semana que viene. ¡Imagínate! Ella sabía muy bien que yo quería hacer una torta de coco”.

—“Mira, Ester —mi madre trató de consolarme—. Tus bollitos son deliciosos. Nunca he comido nada mejor. No te aflijas por eso, chica”.

—“Fu” —dije.

Marla tuvo que reírse. Esa era una verdadera historia.

—Cuando finalmente llegó el día de la exposición —continuó la abuela—, todos los alumnos estaban ansiosos, excepto yo. Yo estaba fastidiada y enojada. Yo le enseñaría a esa profesora. Yo la desacreditaría con mi cocina.

“Lo peor era que no había excusa para mi comportamiento. Mamá tenía razón; yo podía hacer buenos bollitos; ella misma me había enseñado a hacerlos, y su receta fácil siempre salía bien. Yo los hacía cuando necesitábamos un postre rápido.

“No me afligí por mis bollitos. A propósito fui descuidada al medir los ingredientes. Cuando saqué la lata del horno, los bollitos eran un desastre. Pero era yo quien me había desacreditado, no la maestra. Ella les echó una mirada, los tiró al tarro de la basura, y me ordenó probar de nuevo. Obedecí, encolerizada. La segunda tanda era un poquito mejor, pero no decía mucho. La profesora no estaba conforme, pero no había tiempo para hacer más. Los espolvoré con azúcar impalpable y los añadí a las cosas que estaban listas para salir.

“Ahora me sentía avergonzada. Mi nombre estaría junto a esas desgracias. ¡No había pensado en eso! Comencé a sentirme incómoda. Esa noche en casa me sentí mortificada. Mamá había estado en el centro y había visto la exhibición. Cuando me preguntó por qué mis bollitos tenían tan mala apariencia, tuve que confesarle que no me había esmerado.

“Más tarde descubrí que todas las tortas que se presentaban podían ganar premios, pero lo que yo presenté, naturalmente, no había llenado las condiciones para el concurso. Si yo no hubiera permitido que el chasco me arruinara, fácilmente podría haber ganado un primer premio con los bollitos que sabía

hacer tan bien, con sólo esmerarme.

Marla, ese día aprendí una lección. Desde entonces me trago los chascos y hago lo mejor que puedo. Y puedo asegurarte querida que eso me ha valido muchísimo en los largos años de mi vida”.

—Entonces yo también puedo aprender a tragarme los míos —declaró Marla.

EL PRINCIPE QUE VIENE

El anuncio se hizo una mañana, durante la hora del culto. “Su Alteza Imperial, el príncipe Takamatsu, estará visitando nuestro colegio el 6 de mayo a las 11 de la mañana”. Los alumnos quedaron boquiabiertos y asombrados ante la idea de que alguien tan importante visitara su pequeño colegio cristiano.

Las siguientes seis semanas fueron un frenesí de actividad en el Colegio Misionero de Japón, mientras alumnos y profesores trabajaban juntos para prepararse para la visita del príncipe. Podaron árboles, cortaron el pasto, recogieron basura; algunos repararon edificios y fregaron pisos. Hasta la actitud de todos en el colegio parecía ser más positiva.

La mañana del 6 de mayo de 1952, todo estaba preparado. Los alumnos y los profesores vestían sus mejores ropas, esperando, emocionados, la llegada del príncipe. Algunos funcionarios del gobierno los mantenían al tanto de la ubicación exacta del príncipe Takamatsu, mientras recorría los ochenta kilómetros desde su palacio. Cuando el príncipe bajó del auto, la multitud que lo esperaba lo saludó cálidamente.

El trabajo duro de todos había valido la pena. Toda la espera había terminado. El príncipe había venido, tal como había prometido, y la visita había resultado ser un acontecimiento exitoso.

Imagina cómo reaccionarías si un príncipe viniera a verte. ¿Estarías listo para recibirlo, o ignorarías su venida? Jesús, el Príncipe de Paz, visitó una vez la Tierra como un bebé, pero la mayoría de la gente no le dio la bienvenida; de hecho, la mayoría ni se acordaba de que vendría.

Eso ocurrió hace dos mil años, y ahora ha prometido regresar. “Sí, vengo pronto”, dice. Él quiere verte. La pregunta es: ¿estarás listo para encontrarte con tu Príncipe?

Por Helen Lee Robinson

EL PROGRAMA DE PATRICIA

Por *Elena Welch*

CIERTO día el papá de Patricia llegó a la casa con una caja grande.

-Abre esto -le dijo a Patricia.

Cuando Patricia abrió la caja vio que adentro había un aparato de televisión, portátil.

- ¡Oh, papá! -exclamó-, ¡ahora podremos mirar toda clase de programas!

- ¡No, no toda clase! -corrigió la mamá-. Miraremos aquellos que Jesús apruebe.

- ¿Cómo sabremos cuáles son los programas que Jesús quiere que miremos? -quiso saber Patricia.

-Oraremos acerca de ese asunto -respondió la mamá-. Entonces miraremos sólo los programas que nos hagan sentir felices en nuestro corazón.

Patricia no entendió muy bien lo que la madre quiso decir, pero le gustó mucho el programa que la mamá puso. Era uno que a ella le gustaba ver. Mostraba diversos animales interesantes que viven en distintas partes del mundo.

Patricia miró con mucha atención, hasta que el programa terminó.

-¡Oh, ése me gustó! -exclamó cuando la madre apagó la televisión.

-A mí también -estuvo de acuerdo la madre-. Esa es la clase de programas que a Jesús le gusta que miremos. En ese programa vimos muchos de los animales hermosos que Él creó y que no podemos ver aquí donde vivimos.

Patricia asintió con la cabeza. "Ahora sé qué clase de programas son los que nos hacen sentir felices en nuestro corazón" -pensó.

Unos días más tarde Patricia fue a pasar la tarde con Linda, su mejor amiga. Linda vivía en un apartamento. Casi siempre era Linda quien iba a visitar a Patricia porque la casa de ésta tenía un patio grande donde podían jugar. Pero esta vez Linda tenía que cuidar a su hermanito de modo que invitó a Patricia para que fuera a su apartamento.

Cuando Linda abrió la puerta para hacer pasar a Patricia, ésta se dio cuenta de que su amiga tenía puesta la televisión.

-¿Estás mirando un programa? -le preguntó Patricia.

-¡Ah, sí! -respondió Linda-. Entra y lo miraremos juntas. ¡Es realmente bueno!

Mientras Patricia caminaba hacia la habitación donde estaba el televisor, se preguntaba qué clase de programa sería. Ni ella ni su mamá miraban un programa a esa hora del día.

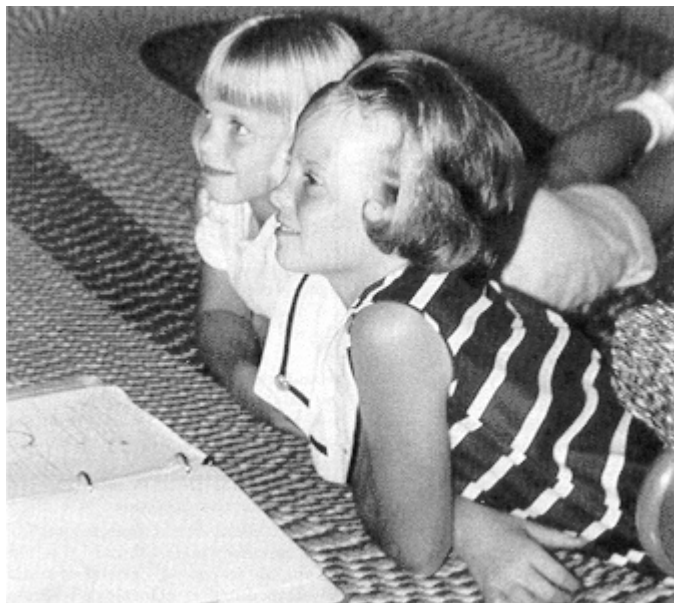
La pantalla del televisor de Linda era mucho más grande que la del televisor de Patricia, y además era en colores. Pero cuando Patricia comenzó a mirar el programa, se sintió un poco incómoda. Había mucho ruido y el programa no era de animales ni de gente real. Era de dibujos animados.

-¿No está demasiado fuerte? -preguntó Patricia después de un momento.

-Un poquito, tal vez -respondió Linda sin apartar la vista del televisor-. Pero eso es lo que lo hace divertido. Escucha cómo aúlla el perro cuando el payaso le pega.

Patricia arrugó la frente. El perro no parecía un perro ni el payaso, un payaso. Además, no le gustaba oír aullar a un perro. Ella amaba a Zippy, su perro, y se divertía mucho jugando con él. Nunca lo hubiera castigado.

Después de un rato Patricia apartó los ojos del televisor y echó una mirada al cuarto. Frente al sofá vio al hermanito de Linda que dormía sobre una frazada. En eso el bebé se despertó y comenzó a pestañear. De pronto Patricia sintió que Linda la tomaba del brazo.



- ¡Mira esto! -exclamó riendo-. El payaso va a tirar al perro desde el techo de la casa!

Patricia volvió a mirar el televisor pero no quería hacerlo. Cuando el payaso tiró al perro, cerró los ojos y hubiera querido taparse los oídos para no escuchar el aullido del perro.

De pronto abrió los ojos. Miró atentamente al televisor. ¡El perro no aullaba más! Estaba gateando debajo de la casa. Pero Patricia todavía oía algo. ¿Qué era?

¡El bebé! El hermanito de Linda gritaba de dolor. Patricia se puso de pie de un salto. Vio que el bebé había ido gateando hasta la puerta de tela metálica. Empujando la puerta con la cabeza, la había abierto un poquito y se había agarrado un dedo.

Para entonces Linda también lo había oído. Las dos niñas corrieron para abrir la puerta. La mamá de Linda también había oído el llanto desde la cocina donde estaba trabajando. Entrando en el cuarto, apagó el televisor.

-Linda -le dijo severamente-, no estabas cuidando de tu hermanito. Estabas demasiado interesada en ese programa, y no es un programa que realmente debieras mirar. Estoy segura de que te divertirás más jugando con Patricia.

Durante un momento pareció que Linda se echaría a llorar. Pero no lo hizo.

-Está bien, mamá -dijo-. Patricia y yo jugaremos el resto de la tarde, y también cuidaré al bebé.

Linda y Patricia se divirtieron mucho. Primero jugaron con el bebé. Luego, cuando éste se entretuvo con un juguete, hicieron ropas para la muñeca nueva de Linda. Más tarde cada una coloreó una lámina en el libro de colorear de Linda. Cuando llegó la hora en que Patricia tenía que volver a la casa, Linda la acompañó por un trecho.

Cuando se despidieron, Linda dijo:

-¿Sabes que mamá tenía razón? Me divertí más jugando contigo que mirando aquel programa. Y también pude cuidar de mi hermanito.

En el resto del camino hacia su casa, Patricia se sintió muy contenta. Desde el mismo principio se había dado cuenta de que el programa de Linda no la hacía sentir feliz. "¡Siempre sabré la clase de programas que Jesús quiere que mire!" -dijo, corriendo hacia su casa.

EL PROTEJIDO DEL LEÓN

Entre las personas que un día fueron a ver cosas extrañas e interesantes a una exposición de animales salvajes, en Inglaterra, se encontraba un hombre acompañado de un perrito.

Este perrito peleó con otro perro y salió perdiendo. El otro perro era de mayor tamaño que él; por eso el perrito quedó bastante lastimado. Su dueño se puso furioso porque el pobrecito no había ganado en la lucha.

El dueño tomó al perrito, herido y sangrando, lo sacudió con fuerza y lo golpeó cruelmente. Fue entonces de prisa a la jaula de un león y, por entre las rejas de hierro de la jaula, arrojó el perrito, esperando que el león saltara inmediatamente sobre él y lo devoraría. Pero el león no hizo eso.

Pareciendo comprender el peligro, el perrito se arrastró hasta un rincón de la jaula, lo más lejos posible del león. La fiera fijó su mirada en el perrito, pero no se movió. Finalmente el can, con alguna esperanza, se arrastró lentamente más cerca del "rey de la selva", y con una mirada suplicante pareció implorar: "¡Por favor, sea bondadoso con un pobre perrito!" Para sorpresa de todos los que estaban observando, el rey de los animales, que podría haber despedazado al cachorro con apenas un golpe de su enorme pata, acercó tiernamente la indefensa criatura hacia sí, y entonces levantó señorilmente la cabeza como diciendo: "No tengas miedo, amiguito; ahora yo soy tu protector y nadie te hará mal".

A esa altura, el dueño del perrito se había calmado y no sentía ya rabia contra el perrito, y quiso recuperarlo. Por lo tanto, se dirigió al guardián de los animales y le pidió que tomara el perrito de la jaula y se lo entregara. Pero el hombre respondió: "Usted mismo lo arrojó a la jaula, ahora vaya usted a retirarlo de allá".

El hombre fue a la jaula y llamó al perro, pero éste ni le hizo caso. Parecía decir: "No, ahora no quiero ir. Encontré un dueño mejor que tú; por eso prefiero quedar con él". El dueño llamó muchas veces, silbó, hizo de todo para persuadir al perrito, pero éste no le prestó la menor atención. Finalmente, muy enojado, el hombre comenzó a insultar y amenazar; entonces el león, con los ojos llameantes como fuego, lo miró y dio uno de sus terribles rugidos.

Temblando de miedo, el hombre dio media vuelta y salió corriendo, mientras los presentes se reían de él con todas las ganas.

El león nunca permitió que alguien lo separara del perrito, y así continuaron los dos siendo buenos amigos mientras el perrito vivió.

EL PROYECTO DE GREG

-Greg, alguien dejó otro paquete para ti -le dijo su mamá cuando regresó de la escuela.

Greg Abrió el paquete, para encontrar una pila de ropa interior que agregó a su colección cada vez más grande. Según sus cálculos, tenía más de 1.300 pares.

Ropa interior no era lo único que estaba juntando. También había recibido 96 cepillos de dientes, 59 pares de chancletas, casi 100 pares de zapatillas, cuatro miniequipos de audio portátiles, y otros ítems misceláneos.

¿Qué se suponía que tenía que hacer un adolescente con todas estas cosas? ¿Por qué le estaban enviando estas cosas, en primer lugar? Todo había comenzado con la decisión de Greg de ayudar a los soldados hospitalizados. Deseaba enviarles cosas que pudieran necesitar. Cuando las personas se enteraron de su proyecto, decidieron hacer donaciones. Y por eso Greg recibió tanta ropa interior, cepillos de dientes, zapatillas y otras cosas.

Mientras metía todo en cajas, Greg pensó en los soldados que estaban heridos y lejos de casa. Esperaba que las provisiones les fueran de utilidad. Al final, Greg envió un total de 71 cajas.

¿Por qué lo hizo? No fue porque deseaba que su nombre saliera en el periódico. O porque esperara que los demás le dijeran que era una gran persona. No, solamente deseaba ayudar de alguna manera. Y terminó haciendo más de lo que había esperado: 71 cajas para ayudar a los soldados en necesidad.

¿Qué puedes hacer para ayudar a otros? ¿Qué puedes hacer para suplir las necesidades de los demás?

“Que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, y generosos, dispuestos a compartir lo que tienen”.

Por Helen Lee Robinson

EL PUERCO ESPÍN BEBÉ

Tengo un terrible dolor de estómago -gruñó un hombre. Tirado sobre el piso, se enrolló como una pelota. -Yo también -susurro su esposa-. Me siento muy débil.

Estos esposos no eran los únicos que estaban enfermos. Más y más gente del pueblo se estaba enfermando con el mismo mal intestinal. Probaron todos los remedios tradicionales que tenían, pero nada funcionó.

Más o menos al mismo tiempo, un señor llamado Babu tropezó con un puercoespín bebe huérfano. Decidió llevárselo a su casa y cuidarlo. Unos pocos días más tarde, Babu noto que él bebé puercoespín no parecía estar muy bien. Se estaba enfermando con los mismos síntomas que los aldeanos enfermos.

-Me gustaría poder ayudarte -dijo Babu-, pero nada parece funcionar.

Entonces, llevo al puercoespín afuera y lo libero. Quizá podría cuidarse solo. Babu observo atentamente como el puercoespín dio vueltas por el bosque. Noto que, en lugar de comer su comida habitual, el puercoespín comenzó a masticar las raíces de la planta de mulengelele. Un par de días más tarde, el puercoespín parecía estar mejor.

Curioso, Babu decidió intentar algo. Tomo un poco de mulengelele y se lo dio a los enfermos de su aldea. En un día o dos, estaban bien, y el mulengelele se convirtió en parte de sus remedios caseros.

¿No es sorprendente como Dios dio a los animales la habilidad de cuidarse a sí mismos? Los dotó de los instintos especiales que necesitan.

Dios dice: "Conozco a las aves de las alturas; todas las bestias del campo son mías" ... incluyendo a un bebe puercoespín que curo a toda una aldea.

Narrado por: Keii Johnson

¿EL QUE ENCUENTRA GUARDA?

Por **Mabel Latsha**

-AQUÍ tienen, muchachos, una brillante moneda de un peso para cada uno -dijo el Sr. Grau muy complacido al mirar el césped que los tres muchachos acababan de rastrillar y limpiar. Carlos, Rodolfo y Benito quedaron contentos con el pago que recibieron. Mientras caminaban por el sendero arbolado, de regreso a sus casas, intercambiaban ideas en cuanto a cómo gastarían su dinero.

-Yo compraré golosinas -anunció Rodolfo.

-Yo también -fue la decisión de Carlos-. ¡Qué lindo será elegir tantas golosinas juntas y luego pagarlas con mi propio dinero! ¿Y tú, Benito?

-Bueno, este es el primer dinero que gano. Estoy bastante orgulloso de ello, de modo que me parece que esperaré un poco antes de gastarlo, a lo menos hasta que vea algo que realmente quiera tener.

Tres días después los muchachos se encontraron de nuevo. Benito todavía tenía el dinero en el bolsillo.

-¿Todavía no gastaste tu chinero? preguntó sorprendido Rodolfo.

-Todavía no -respondió Benito-. Mamá dice que mañana después de las clases puedo ir con ella al pueblo y entonces quiero comprarme uno de esos botecitos que son tan lindos para usar en el arroyo.

Carlos arrugó la frente.

-Oye, ¿por qué no pensaste en eso antes de que Rodolfo y yo gastáramos el dinero en golosinas? Ahora nuestro dinero se fue y también las golosinas, Pero si cada uno de nosotros tuviera un bote...

En ese momento los muchachos oyeron relinchar un caballo. Mirando hacia el galpón vieron allí los caballos y el poney.

-Se me ocurre una idea -anunció Rodolfo-. Preguntémosle a papá si podemos andar a caballo. Así, al mismo tiempo que los caballos hacen ejercicio, nosotros nos divertiremos.

El papá estuvo de acuerdo con la propuesta que ellos le hicieron y durante una hora o más los muchachos anduvieron a caballo.

-Bueno, muchachos -dijo Rodolfo mirando el reloj-, tengo que ir a hacer mis tareas. Llevemos de vuelta los caballos.

Benito seguía a sus amigos, montado en su poney el cual, para gran satisfacción de Benito, tenía que galopar de vez en cuando para mantenerse a la par con los caballos de sus amigos. Habían llegado cerca del granero y, evidentemente, al poney se, le ocurrió que antes de que lo llevaran al corral, le darían una ración extra de avena, Y en lugar de galopar como lo había hecho de vez en cuando, se echó a correr tan desenfrenadamente que casi despidió al jinete que llevaba.

Benito se alegró por haber podido mantenerse en su cabalgadura, pero cuando bajó, se acordó de algo, y comenzó a registrarse los bolsillos.

-¿Qué te pasa? ¿Te falta algo? -le preguntó en broma Rodolfo.

-¡Perdí mi moneda! Estaba en mi bolsillo, pero... -dijo palpándose el bolsillo de atrás- ya no está aquí. Debe haber saltado cuando el poney se echó a correr como loco.

Los tres muchachos registraron cuidadosamente el camino, y al día siguiente Benito volvió para buscarla



de nuevo, pero finalmente admitió:

-Tendré que darme por vencido. Ese dinero está perdido para siempre.

Transcurrió una semana. Era domingo de mañana. Rodolfo se dirigía al galpón para realizar sus tareas. Antes del amanecer había caído una lluvia y ahora todo estaba fresco y limpio. Al saltar sobre un charco de agua que había en el camino, Rodolfo vio algo que le llamó la atención.

"¡La moneda de Benito! -exclamó-. La lluvia le sacó el polvo. De lo contrario no la hubiera visto. ¡Qué sorpresa se llevará Benito!"

De pronto acudió a su mente otro pensamiento. "El que encuentra, guarda", se dijo casi en voz alta. Mientras realizaba sus tareas en el galpón, Rodolfo trató de convencerse de que su plan de guardar el dinero era honrado. No obstante, no tenía la menor intención de comentar el asunto con sus padres. Poco después del desayuno oyó que Benito y Carlos lo llamaban.

"¡Oh, no! -admitió-. Hoy no quiero verlos".

No contestó, con la esperanza de que se fueran, y para más seguridad, se dirigió a su cuarto. Desde allí oyó que llamaban a la puerta del frente y que su madre les decía:

- ¡Estoy segura de que estará encantado de acompañarlos en la caminata hasta el fuerte! Esperen un momento, veré si está en su cuarto.

Como un relámpago, Rodolfo se escondió debajo de la cama. Pero, ¡qué miserable se sintió! No sólo se estaba escondiendo de sus amigos, sino también de su propia madre.

Cuando todo quedó en silencio, salió gateando de su escondite se dirigió a la ventana. Evidentemente sus amigos pensaron que quizás estaría en el galpón, y hacia allá iban.

Rodolfo no aguantó más. Irguiéndose cuan alto era, se dijo:

"¡Estoy actuando en forma ruin y deshonesto, y eso me molesta mucho! Esta moneda le pertenece a Benito y no a mí. Iré inmediatamente, y se la devolveré".

Y diciendo así, salió de su cuarto como un torbellino, al punto de que casi se lleva por delante a su madre que estaba en el pasillo.

-¿Dónde has estado, Rodolfo? -le preguntó ella.

Dirigiéndole una alegre sonrisa, Rodolfo le respondió:

-Volveré en seguida, mamá. Pero en este momento tengo que cumplir un acto de honradez.

EL QUINTO MANDAMIENTO EN LENGUAJE OSUNO

Por FERN CHUBB

HACE mucho tiempo, en un parque del norte de los Estados Unidos, llamado el Yellowstone, vivían una gran mamá oso y su peludo oseño, tan peludo que parecía estar cubierto de harapos. Los guardabosques le pusieron por nombre Rotoso, porque tenía una oreja partida. Pero ese nombre era muy largo de modo que lo acortaron a Roto. Daba lástima verlo, con la oreja rasgada, el cuerpo peludo y desaliñado, y sus ojitos negros como cuentas. No obstante, a él no parecía preocuparle su apariencia en lo más mínimo. Se hallaba ocupado comiendo sus travesuras e impertinencias, y en más de una ocasión se vio en apuros, pero su madre, con su vasta experiencia, siempre se las arreglaba para rescatarlo en alguna forma.



Un hermoso día de verano, la madre resolvió que había llegado el momento de hacer la siesta. Se acostó en la ladera de una colina bien soleada, e hizo que Rotoso se acostara a su lado. Pero el osito no estaba muy seguro de que él quería dormir la siesta, de modo que se retorció y se dio vueltas hasta que consiguió levantarse. Sin embargo la mamá se mantuvo firme. Le dio un bofetón con su zarpa enorme y de un tirón lo atrajo de nuevo a su lado. Rotoso se quedó quieto y la mamá muy pronto se durmió. De hecho, también el osito casi se quedó dormido. Y se habría dormido si no hubiera sido por una brisa que le trajo hasta su sensible naricita un olorcillo que le resultó muy agradable. Arrugó la nariz y olfateó. Siguió olfateando un poco más. Ahora estaba casi seguro de que el olor que percibía era de miel, y sabía exactamente de dónde provenía. Los cocineros de una hostería de las inmediaciones a menudo tiraban latas y desperdicios en una hondonada que había cerca de donde él y su madre dormían. Es decir, donde se suponía que Rotoso debía dormir la siesta.

El problema de Rotoso era ahora librarse del brazo protector de su madre que cariñosamente lo rodeaba, sin que ésta se despertara. Se movió y se retorció cuidadosamente hasta que se vio libre de él. Entonces bajó al galope por la ladera de la colina, pero con toda prudencia se detuvo antes de entrar en el basural, no fuera que se topara con algún oso grande que se le hubiera adelantado. Pero no, tenía suerte. No había ni un oso a la vista! La aguzada nariz de Rotoso pronto descubrió de dónde procedía el delicioso olor. Habían tirado allí un baldecito con capacidad para unos dos kilos y medio de miel, que todavía tenía bastante adentro.

Muy pronto la lengüita de Rotoso comenzó a lamer la parte exterior del cubo que estaba todo enmielado. Luego, afirmándolo con su pata, empezó a limpiarlo con la lengua por dentro hasta donde podía alcanzar. Pero sus agudos ojitos vieron que en el fondo del cubo había mucha más miel, ¡mucha más!, que no podía alcanzar con la lengua. De modo que, parándose, metió el hocico dentro del balde. ¡Qué rico que olía allí! Pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudo alcanzar la miel con su ansiosa lengüita. Metiendo el hocico empujó y empujó hasta que, finalmente, dando un golpe, tocó con la nariz el fondo del balde justamente donde estaba la miel. Al meter la cabeza, las orejas se le apretaron contra el reborde del balde. Pero eso no pareció preocuparlo. ¡Esa miel era tan rica! ¡Y cómo la estaba paladeando Rotoso!

Acanalando su lengüita roja, la hacía subir sorbiéndola, y una buena porción de ella, en lugar de ir a la boca, le embadurnaba la cara.

En unos momentos terminó la miel. Rotoso le dio al fondo del balde una lamida final para asegurarse de que no había más, y luego levantó la cabeza. Y el balde la acompañó. ¡Eso no podía ser! Lo tomó con

sus patas delanteras y trató de tironearlo para sacárselo de la cabeza, pero el canto interior del balde impedía que salieran las orejas, con lo cual no podía salir la cabeza. Tironeo mas aun. Eso le hizo doler las orejas, pero no pudo sacar la cabeza del balde. Entonces comenzó a asustarse. Allá adentro estaba muy oscuro. Aterrorizado, tironeaba y sacudía el balde. Entonces trató de correr. ¡Bang! Había chocado contra un árbol. El golpe hizo que las orejas le dolieran aún más y el ruido lo asustó y enojó todavía más. Enfurecido, comenzó a berrear desesperadamente.

Mientras tanto la mamá había disfrutado de una reparadora siesta en la ladera soleada. Pero en ese momento escuchó un sonido familiar. Inmediatamente lo reconoció y se puso de pie de un salto. Sin perder tiempo descendió corriendo la ladera para ver en qué dificultades se había metido Rotoso esta vez. En un instante solucionó el problema. Apretando a Rotoso con una de sus zarpas, con la otra le sacó de un tirón el balde de la cabeza.

¡Qué alaridos dio entonces Rotoso, porque las orejas casi se le fueron con el balde! La mamá osa no abrazó y consoló a su bebé, sino que se sentó y se lo puso sobre la falda boca abajo.. ¡Y entonces comenzó a darle! Su enorme zarpa subía y bajaba dando justamente en la sentadera recubierta por los peludos pantalones de Rotoso. ¡Zas,. zas, zas! Y mientras le daba la paliza, lo iba regañando en voz baja. Parecía como si le estuviera diciendo a Rotoso que cuando ella le ordenaba que se quedara a su lado, esperaba que obedeciera. Y a las palmadas seguían los regaños y así sucesivamente. Rotoso lloraba a grito pelado en señal de protesta por lo que estaba recibiendo. Por fin la mamá terminó su paliza, y Rotoso pareció entender cabalmente "el quinto mandamiento en lenguaje osuno".

Cuando desaparecieron de la vista en la cima de la colina, Rotoso iba siguiendo a su madre, casi pisándole los talones.

EL REGALO DE CARLA

- Isabel -dijo la pequeña Carla con dulzura, mientras acostaba su muñeca en el cochecito rojo y negro y la arropaba bien con la frazada -, estoy segura de que no hay otra muñeca en todo el mundo tan amorosa como tú.

Isabel no contestó pero quedó bien quieta, con los ojos cerrados, como si estuviera muy satisfecha con su situación.

- Iremos de paseo ahora, Isabel -dijo Carla, mientras cerraba el portoncito del jardín y comenzaba a caminar por la acera.

- Isabel -dijo Carla seriamente-, espero que te portes bien mientras estemos en el centro, porque si te pones a llorar, no te daré ningún caramelo.

De más está decir que Isabel no lloró, y se portó muy bien.

Carla disfrutaba mucho de su paseo, y se sentía muy orgullosa como lo hacen las niñas cuando salen a pasear solas con sus cochecitos de muñecas.

Al llegar al final de la calle se encontró con una niñita que tenía la muñeca más sucia que hayas visto alguna vez.

- Isabel - susurró Carla -, estoy tan contenta de que tú no estás sucia como ella. Pero esa niñita pobre parecía querer tanto a su muñeca sucia y estropeada como Carla a Isabel. La abrazaba con mucho cariño, y le decía que era la muñeca más amorosa del mundo.

En ese momento la niña comenzó a cruzar la calle y un camión apareció de repente por la esquina. La niña saltó hacia atrás exactamente a tiempo, pero con el susto se cayó la muñeca que rodó bajo las ruedas del camión, que hicieron añicos.

La pobre niñita se echó a llorar al ver lo que había pasado con su preciosa muñeca. ¡Era la única que tenía! El corazón de Carla se conmovió profundamente. ¿Qué podría hacer? No había nadie cerca, de modo que le parecía que ella era la única que podía consolarla. Corrió a su lado puso su mano sobre el hombro de la niñita y le dijo que no llorara. Pero ella seguía llorando. Carla miró su cochecito y pensó en su amada Isabel. ¿Podría? ¿Sería capaz?

- Pobrecita -le dijo-, no llores más. Te regalo mi propia muñeca, Isabel. Es la muñeca más hermosa que hay en el mundo, y estoy segura de que te alegrará tenerla.

Carla abrazó a la niñita, y dándole un beso, le entregó la muñeca. La pobre casi no podía creer lo que veía.

- ¿Es para mí? -preguntó-. ¿Realmente para mí?

-Sí -contestó Carla, para siempre.

Carla se dio vuelta y se fue corriendo a su casa antes de que se arrepintiera de lo que había hecho. Se sentó en el escalón de la puerta del frente y se puso a pensar en lo que había ocurrido mientras, con lágrimas en los ojos, miraba el cochecito vacío.

Pero alguien había visto lo ocurrido. En el piso alto una casa próxima, una señora que había estado mirando por la ventana y vio el hermoso gesto de Carla. Unos pocos días más tarde esa señora fue hasta la casa de Carla con un paquete largo envuelto en papel de regalo y con un lindo moño de cinta rosada. Dijo que contenía una muñeca nueva para alguien que había regalado la suya.

Carla estaba tan contenta que no sabía qué hacer. Dijo que sin duda Jesús había enviado ese maravilloso paquete y la mamá también pensó lo mismo.

Carla llamó a su nueva muñeca Maribel para hacerle recordar a la que antes había querido tanto.

EL REGALO DEL JEFE ÍNDIO

Revisado e Ilustrado por De Dorman

Traducido por Rhoda Rodriguez

Hace muchos años, en la gran región noroeste del país, algunos Indios, envueltos en colchas, estaban sentados en el piso escuchando a un misionero cara pálida contarles acerca de Dios. El misionero comenzó con la creación... Génesis 1:1 dice... "En el principio creó Dios los cielos y la tierra." Dios creó todo," dijo él " Él hizo los pájaros, las flores y los granos. Toda fue creado por Él." (Proverbios 16:4)

"Este gran Dios te ama y se preocupa por ti" Continuó, el siervo cara pálida del Altísimo.

Cuando el anciano Jefe Indio escuchó esto, el estaba tan agradecido que quería hacer algo por este gran Dios.

Se levantó de la parte trasera de la audiencia y caminó hacia el frente, puso su hacha de guerra a los pies del misionero. Mientras él hacía esto, dijo..."Jefe Indio da su hacha de guerra al Dios que hizo todas las cosas."

El misionero siguió hablando sobre la maravillosa gracia del Señor Jesucristo. Estando el rico en el cielo, se hizo pobre por nosotros cuando Él estuvo dispuesto a nacer en un pesebre y morir en la cruz por nuestros pecados, para que nosotros pudiéramos ser ricos. (Romanos 6:23 y II Corintios 8:9)

El Jefe Indio escuchó muy pensativamente. Entonces, nuevamente, caminó hacia el frente, esta vez llevando su colcha. Él puso la colcha a los pies del misionero y dijo, "Jefe Indio da su colcha a Jesús, quien murió en lugar de hombre." Nuevamente, regresó hacia atrás y siguió escuchando.

El misionero continuó contándoles, diciéndoles la historia de la muerte y resurrección de Jesús y que Él vive por la eternidad en el cielo, esperando a que nosotros creamos en Él. (Hechos 16:30-31)

Mientras él continuaba hablando, el Jefe Indio desamarró su caballo y lo llevó al frente. Una vez más él dijo..."Jefe Indio da su caballo campeón a Jesucristo, quien vive en el cielo". Con esto él regresó a su lugar a escuchar una vez más.

Como podrás ver, el Jefe Indio era como muchos de nosotros. Él creía que Dios quería las cosas que él tenía. Pero Dios no había terminado aún de trabajar en el corazón del Jefe Indio...

"Ahora," pensó el Jefe Indio para sí mismo, "yo he dado todo lo que tengo a éste gran Dios en el cielo que dio a Su Hijo por mí ."

Pero mientras seguía escuchando, una nueva luz comenzó a verse en la cara del anciano Jefe Indio.

(Proverbios 23:26 leer) Estaba viendo algo que nunca había visto antes, algo que era completamente nuevo para él. Era El Espíritu Santo que se lo estaba mostrando y hablando a su corazón. El Jefe Indio comenzó a ver que aún dando todo lo que tenía, no le dio lo que más le interesaba a Dios.

Esta vez, fue hacia adelante con las manos vacías. ¿Qué crees que estaba entregando? Pareciera que esta vez el Jefe Indio no traía nada, pero pon atención...

Con lágrimas corriendo por sus mejillas y sus labios temblorosos, le escuchamos dar el más preciado de todos los regalos; porque en ésta ocasión dijo, "el Jefe Indio se entrega a Jesucristo quien se dio a sí mismo por mí"

Si, esto es lo que Dios más quiere de nosotros. Proverbios 23:26 dice..."Dame hijo mío, tu corazón..." El Jefe Indio finalmente encontró la paz en su corazón, cuando él aceptó el pago de Jesús por sus pecados...su preciosa sangre. (I Juan 1:7)

Durante todo este tiempo, otro indio estuvo escuchando desde le parte trasera de le audiencia. Este hombre le pidió a Jesús que lo salvara hace varios años pero no había vivido en una manera que agradara a Dios. Mientras iba hacia adelante con una bandera blanca en su mano, su corazón finalmente se rendía al plan que Dios tenía para su vida. Después de pedir al Señor que perdonara su desobediencia, él ahora tenía algo más maravilloso... ¡Paz! Con el arrepentimiento, viene la paz.

¿Hay lugar en tu corazón para Cristo? ¿Le invitarás a ser tu Señor y Salvador? Si ya lo tienes como tu Salvador, ¿te has rendido ante el plan que Él tiene para tu vida? ¿No te gustaría hacerlo hoy y experimentar la misma paz el indio descarriado experimentó?

(Invitación para la salvación y servicio)

EL REGALO DE LOS TRES HERMANOS

Por Hazel Howard Peters

Los tres hermanos -de siete, doce y trece años-se emocionaron al leer la carta que cada uno de ellos había recibido del presidente de la misión. "Su muy amable donativo obtenido de la venta de los perritos, fue recibido por nuestra misión para la escuela -leyeron ellos- Me sentí muy emocionado por su bondad y su espíritu abnegado. Me imagino que hay muchas cosas que Uds. podrían haber comprado con ese dinero..."

El verano anterior los muchachos habían ido con sus padres misioneros desde su hogar en Singapur para visitar la Misión de Sabah. Habían tenido la oportunidad de ver un verdadero campo misionero, primitivo y lleno de selva: el norte de Borneo, la tierra de los antiguos cazadores de cabezas.

Al llegar de vuelta a Singapur, los tres muchachos se sintieron muy excitados al saber que Ginger, su perra alemana de pura raza, les había dado tres hermosos cachorritos. Rápidamente decidieron vender uno de los cachorritos y dedicar el dinero para las misiones. Planearon guardar el dinero de la venta de los otros dos para usarlo para sí mismos.

Los cachorros crecieron y estaban listos para ser vendidos, pero nadie respondía al aviso que habían puesto en el diario. ¡Qué extraño! ¡La última vez que Ginger había tenido perritos, no había suficientes para todos los que querían uno! ¡Dos semanas, y ni un perrito vendido!

Una mañana la familia leyó en el culto una historia acerca de la Misión de Sabah. Los tres hermanos recordaban bien su visita a algunas de las escuelas de esa misión, de manera que escucharon la historia con mucho interés. Recordaban un lugar donde habían visto por sí mismos cómo la lluvia se colaba adentro, y los perros entraban y salían por los agujeros de las paredes. También se acordaban de que un maestro había tenido que cubrir su cama con un gran pedazo de plástico y colocar sus ropas y los libros debajo de la cama, para tratar de salvar algo de la lluvia. Muchos de los niños eran muy pobres. Apenas tenían ropas, y a menudo no tenían suficiente de comer, pero sabían sonreír y cantar con todo entusiasmo los cantos de la escuela sabática hasta que éstos llenaban el aire. Los muchachos recordaban haber visto bancos muy toscos en las escuelas, y a veces sólo un palo para sentarse. Pero los alumnos estaban ansiosos de aprender. Los muchachos se hicieron un cuadro de todo lo que habían visto durante su viaje a la Misión de Sabah y pensaron: "Quizá hemos sido egoístas al dar solamente un cachorrito y al querer guardar el producto de la venta de los otros dos para nosotros" .

¡Con la imaginación, cada uno de ellos había gastado ya con creces su dinero, planeando todas las cosas que querían, desde un cuerno para hacer música, hasta unas botas de vaquero! En un sentido era una decisión muy difícil de hacer, pero ellos se arrodillaron y cada uno de los hermanos hizo una corta oración que decía más o menos así: "Querido Jesús, si nos mandas compradores para los cachorros, daremos todo el dinero para las misiones. Amén".

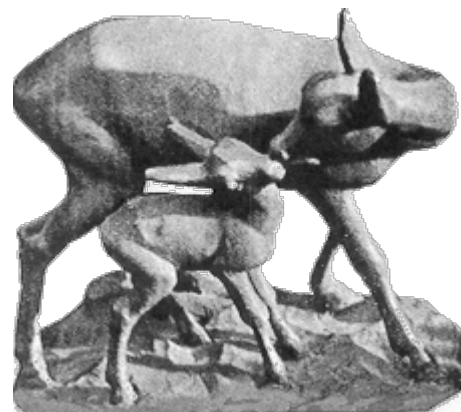
Casi inmediatamente un chino llamó por teléfono para preguntar acerca del aviso. Luego vino y compró uno de los cachorros. Entonces otras dos personas vinieron y compraron los otros dos. Otros llamaron, pero los cachorros se habían ido. Los muchachos, felices de que Jesús había contestado sus oraciones tan rápidamente, tomaron muy orgullosos el dinero procedente de la venta de los cachorros y lo entregaron al tesorero.

Y Jesús no solamente bendijo el dinero de los cachorros de estos muchachos para que sirviera de ayuda a los niños y las niñas pobres que tanto lo necesitaban, sino que también se acordó de ellos. Cuando llegó la Navidad, parientes y amigos los sorprendieron con regalos y dinero cuyo valor sobrepasó la cantidad por la cual habían vendido los cachorros.

EL REGALO ROTO DE CUMPLEAÑOS

Por *Diana Curry*

Ana María caminaba alegremente hacia la casa de Marilú. Era el cumpleaños de ésta y Ana María había sido invitada a la fiesta. Estaba hermosa, con su vestido nuevo, de nylon azul. Tenía los rulos dorados sujetos por una cinta de terciopelo, adornada con pequeñísimos pimpollos de rosa. Ana María se sentía tan dichosa que en lugar de caminar, iba brincando, sin cuidar dónde pisaban sus sandalias blancas de charol. Llevaba en la mano una caja recubierta por una hermosa envoltura, y adornada con un gran moño. Adentro estaba el regalo de cumpleaños para su amiga. Antes de darse cuenta, llegó a la esquina. Y sin saber cómo, tropezó y cayó. La caja se le fue de las manos y se oyó un ¡crac! como el que hace la loza cuando se rompe. Ana María se



incorporó rápidamente y se quedó mirando la caja que contenía el regalo para su amiga. Allí estaba, tirada en la calle. La levantó y le arregló el moño, pero al moverla oyó un sonido como de pedazos rotos. Y se dio cuenta de que la figurilla que llevaba adentro: una cierva con su cervatillo, se había roto. -¡Oh, no! ¡No puede ser! ¡Es mi regalo de cumpleaños para Marilú! ¿Qué haré? ¿Quién quiere ir a una fiesta de cumpleaños sin regalo? Yo quería hacerle a Marilú un regalo que le gustara. Estaba segura de que éste le gustaría.

Y Ana María se quedó mirando el paquete que tenía en su mano y los ojos se le llenaron de lágrimas. Dando un gran suspiro arregló la cinta y acomodó una esquinita del papel con que estaba envuelta la caja. que se había salido de su lugar. Nadie sabrá que lo que hay adentro está roto -razonó ;Ana María-. Si vuelvo a decírselo a mamá, pensará que fui descuidada. Y aunque me comprara otro regalo, llegaría muy tarde a la fiesta. ¡Estaba tan contenta de poder ir a la fiesta de Marilú! Tal vez fui realmente descuidada".

Y sosteniendo cuidadosamente el regalo en la mano, se quedó pensando qué hacer. De pronto se le ocurrió una idea.

"Si lo dejo caer en el momento de entregárselo a Marilú, pensará que fue ella quien lo dejó caer, o a lo menos no estará segura de cuál de las dos lo hizo. En esa forma nunca se enterará, de que el regalo estaba roto antes de que yo llegara a su casa. Y en alguna otra oportunidad podré comprarle otro regalo".

Ana María no quería llevarle el regalo roto a Marilú, pero no estaba dispuesta a perderse la fiesta - los juegos, los bonetes de papel, el jardín donde la tendrían, las rosas en flor del jardín vecino, la torta de cumpleaños con sus nueve velitas para Marilú - y siguió caminando lentamente, llevando con cuidado la caja que contenía la figurilla rota.

"Llegaré un poquito tarde y así nadie notará cuando deje el regalo. No quiero llegar sin regalo, aunque, si bien es cierto, Marilú es mi mejor amiga, y estoy segura que querría que fuera a su fiesta aun cuando no le llevara un regalo".

Cuando llegó a la casa de Marilú, todo salió como Ana María lo había planeado. Marilú estaba a la puerta dando la bienvenida a los niños y las niñas que acudían a su fiesta. Al recibir los regalos que le traían, agradecía a cada uno de ellos.

Ana María le pasó el regalo a Marilú, pero lo soltó antes de que ésta tuviera ocasión de tomarlo. La caja cayó al suelo y Marilú se agachó rápidamente para recogerla.

- ¡Oh, qué hice! ¡Qué descuidada fui, Ana María! -se lamentó, y abrió el paquete donde encontró sólo pedazos-. ¡Qué lástima que rompí tu hermoso regalo! Gracias, Ana María por el regalo.

-Creo que yo tengo la culpa de que se haya roto. En otra oportunidad trataré de conseguirte uno como ése, Marilú.

Ana María se divirtió mucho y gozó de cada minuto que pasó en la fiesta. Pero después de que ésta hubo terminado, la invadió un sentimiento muy desagradable que se negaba a abandonarla. Ana María

tenía el propósito de comprarle a su amiga otro regalo igual, pero sabía que pasaría mucho tiempo antes de que le fuera posible ahorrar suficiente dinero para hacerlo.

Con el transcurso de los días, Ana María se sentía más y más incómoda. Comprendió que, aunque cuando no había dicho una mentira, la había representado. Por fin un día no pudo más y le contó a Marilú la verdad de todo lo que había ocurrido.

-Lo siento, Marilú -añadió-; no debiera haberte llevado un regalo roto... y luego tratar de hacerte creer que habías sido tú quien lo rompió. Eso no estuvo bien. Te suplico que me perdones.

-No te aflijas. Hace mucho tiempo que me imaginé lo que había ocurrido. Mi mamá es una maravilla para arreglar cosas rotas. Ella arregló la figurilla. Sólo se había roto la cabeza del cervatillo y una pata de la cierva. Acompañame a casa y te la mostraré.

-¡Oh, me alegro tanto! Nunca más haré eso de llevar un regalo roto y luego tratar de hacer creer que la otra persona lo rompió -prometió Ana María.

Las dos niñas se dirigieron entonces a la casa de Marilú, caminando tomadas del brazo. -Al llegar al cuarto de Marilú, Ana María vio la figurilla. Parecía nueva.

- ¡Te agradezco tanto porque no te enojaste! -le dijo Ana María a su amiga.

-¡Oh, no! -sonrió Marilú-. Quizás yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar, porque, como tú dijiste, ¿a quién le gusta ir a una fiesta de cumpleaños sin regalo?

Tomando entonces del brazo a su amiga, Ana María la invitó:

-Ven a mi casa. Le preguntaré a mamá si podemos hacer una fiesta en nuestro patio con algunos de nuestros amigos. Podríamos hacer rosetas de maíz. Yo puedo comprar el maíz con el dinero que comencé a ahorrar para comprarte otro regalo.

-Eso será divertido! -estuvo de acuerdo Marilú. Y las dos corrieron alegremente hacia la casa de Ana María para completar el plan.

EL SÁBADO Y EL MANZANO

Por *Elfrieda Volk*

- ¡HOLA, Tomás! -llamó Juanito-. Trepémonos al manzano.
-¿Hoy? Pero hoy es sábado -respondió Tomás.
-¿Y qué? No hay nada de malo en treparse a un árbol para sacar una manzana para comer. ¿no es así?
-No, creo que no. Pero mamá dijo...
-Oh, ella nunca lo sabrá. ¡Vamos!, ¿o es que te achicaste?
-No replicó Tomás-. No me achiqué. Y te lo probaré jugándote una carrera para ver quién llega primero al tope del árbol.

Con eso se terminó la discusión, y ambos muchachos comenzaron a treparse al árbol para ver quién llegaba primero al tope. Tomás casi habla llegado arriba, cuando una rama le agarró los pantalones.

-Vamos, perezoso -se mofó Juanito-. Yo ya estoy acá arriba.
-Yo no puedo, Juanito. Estoy enganchado.
-Me imagino que tendré que ayudarte a subir.

Y diciendo así, se agachó, y tomando la mano de Tomás le dio un tirón para ayudarlo a subir.

-¡Rak! -se oyó, pero Tomás quedó libre.
-¡Oh, Juanito, mis pantalones! -exclamó Tomás alarmado.
-¿Qué pasa con tus pantalones?
-Se rompieron.

Tomás se palpó los pantalones. Y allí encontró efectivamente un gran siete.

-¿Y qué? Tu mamá puede remendarlos. Dile que los rompiste ayer mientras jugabas a la pelota.
-No, no puedo hacer eso. Eso sería mentir. Además, son los pantalones que uso para el sábado, y nunca me los pongo durante la semana.
-Me imagino que entonces estás en un lío -admitió Juanito-. Tendremos que hacer algo antes de que tu mamá lo descubra.

Ambos muchachos se sentaron en una rama y quedaron pensando en lo que harían para salir del paso.
-¡Ya sé! -exclamó Juanito-. No te muevas, Tomás. Volveré en seguida. Y antes de que Tomás pudiera detenerlo, descendió del árbol y se alejó corriendo.

Tomás permaneció sentado allá arriba en el árbol, preguntándose qué iría a hacer su amigo. No tuvo que esperar mucho tiempo porque al instante Juanito regresó.

-Muy bien, Tomás, baja ahora.
Tomás descendió cuidadosamente para no engancharse de nuevo.
-Echate boca abajo en el suelo -ordenó Juanito.

Tomás obedeció en silencio, pero todavía no estaba muy seguro de si podía confiar en el plan de Juanito, o no. Este se metió la mano en el bolsillo y sacó de allí una aguja y un carretel de hilo. Cortó luego un pedazo de hilo, tan largo como su brazo, y humedeció una de las puntas, como la había visto hacer a su madre. Entonces se dispuso a enhebrar la aguja. Probó varias veces en vano, pero finalmente lo logró.

-Ahora quédate quieto -ordenó y se arrodilló junto a Tomás. Anudó uno de los extremos del hilo y comenzó a empujar la aguja para introducirla en los pantalones de Tomás.
-¡Ay! -gritó éste.

-Bueno, ¿cómo esperas que haga un buen trabajo si te mueves tanto? -protestó Juanito.
Obediente, Tomás quedó quieto. Le hubiera gustado ver lo que Juanito hacía, pero no quería arriesgarse a que la aguja lo volviera a pinchar. De modo que decidió esperar pacientemente hasta que el trabajo estuviera terminado.



-¡Por fin! ¡Está listo! -suspiró Juanito finalmente. Tomás dio vuelta la cabeza para ver qué apariencia tenía el trabajo terminado, pero todo lo que alcanzó a ver fueron unas hebras de hilo blanco.

-Ahora se me ocurre -explicó Juanito-, que habría quedado mejor si hubiera empleado hilo negro. Pero podemos usar tinta y teñir el hilo. Entonces tu mamá ni siquiera lo notará.

-No, creo que está bien como está -se apresuró a decir Tomás, porque se imaginó lo que ocurriría si Juanito comenzaba a pintarlo con tinta. Se excusó entonces rápidamente, diciendo que tenía que ir a la casa para cenar, y se fue.

Esa noche, a la hora de la cena Tomás estuvo muy silencioso. Tan pronto como la cena terminó, pidió permiso para retirarse.

-Creo que iré en seguida a la cama. Me duele un poco la cabeza -mintió.

Tan pronto como se encontró en su cuarto, trató de quitarse los pantalones, pero no pudo hacerlo.

Tironeó y forcejeó, pero los pantalones no se movieron. Finalmente se sentó en el borde de la cama y se quedó pensando. Y así fue como lo encontró la madre cuando llegó unos minutos más tarde.

-¿Por qué no estás desvestido todavía? -le preguntó.

-No puedo quitarme los pantalones.

- ¿Qué quieres decir con eso de que no puedes quitarte los pantalones?

-No me los puedo quitar porque están cosidos a mi ropa interior.

Y mientras Tomás confesaba toda la historia, la mamá descosía cuidadosamente la costura que Juanito había hecho. Cuando por fin Tomás pudo acostarse, ella le dijo:

-A veces nos resulta difícil saber lo que debemos hacer, y cometemos equivocaciones. En cierto sentido nos parecemos a Susanita. Obsérvala cuando come, y te darás cuenta de que pone más alimento en el suelo y en su cabello, que en la boca.

-Pero ella no es más que una criatura -defendió Tomás a su hermanita-. Ella no sabe hacer las cosas mejor.

-Eso es cierto. A veces cometemos equivocaciones porque no sabemos hacer las cosas mejor. Dios lo comprende y nos habla de eso en Hechos 17: 30:

"Dios habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar. que se arrepientan". Ahora bien, después de que hemos hallado un camino mejor, ¿no crees que debiéramos seguirlo?

-Sí, mamá. Lamento como pasé el sábado hoy. Trataré de recordar lo que dijiste y de aquí en adelante procuraré hacer lo mejor. Te ruego que me perdones.

-Puedes estar seguro de ello. Recuerda, Tomás, que un pecado a veces necesita otros pecados para cubrir el primero. Y ahora, antes de entregarte al sueño, pídele también a Dios que te perdone.

Descubrirás que está listo para perdonarte y ansioso de hacerlo.

EL SECRETO

Por *Tomasina Weber*

ALFREDO se vistió rápidamente para ir a desayunar. Casi no podía esperar el momento de llegar a la cocina. Era su cumpleaños, y por fin sus padres le revelarían el secreto del cual habían cuchicheado durante toda la semana. También le explicarían el significado de todas las llamadas telefónicas entre su mamá y su abuelita.

Bajó los escalones de dos en dos. Estaba seguro de que ya sabía cuál era el secreto. Había roto sus patines de ruedas, y le darían un par nuevo. ¡Dos semanas de inactividad para el campeón de patinaje del barrio, era un tiempo demasiado largo! Pero cuando le dieran los patines aparentaría sorprenderse, para no privarlos de ese placer.

-¿Dónde está abuelita? -preguntó Alfredo al entrar en la cocina. En su cumpleaños, la abuelita siempre llegaba temprano y traía una torta hecha por ella. La costumbre de la familia era entregar los regalos a la hora del desayuno, y servir la torta a mediodía.

-Estará con nosotros más tarde -explicó el papá-. Tenía algunas compras que hacer.

-¡Feliz cumpleaños! -le dijo la mamá, entregándole a Alfredo algunas cajas.

A Alfredo se le fue el alma a los pies. Las tres cajas que recibió eran chatas. En ninguna de ellas podía entrar un par de patines. ¿Se habrían olvidado de cuánto los necesitaba? No debía ser eso, porque la madre nunca se olvidaba de nada.

Alfredo abrió las cajas. Contenían ropas abrigadas de invierno. La mamá se rió.

-Eso es parte de la sorpresa que tenemos para ti.

Alfredo suspiró aliviado. La sorpresa todavía estaba por delante. Quizás recibiría aún los patines.

Tan pronto como la cocina estuvo limpia, la familia entró al automóvil y salió. Alfredo iba solo, en el asiento de atrás. Adelante, sus padres comenzaron de nuevo con sus misteriosos cuchicheos. Pero a él le parecía que sin la abuelita, no era su cumpleaños. ¿Por qué habría tenido ella que elegir ese día para ir de compras? Mientras observaba los árboles del camino que iban dejando rápidamente atrás, pensó en las horas que solfa pasar patinando, y en la emoción que le proporcionaba sentir el roce del aire en sus mejillas. A veces, hasta le parecía que volaba.

Finalmente el papá salió de la carretera y se internó por un camino de tierra. Cuando por fin se detuvieron frente a una gran casona blanca, Alfredo miró con interés lo que lo rodeaba. Vio que detrás de la casa había un lago cuyas aguas fulguraban bajo la luz del sol.

-¿Quién vive aquí? -preguntó Alfredo.

-Nosotros -respondió la mamá. Alfredo la miró sorprendido y ella se rió-. Es decir, viviremos. Compramos esta granja y nos mudaremos la semana que viene.

Alfredo recorrió con su mirada el campo que rodeaba la casa, el galpón de techo chato y rojo, y el camino de tierra, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¡De manera que ésa era la sorpresa! Pero, ¿cómo podría patinar en una granja?

Después de que sus padres le mostraron toda la propiedad, lo dejaron solo. Acercándose al lago, Alfredo comenzó a tirar piedras en el agua. De pronto oyó que alguien se acercaba.

-¡Feliz cumpleaños, Alfredo!

-¡Abuelita! ¡Pensé que no vendrías!

Ella se rió y poniéndole la mano en la cabeza, le desordenó cariñosamente el cabello.

-Tú sabes que no faltaría a tu cumpleaños, Alfredo. Y dime, ¿cómo te gusta la sorpresa?

-¡Oh, magnífica! -respondió un tanto indiferente.

-Ya verás que te gustará vivir en el campo -comentó ella-. Aquí hay muchas cosas que puedes hacer, que nunca podrías hacer en la ciudad.



-Me gusta la ciudad.

-También te gustará el campo. Ya verás. -La abuela levantó un puñado de guijarros y los fue dejando caer entre sus dedos-. ¿Sabes tus padres que no te gusta vivir aquí?

Alfredo sacudió la cabeza.

-No puedo decírselo. Se sentirían muy chasqueados por mi actitud.

-Te alegrarás de no haberlo hecho -le dijo la abuelita-. Rara vez las cosas son tan oscuras como parecen. ¿Pero no llegó ya el momento de comer la torta?

La torta de la abuela estaba sobre el mesón de la cocina, con las velas prendidas. La mamá abrió y cerraba un cajón tras otro. El papá había improvisado un banco con un tablón y cuatro bloques de cemento.

-Siéntate, Alfredo -dijo la abuela-. Tengo algo para ti.

Mientras la abuela se dirigía a su automóvil, la madre comenzó a registrar las alacenas. Alfredo se preguntaba qué buscaría.

La abuela volvió a los pocos instantes con una caja que tenía una hermosa envoltura. Unas horas antes Alfredo la hubiera abierto ansiosamente, porque tenía exactamente la forma de una caja de patines. Pero ahora su entusiasmo había decaído. Desató cuidadosamente el lazo, despegó las esquinas del papel y levantó la tapa. Se quedó mirando su contenido, incrédulo, y luego miró a la abuela.

-Los patines de rueda no son todo -dijo la abuela-. Por eso me demoré tanto hoy. Estaba buscando patines para el hielo.

-¿Patines para el hielo! -exclamó Alfredo.

-Eso es algo que nunca tuviste en la ciudad -le hizo notar el papá-. Y por eso te regalamos ropas abrigadas.

-¡Oh, gracias! -y Alfredo acarició con sus dedos el suave cuero de la bota del patín. Casi podía verse deslizándose sobre la superficie del lago helado y sentir el viento que le daba en las mejillas. Y en verano, podría nadar en sus aguas... y quizás construir una balsa...

-¿Y? -preguntó el padre-, ¿comemos la torta o no?

La madre se restregó las manos.

-¿Qué pasa? -quiso saber la abuela.

-Bueno... -dijo la mamá-. Creo que me olvidé de traer un cuchillo. No sé cómo cortaremos la torta.

-La gente comía antes de que se inventaran los cuchillos. Tú primero, Alfredo -lo animó la abuela-.

¡Sácate una porción, muchacho!

Y Alfredo no se hizo rogar.

EL SECRETO DE BABÚ

Babu tenía muchas ganas de unirse al grupo de niños sentados debajo del árbol, pero su papá le había dicho que no lo hiciera.

-Que nunca te encuentre sentado debajo de ese árbol -le había advertido- Esa narradora de historias es cristiana. Y los cristianos te envenenan la mente.

El chico se escondió detrás de un árbol grande, a unos metros del otro. "Solo voy a mirar las láminas", pensó. Pero, mientras estaba allí, no pudo evitar escuchar la historia de Jesús y de las cosas maravillosas que él había hecho. "Jesús quiere ser tu amigo", estaba diciendo la mujer. "Él quiere vivir contigo para siempre".

Aunque Babu quería contar a sus padres lo que había oído, sabía que ellos se enojarían con él. "¿Estará envenenada mi mente?", se preguntaba. "¿Qué me pasará ahora?" Al día siguiente, Babu se escondió otra vez detrás del árbol grande; y al día siguiente, y al otro día también. Le gustaba escuchar las historias del Libro Santo. Y, al aprender más acerca de Jesús, decidió pedirle que fuera su amigo. "Voy a tener que mantener esto en secreto", pensó. "Si mis padres se enteran, me habré metido en un gran lío".

Pero, a medida que los días pasaban, los padres de Babu comenzaron a notar algunos cambios en su hijo.

El chico ayudaba más y era más bondadoso; ya no mentía ni robaba, y procuraba ser más obediente.

Cuando hacía algo incorrecto, lo confesaba y pedía perdón.

-Babu, ¿qué te ha pasado? -le preguntaron sus padres-. Estás distinto.

Al comienzo, Babu tenía miedo, pero luego les contó acerca de las historias que había oído escondido detrás del árbol grande, y de cómo había aprendido a amar a Jesús, quien había muerto en la cruz por sus pecados.

-Yo quería guardarlo en secreto -dijo-, pero me parece que no lo logré.

"Porque ustedes antes eran oscuridad, pero ahora son luz en el Señor".

Por Helen Lee Robinson

EL SECRETO DE LOCHAN

Por *Elena Wetch*

LOCHAN arrugó su carita negra. Estaba muy preocupado porque había oído sollozar a su madre dentro de la choza. ¿Qué le pasaría? ¿Por qué no le permitía su abuela ver a su hermanito? Y, ¿dónde había ido su padre? Lochan sabía que su hermanito había nacido esa tarde. Su padre se lo había dicho. Luego su padre se había ido al bosque donde permaneció por



algún tiempo. Hacía sólo unos instantes que había regresado a la choza.

Cuando Lochan quiso

entrar con él, su abuela le cortó el paso.

En eso se abrió la puerta de nuevo Lochan pudo oír más claramente los sollozos de su madre. Entonces el padre salió llevando en sus brazos un envoltorio blanco.

El corazón de Lochan casi estalló de

dolor. ¡Su hermanito! ¡Había muerto y su padre lo llevaba a sepultar!

-¡Oh, papá! -sollozó Lochan y corrió hacia él-. ¡Déjame ver a mi hermanito! ¡Te lo ruego! ¡Sólo una vez!

Cuando Lochan alcanzó a su padre, se asió del envoltorio blanco que éste llevaba en sus brazos. De pronto oyó un llanto apagado y quejumbroso. ¡El bebé no estaba muerto!

-¡Papá! -exclamó Lochan-. ¿A dónde llevas a mi hermanito? ¿Por qué está llorando mamá? ¿Está enfermo mi hermanito?

Pero el padre de Lochan sólo se limitó a sacudir la cabeza.

-Tu abuela te explicará -murmuró-. De cualquier manera tienes otro hermanito.

Lochan se volvió y corrió hacia la choza.

-Abuela, ¿Qué es lo que tienes que decirme? ¿Por qué está llorando mamá? ¿Dónde lleva papá a mi hermanito?

Las arrugas que la abuela tenía en su rostro se acentuaron. Poniendo su mano nudosa sobre la cabeza del niño, le acarició el cabello.

-Tu padre quiere decir que debo explicarte la costumbre de nuestra tribu. En esta aldea africana está mal guardar dos bebés que nacen a la mamá al mismo tiempo. Esta tarde tu madre dio a luz dos varoncitos. Los malos espíritus están haciendo a tu padre llevar uno de ellos al bosque.

-¡O-o.oh, no! -exclamó Lochan tapándose los oídos con las manos. No podía aguantar de oír nada más. Dirigiéndose a su abuela exclamó:- "¡Los animales salvajes! ¡Las serpientes! Alguna cosa mala le pasara a mi hermanito".

Su abuela parecía no oír. Se volvió lentamente hacia la choza.

-Tengo que cuidar a tu madre -dijo suspirando con una voz muy cansada.

Después que su abuela se hubo ido, Lochan se quedó inmóvil. Entonces se le ocurrió una idea. Seguiría a su padre. Quizás pudiera hacer algo para salvar a su hermanito.

Rápido como un antílope y liviano como un gato, Lochan salió por el sendero por donde había ido su padre. Aunque estaba anocheciendo, el muchacho pronto avistó a su padre y aminoró la marcha. No

quería ser visto. Esperaría hasta que su padre dejara al bebé y emprendiera el regreso a la casa. Lo que haría después de eso, no lo sabía.

Antes de mucho vio que su padre colocaba el envoltorio junto a un tronco, abandonaba al niño y desaparecía en el bosque.

Rápidamente Lochan se adelantó y levantó a su hermanito. Palpó su carita y sus manos, y el bebé dio unos grititos que hicieron llorar de nuevo a Lochan.

¡Oh, hermanito, si tan sólo tuviera un lugar para esconderte!

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando se acordó de la cueva que estaba en las afueras de la aldea donde él y sus amigos solían ir a jugar. Se escurrió entre la maleza esperando no ser visto por nadie. Al acercarse a la cueva, oyó un ruido y se detuvo. Era sólo una hiena que se escabullía entre los arbustos.

Cuando llegó al claro que estaba a la entrada de la cueva miró a su alrededor. Entonces entró cautelosamente en la caverna. En una saliente alta había un hueco, allí colocó al bebé. Oró al gran espíritu para que ningún animal salvaje dañara a su hermano y para que los llantos del bebé no revelaran el escondite secreto. Volviéndose luego, corrió a la casa.

Cuando llegó, su madre había dejado de llorar, y la choza estaba a oscuras, de modo que Lochan se dirigió a su jergón sin hablar con nadie.

A la mañana siguiente nadie mencionó al hermanito perdido. Lochan acarició al niño que tenía su madre. Luego su padre le alcanzó una bolsa de ropa sucia.

-Hoy tendrás que lavar. Yo iré al mercado y tu abuela cuidará de tu madre. Lochan tomó la ropa. Pero cuando se volvió para irse, su padre lo tomó del brazo. Oye, no te acerques a ese muchacho, Yo-Yo -le advirtió-. Tú sabes que ha estado en el lugar malo.

Lochan asintió nuevamente con la cabeza. Pero no dijo nada. A su mente acudieron muchos pensamientos. ¡Yo-Yo! ¡El lugar malo! Su padre quería decir que su amigo había ido al hospital de la misión de la colina, cuando estuvo enfermo. Los doctores lo habían curado. También le habían contado muchas historias de un Salvador, llamado Jesús.

El hospital no podía ser un lugar malo, pensó Lochan. Había salvado la vida de Yo-Yo. Ir al hospital no parecía algo tan malo como abandonar a un niño en el bosque para que muriera.

Rápidamente Lochan hizo su decisión. Llevaría a su hermanito al hospital de la misión, y la bolsa de ropa sucia le ayudaría a llevar a cabo su plan!

Cuando Lochan llegó a la cueva oyó llorar a su hermanito. Pero tan pronto como él lo tocó, el niño se tranquilizó. En un instante Lochan lo acomodó dentro de la bolsa de ropa.

El hospital quedaba lejos, y Lochan tuvo que detenerse muchas veces para descansar. Pero al fin llegó, y entregó el bebé a los doctores.

Aunque los bondadosos misioneros querían que descansara, Lochan rehusó hacerlo. Había sido una caminata larga y ardua, y estaba cansado. Pero todavía tenía que lavar muchas piezas de ropa. Pero no le importaba, porque de no haber sido por la ropa, no podría haber llevado a su hermanito al hospital donde los doctores lo cuidarían y, cuando creciera, le contarían historias de Jesús.

Mientras Lochan descendía por la colina hacia su aldea, se hizo una promesa. Algún día volvería al hospital. "Veré a mi hermanito -murmuró-, y también escucharé esas historias acerca de Jesús".

EL SEGUNDO HIJO

Escrito e ilustrado por De Dorman

Traducido por Rhoda Rodriguez

I Corintios 2:9 "...cosas que ojo no vio, ni oído oyó , ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman."

Era un día frío pero soleado en el campo de Beijing donde la familia Lin vivía. Con siete años de edad Pao Zhu (Pow Joo) sentada muy contenta afuera veía a su hermana mayor, Pao Yi, (Pow Ee) jugar con otros niños que vivían cerca. Sintiendo el tibio sol en su espalda y con la mirada fija hacia el hermoso cielo azul pareciera que fuera toda la medicina que la pequeña Pao Zhu necesitara. "El correr y brincar podría esperar un poco más," pensaba mientras escuchaba la risa de los demás niños. Lo que pasa es, que la pequeña niña había estado enferma con una fiebre y tos por ya un tiempo que habían dejado su pequeño cuerpecito muy débil. En cualquier otro lugar del mundo su papá hubiera podido conseguir ayuda para esta preciosa perla, pero no aquí .

En China, se fomenta fuertemente que la familia tenga un sólo hijo. Y si llegan a tener más de un hijo, el hijo mayor es el único que puede recibir educación o ayuda médica de cualquier tipo. Algunos segundos hijos son abandonados para que mueran, otros son vendidos. Algunos padres entregan a sus hijos a los orfanatorios, con la esperanza de que alguien los va a cuidar. Si alguna familia decide quedarse con su segundo hijo, el gobierno es muy cruel con ellos y les hace muy difícil el conseguir hasta comida y ropa. Por esta razón, la familia Lin se tuvo que mudar al campo. Ellos saben que un hijo es un regalo de Dios y se debe valorar. La familia de Pao Zhu's la ama mucho y han sacrificado una vida de comodidades en la ciudad por vivir en paz, juntos.

Pao Yi ayudó a su hermana a entrar para comer. Mientras mamá les traía algo de arroz caliente, Mamá le dió un beso en la frente a Pao Yi's y le agradeció por su ayuda. "Estoy tan agradecida por mis dos hermosas joyas!" Mamá les dijo mientras les dió los platos con arroz a las niñas. Pao Zhu no ha tenido mucho apetito últimamente así es que mamá y Pao Yi tratan de animarla para que coma. "Papá se pondría tan contento si comieras algo de tu arroz!" Pao Zhu sonríe debilmente y dice que va a tratar, pero la tos hace muy difícil el comer. Ella comió unas cucharadas y después descansó un poco mientras Pao Yi ayudaba a su mamá a limpiar.

En silencio, Mamá oraba que alguien trajera alguna medicina para su pequeña esa noche. Era cuando la familia Lin iba a tener una reunión en su pequeña casa, una reunión en secreto. Gente iba a venir desde muy lejos a la reunión. Tenían que tener mucho cuidado a quién le contaban este secreto porque en China existe una ley que no permite que se adore a Dios! De cualquier modo, los cristianos saben que esta ley no le agrada a Dios (Salmo 95:6 y Salmo 96:9) así es que tenían estas reuniones secretas en "iglesias clandestinas" cuando algún pastor se encontraba por esa región para compartirles de la palabra. Algunos de estos pastores habían sido golpeados y arrojados en prisión cuando se les descubría teniendo algunas de estas reuniones, siendo separados de sus familias por meses y, a veces, años. Algunos han dado su vida por esta razón.

así es como Papá y Mamá Lin escucharon por primera vez sobre Jesús. Ellos fueron a una "reunión secreta" con familiares y escucharon las buenas nuevas del gran amor de Dios por ellos. Gozo llenó su agobiado corazón cuando le pidieron a El Señor Jesús que fuera su Salvador. Ahora, con mucho gusto abrían las puertas de su casa, arriesgando sus propias vidas, para que otros pudieran escuchar las buenas nuevas. Muchos de estos hermanos y hermanas en Cristo oraron por la pequeña Pao Zhu y habían tratado, sin tener éxito, de conseguir la medicina que ella necesitaba. Temían que sin la medicina, hubiera muy poco que se pudiera hacer por la pequeña. Su salud continuaba empeorando.

Las niñas esperaban con emoción la reunión "secreta". Los niños que vienen son sus amigos.

A ellos, no les importa que la ropa que usan las niñas este desgastada y nadie trata con menosprecio a Pao Zhu por ser la segunda hija. Pao Zhu pensaba, sin embargo, como era posible que sus padres pudieran ser tan felices y amorosos cuando muchos de ellos habían sido golpeados y menospreciados por el ser Cristianos. " ¿ Qué los hace tan diferentes?"

Verán, niños y niñas, Pao Zhu aún no le ha dado su corazón a Jesús, pero muchos estan orando por que ella conozca el mismo gozo del que otros hablan.

Mamá terminó de preparar el pescado y arroz justo cuando Papá venía llegando del campo. "¿Cómo se encuentra mi Preciosa Perla el día de hoy, Mamá?" Preguntó el papá mientras echaba un vistazo a sus dos hijas.

"Papá, Pao Zhu comió hoy un poco más de arroz..." comenzó a decir la hermana mayor.

"Y...Papá..." Pao Zhu debilmente dijo, "fuí afuera y me senté en el sol! Fué un bonito día! El cielo estaba tan azul!"

Pao Yi mencionó que ella se aseguró de que su hermana estuviera calentita.

"Eres una buena hermana con Pao Zhu." comentó Papá mientras inclinaban sus cabezas para dar gracias por la comida. Después de que terminaron de comer, abrazos de gratitud se le daban a Mamá, agradeciéndole por la deliciosa comida.

Poco a poco, la gente comenzaba a llegar; uno o dos a la vez. Sabían que no podían llegar todos al mismo tiempo, eso haría que se levantaran sospechas de qué ocurría en la pequeña casa.

Al poco tiempo, la casa estaba llena. Se saludaban unos a otros con mucho afecto y gustosos se sentaban en el duro piso, impacientes esperando el mensaje. Casi nadie traía Biblia porque eran difíciles de conseguir.

La reunión comenzaba cantando un hermoso himno, con la voz de la gente siendo el único instrumento en el lugar. Sonrisas y lágrimas se veían mientras adoraban a su Salvador. Entonces el pastor se levantó con una página de la Palabra de Dios en su mano.

El leyó el pasaje de Juan 14:1-6 de su gastada página y comenzó a hablar sobre el Cielo. Todos escuchaban mientras él continuaba, diciendo que todos hemos pecado (Romanos 3:23) y nuestros pecados son como la Gran Muralla; nos separan de Dios, pero Jesús dejó Su hermoso hogar en el Cielo para venir a esta Tierra a ser la Puerta (Juan 10:9) por la cual podemos entrar para tener vida eterna. (Romanos 6:23) Esto hizo recordar a Pao Zhu del amor de su Papá y mamá para con ella y como, algunas veces, los decepcionaba al no obedecerles. Ella sabía que ésto también desagradaba a Dios. Mientras el amable pastor hablaba sobre el sufrimiento por el cuál Jesús tuvo que pasar (Isaías 53:3-5), para que nosotros pudiéramos ser salvos, Pao Zhu sintió tristeza en su corazón. Esta pequeña niña se daba cuenta de que ella, también, era una pecadora y necesitaba ser perdonada. Mientras el pastor terminaba su mensaje, él preguntó si había alguien que quisiera el regalo de la vida eterna, pagado por completo por Jesús. La pequeña mano de Pao Zhu se levantó. Justo ahí, en medio del piso, con Papá y Mamá a su lado, Pao Zhu le pidió a Jesús que perdonara sus pecados y que entrara en su corazón. Ella le agradeció por haber pasado por todo ese dolor y sufrimiento por ella. Ahora, ella sabía del gozo de que otros hablaban; ¡ todos sus pecados habían sido perdonados! ¡ La paz que había en su interior no tenía precio! Mucha gente se regocijó con la familia Lin, antes de irse de la misma manera como llegaron...uno o dos a la vez.

¡ Ha sido una noche emocionante para la familia Lin! De cualquier forma, no había pasado aún mucho tiempo cuando ya todos estaban acostados en sus tapetes, descansando tranquilamente con sus corazones llenos de gozo. Aunque nadie pudo traer la medicina que hacía falta, algo más preciado llegó ... salvación al corazón de una pequeña.

Papá y Mamá veían, sin embargo, conforme las semanas pasaban, como su Preciosa Perla se iba debilitando. Mamá la sostenía cuando tosía muy fuerte, sin poder respirar algunas veces, mientras Papá oraba.

Era como alguien dijo; Pao Zhu tenía tuberculosis, y sin algún tratamiento disponible para quien era un segundo hijo, su preciosa pequeña perla estaba muriendo. Y Jesús, quien está lleno de misericordia, amorosamente tomó la mano de Pao Zhu una noche y la llevó a su nuevo hogar en el Cielo, en donde ella tenía un cuerpo nuevo y una limpia, bata blanca. Ahí, todos estaban tan contentos de ver esta pequeña perla. Mientras Pao Zhu se sostenía de las manos cicatrizadas por los clavos, ella le agradecía a su Salvador por haber muerto por sus pecados y por aquella noche, durante la "reunión secreta" cuando esta segunda hija, quien había sido rechazada y despreciada por muchos, había nacido de nuevo y aceptada por El que más importa...Dios Todopoderoso.

Invitación a la salvación y obediencia.

Terminar la clase orando por nuestros hermanos y hermanas de China y aquellos que alrededor del mundo sufren persecución por su amor por El Señor.

Lin Pao Zhu- ("Lin" es el apellido.) pronunciado "Pow Joo"...significa "Preciosa Perla".

Lin Pao Yi- ("Lin" es el apellido.) pronunciado "Pow Ee"...significa "Preciosa Jade".

Un sincero agradecimiento para Helen Lim, quién le dió autenticidad a esta historia, dando valiosa información sobre la cultura China y por nombrar las joyas preciosas. Dios te bendiga, Helen.

EL SR. DRACY CONFIESA

Al volver el Sr. Dracy tras una ausencia de tres años, notó con dolor que su hijito se había vuelto rebelde y testarudo, y que no respetaba ya como antes la dulce autoridad de su madre. Un bello día de octubre fue a dar un paseo con el niño por las hermosas praderas que rodeaban la casa. Permaneció un rato pensativo y silencioso. Pero llegando a un lugar donde una enorme roca proyectaba sobre el suelo grandes sombras negras, se detuvo.

-¿Ves esta roca? -dijo el Sr. Dracy a su hijo-, me trae el recuerdo del acto más criminal de mi vida. Ese incidente de mi juventud es tan doloroso que nunca te hubiera hablado de él si mi conciencia no me lo impusiera ahora como un deber.

-Yo tenía varias hermanas, pero era el único varón de la familia. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Mi madre era de carácter suave y tierno, dedicada a sus hijos, y querida por todos los que la conocían. Jamás olvidaré su hermoso y pálido rostro, su sonrisa angelical, su voz armoniosa y sonora. Durante la primera parte de mi infancia yo la amaba profundamente; no era feliz sino cerca de ella, pero cuando llegué a los once años de edad, mi madre, temiendo que yo adoptase costumbres y modales más bien femeninos, me envió a la escuela superior del pueblo. No sabría decir por qué, pero ese cambio me hizo mucho mal. Me volví bullicioso, brusco e indisciplinado. El respeto y el amor que tenía por mi madre se fueron debilitando poco a poco en mí, y pronto le resultó muy difícil hacerme frente. Yo creía que si me sometía a su autoridad o manifestaba arrepentimiento cuando había cometido una falta, sería dar pruebas de cobardía. El mote que más temía era el de 'mariquita', y nada me enfurecía tanto como el oír a mis camaradas decir entre risotadas que yo me dejaba gobernar por faldas.

"Mi buena madre no escatimó esfuerzos para hacerme cambiar de sentimientos. Yo comprendía eso, pero mi corazón estaba helado. Un día, después del almuerzo, iba a abandonar la mesa para ir, como de costumbre, a vagabundear por las calles con mis amigos, en espera de que comenzaran las clases, cuando sentí la mano de mi madre posarse sobre mi hombro.

"-Hijo mío -me dijo con dulzura y firmeza-, deseo hablarte. "Tuve ganas de rebelarme, pero había algo en su tono y sus modales que me impuso respeto, y la seguí en silencio.

"Ella salió de la casa, y al pasar vi a uno de los peores sujetos de la escuela que me esperaba. Me miró sonriendo con aire burlón. Eso hirió mi amor propio. Yo sabía que él era un sinvergüenza, pero era mayor que yo, y ejercía una influencia irresistible sobre mí. Seguí a mi madre de mala gana hasta el lugar donde estamos ahora, a la sombra de esta gran roca.

"¡Oh, hijo mío! ¡Cuánto daría por borrar de mi vida la página vergonzosa que voy a contarte! ¡Qué no daría para poder descargar mi conciencia del remordimiento que la obsesiona! Pero no, esta fatal roca estará aquí siempre como un testimonio contra mí.

"Mi madre, que era muy débil de salud, se sentó y me indicó que me sentara a su lado. En vez de obedecerle, me mantuve de pie con aire desafiante. Me parece que veo aún la tristísima mirada que fijó en mí.

"-Alfredo, mi querido hijo -comenzó-, ¿no tienes ya ningún cariño por tu madre?

No contesté nada.

"-Me temo que no -continuó ella suspirando-. Dios nos enseñe, a ti a conocer tu corazón, Y a mi a cumplir con mi deber.

"Me habló luego de mis extravíos, de la violencia de mi carácter, de las funestas consecuencias de mi conducta. Lágrimas, ruegos, súplicas, no escatimó nada para entermecerme. Buscó también de estimular mi ambición, dándome el ejemplo de hombres de bien, de cristianos eminentes. Yo estaba casi conmovido; pero demasiado orgulloso para reconocerlo, me encerré en un silencio desdeñoso. "¡Qué dirían mis compañeros -pensaba-si al fin consentía en dejarme conducir por una mujer!

"¡Qué angustia profunda se traslució en el rostro de mi madre cuando debió reconocer que todas sus palabras y lágrimas no hacían mena en mí! Se levantó para volver a casa, y al llegar a la puerta me dijo esto: "-Es tiempo de que vayas a la escuela; ve, hijo mío, y no desprecies los consejos de tu madre... "

-¡No quiero ir a la escuela hoy! -la interrumpí golpeando el suelo con el pie.

Ella me miró sorprendida de mi audacia y me respondió con firmeza:

-¡Irás ciertamente, Alfredo! ¡Te lo ordeno!

-¡No iré! -respondí con tono desafiante.

-Elige lo que prefieres -contestó conservando toda la calma-; o vas a la escuela inmediatamente o te encierro bajo llave en tu pieza, donde permanecerás hasta que me prometas ser más obediente.

-¡Te desafío a que hagas eso! -exclamé- No puedes llevarme a mi pieza.

-Alfredo, elige -dijo mi madre tomándome por el brazo. "Ella temblaba violentamente, y una palidez mortal cubría su rostro. "

-¡Cuidado con tocarme! -vociferé enloquecido por la ira.

-¿Quieres ir a clase, Alfredo?

-No -respondí con insolencia, pero evitando su mirada.

-En este caso, sígueme -dijo ella, tomándome del brazo y tratando de arrastrarme.

Entonces, ¡oh, hijo mío! ¿Cómo tendré valor para continuar?... Entonces me agité como un energúmeno y le di un puntapié a mi buena y santa madre... Al recordar esta escena me parece que mi cerebro va a estallar, que una hoja acerada me traspasa el corazón. Sí, fui bastante indigno, bastante cobarde para maltratar a mi madre, una débil mujer. Ella se tambaleó y se apoyó en la pared. Vi su corazón latir violentamente. No me dijo nada, no me miró siquiera, mas la oí murmurar:

-¡Oh, Padre celestial! Perdónalo, porque no sabe lo que ha hecho.

En ese momento pasó el jardinero; y viendo a mi madre pálida y desfalleciente, se detuvo, y ella lo llamó. - Conduzca a Alfredo, a las buenas o a las malas a su pieza, y enciérrelo -dijo ella.

Luego se dirigió a pasos lentos hacia el comedor. En el momento de entrar me dirigió una mirada. ¡Oh, esa mirada que no olvidaré jamás! Mirada de angustia inexpresable, mezclada con el amor más intenso; desgarramiento supremo de un corazón quebrantado. Unos instantes después estaba preso en mi pieza. Me vino la idea de tirarme por la ventana, de romperme el cráneo contra las losas del patio; pero la muerte me espantó. Por momentos mi corazón estaba conmovido, mas en seguida el orgullo vencía, y me fortalecía en mi endurecimiento. Llegada la noche me eché sobre la cama y no tardé en dormirme. Me desperté a media noche. Mi cuerpo estaba tieso por el aire húmedo de la noche y tenía el espíritu trastornado por pesadillas terroríficas.

Me obsesionaba el rostro desfalleciente de mi madre. Creo que si hubiese podido, hubiera ido en ese momento a pedirle perdón.

En cuanto amaneció, mi agitación se calmó. La sirvienta me trajo el desayuno, pero no lo toqué. Poco después se dejó oír un paso ligero en el corredor, y la voz de mi hermana me llamó con extraño acento.

-Alfredo, ¿no tienes nada que decirle a mamá? -preguntó sin abrir la puerta.

-Nada -contesté secamente.

-¡Oh hermanito! Te lo ruego, por mí y por ella, dile que lamentas lo que sucedió. Ella tiene deseos de perdonarte.

-No quiero ir a la escuela contra mi voluntad -contesté.

-Pero si mamá lo desea, ¿irás, no es cierto, hermano? -insistió mi hermana con voz suplicante.

-No; iré sólo cuando me plazca. Estoy bien decidido -contesté.

-Entonces matarás a nuestra madre -sollozó mi hermana- De veras que la matarás, y tu conciencia te lo reprochará toda la vida.

No le contesté; sentía una gran perturbación interior, pero resistía a mi emoción.

¡Cuán largo me pareció el día! Creí que no terminaría nunca. A la noche, me eché sobre la cama. Empezaba a adormecerme, cuando pasos más lentos y más débiles que los de mi hermana me hicieron prestar oídos. Una voz pronunció mi nombre: era la voz de mi madre.

-Alfredo, hijo mío, ¿quieres que entre? -preguntó-. ¿Te da pena lo que hiciste?

Estas dulces palabras penetraron hasta lo más profundo de mi corazón endurecido; quise ceder, pero, ¡ay!, no lo hice, y mis labios, ocultando mis sentimientos, contestaron con tono duro:

-¡No!

Oí a mi madre alejarse con un gemido. Estuve tentado a pedirle que volviera, pero otra vez me endurecí. Todo quedó en silencio y finalmente me dormí con sueño agitado.

"No sé cuánto tiempo había dormido, cuando me desperté sobresaltado por la voz de mi hermana quien, inclinada sobre mí, me gritaba:

-¡Alfredo! ¡Alfredo! ¡Levántate pronto: mamá se muere!

Me parecía soñar; pero en un abrir y cerrar de ojos estuve de pie y seguí a mi hermana. Pálida y fría como el mármol, mi madre estaba acostada, vestida sobre su cama. Había querido hablarme por segunda vez, pero al subir la escalera, un ataque cardíaco la había transportado a su pieza, y desde entonces parecía completamente inconsciente. No puedo decir lo que sucedió entonces en mí. Mis remordimientos eran diez veces más amargos al pensar que mi madre amada no los conocería nunca. Me acusaba de ser su asesino. No podía verter una lágrima. Mi corazón y mi cabeza parecían arder. Desesperado, caí sobre la cama. Mi buena hermana, rodeándome con un brazo, lloraba en silencio. "De repente, la mano de mi madre se agitó y sus ojos se abrieron. Recobraba el conocimiento, pero no podía hablar.

Su mirada se fijó en mí y sus labios se movieron, mas no pudo proferir ningún sonido.

-¡Madre! ¡Madre querida! -exclamé fuera de mí -di tan sólo que me perdonas.

No pudo articular una sola palabra, pero su mano oprimió la mía; me sonrió tiernamente y haciendo un esfuerzo supremo posó sus dos manos enflaquecidas sobre mi cabeza como para bendecirme; luego, alzando los ojos al cielo, movió por última vez los labios y exhaló el último suspiro.

Permanecí de rodillas, aplastado, aterrado, cerca de ese caro despojo hasta que se me obligó a levantarme. Mi hermana, que comprendía el peso espantoso que oprimía mi corazón, hizo todo lo que pudo para consolarme. Al dolor del hijo que llora a su madre, se añadía en mí el dolor mucho más agudo del pecador atormentado por el remordimiento.

A partir de ese día, la alegría de la juventud me abandonó para siempre. Hijo mío, los sufrimientos que esos recuerdos despiertan en mí me seguirán hasta la tumba".

El Sr. Dracy dejó de hablar y se cubrió el rostro con las manos. El relato había impresionado vivamente a su hijito. Hijos, ustedes se rebelan contra la autoridad de sus padres, y en particular contra la de su madre, que no quieren reconocer sus faltas y creen dar pruebas de fortaleza de carácter al resistir hasta lo sumo, tengan cuidado. No acumulen para el futuro una carga de remordimientos y estériles pesares. Sé que la insubordinación de un hijo no trae siempre una catástrofe como ésta cuyo relato doloroso acaban de leer; no hay duda, sin embargo, de que millares de padres mueren cada año con el corazón quebrantado a causa de la mala conducta de sus hijos o hijas. ¡Cuántas lágrimas amargas hacen verter en secreto a sus padres la desobediencia de los hijos! Recuerden, mis queridos jóvenes, que vendrá el día cuando tendrán que dar cuenta de cada una de sus infracciones contra el quinto mandamiento. Siempre que sientan impulsos de rebelión e indisciplina, lean de nuevo la triste historia del Sr. Dracy y mediten en ella hasta que tengan mejores sentimientos. Hay un solo caso -uno solo- en el cual un hijo puede rehusar obedecer a sus padres: es cuando éstos le ordenen cometer un acto contrario a la voluntad de Dios. Entonces el niño debe recordar estas palabras del apóstol: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres".

EL SEÑOR GUTIERREZ

El señor Gutiérrez era un hacendado que se dedicaba al cultivo del gusano de seda. Tenía muchos y los cuidaba con esmero.

Un día el señor Gutiérrez había estado recogiendo los delicados capullos de seda, preparándolos para ser hilados en el hilador de seda. Cada capullito debe ser obtenido ileso, y es muy difícil encontrar la puntita de este hilito de seda. En primer lugar los capullos se ponen en un balde lleno de agua y se mueven con un palo. De alguna manera el hilito se enrosca en este palo y así es como se principia con el hilo que hace más tarde hermosas vestiduras.

Después de trabajar un buen rato, el señor Gutiérrez se sintió cansado y con sueño, por lo tanto se sentó para descansar unos minutos. Pasando su mirada por el cuarto vio un pequeño paquete medio escondido cerca del techo. ¿Qué habría en ese paquete? ¿Quién lo pondría allí? Pero tenía sueño y trató de olvidarlo. Por alguna razón sus ojos se detenían en el paquete nuevamente. Era un lugar extraño para poner cosa alguna. En verdad quería saber qué había en él. Fue tanta su curiosidad que se puso de pie, buscó una vara larga y con ella movió el paquete de tal manera que éste cayó en el piso. Lo levantó y principió a abrirlo. Era un libro bonito, con cubiertas o lapas de piel negra y con letras doradas. Abriéndolo leyó: "El Nuevo Testamento de nuestro Señor Jesucristo". A pesar de lo cansado que estaba y del sueño que tenía, el libro le pareció muy interesante, por lo tanto, se sentó y comenzó a hojearlo. Notó que había una palabra que se repetía en muchas de sus páginas; sus ojos la veían vez tras vez. La palabra era "Jesús".

Este debe ser el nombre de algún hombre, pensó. ¿Quién es este "Jesús"?

Entonces sus ojos leyeron esas palabras: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame". ¡Qué palabras más extrañas! Siguió hojearlo y leyendo y pronto se detuvo en estas palabras: "Porque el Hijo del hombre ha venido para salvar lo que se había perdido". El señor Gutiérrez nunca había leído o escuchado estas palabras. ¿Qué querían decir? Pensó en esto, y decidió leer el libro más detenidamente cuando tuviera más tiempo. Precisamente cuando iba a guardar el libro vio que ciertas palabras estaban subrayadas. Esto debe ser algo especial, pensó. "Y llamarás su nombre JESUS: porque él salvará a su pueblo de sus pecados". Ya no pudo poner a un lado el libro. Leyó la historia de Cristo y cómo vino para salvar a los pecadores. Estaba muy interesado y contento por la buena nueva de que había Uno que podía salvarlo del pecado, que podía perdonarlo y que vendría pronto para llevar al cielo a todos aquellos que le amaran.

Todo esto era nuevo y maravilloso para el señor Gutiérrez.

Decidió que debía asistir a la iglesia de Jesús. Antes siempre se había negado a ir a la iglesia, pero ahora todo era diferente. Quería saber más de Jesús.

Poco después de esto, el señor Gutiérrez fue a visitar al pastor de la iglesia, le contó la historia del Libro que había hallado y le pidió que alguien le ayudara a comprenderlo mejor. El pastor muchas veces se sentó con él para hablarle de la historia maravillosa del amor de Jesús por nosotros.

Los demás miembros de la familia no mostraban ningún interés en el Libro. Una mañana vio a su madre que arrancaba algunas hojas del Libro para prender fuego.

-¡Un momento! ¡Un momento! -gritó-, éste es un Libro muy precioso para ser destruido. No lo rompas.

Poco después de este incidente, la madre del señor Gutiérrez y toda la familia leían el Libro y aprendían más del amor de Jesús para con ellos. A pesar de que el señor Gutiérrez todavía trabajaba con sus gusanitos de seda y hacía hermosos vestidos de ese material, no pasó mucho antes de que dedicara la mayor parte de su tiempo a hablar a otros del gran amor de Jesús. Poco después fue bautizado y más tarde llegó a ser un predicador entre sus amigos paganos, todo esto porque había aprendido de Jesús en su buen Libro.

EL SEÑOR TARTAMUDO

- Hey, Martín. Aquí viene mi hermano -dijo Benja-. M-m-mi nom-nom-bre es se-se-ñor ttttartamudo. Los dos chicos se echaron a reír.

-¿Q-q-qué es tan divertido? -preguntó el hermano de Benja, cuando estuvo más cerca.

-N-n-nada -respondió Benja, exagerando cada sílaba y tratando de no reírse-, ¿Q-q-q-qué e-e-es lo q-q-que q-q-q-quieres? -y con eso, Benja y su amigo Martín se largaron a reír nuevamente.

-Me-me-me llamo se-se-se-señor ta-ta-tar-tamudo -dijo Benja nuevamente, mientras su hermano le daba una mirada feroz y se alejaba, enojado.

A Benjamín le gustaba molestar a su hermano, y lo hacía todos los días. Le copiaba la forma de tartamudear y se reía de él todas las veces que podía. Pero, un día, algo sucedió. Mientras salía de la escuela, Benja le dijo a su mejor amigo:

-¡Ma-ma-martín, e-e-e-espérame!

Benja se detuvo, sorprendido al darse cuenta de que había tartamudeado sin querer. No le dio importancia. Pero, unos días más tarde, ocurrió nuevamente. Pronto le sucedía cada vez más seguido. Habiéndose burlado durante tanto tiempo del tartamudeo de su hermano, ahora Benjamín también tartamudeaba. De hecho, no se lo pudo sacar de encima. Aunque ahora tiene más de cuarenta años, todavía tartamudea, y a la gente a veces le cuesta entenderlo por esa razón.

Nunca es una buena idea burlarse de los demás por sus problemas. El libro de Proverbios dice: "El falto de juicio desprecia a su prójimo, pero el entendido refrena su lengua". La próxima vez que te sientas tentado a reírte de alguien, piensa en este proverbio y recuerda que Jesús quiere que ames a los demás y que seas bondadoso con ellos.

Tomado de Devocionales para menores

En algún lugar del mundo

Por Helen Lee Robinson

EL TEMOR DE MOLLIE

Por *Linda Phipps*

MOLLIE JOHNSON era una niña que vivía con sus padres en una gran ciudad. Cierta noche en que la madre estaba preparando la cena, sonó el teléfono. La madre fue a atenderlo. Mollie la siguió porque le gustaba contestar el teléfono. Tenía la esperanza de que la madre le permitiera contestar esta vez.

Pero cuando llegó, la madre ya estaba hablando. Oyó que decía: "¿A las cinco? ¿Dijo algo antes? Está bien. Gracias por llamar".

Cuando la mamá colgó el teléfono, estaba muy triste. Se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta. Mollie se preguntó qué pasaría. Pronto la mamá regresó para preparar la cena, pero ahora tenía lágrimas en los ojos.

La mamá de Mollie era hermosa y generalmente sonreía y su alegría la hacía sentir muy bien a Mollie. Pero ahora Mollie se dio cuenta de que la mamá estaba muy triste.

Mollie estaba muy preocupada por su mamá y finalmente no pudo soportar más. Corrió hacia su madre, la abrazó y le dijo:

-Mamá, ¿por qué estás tan triste?

-Por abuelito -respondió la mamá. Entonces dejó de preparar la cena y sentándose junto a la mesa tomó a Mollie en su regazo.

-Tú sabes que abuelito ha estado muy enfermo desde hace tiempo. El que llamó ahora era el médico. Me dijo que esta tarde abuelito falleció, de modo que no podremos verlo más.

La mamá no pudo seguir hablando. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Mollie salió afuera para esperar la hora de la cena. Recordaba muy bien a su abuelito. "Tenía cabello gris y bigotes -recordó-. Y vivía en la granja".

Recordaba las manos de su abuelito. Nunca había visto manos tan grandes. Eran ásperas y tenían muchos callos. Había visto cómo a veces los gatitos le saltaban a las manos y las arañaban con sus uñas filosas, pero no podían hacerles nada. Mollie amaba a su abuelito porque siempre era tan bondadoso y amable. Solía tomarla de la mano, con su mano grande, y juntos caminaban por la granja. Le mostraba las grandes pilas de fardos de pasto del galpón.

Cierta día en que caminaban cerca del estanque donde estaban los pececitos, le preguntó:

-Mollie, ¿te gustaría tener uno de estos pececitos para ti?

-¡Oh, sí! -dijo alegremente Mollie.

De manera que el abuelo trajo un frasco de vidrio y pescó el pececito más bonito que había en el estanque para que Mollie lo llevara a la casa. Mollie estaba convencida de que su abuelo era el hombre más bondadoso del mundo. Y ahora pensaba en él, y en que no volvería a verlo.

Esa noche cuando Mollie fue a la cama se sentía tan atemorizada como jamás lo había estado en su vida. Su cuarto estaba oscuro, y sabía que sus padres estaban tristes porque nunca verían otra vez al abuelo. Tenía tanto miedo que el cuarto entero parecía oprimirla, y comenzó a llorar.

Al oírla llorar, la madre acudió, y la levantó en los brazos.

-¿Qué pasa, Mollie? -le preguntó.

Entre sollozos Mollie contestó:

-Tengo... tengo miedo por que abuelito murió y porque Uds. están tan tristes.

-Yo estoy triste solamente porque extrañaremos a abuelito, pero lo veremos de nuevo -replicó la mamá-. Jesús volverá para llevar con él a su hogar a todas las personas que son bondadosas y amantes. De modo que volveremos a ver a abuelito.

Cuando la mamá terminó, Mollie bajó de la cama, y ella y su madre se arrodillaron.

"Gracias, querido Jesús -oró Mollie-, por ser tan bondadoso y porque has prometido regresar a llevarnos contigo al hogar".

Luego Mollie le dijo a su madre:

-Ya no tengo más miedo. Sé que volveré a ver a abuelito, porque Jesús viene pronto.



EL TERNERITO DE JERSEY

Por **HELENA WELCH**

DANIEL agachó la cabeza para protegerse del cortante viento norte que soplabá de frente en su camino de regreso de la escuela. Sabía que el viento, sumado a los grises nubarrones bajos, anunciaba nieve antes de la mañana. Esa noche había que encerrar a Jersey en el galpón.

Jersey era la vaquillona de pura raza lechera que el tío Guillermo le había regalado. "Puede tener el ternero en cualquier momento", había dicho el tío Guillermo esa mañana, a la hora del desayuno.



Daniel apenas podía esperar para verlo. "¡Tal vez Jersey tenga una sorpresa para mí hoy!" exclamó para sí.

Cuando Daniel llegó a la casa, encontró al tío Guillermo en el galpón poniéndole kerosén al farol. Estaba preocupado.

-Tendremos que postergar por ahora el ordeño. Jersey tuvo un ternero pero lo ha dejado en el campo. No lo trajo cuando volvió con el hato.

Daniel tragó el nudo que se le hizo en la garganta que amenazaba con ahogarlo.

-¿Crees que el ternero está muerto? -preguntó.

El tío Guillermo sacudió la cabeza.

-No. Si hubiera estado, Jersey no lo hubiera abandonado. El ternero está vivo y está bien. Ella lo ha escondido. Algunas vaquillonas hacen eso cuando tienen el primer ternero. Yo quería dejarla en el corral esta mañana, pero se me escabulló.

El tío Guillermo abrió la puerta del galpón mientras hablaba, y por ella penetró una ráfaga de viento helado, que le azotó el rostro a Daniel. Este sintió que se agrandaba el nudo que tenía en la garganta.

-¿Se congelará el ternero?

El tío Guillermo se apresuró a sacudir negativamente la cabeza.

-Eso ocurriría esta noche si no lo encontramos enseguida.

A Daniel ya no le importaba el viento frío. Ni siquiera pensaba en eso. Todo lo que lo preocupaba ahora era el ternero acurrucado en algún lugar en el campo.

-¿Dónde buscaremos primero? -le preguntó a su tío.

-En la hondonada. Porque como el tiempo es frío, Jersey habrá elegido el lugar más abrigado que haya podido encontrar. Después de que hayamos registrado la hondonada, buscaremos en el bosquecillo.

Ahora Daniel entendía por qué el tío Guillermo había traído el farol. El bosquecillo de robles estaba al final del campo de pastoreo como a dos kilómetros de distancia. La noche los sorprendería antes de que

ellos pudieran ir hasta ese lugar y volver, si es que tenían que hacerlo para buscar el ternero de Jersey.

-Podemos registrar la hondonada de paso hacia el montecito -sugirió el tío Guillermo-. Así ahorraremos tiempo. Pero yo no creo que lo encontraremos allí. El montecito es el lugar más probable.

El tío Guillermo tenía razón. Aunque los dos registraron detrás de cada promontorio y de cada arbusto, allí no habla señal alguna de ternero.

-Ahora vamos al montecito -indicó el tío Guillermo-. Y mejor que nos apresuremos. Noté que están cayendo algunos copos de nieve.

Daniel también los vio. De repente se detuvo e inclinó la cabeza. "Querido Jesús -susurró-, no permitas que la nieve nos impida encontrar al ternero de Jersey".

Cuando Daniel terminó su oración levantó la vista y vio un gesto de desaprobación en el rostro de su tío, quien lo estaba mirando.

-Mejor que no perdamos tiempo -dijo brevemente.

El tío Guillermo no creía en la oración. Tampoco creía en Jesús. Eso siempre había entristecido a Daniel y a su madre. Siempre habían rogado de que algo ocurriera para que su tío cambiara, pero hasta ese momento no se había producido ningún cambio.

De repente Daniel tropezó en el sendero. Se dio cuenta de que estaba oscureciendo. El tío Guillermo se detuvo para encender el farol. Mientras lo hizo grandes copos de nieve giraron en torno al tubo amarillo.

Antes de mucho los copos de nieve caían abundantemente contra el rostro de Daniel. El sendero se cubrió de nieve. Y lo mismo ocurrió con la espalda y los hombros del tío Guillermo. De pronto Daniel se sintió aterrorizado.

-Tío Guillermo -exclamó-, ¿cómo podemos encontrar el ternero? ¡La nieve es tan espesa que apenas puedo ver el farol!

-Será un milagro respondió el tío en un tono de voz inexpresivo-. Ya estamos al borde del montecito, pero podemos pasar a pocas pulgadas del ternero, sin verlo.

-Quizás bale llamando a la madre -reflexionó Daniel.

-Pudiera ser -respondió el tío-. Pero no es muy probable que lo haga.

-¡Querido Jesús, te ruego que hagas balar al ternero! -oró Daniel tomando la delantera en el sendero. Había dado sólo unos pasos cuando tropezó y cayó pesadamente sobre un arbusto cubierto de nieve. Al lado había un montículo también cubierto de nieve. Daniel apoyó su mano derecha en el mismo para incorporarse y, éste cedió. Instantáneamente un sonido familiar llenó los oídos de Daniel. Era un balido suave, y un animalito se paró repentinamente y salió a la senda. Daniel lo capturó dando un grito de alegría.

-¡Este es el ternero de Jersey! ¡Oh, tío Guillermo, lo encontramos!

-Parece que si -respondió el tío Guillermo con un tono de voz un tanto extraño mientras asía el ternero que forcejeaba por deshacerse de Daniel-. Cuanto antes lo llevemos a su madre mejor.

-¡Es tan chiquito... y tan lindo! ... ¡de color manteca!

Después de poner a Jersey y al ternero en el galpón para que pasaran la noche, y de terminar de ordeñar, Daniel le contó a su madre lo que había ocurrido.

-El que Uds. encontraran el ternero de esta manera fue un milagro -dijo suavemente-. Debemos agradecer a Jesús por ello.

Daniel estuvo de acuerdo y los dos se arrodillaron para orar. De repente el tío Guillermo entró silenciosamente en el cuarto y se arrodilló también.

El corazón de Daniel casi estalló de gozo y gratitud e inclinándose hacia su madre le susurró al oído:

-¡Agradezcamos a Jesús por dos milagros!

EL TESTIMONIO DE UN JOVEN

EN UNA pequeña aldea de Etiopía, tres muchachos decidieron ir juntos a la escuela primaria adventista de Kuyera. Habían asistido probablemente a la escuela de su propia aldea y habían aprobado tal vez el tercer grado, pero querían aprender algo más.

Consiguieron el permiso de sus padres y se fueron a pie hasta la escuela, que quedaba a un día de viaje. Cuando comenzó el año escolar, fueron admitidos en cuarto grado. Las clases les gustaban mucho, y en ellas aprendieron no sólo a leer y escribir, sino también las maravillosas historias de la Biblia y lo que ella enseña acerca del sacrificio de nuestro Señor Jesús en la cruz, su resurrección y su segunda venida. Y, por supuesto, conocieron la verdad del sábado.

Cuando terminó el año escolar, hablaron con el director de la escuela y le pidieron que les permitiera regresar al año siguiente, y se fueron. Al llegar a una de las primeras aldeas de su región, buscaron un lugar donde pudiesen dormir y comer. Luego invitaron a los aldeanos a venir para escucharlos.

La mayoría de los habitantes de la comarca eran mahometanos; pero pensaron que esos muchachos no podían ser peligrosos, y acudieron muchos. Un hombre llamado Ereso se interesó en forma especial. Como tenía una memoria prodigiosa se dedicó a contar a otros lo que había oído, y continuó así la obra de los muchachos después que éstos hubieron regresado a la escuela.

He aquí cómo procedía: Asistía a todos los funerales que se celebrasen en el vecindario. Esperaba hasta que hubiesen terminado las ceremonias, y luego reunía a la gente y le hablaba de la resurrección.

-¿Dónde aprendiste todo esto? - le preguntaban. - ¿Cómo sabes que es la verdad? ¿Acaso has ido a la escuela y sabes leer?

Ereso tenía que confesar que no sabía leer ni había ido a la escuela de la misión, y decidió visitarla, para asegurarse de que los muchachos le habían dicho la verdad.

En la escuela se encontró con uno de nuestros evangelistas etíopes, y éste le dió estudios bíblicos durante varios días.

Volvió luego Ereso a su pueblo, y no se limitó a hablar en los entierros, sino que yendo de casa en casa hablaba a la gente de toda la historia de la salvación. Su instructor, el evangelista le visitó como un año más tarde, y encontró que Ereso había ganado a su esposa para la verdad. También había construido una capillita donde cada sábado se reunían de veinte a treinta hombres para escuchar el mensaje que Ereso les predicaba.

EL TIGRE Y LA BOLSA DE PAPEL

Por *Elena Welch*

A KWAKU no le gustó lo que su padre le decía a su madre. Sus padres estaban conversando dentro de la choza y no sabían que Kwaku los escuchaba.

-Tengo que ir a ver a mi tío continuó el padre de Kwaku-. Yo sé que vive muy lejos, pero hace más de un año que no lo he visto.

-¡Pero las historias que se oyen del tigre! -protestó la madre de Kwaku-. Dicen que es un tigre cebado que mata a la gente.

-Yo sé -oyó Kwaku que su padre suspiraba-. Pero hace varias semanas que nadie lo ha visto. Puede ser que haya desaparecido.

Kwaku se escabulló de la choza sin esperar más. Hubiera querido seguir escuchando, pero comprendió que si lo hacía, llegaría tarde a la escuela sabática.

Hacía varios meses que, aun cuando su familia le había dado órdenes estrictas de que no se acercara a la misión, Kwaku había ido allí lo más posible para escuchar al misionero que enseñaba acerca de Jesús. "Allí enseñan muchas falsedades", le habían advertido sus padres. "Hablan de un falso Dios llamado Jesús. Si escuchamos historias acerca de dioses falsos, los espíritus nos castigarán".

Pero Kwaku no pudo dejar de volver a la misión. Prestó mucha atención cuando el pastor Devlin explicó que Jesús ama tanto a todos los habitantes del mundo, que murió por ellos.

Kwaku no había conocido nunca a nadie que lo amara tanto. Sus padres eran buenos con él, lo vestían y lo alimentaban, pero él sabía que no estarían dispuestos a dar su vida por él.

Mientras Kwaku recorría el sendero polvoriento que conducía a la misión, no pudo menos que afligirse por su padre. La aldea donde vivía su tío quedaba al otro lado de la montaña. Su padre se vería obligado a cruzar por una región muy densa de la selva. ¿Y qué ocurriría si el tigre andaba rondando todavía por allí?

De pronto Kwaku recordó lo que el pastor Devlín le había dicho. "Lleva tus problemas a Jesús, en oración. El siempre te escuchará. Y sí es su voluntad, enviará a sus ángeles para que te ayuden".

"Le pediré a Jesús que mande sus ángeles para ayudarme -decidió Kwaku-. Los ángeles sabrán la forma de evitar que mi padre vaya donde está el tigre".

Cuando terminó la escuela sabática, Kwaku oyó que lo llamaba su amigo Rubén.

-Espera. Tengo un regalo para ti.

Kwaku se volvió en seguida para ver lo que Rubén tenía. Pero cuando vio que su amigo tenía en la mano un pedazo cuadrado de papel doblado, arrugó el entrecejo.

-¿Qué es eso?

Rubén se rió.



-Se llama una bolsa de papel explicó-. Ayer le ayudé al pastor Devun, y él me dio comida en esa bolsa. Me ha dado varias. ¡Escucha! Esto es lo que a mi me gusta hacer.

Mientras Kwaku lo observaba, Rubén sacó otra bolsa de papel que tenía guardada entre su camisa. Apretó con su mano la parte superior de ella y luego la levantó hasta la boca. Entonces sopló fuerte y la llenó de aire. ¡Bam! hizo la bolsa al explotar cuando Rubén le dio un puñetazo.

-¿Ves? ¡Hace un ruido tremendo!

-¡De veras! -estuvo de acuerdo Kwaku, que se había tapado los oídos.

El quiso hacer lo mismo con su bolsa, pero por alguna razón no lo hizo. En lugar de eso se la metió entre la camisa y corrió a su casa.

Su padre lo estaba esperando frente a la choza. Tenía una cestita en la mano. Al verla, a Kwaku se le fue el alma a los pies. ¡Su padre había preparado comida para el viaje!

-Hijo, voy a cruzar la montaña para visitar a nuestro tío -declaró-. Puede ser que esté ausente varios días.

Kwaku abrió la boca para decir algo. Pero las palabras que pronunció no eran las que se había propuesto decir. El mismo se sorprendió al escucharlas:

-Déjame acompañarte.

Por un momento su padre vaciló. Finalmente hizo un gesto de aprobación:

-Será un largo camino; pero, de cualquier forma, ven.

Mientras Kwaku caminaba junto a su padre, no alcanzaba a entender por qué había pedido ir. Era casi como si otra persona hubiera dicho lo que él dijo. ¿Fueron los ángeles de Jesús?, se preguntó. ¿Por qué lo mandaban ellos con su padre? ¡El no podía hacer nada con un tigre!

El sol declinaba, caliente y enceguecedor, y Kwaku podía sentir las bocanadas de polvo que le azotaban el rostro. Si no hubiera sido por el tigre, el muchacho hasta se habría sentido contento cuando comenzaron a ascender la montaña. La vegetación se hizo más densa, y la brisa era más fresca.

En la montaña reinaba un gran silencio. De pronto el padre de Kwaku se volvió, horrorizado.

¿Qué pasaba? ¿Había visto algo?

-¡Ojalá no hubiéramos venido! -dijo en un susurro.

-¿Por qué? -preguntó Kwaku.

Luego escuchó. El y su padre quedaron inmóviles. A su alrededor todo era quietud. Una quietud oprimente. Las aves no cantaban más. Kwaku no tardó en escuchar el ruido... un sonido como de gotas de lluvia sobre las hojas.

Temblando, el muchacho se aferró al brazo de su padre.

-Ese ruido... ¿qué es?

-Temo que sea el de un animal salvaje que nos está siguiendo -repuso su padre.

El temor atezó la garganta de Kwaku y enronqueció su voz.

-¿Es el tigre?

-Temo que sí.

El sonido como de gotas de lluvia se oía ahora más cerca y más rápido. Kwaku y su padre se escondieron detrás de un arbusto, del frente.

-Si tan sólo tuviera un arma de fuego como tienen los cazadores...

-Kwaku oyó que su padre murmuraba.

Pero Kwaku inclinó la cabeza. "Te ruego, Jesús, envía tus ángeles para ayudarnos", oró.

Cuando Kwaku juntó sus manos para orar, sintió el crujido de la bolsa de papel que llevaba entre la camisa. Inmediatamente la sacó. ¡El ruido que Rubén había hecho! ¡Era como el ruido de un arma de fuego!

Sin perder tiempo Kwaku apretó la bolsa y la acercó a la boca llenándola de aire. Cuando terminó de hacerlo, las rayas amarillas del tigre fulguraron por entre el matorral. Con todas sus fuerzas Kwaku apretó la bolsa de papel.

-¡Bang!

El tigre huyó a toda velocidad internándose en el bosque al par que el padre de Kwaku se puso de pie de un salto.

-¿Qué es eso? -gritó, tomando la bolsa de papel.

Kwaku le explicó dónde había obtenido esa bolsa de papel y le dijo que había estado asistiendo a la escuela sabática para aprender acerca de Jesús.

-Yo le pedí a Jesús que enviara sus ángeles para ayudarnos. Ellos me hicieron pensar en reventar la bolsa de papel como lo había hecho Rubén.

El padre de Kwaku sacudió la cabeza asombrado.

-Al fin y al cabo ese Jesús no es falso -dijo-. Si él puede ayudarte a salvarnos de ser comidos por un tigre con sólo una bolsa de papel, debe ser un Dios muy real.

Ahora toda la familia de Kwaku va a la escuela sabática y también han aprendido cuán real y maravilloso es Jesús.

EL TIGRE Y LA FLAUTA

Gunga se sentó en el muro de piedras que rodeaba el estanquecito que había en el jardín. Observaba los peces azules y dorados que se lanzaban hacia dentro y hacia fuera, debajo de las flores de lirios acuáticos. ¡Qué lindo era aquel jardín, con sus árboles altos y graciosos, con aquellos ondulantes helechos y flores de todos los colores! Pero Gunga parecía muy, muy triste. Estaba pensando cuánto tiempo pasaría todavía hasta que llegase a ser adulto.

Gunga se sintió muy infeliz durante todo aquel día. De mañana, muy temprano, antes del amanecer, casi todos los hombres de aquella hacienda habían salido para cazar al tigre. La villa vecina había sido perturbada recientemente con las visitas de esa terrible fiera. La población se asustó tanto que le pidió al hombre blanco, al patrón de Gunga, que fuera a matar a aquel enemigo. De modo que fueron a una gran cacería, dejando a Gunga en casa con las mujeres. Todavía era muy pequeño para ir a una cacería de tigre, y sólo podría estorbar.

Por lo tanto, aquel día para Gunga fue un día terrible. Quiso jugar con Arturo, el hijo de su patrón, pero la gobernanta no se lo permitió porque no quería ser incomodada. Y la patrona, Mem-sahib, de quien Gunga gustaba inmensamente, estaba con mucho dolor de cabeza, causado por el ardiente sol de la India. Por ese motivo, debía reinar mucho silencio para no perturbar a Mem-sahib. Ni la flauta que ella le había regalado a Gunga le trajo algún consuelo.

Aquella flauta era el objeto más precioso que Gunga poseía.

¡Cómo la amaba! Mem-sahib le había enseñado a tocar algunas melodías muy fáciles. A veces, ella lo acompañaba al piano.

Un día, mientras ellos estaban tocando, una cobra penetró por la ventana abierta, deslizándose a través del piso, y luego se detuvo con la cabeza bien erguida, moviéndose hacia delante y hacia atrás al sonido de la música. Quien primero la vio fue Gunga. Y al verla, con los ojos llenos de pavor, dijo en voz baja:

— ¡Una cobra, Mem-sahib, una cobra!

Volviendo la cabeza sobre los hombros, Mem-sahib miró la cobra, pero continuó tocando. Aunque estaba blanca de miedo, no dejó de tocar.

—A las cobras les agrada la música, Gunga —dijo ella bajito—. Ella no nos va a hacer mal.

Entonces, sin que Gunga tuviera tiempo de pensar qué hacer, hubo un ruido. Mungi, un animalito que tenían como mascota, atrapó a la cobra por el pescuezo y luego se puso a sacudirla hasta que la mató.

Gunga quedó pensando en la cobra y en la música, y le hizo preguntas a Mem-sahib. Entonces ella le contó algunas extrañas historias acerca de animales que quedan encantados con la música.

—A algunos animales les gusta la música —dijo ella — pero otros la odian y la temen. El feroz tigre de bengala queda asustado al oír el sonido del flautín.

— ¡El terrible comedor de gente! —exclamó Gunga.

Entonces Mem-sahib le explicó que las notas agudas hieren el delicado tímpano del tigre. A Gunga le fue difícil creer en todo eso, pero escuchaba cortésmente.

Mientras recordaba esas cosas, Gunga sumergía los pies morenos en las limpias y oscuras aguas del tanque de lirios acuáticos. En el oeste, el Sol se ponía detrás del cerro cubierto de densa vegetación. Ahora el jardín estaba quedando oscuro, pues en los trópicos la oscuridad cae rápidamente.

Gunga estaba pensando en su flauta. "Ahora está más fresco, y tal vez el dolor de cabeza de Mem-sahib ya pasó, y ella me acompañará al piano", se dijo a sí mismo. Hacia allá se fueron aquellos pies morenos, sonando sobre la calzada de piedras.

Gunga atravesó el jardín hasta la otra punta, donde estaban las dependencias de los empleados. Penetró en un cuartito lleno de cosas extrañas que les gusta a los muchachos. En un rincón había una caja de madera de sándalo. Gunga la retiró, y de adentro sacó la delgada flauta negra. La acarició por un momento, y entonces volvió corriendo hacia el jardín. Ahora ya estaba quedando bien oscuro. ¡Qué lindo parecía el jardín a media luz! El fuerte aroma de los árboles llenaba el aire, y se podía oír el melancólico zumbido de los insectos nocturnos. Al llegar a la terraza, Gunga pasó por ella tan suavemente como un gato y se dirigió silenciosamente a la puerta. Durante un momento espía hacia dentro con sus penetrantes ojos castaños, y entonces se deslizó por el corredor. No podía dejar que los sirvientes lo vieran, pues podrían enojarse con él y expulsarlo de allí.

Mem-sahib, sin embargo, no lo reprendería. El quería encontrarla.

La casa estaba extrañamente silenciosa. Sin ser notado por ninguno de los sirvientes, Gunga fue a buscar a Mem-sahib en el cuarto de Arturito, pues quería mucho ver al nene.

En el fondo del corredor vio que la puerta estaba abierta y, cautelosamente, se dirigió hacia ella.

Se paró en el umbral, horrorizado con lo que vio. En la terraza, próximo a las ventanas abiertas, se hallaba la forma de un enorme tigre agachado. Era el famoso comedor de gente. Ningún otro tigre hubiera tenido el coraje de penetrar tanto en la vivienda de un hombre. Moviendo el rabo, tenía los ojos verdes y chispeantes fijos en alguna cosa del otro lado de la habitación. Era la cuna blanca de Arturito. Siguiendo los ojos del tigre, los ojos de Gunga vieron al pequeño Arturo saludando con la mano al tigre y exclamando "¡Lindo perrito! ¡Lindo perrito!" Allí estaba la misma Mem-sahib, arrodillada y con los brazos alrededor de su hijito. Su rostro estaba pálido y tenso, con los ojos fijos en el tigre. A los pies de la cama estaba Bilji acostada, toda estremecida. En ese momento se despertó todo el coraje latente en el interior de Gunga. El tigre comenzaría a avanzar, y era su deber salvar la vida de Mem-sahib y de Arturo, y para eso estaba dispuesto a sacrificarse a sí mismo por ellos.

El valiente Gunga se puso rápidamente entre ellos y el tigre, blandiendo la flauta por encima de su cabeza. Dejando de mirar a la mujer y a su hijo, el tigre comenzó a mirar furiosamente al intruso.

— ¡Tu flauta, Gunga, tu flauta! —dijo bajito la señora — ¡De prisa Gunga, deprisa!

Gunga recordó lo que había sucedido con la cobra y la música, y las historias que Mem-sahib le había contado. En el mismo instante, con la flauta en la boca, hizo resonar en el cuarto las notas extrañas y penetrantes de una melodía hindú. El gran tigre se levanto rugiendo de furia y con el pelo del lomo todo

erizado. Gunga continuó tocando firme, sin desviar los ojos del animal. El tigre dio un paso hacia atrás. Gunga, cautelosamente, dio un paso al frente, en dirección al animal. El tigre dio otro paso para atrás. Gunga lo siguió. ¡Qué marcha solemne y extraña! El tigre se fue retirando por el camino a través del jardín, atravesó el portón y siguió el camino blanquecino y polvoriento que iba hasta las plantaciones de mangos. Gunga lo seguía resuelto, tocando la flauta y conservando los ojos fijos en aquellos crueles ojos verdes. Todas las veces que el tigre paraba, Gunga también paraba. Pronto llegaron a la plantación de mangos, y Gunga se puso a pensar en qué debía hacer ahora. Su boca se estaba poniendo caliente y seca. Pronto no sería capaz de tocar una sola nota, y sabía que entonces el tigre avanzaría sobre él. La oportunidad de escapar era muy pequeña, pero se sentía muy contento por haber salvado la vida de Mem-sahib y de Arturito. Finalmente, Gunga y el tigre habían llegado al monte de mangos. Parecía que Gunga no podía tocar ni siquiera una nota más cuando, de repente, sonaron tiros de escopeta. El tigre, rugiendo y aullando, dio un salto y cayó muerto a los pies de Gunga. Y Gunga también dio un pequeño salto y cayó. Gunga recuerda que, después de eso, percibió que su señor, la señora y los cazadores estaban allí de pie, a su alrededor, y que oyó la tierna voz de Mem-sahib diciendo: — ¡Qué valiente es Gunga! ¡Qué valiente! ¿Estará muerto? Gunga no estaba muerto ni herido. Abrió los ojos y les sonrió. Entonces ellos lo llevaron a la casa. Después de eso, Gunga llegó a ser el niño predilecto de toda la hacienda. El tigre que los cazadores no habían conseguido encontrar había sido dirigido fuera del área residencial por el pequeño Gunga. Ahora él se siente muy feliz porque lo llaman "El cazador valiente". Si pudieras dar una mirada en el cuarto de Gunga, podrías ver en el suelo una gran piel amarilla con listas oscuras. Y Gunga, entonces, con muchos floreos, te contaría su gran aventura con el terrible comedor de gente.

EL TORBELLINO

Por *Francis Krogman*

JUANITO y José salieron del ómnibus escolar y echaron a andar por el camino que conducía al portón de entrada. Juanita echó hacia atrás los mechones de cabello que le caían sobre la frente húmeda y sopló su rostro encendido para refrescarlo. José caminaba trabajosamente detrás. Indiferente, Juanita abrió la puerta que rechinó, y los chicos llegaron a la casa.

-Espero que adentro esté más fresco -dijo José al abrir la puerta.

- ¡Mamá, llegamos! -anunció Juanita cuando entraron en la cocina.

-No hay nadie en casa -dijo José frunciendo el entrecejo-, pero aquí sobre la mesa hay una nota. Tomó el papel y se dejó caer en una silla.

"Tuve que ir al pueblo con papá -leyó José-. Volveré a eso de las cuatro. En la nevera hay jugo de naranja. Mamá".

-Yo busco el jugo -se ofreció Juanita-. Busca tú los vasos.

-No quiero moverme -refunfuñó José. Pero se levantó de la silla y se dirigió a la alacena.

-José, mira el cielo -le hizo notar Juanita cuando pasó frente a la ventana de la cocina.

-¡Oh! nunca he visto un cielo de ese color. Mira esos nubarrones negros. Da miedo de tan tranquilo que está todo -exclamó José caminando hacia la ventana con los vasos.

-Hace tanto calor que creo que tendremos tormenta. Si no cae una lluvia, nuestra huerta pronto quedará arruinada. Le oí decir a papá que el agua del pozo también ha bajado -comentó Juanita al par que vertía el jugo en los vasos.

Mientras los niños bebían el jugo, entraron sus padres. Juanita buscó dos vasos más y les sirvió jugo.

-¿Notaron esas nubes extrañas? -preguntó Juanita.

-Sí, yo he estado observando el cielo -dijo el padre dirigiéndose a la ventana-. No me gusta la apariencia que tiene, ni esta calma pavorosa. Estoy seguro que se acerca una gran tormenta -y volviéndose hacia la madre, añadió-: ¿Podemos comer pronto?

-Claro que sí -replicó la madre, poniéndose el delantal y recogiendo los vasos.

-Yo iré a ver los animales. José, tú recorres la casa y revisas cada ventana. -Asegúrate de que todas estén cerradas y atrancadas.

Y diciendo así, el padre salió apresuradamente de la casa y José comenzó a revisar las ventanas.

La cena pronto estuvo lista, pero cuando la familia se sentó para comer, se hizo tan oscuro que tuvieron que encender las luces. Por alguna razón nadie parecía sentir muchos deseos de comer, y pronto la mamá y Juanita recogieron la mesa y guardaron el alimento. La mamá lavó los platos y Juanita y José los secaron. El padre volvió a salir para revisar el establo y el gallinero.

De pronto un relámpago rasgó el cielo formando una línea serrada. Juanita reprimió un grito. El viento comenzó a soplar. Cada vez soplaba con más intensidad. Las luces de la casa palidecieron y se apagaron. De pronto la lluvia comenzó a golpear con fuerza la casa y el patio. Hacía tanto ruido que nadie oyó cuando el padre entró calado hasta los huesos.

-¡Vayan inmediatamente al sótano! -ordenó-. ¡Digo que vayan ahora mismo!



Los niños lo miraron alarmados. José comenzó a hablar, pero su mano levantada y la expresión de su rostro fueron suficientes para que Juanita, José y la mamá echaran a correr hacia el sótano.

Al trasponer la puerta de la cocina que daba a la escalera del sótano, José echó una mirada por la ventana. El cielo estaba negro, pero había una porción que era aún más oscura; y esa parte formaba un embudo largo que parecía tocar el campo del vecino. Repentinamente se oyó un estampido ensordecedor. José casi quedó pegado al suelo cuando vio los objetos que comenzaban a volar por el aire. El papá lo tomó y lo empujó dentro del sótano y cerró la puerta.

-Vayan allá abajo y quédense allí -ordenó el papá. La mamá se sentó con Juanita y José, teniendo a uno de cada lado. El viento era tan violento que sacudió la casa; los niños escondieron su rostro en el regazo de la madre, al par que ésta se inclinó sobre ellos.

Juanita comenzó a llorar:

-Mamá, ¿moriremos todos? -gimió.

-Escuchen, niños -los consoló la madre-. Pidámosle a Jesús que nos ayude.

-Sí -se oyó la voz del padre-. Aún los vientos y las aguas le obedecen.

"Jesús, te rogamos que nos salves" oró Juanita.

Entonces se oyó el ruido de vidrios que estallaban. La ventana del sótano se hizo pedazos. El padre se tiró sobre la madre y los niños para protegerlos de los vidrios que volaban.

Se oyó un estruendo parecido al que produce el paso de un tren de carga, el cual siguió aumentando hasta adquirir una intensidad ensordecedora. La casa fue levantada de sus cimientos dos metros en el aire, comenzó a volar y de pronto explotó como un petardo, lanzando en todas direcciones muebles,

Segundos después, un viento cruzado pasó como arando entre los escombros, y se abrió paso en dirección opuesta. Luego comenzó a aspirar todo lo que quedaba en el sótano. La estufa se levantó y dio una vuelta. La lavadora subió en el aire y luego cayó, destrozándose. A Juanita se le voló el zapato del pie y al papá se le levantaron las piernas. La mamá lo tomó por la nuca y lo sujetó. En eso cesó el viento y comenzaron a caer tierra, palos, piedras y tablas. Un bloque de cemento cayó sobre la pierna de Juanita y le hizo una herida. Otro cayó sobre la espalda del padre. Felizmente no lo lastimó.

De pronto, todo quedó en silencio. Tanto que nadie se animaba a moverse. Cuando se convencieron de que la tormenta había pasado, lentamente fueron abriéndose paso entre los escombros.

Su casa había desaparecido, los cercos habían sido derribados. Las vacas, los caballos, las gallinas, las ovejas y las cabras habían muerto, pero la mamá, el papá, Juanita y José estaban salvos. Dios les había protegido la vida. No había duda de que él reprende a los vientos, y éstos le obedecen.

EL TRISTE FIN DE UN MONO IMPERTINENTE

En un informe de sus viajes, Federico Seymour, el explorador y naturalista que acompañó a Stanley en la búsqueda de David Livingston, afirma que los ríos que atraviesan el territorio de Tailandia están llenos de cocodrilos, los cuales son diariamente atormentados por los monos.

"Un día", escribió Federico Seymour, "yo mismo fui testigo de cómo los monos gustan de importunar a los otros, y el precio que a veces tienen que pagar. Un gran bando de ágiles monitos estaba reunido en un árbol, bajo el cual un cocodrilo se bañaba al sol en un charco de agua poco profundo. Y los monitos, uno tras otro, saltaban hacia las ramas más bajas, teniendo mucho cuidado de no aproximarse demasiado a la boca abierta del cocodrilo. Y allá estaban ellos, gritando cada vez que el cocodrilo hacía un esfuerzo por atrapar entre sus terribles dientes una pierna o un brazo.

"El extraño juego duró una hora, poniéndose los monos cada vez más excitados. Pero el cocodrilo no perdió la paciencia, tal vez sabiendo muy bien, por experiencia propia, que al final él sería recompensado por soportar mansamente aquel juego.

"Finalmente, un infeliz mono se deslizó por el tronco del árbol, pasando sin ceremonia sobre la cabeza y lomos de sus compañeros, con la evidente intención de ocupar el lugar de aquél que se hallaba en el lugar más peligroso, bien cerca del agua.

"Todo aquel bando de monos gritó y chilló lo más alto posible, y el cocodrilo, sin dar ninguna señal de impaciencia, simplemente abrió más la boca. El mono casi había alcanzado el punto extremo, cuando de repente dio un paso en falso, perdió el equilibrio y fue a parar a la boca del cocodrilo.

No hubo siquiera un grito de agonía, y la infeliz criatura fue arrastrada bajo el agua. El cocodrilo y su 'almuerzo' desaparecieron rápidamente. Los monos, con terrible rapidez, corrieron hacia arriba del árbol, transformándose su alegría en gritos dolorosos. Y allí permanecieron, retorciendo sus manos y lamentando la triste suerte de su compañero.

De ese modo, aquel pobre mono tuvo un triste fin por haber cultivado un mal hábito. Existen otros "animales" que disfrutan viendo cuán cerca del peligro pueden llegar sin que les suceda ningún mal. Pero los niños y niñas inteligentes refrenan sus deseos y evitan las malas consecuencias.

EL TROFEO DE BÁRBARA

Por **DONNA RICHIE**

BÁRBARA era una niña muy cuidadosa. En la escuela sus trabajos eran pulcros y su pupitre estaba siempre impecable. En la casa sus muñecas y juguetes parecían nuevos, porque los cuidaba. Temerosa de que le ocurriera algo a sus cosas -que se rompiera un libro o un juguete, o se ensuciara una muñeca -nunca permitía que nadie jugara con ellos a menos que su madre insistiera. Pero aún así, Bárbara se quedaba al lado, mirando con tanta ansiedad sus juguetes, que echaba a perder su propia alegría y la del compañerito que estaba jugando con ellos.

Bárbara se afligía tanto por sus cosas que apenas jugaba con ellas por temor de que les pasara algo.

Un día llegó corriendo de la escuela.

-¡Mira! ¡Mamá! -dijo agitando en su mano la figura de una hermosa copa de plata montada sobre una base de madera.

-Todas las escuelas realizarán un concurso de dibujo. El que haga el mejor trabajo recibirá un trofeo. A cada niño se le ha dado un libro especial de colorear, que debe usar en el concurso.

Bárbara trabajó arduamente para colorear su libro tan perfectamente como le fuera posible. Estaba casi segura de que ganaría. Todos decían que ella coloreaba muy bien; y nadie se sorprendió cuando ganó el primer lugar en su escuela. ¡Cuán orgullosa se sintió de la hermosa copa de plata que recibió con su nombre grabado en la base!

Bárbara colocó el trofeo en un estante de la biblioteca donde pudiera admirarlo diariamente y mostrarlo a los visitantes.

La hermanita de Bárbara admiraba la copa, pero ésta le prohibió tocarla. Pero la copa era muy brillante y bonita.

-Por favor, ¿no podría tenerla por un ratito? -le rogó la hermanita.

-No -le respondió Bárbara secamente-. Podrías rayarla. O a lo menos le dejarías las marcas de tus dedos.

Preocupada porque su hermanita se trepara y alcanzara la copa, le pidió a su mamá que la pusiera en el estante más alto de la biblioteca.

-Pero así no podrás alcanzarla para mostrársela a la gente -le dijo su mamá.

-No importa -respondió Bárbara-. No quiero que nadie la toque ni la arruine.

-¿Ni siquiera quieres que yo la desempolvo? -le preguntó la mamá.

-Bueno, quizás de vez en cuando. Pero ¡por favor! ¡no la muevas! -insistió.

Transcurrieron los días y las semanas y Bárbara pronto comenzó a notar una diferencia en la apariencia de la copa. Parecía que no brillaba tanto como al principio. Ahora se la veía opaca y grisácea.

"Tal vez -pensó Bárbara un día que estaba mirando la copa-, tal vez mamá se olvidó de desempolvarla". De manera que fue a la cocina, buscó la escalerita y se subió para tomar la copa. Buscó un paño y



comenzó a frotarla con él. Pero a pesar de su esfuerzo, no cambió. Seguía estando opaca y grisácea.

En eso entró la mamá y encontró a Bárbara en medio de la habitación, con su preciosa copa en la mano, y lágrimas que le corrían por las mejillas.

-¡Oh, mamá! -sollozó Bárbara-. ¿Qué ocurrió con mi copa? ¡Está arruinada!

-No -respondió la mamá tomando la copa-. No está permanentemente arruinada, sino solamente empañada. Podemos arreglarla con un poco de pulidor para plata.

-Pero ¿por qué se puso así toda grisácea si nadie la tocó desde hace semanas? -quiso saber Bárbara.

-Por eso mismo -explicó la mamá mientras extendía una gruesa capa de la pasta para pulir plata sobre la copa manchada-. Si no hubieras tenido tanto miedo de tocarla, y me hubieras dejado pulirla ocasionalmente, todavía estaría brillante y hermosa.

Pronto la copa comenzó a emerger de debajo de la capa del pulidor para plata y fue adquiriendo de nuevo su hermoso brillo.

-Aquí está -dijo la mamá-. Ahora está como nueva. Pero se manchará de nuevo si no la pulimos a menudo.

-Creo que mejor la pondré donde podamos alcanzarla fácilmente -dijo Bárbara, reflexiva, y colocó la copa en un estante más bajo.

-Me gustaría que me acompañaras al altillo -sugirió la mamá-. Tengo algo que quiero mostrarte.

La mamá y Bárbara ascendieron la escalera hasta el altillo donde la mamá abrió un baúl grande.

Aquí hay algunas cosas que trajimos de la casa de abuelita hace unas semanas -explicó la mamá levantando algunas pesadas ropas de hilo.

-Pero, ¿qué pasa con eso? -preguntó perpleja Bárbara-. Todas esas ropas tienen un color amarillento y parecen sucias. ¿No cuidaba abuelita sus cosas?

La mamá sonrió.

-Sí, abuelita cuidaba las cosas que usaba. Pero estas cosas estuvieron guardadas en su altillo durante tanto tiempo que ahora no sirven para nadie. Lo mismo ocurre con los cubiertos de plata que no se usan. Pierden toda su belleza. A veces guardamos cosas, y las atacan la polilla y las arruina. Dios nos dio las cosas de este mundo para hacernos felices, no para hacernos infelices. Cuando Jesús regrese para llevarnos a nuestro hogar celestial, dejaremos atrás todo lo que tenemos, Y ni nos acordaremos de ello porque el cielo será mucho más hermoso que cualquier cosa que tengamos en esta tierra.

Bárbara se quedó pensativa.

Quizás puedo cuidar mis cosas y también gozarlas -dijo dando un suspiro que pareció aliviarla-. Tú me advertiste muchas veces que no fuera tan cuidadosa como para echar a perder mi vida con mi egoísmo, pero me parece que tenía que descubrirlo por mí misma.

Mientras la mamá y Bárbara descendían por la escalera, ésta añadió:

-Desde ahora en adelante cuidaré mis cosas pero también las disfrutaré. Creo que invitaré a Susana para jugar a las muñecas. Siempre quiso jugar con mi muñeca novia, y estoy segura que no hará nada a propósito para arruinarla.

EL ÚLTIMO SALTO

Si estuvieras manejando un auto -es decir, si tuvieras la edad suficiente para hacerlo -, y un patrullero te hiciera señas para que te detuvieras, ¿lo harías? ¿O dirías: "Bueno, pienso que no se va a molestar si sigo un kilómetro o dos más", o "no puedo detenerme ahora, estoy apurado"?

Por supuesto que no. Seguro que te detendrás allí mismo. Si llegaras a un semáforo en el momento en que se enciende la luz roja, ¿qué harías? ¿Te detendrás? Espero que sí. No me puedo imaginar a alguien que dijera: "Esta vez voy a cruzar de todas maneras". Una vez sería suficiente para producir un accidente y tal vez la muerte.

Esto es lo que significa la obediencia instantánea, obedecer en el mismo momento en que se da la orden o la señal. Desgraciadamente algunos niños y niñas no saben lo que significa obedecer. Cuando la mamá dice: "Ven aquí, querido", siguen con lo que estaban haciendo hasta que lo terminan. Cuando el papá dice: "Por favor, hazme este trabajo", comienzan a soñar despiertos, y hay que decirles las cosas dos o tres veces para que las hagan.

Es bueno aprender a obedecer de inmediato, instantáneamente. Te ahorrará muchos problemas y discusiones. Y algún día la obediencia puede salvarte la vida.

Esto es lo que le ocurrió a Claudio. El vivía en Nueva Zelandia en ese momento, y el papá y la mamá lo habían llevado con ellos a las montañas para ver un volcán extinguido.

Este volcán está cubierto, en su parte superior, por una gruesa capa de ceniza volcánica llamada "escoria", que hace muy cansador el ascenso, y aún más su descenso.

Con mucho esfuerzo y resbalones por la grava suelta, los tres consiguieron subir a una altura de más de mil seiscientos metros, casi hasta el límite de la nieve perpetua. Como se estaba haciendo tarde, pensaron que sería prudente regresar.

De modo que comenzaron a descender por la resbaladiza superficie formada por la gruesa ceniza volcánica. El papá y la mamá iban adelante, y Claudio, que tenía nueve años, se quedaba cada vez más atrás.

Tan suelta y blanda era la escoria que se podía dar saltos de tres metros o más cuesta abajo, sin problemas. Esto hacía que el descenso fuera divertido siempre que, por supuesto, uno no fuera demasiado rápido o perdiera el control de sus movimientos. Si alguien perdía el equilibrio, no se sabe adónde podría ir a parar, pues había precipicios por todas partes, que tenían que evitar a toda costa.

Siguieron bajando, mientras el sol también bajaba en el horizonte. De repente los padres notaron que Claudio no estaba a la vista. Habían estado tan preocupados por bajar ellos mismos con seguridad que no habían notado cuán atrás había quedado su hijo.

- ¡Claudio! - gritaron -. ¿Dónde estás? Desde muy arriba vino una alegre respuesta: -¡Allá voy!

- ¡Apresúrate! ¡Se está haciendo tarde!

- Bueno, me estoy apurando.

Y Claudio comenzó realmente a apurarse. Hasta entonces había avanzado lentamente, sin ningún apuro. Ahora se dio cuenta de que estaba oscureciendo, y comenzó a sentir miedo, especialmente cuando notó cuán lejos estaban sus padres. Así que comenzó a dar grandes saltos, aterrizando sobre la escoria blanda y suelta. Era divertido, pero muy peligroso, demasiado peligroso para Claudio.

Repentinamente se dio cuenta de que estaba bajando con demasiada velocidad y que no podía detenerse. Al terminar cada salto trataba de detenerse, pero perdía el equilibrio por la fuerte pendiente, y tenía que saltar otra vez. Bajaba cada vez con mayor velocidad, sin saber que un poco más abajo había un precipicio de más de cincuenta metros.

-¡No me puedo detener! ¡No puedo detenerme! -gritó.

El papá y la mamá miraron hacia arriba y contuvieron el aliento. Veían a Claudio bajando la ladera a grandes saltos, incapaz de detenerse, y cada salto lo llevaba más cerca del salto final, a una muerte segura.

- ¡Dile que se detenga! -gimió la mamá, angustiada.

-Gritarle que pare no le ayudará -respondió el papá -. No puede parar.

Entonces puso sus manos junto a la boca formando una bocina y le gritó tan fuertemente como pudo:

- ¡Claudio, échate al suelo!

Y Claudio se dejó caer. Como si el padre le hubiera disparado un tiro, cayó sobre la grava suelta, que actuó como freno. Se detuvo en el acto.

Los padres subieron hasta donde había caído y lo encontraron sin heridas, pero apenas a cinco metros del borde del precipicio.

Al mirar hacia abajo vieron con horror las agudas rocas sobre las que Claudio se hubiera despedazado si hubiera dado un salto más. ¡Cuán agradecidos estaban de que Claudio había aprendido a obedecer al instante!

La obediencia instantánea, niños y niñas, es una virtud inestimable, especialmente en situaciones en las que tenemos que depender de la experiencia y el consejo de personas más sabias que nosotros mismos.

EL VALOR DE IR

Escrito e ilustrado por De Dorman

Traducido por Rhoda Rodriguez

Revisado por Irma Lopez

Aunque se han cambiado algunos detalles, esta historia está basada en el testimonio de Flor Adame Moncada Patton, quien ahora es misionera, junto con su esposo, en Cuba.

Hebreos 13:5 "No te desampararé , ni te dejaré ."

Todos tenemos la necesidad de sentirnos amados, protegidos y seguros en nuestros hogares. La pequeña Florecita no era diferente. Esta niñita de siete años que vivía en la ciudad de Saltillo, Coahuila (México) con su mamá, su abuelo y su abuela Coco, seguía intentando ajustarse a la devastadora pérdida que había ocurrido en su vida: su papi había abandonado el hogar justo después de que ella naciera y en todos los años que habían pasado, ella solo lo había visto una vez. Era como si, después de que él se fué todo lo que quedó fué un vacío en su corazón. Al irse justo después de que ella naciera, hizo que Florecita se sintiera como que no había sido deseada. Durante el divorcio indeseado, Mamá intentó ser fuerte para su pequeña hija y hacerle entender que no había sido su culpa de que su papi las hubiera dejado. Una mañana de verano, después de haber pasado una noche de malestar y de miedo, Florecita la preguntó a su mamá , ¿Cuándo voy a poder ver a mi papi? Me sentiría más segura si él estuviera aquí."

"No sé, querida," dando la vuelta, Mamá continuó: "Tío Tico me dijo que tu papá se ha cambiado de ciudad." Cuando Mamá vio la mirada entristecida en la cara de su hija, intentó traer un rayo de esperanza diciéndole: "Tal vez lo verás pronto, cariño. Pero recuerda que tu abuela y tu abuelo están aquí y tus tíos...han sido tan buenos con nosotros." "Es verdad." Florecita se quedó pensando "nos ayudan tonto, pero ¿porqué se ha olvidado de mí papi?" No importaba cuantos tíos ella tuviera, nunca sería igual sin su padre en casa. Ese vacío que había en su corazón parecía hacerse cada vez más grande...¿Quién podría reparar tanto daño que había en su pequeño corazón? (Salmos147:3)

Era el primer día de escuela de Florecita y estaba muy nerviosa. La vergüenza de no tener su papi cerca se asomaba sobre su cabeza como una nube oscura. Ella intentó cubrir esa vergüenza llamando papi a su abuelo, pero los niños comenzaron a preguntarle si él era realmente su padre. ¿Que iba a responderles ella? ¿Se reirían o se burlarían de ella? Estaba tan entristecida por la situación y no había nada que ella pudiera hacer para traer de regreso a su papá al hogar. "¡Oh! si esto fuera solamente un mal sueño, entonces me podría despertar y todo estaría bien." pensaba mientras caminaba hacia la camioneta. Pero no era un sueño, Tío Alberto la estaba esperando como se lo había prometido para llevarla a la escuela. Cada día por algunas semanas, ella llevaría a la escuela y la traería de regreso por las tardes y entonces sus otros tíos tomarían turnos.

Un día, Florecita y su compañera Rosita estaban esperando que las recogieran de la escuela. Florecita tenía la esperanza que recogieran primero a Rosita, pero no sucedió de esa manera. A la vuelta de la esquina venía la camioneta café del Tío Alberto. ¿ Quería Rosita, que siempre hacía preguntas, saber quién conducía la camioneta?

No era que Florecita estuviera avergonzada de su tío, él era maravilloso y ella lo quería, así como a toda su familia. Era solo que ella no deseaba hablar de su papi. "¡Hey, Florecita! ¿Es tu papi el que viene?" preguntó Rosita mientras la camioneta se acercaba. "Si," balbuceó Florecita mientras se subía rápidamente en la camioneta, tanto que ni tiempo tuvo de decir adiós. Ella sabía que el mentir no era la mejor manera de manejar la pregunta. ¡Si mundo parecía que se le caía en pedazos! ¡Después de poco tiempo, Florecita se había enredado en una telaraña de mentiras terrible! Todo se enredó más cuando la afligida pequeña esperaba a su tío Juanito para que la llevara a casa. Había otros niños que esperaban también cuando tío Juanito dio vuelta a la esquina."Solo date prisa en subir al coche." Pero antes de que ella pudiera hacerlo,

Francisco gritó desde el otro lado del patio, ¡Hey, Florecita, tu papi ya está aquí !" Rosita volteó a ver y comenzó a decirle, "ese no es su papi, su papi conduce una camioneta café y tiene bigote!"

"No, no es así, otra niña comenzó a decir, "Él conduce un coche verde." Francisco insistió que él era su papi porque ella así se lo había dicho. Antes de que cualquier cosa fuera determinada, la humillada Florecita estaba en el coche de camino a su casa. ¡Estaba tan contenta de que era viernes!

"Quizás ya para el lunes se olviden de todo." Ella esperaba silenciosamente mientras que saludaba a su tío. Pero en lo profundo de su corazón, ella sufría. No necesitaba que alguien le dijera que la mentira era un pecado, ella lo sabía. La tristeza por no tener a su papi en su hogar se hacía cada vez más grande por la culpa que estaba sintiendo por las mentiras que decía. "¿Quién podría amara alguien como yo?" se preguntaba la pequeña niña llorosa. (Jeremías 31:3 "Con amor eterno te he amado...") Pero Dios en el cielo, que oyó sus gritos y vio su necesidad de un Padre, trabajaba en su favor.

La mañana de sábado llegó y con su mamá en el trabajo, a su abuela le daba felicidad cuidar a su nieta. Ella había orado tanto por su pequeña Flor e incluso le había enseñado algunos versículos de la Biblia. Florecita amaba a su abuelita Coco (Mamá Coco para ella) y disfrutaba del tiempo que pasaban juntas. "Florecita," Mamá Coco le dijo, "¿te gustaría ir al rancho este fin de semana y ver a tus primos?" "¡Oh, Mamá Coco, es una gran idea!" Florecita exclamaba mientras daba saltos entusiasmada. Ése era su lugar preferido, no solamente podría jugar todo el día con sus primos, había toda clase de animales en el rancho; burros, pollos, vacas y a la pequeña Flor le daba mucha alegría cuidarlos.

Al poco tiempo ya estaban fuera de la puerta y en camino al rancho. El abuelo conducía mientras que la abuela y Florecita miraban a los animales que estaban junto al camino. El viaje pareció muy corto y todos los primos se emocionaron al ver la camioneta acercarse. Tía María rápidamente preparó el almuerzo para dar la bienvenida a los visitantes. Comieron y charlaron hasta que un hombre y una mujer llegaron a tocar a la puerta.

"¡Hola! Saludaron mientras que la abuela venía hacia la puerta. "Soy el Pastor Starling y ésta es mi esposa, Jessica. Estamos invitando a los muchachos y a muchachas a venir a la Escuela Dominical mañana y si gustan pueden ir en el camión de la iglesia. ¿Les gustaría a sus niños oír una gran historia de la Biblia y cantar algunos coritos mañana?" Mamá Coco llamó a Florecita para preguntarle si a ella le gustaría ir, mencionando la parte sobre ir en el camión de la iglesia, lo cual ella pensaba sería divertido. "¿Usted cree que esté bien, Abuelita?" Florecita susurró. Después de todo no era su iglesia tradicional. El abuelo se les acercó y le dijo, "Tú ve y escucha lo que él tiene que decir, después puedes venir a casa y contarme todo lo que pasó ." "Está bien." respondió Florecita mientras veía como Abuela afirmando con su cabeza decía estar de acuerdo. Ninguno de los otros niños parecían interesados, así que después de dar al abuelo un poco de su tiempo durante de la mañana, la dulce pareja fué a otro casa alrededor de la cuadra, contentos de pensar en que Florecita iría a la iglesia.

La mañana de domingo llegó con los gallos cantando y un hermoso amanecer sobre las montañas. "¿Que es lo que iba a hacer hoy?" Florecita somnolienta se preguntó . "¡Oh, es verdad! El autobús va a venir para llevarme a la iglesia." recordó mientras saltaba sobre su prima Anita y se vestía. Su estómago estaba un poco revuelto con el hecho de ir a este nuevo lugar sola, pero de alguna manera esta pequeña de siete años encontró el valor de ir.

El autobús estuvo justo a tiempo, mas o menos, y todos los niños parecían estar felices mientras que cantaban canciones sobre Jesús. Florecita no sabía ninguna de las canciones pero se llenaba de gozo al escucharlas. Mientras se acercaban a la pequeña iglesia, Florecita comenzó a ponerse un poco nerviosa,

pero las sonrisas de los niños y el matrimonio Starling le ayudaron a relajarse un poco. Le enseñaron cual era su clase para la Escuela Dominical y la señora Starling le dijo que ella la estaría esperando después de clase para llevarla al servicio de la iglesia. "Aquí es donde escuchamos el mensaje del Pastor." le dijo. Florecita después supo que la pareja Starling habían venido de los Estados Unidos para contarle a la gente sobre el amor de Jesús. "Ellos hablan el español muy bien para ser americanos." ella pensó. El cuarto estaba lleno de niños de pared a pared. El hecho de que su maestra le sonriera hizo que Flor se sintiera un poco más cómoda. Algunas de los coritos eran algo familiar para ella, así que ella intentó cantarlos, después escucharon una historia de la Biblia sobre tres cruces, pero no había pasado demasiado tiempo cuando la clase ya habían terminado y la señora Starling la acompañó al servicio de la iglesia. Ella estaba tan contenta de poder sentarse al lado de la agradable señora. Después de otro tiempo de cantos, el Pastor Starling pasó al frente con una Biblia en su mano.

"Antes de que les dé el mensaje del Señor, vamos a orar para pedirle que nos ayude." dijo el Pastor. Con la cabeza inclinada, comenzó diciendo, "Padre Nuestro," estas dos palabras llamaron la atención de Florecita e hicieron que se sentara derecha y escuchara. El señor Starling terminó diciendo, "Gracias, Padre, por Tu gran amor por cada uno de nosotros." "Otra vez, la palabra 'Padre.'" pensó Florecita. y el dijo que "nos ama." escuchaba con mucha atención, tratando de saber si este Padre que está en los cielos también la amaba a ella, a pesar de que onstantemente se acordaba de todas las mentiras que últimamente había dicho. "¿Cómo podría deshacerse de la culpa?" El Pastor Starling le dijo a la gente, "como Jesús había pagado por los pecados de todos en la cruz para que cualquiera pudiera ser perdonado, si vienen a El tal y como están, culpables y manchados por el pecado." La invitación se hizo, y aunque Florecita quería pasar al frente y orar, ella tenía miedo. Después de todo, sólo era una niña y éste era su primera vez en está iglesia. ¿Que pensarí a la gente? Pero cuando escuchó al misionero una vez más orar, "Padre Nuestro..." ella pensó para si, "Yo también quiero que El sea mi Padre," así que, decidida ella de alguna manera encontró el valor para pasar al frente. Cuando el pastor terminó de orar, vio a una Florecita llorosa en el altar. El con mucho gusto platicó con ella y pudo darse cuenta de que Florecita sabía que había pecado y que necesitaba a Jesús para que limpiara su corazón manchado por pecado y lleno de culpas. (Salmos 51:7) Tí midamente oró una sincera oración de arrepentimiento terminando con un sincero "gracias por perdonarme." ¿Podrías ser mi Padre también y ayudar a mi corazón a sentirse mejor?" (Oseas 14:3b "Porque en ti el huérfano alcanzará misericordia...")

Florecita salió de esa pequeña iglesia como una nueva criatura en Cristo. Ese lunes, ella les confesó a los niños de la escuela lo que había estado haciendo para cubrir su vergü enza. Sus verdaderos amigos la perdonaron y después de un tiempo ella misma se perdonó . La abuela Coco se limpiaba con gusto las lágrimas mientras la pequeña Florecita le contaba lo que habí a pasado en la iglesia. ¡El se había acercado y rescatado a Florecita! La familia vio el cambio en ella al confiar más su vida poco a poco en este nuevo Padre.

Desde siempre, este Padre Celestial la había amado, el vio su necesidad y deseaba que confiara en el. Junto con darle el valor de ir sola a la iglesia y pasar al frente en un lugar que no era familiar, mientras ella crecía y lo conocía más El entonces le dio el valor de ir y contarle a los niños y niñas de su Padre Celestial quién los ama también y ¡tiene un plan maravilloso para sus vidas!

Podrías tú también decir, como lo hizo Florecita, "¿ Que tú también necesitas el perdón de Dios para tú vida? (Romanos 3:23 y Romanos 6:23) ¿Tienes tú también el valor que Dios dio a Florecita de ir al frente y pedirle a Jesús que te perdone? (Juan 3:16 y Romanos 10:13) Sí tú ya conoces a Dios como tú Padre Celestial, y El decide llamarte a servirle en un lugar especial, ¿Tendrías el valor de ir? (Permita que respondan)

Josué 10:25b "No temáis,...sed fuertes y valientes..." Salmos 27:1 "Jehová es mi luz y mi salvación; ¿ de quién temeré ? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?"

EL VERSO DEL ABUELO

Por *Enid Sparks*

Carlos, el amigo de Jaime, tenía un patio grande y Jaime prefería jugar a la pelota en ese patio, antes que comer cuando tenía hambre. Jaime visitaba a Carlos tan a menudo como podía. Ese día planeaba ir a casa de Carlos tan pronto como hubiera terminado su desayuno.

Pero el papá tenía otros planes. Mientras Jaime se desayunaba el papá miró por la ventana de la cocina.

-Esta mañana el patio está lleno de ramitas -comentó-. Será una gran ayuda si las recoges y las amontonas en una pila cerca del portón de atrás. Esta tarde cuando vuelva del trabajo, las recogeré con la carretilla y las llevaré para tirarlas.

Jaime tragó el cereal que tenía en la boca más rápido de lo que debía. Había visto las ramas.

-¿Tengo que recogerlas hoy? -preguntó-. ¿Podría hacerlo mañana? Hoy quiero jugar a la pelota con Carlos.

El padre miró a Jaime pensativo y luego dijo lentamente:

-Sí, Jaime, creo que podrías hacer tu trabajo mañana. Pero voy a decirte algo que una vez me dijo mi abuelo:

'Trabajo cumplido, juego divertido'. Quizás te guste recordar ese versito.

-¡Oh, sí! -exclamó Jaime-. Será fácil recordarlo. Me gustan los versos.

-Quizás podrías pensar en lo que significa, ya que quieres aprenderlo de memoria -le dijo sonriente el papá.

Jaime se detuvo a pensar en el versito de su abuelo. Finalmente lo entendió. Entonces miró sorprendido.

-Eso significa que debo hacer mi trabajo antes de ir a jugar, ¿no es así?

El papá asintió con la cabeza.

-Así es. Si primero terminamos el trabajo, no estaremos pensando en él. Entonces nos divertiremos más cuando jugamos o descansamos.

- ¡Entonces creo que será mejor que recoja las ramas hoy! -exclamó Jaime.

-¡Buena idea! -se rió el papá.

Jaime comenzó a recoger las ramas

Inmediatamente después del desayuno. Estaban esparcidas por todo el gran patio. Algunas hasta habían caído entre las lilas, y otras en los canteros de flores. Jaime estuvo muy ocupado.

Ya había trabajado durante un buen rato cuando oyó un ruido extraño. Levantó la vista y vio a un muchacho que venía por la acera. El muchacho no caminaba ni corría. Se empujaba con las manos en una silla de ruedas.

Inmediatamente Jaime supo quién era. Había oído a sus padres hablar del muchacho inválido cuya familia se había mudado a la casa de la esquina de la cuadra.

-¡Hola! -saludó Jaime-. ¿Cómo te llamas?

-Benito -respondió el muchacho-. Te vi desde mi ventana. Le pregunté a mamá si podía venir y conversar contigo.

-Me alegro que lo hiciste -dijo Jaime-. Estoy juntando las ramas para ayudarle a papá. Tal vez si me conversas terminaré antes mi trabajo.

Benito acercó su silla de ruedas.

-Te conversaré con mucho gusto. Ojalá pudiera también ayudarte a juntar las ramitas. Me canso de estar sentado.

Jaime miró la silla de ruedas de Benito y se sintió muy feliz de estar recogiendo ramas. Recogía cada vez más rápido, y al mismo tiempo hablaba con Benito. Le habló a Benito del juego de pelota que pensaba jugar con Carlos.



-Antes de que nos mudáramos acá yo jugaba a la pelota con mis amigos -dijo de pronto Benito-. Jugábamos a tirar la pelota.

- ¡Nosotros también podemos jugar a eso! -declaró Jaime rápidamente-. Si tu mamá te deja ir a casa de Carlos, jugaremos mañana.

Los ojos de Benito brillaban de entusiasmo.

-¡Oh, ella me dejará! ¡Yo sé que lo hará!

Jaime se sentía tan feliz haciendo planes con su nuevo amigo que antes de que se diera cuenta, todas las ramitas estaban apiladas en un gran montón junto a la puerta de atrás. Cuando el padre regresó a la casa, Jaime corrió para mostrarle la pila.

-¡No me llevó mucho tiempo, papá! Y Jaime explicó luego cómo había conocido a su nuevo amigo y los planes que tenían de jugar a la pelota con Carlos.

-Si no hubiera estado recogiendo las ramitas, Benito no me hubiera visto y no hubiera venido a conversar conmigo.

-Eso es cierto, hijo -afirmó el padre sonriente, poniéndole la mano en el hombro-. Estoy orgulloso de ti. Hoy has hecho dos cosas muy buenas. Te hiciste de un amigo, y limpiaste el patio. Y mañana cuando juegues a la pelota, te divertirás más porque hoy hiciste el trabajo.

Jaime miró a su padre y también sonrió.

-Siempre haré mi trabajo cuando debo, porque recordaré lo que dice el versito del bisabuelo: "Trabajo cumplido, juego divertido".

EL VESTIDO DE BRENDA

Por *Bonnie Jo Weaver*

LA MAMA estaba ocupada cortando un nuevo vestido para Brenda.

-Me alegro de que mi vestido nuevo será azul -dijo Brenda muy feliz.

-Mamá -añadió Brenda mientras la madre cortaba las mangas-, ¿puedo tener esos retacitos de tela?

-Creo que sí -respondió la madre y puso a un lado las mangas. y comenzó a cortar otra pieza del vestido nuevo de Brenda.

Brenda tomó sus tijeritas y se sentó en el suelo. Simulaba estar cortando un vestido para su muñeca. En eso sonó el teléfono.

-No toques nada hasta que vuelva -le advirtió la mamá.

En pocos minutos Brenda había cortado todos los retacitos de tela que la mamá le había dado. Miró sobre la mesa y encontró un par de retacitos que estaba segura que la mamá no querría. Los cortó. Luego buscó más. Al otro lado de la mesa había un lindo pedazo grande de tela.

"Ojalá que mamá no se demorara tanto en el teléfono -dijo Brenda para sí-. No dirá nada si yo corto un pedacito para el vestido de mi muñeca". Las tijeritas de Brenda fueron haciendo zac, zac, zac, mientras cortaban la linda tela azul.

-(Qué piensas que estás haciendo? -le preguntó la madre cuando volvió a la habitación, y vio la tela que Brenda había cortado-. ¡Ese era el pedazo de tela que yo iba a usar para hacer la falda del vestido! Ahora no habrá suficiente tela para hacerlo. Brenda comenzó a llorar.

-Yo no quería cortar mi vestido. Ahora no tendré un vestido nuevo.

-Bueno -dijo la mamá, dame tus tijeras. Las guardaré hasta que crea que se te pueden confiar. Ahora ve, y trae tu alcancía. Sacaré de allí el dinero suficiente para comprar más tela.

Brenda había estado ahorrando dinero para comprar un nuevo cochecito para la muñeca. Ahora casi tendría que empezar de nuevo.

Pasó mucho tiempo antes de que la mamá le devolviera las tijeras a Brenda; pero cuando ésta las recibió fue muy cuidadosa, y cortaba únicamente las cosas que debía cortar.



EL VESTIDO DEL DINERO DEL DIEZMO

Por *Carrol Johnson Shewmake*

¡LA PRIMAVERA se respiraba en el aire! ¡Los pájaros le cantaban y los árboles estaban cargados de ella! ¡Arvejillas, petunias, pensamientos y rosas lucían sus más brillantes atavíos, delicados colores y deliciosos perfumes!

No era pues de extrañar que el dormitorio de las chicas se hubiera transformado en una colmena de actividad. Era la época del año apropiada para hacerse una nueva permanente, probar un nuevo peinado, comprar un nuevo vestido, o abrir el perfume que habían estado guardando desde las fiestas.

¡Afortunada era en verdad la chica que podía hacer todas esas cosas! Afortunada aún la que podía hacer una de ellas, pensé al colgar mi falda azul marino y mi blusa blanca de algodón. Poniéndome el vestido de algodón oscuro que usaba en las tardes, me detuve frente al espejo para peinarme.



-¿Vas hoy al pueblo? -me preguntó Margarita, mi compañera de cuarto, mientras se preparaba afanosamente para ir a trabajar.

-Sí, Arlene quiere que le ayude a elegir un vestido nuevo -le contesté tironeándome el cabello-. Ojalá pudiera comprarme uno, pero los que tengo tendrán que durarme todo el año.

-Yo sé -simpatizó Margarita-, lo mismo yo. Si no corro llegaré tarde al trabajo. Adiós.

Y Margarita salió como un remolino por la puerta y desapareció por el corredor. Le di al cabello otro tirón y me volví para tomar mi bolso.

"No necesito llevar un bolso sin dinero , murmuré.

¿Dinero?... Oye, tengo dos dólares en mi cajón. . . ¡Es el dinero de mi diezmo! Naturalmente, no lo gastaré, pero me sentiré mejor si oigo sonar las monedas en mi bolso. Apresuradamente recogí los dos dólares en monedas y los puse en el bolso.

-¿No estás lista todavía? -llamó Arlene desde la puerta del frente-. ¡Vamos!

Los negocios del pueblo estaban tan alegres como el tiempo. Arlene miró docenas de vestidos y yo la seguía envidiosa.

-Mira aquél tan bonito, rayado, verde y blanco -y Arlene señaló emocionada uno que estaba en la vidriera-. ¡Ese es el que quiero!

Entramos y encontramos el vestido en un colgador.

-¡Oh, mira, la etiqueta dice que está en liquidación por sólo dos dólares! ¡Y hay dos! ¿Por qué no te compras tú también uno?

¡Nunca debiera haberme probado ese vestido, porque me sentaba maravillosamente! De modo que le di a la empleada el dinero de mi diezmo.

Esa tarde llevé el paquete a mi cuarto bastante incómoda.

Usemos nuestros vestidos nuevos para la cena -dijo Arlene- Apúrate ahora; está por tocar la campana.

La campana para la cena sonó justamente cuando me estaba metiendo el vestido por la cabeza. Me lo puse apresuradamente.

¡Rring!

-¡Mi vestido nuevo! -jadeé.

Margarita apareció en la puerta y gritó: - ¡Apresúrate, Carroll; llegaremos tarde para cenar!
Arlene venía justo detrás de ella.

Me saqué el vestido nuevo y me puse rápidamente mi vestido de algodón oscuro.

-¿Pero qué se te ocurre? -preguntó Arlene-. ¿Por qué no usas tu vestido nuevo?

-Estás rajado -suspiré mientras las tres nos apresurábamos para llegar a tiempo al comedor.
Margarita miró extrañada.

-¿Te compraste un vestido nuevo, Carroll? -preguntó-. Pensé que no tenías dinero.

-Encontré un dinero que me había olvidado que lo tenía -le dije.

-¡Dichosa de ti!

Pero Margarita no pareció sentir la menor envidia.

Arlene ofrecía un verdadero cuadro de primavera con su vestido rayado, verde y blanco, pero yo no la envidiaba en lo más mínimo, porque me sentía muy miserable.

Quizás remendé el vestido verde y blanco y lo usé. Realmente no recuerdo, porque esto ocurrió hace muchos años. Lo que sí recuerdo es que debí trabajar arduamente para ganar el dinero y devolver el diezmo... ¡Con interés!

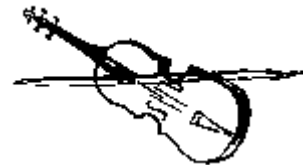
El encanto de la primavera, el señuelo del mañana, son cosas que nunca me han vuelto a tentar para gastar para mí el dinero que pertenece a Dios.

De todos los vestidos que he tenido, el que mejor recuerdo es aquel vestido verde y blanco, comprado con el dinero del diezmo.

EL VIOLÍN DE ANTONIO

Por **Juan Hult**

LOS violines fascinaban a Antonio. Quería llegar a ser un gran músico. Se afanaba mucho por aprender a tocar el violín; pero sus dedos no eran suficientemente livianos y ágiles. Los sonidos que producían eran duros y toscos. La gente decía: "Tiene un oído de músico y unas manos de tallador de madera".



De manera que Antonio abandonó la idea de llegar a ser un gran músico. Pero aunque abandonó el violín, no lo olvidó. Pasó horas mirando sus violines. Estaban mal hechos. Los desarmó y estudió cómo estaban hechos. Luego los desechó. No tenía dinero para comprar otros. De cualquier manera, quería tener un violín muy bueno, no cualquier violín.

Antonio llegó a ser al ayudante de un buen fabricante de violines. Quería aprender a hacer la mejor clase de violines.

Al principio Antonio trabajó como alumno. Hacía trabajos ordinarios, de reparación, y mandados para el fabricante de violines. Después de muchos meses de estudio y trabajo arduo, aprendió muchas cosas. Aprendió cuán importante es la elección de la madera en la fabricación de un violín. Aprendió también que el barniz es importante para darle un tono especial.

Finalmente se le permitió que hiciera un violín solo. Trabajó cuidadosamente. Cuando lo terminó, su violín sonaba tan bien como el de su maestro. Todos se quedaron asombrados de la rapidez con que había aprendido.

Antonio deseaba que sus violines sonaran en forma diferente. Quería que sonaran como voces de mujeres y niños.

Después de algunos años más de trabajar con el viejo fabricante de violines, Antonio decidió abrir su propio taller. Trabajaría solo.

Sus violines tenían diferentes formas. Los hizo largos y angostos en lugar de cortos y anchos. Estaban decorados con hermosas piezas de madera tallada. No se los podía confundir nunca con los de ningún otro fabricante de violines. Los violines de Antonio tenían un sonido melodioso, como el de la voz de una niña que cantara en la mañana.

También hizo guitarras. Una vez hizo una que estaba adornada con tiras de marfil incrustadas en la madera, de manera que la guitarra parecía estar revestida de seda rayada. En los huecos por donde salía el sonido, dibujó y pintó flores.

Cuando llegó a los cuarenta años, Antonio ya era famoso por sus violines. Personas de todo el mundo le encargaban instrumentos.

Aun hasta el día de hoy, los violines de Antonio Stradivarius son los más famosos que jamás se han hecho.

Los violinistas pagarán miles de dólares para conseguir uno de los violines de Antonio. El vivió hace varios siglos, pero muchos de los violines que hizo, todavía están como nuevos. Antonio siempre puso lo mejor de su parte en todo lo que hizo.

ENCARCELADO Y PUESTO EN LIBERTAD

En una ciudad de Sudamérica, un ladrón robó un día dinero del negocio donde trabajaba Miguel. Por supuesto, el dueño comunicó en seguida esto a la policía.

Cuando la policía llegó, Miguel estaba aún allí. “Este muchacho debe haber robado el dinero”, dijeron los de la policía.

El dueño del negocio contestó: “Miguel no lo ha robado. Es cristiano, y nunca haría una cosa tal”.

“Pero él era el único que estaba en el negocio, fuera de Ud. Tendremos que llevar a Miguel a la cárcel”.

La policía no fue bondadosa con el muchacho. Procuraron obligarlo a decir que él había robado el dinero. Le pusieron cadenas en las muñecas y se las retorcieron hasta que las cadenas cortaron la carne. Además, se burlaron de Miguel. Le dijeron: “Tú pretendes ser cristiano. Ora a tu Dios y pídele que te saque de la prisión”.

“Yo no he robado el dinero, y no puedo decir que lo hice, aunque me torturen”, dijo el muchacho.

Los amigos de Miguel hicieron todo lo posible para que lo soltaran. Le dijeron a los de la policía: “Uds. no pueden probar que él robó el dinero. ¿Por qué lo mantienen en la cárcel?”

Los oficiales contestaron: “Debemos mantenerlo aquí por dos semanas, mientras buscamos las pruebas de que él lo hizo”.

El dueño de la carpintería fue a rogarles: “Yo lo necesito. Miguel es un buen muchacho”. Pero la policía no lo quiso soltar.

El viernes de noche, los amigos de Miguel se reunieron para orar. Pidieron a Dios que lo librara de la cárcel. Después de la reunión, mientras conversaban juntos, tuvieron la impresión de que debían orar otra vez, y así lo hicieron.

El sábado de mañana, realizaron el culto en la parte posterior del edificio, en vez de hacerlo en el salón de adelante. Pensaron que si la policía oía los cantos, podría llevarlos a la cárcel a ellos también.

Había un largo caminito que conducía a la pieza del fondo donde estaban celebrando la reunión. Al fin del camino, había una puerta donde una niñita estaba de guardia. De repente, entró corriendo en la pieza, gritando: “¡Viene Miguel! ¡Viene Miguel!”

“No —dijeron las personas reunidas—, ¡no puede ser Miguel!”

“Sí, ¡es él! ¡Es él!” insistió la niña.

Todos corrieron para recibirlo. “¡Qué maravilla verte aquí! ¿Cómo saliste?” preguntaron, llenos de sorpresa.

“No sé —contestó Miguel—. Todo lo que sé es que los oficiales vinieron, me sacaron las cadenas y me dijeron que me fuera”.

La gente se arrodilló de nuevo a orar. Esta vez fue para dar gracias a Dios por haber protegido a Miguel y haberlo librado de la cárcel.

EN LA QUIJADA DE UN LEÓN

Cierta vez un sudafricano fue a cazar, acompañado de otros nativos. Al llegar a una extensa planicie, donde la caza era abundante, encontraron varios leones que se alborotaron con la llegada de los cazadores. Los nativos estaban montados en caballos.

Inmediatamente un enorme león se separó de su bando y caminó lentamente en dirección al grupo de nativos.

Mientras el animal estaba todavía a la distancia, los hombres se apearon con el fin de prepararse para tirar y, conforme a su costumbre, comenzaron a atar los caballos unos a los otros, por las riendas, con la idea de dejarlos entre ellos y el león, para atraer la atención de la fiera hasta que fijaran bien la puntería.

Pero el león fue más astuto que ellos. Antes que los caballos estuvieran debidamente atados, el monstruo dio un tremendo salto y se lanzó de repente sobre la parte de atrás de uno de ellos.

Terriblemente asustado, el caballo disparó, derribando al nativo que tenía las riendas. Su compañero huyó, y el pobre se levantó tan rápido como pudo con el fin de huir también. Pero no había acabado de ponerse de pie cuando la fiera extendió la pata y, agarrando al hombre por detrás, en el cuello, lo derribó nuevamente.

El hombre cayó de espaldas, y el león de inmediato puso sus patas sobre el pecho de la víctima y se agachó sobre él. El pobre nativo, de tanto miedo y también debido a la terrible presión del animal, casi perdió el aliento. Hizo un esfuerzo para moverse un poquito de lado, para poder respirar. El león, percibiendo el movimiento, agarró el brazo izquierdo del hombre, a la altura del codo, y asegurándolo con sus dientes, quedó divirtiéndose por algún tiempo, mordiéndolo en varios lugares, desde el codo hasta la mano.

Hasta entonces el temible animal no parecía estar irritado.

Simplemente quiso agarrar al hombre para divertirse, como un gato hace con un ratón que no está realmente muerto. Por eso no le quebró ningún hueso, como hubiera sido sí el animal hubiese estado hambriento o herido.

Mientras el pobre hombre estaba allí, retorciéndose de agonía, intentando respirar y esperando ser despedazado, miembro por miembro, gritó pidiendo socorro a los compañeros, pero en vano.

Al levantar un poco la cabeza, el león abrió la boca para devorarla, pero, providencialmente, el sombrero del hombre cayó de la cabeza, asustando al animal, y así las puntas de sus terribles dientes apenas arañaron el cuero cabelludo.

El león colocó una pata sobre el brazo mordido, del cual manaba abundante sangre. Pronto la pata quedó cubierta de sangre, y el león la lamió repetidamente, para limpiarla. Entonces, fijó los centelleantes ojos en los ojos del hombre, olfateó un lado y el otro de su rostro y, habiendo probado sangre, pareció dispuesto a devorar a su víctima.

"En aquel exacto momento", dijo el hombre más tarde, al relatar su experiencia a un misionero, "recordé haber oído decir que hay un Dios en el cielo que puede socorrer en los momentos extremos.

Entonces comencé a implorar que el Señor me salvara, no permitiendo que el león bebiera mi sangre y devorara mi carne".

Mientras oraba, el león se dio vuelta completamente, y el hombre hizo un esfuerzo para salir de debajo de él. Como un relámpago, la fiera clavó los dientes en la pierna del hombre y lo aseguró. La herida era muy profunda y le dolía terriblemente.

De nuevo el africano clamó a Dios por socorro. En un momento, el animal soltó a su víctima, caminó algunos metros y fue a acostarse en el césped, como queriendo vigilar al hombre. Aliviado de su carga, el africano intentó sentarse, pero su movimiento llamó la atención del león, que felizmente no lo atacó como esperó aquel pobre hombre. El temible animal se levantó y se fue, sin ser visto nunca más.

El hombre se apoderó de su arma y fue detrás de sus aterrorizados compañeros, que ya lo juzgaban muerto. Ya casi totalmente exhausto debido a la pérdida de sangre, lo colocaron sobre su caballo y lo llevaron tan rápidamente como fue posible al misionero.

Como pueden imaginar, cuando el misionero relató esta experiencia los oyentes quedaron profundamente impresionados y muchos de ellos entregaron el corazón al Dios que es capaz de ayudar en los momentos difíciles.

EN PELIGRO UNA NOCHE DE TORMENTA

Era una noche de tormenta y afuera llovía a cántaros, pero en la sala de la familia Mason brillaba la luz y había un agradable fuego en la chimenea. Dos niños, Emita y Roberto, estaban conversando.

- ¿No es cierto que es lindo que papito esté con nosotros esta noche? – decía Emita

- ¡Ojalá que no fuese médico! Porque entonces podría estar en casa cada noche - contestó Roberto.

- ¿No te parece papá- dijo Emita, que está es una noche apropiada para que nos cuentes una historia?

- Muy bien. . ¿ Qué clase de historia quieren?- dijo el Dr. Mason dejando su diario de lado.

-Cuéntanos algo de cuando eras niño y vivías en la granja, - dijo Roberto.

-¿Les conté alguna vez cómo Dios cuidó a mi padre una noche de tormenta más o menos como ésta?- él preguntó.

-No; nunca nos lo contaste- dijo Emita, acercándose para compartir el sillón con él.

En cuanto a Roberto, se acostó en la alfombra delante de la chimenea. Ambos niños permanecieron muy atentos, pues sabían que se trataba de una historia interesante.

- Mi padre era médico rural- empezó diciendo el Dr. Mason.- Era muy amigo de todos los habitantes de la comarca, y estaba siempre atareado.

“Tenía que recorrer los campos con su caballo oscuro que ataba a un vehículo de asiento alto llamado sulky. El viejo caballo era muy inteligente. A veces, cuando papá volvía a casa después de haber pasado la mitad de la noche al lado de un enfermo, se dormía; pero su caballo siempre lo traía a casa sano y salvo.”

“Una noche después de haber cerrado su consultorio, papá dijo”:

“- Debo ir a la casa de los Miller, pues el niño está enfermo.”

“- Está lloviendo muy fuerte- dijo mamá, - ¿Por qué no esperas hasta la mañana?”

“- No, debo ir esta noche, pues el niño necesita que lo atienda.”

“- Uno de los trabajadores de la granja enganchó el caballo al sulky, y lo trajo al portón. Papá se puso su impermeable y sus botas de goma y encendió la linterna. Al abrirse la puerta, entró una ráfaga de viento con lluvia, y era tremendo el ruido que hacía el agua al caer sobre el techo.”

- ¿Llovía más fuerte que esta noche? – preguntó Roberto.

- Sí, mucho más fuerte – contestó el Dr. Mason.

“ Terribles relámpagos cruzaban el cielo, y el trueno retumbaba en forma que infundía miedo. Nos quedamos frente a la ventana mirando afuera en las tinieblas, preocupados por la suerte de papá.”

“Los niños nos fuimos a la cama, pero mamá se quedó levantada para esperar el regreso de papá.”

“A la mañana siguiente, él no había regresado todavía. Mamá llevaba una expresión animosa, pero sabíamos que estaba preocupada. Brillaba el sol, y el mundo parecía haber sido lavado y limpiado.”

“Mientras estábamos desayunando, papá llegó con su vehículo. Los perros salieron a su encuentro ladrando para darle la bienvenida. El viejo Tomás, uno de los peones de la granja, se llevó el caballo al cobertizo, donde lo desenganchó y le dio su desayuno de heno

y avena. Todos corrimos a la puerta para recibir a papá. Yo me encargué de su abrigo y de su sombrero para llevarlos a la percha. Cuando se sentó a la mesa, dijo:

“ Me fue bastante mal anoche con la tormenta; estoy ciertamente contento de hallarme sano y salvo en casa.”

“ Mientras mamá se apresuraba a servir el desayuno, preguntó: - ¿Cómo está el niño?.”

“- Cuéntenos lo que pasó – pedimos todos a coro.”

“ – El niño estaba muy enfermo – contestó papá, - pero ahora esta fuera de peligro. La tormenta fue la peor que haya visto. Era tan oscuro que no podía ver a medio metro de distancia, y la lluvia descendía a torrentes. No había nadie en el camino.”

“Yo sabía que el río podía desbordar, pero pensé que podía cruzar el puente yendo lentamente. Cuando llegamos al viejo puente de madera, el caballo se detuvo. Le insté a que adelantara, pero se negó a moverse. Me bajé del sulky, le hablé y le acaricié la cabeza. Restregó su nariz contra mis manos, pero no quiso moverse una pulgada.”

“De manera que no me quedó otro remedio que dar vuelta a la izquierda y dirigirme hacia el nuevo puente de cemento que quedaba como quince kilómetros fuera de mi camino. Para gran alivio mío, el caballo cruzó ese puente sin vacilación.”

“No podía comprender el proceder del caballo hasta esta mañana, cuando supe que el viejo puente había sido arrastrado anoche por la creciente. Si el caballo hubiese seguido adelante como yo quería, nos habríamos ahogado. De manera que estoy agradecido a nuestro Padre celestial por su cuidado, y muy contento de que el viejo caballo no quiso seguir adelante.”

“Ese fué un día feliz para nuestra familia. En el culto matutino, cada uno elevó una oración de gracias a Dios por haber traído a papá sano y salvo.”

- Me gusta esta historia, papito- dijo Emita, cuyos ojos brillaban.

-A mí también me gustó – exclamó Roberto.- Me hace acordar de uno de los versículos que más me gusta en la Biblia.

- ¿Qué versículo es?- preguntó el Dr.Mason

Roberto contestó: “Pues que a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos”. Creo que el ángel custodio que acompañaba a abuelito lo guardó aquella noche, ¿no te parece, papito?

- Estoy seguro de que fue así, hijo- contestó el Dr.Mason.

ENRIQUE MARTYN

Luz usada enteramente por Dios 1781-1812

Arrodillado en una playa de la India, Enrique Martyn derramaba su alma ante el Maestro y oraba: "Amado Señor, yo también andaba en el país lejano; mi vida ardía en el pecado... quisiste que yo regresase, ya no más un tizón para extender la destrucción, sino una antorcha que resplandezca por ti (Zac_3:2). ¡Heme aquí entre las tinieblas más densas, salvajes y opresivas del paganismo. Ahora, Señor, quiero arder hasta consumirme enteramente por ti!" El intenso ardor de aquel día siempre motivó la vida de ese joven. Se dice que su nombre es "el nombre más heroico que adorna la historia de la Iglesia de Inglaterra, desde los tiempos de la reina Isabel". Sin embargo, aun entre sus compatriotas, él no es muy conocido.

Su padre era de físico endeble. Después que él murió, los cuatro hijos, incluyendo Enrique, no tardaron en contraer la misma enfermedad de su padre, la tuberculosis.

Con la muerte de su padre, Enrique perdió el intenso interés que tenía por las matemáticas y más bien se interesó grandemente en la lectura de la Biblia. Se graduó con los honores más altos de todos los de su clase. Sin embargo, el Espíritu Santo habló a su alma: "Buscas grandes cosas para ti, pues no las busques." Acerca de sus estudios testificó: "Alcancé lo más grande que anhelaba, pero luego me desilusioné al ver que sólo había conseguido una sombra."

Tenía por costumbre levantarse de madrugada y salir a caminar solo por los campos, para gozar de la comunión íntima con Dios. El resultado fue que abandonó para siempre sus planes de ser abogado, un plan que todavía seguía porque "no podía consentir en ser pobre por el amor de Cristo".

Al escuchar un sermón sobre "El estado perdido de los paganos", resolvió entregarse a la vida misionera. Al conocer la vida abnegada del misionero Guillermo Carey, dedicada a su gran obra en la India, se sintió guiado a trabajar en el mismo país.

El deseo de llevar el mensaje de salvación a los pueblos que no conocían a Cristo, se convirtió en un fuego inextinguible en su alma después que leyó la biografía de David Brainerd, quien murió siendo aún muy joven, a la edad de veintinueve años. Brainerd consumió toda su vida en el servicio del amor intenso que profesaba a los pieles rojas de la América del Norte. Enrique Martyn se dio cuenta de que, como David Brainerd, él también disponía de poco tiempo de vida para llevar a cabo su obra, y se encendió en él la misma pasión de gastarse enteramente por Cristo en el breve espacio de tiempo que le restaba. Sus sermones no consistían en palabras de sabiduría humana, sino que siempre se dirigía a la gente, como "un moribundo, predicando a los moribundos".

A Enrique Martyn se le presentó un gran problema cuando la madre de su novia, Lidia Grenfel, no consentía en el casamiento porque él deseaba llevar a su esposa al extranjero. Enrique amaba a Lidia y su mayor deseo terrenal era establecer un hogar y trabajar junto con ella en la mies del Señor. Acerca de esto él escribió en su diario lo siguiente: "Estuve orando durante hora y media, luchando contra lo que me ataba... Cada vez que estaba a punto de ganar la victoria, mi corazón regresaba a su ídolo y, finalmente, me acosté sintiendo una gran pena."

Entonces se acordó de David Brainerd, el cual se negaba a sí mismo todas las comodidades de la civilización, caminaba grandes distancias solo en la floresta, pasaba días sin comer, y después de esforzarse así durante cinco años volvió, tuberculoso, para fallecer en los brazos de su novia, Jerusha, hija de Jonatán Edwards.

Por fin Enrique Martyn también ganó la victoria, obedeciendo al llamado a sacrificarse por la salvación de los perdidos. Al embarcarse, en 1805, para la India, escribió: "Si vivo o muero, que Cristo sea glorificado por la cosecha de multitudes para El."

A bordo del navío, al alejarse de su patria, Enrique Martyn lloró como un niño. No obstante, nada ni nadie podían desviarlo de su firme propósito de seguir la dirección divina. El también era un tizón arrebatado del fuego, por eso repetidamente decía: "Que yo sea una llama de fuego en el servicio divino." Después de una travesía de nueve largos meses a bordo y cuando ya se encontraba cerca de su destino, pasó un día entero en ayuno y oración. Sentía cuan grande era el sacrificio de la cruz y cómo era igualmente grande su responsabilidad para con los perdidos en la idolatría que sumaban multitudes en la India. Siempre repetía: "Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que

os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra" (Isa_62:6-7).

La llegada de Enrique Martyn a la India, en el mes de abril de 1806, fue también en respuesta a la oración de otros. La necesidad era tan grande en ese país, que los pocos obreros que había allí se pusieron de acuerdo en reunirse en Calcuta de ocho en ocho días, para pedir a Dios que enviase un hombre lleno del Espíritu Santo y de poder a la India. Al desembarcar Martyn, fue recibido alegremente por ellos, como la respuesta a sus oraciones.

Es difícil imaginar el horror de las tinieblas en que vivía ese pueblo, entre el cual fue Martyn a vivir. Un día, cerca del lugar donde se hospedaba, oyó una música y vio el humo de una pira fúnebre, acerca de las cuales había oído hablar antes de salir de Inglaterra. Las llamas ya comenzaban a subir del lugar donde la viuda se encontraba sentada al lado del cadáver de su marido muerto. Martyn, indignado, se esforzó pero no pudo conseguir salvar a la pobre víctima.

En otra ocasión fue atraído por el sonido de címbalos a un lugar donde la gente rendía culto a los demonios. Los adoradores se postraban ante un ídolo, obra de sus propias manos, ¡al que adoraban y temían! Martyn se sentía "realmente en la vecindad del infierno".

Rodeado de tales escenas, él se esforzaba más y más, incansablemente, día tras día en aprender la lengua. No se desanimaba con la falta de fruto de su predicación, porque consideraba que era mucho más importante traducir las Escrituras y colocarlas en las manos del pueblo. Con esa meta fija en su mente perseveraba en la obra de la traducción, perfeccionándola cuidadosamente, poco a poco, y deteniéndose de vez en cuando para pedir el auxilio de Dios. Cómo ardía su alma en el firme propósito de dar la Biblia al pueblo, se ve en uno de sus sermones, conservado en el Museo Británico, y que copiamos a continuación: "Pensé en la situación triste del moribundo, que tan sólo conoce bastante de la eternidad como para temer a la muerte, pero no conoce bastante del Salvador como para vislumbrar el futuro con esperanza.

No puede pedir una Biblia para aprender algo en que afirmarse, ni puede pedir a la esposa o al hijo que le lean un capítulo para consolarlo. ¡La Biblia, ah, es un tesoro que ellos nunca poseyeron! Vosotros que tenéis un corazón para sentir la miseria del prójimo, vosotros que sabéis cómo la agonía del espíritu es más cruel que cualquier sufrimiento del cuerpo, vosotros que sabéis que está próximo el día en que tendréis que morir, ¡oh, dadles aquello que será un consuelo a la hora de la muerte!"

Para alcanzar ese objetivo, de dar las Escrituras a los pueblos de la India y de Persia, Martyn se dedicó a la obra de traducción de día y de noche, en sus horas de descanso y mientras viajaba. No disminuía su marcha ni cuando el termómetro registraba el intenso calor de 50°, ni cuando sufría de fiebre intermitente, ni debido a la gravedad de la peste blanca que ardía en su pecho.

Igual que David Brainerd, cuya biografía siempre sirvió para inspirarlo, Enrique Martyn pasó días enteros en intercesión y comunión con su "amado, su querido Jesús". "Parece", escribió él, "que puedo orar cuanto quiera sin cansarme. Cuan dulce es andar con Jesús y morir por El..." Para él la oración no era una mera formalidad, sino el medio de alcanzar la paz y el poder de los cielos, el medio seguro de quebrantar a los endurecidos de corazón y vencer a los adversarios.

Seis años y medio después de haber desembarcado en la India, a la edad de 31 años, cuando emprendía un largo viaje, falleció. Separado de los hermanos, del resto de la familia, rodeado de perseguidores, y su novia esperándolo en Inglaterra, fue enterrado en un lugar desconocido.

¡Fue muy grande el ánimo, la perseverancia, el amor y la dedicación con que trabajó en la mies de su Señor! Su celo ardió hasta consumirlo en ese corto espacio de seis años y medio. Nos es imposible apreciar cuan grande fue la obra que realizó en tan pocos años. Además de predicar, logró traducir parte de las Sagradas Escrituras a las lenguas de una cuarta parte de todos los habitantes del mundo. El Nuevo Testamento en indi, indostani y persa, y los evangelios en judaico-persa son solamente una parte de sus obras.

Cuatro años después de su muerte nació Fidelia Fiske en la tranquilidad de Nueva Inglaterra. Cuando todavía estudiaba en la escuela, leyó la biografía de Enrique Martyn. Anduvo cuarenta y cinco kilómetros de noche, bajo violenta tempestad de nieve, para pedir a su madre que la dejase ir a predicar el evangelio a las mujeres de Persia. Al llegar a Persia, reunió a las mujeres y les habló del amor de Jesús, hasta que el avivamiento en Oroomiah se convirtió en otro Pentecostés.

Si Enrique Martyn, que entregó todo para el servicio del Rey de reyes, pudiese hoy visitar la India y Persia, cuan grande sería la obra que encontraría, obra realizada por tan gran número de fieles hijos de Dios, en los cuales ardió el mismo fuego encendido por la lectura de la biografía de ese precursor.

ENTRE FIERAS Y HOMBRES SALVAJES

Cuando era niño, a David Livingston le gustaba mucho oír historias acerca de Jesús, de cómo iba de un lugar a otro predicando y sanando. Livingston decía: "Eso mismo es lo que voy a hacer; cuando crezca, voy a ser médico misionero".

Creció, se recibió de médico y fue al África. Comenzó su trabajo en una región donde había muchos leones feroces. Los africanos tenían tanto miedo a los leones que era muy difícil para el Dr. Livingston conseguir que fuesen a trabajar regularmente en el campo. Sabiendo que si pudiera matar a un león los otros huirían con miedo, el Dr. Livingston valientemente salió con el fin de matar a uno de aquellos animales tan feroces. Finalmente consiguió matar al león, pero, en la lucha, casi perdió la propia vida. El león destrozó el hueso superior del brazo izquierdo del médico y también dejó, en ese mismo brazo, once marcas de sus peligrosos dientes. Cuando el brazo se sanó, el Dr. Livingston comenzó a construir la casa de la misión y a plantar una huerta.

Los africanos aprendieron a amar al Dr. Livingston. Él era cortés y muy bueno con ellos, y tan divertido que uno de ellos dijo: "El río desde la cabeza hasta los talones".

Tanto con los salvajes como con las fieras, el temerario médico cristiano tuvo muchas aventuras emocionantes. Cierta vez tuvo que pasar una noche en el territorio de un jefe que estaba muy enojado, sabiendo que podían matarlo en cualquier momento. Entonces pensó: "¿Debo intentar escapar, atravesando el río esta noche?"

Tomó la Biblia que siempre llevaba consigo y leyó las siguientes palabras de Jesús: "Por tanto id, y haced discípulos de todas las naciones... he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Al terminar la lectura, dijo: "Esto lo dice el caballero más honrado de este mundo, y basta". Confiando en la palabra de Jesús, como palabra de alguien que jamás falló al cumplir sus promesas, el Dr. Livingston durmió tranquilamente aquella noche.

De mañana, los salvajes armados lo rodearon, pero él sacó el reloj de su bolsillo y, dejándolos escuchar el tic-tac, les explicó cómo las meditas hacían mover las agujas y marcar el tiempo. A continuación, sacó de su bolso una lente de aumento y les mostró cómo los rayos solares eran capaces de quemar al pasar por la lente. En ese momento, los nativos cristianos de la misión habían atravesado el río en una canoa y estaban esperándolo.

Volviéndose a los nativos que querían matarlo, les dijo: "Lo que deseo para ustedes es paz". Y entonces, entrando en la canoa, sus amigos lo llevaron con seguridad al otro lado del río.

En otro de sus viajes en el interior del África, pasó tanto tiempo sin que nadie tuviese noticias de él, que el propietario del periódico New York Herald le dijo a un joven reportero, Henry M. Stanley: "Tome el tiempo que sea necesario, pero encuentre a Livingston". Después de un largo viaje, lleno de dificultades, Stanley encontró a Livingston. Stanley era un joven descuidado, a quien no le importaba nada acerca de Jesús, pero después de pasar cuatro meses con Livingston y ver su maravillosa vida, se transformó en un verdadero y humilde cristiano.

Después que Stanley volvió a Nueva York, Livingston nunca más vio a un hombre blanco. Cierta mañana, sus criados lo encontraron muerto, arrodillado al lado de la cama. Amorosamente retiraron el corazón del Dr. Livingston y lo enterraron en la tierra por la cual había dado la vida. Después, embalsamaron su cuerpo, y sus leales seguidores lo llevaron durante más de mil kilómetros hasta el puerto de mar. Fue entonces embarcado y llevado a Inglaterra. El pueblo inglés lloró al depositar aquel cuerpo en la Abadía de Westminster, donde son sepultados solamente los hombres más honrados de aquella nación.

ENVIADA CON AMOR

Brita estaba revisando la correspondencia del día, cuando encontró un viejo sobre con una estampilla de 0,25 kroner (equivalente a cuatro centavos de dólar). Eso era extraño, porque enviar una carta costaba mucho más que eso. La letra en el sobre le resultaba vagamente familiar.

“Me pregunto de donde salió esto”, pensó. La carta había llegado junto con un ramo de flores. Cuando abrió el sobre, Brita se sorprendió al descubrir que la carta era de su suegra, quien había muerto muchos años antes.

La carta estaba fechada en septiembre de 1950. La señora Loevaas había enviado la carta desde Oslo, Noruega. Cincuenta y cuatro años más tarde, llegó a su destino, a unos ochenta kilómetros de distancia. Nadie sabe que paso, para que demorara tanto en llegar. Quizá la carta se atascó detrás de una caja o se cayó detrás de un estante, en la oficina de correos. Tal vez, uno de los empleados del correo la encontró y la entregó inmediatamente, con un ramo de flores.

-Fue muy lindo recibir esa carta ahora -dijo Brita.

Ella y su familia disfrutaron leyendo acerca de las cosas de la familia que debieron haber parecido importantes en aquel momento. Pero, era muy especial porque la señora Loevaas ya no estaba con ellos. ¿No sería grandioso recibir una carta tan vieja como esa, después de muchos años? ¿Leer un mensaje especial que alguien quería que recibieras? Busca en tu casa, y encuentra tu Biblia. ¡Es un mensaje de Dios! Jesús vino a la tierra hace dos mil años. Luego de su muerte y su resurrección, regreso al cielo. Pero, él nos dejó un mensaje, su Palabra.

Unámonos al salmista diciendo: "¡Cuan dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Son más dulces que la miel a mi boca!"

Narrado por: Keii Johnson

ERA BASTANTE GRANDE

Por *Roselyn Edwards*

JED COLLINS y su familia se dirigían al oeste del país. Habían cargado todas sus pertenencias en dos grandes carros cubiertos, o carretas. El padre de Jed conducía los bueyes que arrastraban una de las carretas y Carlos, su hermano, conducía la otra. A veces Jed viajaban en la parte delantera de una de las carretas, sentado en la tabla alta que hacía de asiento, y otras veces caminaba junto a una de las carretas de su padre. Pero lo que a él le hubiera realmente gustado hacer hubiera sido ir con el grupo de muchachos mayores que estaban encargados de arrear el ganado que traían detrás.

-Esos muchachos son todos mayores que tu -le había explicado su padre-. Yo no tengo confianza en dejarte ir con ellos, porque a ti te gusta correr las mariposas y te distraes con una y otra cosa, y se necesitaría alguien que no hiciera otra cosa que cuidarte y buscarte si quedaras rezagado. Es mejor que no te alejes de la carreta.

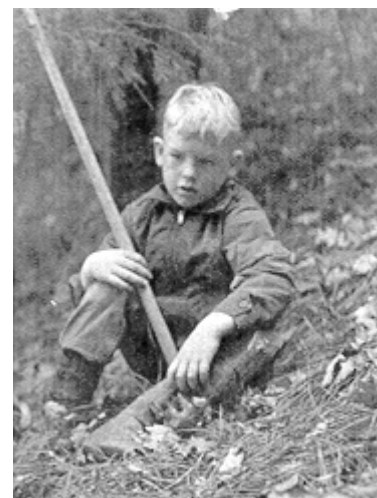
-Déjame probar, papá, aunque sea una vez. Verás como no me atraso -era la incesante súplica de Jed, hasta que por fin una noche el padre le dijo que al día siguiente tendría la oportunidad de ayudar a los muchachos que estaban encargados del ganado, y que podría así comprobar si acaso le gustaba ese trabajo.

Esa noche Jed estaba tan excitado que casi no pudo dormir. Pasó la noche dando vueltas y más vueltas en el jergón de chala (hojas secas de maíz), que compartía con su hermano en la carreta. Por fin tenía permiso para cuidar el ganado con los muchachos mayores, en vez de tener que quedarse cerca de la carreta como tenían que hacerlo los niños menores y las niñas. Con la familia Collins viajaban además otras 18 familias. Algunas, como la familia de Jed, llevaban más de una carreta, de modo que había treinta carretas en la caravana, que marchaban de una en fondo. Al llegar la noche, buscaban un lugar apropiado en la pradera, y formaban un círculo. Todas esas familias, menos una, llevaban ganado. Durante el día, un grupo de muchachos arreaba las vacas, que marchaban detrás de las carretas, y durante la noche ataban los animales a estacas que se clavaban en el suelo. A veces, cuando atravesaban por regiones habitadas por los indios, durante la noche ponían el ganado dentro del círculo formado por las carretas.

De modo que al iniciar la marcha de aquel día memorable para él, Jed se unió a los vaqueritos que arreaban los animales detrás de las carretas. Jed tuvo entonces ocasión de comprobar que las cosas eran muy diferentes de lo que él se las había imaginado. Una cosa que él ignoraba, por ejemplo, era que, los muchachos que cuidaban el ganado iban siempre envueltos en la nube de polvo que se levantaba al paso de la caravana de carretas y animales. Al marchar junto a la carreta había reparado muchas veces en el agradable sonido que producía la hierba alta al inclinarse hacia adelante, enderezarse luego y ondular hacia el camino que iban dejando atrás. Y en su imaginación se figuraba que las vacas marchaban atravesando el hermoso pastizal, como si hubieran ido vadeando una gran extensión de agua. A él le producía una gran satisfacción caminar entre los pastizales. Pero ahora notó que después que pasaban las carretas y que los animales que las seguían comían la hierba que bordeaba el camino, detrás de la caravana sólo quedaba una ancha franja desprovista totalmente de vegetación y cubierta en cambio por una gruesa capa de polvo que continuamente se levantaba como una nube, y los envolvía.

También se dio cuenta de que allí no había mucho que hacer. Las vacas se habían acostumbrado a seguir las carretas e ir comiendo mientras caminaban, y rara vez se quedaba atrás alguna de ellas. Si eso ocurría, bastaba con que uno de los muchachos le diera unas palmadas en el flanco, y el animal apresuraba el paso e inmediatamente alcanzaba a la tropa.

Al final del día, jed había llegado a la conclusión de que ese trabajo de arrear el ganado no era tan divertido como se lo había imaginado. Con todo, si el papá le permitía volver a realizarlo al día siguiente,



lo haría para que nadie pensara que era muy chico para encargarse de esa tarea. Y también quería demostrarle al papá que él era un muchacho bastante grande como para cuidar el ganado.

En eso iba pensando cuando llamó su atención algo que le pareció ver a cierta distancia del sendero, allá donde la hierba era más alta. ¿Había visto bien? Le pareció que había visto dos cabecitas rubias. ¿Serían acaso dos niños que estaban jugando entre el pastizal?

-¡Oye! -le dijo a Juanito Carson-. ¿Son esos dos de los niños de nuestra caravana?

-¿Cuáles? -preguntó Juanito-. No veo a nadie.

Cuando Jed volvió a mirar, tampoco pudo ver nada, pero estaba casi seguro de que había visto dos cabezas de niños.

El primer impulso que tuvo fue correr hasta aquel lugar y tratar de descubrir qué era lo que había visto. Pero luego pensó que si lo hacía se quedaría atrás, y saldría cierto lo que el padre había temido que ocurriría con él. De modo que, dirigiéndose a Juanito, le propuso que fueran juntos, porque entonces, si se atrasaban, por lo menos serían dos los que llegarían tarde al campamento.

-No, no vale la pena que vayamos -le respondió Juanito-. Allí no hay nadie.

Jed siguió andando, pero la conciencia lo molestaba. Pensó que a lo menos le gustaría poder recordar ese lugar, para encontrarlo de nuevo en caso de necesidad. Pero no tenía nada con qué marcarlo. En eso se le ocurrió una idea.

Corrió de vuelta al lugar, y, tomando una mata de hierba alta, la arrancó y la colocó en medio del sendero. Luego regresó apresuradamente para alcanzar a los demás.

Antes de mucho las carretas se detuvieron y formaron un círculo para pasar la noche. Jed ató las dos vacas que pertenecían a la familia: Princesa y Manchada. Su hermano Carlos las ordeñaría y mientras tanto la mamá prepararía la cena. Jed casi no podía esperar hasta que estuvieran listas las papas fritas que su madre se disponía a preparar en la fogata.

Todo el campamento bullía con la actividad propia de la preparación de la cena, cuando de pronto llegó el Sr. Gillis, el jefe de la caravana.

-La Sra. Benson no puede encontrar a sus dos muchachitos -dijo-. ¿Los ha visto alguno de Uds.?

-Yo creo que vi a dos muchachitos que jugaban entre la hierba alta -dijo Jed-, pero cuando miré de nuevo, no vi a nadie.

-¿Cuándo fue que te pareció verlos? -preguntó el Sr. Gillis.

-Hace como una media hora -le respondió Jed-. Le puedo mostrar dónde fue. Marqué el lugar en el sendero.

El sol estaba ya muy cerca del horizonte, y en el aire se percibía el olor a hierba verde, pero cuando Jed recorrió de vuelta el sendero para guiar al grupo de hombres procedentes del campamento que lo acompañaban, y llevarlos hasta la mata que había colocado como señal en el camino, sus pies sintieron que el polvo del sendero todavía estaba caliente.

Al llegar al lugar donde estaba la marca, todos los hombres se tomaron de la mano y se internaron en la pradera, formando una línea, y así se encaminaron hacia el lugar donde Jed creyó haber visto a los niños. Y de ese modo fueron registrando el pastizal y llamando continuamente a los niños.

-¡Allí están! -gritó de pronto el Sr. Culis. En ese momento los dos niñitos también lo vieron a él y ambos se echaron a llorar.

- ¡Estamos perdidos! -sollozó uno de ellos.

-¡Yo quiero ir con mi mamá! -lloró el otro.

El padre de los niños levantó a uno de ellos, y el Sr. Gillis tomó en sus brazos al otro, y volviéndose luego a Jed le dio una palmada en el hombro y le dijo:

-Muy bien hecho, Jed. Si no hubiera sido por ti, no habríamos sabido dónde buscarlos, y quizás nunca hubiéramos vuelto a ver a estos niños.

-Muy bien, hijo -añadió el padre de Jed-. Ahora creo que ya eres bastante grande para ayudar a cuidar el ganado. Tu mamá también estará orgullosa de ti.

Ante la inesperada alabanza, Jed se sintió invadido por una cálida emoción.

-Quiero ayudar a cuidar el ganado todo los días -afirmó-. Ojalá que las papas fritas estén listas cuando volvamos al campamento.

ERES LIBRE

Escrito e Ilustrado por De Dorman

Editada por Irma Lopez

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Juan 8:32

“Tú encenderás mi lámpara; Jehová mi Dios alumbrará mis tinieblas.” Salmos 18:28

Traducido por Rhoda Rodriguez

El comenzaba a ponerse en la pequeña aldea Africana, y con gran suspiro de arrepentimiento, el pequeño Josué de nueve años de edad sabía lo que tenía que hacer. Levanto dos tapetes de paja y dos tazones de plástico mientras llamaba a su hermana de 6 años, Estela. Era todo un esfuerzo el poner un cansado pie frente al otro mientras comenzaban lo que era su viaje nocturno a la gran ciudad. El sólo pensar en dormir en una ciudad extraña junto con gente desconocida era más de lo que Josué podía soportar pero él sabía que para poder escapar de la violencia nocturna de los soldados rebeldes, él y Estela debían ir con los demás niños a la ciudad, aunque sus cansados y hambrientos cuerpos sólo quisieran recostarse y descansar. “Me gustaría mucho tener algo del pan dulce de Mamá.” Decía Estela mientras cargaba sus tazones para la comida. Josué afirmaba con la cabeza pensando lo mismo. Habían pasado ya varios días desde que habían comido algo pero no mostraba su preocupación a su hermana.

“Apúrate y no seas floja.” Su hermano mayor respondió, tratando de ser fuerte.”

“No era bueno para un Africano demostrar temor, “recordó a su papa diciendole antes de morir.

“Necesitamos alcanzar a los otros niños. Pronto comeremos.” En realidad, a pesar de todo, Josué perdía toda esperanza de tener algo para comer hoy o cualquier otro día.

Josué y Estela son dos de los miles de huérfanos en Africa cuyos padres han muerto por Sida, una enfermedad mortal. Sin tener nadie más que se preocupara por ella, Josué había tomado el papel de protector y proveedor para su pequeña hermana. Primero falleció su papá y antes de morir su mamá, Josué prometió a su mamá que cuidaría de Estela. Esa era una enorme promesa para ser hecha por un niño de nueve años y estaba haciendo todo lo posible para cumplirla. Los disturbios nocturnos causados por los soldados rebeldes han sido traumáticos para los niños. Para escapar de la violencia nocturna, todos los niños de la aldea debían buscar refugio en la ciudad ó corrían el riesgo de ser llevados como esclavos ó ser abusados terriblemente. Muchas veces los malvados soldados prendían fuego a los únicos refugios con que contaban los niños, los albergues. Las vidas de estos huérfanos eran ahora inestables y llenas de temor, ¡pero la esperanza brillaba en la ciudad en esta noche en particular!

“¿Josué, escuchaste las noticias?” Mateo, otro huérfano del grupo, preguntó.

“Nó, no he escuchado de nada nuevo hoy, ¿De que hablas?” Dijo Josué.

“Ya hay un lugar seguro para nosotros. ¡Se abrio una Misión en la ciudad y nos van a dejar dormir allí; y también tienen arroz y agua para nosotros!” respondió Mateo.

“¿Cómo es que escuchaste de tal lugar?” preguntó un dudoso Josué.

“¡Es verdad! Anoche estuvimos ahí. El hombre blanco nos dió comida caliente y nos dijo que Jesús nos cuidaba. ¡En ese lugar somos libres,,,,sin preocupaciones!” “¡El hombre blanco tambien dijo que podíamos regresar!”

“Entonces debemos apresurarnos antes de que no haya lugar.” Decidio el ahora esperanzado jovén. Con la pequeña Estela siguiéndolo de cerca, Josué apresuró el paso.

Finalmente, llegaron a la ciudad. Mientras esquivaban el ruidoso tráfico, Mateo los llevo directo a la Misión. Tal como lo dijo, era verdad; el hombre blanco y su esposa, junto con muchos otros ayudantes, saludaban a todos los niños mientras estos entraban al lugar seguro. “Eres libre.

Entra, no hay de que preocuparse adentro.” Les decían con una sonrisa en sus caras.

“¿Sin preocupaciones?” pensaba Josué mientras veía al sonriente hombre blanco. El sonreir no era algo fácil para los niños. “¿Será posible que exista un lugar en donde no hay preocupaciones?” Cientos de niños llegaron a la Misión y todos fueron recibidos con una sonrisa y una cálida bienvenida. “Eres libre. Ven y descansa un poco.” El matrimonio blanco le dijo a cada grupo que llevo. “Por favor coman algo de arroz y frijol. Tomen algo de agua fría.”

Los Mitchells escucharon sobre los terribles abusos que estaban sucediendo a los huérfanos y sintieron que El Señor les llamo de su lugar confortable a un lugar de ayuda y servicio. Las puertas de la misión sólo

tenían una semana de que se habían abierto y ya se había corrido la voz de este lugar especial de seguridad.

Josué y Estela se encontraban entre los niños que esperaban pacientemente a recibir su comida caliente mientras que a los que ya se les había servido se sentaban en sus tapetes y silenciosamente terminaban de comer.

“¿Porque querrian venir hasta acá y ayudarnos?” Se preguntaba Josué mientras comia su arroz. “Nosotros no podemos pagarles por todo lo que hacen por nosotros y mucha de nuestra gente no quiere al hombre blanco en Africa.” Josué tenía demasiado en que pensar mientras disfrutaba de la comida que una vez creyó nunca tendrían.

Cuando parecía que ya todos habían terminado de comer, el señor Mitchell ve cerca del grupo de niños. Tenía un libro negro en una mano y algunos dibujos en la otra. La mayoría de los niños que estaban ahí nunca antes habían visto una Biblia.

“Estamos tan agradecidos de que todos ustedes estan aquí,” señaló hacia varios de los ayudantes mientras continuaba diciendo, “haremos lo mejor que podamos, mientras el Señor lo permita, para asegurar que tengan una noche de descanso seguro.”

Los niños se sentían aliviados al escuchar esto mientras les preguntaba, “¿Les gustaría escuchar sobre otro lugar donde tambien pueden estar seguros?” Esto llamo la atención de los niños mientras volteaban a ver el dibujo que sostenía de una hermosa ciudad.

“¡Sí, por favor cuéntenos sobre esta ciudad!” una pequeña niña le rogo.

“Señor, esta es una ciudad que nunca hemos visto.” “¿En donde esta esa ciudad?” un niño curioso pregunto.

“No, ¡esta ciudad fué creada por Dios mismo!” comento el señor Mitchell.

“El dibujo es tan hermoso.”

“Es más Hermosa y limpia que cualquier cosa que hayamos visto con nuestros ojos y, aún más especial que esto, es el hecho de que no hay presencia de maldad en ningun lugar de esta maravillosa ciudad.”

“¿No hay soldados rebeldes?” pregunto un niño.

“¡No encontraras a ningun hombre malo en ese lugar!” les aseguro el bondadoso hombre. “¡Y, en esta ciudad, hay suficiente comida y agua para todos!

“¿Señor, como encontramos esta ciudad?” pregunto Mateo. “Caminamos muchas millas para llegar hasta aquí. ¿Qué tan lejos debemos ir para ver este hermoso lugar?”

“Este lugar se llama CIELO y me daría mucho gusto el decirles como llegar a esta ciudad.”

“Comenzaremos con el principio,” comenzo el señor Mitchell mientras les mostraba el primer dibujo. Les mostro un dibujo de Adán y Eva en el Huerto del Edén y lo puso en la pared mientras leía de el. “Este es otro lugar hermoso que Dios creó, pero el enemigo vino y lo contaminó con el pecado.” (Génesis 1:1 y Génesis capítulo 3)

Antes de que les pudiera decir a los niños el nombre de este lugar, un niño gritó, ¡Ese es el Huerto del Edén! Mi maestra nos contó esa historia.”

“Es correcto.” Afirmo el señor Mitchell. “Tienes una maestra muy buena. ¿Alguién sabe cual es el nombre del enemigo que trajo todas las cosas malas a este lugar?”

“Muchos niños respondieron al unísono, “¡Satanás!” Afirmando con su cabeza el bondadoso hombre comenzó a explicarles, “Porque Adán y Eva escucharon a Satanás y desobedecieron a Dios, tuvieron que marcharse este hermoso lugar porque Dios no puede estar en el mismo lugar que el pecado...El es Santo.”

El señor Mitchell les mostró un dibujo de una cruz y lo puso en la pared y continuo, “en este libro que estoy sosteniendo, nos dice que el pago por nuestros pecados es muerte.” (Romanos 3:23 y Romanos 6:23) El precio debe de ser pagado , y en el gran amor y sabiduría de Dios, El hizo la manera para que nosotros pudiéramos regresar a El. El envió a su Hijo Unico, Jesús, par que hiciera este gran pago por nosotros. El murió en lugar nuestro. Si entendemos que somos pecadores y aceptamos Su pago, teniendo compasión de nuestros pecados que lo pusieron en ese lugar, El nos perdonará y permitirá que entremos a Su hermoso lugar llamado el Cielo.”

Así como cada uno de ustedes vino a esta Misión buscando refugio de los soldados rebeldes, ustedes deben ir a la cruz y aceptar el pago hecho por el Señor Jesucristo para escapar la muerte eternal. Después de citar Juan 3:16, dió vuelta hacia el grupo de niños y les preguntó, ¿Hay alguien en este lugar a quién le

gustaría aceptar el pago por sus pecados y asegurarse de tener un lugar en esa hermosa ciudad, el Cielo. Mateo y Josué respondieron junto con muchos otros niños. Sabían que habían pecado contra un Dios Santo, pero nunca antes habían escuchado que El los perdonaría. El señor Mitchell les mostro a los niños en su Biblia 1a. Juan 1:9 y les dijo que esta era una de las muchas promesas de Dios, quien no miente. Se les dió tiempo a los niños para orar, para que pidieran al Señor que perdonara sus pecados y entrara en sus vidas y corazones.

Algunos de los niños, quienes no habían tenido una razón por la cual sonreír en mucho tiempo, tenían sonrisas en sus rostros porque sus corazones estaban llenos de gozo. En verdad eran libres de la preocupación de su futuro eterno. Ya había sido arreglado, al fin. Ahora sabían que si algo les pasaba estarían en una hermosa ciudad llamada el Cielo. Una tranquila paz se apoderó de sus corazones mientras se recostaban cuando el señor Mitchell habló con Dios, pidiéndole que cuidara de cada uno durante la noche. De alguna manera sabían que todo iba a estar bien, durante la noche, de todos modos.

Los ruidos de la ciudad los despertó a tiempo para tomar un tazón con arroz antes de comenzar el largo viaje de regreso a casa. Se preguntaban si sus pequeñas chozas estarían aún de pie cuando regresaran a su aldea.

Aquellos que recibieron a Jesucristo como su Salvador ahora tenían a Alguien que caminaría con ellos, quien les amaba y se preocupaba por ellos, y El les prometió que nunca los dejaría. (Hebreos 13:5) El señor Mitchell les dijo que podían hablar con Dios a cualquier hora y que El los iba a escuchar y los iba a ayudar. "Esperamos volver a verlos." El señor Mitchell les dijo mientras se marchaban. "Pueden regresar en cualquier momento que necesiten refugio."

Algunos de los niños no tenían un lugar al cual regresar así es que no se querían ir de ahí ya que habían llegado. "Hay algo en estar en un lugar donde te sientes querido que hace que quieras quedarte." Decía Josué mientras la pequeña Estela y Mateo afirmaban con la cabeza estando de acuerdo con él. "Tal vez los Mitchells nos permitan quedarnos y ayudarles para preparar todo para los demás niños." Dijo Mateo. "Es una buena idea. Les preguntaremos ahora." Concluyó Josué. Mientras se daban vuelta para preguntarle al señor Mitchell si se podían quedar, se dieron cuenta de que él estuvo parado ahí durante todo este tiempo.

"Entiendo que les gustaría quedarse aquí." El amable hombre les dijo. "Por favor esperen aquí mientras voy por la señora Mitchell."

El señor y la señora Mitchell habían estado pidiéndole a Dios que les mostrara si era su voluntad que comenzaran un orfanatorio para los niños que necesitaban refugio y protección. Estaba en gran manera lleno de gozo mientras que compartía con su esposa el deseo de los niños.

Una dulce aprobación se les dió a los niños para que se quedaran con los Mitchells, quienes ahora serían llamados Papá y Mamá Mitchell, decidió Josué. Esta era una respuesta a las oraciones de varias personas... los niños necesitaban un lugar donde se sintieran queridos y necesitados, mientras que Papá y Mamá Mitchell necesitaban niños a quienes amar. Ahora todos ellos son libres; libres para servir a un maravilloso Salvador al ayudar a otros muchos huérfanos de las aldeas de Africa quienes necesitan refugio, ya sea por una noche o por varios años. Y todos los niños que vienen a la Misión pueden ser libres... libres del temor y del castigo por sus pecados ya que Papá y Mamá Mitchell les mostraran el camino.

ESTAMPILLAS USADAS

A fines del siglo XIX, mientras Grover Cleveland era presidente de los Estados Unidos, un día llegó una carta dirigida a él, a la Casa Blanca. Era de una adolescente, que quería pedirle perdón. En la carta, confesaba algo que había hecho dos años antes.

“Usé dos estampillas postales que ya habían estado en otras cartas”, escribió. “Quizás usé más de dos estampillas así, pero solo recuerdo haberlo hecho dos veces. No sabía que estaba mal lo que hice, hasta hace poco”.

Y le siguió diciendo al presidente que lo lamentaba mucho y que no podía dejar de pensar en lo que había hecho. “Ahora, querido presidente, ¿me perdona, por favor?” continuó diciendo en su carta. “Le prometo que no lo haré nunca más”.

La jovencita no se detuvo solamente con el pedido de disculpas; ella quería arreglar las cosas. En el sobre, incluyó el costo de tres estampillas. Hoy, esa carta todavía se puede ver en una colección de la Casa Blanca. ¿Alguna vez te sentiste mal por algo que hiciste? ¿Por qué te sentiste así? ¿Fue porque te descubrieron y tuviste que pagar las consecuencias? ¿Fue porque quisiste dejar de sentirte mal por dentro? ¿O fue porque realmente querías hacer lo correcto? Sentirse mal es solo el primer paso. Lo que todos necesitamos es verdadero arrepentimiento.

Cuando Jesús perdonó a una mujer que había sido descubierta pecando, él le dijo: “Tampoco yo te condeno. Ahora vete, y no vuelvas a pecar”. Un buen consejo para cuando nos equivocamos es el siguiente: “Arrepiéntanse y apártense de todas sus maldades, para que el pecado no les acarree la ruina”.

Por Helen Lee Robinson

¡ESTOS GANADORES PERDIERON!

Por **Haroldo S. Jones**

ES NATURAL que te sientas contento y orgulloso cuando corres y llegas primero, o cuando juegas y ganas un premio.

¿Pero qué ocurre después? ¿Cómo debieras actuar después que has ganado? ¿Debieras jactarte? ¡No! ¡Y nunca permitas que tu éxito se te suba a la cabeza!

A la mayoría de las personas les cuesta más soportar el éxito que el fracaso. Cuando se fracasa, sólo se puede hacer una cosa: volver a probar. Pero cuando se obtiene una victoria, se requiere más dominio propio para que ésta no haga más daño que bien.

A todo nuestro alrededor vemos ejemplos de

personas que no pueden soportar el éxito. Permíteme que te hable de algunas que he conocido.

En mi pueblecito había un joven que podía tirar una pelota de béisbol a la perfección. Era tan buen lanzador que su futuro en el béisbol era la conversación de todo el pueblo. Además, por ser un buen jugador de pelota tenía un cuerpo bien desarrollado. Todos estábamos convencidos de que iría lejos.

No obstante, cuando le llegó la oportunidad de avanzar en el mundo del béisbol, falló. Evidentemente su popularidad se le fue a la cabeza; no se dedicó a su trabajo. En lugar de ser jugador de béisbol, llegó a ser un hombre disoluto.

También teníamos en nuestro pueblo a muchos galeses a quienes les gustaba cantar, y ¡cómo cantaban! Uno de esos jóvenes galeses tenía una voz de tenor y un físico que podrían haberlo llevado a ocupar un lugar destacado entre los cantores de ópera.

La gente del pueblo estaba tan ansiosa de ayudarlo que recolectó dinero para enviarlo a tomar lecciones de canto. Ese joven desperdició cada centavo que recibió y llegó a ser un borracho.

Más tarde, en el pueblo donde ahora trabajo como dentista, conocí a Jaime, el zapatero. Era un italiano que acababa de regresar del servicio militar, y tuvo que comenzar de nuevo su negocio. No pasó mucho tiempo antes de que lo anegaran de trabajo. Cada par de zapatos que arreglaba quedaba como nuevo.

A menudo me decía cuán contento estaba de tener tan buen negocio, y observaba con orgullo: "Creo que soy tan bueno como cualquier zapatero del pueblo". Y lo que es más, se proponía mantener esa reputación. Su negocio prosperó tan rápidamente que pronto necesitó un ayudante.

Pasó el tiempo, y el negocio de Jaime decayó. Fue decayendo más y más, hasta que tuvo que despedir a su ayudante porque él solo podía atender el escaso trabajo que ahora le traían.

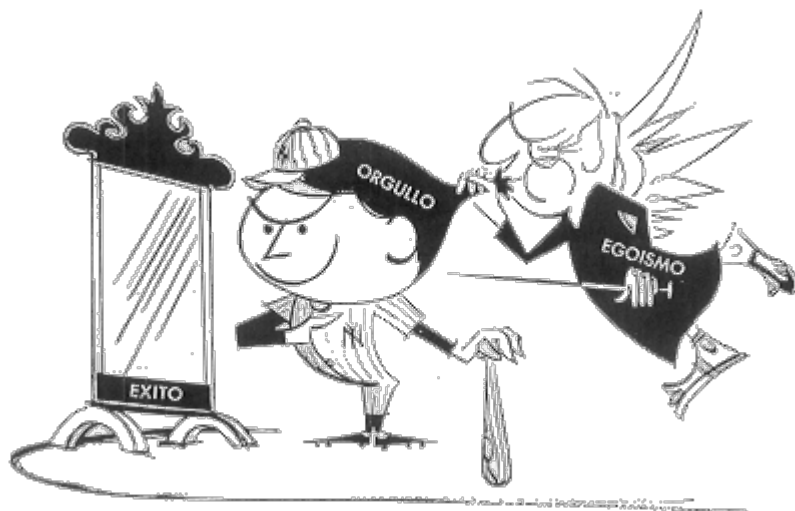
En una larga conversación que sostuvo conmigo un día, dijo: "Mi negocio es pobre porque mi reputación como hombre es pobre. Yo parrando y bebo. ¡La gente no apoya a nadie que haga eso!"

Después de esa conversación Jaime tomó una resolución que salvó su vida y su negocio.

El siguiente caso es uno en el cual participé. Un joven dentista que comenzaba su carrera profesional en nuestro pueblo, se especializó en odontología protética. (Es la especialidad de la odontología relacionada con la aplicación de dientes postizos.) Al principio tuvo la dificultad usual de conseguir clientela, pero antes de que transcurrieran cinco años, su buen trabajo le había creado una extensa reputación.

Como yo mismo soy dentista, comprendí la razón de su éxito. Este hombre trabajaba sin descanso para probar que era bueno en su ramo. Con el transcurso de otros cinco años su reputación lo ubicó a la cabeza de la lista, y tenía más pacientes de los que podía atender. Continuó trabajando bien. Pronto oí decir que estaba haciendo investigación en un asunto de importancia, y no me sorprendí.

Más tarde oí que se había asociado con varios destacados investigadores, y que se lo consideraba un



experto.

Pero el éxito se le subió a su sesuda cabeza, y en este punto la historia cambia radicalmente. Se volvió orgulloso y arrogante, y nunca perdía una oportunidad de referirse sarcásticamente a otros colegas. Recuerdo un discurso que dio cierta noche en una reunión de dentistas. Fue muy irónico. Me sentí fastidiado por lo que dijo y sostuvo. En pocas palabras argumenté que debíamos derrotar sus ideas a toda costa. Y así lo hicimos. El sonrió con indiferencia. ¿Qué le importaba si algunos disentíamos con él? Todavía estaba seguro de que tenía razón. Y siguió siendo rudo y sarcástico. No se daba cuenta de que se estaba volviendo muy impopular.

Poco después este dentista tuvo muchos deseos de lograr algo. Pero con el propósito de conseguirlo, los profesionales con quienes trabajaba tenían que recomendarlo.

Se escribieron muchas cartas a las autoridades con respecto a él. Eran tan severas que, al recibirlas, las autoridades se asombraron de su impopularidad. Le dijeron que no podría obtener lo que había solicitado. Fue un gran chasco, pero él tenía la culpa. Había permitido que el éxito se le subiera a la cabeza. Puedo decirte que después de varios años de vivir con su chasco, decidió tener una actitud más normal hacia las demás personas.

Creo que después del éxito, puedes celebrar tu victoria. Eso está bien. Pero no permitas que el éxito te llene de humo la cabeza.

Si recuerdas cómo luchaste para avanzar, cómo te preocupaste y trabajaste, y cuántas veces fracasaste a pesar de tus esfuerzos, te darás cuenta de que otras personas que fracasan también han trabajado arduamente, y en lugar de vanagloriarte, las ayudarás para que ellas también puedan ganar.

ESTRESADA

Recuerdo un día de escuela, en el que me sentí especialmente estresada.

-Hey, ¿cómo estás? -me preguntó mi amigo Natán, mientras se sentaba a mi lado.

Mirándolo, le sonreí a medias.

-Estoy bien, solo cansada. Tengo tanto que hacer... Tengo que leer veinte páginas para la clase de Historia, treinta y tantas para la clase de Lengua; y, además, se supone que tengo que elegir un tema para hacer una investigación. No tengo idea de sobre qué puedo escribir.

¿Alguna sugerencia?

-Sí: ¿por qué no oras acerca de todo esto? Puedes pedirle a Dios que te ayude.

-Ya lo hice -murmuré.

-Pero ¿pediste a Dios que te ayude a elegir un tema para tu investigación?

Un poco sorprendida, sacudí la cabeza. Yo oraba todas las mañanas pidiendo a Dios que esté conmigo. Y oraba antes de todas las pruebas, pidiéndole ayuda para recordar las cosas que había estudiado. Pero, elegir un tema de investigación me parecía tan insignificante que no había pensado en orar por ello. La sencilla pregunta de Natán me hizo detenerme y darme cuenta de que a Dios le interesaban los pequeños detalles de mi vida. Después de nuestra conversación, todavía tenía que elegir un tema de investigación y todavía tenía que leer un montón de páginas; y tenía toneladas de tareas para hacer. Pero, no me sentía cansada y estresada. ¿Por qué? Porque, como Natán me lo había recordado, sabía que Dios me ayudaría. Nada es demasiado pequeño o insignificante como para no llevarlo a Dios en oración. La Biblia dice: "No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús" ¿No es maravilloso? Así que, habla con Dios, y quédate tranquilo.

Por Helen Lee Robinson

ETEL Y EL MONTÓN DE PAJA

Era verano otra vez. Una vez más habían cortado el campo de trigo de dieciséis hectáreas. Y mejor de todo: había llegado la trilladora.

¡Cómo les gustaba a los niños observar esa máquina! No se cansaban de verla separar el grano en bolsas y soplar la paja que iba formando una gran montaña.

Para decir la verdad, era esa montaña de paja lo que más les gustaba, porque a medida que crecía y se hacía más y más grande, más y más alta, podían subir por sus costados y deslizarse hasta abajo entre nubes de polvo.

Este año estaban todos jugando en el montón, como costumbre, divirtiéndose a más no poder. Es decir, todos menos Etel. Ella, pobrecita, estaba cerca de la casa, bastante triste. Mientras miraba colina abajo, hacia el campo de trigo y la trilladora, y los otros chicos jugaban en la montaña paja, su corazón se sentía muy apenado.

- ¿Por qué no puedo ir a jugar yo también? -lloraba algo enojada.

- Ya te lo he dicho varias veces - dijo la mamá -Tú lo sabes bien. Acabo de terminar de arreglarte los cabellos si vas allá a jugar te vas a despeinar otra vez.

- ¡No me importa! -replicó Etel- Me gustaría tener el pelo negro y lacio como las demás chicas.

- Me encanta tu cabello -dijo la mamá -. En realidad, nunca lo has tenido más lindo.

Los rizos de Etel eran realmente hermosos, rubios y brillantes.

- ¡Lo odio! -lloraba Etel.

- Algún día te gustarán -decía la mamá.

La mamá entró a la casa, dejando sola a Etel que miraba el campo.

Muy pronto Etel decidió que podía ver mucho mejor lo que ocurría desde el pie de la colina que desde lo alto, de modo que decidió bajar. Caminó hasta la cerca para ver mejor. ¡Qué enorme era la montaña de paja! "Parecía que este año era más alta que nunca. ¡Como le gustaría deslizarse como los otros niños! ¡Ey! -se dijo a sí misma-. ¡Nunca la había visto tan empinada! Tiene que ser porque la hicieron apoyada contra el árbol este año.

Se quedó mirando el costado más empinado de la pila, cuando se dio cuenta de que los otros chicos no lo habían descubierto todavía. ¡Ella podía ser la primera en deslizarse por allí!

La tentación era demasiado grande. Corrió rápidamente hasta la cima, gritó: ¡Ey, chicos!"... y desapareció. Lo que Etel no había visto era el agujero en el medio de esa enorme pila de paja, un agujero que iba directamente hasta el fondo.

Allí fue a dar, encontrándose en un oscuro y polvoriento hueco bajo las arqueadas ramas del árbol.

Muy asustada, empezó a moverse rápidamente de un lado a otro de su prisión, levantando tanto polvo que apenas podía respirar.

Trató entonces de cavar una salida con sus manos, pero los agujeros se llenaban de paja con la misma rapidez con que los hacía. Para entonces estaba tosiendo y ahogándose con el polvo que llenaba su boca y sus pulmones. Sabía que si seguía allí unos minutos más podría morir sofocada.

Fue entonces que le pareció escuchar una voz que le hablaba, y ella tuvo la seguridad de que era su ángel guardián.

-¡Tranquilízate! ¡Mira hacia arriba! -decía la voz- Tendrás que salir de la misma forma en que entraste.

Etel alzó la vista y allí, muy alto sobre ella, pudo ver un trozo de cielo azul. Aquí y allá había ramas que sostenían la paja lejos del tronco del árbol. De pronto se le ocurrió una idea: "Si pudiera subir por esas ramas, podría salir viva de aquí".

Comenzó a trepar. Iba muy lentamente, porque tenía que detenerse a cada momento para poner su cabeza bajo el brazo y poder respirar. Había momentos cuando sólo la paja

que presionaba contra su cuerpo, impedía que volviera a caer. Poco a poco siguió subiendo hasta que llegó a la copa del árbol. Allí sacó sus manos por encima de la paja, confiando en que alguien podría verla.

Alguien la vio; por que los hombres que estaban trillando, junto con los niños, habían empezado a hacer lo posible por rescatarla. ¡Cuán bueno era sentir las manos firmes y fuertes de esos cosechadores tomar las suyas! Un momento más tarde la izaban fuera de su prisión.

Daba pena verla. Su vestido roto, su rostro rasguñado, su hermoso y enrollado cabello lleno de polvo: daba lástima verla.

"Sé que me merecía una paliza -me dijo tiempo después -, pero Mamá tan sólo me tomó en sus brazos y sus lágrimas comenzaron a caer por mis cabellos rizados. Cada vez que recuerdo el incidente, y cuán cerca estuve de la muerte, la quiero tanto que nunca, nunca podría desobedecerle otra vez".